

LEGADOS
CLACSO

HISTORIADORES EN EL TIEMPO

Bosquejos y retratos

Textos reunidos de Fernando J. Devoto (1989-2022)



FLACSO
ARGENTINA

Facultad
Latinoamericana de
Ciencias Sociales.
Sede Argentina.
Área Comunicación
y Cultura.



PROGRAMA
ARCHIVOS
DIGITALES



CLACSO

HISTORIADORES EN EL TIEMPO

Bosquejos y retratos

Textos reunidos

de **Fernando J. Devoto**

(1989-2022)

Devoto, Fernando Jorge. Historiadores en el tiempo : bosquejos y retratos / Fernando Jorge Devoto ; prefacio de Fernando Jorge Devoto. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; FLACSO Argentina, 2023.

Libro digital, PDF - (Legados)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-591-5

1. Historia. 2. Europa. 3. Argentina. I. Título.

CDD 306.092

DESCRIPTORES CLACSO:

Historia / Historiografía / América Latina / Río de la Plata / Europa

Corrección: Carla Fumagalli

Diagramación: Eleonora Silva

Diseño de tapa: Alejandro Barba Gordon

Fotografía de tapa: Guido Fontán

HISTORIADORES EN EL TIEMPO

Bosquejos y retratos

Textos reunidos
de **Fernando J. Devoto**
(1989-2022)

LEGADOS
CLACSO



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL



 **CLACSO**



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

Historiadores en el tiempo. Bosquejos y retratos. Textos reunidos de Fernando J. Devoto (1989-2022) (Buenos Aires: CLACSO, FLACSO, septiembre de 2023).

ISBN 978-987-813-591-5



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar |

www.clacso.org



Suecia
Sverige

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Unas pocas palabras a modo de prefacio 11
Fernando J. Devoto

Estudio preliminar. Un archipiélago de vidas
historiográficas 19
Omar Acha y Diego García

Historiadores europeos

Taine y *Les Origines de la France Contemporaine* en
dos historiografías (francesa y argentina) finiseculares 89

Elogio de la ambigüedad. En torno al Renan
de François Hartog 129

Apuntes para una reflexión sobre Benedetto Croce,
la historia, la política 141

Claudio Sánchez Albornoz y el *Anuario de Historia
del Derecho Español* 185

Marc Bloch historiador en la perspectiva de fin de siglo 205

Prólogo a <i>Carlos V y Felipe II</i> de Fernand Braudel	219
Acerca de Fernand Braudel y la <i>longue durée</i> treinta y cinco años después	239
Montaña y emigración. Un itinerario historiográfico (o a propósito de Braudel y el determinismo geográfico)	259
Las Américas en la obra de Ruggiero Romano: una aproximación	283
Franco Venturi: historiador, intelectual, político	321
Acerca de Giuseppe Galasso y su <i>Storia della storiografia italiana</i>	381
Gianfausto Rosoli, un intelectual entre dos mundos	399
Franco Ramella, historiador de la emigración, de la política a la microhistoria	439

Historiadores rioplatenses

Acerca de la construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay. Las historias nacionales de Varnhagen, Mitre y Bauzá	459
Estudio preliminar a <i>La ciudad indiana</i> de Juan Agustín García	493
José María Ramos Mejía: el historiador y sus lecturas	549
Juan Álvarez, un itinerario historiográfico	561
Para un retrato de Julio Irazusta	585
Estudio preliminar a <i>Historia argentina</i> de José Luis Busaniche	599

En torno a la formación historiográfica de José Luis Romero	625
José Pedro Barrán, historiador	657
José Pedro Barrán, apuntes para un retrato Antiguos, modernos y posmodernos.	675
En torno a la <i>Revista de la Biblioteca Nacional</i> dedicada a José Pedro Barrán	697
Recuerdo de Juan Oddone	719
Para una reflexión sobre Tulio Halperin Donghi y sus mundos	733
Reseña de Tulio Halperin Donghi, <i>El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional</i>	779
En torno a <i>Revolución y guerra</i> de Tulio Halperin Donghi	789
Haydée Gorostegui de Torres. Una historiadora argentina en la nueva historiografía de los sesenta	801
Homenaje a Oscar Terán	829
Carlos Altamirano, historiador	839
Eduardo Hourcade, un historiador entre dos mundos	855
Sobre los autores	873

Unas pocas palabras a modo de prefacio

Fernando J. Devoto

En un día imprecisable de abril del año 2021, Darío Pulfer, el verdadero impulsor de este libro, me propuso editar un volumen para una colección de CLACSO que reuniese al menos una parte de los artículos que había escrito en las décadas pasadas sobre problemas historiográficos. Luego de una atenta revisión descubrimos que era una masa ingente y heterogénea, que desbordaba cualquier posibilidad de ser integrada en uno o incluso dos volúmenes, aún extensos.

Nada hay para celebrar en torno a las dimensiones de esa producción demasiado numerosa, más allá de la extraña y relativamente reciente creencia, recurrente en los participantes de instituciones que tratan de evaluar, acorde a sus reglamentos o a los hábitos, la de aquellos que están en ese sistema que se llama científico. El principio que parece guiarlo es: cuanto mayor es el número, mejor. Desde luego, aunque la historia como cualquier oficio reposa en primer lugar sobre el trabajo, y si se puede sobre el trabajo bien hecho, el elogio de la cantidad como criterio discriminatorio me parece absurdo. En cambio, con relación a la dispersión, otra característica de estos textos, también bajo sospecha, podría postularse una línea de defensa: tal vez revelen

una búsqueda, una incertidumbre, o una inagotable, aunque desordenada, curiosidad.

En cualquier caso, había que buscar una solución. Decidimos con Darío seleccionar aquellos que, al menos formalmente, fueran (o tal vez solo parecieran) englobables por afinidad en un conjunto, o en una tipología, reconocible para un hipotético lector y que, además, ¿por qué negarlo?, en la dimensión del recorte se acercasen al tamaño prefijado por la editorial.

El resultado es el que el lector tiene entre manos: treinta y un textos sobre estudiosos que ejercieron la tarea de pensar el pasado desde ambos lados del Atlántico, se definiesen o no historiadores, que escribí a lo largo de algo más de treinta años (1989-2022). Los he llamado “bosquejos” y “retratos” y la diferencia no es de género sino de espesura, más allá de los conocimientos sobre los que reposan, que no necesariamente penalizan a unos en relación con los otros. En el caso de los de trazo rápido, como realizados con una carbonilla, los llamé “bosquejos”, como los de los dibujantes callejeros que ofrecían hacerlos al instante a los parroquianos en los cafés; a los otros, más trabajados, más elaborados si se quiere, a partir de su esquema constructivo, he preferido llamarlos “retratos”.

La diferencia no remite tampoco a la importancia que para mí hayan tenido los distintos autores, ni necesariamente a los conocimientos previos que tenía sobre cada uno de ellos, sino al tiempo disponible para escribirlos y a los requisitos del lugar que lo solicitó o admitió. No hago tampoco un elogio de la rapidez, aunque a veces me haya parecido que, en la primera lectura, o en la primera conversación, había entendido al autor y a lo que había querido decir y hacer al decirlo, y lo que vino luego no me pareciese más que redundar con notas lo que desde el principio creía

haber descifrado. Un argumento que serviría, claro, para justificar el lugar de la intuición o para justificar las carbonillas.

Por lo demás, ¿no habían procedido con rapidez, yendo de intuiciones felices a otras intuiciones felices, tantos grandes historiadores, sin que fabule compararme con ellos? Y, además, ¿las posibilidades de conocer a una persona, notable o sin cualidades, no sigue reposando en la capacidad de comprensión (pero comprender indagando en el apotegma de Droysen), en la experiencia del mundo del historiador, y en la capacidad para salir de sí mismo y así poder pensar al otro, como dijo con eficacia Henri Marrou?

Desde luego, también, todo eso tendría limitado alcance sino pudiese enmarcarse en preguntas acerca del sentido de una obra en el devenir y en el por qué y para qué de la labor que realizó o realiza. Lo que querría sugerir, en cambio, es que además o antes de ello, el trabajo paciente, la lectura lenta, silenciosa, uno de los secretos de la filología, según escribía por ejemplo Nietzsche en 1886, cuando se proclamaba todavía filólogo, es preferible como práctica a la prisa del trazo rápido, aunque sepa que la filología, siempre necesaria, nunca es suficiente.

En cualquier caso, leer y releer ayuda a revelar, si se prefiere a descifrar, los recónditos pliegues de los textos -y no he olvidado el consejo que diera Fustel de Coulanges de que nada iba a informar más de un texto que el texto mismo. Dicho esto, sin embargo, creo bien defendible la afirmación de que, saber más de los autores que los han escrito es preferible a saber menos y conocer los contextos en los que se inscriben es más útil que no conocerlos. Afirmaciones que podrían enmarcarse, por poner un ejemplo espero no arbitrario, en la frase que escribió en 1914 Renato Serra, el notable ensayista y crítico literario: que el hombre lo atraía mucho más que la página. Lo que colocaba en negro

sobre blanco la dicotomía de las distintas vías o tradiciones de los estudios biográficos al poner en discusión la autosuficiencia interpretativa del trabajo exclusivo sobre los textos. Desde luego que la vida explique la obra, como en modo célebre había afirmado Sainte Beuve, es una expresión también genérica, que puede remitir a la vida integralmente entendida, o solo a la vida pública pensada como una relación circular entre pensamiento y acción.

Que así estén las cosas, es decir que la construcción de los textos no pueda ponerse solo en relación con otros textos, sino con una realidad exterior con la que el sujeto interactúa de muchos modos, es una afirmación que comparto. Eso no indica que sea siempre practicable, y menos en el caso del tipo de personajes aquí indagados, no solo porque si despiertan nuestro interés es muy en especial por lo que escribieron y no por otros trajines, sino también porque solo en unos pocos casos, y parcialmente, pude acceder a sus correspondencias, o a los borradores y manuscritos de sus escritos, que tan útiles pueden ser en su inherente inestabilidad para explorar oscilaciones y cambios de perspectivas del autor en la temporalidad.

Desde luego que esos instrumentos, cuando estuvieron disponibles, no fueron ni quisieron ser utilizados por mí para ir mucho más allá que para afinar las conjeturas sobre las intenciones del autor, para ayudar a descifrar los sentidos de textos y momentos, para permitir pensar itinerarios, devenires, movimientos. Estos últimos son, creo, una característica persistente de mis trabajos (no hace mucho me lo recordó Omar Acha), que, en tanto tal, bien puede definirse como incluíble dentro de un horizonte historicista.

En cambio, no he estado tentado de adentrarme en la psicología de los autores (una fascinación que asalta a casi todos los que escriben sobre personas concretas), ni tampoco he buscado

una clave secreta o la unidad de sentido de una vida, aún de una vida en su faceta intelectual, ya que esa “unidad” es siempre, en el mejor de los casos, una construcción desde el punto de vista del investigador (o *etic*, como suele llamarse desde Kenneth Pike) dominada por un *ex post* que supuestamente organizaría todo lo precedente en función de un destino, o de una deliberada voluntad inscripta desde el origen (y ya Pavese había escrito páginas luminosas sobre ello poco antes de morir). En este punto, por lo demás, he tratado de ser fiel a las enseñanzas de mis imaginarios maestros franceses, Braudel ante todo: el pensar desde los exasperantes límites que imponen los contextos, y no solo desde la voluntad de los actores. Con los años bien podría agregar como argumento el papel de la contingencia y su correlato en las experiencias de los individuos, si miradas en un plazo largo: las discontinuidades.

Dicho todo esto, basta agregar que no solo los personajes estudiados se movieron, cambiaron con mayor o menor velocidad, sino también lo hizo quien esto escribe, la persona y el historiador, y ello sirve para advertir acerca de las posibles dificultades para encontrar una clave unificadora en los textos aquí reunidos. Por el contrario, el lector podría estar tentado de buscar rápidamente excepciones y divergencias. Ante ellas deseo agregar que, además, nunca he pensado en la necesidad de construir un modelo, ni siquiera en ponerme a leer sobre cómo hacer biografías –más allá de que como cualquiera haya leído muchas (y sobre todo admirables retratos incluidos en obras de historia), y también haya frecuentado sin sistematicidad textos reflexivos sobre ellas– sino apenas he tratado de organizar bienamente la empiria disponible para construir una interpretación posible, y se espera plausible–, en este caso de historiadores que, claro, no fueron solo eso (nadie lo es) y sobre los que espero haber podido

plantear, aunque no siempre con eficacia, la relación entre ese ejercicio y otras facetas de ellos como personajes públicos.

Podría apelar a muchos argumentos para justificar esas decisiones (o quizás no decisiones) metodológicas que implicaban una estrategia paso a paso, o mejor caso a caso, pero no lo haré. Solo señalaré que en el punto de partida hubo, en todos los casos, un interés intelectual hacia los autores, una simpatía mayor o menor hacia ellos, incluso a veces una amistad, que espero no me haya impedido indagarlos con la ecuanimidad de la que soy posible. Observaciones todas que me parecen suficientes para estas palabras iniciales.

Lo que haya para decir de los trabajos aquí reunidos, y del que una cosa cierta es que constituyen una unidad en el objeto libro, lo dirán mis amigos Omar Acha y Diego García, que generosamente han sacrificado parte de su tiempo para escribir en forma independiente un estudio preliminar.

Los ensayos incluidos en este libro, con una excepción, fueron publicados en diferentes revistas europeas y americanas y en distintos idiomas y, en la gran mayoría de los casos, procedían de jornadas académicas precedentes. Las versiones aquí incluidas, en los casos correspondientes, han sido traducidas al castellano por el autor y, aunque todas ellas conservan la línea interpretativa original, han sido vueltos a leer y, en una lectura ahora sí lenta, revisadas y retocadas en cuestiones puntuales para ampliar o hacer más claros algunos de los argumentos presentados, para incluir un matiz, o para salvar alguna errata advertida.

En cambio, con pocas excepciones, sobre todo en las que se incluyeron a pie de página las notas de fuentes originarias, no se ha intentado actualizar la bibliografía, ni tomar en cuenta nuevas perspectivas (o nueva evidencia) producidas por la historiografía, lo que hubiera implicado no solo un trabajo considerable,

sino transformar el artículo original en otro diferente. Ello no presupone ninguna convicción acerca de la justeza, y menos aún de la infalibilidad, de lo originariamente escrito, pero tampoco la ilusión de la necesidad de apelar a la acumulación de conocimientos que nos asedia para practicar demasiado a menudo esa voluntad de saber más para saber lo mismo, como nos decía Angel Castellán, un viejo profesor de la facultad. Desde luego, aun admitiendo la utilidad del conocimiento acumulado sin propósito (como irónicamente sostenía Benedetto Croce, si los eruditos que lo producían se extinguiesen, habría que repoblarlos) y que, por lo demás, por más dominante que sea la producción historiográfica sin pregunta ni problema, también ha habido junto a ella otra de calidad que merecería toda una atención que no le hemos prestado.

Pese a ello, y con las excusas a quienes corresponda, debe insistirse en que estos trabajos fueron realizados en momentos específicos para responder a ciertos interrogantes, o para recordar a historiadores a los que estuve ligado por lazos de amistad, y otras veces, menos idealmente, para satisfacer, no inquietudes personales, sino pedidos profesionales que no podían eludirse. En unos casos y en otros, los trabajos están indisolublemente ligados a la época (y a la situación) en que fueron producidos. Momentos distantes en el tiempo, ya que, como observamos antes, treinta años separan al más antiguo del más reciente y quien los escribió cree haber aprendido con los años algunos trucos, entre ellos, a desconfiar de las afirmaciones taxativas, a intentar recuperar las ambigüedades, incertidumbres y opacidades de los personajes, a considerar relaciones y tensiones antes que soluciones, y a pensar sobre su propio pensar.

En cualquier caso, si estos textos han envejecido o envejecerán, más o menos, mejor o peor, es una cuestión que no yo, sino

los lectores de hoy y eventualmente de mañana juzgarán. Escribir *für ewig* es una ilusión, aunque sea una ilusión a la que no deberíamos renunciar, como tampoco debemos hacerlo con otra bien más plausible: que, con sus muchos límites, el problema de comprender a otros no nos está vedado de antemano.

Acassuso, 8 de agosto de 2022.

Estudio preliminar

Un archipiélago de vidas historiográficas

Omar Acha y Diego García

Introducción

El presente estudio preliminar al volumen de Fernando Devoto, *Historiadores en el tiempo. Bosquejos y retratos*, desea sustraerse a dos tentaciones endémicas en ejercicios de este género particular habitado por prólogos e introducciones. La primera consiste en anticipar, sintética o conceptualmente, los temas encarados por los textos reunidos en el libro que sigue a continuación. A menudo esa elucidación es ociosa, pues tanto el autor puede explicarse por sí mismo como el público lector es diestro para extraer sus propias conclusiones. La segunda tentación radica en atribuir coherencia sistemática a la reunión de textos heterogéneos, escritos en algunos casos con varias décadas de distancia entre sí, en circunstancias disímiles y con propósitos dispares. En cambio, sin renunciar a proporcionar un sucinto esquema de los estudios recuperados, procuraremos ofrecer una lectura propia, en las que se advertirán los acentos contrastantes y las costuras en el estilo observables en todo escrito enhebrado a cuatro manos.

Ciertamente se seguirá aquí el itinerario de las dos secciones de esta colección, la primera dedicada a historiadores europeos, la segunda destinada a recuperar perfiles de investigadores argentinos y uruguayos. Mas hemos decidido enfatizar

en puntualizaciones que tal vez sugieran preguntas y sesgos a quienes se acerquen a los ensayos de Fernando Devoto. Es que si, en efecto, es decisivo reconocer las discontinuidades y desplazamientos con que se matizan tópicos recurrentes y estilos de análisis para captar cada texto como un acontecimiento, pensamos que puede adivinarse un hilo conductor, entre las secciones y en el seno de ellas. Que ese hilo conductor provenga de una concepción historiográfica en Devoto (tesis de un *a priori*), o sea una reconstrucción desde nuestras lecturas (tesis de un *a posteriori*), es algo que entregamos al criterio del público lector.

Por el momento ponderamos la convergencia de tópicos inconsistentes. Es frecuente hallar en los textos de Devoto una manera de encarar una obra o un autor que tal vez diseñe un método, si este término no despertara la eventual suspicacia historicista del escritor que nos convoca. Nos referimos a la triangulación de autor, obra y contexto, en retroalimentación incesante y sin jerarquía precisa. Es una manera peculiar en que Devoto cultiva una historia de las ideas ajena a las críticas dirigidas desde otras especialidades historiográficas alimentadas por nombres como Jacques Derrida o Quentin Skinner. Conjeturamos que tal vez una inspiración devotiana deba retroceder hasta el Franco Venturi estudioso de *El populismo ruso* leído por vez primera mientras asistía a cursos de Historia en la Universidad de Buenos Aires durante los tempranos años 1970. Pero estamos advertidos de lo infructuoso de rastrear un origen donde se acumula, para luego desenvolverse, el cifrado de un porvenir. De hecho, señalaremos más adelante el ascenso de Arnaldo Momigliano entre las preferencias historiográficas de Devoto, ante un Venturi cuyo atractivo intelectual se transforma al tiempo que se incorporan nuevas lecturas entre las que es resituado.

Como sea que fuera, la clave reside en considerar la factura específica de una obra, sus referencias documentales y bibliográficas, su prosa e intenciones, como también sus debates y contornos. En otras palabras, el examen de Devoto suele exceder los textos para neutralizar cualquier internalismo interpretativo atrincherado como comentario o paráfrasis. También hay otro procedimiento que, en una lectura desplegada más adelante, procura lo que llamaríamos la ética hermenéutica en una lectura devotiana de los estudios históricos: perdura en sus razonamientos la convicción de que la labor historiográfica demanda un compromiso con las fuentes, con las interpretaciones precedentes o en competencia, con los dilemas de la inferencia y la narración, en fin, con el escenario que distingue el quehacer historiador de otras preocupaciones humanas. Pero de allí no se deduce la radical separación de la historia respecto de sus confines, el primero de los cuales es el político en un sentido amplio. En eso Devoto piensa la historia situada en marcos antagónicos, aunque defienda a ultranza la convicción historiográfica que venimos de señalar. Por supuesto, ese diálogo entre historia y política no es pacífico y los capítulos de este volumen testimonian sus complejidades.

Historiador, Devoto se nutre de las teorías, pero reclama la singularidad de las historias irreductibles a los esquemas o sistemas. Más de una vez ha apelado al consejo que Johann W. Goethe, en su *Fausto*, pone en boca de Mefistófeles: “gris, querido amigo, es toda teoría, y verde el dorado árbol de la vida”. En el presente libro se lo hallará en los estudios sobre José María Ramos Mejía y Ruggiero Romano. Sin embargo, así Goethe parafraseaba al *Antiguo Testamento* (Génesis, 2:9), donde en verdad había *dos* árboles, el de la vida y el del saber del bien y del mal. ¿Es posible separar sin residuos la experiencia de la vida de algunas

categorías o narraciones que la tornen pensable? Recordaremos esta cuestión a propósito del historicismo, cuando llegue el momento del ensayo devotiano sobre Benedetto Croce.

Es que más allá de toda adhesión metafísica sobre lo que la realidad efectivamente es, y epistémica respecto de cómo puede o debe ser conocida, en historia es dudoso el acceso directo a las cosas mismas. No solo porque se depende de fuentes disgregadas y controvertibles. A ello se añade la evidencia de que desde un mismo conjunto de archivos es posible derivar interpretaciones divergentes e incluso contrapuestas. Tal carácter obedece a que la práctica historiográfica comparte un rasgo de la vida histórica como tal: así como en la acción humana se interrelacionan múltiples perspectivas y todo evento puede ser comprendido desde diferentes ángulos, algo equivalente ocurre en la historia de la historiografía. Si tuviéramos que apelar a una ilustración cinematográfica podríamos recordar la película *Rashomon*, de Akira Kurosawa, desplegada en los distintos relatos narrados por diferentes testigos del asesinato de un samurai. De allí Devoto no deduce un relativismo radical –con razón, según señaló el filósofo Richard Bernstein, deudor de una discutible alternativa entre saber absolutamente y no saber en absoluto– sino exigencias para el razonar histórico.

Mencionamos también el estilo compartido, no sin comprensibles matices, que hermanan a los trabajos aquí recogidos. La prosa de Devoto se aproxima y se aleja a la vez de sus historiadores (la única historiadora recordada con detenimiento en estas páginas es Haydée Gorostegui) con una prudencia analítica cuya premisa es que un fenómeno puede ser pensado desde diversos enfoques. Esto se observa incluso con quienes fueron o son sus amistades, como José Pedro Barrán y Carlos Altamirano, o con quienes lo separó una distancia generacional, como Tulio

Halperin y Ruggiero Romano. Ni celebración apologética ni condena impiadosa o irónica, las figuras que habitan estas páginas – sea como autores leídos o interlocutores– nutrieron la formación historiadora de Devoto.

En efecto, y sobre esto insistiremos al final del presente estudio preliminar cuando hayamos desarrollado argumentos que respalden tal corolario, estos retratos historiográficos son iluminadores sobre Devoto como historiador. Nos referimos al reconocimiento por este investigador en sus varios ámbitos de interés (la historia de las ideas políticas, la historia de la historiografía o la historia de las migraciones) de las eficacias relativas de las representaciones, de las prácticas, de las instituciones y sus normas, de los antagonismos que generan la divergencia entre la acción y sus consecuencias, de las condiciones materiales restrictivas de la acción de los sujetos, en fin, del abigarramiento de historias posibles nutridas por diversas temporalidades, tanto en sus “objetos” como en las interpretaciones históricas.

Es verdad que en algunos pasajes los textos de este libro se inclinan hacia la celebración de una amistad. Pero quien lea con detenimiento discernirá que incluso en esos instantes en que la reflexión parece ceder al recuerdo sentido, asoma un desplazamiento de perspectiva que restituye la rememoración al mundo sublunar, en su irremediable caducidad, que es la patria insoslayable del pensamiento histórico. Este orden imperfecto de discontinuidades y fracturas, de desencuentros y pugnas, es también el horizonte en que la política, la política en general y el talante controversial del conocimiento histórico, se tornan posibles.

Historiadores europeos: apostillas sobre la primera parte

Comencemos a recorrer las páginas relativas a historiadores del “Viejo Mundo”. Es conocida la importancia de la literatura histórica europea para la formación de la historiografía latinoamericana. Esto no significa que la sección inicial de este volumen posea una primacía intelectual respecto de la segunda sección cuya índole sería derivativa o ilustrativa. Por el contrario, para Devoto los autores y sus obras, ya tamizadas por la valoración que a su juicio las hace dignas de análisis, son en principio acontecimientos intelectuales autónomos. Decimos “en principio” porque, justamente, de lo que se trata es de abrir las obras y los autores a sus mundos históricos.

En el principio está Hyppolite Taine, historiador francés e intelectual positivista. La actitud de Devoto ante Taine es ambivalente. La admiración por la proeza de una gran obra convive con la vacilación respecto de sus incertidumbres.

El problema insoluble de *Los orígenes de la Francia contemporánea*, de Taine, reside en la ardua coexistencia entre su proclamado determinismo (estudiar los hechos sociales como si fueran naturales) y la voluntad pedagógica, anti-revolucionaria, de su autor. A Devoto le interesa en *Los orígenes* la presencia de un enigma más que un valor intrínseco siempre impreciso. No es que se abstenga de ponderar la fortaleza erudita del trabajo de Taine, como tampoco de reconocer las vacilaciones de su psicologismo. Es que un texto es también lo que hacen de él sus lectores, sus polemistas y vindicadores. Si el prestigio de Taine, como el de sus coetáneos Fustel de Coulanges y Ernest Renan, es evidente hasta consolidada la Tercera República francesa, ya desde la década de 1880 *Los orígenes* comienza a sufrir una paulatina demolición todavía prolongada en el primer lustro del siglo XX.

Devoto recuerda las interpretaciones que, verbigracia en el historiador François-Alphonse Aulard, subrayan el temor de Taine ante la Comuna parisina de 1871 como rasgo psicológico explicativo de su crítica a los peligros de la democracia. Explicación que si no es necesariamente errónea respecto del temperamento de Taine hacia la Comuna, olvida que sus definiciones epistemológicas de índole positiva y su preferencia por una monarquía constitucional al modo inglés son anteriores a 1871. Por otra parte, la impugnación declarada es menos política que metodológica, soporte de las aspiraciones científicas a la vez que patrióticas de la historiografía francesa de 1890. Taine, como reconoce Charles Seignobos, ha visitado asiduamente los archivos. Sin embargo, Seignobos y Aulard coinciden en descubrir en *Los orígenes* déficits “heurísticos” que malogran la posterior faena “hermenéutica”.

La segunda mitad del estudio suscitado por la obra de Taine sobre la Revolución Francesa migra hacia el Río de la Plata. Es que, en efecto, mientras *Los orígenes* caen en desgracia en el nuevo escenario republicano francés, la atención argentina a la gran síntesis producida por Taine es de primera importancia. Ya sabemos que en nuestra condición intelectual periférica muchas veces las novedades, sobre todo hasta 1960, nos llegan como la luz de las estrellas agonizantes hace millones de años: su encanto es aquí vivísimo cuando la vigencia en los espacios de emergencia se apaga irremediamente. No importa. Para la polémica fundacional entre Bartolomé Mitre y Vicente F. López, apropiarse de Taine es un recurso de legitimación en la disputa sobre cómo hacer historia en la nueva nación meridional. La asincronía de los espacios nacionales diversos avala que todavía hacia el 1900 Taine sea un interlocutor de los argentinos José María Ramos Mejía, Paul Groussac y Juan Agustín García. El uso de Taine puede ser evaluado pertinente por el liberalismo conservador de

estos lectores locales. No obstante, ya transcurrido el Centenario de 1910 y aparecida una nueva generación historiográfica, la llamada “Nueva Escuela Histórica”, el autor de *Los orígenes* pierde relevancia científica. Sobrevivirá en la biblioteca del naciente nacionalismo conservador argentino. En la segunda parte volveremos sobre los usos de Taine en la Argentina del tardío siglo XIX y los comienzos del siglo XX, según la óptica de Devoto.

El ensayo subsiguiente involucra al Renan de François Hartog, según su libro de 2017 *La nación, la religión, el porvenir. Sobre las huellas de Ernest Renan*. El texto de Devoto se inclina tanto sobre Renan como sobre Hartog. El argumento se despliega en varios tiempos: el de un Renan decimonónico, el de Hartog de principios del siglo XXI, y el de la propia intervención del lector argentino. Multiplicidad de tiempos, de contextos, de lenguajes, irreductibles a una “presencia”, si apelamos por un momento a la impugnación heideggeriana de la primacía del “presente” como rasgo de la historia de la metafísica. He allí los problemas que a Devoto le interesa subrayar en el análisis de Hartog. Problemas, en efecto, como los que sitúan a Renan en su época, sea a propósito del “porvenir de la ciencia”, de la cuestión racialista, de la religión y del “pueblo”, todos nudos controvertibles, en el siglo XIX y seguramente en nuestra actualidad. La perspicacia de Hartog, evalúa Devoto, consiste en estudiar a Renan como un viajero. El historiador francés de la École des Hautes Études en Sciences Sociales ya había investigado esa figura a propósito de Ulises, el viajero por excelencia, que reencontraremos cuando visitemos un texto de Devoto sobre Oscar Terán. Viajar es también transitar por lugares ignotos, amenazantes, ajenos. La experiencia del viaje no deja indemne al viajante.

Aquí comenzamos a subrayar un rasgo que nos interesa ponderar en la lectura del Devoto historiador y evocador del

quehacer historiográfico: el pasado como singularidad, como extrañeza, como desafío. Enseguida veremos por qué eso hace de Devoto un lector interesado en el Benedetto Croce polemista con el “actualismo” gentiliano. Pero permanezcamos un momento más en el escenario francés. Es que, retomando la tesis de Hartog sobre el “presentismo” que en nuestra era cercenaría la facultad, tan propia de los tres siglos precedentes, de inscribir un futuro en las entrañas del presente, Devoto se pregunta ¿qué hacer con Renan? Encuentra la dualidad en el ensayista de *¿Qué es una nación?*, entre un diagnóstico epocal y la aspiración a establecer un discurso válido para la larga duración. Tal dualidad es también una ambigüedad y es lo que torna atractivo a Renan y válida la indagación de Hartog. Provee una brújula de lectura en que Devoto se aproxima a la “historia-problema” de Lucien Febvre. Mas la problematización está lejos de ser una llave maestra que abre todas las puertas. Por el contrario, considerada seriamente, involucra la eventualidad de que ciertos problemas sean irresolubles. Ya no es posible sostener la faena historiadora en la erudición y el archivo como garantías, ni en el relativismo de juegos de lenguaje en un contexto institucional.

El trabajo siguiente, el más extenso de este volumen, transita de Francia a Italia. Su tema es Benedetto Croce, filósofo e historiador identificado con Nápoles. Como el Taine de Hartog, el Croce de Devoto también se demora en un autor que ya no se lee sino en sede académica, es decir, no como el gran intelectual italiano de la primera mitad del siglo pasado que en su tiempo era imprescindible leer.

Devoto intitula su estudio como “Apuntes” sobre la historia y la política en Croce. Esa elección, la de “apuntes”, tiene su tradición en la Argentina aunque esa no sea su única inspiración. La nominación defensiva oculta mal (observaremos algo similar

respecto de las anotaciones sobre Tulio Halperin Donghi), con todo, cuánto del pensamiento histórico de Devoto se dirige en la discusión, y luego en el diferendo, entre Croce y Giovanni Gentile, en un escenario donde las divisorias italianas de los años veinte luego del asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti son particularmente agudas. Para las fratrias intelectuales italianas, quizás con efectos retardados, fueron también cruciales. Esos efectos culminan ubicando a Gentile en la legitimación teórica del fascismo y a Croce en el antifascismo intelectual.

El drama compartido por Croce y Gentile consiste en que ambos confluyen hacia 1910 en la disputa filosófica con el positivismo. Devoto desarrolla algunos temas que interesan a la filosofía de la historia cuyas claves residen en las respectivas lecturas de Hegel, a la historiografía (respecto de la cual Croce es claramente más versado que Gentile, quien, hay que decirlo, luego de sus reaseguros políticos se recuesta en una evidente desactualización intelectual), y a la política. Devoto muestra cómo las cercanías académicas gentilianas, entre ellas es central la de Gioacchino Volpe, son insuficientes, en un contexto de creciente fascistización, para detener una sangría de colaboradores hacia simpatías con el Croce historiador. El público lector examinará con sus propios criterios las evaluaciones enunciadas sobre la *Historia de Italia* y la *Historia de Europa*. Devoto sigue con detalle la atracción suscitada por las historias crocianas en académicos orientados por Volpe y *a priori* articulados con la intelectualidad fascista. No obstante, el magisterio historiador se impone sobre los posicionamientos políticos.

En efecto, atraviesa el ensayo de Devoto, al sesgo, un reproche a la exterioridad gentiliana respecto de las exigencias de la investigación histórica. Por eso, a sus ojos, es justificable el drenaje de historiadores reunidos por Gioacchino Volpe hacia las

perspectivas historiográficas croceanas en un marco político poco propicio para tales derivas. No hay una ecuación simple entre opción política y actitud historiográfica. De hecho, un joven y prometedor historiador formado en las filas de Volpe, Nello Rosselli, terminaría su vida asesinado por una escuadra fascista.

El Croce pensado por Devoto es el que se bate con su amigo y colega filósofo en una coyuntura de divisiones como la Italia fascista de los años 1920. Gentile filósofo toma partido por el fascismo mussoliniano. Croce, un filósofo historicista deudor a su modo de G. W. F. Hegel, es *también* un historiador. Y como tal, antepone la materialidad intersubjetiva de las fuentes (es decir, el que sean discutibles por otros participantes del debate historiográfico), a la construcción meramente especulativa del filósofo. Pero también los documentos de archivo y sus dilemas se interponen ante la sujeción inmediata de la historia a la política o a la ideología. Esa es la brújula que Devoto recupera de Croce contra el actualismo gentiliano. Este sobrepuja la faena presente de edificación interpretativa, allanando en la vocación del ahora las complejidades de lo histórico, como si los deseos de potencia hermenéutica fueran suficientes para anular los desafíos del pensamiento crítico nutrido por lo histórico. Pero el asunto no es tan sencillo: las declaraciones metódicas del pensador napolitano, de las cuales el historiador argentino destaca la conferencia leída en la Academia Pontaniana en noviembre de 1912, no necesariamente corresponden con sus prácticas.

He aquí un problema significativo, irreductible a la presunta dicotomía tranquilizadora entre, por un lado, un empirismo cuyo fondo erudito protege a la interpretación de sus consecuencias políticas, como, por otro lado, una historia teoricista atendida a sus criterios *a priori*. Devoto sabe bien que también Croce, calificado como “presentista”, ha sido objeto de impugnaciones. Por ejemplo,

la de un Carlo Ginzburg que halla en el filósofo-historiador napolitano la huella pirronista del conocimiento histórico atribuido a Hayden White. Sugerimos que el Croce de Devoto –con la advertencia ya enunciada respecto del quehacer efectivo en los archivos– es otro Croce, a saber, más el historiador resignado a lo falsable que el filósofo entregado al proceder especulativo. Al respecto, Devoto sí converge con una actitud historiográfica de Ginzburg, por ejemplo, ante Menocchio y los *benandanti*: reconocer la extrañeza inerradicable del pasado, resistirse a someter otras experiencias al despotismo teórico o ideológico del presente. He allí otro aspecto de una ética de la historiografía.

Un último trazo sobre el Croce de Devoto. El autor que nos convoca no se hizo sencillas las cosas al establecer una triangulación entre las obras, la biografía y los contextos. Elegir solo una de las claves utilizadas hubiera facilitado la tarea. Por un lado, se hilaría una historia de las ideas plasmadas en textos, con complejidades y diseminaciones, pero en última instancia intratextuales. Por otro lado, en clave biográfica se articularía los escritos al calor de un decurso individual, como signos de maduración, decadencia o crisis. Finalmente, aún por otro camino, se inscribiría contextualmente a Croce como expresión de su época, animado por la crisis del positivismo, luego por el advenimiento del fascismo para concluir en el crepúsculo de los años de la segunda guerra. Devoto combina todos esos aspectos transformándolos y situándolos en una representación complicada, pero, en nuestra opinión, más reveladora de las peripecias de un historiador liberal y un filósofo idealista poshegeliano en la Italia de la primera mitad del siglo XX. En cuanto a su factura intelectual, pensamos que quizás el ensayo sobre Croce sea uno de los mejores escritos incluidos en este libro.

¿No es posible, a su vez, identificar aquel tenor, *mutatis mutandis*, en un historiador como Marc Bloch? Eso parece sugerir Devoto, cuando reconoce que la simpatía manifestada por Bloch hacia los campesinos estudiados “atenuaba” su racionalismo iluminista. En la conferencia por los 50 años de la muerte del medievalista francés, reencontramos la misma operación analítica que organiza la lectura del Renan de Hartog. Las “tres fechas” puestas en diálogo corresponden aquí al momento de la conmemoración, a la década del 70 –los años estudiantiles de Devoto, en los que lee por primera vez a Bloch– y a la época de publicación de *La sociedad feudal*, *Apología para la historia* o *Los caracteres originales de la historia rural francesa*. La comparación entre la imagen de Bloch en la perspectiva de los universitarios argentinos de los 70 –más que un historiador, un mito: “el héroe de la resistencia”– y la de fines del siglo XX sirve, antes que para contraponer dos estadios distanciados a pesar de la cercanía temporal de la cultura historiográfica argentina, para indicar el cambiante lugar de Bloch en la disciplina. Ese cambio se explica solo en parte por los avances en los estudios historiográficos que pusieron a disposición una gran cantidad de materiales, como la correspondencia o la informada biografía de Carole Fink. Hacia los años 90 el humor historiográfico (y el clima intelectual en general) es muy diferente a la confianza que había dominado desde mediados de siglo XX. Y ese nuevo paisaje afecta de modo desigual a la obra de Bloch, privilegiando la aproximación histórico-antropológica que anima *Los reyes taumaturgos* y dejando en un segundo plano las ambiciones de *La sociedad feudal*.

¿Qué destaca Devoto en ese retorno a Bloch que aunque colectivo está lejos de ser homogéneo? Por un lado, atento probablemente por su perfil de historiador de las migraciones, recupera la cuestión del comparatismo que atraviesa toda la producción del

francés. La comparación es en Bloch una herramienta utilizada para identificar diferencias y calibrar el peso de las variables que afectan un fenómeno determinado (sea el régimen de tierras o la creencia en el poder mágico de los reyes). Este uso lo distancia de las comparaciones con voluntad de generalización perceptibles en otros historiadores (tema que retorna en los ensayos dedicados a Fernand Braudel), en la etnología o en la sociología histórica. ¿Discusión de otro momento historiográfico? La marcada figuración académica de la historia global –transnacional, *histoire croisée* o *connected history*– parece indicar la potencial actualidad de aquellos dilemas. Por otro lado, el tema de las generaciones. Si para la historia de las ideas o de la literatura ha sido una forma habitual para pensar la innovación, Bloch subraya la continuidad cultural que sostiene el vínculo entre abuelos y nietos en la sociedad del Antiguo Régimen (y podemos encontrar no pocos ejemplos que avanzan más allá de ese período). En una deriva no prevista del tema, Devoto afirma que, si bien no hacemos historia como “nuestros abuelos historiadores”, aprendemos de ellos lecciones clave para practicar un oficio que –y este no deja de ser otro legado de Bloch– considera básicamente artesanal.

La cuestión de la comparación reaparece en el siguiente texto dedicado a un contemporáneo y conocido del Bloch medievalista: el español Claudio Sánchez Albornoz. El escrito presenta las afinidades entre ambos y recuerda un proyecto en común que finalmente no prosperó. Pero el nexo franco-español no constituye la preocupación del ensayo. Devoto elige retratar un momento de la dilatada carrera de Sánchez Albornoz. Las razones de esta elección derivan, según dice Devoto, de los límites de su conocimiento del historiador español, de su producción y de los variados contextos en los que se dilató su trayectoria. Pero también del intento de eludir la racionalización que el relato biográfico

promueve. El segmento que Devoto decide enfocar es aquel marcado por el intento de renovación de los estudios históricos españoles que Sánchez Albornoz, junto con un grupo de amigos y colegas, impulsa desde la publicación del *Anuario de Historia del Derecho Español*. La revista procura elevar los estudios históricos españoles a la altura de otras historiografías europeas, en una situación que no ofrece muchos recursos (por ejemplo, el inexistente desarrollo de las ciencias sociales que, tanto en Italia como en Francia, brindan herramientas muy diversas a la historiografía). El proyecto parte de una mirada crítica al presente español y así pretende articular la aspiración de renovación disciplinar – una historiografía menos provinciana, más exigente, más europea – con la modernización amplia y general de España. Devoto repone las referencias y contactos internacionales (preferentemente alemanes y luego franceses) así como la decisión del grupo que anima la revista de evitar las “pistas falsas” de la tradición española: Menéndez Pidal, Rafael Altamira, Ortega y Gasset. En fin, una iniciativa contemporánea a *Annales* con resultados, según Devoto, ambiguos. El lector podrá seguir su argumentación y evaluarla. Nosotros querríamos destacar un par de cuestiones. La primera es el grado en el cual el proyecto de una revista renovadora depende de quienes la promueven y de la situación, que habilita ciertas vías y clausura otras. La segunda es que la revista puede entroncar hacia arriba con una aspiración de transformación más amplia, y hacia abajo con una estrategia institucional para dirimir puestos de decisión en la academia. Estas conexiones rápidamente señaladas entre historia y política están presentes también en la figura de Sánchez Albornoz, que es a la vez un historiador y un político. Aquí Devoto, sin embargo, más que detenerse en las influencias mutuas lo hace sobre una interferencia: la del tiempo disponible para la práctica de una u otra actividad.

Esa interferencia ofrece la clave de lectura de la dedicación consagrada a la historiografía en la década del 20 (y el *Anuario* es una evidencia) como la sucesiva opción de Sánchez Albornoz por la política en la del 30. Luego seguiría la guerra y el exilio, y una presencia prolongada en la Argentina en la que Sánchez Albornoz no deja de hacer sentir su influjo. Todo esto queda, de todas maneras, fuera del texto.

El importante estudio dedicado a Franco Venturi –originalmente una introducción al libro integrado por las conferencias sobre la Ilustración dictadas a fines de los 60 en Cambridge– antes que de regreso a la península itálica nos conduce a un más dilatado escenario europeo. Es que Venturi es un cosmopolita, tanto por su itinerario vital como por su trayectoria académica, sus intereses políticos e investigaciones históricas. Historiador europeo, sin duda, pero de un modo en el que, como otras figuras italianas consideradas en el libro –e inclusive aquellas que no lo están, como Federico Chabod y Arnaldo Momigliano– combinan en su perspectiva, de modo más o menos tenso, la pertenencia regional, la nacional y la europea.

Venturi no es solo un historiador. Es también un hombre de acción y un intelectual. Recurrencia en los nombres invocados en estas páginas, este rasgo indica tanto los intereses y preferencias que animan la selección de Devoto como los interrogantes característicos de su enfoque. En términos más amplios: una cierta idea de la disciplina en la que el nudo entre política e historia es articulador y crucial. La tentativa es por eso iluminar el proyecto historiográfico atendiendo al entretejido de vida y obra. En el caso de Venturi, el decidido compromiso político antifascista y su producción historiográfica parecen ir, por un tiempo, por carriles paralelos. Al menos durante su exilio parisino y su participación en la agrupación *Giustizia e Libertà* fundada por

Carlo Roselli y hasta la disolución del *Partito d'Azione* (en 1947) en el que había militando durante la Resistencia. A partir de esos años, política e historiografía parecen ordenarse como dos etapas sucesivas. Esto no significa, advierte Devoto, que la marca de sus pasiones políticas esté ausente en su obra. En principio porque combinadas con otros impulsos heterogéneos, como los del historicismo italiano o las sugerencias de la historiografía francesa, configuran su singular “módulo” historiográfico. Singularidad, en fin, derivada de la mezcla de tradiciones y ámbitos desemejantes o, en otras palabras, de poner en contacto lo que hasta ese momento estaba separado.

Dar cuenta de esa presencia supone el reconocimiento de mediaciones: para que la historiografía siga siendo historiografía, la experiencia y las motivaciones políticas no pueden tener una expresión mecánica y directa. Devoto percibe su huella –y aquí despunta otra dimensión de su perfil, la del historiador de las ideas– en una propuesta que antes que una historia de las ideas políticas avanza hacia una historia política de las ideas. A Venturi le interesa “el momento creativo” de las ideas, su articulación con la acción y la práctica política. Privilegia, en ese sentido, el papel de las minorías intelectuales activas, sean los ilustrados europeos del siglo XVIII o los populistas rusos del XIX. El privilegio de la dimensión pragmática supone necesariamente una atenta mirada de las situaciones concretas que las ideas buscan modificar, pero también a los intereses y pasiones, experiencias e ilusiones de los hombres de letras que las usan y crean. En fin, un “realismo” político que en Venturi deriva tanto de su militancia como de la tradición político-intelectual italiana, y lo distancia de la historia filosófica y la orientación por la génesis de las ideas puras que la caracteriza. Esa preocupación por el contexto específico se combina a su vez con la consideración simultánea de un

espacio más amplio en el que aquel participa. No como en un juego de cajas chinas, sino en una geografía definida por la circulación de ideas, escritos y personas. Europa, lo señalamos más arriba, ofrece así la escala adecuada para delimitar los problemas históricos que interesan a Venturi, especialmente el de la Ilustración. Aquí es tan importante el reconocimiento de la unidad del espacio continental, como su composición asimétrica compuesta por un centro y varias periferias. La circulación simplifica las ideas en el proceso y, su vez, les hace cumplir funciones diversas según cada contexto: así, por ejemplo, la fuerza utópica domina la Ilustración francesa mientras que la declinación reformista lo hace en los márgenes españoles, italianos o rusos.

En fin, el texto ofrece un rico análisis de los rasgos y posibilidades de una propuesta como la de Venturi para la historia intelectual, y para la historia en general. Destacamos, por último, dos elementos que retoman el vínculo (y la irreductibilidad) entre impulso político y apuesta historiográfica que interesa a Devoto. En primer lugar, el modo en el que afronta la relación entre pasado y presente. Venturi defiende que el iluminismo debe ser comprendido en su propia época, y no por sus antecedentes ni en función del desarrollo posterior. Por eso insiste en desanclar la Ilustración de la revolución o del siglo XIX. Escapa así de una lectura ingenua, sea reaccionaria o progresista, del devenir histórico. A la vez, habilita el reconocimiento de las raíces –sugiere Devoto– de las ideas del siglo XX en los proyectos no realizados de la Ilustración. Una operación que restituye la historicidad del pasado a la vez que señala sus posibles lazos con el presente, subrayando antes que la necesidad la contingencia de esos vínculos. En segundo lugar, si algo asegura para Devoto la distancia entre los valores político-ideológicos que dan origen a una investigación de sus resultados es la lógica central a la disciplina:

la erudición y la lectura lenta de la filología. Una lógica orientada por un ritmo moroso que mantiene mucho de práctica artesanal. La célebre ironía de Venturi frente al uso de las estadísticas de la historia social de las ideas practicada en Francia (“usan un ciclotrón para abrir una nuez”) adquiere aquí toda su gravitación.

En la apostilla de la *Storia della storiografia italiana. Un profilo*, de Giuseppe Galasso, Devoto saca partido de un género literario menor como la reseña bibliográfica. El texto se concentra tanto en el perfil de la historiografía italiana propuesta por el libro como en el de su autor. La imagen inaugural del comentario –una nutrida fila de personas esperando ingresar al Teatro Bellini de Nápoles para escuchar las *lezioni di storia* de Galasso, pocos meses antes de su muerte– destaca la anacrónica singularidad del historiador napolitano en la escena historiográfica contemporánea. En esa imagen, Devoto sugiere que es posible percibir tanto los dos cuerpos de Galasso –el del historiador y el del hombre público– como la concepción historiográfica que consecuentemente de allí deriva es resultado de una conversación permanente y comprometida entre el historiador y su comunidad. El éxito de las *lezioni* revela, por otro lado, un rasgo en apariencia característico de la sociedad italiana (o napolitana) que hace que esa empresa histórico-política no sea una mera fantasía o se sostenga solo en el plano declarativo.

El historiador-ciudadano es contrapuesto por Devoto al historiador apátrida o cosmopolita, figura que también tiene tras de sí una larga genealogía, pero que parece haberse impuesto en la actualidad debido a la creciente internacionalización de los estudios históricos. En esa tradición, sin embargo y tal como lo sugieren R. Koselleck o E. Hobsbawm, entre otros, el apátrida es antes un desterrado, es decir alguien que ha sido vencido y encuentra en la derrota un motivo para volver la vista al pasado e

intentar comprender por qué las cosas no han salido como se esperaba. ¿La ausencia de esa experiencia es la que modela la figura dominante en la historiografía contemporánea? En nuestro presente, parece advertir Devoto, los historiadores más que viajeros son turistas.

Volviendo al libro: esa posición singular de Galasso, ¿le permite ofrecer un perfil convincente de su tema? La valoración de Devoto es otra vez matizada. Si por un lado reconoce el envite que supone en la actualidad una historia animada por una filosofía de la historia, no deja de señalar el precio impuesto a un abordaje definido por una noción romántica de Italia y por una narración vertebrada a través de las ideas de progreso y secularización. Si la primera parte presenta una noción tan hospitalaria de la historiografía italiana que logra incluir, entre muchos otros, a Petrarca, es en especial respecto de la segunda parte del libro, dedicada a la situación historiográfica luego de 1945, donde Devoto toma mayor distancia. Es que Galasso, participante comprometido en la historia relatada en esa sección, asume una voluntad conciliadora que relega la enorme y tensa diversidad de la historiografía de la segunda mitad del siglo XX, emergente de la fractura de la hegemonía del historicismo croceano y de múltiples divisiones alimentadas por motivos académicos, ideológicos y generacionales.

Sucede que la situación de la historiografía y las ciencias sociales italianas en la etapa abierta tras 1945 parece estar marcada, a su vez, por una creciente marginalidad en el espacio europeo e internacional. Es difícil encontrar, salvo Gramsci, equivalentes para las figuras reconocidas de la primera mitad del siglo XX: como el ya nombrado Croce, Vilfredo Pareto o Gaetano Mosca. Si ampliamos la mirada, se percibe además una situación diferente en otras zonas de la cultura, como el marcado éxito de la

literatura o del cine. Muy probablemente la preferencia de la historiografía italiana por la historia nacional, así como sus funciones políticas y los usos del pasado que habilita en un escenario de alta conflictividad, haya afectado sus posibilidades de exportación. Ahora bien, también es cierto que esa condición periférica coexiste con otros rasgos como su policentrismo, la pluralidad de orientaciones o el interés y contacto sostenido con una variedad de historiografías europeas. En esa composición probablemente radique la originalidad y la fuerza del caso italiano.

La voluntad ecuménica que anima la reconstrucción de Galasso deja en un segundo plano todo esto; a su vez –señala Devoto– encuentra un límite en Ruggiero Romano. ¿Cuál es la razón? Aprovechando que el siguiente texto está dedicado a su figura intentaremos retomar más adelante el desacuerdo.

El caso de Romano se recorta del elenco de nombres comentados hasta el momento. Sucede que es antes que nada un historiador. Uno muy singular, de intereses amplios y variados. Difícilmente reconozcamos en él, sin embargo, a un hombre público y mucho menos a un político, como varios de los hasta aquí nombrados. En fin, un *scholar*. Antes que ofrecer un recuerdo o un retrato, Devoto propone una lectura selectiva de la profusa obra del italiano: la huella presente en sus estudios sobre la economía colonial de los cambiantes vínculos que mantuvo con América Latina durante más de tres décadas. Tal cuestión implica una variedad de aristas que permiten restituir la contingencia de las ideas de Romano al acompañar su “desplazarse en el río torrencioso de la historia, indagar las fuerzas que se les oponen o los obstáculos que encuentran”. Un enfoque reconocible en las sugerencias de Venturi para abordar un caso específico de contacto y circulación intelectual.

El título del texto adelanta que el vínculo entre América y Romano se despliega bajo el signo de la pluralidad. Devoto reconoce al menos tres etapas sucesivas que, por otro lado, concentran la acción de Romano en distintas regiones del continente: el Río de la Plata entre los años cincuenta y los sesenta, Perú en la década del setenta y México en la del ochenta. Antes que un americanista, lo considera un historiador entre Europa y América. Una posición que ofrece la posibilidad de promover perspectivas cruzadas o comparaciones y analogías impensadas entre situaciones alejadas, de aprovechar lecturas formuladas en (y para) otro contexto, o de enfrentar el provincianismo historiográfico que reconoce tanto en la periferia como en el centro.

Pero el “entre” es un lugar indeterminado. Por eso Devoto avanza considerando las múltiples facetas que configuran el problema: la formación historiográfica de Romano; su cambiante trayectoria europea; la situación académica y de la disciplina en los lugares a los que llega; sus interlocutores y la posición que detentan en esos espacios; la percepción que los anfitriones tienen del visitante. Como en el caso de Venturi, la matriz historiográfica de Romano es el resultado de la confluencia (inestable y problemática) entre tradiciones bien diferentes: el idealismo croceano, el historicismo alemán y los *Annales* de F. Braudel y E. Labrousse, con su programa de una historia económica, serial y “científica”. Devoto se detiene, y no solo en este texto, en las distancias entre el historicismo italiano y los *Annales* franceses, pero también en los posibles puntos de conexión (a partir de los nombres de Federico Chabod y Lucien Febvre) atendiendo así a la heterogeneidad coexistente al interior de esas tradiciones. En esa preocupación, ¿no es legítimo encontrar un eco de los legados historiográficos que configuraron y animan la mirada historiográfica de Devoto? Más allá de esto, y para dar un ejemplo de

cómo se podían ver las cosas desde la otra orilla, en Buenos Aires Romano es percibido como un referente de la forma francesa de la historia económica y de los precios.

Por último, Devoto cree encontrar allí –entre otras– una de las posibles razones del desacuerdo entre Galasso y Romano: la profunda desconfianza en las ciencias sociales (y en el cientificismo historiográfico) del primero. Desde la perspectiva del segundo, quizás una forma de entender esa distancia sea recordando su intempestiva toma de posición sobre el público del historiador: “la preocupación no ha sido saber cuántos ejemplares se difundirían; lo que me interesaba era el problema histórico, su tensión intelectual [...] tema, precisamente, para 52 lectores, o poco más...”.

Antes de abandonar por un instante las cuestiones italianas deseamos apenas mencionar una referencia que no es objeto de tratamiento específico en los estudios incorporados a este volumen y que no ha sido, hasta donde sabemos, tema de reflexiones explícitas en Devoto: Antonio Gramsci, esa encrucijada del pensamiento y la política que atravesó como un rayo la cultura peninsular e incluso la desbordó. ¿Es posible leer a Croce, Venturi o Ginzburg sin percibir que en algún lugar se aloja la escritura de Gramsci? El de Devoto, ciertamente un Gramsci leído más allá, y aún en contra, del dispositivo marxista. Imaginamos conversaciones juveniles con el Horacio González autor de una lectura peronista del sardo genial. Qué de la problemática gramsciana leída a contrapelo perdura en las interrogaciones de Devoto es algo que aquí es imposible siquiera conjeturar.

Tras este breve excursus, llegamos a Fernand Braudel. Son tres textos los que se le dedican en el libro y el número, creemos, no es un dato menor: testimonia una preferencia, perceptible a su vez en la repetida aparición del francés en los demás escritos

(¿podría haber sido de otro modo dada su importancia?). Volvemos a encontrarlos, como en el caso de Romano –principal colaborador de Braudel durante algunos años– con un historiador *tout court*. Uno personalísimo, ambicioso y con una centralidad indudable en la historiografía occidental de la segunda mitad del siglo XX. Los textos aquí reproducidos están entre los más tempranos de la compilación. Todos rondan los años 90. No obstante esa datación, consideramos que la predilección de Devoto por Braudel es un dato perdurable, sin desmedro de una progresiva presencia en sus preocupaciones de la figura de Croce. ¿Un efecto de la reorientación en su propio itinerario, que va del predominio de la historia social de las migraciones al de la historia de las ideas y de la historiografía? Quizás, siempre que no olvidemos que esas variadas inquietudes convivieron desde temprano y se nutrieron mutuamente.

La perspectiva que prevalece en sus lecturas braudelianas se aparta de la trazada en las siluetas historiadoras de los demás textos. No está ausente la voluntad de hacer foco, desde múltiples puntos de vista, en el lazo decisivo que cruza vida, obra y contexto. Y el nombre sigue siendo un dispositivo de primer orden para enhebrar el análisis. Pero estos escritos están concentrados en aspectos específicos de la propuesta historiográfica de Braudel: la geohistoria (las relaciones del ser humano con el medio geográfico) y la *longue durée*. Devoto sigue aquí la veta abierta por los ensayos que Halperin o Romano le dedicaron a su maestro, antes que el importante trabajo en el que Giuliana Gemelli avanza en un examen de conjunto de las apuestas promovidas por Braudel en la historia y en la diplomacia de las ideas. Volvamos a los aspectos que señalamos más arriba. En realidad, son más y menos que aspectos específicos. Conforman, por un lado, el núcleo de una propuesta que busca redefinir la historia (y no solo la

historia, sino la totalidad de las ciencias sociales) como empresa de conocimiento. Por otro lado, y no poco frecuentemente, funcionan como fórmulas que simplifican aquella propuesta, logran autonomía y de ese modo la trascienden.

Frente a la ambigüedad de estas ideas y las diversas interpretaciones que suscitan (ambigüedad alimentada por el mismo Braudel), Devoto se inclina por reponer su contexto de origen, definido preferentemente por lecturas, libros e intercambios académicos, así como por las preguntas motivadas por la práctica historiadora. Luego sigue el camino sinuoso e intrincado –pero balizado por las mismas variables– trazado por las derivas, reformulaciones, abandonos o reposiciones de esas ideas. No vamos a reproducir aquí el análisis devotiano de la cuestión siempre retomada por Braudel de los vínculos entre el hombre y el espacio geográfico –enmarcada en la tensión entre el “posibilismo” de la geografía humana de Vidal de la Blache y el determinismo de Friedrich Ratzel–, ni de la periódica revisión de su “intuición” sobre la pluralidad de tiempos históricos. Sí advertimos al lector que es su dilatada deriva la que ilumina esas cuestiones (y otras conexas) y no una aparente resolución final.

Los escritos dedicados a Braudel están animados por una persistente extrañeza: el origen de esas ideas que buscan refundar la historiografía. ¿De dónde nace esa fuerza renovadora? Lo nuevo no solo es una respuesta imaginativa, Devoto lo sabe bien, que se opone a un pasado insatisfactorio. Supone, por el contrario, la recuperación heterodoxa de la tradición vista a la luz de los problemas del presente. Devoto da cuenta de la combinación de los diversos momentos que coexisten y le imprimen forma a la forma historiográfica braudeliana: su formación en la historia erudita francesa; el encuentro fortuito y revelador con Febvre y *Annales*; el interés sostenido en “los historiadores de la

civilización” (Spengler, Toynbee); la defensa del programa de las ciencias sociales de la segunda posguerra; la presencia sostenida de François Simiand. Otra vez: lecturas, libros, programas y sociabilidad académica. Se conjugan, es cierto, con sus viajes tempranos: la prolongada docencia en el norte de África o la estancia brasileña. Retrospectivamente la producción de Braudel, sostiene Devoto, descansa en “la combinación de un fuerte naturalismo con una idea también fuerte de ciencia social”. ¿Qué naturalismo? Halperin cree reconocer en *El Mediterráneo* la reposición de un naturalismo renacentista; Delio Cantimori, de uno decimonónico. Otras interpretaciones, de un naturalismo ilustrado. Sea como sea, aquella extrañeza de la que hablábamos parece remitir en Devoto a una experiencia de lectura. Al asombro frente a una prosa que evoca con tanta eficacia la diversidad de la vida y el secreto de lo real. Hay también en estos textos un intento de transmitir el efecto de aquella experiencia.

La secuencia de contribuciones de este libro nos conduce a dar un salto solo en apariencia mortal. De regreso a Italia, mas solo para dislocar su presencia. El tramo relativo a Gianfausto Rosoli y Franco Ramella nos transporta a otra faceta de la producción historiográfica de Fernando Devoto: la historia de las migraciones transatlánticas. Desplegar las consecuencias de reconstrucciones en apariencia biográficas entraña, según nuestro criterio, derivas iluminadoras que conciernen a la decisiva contribución de Devoto a la historiografía de las migraciones. Esa es, tal vez, la especialidad historiadora en la que, por el momento, las eficacias de los trabajos de nuestro autor se revelan esenciales para la renovación de la historia social posterior a la reconstrucción democrática de la vida universitaria argentina.

Todavía no ha sido escrita la historia de la temática de investigación histórica en la que Devoto es un animador central y en la

que se entabla un diálogo con los paradigmas previos y contemporáneos. Simplificada en la denominación de “pluralismo cultural”, la opción de Devoto desarrolla numerosas contribuciones que aquí no podemos detallar y que continúan brindando frutos mientras propuestas más visibles y tradicionales han agotado hace tiempo su simiente. El estudio de los procesos de desplazamiento más allá del esquema *push/pull*, las cadenas migratorias, el asociacionismo de las instituciones étnicas y sus publicaciones, la inserción en el mercado laboral, la emergencia de dirigencias y la integración conflictiva en los nuevos espacios, las dinámicas identitarias y políticas, con renovados debates metodológicos y documentales, generan una praxis de la historia social que excede al tema migratorio. Involucra, si bien esto no es tal vez nunca enunciado así, la proyección de una historia social alternativa a la filiada en José Luis Romero, Gino Germani y Tulio Halperin Donghi en las décadas previas (muy lúcida al respecto, Hilda Sabato emprende en los años 80 un debate contra el *strawman* del “pluralismo cultural” en defensa del paradigma progresista y universalista tan característico del programa PEHESA). A través de Rosoli y Ramella, historiadores tan diferentes entre sí, nos asomaremos a la trastienda de esa renovación que todavía espera su narración.

El capítulo sobre Gianfausto Rosoli es, a primera vista, el más próximo a una investigación con base documental. Para elaborar ese trabajo, Devoto revisó materiales de Rosoli depositados en el Archivio Generale Scalabriniano, orden de la cual Rosoli fue integrante. El partaguas de la biografía académica de Rosoli, para éste compatible con su vocación sacerdotal, es el compromiso desde 1973 con el Centro Studi Emigrazioni en Roma. La reconstrucción de Devoto revela su evaluación del proceso de inserción del trabajo de Rosoli, del Centro por él dirigido y, por extensión,

de su revista *Studi Emigrazioni*, en estándares académicos usuales y de contactos internacionales. Esta apertura es situada en un clima de ideas posconciliares de gran fluidez intelectual, desde luego, no carente de incordios. En ese ambiente donde Rosoli profundiza su compromiso con la investigación, acompañado por el también religioso e investigador Luigi Favero, se habilita el espacio para la extensión de la investigación hacia los Estados Unidos y América Latina (Argentina y Brasil, sobre todo) y especialmente, para lo que aquí interesa, al Centro de Estudios Migratorios de Buenos Aires donde se consolida la relación con el propio Devoto.

El balance de Devoto sobre Rosoli historiador nos interesa porque revela los acentos y decisiones del estudioso argentino respecto de su par italiano de trayectoria tan disímil. La perspectiva del fenómeno migratorio italiano en Rosoli, asegura Devoto, nunca deja de ser pesimista sobre las condiciones de partida, ligadas básicamente a circunstancias económicas y demográficas adversas. Sin complacencia, por otro lado, el historiador argentino subraya la imagen idealizada de la integración en la sociedad receptora, por lo tanto neutralizando las aristas conflictivas. A lo largo de todo el texto las dificultades de salud en Rosoli sostienen el bajo continuo de una trayectoria desgarrada. La recuperación por Devoto del *sapere aude* iluminista, un gesto solo a primera vista sorprendente, testimonia la seriedad con que pondera la tensión de Rosoli entre sus creencias irrenunciables y faenas de investigación igualmente decisivas.

El siguiente recuerdo de Franco Ramella condensa las preguntas suscitadas por la historización de una trayectoria que no es solo historiográfica. Nos explicamos a propósito de este matiz a primera vista bizantino. Ramella es a la vez el historiador del movimiento obrero y el de las migraciones, tanto internas

en Italia como transatlánticas. Es también durante un periodo el militante de izquierda, el lector de *El capital*, el “señor elegante, sobrio, respetable, con un toque un poco *british*” de burguesía de provincia. A Devoto lo atrae el gesto de Ramella –seguramente no por los grupos de estudios sobre Marx a los que Ramella dedica prolongadas horas de su vida– atento a tamizar la historiografía de su tiempo, que es también el de otros tiempos pues desconocemos cuánto de lo que se nos presenta como actual habla lenguas de otras épocas. Pero Ramella en su recuerdo es también su compañera Luciana Benigno, como lo será para el uruguayo Juan Oddone, visitado en la segunda parte, Blanca Paris. El análisis de Devoto segmenta el itinerario de Ramella, solo para poner en suspenso la aparente secuencia de tramos que, observados de cerca, comienzan a revelar sus deudas, el abigarramiento de tiempos en que se contaminan los senderos de una vida.

Franco Ramella es situado en una red de relaciones, con el activismo posterior a 1968, con la microhistoria, con la carrera académica, con los contactos de fundaciones e investigadores del exterior. No es por vez primera que se pondera en el retrato de Ramella historiador cuánto de las reflexiones teóricas, que Devoto escribe entrecomilladas para transmitir su escepticismo no ante la teoría sino respecto de su uso abstracto, ajeno a los hechos históricos, definen su pertinencia en las fronteras de la investigación. En el historiador italiano, el argentino celebra que la teoría permanezca “en las sombras”. Eso es más evidente en los trabajos sobre historia de las migraciones. Pero no de manera uniforme. En efecto, a propósito de textos de Ramella orientados, no sin polémica, a dialogar con la historiografía culturalista norteamericana, la primacía de la teoría y los modelos se impone sobre las fuentes que el propio autor italiano reconoce como insuficientes.

Devoto lamenta que los trabajos de Ramella no hayan obtenido un mayor reconocimiento en la Argentina. El libro en colaboración con Samuel Baily sobre la correspondencia de migrantes de Valdengo hacia el Río de la Plata con los padres que permanecieron en el terruño, merecía lecturas más numerosas: *One Family, Two Worlds*, de 1988. Tampoco prospera el proyecto de Ramella y Luciana Benigno para desarrollar con profundidad un estudio en la Argentina, en razón de las dificultades de los archivos locales. No obstante, la huella de Ramella perdura en la influencia de su artículo sobre “un uso fuerte del concepto de red”, texto orientador de una generación de investigadores argentinos. He allí una propuesta de emplear la noción de red mucho más que como *metáfora* del análisis social, una tesis cuyas consecuencias no es seguro estén agotadas.

Historiadores argentinos y uruguayos: apostillas sobre la segunda parte

El primer ensayo de la segunda parte desarrolla una indagación sobre tres actores fundacionales de las historiografías argentina, brasileña y uruguaya: Bartolomé Mitre, Francisco Varnhagen y Francisco Bauzá. El carácter “nacional”, y por extensión estatal, presenta desde ese momento un problema que recorrerá el conjunto de estudios de la segunda parte, aunque no afectará de la misma manera a todos los itinerarios historiográficos evocados. He aquí una colocación de las historiografías latinoamericanas con importantes consecuencias para las personalidades intelectuales y las obras producidas. Si hemos visto en la primera parte que en Taine y Renan lo histórico se dirime en el origen, despliegue y destino de la nación, para los historiadores latinoamericanos, hasta muy recientemente, el horizonte de las ideas se modula

en el formato del Estado-nación y por ende en el ámbito nacional. Por supuesto, en parte Tulio Halperin Donghi pero especialmente José Luis Romero, parecen exceder esa condena a representar los dilemas de la historia en la travesía de la nación.

Dicha conexión es en América Latina más un problema, un enigma, que un obstáculo a la presunta autonomía epistemológica de la historiografía. El estudio comparativo proporciona una cifra de esa problematicidad que, en el enfoque de Devoto, exige mayor reflexión y no una definición taxativa. Como afirma Momigliano en “El historicismo revisitado”, la pérdida de inocencia respecto de la historia “nacional” como unidad por defecto de la investigación histórica multiplica los puntos de vista habilitados para organizarla. Y, en consecuencia, también se diversifican las preguntas dirigidas a las historias decimonónicas tan ostensiblemente orientadas a legitimar las nuevas naciones y Estados en construcción.

Sin embargo, Varnhagen, Bauzá y Mitre están lejos de constituir, incluso si *grosso modo* coinciden en encarar el desafío de una historia nacional postcolonial, ejemplares con el mismo perfil. Las obras fundacionales de los respectivos autores, la *História Geral do Brasil* (1a. ed. 1854-1857), la *Historia de la dominación española en el Uruguay* (1a. ed. 1880-1882), y la *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* (1a. ed. 1858), constituyen pilares historiográficos cuya premisa compartida es la relación funcional entre nación y erudición. Según destaca Devoto, en Mitre se verifica una mediación por la biografía, en el caso citado la de Manuel Belgrano, a lo que sería factible complejizar, en otra obra, con la de José de San Martín pues para éste el alcance se extiende a las independencias de la Sudamérica ex española. El estudio comparativo de Devoto, desplegado en secuencias de semejanzas y diferencias, es el único trabajo del presente volumen planteado bajo

una matriz comparatista que el historiador argentino ha empleado en otras investigaciones, principalmente en las relativas a las migraciones transatlánticas.

Las condiciones institucionales, tanto en lo concerniente al desarrollo del Estado como de los marcos formales específicos de la historiografía, son bien distintas: mientras en el Brasil imperial el Instituto Histórico y Geográfico creado en 1838 constituye una referencia perdurable, la fundación de organizaciones similares con capacidad de durar requiere sesenta o más años en las dos repúblicas rioplatenses. Esta diferencia en las cadencias de institucionalización genera contrastantes materialidades en la formación de repositorios de fuentes (sea en archivos, como en la edición más o menos crítica de documentos en colecciones o publicaciones periódicas) y en la relevancia de la posesión personal de testimonios en Bauzá y en Mitre. Tales situaciones exigen la movilización de recursos interpersonales, la edificación de circuitos letrados para compartir información y textos, para comunicar proyectos e identificar dificultades, generando vínculos que sedimentan en élites del saber con equívoca identidad profesional. Otra diferencia entre el historiador brasileño y los rioplatenses, quienes poseen a su vez sus propios matices, es la diferente evaluación del pasado colonial.

El reconocimiento de las tres obras comparadas entre las élites culturales de los respectivos países, en términos de erudición y relato de orígenes, no carece de peripecias ni de obras en competencia. De allí, sugiere Devoto, es dudoso establecer una mera funcionalidad a la invención de la nación, que por ejemplo en la obra de Mitre va a conquistar de edición en edición desde su inicial formato biográfico. Por otra parte, los tiempos de gestación de las distintas obras se despliegan en series temporales que solo con violencia se acoplan sin rebordes a los plazos políticos inmediatos. Tampoco cada decisión interpretativa, como el lugar de Artigas en

el relato de Bauzá, corresponde con precisión a las inclinaciones dominantes entre las élites a las que, con las comprensibles diferencias, los autores estudiados pertenecen.

Obras pragmáticas y orientadas a sostener en un maderamen erudito la genealogía de la personalidad nacional, descubren en el pasado las huellas del presente. La profundidad genealógica adquiere valores diferenciales respecto de las poblaciones hoy denominadas “originarias”, que en Varnhagen y Mitre carecen de historicidad mientras en Bauzá se observa una contribución central a la edificación del mito “charrúa” al punto de apelar a los “indígenas uruguayos”. Las cronologías de cada obra son también desiguales. El recurso a categorías elaboradas en otros escenarios intelectuales está lejos de ser unívoca, incluso en el contorno rioplatense que comunica a Mitre y Bauzá. La erudición entonces en términos de soporte de legitimidad interpretativa, como en los “Documentos de prueba” integrados en cada tomo del historiador uruguayo, y en los complementos con los cuales Mitre enriquece las páginas de sus obras históricas al calor de polémicas metodológicas contemporáneas.

El fresco comparativo de los historiadores sudamericanos elaborado por Devoto ilustra otro rasgo de su pensamiento histórico: así como ocurre con la investigación organizada por distintos puntos de vista conjugados en una coyuntura, sucede con la producción historiográfica que en ella se vislumbran aspectos diferentes de acuerdo al sesgo de las lecturas realizadas. En todo caso, sin olvidar lo escrito a propósito de Taine y Renan, nos interesa demorarnos en los estudios de Devoto sobre José María Ramos Mejía y Juan Agustín García como un conjunto. Hoy que, con buenas razones, se desconfía del epíteto de “los positivistas”, la pregnancia del positivismo debe ser recordada, aunque según señala Devoto en concordancia con estudiosos como Oscar Terán y Jorge

E. Dotti, la esquemática positivista es un nombre que admite numerosas mixturas.

El diagnóstico general empleado por Devoto para caracterizar a García y Ramos Mejía comprende en realidad a bastante más que ellos. Sería extensible a numerosos otros autores del periodo 1880-1920, es decir, el que corresponde con la “gran demora” que Tulio Halperin postula para una historiografía “en busca de un rumbo” luego de Mitre y López. David Viñas propuso sobre los *gentlemen*-escritores “del Ochenta”, una fórmula para Miguel Cané o Eugenio Cambacéres que desconocemos si es aceptada por Devoto. ¿No es acaso la liviana literatura de allí surgida el correlato de una historiografía quizás mejor, pero en último análisis incapaz de sobrevivir al tamiz de la posterior historia profesional de la Nueva Escuela Histórica? Lo cierto es que Ramos y García no están lejos de ser, si no hemos leído demasiado arbitrariamente a Devoto, *gentlemen*-historiadores. Ocupados en otras faenas, Ramos Mejía en la medicina, en la cátedra universitaria y en la gestión pública, García, el mundo judicial y la docencia en Derecho, Sociología e Historia, hacen de sus escritos históricos ejercicios laterales en sus biografías. Sus obras, desiguales, revelan las limitaciones de una dedicación secundaria a sus preocupaciones historiadoras. Pero no avancemos demasiado rápido: ¿no es cierto que con todo *Las multitudes argentinas* y *La ciudad indiana* son todavía legibles con mayor interés que la literatura de *En la sangre* o *La gran aldea*?

El autodidactismo historiográfico de un médico y de un abogado lanzados a la tarea historiadora demanda virtudes singulares en un escenario periférico como el argentino: García y Ramos Mejía acumulan azarosamente referencias más o menos sólidas de la bibliografía europea y una labor de archivo tan dispersa como sumisa a las exigencias de la interpretación.

Comencemos por Ramos. En 1882 Ramos Mejía publica *Las neurosis de los hombres célebres*, un escrito que propone una hermenéutica psicopatológica de algunos personajes de la temprana historia independiente de la Argentina. Elogiado por su prologoista Vicente F. López y bienvenido por Domingo F. Sarmiento en una reseña aparecida en *El Nacional*, sin embargo, es objetado por ellos en razón de un uso apriorista de la teoría. Por añadidura, lo apuntamos al pasar para regresar pronto a la cuestión, el autor del *Facundo* le reprocha una ingenuidad en el uso de las fuentes. Devoto observa con agudeza que el apriorismo teórico está hermanado, y ese será un rasgo de larga duración en el análisis devotiano de la historia intelectual argentina, de un eclecticismo en las referencias conceptuales provenientes de escenarios culturales externos.

En la reflexión de Devoto ello no entraña necesariamente un defecto. Puede auspiciar la creatividad de lo que en una mirada gerschenkroniana traducida a la historia de la historiografía constituye el horizonte en que se hace historia en un país como la Argentina: el eclecticismo paradigmático abre el campo de posibilidades interpretativas. No obstante, persiste una exigencia en la evaluación de Devoto que excede al ámbito argentino. Se trata del deber histórico de asociar las interpretaciones con un sólido trabajo de archivo. Este es uno de los hilos conductores comunes a los estudios incorporados en el presente volumen. En efecto, el problema no es tanto la teoría asumida por Ramos Mejía. La dificultad radica en cierta frivolidad documental que lo ubica algunos pasos detrás incluso de un autor como Cesare Lombroso en sus trabajos “históricos”. Ese reparo ya lo encontramos en otros análisis como el dedicado a Croce, sobre todo cuando el napolitano visita los archivos con el propósito particular de sostener una tesis de entramado principalmente especulativo. En un

libro posterior, *La locura en la historia* (1896), Ramos Mejía persiste en la fórmula historiográfica que le granjea notoriedad en su época, pero módica idoneidad según el análisis de Devoto. A pesar de las tesis originales en la obra inmediatamente posterior de Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas* (1899), el juicio no es por eso menos riguroso.

Con *Rosas y su tiempo*, libro publicado en 1907, Ramos Mejía alcanza una mayor estima del historiador de la historiografía, no porque haya innovado radicalmente en su matriz analítica, sino porque se toma un poco más en serio la labor histórica con las fuentes. Ese será, en cambio, el límite que devaluará a Juan Agustín García como historiador cuyos talento e intuición nunca logran maridarse con una disciplinada pasión por los archivos. García carece de los incentivos institucionales para dedicarse plenamente a la tarea historiadora. En el largo ensayo pensado como estudio preliminar a una reedición de *La ciudad indiana* (1900), ese título deudor de Fustel de Coulanges, seguramente el mejor texto de García en cualquiera de sus varias preocupaciones, el enfoque es característicamente devotiano. Intersecta una multiplicidad de dimensiones, desde la ubicación social en un entorno familiar que provee a García de un capital relacional más que económico. Ello obliga en ocasiones desfavorables a realizar labores docentes y letradas movilizadas *pane lucrando*. Y algo más: no todo se enhebra en una explicación inmaculada, si la atención a los hábitos familiares puede ser filiada en una lectura del católico francés Frédéric LePlay, es menos evidente de dónde incorpora García la sensibilidad hacia la gente del común en su comprensión de la historia.

El dilema de García, siempre según nuestra lectura de Devoto, consiste en que su talento lo provee de las intuiciones para una historia social y cultural de envergadura malograda por

causeries sin mayor trascendencia historiográfica. Dicho de otro modo, García excede largamente las defensas académicas de la magra erudición de una Nueva Escuela Histórica que el propio García acoge con generosidad en los *Anales* por él dirigidos en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Pero él mismo es renuente a sostener los esfuerzos para materializar las promesas esbozadas en *La ciudad indiana*. Después del ascenso del radicalismo irigoyenista, Juan Agustín García, particularmente en *Sobre nuestra incultura* (1922), se revela como un autor superado por su propia época, ya ajeno a cualquier veleidad historiadora. Con todo, en la explicación de Devoto, su mirada *sui generis* de “larga duración” (sea en torno a la importancia de la familia, de las costumbres populares como el coraje, entre otras), merecen una valoración en contraste con una Nueva Escuela Histórica que, incluso en sus mejores valores como el Emilio Ravignani investigador de las series constitucionales, nunca suscita en él una reflexión detenida. Es a veces temerario extraer consecuencias de un silencio, mas dejamos caer al pasar el hiato entre estos perfiles historiográficos y la Nueva Escuela. El mutismo de Devoto sobre Ricardo Levene, Rómulo Carbia, José Torre Revello o el más tardío Ricardo Caillet-Bois, es elocuente.

Ese silencio se acentúa si se atiende a la estima que transmiten las páginas dedicadas a Juan Álvarez, una figura que se entronca con las mencionadas más arriba. Formado dos décadas después que García (del que había sido alumno durante sus estudios de Derecho en la UBA), Ramos Mejía o Ernesto Quesada, tanto en su producción como en su perfil se puede reconocer aun la matriz del positivismo historiográfico. Abogado, juez, funcionario público, profesor universitario, es también en paralelo (como aquellos) un historiador autodidacta. Antes que apuntar a la carencia de maestros, tal condición remite en Devoto a la

exigua profesionalización de la disciplina en esos años y, como su reverso, a un cuadro amplio y ecléctico de lecturas combinadas de manera singular. Supone, a su vez, una serie de interrogantes sobre el presente y el futuro que orientan la mirada hacia el pasado, conectando de ese modo la historiografía con inquietudes más amplias que las del gremio. No es casual, en fin, que el autodidactismo reaparezca en otros retratos devotianos, alejados inclusive de aquel momento temprano de la institucionalización de la disciplina –por otro lado siempre precaria frente a la periódica inestabilidad académica del siglo XX argentino–.

En la reconstrucción del itinerario historiográfico de Álvarez, Devoto sigue una estrategia que ya hemos visto, entrelazando su producción con la cambiante dinámica de las primeras décadas del siglo XX argentino. El *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, escrito en 1909 y publicado al año siguiente, es ubicado en un clima de incertidumbre motivado por los problemas y amenazas percibidos tanto en el plano social (la inmigración y sus potenciales efectos) como en el político (agotamiento del régimen roquista). El *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, tan cercano en el tiempo (1914) responde sin embargo a una nueva coyuntura definida por una crisis social que afecta particularmente a la provincia de Santa Fe (las protestas agrarias iniciadas en 1912) y la nueva lógica política que supone la Ley Sáenz Peña. Entre los dos libros, Devoto columbra un cambio de tono: mientras en el primero domina un franco optimismo, en el segundo se percibe una creciente preocupación por el rumbo del país. De todas formas, ambos se presentan como los productos más logrados del positivismo historiográfico en un momento en el que comienza a ser cada vez más cuestionado. ¿Qué encuentra en esos libros Devoto? Varias cosas. En principio, un enfoque del proceso histórico argentino desde una perspectiva regional. Esta ofrece una

doble lección: una advertencia sobre todo lo que se pierde en las miradas que confunden Buenos Aires con la realidad nacional y, a la vez, una muestra de que la historiografía desde el interior no debe ser fatalmente localista o provinciana. En segundo lugar, una aproximación en la que se atiende a las condiciones “estructurales” y no a las ideas o a la voluntad de los actores, concentrada en los límites y los obstáculos que enmarca la lucha de los hombres por sobrevivir. En el *Ensayo*, la geografía y la demografía (la población, el espacio, las distancias y las vías de comunicación) explican el atraso de la región bajo el dominio colonial y durante la primera mitad del siglo XIX; la economía (el capital, el tren, la expansión agrícola) el progreso durante la segunda mitad. En el *Estudio* la propuesta historiográfica se hace más ambiciosa y logra presentar con éxito una imagen llena de sugerencias y matices sobre el proceso histórico del siglo XIX. En su libro más acabado, Álvarez ofrece una mirada menos lineal del progreso argentino y recalca la importancia de la intervención del Estado para intentar orientar el desarrollo capitalista (o, al menos, aplacar sus efectos más perniciosos). En fin, parece ganar peso la preocupación por los desequilibrios y conflictos sociales y políticos que la economía genera. En este punto Devoto destaca, en tercer lugar, la función del historiador que se deriva del libro: realizar pronósticos sobre las dificultades futuras que deberá enfrentar Argentina. Predicciones que no provienen del reconocimiento de leyes sociales inflexibles ni infalibles sino –a partir de la observación del pasado y a la identificación en él de *corsi e recorsi*– análogas a los pronósticos meteorológicos.

La producción de Álvarez en las décadas subsiguientes –y según la cambiante realidad nacional– asume un tono pesimista, que acompaña su tránsito del reformismo al conservadurismo. Todavía se pueden reconocer en su obra las virtudes de sus

primeros libros, pero ha perdido, señala Devoto, el ingenio y el impulso innovador de aquellos. Un ocaso que se asemeja al de García, también por el vínculo con la ahora hegemónica Nueva Escuela Histórica. Pero Devoto se encarga de destacar todo lo que separa a Álvarez de su antiguo profesor. Por un lado, la seriedad, dedicación e ingenio puestos en el trabajo documental. Conectado a ese punto, una propuesta metodológica –en especial en *Las guerras civiles*– original: la construcción, a partir de datos repetidos, de series económicas que intenta vincular con las crisis políticas y sociales. Una operación que reposa sobre modelos extranjeros, como Thorold Rogers, pero también sobre la propia experiencia en la realización y uso de estadísticas que conoció como *factotum* del tercer censo de Rosario en 1914. El enfoque serial cuantitativo para indagar fluctuaciones económicas y explicar así fenómenos sociales y políticos no deja de presentar, subraya Devoto, analogías con el proyecto de Simiand y luego de Labrousse en Francia. Señalaba Halperin (en un año clave como 1955) que con Álvarez no se había malogrado un historiador sino “una oportunidad para la historiografía argentina” que siguió otros rumbos. Devoto, nos parece, suscribe esta valoración sin necesariamente recalar en el por entonces braudelismo del precoz autor de *El pensamiento de Echeverría*.

El estudio preliminar de Devoto a la póstuma *Historia argentina* de José Luis Busaniche insta un escenario adicional en la evaluación de las consecuencias del horizonte revisionista del que el historiador santafesino fue por algunos considerado parte, si bien con menos resonancia que los autores porteños. Lo que pondera con tonos inusuales a Busaniche en el consenso revisionista es su declarado liberalismo, revelando aquel consenso bajo nuevas luces. En principio porque todo posicionamiento adversativo, elemental en el revisionismo, es siempre divisible. Así

ocurre con un Busaniche poco complaciente con la “tradicción liberal argentina”.

La reconstrucción de Devoto recupera las conexiones con el orbe académico de los años treinta y cuarenta (una pausada transición de vínculos con Ricardo Levene a otros con Emilio Ravignani acompaña un itinerario sin mayores estridencias). Lo esencial que se hallará en las páginas dedicadas a Busaniche –pensamos– es que, como Juan Álvarez, se lo comprende como un escritor santafesino. En contraste con Álvarez, en Busaniche la preocupación fue siempre más de una historia política institucional que de la historia económica. Se trata de un aspecto que no puede ser desarrollado aquí. Ajeno al marxismo, sin embargo, Devoto asigna a lo económico un rol en la vida histórica, que justamente Busaniche desatiende junto a otros aspectos ya recordados. Esa inclinación politicista-institucional debía afectar sobre todo a la narrativa del periodo que el autor de *Estampas del pasado* conocía mejor y se expresaba con un trazo más preciso: los primeros dos tercios del siglo XIX. A propósito de ese sesgo, Devoto no puede abstenerse de lamentar cuánto de la labor editorial del propio Busaniche, como en el caso de los viajeros extranjeros en Río de la Plata y sus informaciones de costumbres y vida cotidiana, hubiera podido nutrir de matices accesibles a un lector perspicaz como sin duda lo era.

La faz menos amigable de Busaniche en Devoto es la vocación evaluativa del santafesino, incluso cuando contiene su prosa, prudente, para los tramos que le eran menos familiares. He allí un problema apuntado por Lucien Febvre en torno al “pecado capital de la historiografía”, el del anacronismo, que no es sino la contracara del hilo conductor en nuestra lectura de Devoto como pensador historicista. Pero lejos de una actitud especulativa, de lo que se trata es de reconocer la “verdad” subyacente a los juicios

a los que Busaniche era poco dado a sustraerse: que liberalismo y democracia (entendido como la voluntad popular más que en la “jacobina” razón general) siguieron caminos problemáticos en la historia argentina narrada por el historiador santafesino y que, sugiere Devoto, continuó hiriendo las interpretaciones positivas que defendieron desde los años setenta un “progreso argentino” donde se fusionaba el indudable éxito de la incorporación argentina al mercado mundial capitalista con una política “liberal” que incluso reveló vetas reformistas. Pero por desgracia el libro de Busaniche solo llegó hasta el momento de la Guerra del Paraguay cuando lo sorprendió la muerte. Más adelante, alrededor del recuerdo de Haydée Gorostegui, podremos acumular algunos apuntes sobre un debate de Devoto con la visión liberal de historia nacional.

La aproximación a Julio Irazusta, el mayor referente revisionista entre las figuras presentes en el libro, no se encara proponiendo un análisis de su obra –que se mantiene en un segundo plano– sino retratando su perfil. En el acercamiento a la personalidad de Irazusta, Devoto cree encontrar una vía para iluminar su opción por la historia así como ciertos rasgos de su práctica historiadora. También, tal vez, es la forma que encuentra de hacer justicia con un recuerdo que lo acompaña desde su juventud cuando, junto con Gorostegui, conoce personalmente a Irazusta.

Devoto toma distancia de la eficaz estilización elaborada retrospectivamente por Irazusta de su propio itinerario: “de la literatura a la historia a través de la política”. El punto central es el rol otorgado a la política. Reconoce en Irazusta un interés sostenido por la política argentina, que sin embargo es observada desde las “prudentes distancias” exigidas por la labor intelectual. Irazusta, por añadidura, nunca fue un hombre de acción (“demasiado tímido”), ni su pluma era lo suficientemente

beligerante. En fin, un ciudadano comprometido con su tiempo que mira la política a través del prisma de la historia. Todo ello no hace más que volver cada vez más extraño y opaco un presente –en especial luego de la llegada del peronismo– que, según Devoto, el estudioso de la correspondencia rosista intenta comprender infructuosamente desde las categorías del siglo XIX. Así las cosas, el estudio de la historia se presenta para Irazusta como un refugio frente a esa realidad inhóspita y le ofrece una razón para seguir haciendo lo que siempre había hecho: leer y pasar gran parte de su tiempo en un mundo de libros y bibliotecas.

Ahora bien, esta aproximación le permite a Devoto terminar por aquello que en cualquier análisis del revisionismo y sus figuras aparece como punto de partida: la subordinación instrumental de la historiografía a la política. El partidismo de Irazusta, condensado en su defensa de Rosas y lo que para él representa, es atemperado por Devoto a partir del reconocimiento de tendencias semejantes en la Nueva Escuela Histórica o, considerando otro aspecto, por la tenacidad erudita que orientaba a Irazusta a no dejar un solo documento sin consultar. ¿Vale esta valoración para otros referentes del revisionismo? No lo creemos, tanto por lo ya señalado a lo largo de esta introducción, como por la dificultad que la opción seguida por Devoto en este caso –que construye un retrato amable y respetuoso desde una marcada distancia– supone para la generalización.

Es difícil imaginar un temperamento más distante al de Irazusta que el de José Luis Romero. En cualquier caso, el camino que Devoto emprende con Romero es uno muy distinto al recorrido para presentar la silueta de Irazusta. El escrito se detiene en una etapa específica de la trayectoria de Romero: la de su formación historiográfica. Esto no significa que allí se defina una concepción historiográfica luego reconocible en las etapas

posteriores del itinerario de un historiador inquieto que aborda una enorme variedad de temas. Por el contrario, la *Bildung* historiográfica de Romero es, según la mirada de Devoto, móvil y cambiante. El escrito se aparta, nos parece, del intento ya señalado de iluminar los posibles lazos entre obra, autor y contexto. Hay, claro, indicaciones aquí y allá sobre esas relaciones, pero la mirada está concentrada ante todo en la producción historiográfica romeriana y, en ella, en las referencias intelectuales y en la perspectiva que se define. Esta decisión –otra diferencia con varios de los escritos reunidos en el libro– deja fuera de campo la prolongada militancia socialista de Romero. La lectura, por último, genera la impresión de que Devoto está tan interesado en la caracterización de esa primera estación de Romero, como en la discusión con interpretaciones previas sobre el perfil de su figura y su historiografía. Esa veta polémica, que quizás no hemos enfatizado y que no se presenta de manera explícita, nos parece un elemento recurrente (y saludable) en la forma de hacer historia de Devoto.

El texto comienza con una operación erudita que habilita ciertas lecturas y dificulta otras: la datación de *La formación histórica*, un ensayo temprano de Romero que Devoto remonta a 1933 (y se consideraba de 1936). El mundo de referencias intelectuales que encuentra allí es, antes todo, el que gira en torno a la figura de Ortega y Gasset y la *Revista de Occidente* –“nada modernas y muy siglo XX”– mientras que el tópico que organiza el ensayo es el diagnóstico de la crisis, su profundidad, derivas y oportunidades abiertas. La ausencia de historiadores en el texto –frente a la abundancia de filósofos, sociólogos y escritores– no implica la vacancia de una mirada histórica caracterizada tanto por su apartamiento de la muda erudición como del determinismo económico. A distancia de la hegemónica Nueva Escuela

Histórica y de los restos del positivismo, Romero busca delimitar un lugar para su proyecto –que pone en el centro la voluntad creadora de la cultura humana– en diálogo con un clima de preocupaciones intelectuales más amplio. Pero, ¿es en efecto un proyecto historiográfico? Devoto considera en paralelo los escritos más estrictamente históricos de Romero (entre ellos su tesis) contemporáneos al ensayo recién aludido, dedicados a la historia romana. Allí encuentra un tipo de historiografía que está lejos de la historia de la cultura que defendería a mediados de los cincuenta (entrevista en el ensayo de 1932). Se apoya al respecto en la detección de un “módulo historiográfico organizado en torno a los conflictos políticos-luchas sociales-diseños institucionales”, que reposa en algunos eruditos del mundo antiguo, como R. Von Pohlmann y A. Rosemberg. No vamos a seguir en detalle la lectura que hace Devoto de las etapas subsiguientes en el recorrido de Romero. Podemos consignar brevemente sus estaciones, muchas veces simultáneas: el giro hacia la historia de la historiografía frente a un bloqueo en el acceso a la cátedra de Historia Antigua en la Universidad La Plata; la creciente centralidad de W. Dilthey para dar cuenta de su concepción histórica que ocupa un buen número de sus escritos; la orientación hacia los estudios medievales de la mano de Sánchez Albornoz; la reciente dedicación a la historia argentina a partir de la lectura de los clásicos y, algo que Devoto no deja de subrayar, de referentes del positivismo como J. A. García e Ingenieros. Estos variados senderos que se cruzan o se ramifican pueden ser vistos como un momento de transición. Recién entre fines de los 40 y principios de los 50 se comienza a perfilar el proyecto de una historia de la cultura (delimitada en la triada ciudad-burguesía-mentalidad) que será aquella que lo identifique de allí en adelante. En fin, una aproximación que intenta restituir la contingencia y el azar de esos

años formativos de Romero. También, como señalamos, discutir con el perfil de Romero propuesto por otros historiadores, en especial aquel, creemos, definido por Halperin en un conocido ensayo. La forma de llevar adelante esa polémica, de un modo apenas irónico, remite a una sugerencia del propio Halperin que Devoto rescata: “la historia, como los árboles, se conoce mejor por sus frutos que por sus raíces”. ¿Pero, según enseña la morfología botánica de Goethe, no deben algo los frutos a sus raíces?

Los escritos dedicados a los historiadores uruguayos Juan Oddone y José Pedro Barrán se desvían, sin rescindir la consideración historiográfica (en sus páginas hallarán agudos análisis que no por breves son menos penetrantes) de sus respectivas obras, hacia el lugar de la amistad en los vínculos entre historiadores. Se observará que la cercanía es diferente en cada caso, pero constituye un ingrediente cardinal en las conexiones de Devoto con los estudiosos uruguayos.

Oddone, antes de Juan Oddone, es para Devoto una lectura, la del breve volumen publicado por Eudeba en 1965 con el título de *La formación del Uruguay moderno. La inmigración y el desarrollo económico social*. Publicar en la editorial de la Universidad de Buenos Aires, como hacerlo poco después en el Centro Editor de América Latina, supone la preexistencia de un capital reticular reconocible. Para Oddone, la conexión es la de Romero y las preguntas orientadoras del proyecto conjunto de Romero con Gino Germani (donde las respuestas de cada *maître-à-penser* son, con todo, diferentes). A su vez, los contactos con Oddone son los que proveen a Devoto de sus vínculos uruguayos, principalmente José Pedro Barrán, Carlos Zubillaga, y sus respectivas parejas. Porque para Devoto, la fluidez relacional se nutre de ponencias y congresos, de publicaciones y viajes, pero también de desayunos y cenas, de estancias vacacionales compartidas. El Oddone

de Devoto es un historiador de una moderada cultura reformista, muy uruguayo entonces. Otra vez, ingresa en ese momento el más “uruguayo” de los historiadores argentinos, José Luis Romero, como en el todavía útil escrito de Oddone “La historiografía uruguaya en el siglo XIX” de 1959, donde la posición de Francisco Bauzá es homóloga a la de Bartolomé Mitre para el autor de *Las ideas políticas en Argentina*. Pero no solo está Romero en la matriz de ese texto historiográfico. Reclama derechos el ya viejo ensayo de Rómulo Carbia en que organiza la historiografía argentina de los tiempos de Mitre y López alrededor de la dicotomía entre escuela erudita y escuela filosófica.

El Juan Oddone de los años sesenta se encuadra en la historia económica y social, que luego se reordena en la historia económica y política, sin resignar una perdurable adhesión al planteo cepaliano respecto del cual Devoto es circunspecto, aunque contextualista. Otra es la ponderación del “maravilloso” texto autobiográfico *Mirando atrás*. La historia personal, inseparable de su compañera, la historiadora Blanca Paris, crece en el entusiasmo de su lector argentino porque, sin reducirse a una individualidad biográfica, narra a su modo una historia social del Uruguay urbano sin olvidar a personajes extravagantes y otros notables de la cofradía histórica, como Carlos Real de Azúa y Tulio Halperin. Esta sensibilidad de Oddone para contar una historia, si bien escandida a partir de sus recuerdos, con matices y actores, comporta en lo evidente un homenaje de Devoto a un amigo ya fallecido. Pero leído como juicio historiográfico, es también la manifestación de un sesgo analítico que sitúa a las premisas de la vieja historia económico-social en un escenario de meditación.

Con José Pedro Barrán, Devoto aplica enfoques que reencontremos con más detalle a propósito de Halperin Donghi. En rigor de verdad, las perspectivas sobre Barrán son diversas, reducidas

aquí en beneficio de la concisión a lo esencial. La obra del historiador uruguayo es ubicada en un itinerario biográfico, donde por razones genealógicas el legado familiar es modesto en sus destinaciones al éxito, pero más determinante en el derrotero de formación y posterior labor docente. No obstante, sus estudios en el Instituto de Profesores “Artigas” están lejos de proporcionarle menguados saberes, que en lo relativo a la práctica de investigación remite a las enseñanzas de Juan Pivel Devoto. Éste reconoce su talento (podemos presumir que no escapaba a su lucidez que el joven Barrán seguiría derroteros ideológicos distintos a los suyos) y lo instruye en los secretos del archivo. También en el Artigas se gradúa Benjamín Nahum, con quien Barrán producirá importantes obras de largo aliento.

Un rasgo peculiar de Barrán en la mirada de Devoto es el sesgo “intelectual” de su perfil como historiador, tanto en términos de sus lecturas como de las interrogaciones dinamizantes del trabajo histórico. Ese aspecto no va en detrimento del compromiso historiador. Tal vez alimente sus preguntas, pero no determina las respuestas construidas en un esfuerzo solvente de indagación erudita. Esas preguntas son las que reverberan, como Devoto observa con perspicacia, en las notas para esa revista de las izquierdas culturales del Uruguay que fue *Marcha*. Habitan en esas prosas críticas algo que desde luego no está contenido en el magisterio de Pivel, y que más tarde prospera en búsquedas extendidas hasta un uso personal de Michel Foucault en clave de historia social y cultural. Mas no es aconsejable avanzar tan rápidamente. En el camino se encuentra la historia de la modernización económico-social contenida en los volúmenes escritos en colaboración con Nahum: principalmente los siete volúmenes de la *Historia rural del Uruguay moderno* y los ocho tomos de *Baile, los estancieros y el Imperio británico*. Al respecto, Devoto no es indulgente, aunque

reconozca sus hallazgos. En efecto, Barrán y Nahum desarrollan su obra, escribe Devoto, “en una época en que la historia parecía todavía tener un sentido definido”, lo que opera como medida de juicio del acontecer pretérito. Esa distancia respecto de las confianzas hoy conmocionadas, no inhibe el reconocimiento de la labor documental y sistematizadora acometida. En este preciso momento es donde Devoto deja al público lector inteligente que extraiga sus propias conclusiones, aunque en nuestra lectura los pro y los contra de la enumeración en apariencia ecuánime es clara. Es que como Oddone, decimos nosotros, Barrán nunca deja de ser optimista. Un intelectual de izquierda moderada, “batllista” arriesga Devoto. Que el historiador argentino sea más escéptico ante las promesas del progreso es compatible con las líneas finales en torno a la muerte del amigo, una resistencia de la amistad ante la muerte que también contraviene la linealidad aristotélica del tiempo. Pero eso no es todo, porque en otro texto de Devoto sobre Barrán aquí reunido lo defiende ante las impugnaciones de nuevas capas historiográficas.

Continuamos con un nombre que aparece de manera repetida en estas páginas: Tulio Halperin Donghi. Devoto le dedica, como a Braudel y Barrán, tres escritos: una reconstrucción informada y reflexiva de los múltiples contextos –sociales, intelectuales, académicos– que tallaron en la conformación de su idea de historia e hicieron posible su obra, y dos comentarios bibliográficos: uno sobre “un libro que es muchos libros”, el clásico *Revolución y guerra*, y otro sobre una miscelánea de ensayos en torno al revisionismo que parece no llegar a ser uno. El número de textos comunica de entrada la centralidad que la figura de Halperin tiene para el pensamiento histórico devotiano. También ofrece la posibilidad, más allá de las imposiciones exigidas por las razones

editoriales, de que su multiplicación característica de perspectivas de interrogación se distribuya entre los escritos.

El primero de los textos es además una suerte de homenaje, escrito y publicado poco tiempo después de la muerte de Halperin Donghi en el 2014. En su prosa trasunta no solo el reconocimiento cálido hacia un historiador, que ya era la referencia ineludible de la historiografía argentina cuando Devoto comenzó sus estudios universitarios, sino también cierto tono melancólico por un tiempo ya irremediadamente ido. Lejos está de ser, con todo, un panegírico o una apología. Es una reconstrucción equilibrada en la que Devoto muestra toda su maestría como historiador de la historiografía y en la que los motivos de desacuerdo, si bien en un segundo plano, no son acallados. Requieren, es cierto, una lectura atenta o entrelíneas, a diferencia de las reseñas que presentan las diferencias de modo explícito. En fin, Devoto compone un perfil de Halperin que deriva de un enfoque definido tanto por la cercanía como por la distancia.

El problema organizador del texto (“¿qué hace a un historiador excepcional un historiador excepcional?”) recuerda la pregunta que animaba los escritos sobre Braudel, aunque, en aquel caso, la cuestión no era la excepcionalidad, sino la novedad. ¿Un índice de la distancia entre Braudel y Halperin? Probablemente. Conjeturamos, a su vez, que esa preocupación por lo excepcional antes que por la novedad puede ser el rastro de la microhistoria *alla maniera* de Ginzburg. La estrategia para afrontar esa pregunta implica considerar a Halperin como punto de convergencia de múltiples contextos, prestando atención tanto a lo que posibilitan como a sus puntos ciegos. Por último, el énfasis en la excepcionalidad también indica, en negativo, la distancia del Halperin de Devoto de la imagen de Halperin que funciona como referencia

común de la normalización de la historiografía académica desde los años 80.

Por lo antedicho, apenas sorprende que el escrito alumbre no solo la sinuosa trayectoria de Halperin sino también los espacios en los que ella se despliega. El público lector encontrará caracterizaciones y entradas informadas e inteligentes de la sociabilidad liberal antifascista argentina de los 30, de la universidad posperonista entre 1955 y 1966, así como de la Turín a principios de los 50 o del momento genético de la École Pratique-VI Section de la mano de Braudel. Sugiere en ese recorrido que el itinerario de Halperin estuvo sujeto a los vaivenes políticos e institucionales de la Argentina, pero también a las decisiones que fue tomando y, claro, a sus dudas. Sostiene, en fin, que las opciones de Halperin oscilaron entre la apuesta académica, motivada por su vocación por la historia, y las intervenciones polémicas en el espacio público, orientadas por su incommovible interés por la Argentina y sus callejones.

Proponemos desplazar apenas la mirada de la variedad de motivos, ideas y sugerencias expuestas en el escrito para detenernos en algunas de las operaciones que la posibilitan. Creemos que estas iluminan tanto la práctica historiadora de Devoto, como su propia concepción de la disciplina, sin fantasear entre ambas una síntesis monádica. En primer lugar, la operación documental. Para la reconstrucción y comprensión de los variados contextos que franquean la vida de Halperin, Devoto recurre a los numerosos testimonios voluntarios que este dejó (en particular sus memorias). Sin embargo, atento a las advertencias de Bloch en *Apología para la historia*, combina su uso con un aprovechamiento intensivo de la correspondencia (en especial la de Halperin con Braudel y con Oddone) y de su producción historiográfica. Los frutos de esta combinación de fuentes se pueden observar en

el texto. Para dar un ejemplo, en el modo en el que se deslindan las variadas facetas que roturan el vínculo con José Luis Romero. O, para dar otro, la manera en el que la consulta del archivo Einaudi ofrece perspectivas inéditas para volver sobre la *Historia contemporánea de América Latina* (y sobre la distancia entre la historiografía italiana y argentina en los 60). En fin, consideración distanciada de la rememoración propuesta por Halperin en sus testimonios, examen contextual de su producción, uso intensivo de una veta documental acotada. Segunda operación: la “lectura lenta” o filológica. Sin querer extendernos, mencionemos cómo advierte tras el reconocimiento de una expresión de San Agustín en un ensayo del 55 la presencia de Dilthey y del historicismo tardío alemán. Tercera operación: el modo en el que Devoto se esfuerza por reconstruir en cada momento la gama de posibles opciones que Halperin debe afrontar, y cómo las elecciones que hace condicionan sus alternativas futuras. El *path dependence* ofrece así un enfoque decisivo para evitar considerar de modo mecánico el vínculo entre Halperin y los espacios transitados.

Entre los variopintos elementos diferenciales que hacen de Halperin un historiador distinto, Devoto se demora por un momento en su idea de historia. O, con otras palabras, en su colocación frente a esa mezcla de tradiciones historiográficas presentes en su itinerario ¿Otra figura más en la que se combina aquello presumiblemente alejado? Como sea, el modo en el que lo hace Halperin parece resultar en un equilibrio de controles cruzados entre el *Historismus* alemán, *Annales* y el historicismo italiano que, a su vez, se sostiene en una defensa de la erudición y de los datos “inarticulados”.

En este comentario, quizás nos hemos detenido demasiado en la proximidad entre Halperin y Devoto. Los textos, como indicamos más arriba, presentan también distancias significativas.

El encuentro de Devoto con Oscar Terán es crucial. Se trata, en un texto breve, del diálogo póstumo de un historiador de izquierdas como Terán, con otro historiador mejor situable en las latitudes de una sensibilidad “nacional-popular” donde la reserva ilustrada del autor de *Nuestros años sesentas* halla una hermenéutica singular. En nuestra sucinta lectura de la producción de Devoto sobre la historia de las migraciones hemos perfilado su aporte a la historia social en la Argentina del siglo XX. Pero en materia de historia de las ideas el saldo aún requiere alguna elucidación. Porque, en efecto, ¿no son las ideas el terreno donde –sea en las versiones de Kant, Herder o Hegel– se despliega la promesa revolucionaria de la Ilustración? Reinhart Koselleck, en la estela de Carl Schmitt, lo plantea claramente en *Crítica y crisis*. Desde otro lugar, Devoto como lector de historiografía de las ideas perdura en el historicismo de reconstruir las múltiples aristas dirimidas en una experiencia, obstaculizando el sentido único y dando relieve, junto a las conquistas, a los caminos sin salida donde quizás la historicidad encuentre también su instante de verdad.

Devoto recuerda el camino de Terán, desde su activismo en la izquierda y la ambición filosófica al desencanto del derrotero impuesto a la “nueva izquierda intelectual” y umbral hacia una más prudente historia de las ideas. El trazo es firme al aplicar a Terán una horma similar a la que éste emplea para Ingenieros o Mariátegui: construir segmentos de un camino intelectual para pensar sus transiciones y rupturas.

Mas no es difícil percibir, en términos historiográficos, cuánto se distancia Devoto de una prosa teraniana que hace de la cultura de izquierda un tema de investigación relativamente autónomo. ¿No es esa una formulación del problema que ocluye otras preguntas tan o más significativas, incluso sin salir de la “historia de la izquierda”? Para Devoto esa es una deriva virtuosa

de la reflexión histórica en Terán, donde la clave de los textos hasta *Nuestros años sesentas* puede ser descifrada en términos, en efecto, de “Nuestros antepasados”. El pasaje a los estudios de *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo* es justamente el de una encuesta más amplia que el de la sola izquierda para pensar la diversidad de una época y una sociedad (insistimos, sin por eso renunciar al tema de la izquierda). Más bien, si comprendimos bien las razones de Devoto, se trata de que también la historia de la izquierda asuma los desafíos del más allá de sus creencias y de qué puede decirnos sobre su contexto. Por eso afirma el interés de volver sobre *Nuestros años sesentas* y destacar sus momentos mejores en los que Terán procura “pensar la cultura argentina en su complejidad y en su heterogeneidad y quizás en tanto hacerlo era una vía posible para salir de la inevitable subalternidad que produce pensar o estudiar solamente la propia parte”. Por el mismo andarivel avanza la valoración de cuánto de azar y contingencia acompaña a las tendencias menos aleatorias en el Terán historiador.

La óptica de Devoto sobre Terán conversa con el filósofo-historiador argentino a propósito de los sentidos de “un camino intelectual” –que éste coloca en el subtítulo de *De utopías, catástrofes y esperanzas*–. La elección para su libro del poema “Ítica” de Konstantinos Kavafis como epígrafe sugiere una reflexión a propósito de las reescrituras posibles de la *Odisea*, es decir, de cómo evaluar al final del camino los sentidos de una vida que, por desgracia, fue inesperadamente más breve de lo admisible en un pensador en plena producción intelectual. Devoto es un lector sutil y capta bien que en Terán el viaje que está por concluir no es celebratorio. Pero sí procura enseñanzas, la esperanza (y esta sostiene el valor de las ideas, del pensamiento) se sobrepone a los brutales golpes de las catástrofes. He allí un saldo “iluminista” al

que Terán no desea renunciar y que lo distingue de la antropología menos optimista de su lector Fernando Devoto. Para decirlo en el atenuado nietzscheanismo de sus últimos años, Terán persiste en una *voluntad de ilustración* a pesar, y tal vez en razón, de sus contrariedades.

En cambio, la afinidad con Carlos Altamirano es mayor. No solo por una relación amistosa del cual el texto es un índice: el escrito de Devoto proviene de un *book launch* que, sabemos y el autor lo dice explícitamente, es también una celebración. No obstante, a la amistad y la circunstancia se añaden ciertas preferencias historiográficas compartidas: un uso discreto de la teoría, el lenguaje ecuánime e incluso “rankeano”, la admisión de que un enunciado histórico podría ser distinto o evaluado desde otro enfoque, una prosa cuidada, la sospecha ante las interpretaciones teleológicas y, una vez más, el reconocimiento del azar en la experiencia histórica.

Quisiéramos aquí apelar a un contraste tal vez ajeno a las miradas de Devoto. Para ello regresamos a unos párrafos previos. Es que ocurría con Oscar Terán que no se sentía confortable con la repercusión persistente –particularmente entre jóvenes intelectuales– de sus escritos sobre los años sesenta. La autocrítica de la autocrítica consistió en ampliar sus investigaciones en historia de las ideas más allá de la sola historia de la izquierda intelectual. ¿Sucede algo similar con Altamirano? Fernando Devoto alude a la epístola de Altamirano a César Tcach como contribución para el homenaje de la revista *Estudios* al recientemente fallecido Héctor Schmucler. Si bien la rememoración de Altamirano dimensiona la expulsión de Schmucler de *Los Libros* por tres jóvenes maoístas por entonces sin mayores logros intelectuales, el escrito restituye las complejidades del momento, sin renunciar a la enormidad de sus cegueras. Como reconoce el propio Altamirano, y

Devoto no podría estar más de acuerdo, el episodio involucra a un sector limitado de la vida histórica del momento.

Eso explica por qué en su celebración del libro autobiográfico de Altamirano, *Estaciones*, Devoto valore mejor las interrogaciones donde, sin necesariamente rescindir el tópico de la autocritica de la izquierda, se amplía el mundo histórico. Aunque Devoto no lo dice en el texto aquí recopilado, el mejor Altamirano es el lector de Echeverría y Sarmiento, y luego, aunque este sea un texto posterior, el historiador de la “idea de América Latina”. En ese preciso momento regresa el Devoto historiador, el lector crítico de *Anales* y la *microstoria*, donde las duraciones largas recuperan sus pertinencias. He allí el mejor Altamirano, el que redefine históricamente la problemática “intelectuales y pueblo” en sus diversas formulaciones. Devoto comprende que en esa representación y análisis subsiste algo importante, tal vez no explicitado por el propio estudioso correntino. Sutil con su amigo y colega, Devoto sugiere que el enfoque histórico desarrollado como estudio preliminar a *La era de las masas* (2003) y el texto biográfico sobre Arturo Frondizi son susceptibles de prolongarse en un lapso más amplio respecto del cual el propio Altamirano realiza contribuciones significativas. En las líneas dedicadas a su obra, Devoto expresa su reconocimiento en Altamirano, que estos comentaristas comparten, el valor de una inteligencia ordenada y precisa.

El escrito sobre el historiador rosarino Eduardo Hourcade, prematuramente fallecido, es revelador de ciertas preferencias historiográficas de Devoto y las ambivalencias de una academización de la profesión que es sin duda el continente de su biografía. Autor de una bibliografía no muy poblada, pero a juicio de Devoto sí interesante por los problemas encarados y reflexiva por las meditaciones sobre el propio quehacer histórico, Hourcade permite a nuestro autor manifestar una reticencia respecto

de una vida académica regida por el *publish or perish* y calada por un irreprimible deseo de figuración personal. El historiador formado en Rosario y cuya tesis de doctorado fue supervisada por Roger Chartier habilita ponderar un aspecto vigente entre líneas en otros textos devotianos o se resguarda como comentario *en passant*: la mediación del recuerdo personal e incluso amistoso, entrecruzado con la valoración historiográfica. Es lo que se advierte, como ya hemos subrayado, en el recuerdo de José Pedro Barrán. No deseamos forzar innecesariamente las palabras. Es que, en efecto, sobre Hourcade se permite el gesto del recuerdo amistoso donde prevalece el afecto sin desmedro de una evaluación historiadora.

El artículo en conmemoración de la historiadora argentina Haydée Gorostegui de Torres es revelador para cualquier ensayo de comprensión de la trayectoria de Devoto. No solo por las deudas que el autor reconoce en quien además de ciertas reglas del oficio le proporcionó espacios de investigación, sociabilidad y docencia, sino también por lo que la trayectoria de Gorostegui habilita para la reflexión sobre la historiografía argentina previa a la catástrofe de 1976 (más exactamente, en la reconstrucción del texto, la debacle comienza ya en 1974 con la intervención universitaria de Alberto Ottalagano). Por eso no es sencillo despejar cuánto de fidelidad descansa en el reconocimiento de Devoto a quien, tal vez como a nadie, describe en términos de “mi maestra”.

La historiadora Gorostegui de Devoto es una investigadora de su época, naturalmente, pero también una estudiosa castigada por las urgencias de diversa índole que arrasaron esa sedimentación de largo aliento sin la cual ninguna empresa historiográfica conduce a buen puerto. Su trayectoria académica, proveniente de una educación chaqueña, parece envidiable: comienza a finales de los años 50 con la anuencia del tardío representante de

la Nueva Escuela Histórica, Ricardo Caillet Bois, para pronto orientarse hacia el horizonte renovador capitaneado por Romero y la *rising star* de Halperin Donghi. Devoto se detiene en las conexiones institucionales abiertas hacia Braudel y Ruggiero Romano (un contacto que luego será esencial en el acercamiento de Devoto al número 56 del Boulevard Raspail), para calibrar el legado de una historia social articulada con la económica que más tarde, atravesada la tormenta dictatorial, habría de ceder ante la seducción de la historia política, la historia cultural y la historia intelectual. Sin embargo, el futuro de ese pasado apagado en que Gorostegui procura sintetizar la reflexión metodológica, el trabajo de archivo y la generación de hipótesis, para Devoto no es un pretérito definitivamente clausurado.

El periodo central de la investigación de Gorostegui es el de la “Organización Nacional”, de la caída de Rosas al Ochenta. Halperin así lo reconoce al convocarla para la difundida, y todavía bien legible, colección de la *Historia argentina* publicada por la editorial Paidós. Como sea, hay un rasgo de la actitud histórica de Gorostegui que interesa a Devoto: la admisión de la incertidumbre en la conclusión de una investigación. A propósito de los diversos aspectos intervinientes que impiden extraer resultados claros y distintos sobre la evolución del precio del trigo en el periodo rosista y la incidencia sobre el nivel de vida popular, la mordaz crítica por entonces enunciada por Leandro Gutiérrez es objeto de una significativa alusión de Devoto. Gutiérrez desea avanzar demasiado rápido en derivaciones para cuyo soporte los documentos brindan escasas certezas. ¿Es impropio ver allí la crítica devotiana a una “historia social” posterior, donde Gutiérrez es un nombre lateral pero asociado a un dispositivo con él identificado, en la que las conjeturas atractivas reemplazaban una endeble contracción a los menesteres del archivo? Los reparos de

Gorostegui a extraer corolarios indiscutibles alimentan también el escepticismo de Devoto ante la facilidad con que la historia económica, al menos la argentina, elabora conclusiones ante dudosos números agregados. Esto no implica que Gorostegui carezca de definiciones, como la de una teoría de la dependencia que iba a situarla hasta el final en una vereda distinta a la versión que Devoto denomina “angelical” del proceso histórico afianzado con el acceso de Roca al poder.

Por último, el trabajo sobre Gorostegui nos suscita la cuestión de la transmisión en historia. Si es correcto detenerse en esa respiración lenta en que se asimilan los saberes de la investigación, al punto de que los resultados de un proyecto historiográfico se despliegan en una secuencia intergeneracional, el lapso de una vida es insuficiente. La imagen de una Gorostegui, tras la debacle dictatorial, dedicada al cultivo de un vivero para sostener la economía familiar, es la metáfora de una época y sus absurdos.

Conclusiones: *mutato nomine de te fabula narratur*

El rosario de huellas, retratos e itinerarios en que se enhebra el presente libro de Fernando Devoto proporciona lúcidas evaluaciones de historiadores entre el siglo XIX y el presente. Hemos aludido con cierto detalle al denodado afán de restituir, hasta donde es posible en textos concisos, la individualidad humboldtiana de trayectorias y obras que solo retrospectivamente conquistan el semblante de un destino.

En los distintos capítulos es viable distinguir figuras de calado intransferible, aunque siempre situadas en sus respectivas épocas. Se leen como entradas informadas y reflexivas, además de bien escritas, a la “vida historiográfica”. Fernando Devoto decide presentarlas bajo el título de *Historiadores en el tiempo*, en la

colección “Legados” de CLACSO. La decisión de publicarlas en la colección es acertada, si se nos permite una apostilla. Sigmund Freud retoma una expresión del *Fausto* de Goethe, acerca de que hacer propio lo que ha sido heredado exige, valga la redundancia, apropiárselo. Y si los otros son siempre ajenos, si la interpretación acepta de antemano que el sujeto resiste el ser encapsulado en una lectura, esta elige problemas, ilumina aspectos y, por fuerza, opaca otros. En esa negociación emerge la representación propuesta por el analista y, a contraluz, se advierte su propia palabra. Por eso con excepción de los estudios más académicos de este libro, la voz del autor se manifiesta en sus perspectivas manifiestas y en sus silencios.

Devoto es un pensador que, a riesgo de simplificar, pecado inevitable de toda taxonomía, podríamos llamar *historicista*, si con esto pensamos la irreductible contingencia de las individualidades históricas en sus aperturas a lo que ellas no son (a los otros, al conflicto, a la transitoriedad). Por eso los ejercicios incluidos en este volumen son más que la aglomeración de ensayos sobre trayectorias historiográficas. Constituyen, tal vez, ejercicios de comprensión de una historia de la historiografía ajena a esas etiquetas perezosas de “escuelas” o “teorías”. ¿Acaso desde un cierto enfoque historiadores en apariencia pertenecientes a la misma corriente historiográfica son demasiado diferentes a pesar de sus comuniones conscientes? ¿No es lo que sucede con Hobsbawm y Thompson en el “marxismo historiográfico británico” o con Ginzburg y Levi en la “microhistoria italiana”?

La inclinación en Devoto a considerar individuos antes que escuelas o a proponer retratos de figuras antes que análisis de conjunto implica una noción de la historia como disciplina más ideográfica que nomológica, sin por eso recalar en las costas de un Hayden White. Son reconocibles, sin embargo, puentes entre

“tradiciones” como la italiana y la francesa: así por ejemplo Lucien Febvre, tan atento a los obstáculos y a los límites impuestos en cada época como preocupado por los individuos (y su afirmación de que cada generación inventa su propio renacimiento puede ser también un punto de contacto entre *annalistas* y *croceanos*). Devoto se encarga de tematizar otros casos, y ahí la figura de Federico Chabod como intermediario entre Braudel y Croce es funcional, aunque también podría ser, siguiendo otros motivos, el ejemplo de Venturi y su recuperación de Labrousse o el derrotero incansable de R. Romano. La propia trayectoria de Devoto, por otro lado, coincide con momentos de crisis y reconfiguración profunda de ambas tradiciones. Hay en escorzo figuras alemanas (Dilthey, Meinecke, Koselleck) pero suelen ser lecturas mediadas, como lo fueron los dos primeros, en Romero y Halperin. Se dirá, con buen tino, que son demasiados nombres.

En ese mismo sentido, a propósito de la insistencia de Venturi respecto de que una época no debe ser comprendida por lo que viene después (ya lo dijimos, quizás contra Burke y Koselleck: separar la Ilustración de la revolución), y tampoco necesariamente por sus antecedentes, puede ser útil para evitar el evolucionismo o el progresismo historiográficos. También nos parece importante recordar que esa insistencia está a la vez orientada en Venturi por el intento de buscar las posibles conexiones entre pasado y presente (la Ilustración como el momento genético de las ideas que están en disputa en el siglo XX; los proyectos incumplidos de la Ilustración como legado a defender). No es forzoso identificar ese enfoque en sus estudios sobre el nacionalismo, aunque es plausible hallarlos en la hipótesis del pluralismo cultural de sus investigaciones sobre la inmigración.

En tal tesitura, no quisiéramos clausurar este estudio preliminar sin discernir cuánto se desborda en estos escritos reunidos

sobre la personalidad historiadora de Devoto. Es que las elaboraciones casi siempre desplegadas en una prosa fluida distraen al público lector de hasta qué punto estos retratos son reveladores de un historiador latinoamericano: el propio Fernando Devoto.

En primer término, en torno a las conexiones historiográficas con obras y autores de lo que hoy se denomina el Norte Global (sin duda con una vigorosa presencia francesa e italiana), tanto en lo que concierne a la formación de la historiografía argentina desde Mitre hasta Halperin pasando por Ramos Mejía y Romero, como en las que habilitan diseñar la propia biografía intelectual de Devoto: lecturas formativas y perdurables como en Croce y en Venturi, vínculos decisivos como en Romano y Rosoli. Al leer esos textos en tal clave, es difícil sustraerse a la ucronía de imaginar el valor que tendría añadir a este volumen textos sobre otros nombres clave en la trayectoria devotiana: Jacques Revel, Giovanni Levi, Samuel Baily. Ensayos devotianos, confesiones de experiencias de lectura sobre Arnaldo Momigliano o sobre Carlo Ginzburg serían invaluable. En todo caso estos últimos, para el Devoto posterior a 1983, si se acepta nuestra hipótesis sobre Venturi, cuya estrella desde entonces, si no se apaga, cede en preeminencia en el escenario del italianismo devotiano.

En segundo término, a propósito de los historiadores (sin olvidar a la cardinal Gorostegui), sea desde la relevancia en la formación como historiador o a partir de la contemporaneidad historiográfica argentina, se dibujan deudas y diferencias, afinidades y aprendizajes. En efecto, los escritos sobre Irazusta y Terán, sobre Busaniche y Barrán, diseñan perfiles donde se perciben a contraluz los recorridos y decisiones de Devoto. Si tenía razón Charles Péguy (tal vez más que Ginzburg en su intervención sobre el proceso a Adriano Sofri) el historiador difícilmente puede evitar el juzgar; entonces los retratos aquí reunidos son

documentos también para comprender al historiador que se detiene en la evocación de otros historiadores. Por supuesto y otra vez, sería invaluable incorporar a este elenco nombres cardinales, diametralmente opuestos, como Rodolfo Puiggrós y Ángel Castellán. Es que para Devoto, como para Irazusta, con quien luego lo separaron tantas convicciones, “siempre, en el fondo, la Argentina”.

En la secuencia de ese razonamiento, la preferencia por historiadores que son a la vez militantes o tienen una vida política activa, sugiere una relación ambivalente respecto de su propia trayectoria. Más allá de la diversidad de modos en los que ese doble rostro se resuelva (contaminación, caminos paralelos, interferencias, sucesión) y de las combinaciones más o menos coherentes entre proyectos historiográficos y apuestas político-ideológicas, en general Devoto defiende la relevancia de las motivaciones políticas para delinear una indagación historiográfica vital. Impulsos que deben luego ser disciplinados con el propósito de consolidar los resultados. La operación decisiva que ofrece la profesión para cumplir con esa función es la erudición o la filología. Aquí persiste la imagen de un perfil artesanal de la práctica del oficio, a la vez que, como en Bloch y Momigliano, asume la cercanía entre el lenguaje del historiador y el lenguaje ordinario, otra vez en tensión con el racionalismo de ciertas filosofías.

Sin duda, uno de los más cosmopolitas historiadores argentinos desde 1980, Devoto perdura fundamentalmente preocupado por un destino argentino cuyo sino está, para él, lejos de ser venturoso. Perdura allí un acento de escepticismo “italiano”, de cuño historicista, en el que se eslabonan los diálogos europeos. Nos interesa destacar el doblez de cosmopolitismo e historicismo porque Devoto, en el escenario local fue visto como un historiador

desajustado del horizonte “moderno” en un juego de clasificaciones reduccionistas. También Devoto requiere ser reinterpretado en el contexto de la transición democrática, genéricamente “alfonsinista”, en que le cupo consolidarse como historiador.

Dicho todo esto, el presente libro es entonces una introducción selectiva y muy personal a algunas vidas historiográficas. Pero es también la invitación a un escenario en que, como en la dramaturgia shakespeariana, Devoto dialoga con otros historiadores e historiadoras –algunos espectrales, otros vivientes– interesados en la interrogación infinita de “¿qué es la historia?”. O más agudamente: “¿cómo podemos escribir historia quienes somos seres históricos?”.

La lectura de estos retratos historiográficos encuentra, en efecto, una clave de reflexión en la cual la faena historiadora se mestiza con preocupaciones propiamente intelectuales. En otras palabras, y aquí regresa el cauto historicismo devotiano que hemos subrayado en su hermenéutica de Croce, el compromiso con la propia época es un rasgo insistente de los estudios recogidos en este libro. Al respecto, Devoto reconstruye, pero también pondera. En ese ejercicio se vislumbra al historiador argentino como investigador, pero también como intelectual. De dicha doble inscripción de los trabajos que siguen ya no podemos decir más nada. Queda como tarea para quien recorra esas vidas historiográficas con que Fernando Devoto enriquece su extensa reflexión de historiador de la historiografía. Es que Devoto, como Croce y Momigliano, piensa la investigación histórica, en apariencia infinita, como inescindible del enigma sobre *¿qué es la historia?* para los seres finitos que somos.

De te fabula narratur, escribió Marx en *Das Kapital* respecto de una Alemania que pronto seguiría el camino económico de Inglaterra. Recuperamos ese lema del latín en su formulación

completa por Horacio (*Sátiras*, I), una familiaridad con la lengua antigua que Devoto atesora desde sus años formativos en el Colegio Nacional Buenos Aires. Solo para recordar, en este trazo final, un rasgo nada sorprendente que no es sin embargo ocioso reponer: toda escritura es, desde una lectura atenta y hasta cierto punto suspicaz, un ejercicio autobiográfico.

**TEXTOS REUNIDOS
DE FERNANDO J. DEVOTO
(1989-2022)**

Historiadores europeos

Taine y *Les Origines de la France Contemporaine* en dos historiografías (francesa y argentina) finiseculares*

I.

En 1876 Hipólito Taine publicaba la primera parte, dedicada al Antiguo Régimen, de su obra *Les Origines de la France Contemporaine*. En años posteriores hasta 1894, irían apareciendo las restantes partes de la misma, dedicadas a la Revolución (subdividida a su vez en *L'anarchie, La conquête jacobine* y *Le gouvernement révolutionnaire*) y al Régimen moderno (subdividido en *Napoleón Bonaparte* y *L'Eglise, L'école*).

La obra aparecía en el escenario histórico en un momento en el cual reinaban los grandes frescos de la historiografía romántica, que apoyaba su hegemonía no solamente en el vigor de sus interpretaciones y en la calidad literaria de las obras. En efecto, la historiografía republicana también podía invocar en su favor la vastedad de las investigaciones empíricas en las que se sustentaba, como era el caso en especial en la obra de Michelet (o aun en la de Blanc) así como la enorme ventaja de que algunos de entre sus exponentes podían escribir desde el prestigio que les daba

* Publicado en AA.VV. *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1990. Agradezco los comentarios que a una versión preliminar de este trabajo realizaron Natalio Botana y Ángel Castellán.

el pertenecer o haber pertenecido a instituciones como el College de France (en los casos de Quinet y Michelet). Y, aunque hacia los setenta el peso de la erudición y de las posiciones académicas institucionales no era el que alcanzarían años más tarde con la definitiva profesionalización de la disciplina, de todas formas, constituían un hándicap favorable frente a otras corrientes historiográficas (como la contrarrevolucionaria) que reclutaban sus representantes entre políticos o ensayistas.

La obra de Taine que venía a disputar con la historiografía romántica el terreno de la Revolución Francesa, podía competir tal vez incluso con ventaja respecto a sus prestigiosos antecesores. Taine era en el momento de la publicación de los primeros volúmenes un estudioso famoso y reconocido no solo en Francia, sobre todo desde la publicación de su *Histoire de la littérature anglaise*. Su prestigio no se cimentaba tan solo en sus publicaciones sobre historia literaria y sobre problemas de método histórico, sino también en un *cursus honorum* que desde los estudios en la École Normale hasta el encargo universitario había recorrido todas las etapas obligadas de un intelectual institucional. Ciertamente, el camino no había sido sencillo y algunas de las obras de Taine habían sido consideradas escandalosas por parte de sectores tradicionalistas y católicos para quienes su autor era un peligroso materialista ateo (Carbonell, 1976, pp. 299-300). Estos conflictos, agravados por su condición de opositor de Napoleón III, le habían obligado a renunciar por presión de las autoridades académicas a su cargo en la Universidad de Poitiers.

Les Origines no perdían terreno tampoco en el plano de la erudición. Por el contrario, la obra de Taine parecía llevar ventaja incluso a la de Michelet. Por lo pronto el autor hacía una constante exhibición de su erudición en los prólogos y en las abundantes notas a pie de página, a diferencia de lo que habían hecho

Michelet y otros historiadores de su generación para quienes la investigación en archivos era importante a los efectos constructivos, pero no a los demostrativos. Y en este punto de la imprecisión de las referencias de los historiadores románticos se basaba el autor de *Les Origines* para echar una sombra de sospecha generalizada sobre las afirmaciones de sus antecesores (1904a, pp. 97-112). Taine iba aún más allá y se proponía diferenciarse de los historiadores de la generación romántica esbozando una metodología rudimentaria para el análisis y la valoración de las distintas fuentes (los testigos contemporáneos de los sucesos ante todo, las fuentes privadas con preferencia ante las fuentes públicas eran algunos de esos criterios). Eran los primeros pasos de esa heurística que sería la obsesión de los historiadores de fin de siglo.

Otros aspectos de la labor historiográfica parecían inclinar la balanza hacia Taine. En primer lugar, el distanciamiento proclamado del objeto que parecía contrastar tan fuertemente con la pasión política que explícitamente animaba a la historiografía precedente desde Lamartine a Michelet y de Buchez a Blanc. Todas ellas llevaban el sello del 48 o del exilio posterior. En cambio, ¿no había proclamado el autor de *Les Origines* en el prefacio: “J’ose déclarer ici que je n’ai point d’autre but; on permettra à un historien d’agir en naturaliste; j’étais devant mon sujet comme devant la métamorphose d’un insecte” (1904b, p. VIII).¹ Así Taine nos prometía entrar en el estudio de la revolución, no de la mano de los móviles políticos de la coyuntura, sino acompañado por Claude Bernard y el método de la medicina experimental (Allegra y

1. “Me atrevo a declarar aquí que no tengo otra meta; se permitirá a un historiador actuar como un naturalista; estaba frente a mi sujeto como frente a la metamorfosis de un insecto” [Todas las traducciones de las fuentes en este volumen han estado a cargo del autor].

Torre, 1977, p. 28).² Una historia, en fin, que se proclamaba científica y positiva. Y su cientificidad derivaba de un método de conocimiento del pasado que él había ya descrito en el prefacio de 1866 a sus *Essais* (1904a, pp. VII-XXXII). Los hechos morales como los físicos tienen dependencias y condiciones. Aunque no visibles a primera vista, las conexiones de los hechos surgen de la clasificación en grandes conjuntos (grupos generales), luego a su vez subdivididos en grupos secundarios. Ello permite revelar al investigador las dependencias sincrónicas entre los fenómenos (1904a, p. XV). Se trata luego de establecer los lazos que unen a hechos sucesivos, esto es establecer las condiciones. El procedimiento era en este caso análogo: clasificación, agrupamiento, operaciones que permitían precisar los rasgos comunes transmitidos de generación en generación. El procedimiento propuesto, sostenía Taine, era el mismo que se utilizaba en fisiología o en química. El establecimiento de dependencias constantes permitía que la historia deviniera de una simple narración en una ciencia y pudiera constatar leyes después de haber expuesto y clasificado los hechos (1904a, p. XV). Finalmente, emergía una vieja ilusión decimonónica:

la découverte de ces dépendances dans les sciences physiques a donné aux hommes le moyen de prévoir et de modifier jusqu'à un certain point les événements de la nature; qu'une découverte analogue dans les sciences morales doit fournir aux hommes le moyen de prévoir et de modifier jusqu'à un certain degré les événements de l'histoire (1904a, p. XIV).³

2. Véase también C. O. Carbonell (1976, pp. 307-313).

3. "El descubrimiento de estas dependencias en las ciencias físicas ha dado a los hombres los medios para prever y modificar hasta cierto punto los

Entonces el historiador, tras establecer los rasgos constantes y por ende característicos de un proceso histórico en un ámbito nacional (definida la nación como un ámbito de experiencias específicas y autónomas) y otorgar a aquéllos el carácter de leyes que determinan esa evolución histórica, vuelve sobre sus pasos tratando de reintroducir un espacio para la libertad constructiva de los hombres. En esa esperanza voluntarista estarán contenidas, como veremos, buena parte de las contradicciones más evidentes de *Les Origines*.

Taine historiador formulaba como se ve ambiciosas promesas: la imparcialidad, la erudición, la posesión de un método que permitiría aspirar a la vez a una historia total –¿Taine como antecesor de la teoría del *Zusammenhang*?⁴– y a una historia científica. ¿Qué contenía un enfoque tan prometedor? ¿Una nueva interpretación de la revolución de 1789 y sus causas? ¿Una afortunada combinación de viejas interpretaciones anteriores? ¿Apenas un virulento manifiesto contrarrevolucionario?

Ante todo, el Antiguo Régimen (el “momento” en el esquema ternario de Taine) definido como un sistema equilibrado y funcional en la época feudal en el cual los grupos privilegiados encontraban la legitimidad de sus prerrogativas en las tareas políticas, administrativas y militares que desempeñaban en beneficio de la comunidad. Pero los tiempos habían cambiado, en primer lugar, por la centralización administrativa impulsada por la monarquía que había despojado de sus funciones a una nobleza

acontecimientos de la naturaleza; así, un descubrimiento análogo en las ciencias morales debería proporcionar a los hombres los medios de prever y modificar hasta cierto punto los acontecimientos de la historia”.

4. La correlación entre Taine y Febvre ha sido propuesta por C. Carbone-ll (1976, p. 302). Sobre la teoría del *Zusammenhang* y la obra de Febvre, véase también H. D. Mann (1971).

crecientemente cortesana. “Un état-major en vacances pendant un siècle et davantage, autour du général en chef qui reçoit et tient salon: voilà le principe et le résumé des moeurs sous l’ancien régime” (1904b, p. 134).⁵ Idea que probablemente tomaba en préstamo de Tocqueville, aunque procedía de una más larga tradición ya que había sido esbozada tanto por Constant desde la vertiente liberal como por Montlosier desde la historiografía de la nobleza.

Dichas costumbres debilitaban la disciplina social, fomentaban la hostilidad hacia una clase dirigente de la cual se percibían solamente sus exacciones. Todo ello agravado por la actitud de una monarquía que se ocupaba con no menor incuria de los intereses de sus súbditos, confundiendo interés privado con interés público, destacándose su gestión solo por su arbitrariedad y su torpeza. ¿Bastaba ello para explicar el misterio de la ruptura del orden social? Probablemente sí, ya que al igual que Tocqueville, Taine parecía persuadido desde una perspectiva conservadora que las revoluciones son el producto menos de la voluntad popular que de los desaciertos de los grupos dirigentes (1904b, pp. 196-197, 312-313).⁶ Sin embargo, convergían otras causas a contribuir a su desenlace, según Taine. En primer lugar, la miseria (y aquí retornamos a Michelet) que el autor de *Les Origines* se preocupaba por hacer evidente en los dos primeros capítulos del libro V. En ellos Taine iba mucho más allá en materia de información que las imágenes fragmentarias que de la situación económica de la Francia prerrevolucionaria habían brindado sus

5. “Un Estado Mayor de vacaciones durante un siglo y más, en torno al general en jefe que recibe y sostiene un salón: este es el principio y el resumen de las costumbres bajo el Antiguo Régimen”.

6. La misma idea en A. Tocqueville (1969, pp. 241-246).

predecesores (1904b, pp. 199-266). Si esas eran las condiciones de posibilidad de la revolución, ¿cuál es el factor activo que explica su desencadenamiento? Y aquí Taine, tras eludir tanto las interpretaciones conspirativas como las que explicaban la revolución como resultado de la acción de un grupo social amplio (el pueblo) o una clase específica (la burguesía), brinda una respuesta sorprendente a primera vista, pero solo parcialmente innovadora.

La revolución no era el producto de fuerzas sociales o políticas, sino de un conjunto de ideas y creencias que se extendían por la sociedad francesa, independientemente de la voluntad y de la percepción de los sujetos. Era la historia de la literatura y del arte la que brindaba los elementos a Taine para construir su noción de “espíritu clásico”, dominador indiscutido de la evolución histórica francesa en los dos siglos prerrevolucionarios y factor principal de explicación del desenlace de 1789. ¿Qué había posibilitado el surgimiento de una forma cultural que empujaba imperiosamente a los franceses a hacer tabla rasa con su pasado? Ciertamente, los rasgos distintivos y permanentes de la “raza” (el núcleo más activo de la tríada taineana) debían ser colocados en primer lugar: esto es una contextura intelectual que privilegiaba la razón y la retórica. El siglo XVII había brindado el “medio”: una forma de sociabilidad, simbolizada en el salón y el círculo literario, que permitía tanto la conformación del espíritu clásico como su difusión en el conjunto social, más allá de los círculos culturales. Adquiría cuerpo así una forma de pensamiento colectivo que privilegiaba la razón abstracta, retórica, formalista, e ignoraba la tradición, lo particular, lo concreto. Un mismo hilo cultural llevaba a Boileau a Rousseau y de este a la revolución. Era sobre todo en el siglo XVIII, en el cual el “espíritu clásico” se confundía con un desarrollo paralelo, el del espíritu científico, para dar por resultado ese pensamiento filosófico que pondría en

cuestión, en nombre de ideas generales y abstractas, los principios sobre los cuales reposaban el orden y la disciplina social. “Jamais de faits; rien que des abstractions, des enfilades de sentences sur la nature, la raison, le peuple, les tyrans, la liberté, sortes de ballons gonflés et entrechoqués inutilement dans les espaces” (1904b, p. 315).⁷ Su culminación era el Contrato social, triunfo completo y final de la razón clásica. Contrato imaginario, a la vez anárquico y despótico, capaz de justificar tanto la insurrección como la dictadura.

La interpretación no era nueva en varios sentidos. En primer lugar, Taine ya la había sostenido, si bien con menor carga valorativa, en un pasaje célebre de su *Histoire de la littérature anglaise* (1903, t. III, pp. 274-275). En él además había revelado su fuente de pensamiento: la obra de Burke. En efecto, había sido el político irlandés quien primero había esbozado, en los comienzos de la revolución, que había sido realizada en el mejor de los casos por teorizadores sin ninguna experiencia práctica que hablaban en nombre de principios abstractos (y por ello sin sentido) como la libertad o el derecho (Burke, 1980, pp. 50-51 y 93-94). El tema se convertirá por lo demás en uno de los tópicos más reiterados en el pensamiento tradicionalista de los últimos dos siglos. La influencia de Burke se extendía también a otro aspecto. Había sido este uno de los autores que con más vehemencia había contrapuesto las características de las sociedades inglesa y francesa y había deducido de ello el disímil comportamiento político de ambos países. Taine también lo seguía en este punto y aun iba más allá en la exposición del abismo cultural que oponía a ingleses y

7. “Nunca hechos; nada más que abstracciones, hileras de sentencias sobre la naturaleza, la razón, el pueblo, los tiranos, la libertad, especie de globos inflados chocando inútilmente en los espacios”.

franceses. Una diferencia significativa debe remarcarse sin embargo en la posición de ambos pensadores. Mientras en Burke las diferencias entre franceses e ingleses eran históricas y no necesarias, para Taine eran un producto inevitable de la combinación particular de los factores históricos (la raza, el medio y el momento) que impulsaban compulsivamente a los franceses a destruir reiteradamente su propio patrimonio.

Si la interpretación dada por Taine al problema de las causas de la revolución era en buena medida una combinación de otras anteriores, no lo sería en cambio su imagen de la revolución misma, sus características y su significado. Nada habría en su lectura de la revolución de la vieja tradición liberal de las “dos revoluciones en la revolución” (1789 contra 1793 o revolución liberal versus revolución democrática, o revolución política contra revolución social o Montesquieu versus Rousseau). La revolución para Taine era una sola. Así como el Antiguo Régimen contenía ya a la revolución, 1789 contenía también en sí mismo a los excesos del terror, a Rousseau y al jacobinismo. Por lo demás, argumentaba Taine, ya desde junio del 89 la política estará en manos de asambleas a su vez controladas con la presión incesante que sobre ellas ejercían las muchedumbres parisinas (1904b, pp. 54-57). Eran pues estas, cualesquiera fueran las apariencias institucionales, quienes controlaban el Estado francés. Y aquí entraban en escena los dos protagonistas principales de los tomos centrales de *Les Origines*: la multitud y sus manipuladores, los jacobinos. Para referirse a la primera Taine utilizaría un lenguaje violento y por entonces inédito, de raíz zoomórfica: “bête souffrante” (bestia sufriente), “animal surexcité” (animal sobreexcitado), “brute enorme” (enorme bruto), “singe grimaçant, sanguinaire et lubrique” (mono haciendo muecas, sanguinario y lascivo), etc. La multitud era así definida como un ser vivo en el cual se disolvían

las voluntades individuales de sus integrantes. Formar parte de ella implicaba para Taine un descenso hacia formas subhumanas de los hombres que la componían. Era el resultado de la desaparición del gobierno (Taine hablaba por momentos de que el 89 había implicado una disolución social y no una revolución), lo que traía aparejado la eliminación de los viejos mecanismos represivos de actitudes y comportamientos. La multitud, así liberada, quedaba a merced de sus propios instintos, agravados por la carestía alimentaria, la tensión permanente del sistema nervioso y las ilusiones psicológicas colectivas. Taine se convertía así en uno de los precursores de una vasta literatura ensayística que intentará combinar darwinismo social, aspiraciones científicas y prejuicios sociales con rasgos de una rudimentaria psicología social.

La multitud, empero, incapaz de gobernarse a sí misma, generaba nuevos líderes. Al hacerlo era presa de grupos organizados: los jacobinos eran los principales de entre ellos. Eran la banda dentro de la multitud y la dirigían para sus propios fines. El tono volvía aquí a hacerse sombrío y resonaban en sus descripciones algunos ecos de las interpretaciones conspirativas de la revolución. Más importante es que Taine establecía en este punto nuevas bases para la combinación entre principios de funcionamiento de grupos políticos con la antigua tesis del complot. Es decir que estaba ya esbozada aquí en sus grandes líneas la interpretación de Cochin (Ozouf, 1988, p. 980).⁸ Todo no era sin embargo producto de la irracionalidad o de la ambición de oscuros

8. No debería omitir señalarse, sin embargo, los diferentes intereses historiográficos de uno y otro autor. Mientras a Taine le preocupa la multitud, en tanto que verdadero factor decisivo de la bipolaridad, a Cochin le interesa el grupo, actor principal en su concepción del drama revolucionario. Diferencia que debería adjuntarse a la ya propuesta por el mismo Cochin entre una lectura psicológica (predurkheimiana y en el fondo precientífica) de

personajes: en el fondo del cuadro, Taine no olvidaba el marco de miseria generalizada ni que, cualesquiera fueran los resultados políticos, la revolución era también una gran transformación social apoyada en los masivos traspasos de propiedad.

¿Cuáles eran los propósitos y cuál el significado de *Les Origines* en el contexto de la historiografía revolucionaria? El propósito, lo dejó claramente expuesto Taine en su correspondencia, era ciertamente pedagógico: educar a los franceses en su pasado para que tuvieran la posibilidad de evitar repetir los errores. ¿Era ello posible?, ¿cómo congeniar estos propósitos didácticos con el férreo determinismo? “La naturaleza y la historia han elegido ya anticipadamente por nosotros” (Ozouf, 1988, p. 981), como alguna vez dijera sin esperanzas, daban fundamento al pesimismo que es tal vez la nota dominante del conjunto de la obra. En ese cuadro sombrío, las pocas ilusiones esparcidas aquí y allá no alcanzan a disipar la convicción de que aun cuando él creía conocer todas las respuestas al mal francés, ellas no podrían servir para curarlo.

¿Cuál era el significado de *Les Origines* en relación con la historiografía de la revolución? La obra era ciertamente hostil a la revolución, especialmente en el tono general y en la adjetivación recargada, que usaba contra los sectores populares y los nuevos grupos políticos ¿Bastaba ello para incluirla sin más dentro de la tradición contrarrevolucionaria? Y sin embargo Taine era llevado por su propio razonamiento a concluir que el retorno al Antiguo Régimen era imposible y, además, según vimos a través de sus críticas al mismo, no deseable. Su modelo de referencia no era ciertamente la monarquía feudal sino, al igual que en su maestro

la multitud como la que propondría Taine con otra sociológica de la misma como la que esboza el estudioso del jacobinismo (Cochin, 1989, pp. 135-140).

Guizot, la monarquía constitucional inglesa. ¿Un retoño tardío, pues, de la tradición orleanista? Cualesquiera sean las respuestas que nos pueda proveer la historia de las ideas, no pueden ayudarnos a resolver las ambigüedades de una obra más rica en matices que lo que la imagen estereotipada que se formulara posteriormente de ella nos ha hecho creer. Puede en cambio sernos de más utilidad el estudio de la recepción que la obra tuvo entre sus contemporáneos de la III República y el rol que ellos le asignaron a la misma.

II.

Ante todo, una comprobación: en 1904 Hachette publicaba la vigesimoquinta edición de *Les Origines*. En 1907 Aulard (1907), el profesor a cargo del curso de Historia de la Revolución Francesa en la Sorbona, creía que valía la pena escribir un volumen de 330 páginas para refutarla. ¿Y qué habían sido la *Histoire politique de la Révolution française* publicada por el mismo Aulard en 1901 o la *Histoire socialiste de la Révolution française* publicada por Jaurès entre 1901 y 1904 sino también, y entre otras cosas, dos vastas síntesis anti-Taine? Al menos si debemos juzgarlas por la cantidad de veces en que aquél era citado. Todo ello demostraba el persistente éxito de *Les Origines* en el seno de la cultura letrada de la Tercera República francesa y sus implicancias extraacadémicas.

La crítica especializada fue en cambio más reticente. No tanto en el momento inicial, en la segunda mitad de la década del setenta, cuando un conjunto de factores confluía para que la recepción no fuera desfavorable. La proximidad de los sucesos de 1871 valorizaba la idea de la existencia de un “mal francés” presente en la obra. La ambigüedad del clima político enmarcada en el incierto conflicto entre legitimistas y republicanos favorecía la

percepción de los matices presentes en *Les Origines*, sobre todo en los primeros volúmenes dedicados al Antiguo Régimen. El prestigio académico del autor por lo demás era todavía demasiado grande y estaba sustentado por un clima historiográfico dominado aún por los grandes nombres de la generación del sesenta: el mismo Taine, Fustel, Renan. Aun el órgano más representativo de las nuevas orientaciones historiográficas y de las posiciones políticas republicanas, la *Revue Historique*, le realizaba un comentario, a través de la pluma de uno de sus dos directores, Monod, no solo matizado, sino que, más allá de las críticas, dejaba a salvo el prestigio de un autor del que se consideraba hijo intelectual (Carbonell, 1976, pp. 442-443).

Serán los años ochenta los que definirán a *Les Origines* como una máquina de guerra de la contrarrevolución y el momento en el cual la historiografía erudita iniciará su demolición. La afirmación progresiva de las corrientes políticas republicanas, en un contexto no exento sin embargo de graves tensiones, como el caso Boulanger primero y el asunto Dreyfus después revelarán, estaría en la base de la controversia suscitada por la obra de Taine. Es que *Les Origines* parecía atacar el núcleo ideológico mismo de la política de Ferry y Gambetta: el consenso en torno a los principios del 89. La tarea de atacar y debilitar a la obra no era ya solo historiográfica sino también política, y aun patriótica.

Que la Revolución Francesa era percibida como un instrumento político de magnitud por los grupos republicanos y radicales lo demuestra ya la creación de un curso sobre la Revolución en la Facultad de Letras de París por iniciativa y con financiación del Consejo Municipal de dicha ciudad (entonces dominado por una mayoría de izquierda) en 1885. El curso transformado en cátedra en 1891 fue confiado a Aulard y la elección del mismo revela adicionalmente la intencionalidad de sus promotores.

Cualesquiera hayan sido los méritos de Aulard en el terreno de la historiografía de la Revolución, ellos son posteriores y no anteriores a su designación. Cierto, se trataba de un historiador que había cumplido todas las etapas exigibles del *cursum honorum* académico, pero su especialidad no era la Revolución Francesa. Era un historiador de la literatura (su tesis había sido sobre las ideas filosóficas y la inspiración poética de Leopardi) cuyo contacto con los temas de la revolución había sido solo tangencial a través de su obra *L'éloquence parlementaire pendant la Révolution*. Tenía en cambio el perfil ideológico adecuado: laico, republicano, con estrechos contactos con los círculos masones anticlericales y con grupos políticos radicales (Furet, 1988, pp. 948-952). Por otra parte, se acercaba la conmemoración del primer centenario de la Revolución y difícilmente los sectores republicanos hubiesen dejado pasar el momento de exaltación patriótica que conllevaba. La política redescubría el valor de la gran revolución y la colocaba en el centro de la liturgia cívica de la Tercera República (Gerard, 1973, pp. 84-92).⁹

La aproximación al libro de Taine implicaba para sus adversarios inicialmente dos tareas. Explicar primero cómo el brillante pensador laico y anticlerical, enemigo del despotismo (y de Napoleón III) había podido producir una obra tan virulentamente contrarrevolucionaria y que sería aclamada por sus adversarios de ayer: clericales y legitimistas. Demostrar luego cómo la imparcialidad reclamada por el historiador naturalista no era tal. Para resolver ambos problemas surgirá la tesis de los dos Taine y entre ellos el “gran miedo”. Fue probablemente V. Giraud uno de los

9. Sobre el *crescendo* conmemorativo de la Francia republicana desde la proclamación del 14 de julio como fiesta nacional en 1880, ver M. Ozouf (1984, pp. 128-141). Sobre los símbolos en la imaginería, M. Agulhon (1979, p. VII).

primeros que formuló en sede académica la hipótesis de que en la base de *Les Origines*, en su lenguaje, en sus tonos, debía colocarse la experiencia de la Comuna (Aulard, 1907, p. 17). Aulard perfeccionó la idea en su libro de 1907, encontrando que Taine, aterroizado y desesperado ante los acontecimientos del 71 agrega a su anterior conservadurismo liberal una militante aversión a la democracia. La explicación ha recorrido luego un largo camino: R. Caillet Bois (1940) la defendió entre nosotros hace cincuenta años. Gerard (1973, p. 79-80) y Allegra y Torre (1977, pp. 24-29) la repiten en trabajos más recientes, y Zeev Sternhell va aún más allá: las similitudes que encuentra entre *Les Origines* y la *Psychologie collective et analyse du moi* de Freud pueden ser derivadas ciertamente una de otro pero pueden también ser percibidas como similares respuestas a dos “grandes miedos” experimentados por sus autores, Taine en 1871, el joven Freud en París en 1885-1886 (1985, p. 15). La psicología que había sido utilizada por el autor de *Les Origines* como arma de disección del comportamiento de la multitud y de sus líderes se volvía en su contra y era utilizada por sus adversarios para desacreditar sus declaraciones de imparcialidad y actitud científica. Parecía una reedición de la historia del aprendiz de brujo. ¿La psicología, entonces, en primer lugar?

La historia de los dos Taine y de *Les Origines* como reflejo psicológico transferido al terreno ideológico de los sucesos de la Comuna contiene tanto elementos de utilidad como así también algunas muy obvias simplificaciones. Ciertamente, colocar una obra en el contexto más amplio de la situación social y política dentro de la cual es producida, es no solo útil sino también necesario. Y, por lo demás, parece evidente que el nudo problemático del 70-71 establece un antes y un después en la cultura francesa en general y en la historiografía en particular. La posición de Taine no es claramente una respuesta aislada. Las

reacciones de hostilidad hacia la Comuna fueron muy numerosas entre los historiadores en los años sucesivos. Estuvieron también impregnadas de reflejos antidemocráticos y de opiniones sombrías y negativas hacia el comportamiento de las muchedumbres. Una vasta literatura floreció al respecto en ámbitos muy diversos: como era de esperar en la historiografía católica articulada en torno a la *Revue des Questions Historiques* pero también, en forma que veinte años más tarde hubiera podido parecer sorprendente, entre miembros de la republicana y radical *Revue Historique* (Carbonell, 1976, pp. 569-583). Fue un lugar común en una multitud de cronistas y pequeños historiadores, pero también concitó la preocupación de los otros grandes nombres de la historiografía francesa del período: un Renan, un Fustel (Hartog, 1988, pp. 44-48).

Si el estudio del impacto de la Comuna sobre los intelectuales franceses en general y sobre Taine en particular ilumina algunos de los problemas centrales de *Les Origines* lo hace quizás al precio de ensombrecer excesivamente otros aspectos no menos significativos. En primer lugar, la tesis oscurece demasiado el problema de que el 71 es no solo la Comuna sino también la crisis de la relación entre intelectuales franceses y cultura alemana (en Renan señaladamente pero también en Taine) y, sobre todo, la derrota y el síndrome de la decadencia francesa. Y son estos problemas: la redefinición teórica de las humanidades francesas (sobre todo en Fustel) y la meditación sobre la decadencia (en especial en Taine) otros temas no menos importantes que están en el centro del debate intelectual, en los orígenes de la Tercera República. La tesis de la centralidad de la comuna nos sirve para explicar mejor el tono general, sombrío y antipopular que impera en la obra; es de menos valor, en cambio, para comprender la génesis de los conceptos teóricos y metodológicos principales de la misma. Ellos

están ya presentes *in nuce* en otros trabajos anteriores de Taine, el prefacio de 1866 y la *Histoire de la littérature anglaise* de 1864.

Los años ochenta, alejados ya del clima poscomuna, veían, como se señaló, la consolidación de los sectores republicanos como grupo político dominante y a la Revolución Francesa como mito fundador. También eran los años en que se conformaba la historia como disciplina universitaria autónoma en las universidades francesas. La reforma, que sigue solo en parte el modelo alemán, comienza en 1880 con el nacimiento de la licenciatura especializada en historia, continúa con la reforma de las facultades de Letras (disminución de los cursos públicos, crecimiento y especialización de las cátedras), culmina con la creación del diploma de enseñanza en historia en 1894. En la nueva universidad que se cierra sobre sí misma reclamando el monopolio del saber científico, los historiadores extienden su influencia (las cátedras universitarias en historia duplican su número entre mediados de los setenta y principios de siglo). Nace la corporación profesional con su jerarquía: profesores, asistentes, alumnos... (Gerard, 1981 y Carbonell, 1981). Los mecanismos de selección se estrechan y se uniformizan (la vía maestra está constituida por la *École Normale Supérieure*, la *Agrégation* en historia, finalmente el doctorado de Estado). La corporación, claro está, tiene sus propias reglas, sus predilecciones historiográficas y sus exclusiones. Como decía con demasiada suficiencia Aulard: por muy apreciado que fuera Taine en la sociedad francesa ello no tenía su correlato en la universidad. En ella el autor de *Les Origines* no gozaba de ninguna estima; más aún, continuaba, un candidato a obtener un diploma de estudios históricos o el doctorado, se descalificaría a sí mismo si alegara el nombre de Taine como una autoridad en cualquier problema histórico (1907, p. VIII).

La nueva generación de historiadores que emergía en las dos últimas décadas del siglo pasado y ocupaba, en función o de sus méritos o de sus posiciones políticas, los nuevos lugares creados en la estructura universitaria, aparecía celosa de definir y delimitar la profesionalidad. Para ello no bastaban la formación y la posición, era necesario también el método. Era este el que permitía a la historia definirse como un saber científico. No lo encontraron en la generación precedente, sino en la historiografía por entonces a la moda: la alemana. En ella buscaron la clave para definir a la historia como parte de unas ciencias humanas diferentes a la vez de las humanidades clásicas y de las ciencias de la naturaleza. Eran los Lavisse, Seignobos, Langlois, sobre quienes tanto ironizará luego Febvre (1974), imaginados como adaptadores de las prescripciones contenidas en el *Lehrbuch* de Bernheim, cultores tenaces de la crítica de textos considerada como la tarea principal de un historiador. Una generación, en fin, con demasiados pecados, si hemos de creer a los hombres de *Annales*. Entre ellos no estaba, sin embargo, como ha sostenido una tradición posterior, el de la inocencia.

La historia no era para los historiadores republicanos de fin de siglo tan solo un problema de erudición, de conocer el pasado por el pasado mismo. La misma insistencia en el método se apoyaba en la certidumbre de su utilidad pedagógica en tanto ejercicio sistemático de la razón y del espíritu crítico. Razón y espíritu crítico, los dos elementos en los que debían reposar las democracias modernas. Seignobos iba todavía más allá: la historia era la mejor escuela de educación cívica de las sociedades modernas. No cualquier historia, la de las instituciones, por ejemplo, era demasiado abstracta y estática; sí en cambio la historia política y sobre todo la de los tiempos contemporáneos. Era el acontecimiento político el que contenía en sí todos los elementos

dramáticos capaces de interesar al estudiante e inculcar en él la noción del cambio pausado (Gerard, 1981, pp. 85-86). La historia era entonces la verdadera *magistra vitae* de la laica y democrática República Francesa.

Es inmediatamente evidente que el espacio para una obra como *Les Origines* en este contexto de la historiografía institucional era muy reducido. Su peligrosidad política crecía en la misma medida que la importancia que se le asignaba a la historia en la política del régimen republicano. El ataque de los historiadores profesionales fue sistemático pero indirecto. La crítica no concernía, o decía que no concernía, a los contenidos sino al método. Su autor era colocado, junto con sus contemporáneos Renan y Fustel, en la prehistoria científica de la historiografía científica, creadores de obras bellas y ambiciosas pero frágiles como libros de cristal (la imagen es de Langlois). Taine en especial hablaba de método pero practicaba solo las apariencias (Hartog, 1988, pp. 198-199), intentaba extrapolar procedimientos de las ciencias naturales cuando en realidad, como intentaban demostrar Langlois y Seignobos en su *Introduction aux études historiques*, el método histórico es radicalmente distinto. La historia no es una ciencia de observación, sostenían ambos historiadores, sino una ciencia subjetiva; su método, por tanto, no puede definirse tampoco como objetivo sino como indirecto y subjetivo (1987, pp. 44-47). La historia construía su propia científicidad sabiendo que era imposible imitar a las ciencias naturales. Taine además desconocía los procedimientos de la crítica de textos y ello le impedía extraer el núcleo de verdad que contenían, sostenía por su parte Seignobos en otro trabajo (Carbonell, 1976).

¿Qué subsistía tras la demolición? El mérito de la interpretación y la erudición. Acerca de la primera, Aulard y Jaurès se dedicarían a escribir sendas obras para exhibir sus debilidades. La

revolución de la prosperidad de Jaurès, por ejemplo, iba contra la revolución de la miseria que exponían *Les Origines* continuando a Michelet. Aulard llevó por su parte hasta el extremo la “tesis de las circunstancias”, en especial la amenaza exterior, para justificar las políticas de los gobiernos revolucionarios atacadas persistentemente por Taine. En cuanto al problema de la erudición fue la última barrera a derribar. Muchos de los más encarnizados adversarios de la obra creían en ella. Taine había tenido muchos defectos, pensaba Seignobos, pero conservaba el mérito de haber ido a los archivos. Aulard, en su libro *Taine historien*, se encargaría de desacreditarla. Las fuentes no solo no habían sido criticadas adecuadamente, sino que habían sido muy pocas, muchas menos de las que Taine había declarado consultar. Y además habían sido seleccionadas arbitrariamente sin ninguna sistematicidad, solo para justificar las ideas preconcebidas que el autor tenía ya mucho antes de comenzar su investigación. El mismo Aulard colocaba el epitafio: nada de interés había en los once volúmenes para el estudio de la revolución, y concluía: “Son livre, tout compte fait, et en ses résultats généraux, me semble presque inutile à l’histoire. Il n’est vraiment utile qu’à la biographie intellectuelle de Taine...” (1907, p. 330).¹⁰

Apreciada por el público ilustrado en general, como muestra el número de ediciones, *Les Origines* fue rechazada por los historiadores profesionales y por la cultura oficial de la III República poco dispuesta a aceptar su hostilidad hacia la revolución y su pesimismo hacia el destino de la civilización francesa. Expulsada hacia los márgenes del sistema académico, encontró allí nuevos

10. “Su libro, después de todo, y en sus resultados generales, me parece casi inútil para la historia. Realmente solo es útil para la biografía intelectual de Taine...”.

e inesperados aliados. Maurras y la Acción Francesa descubrieron que para atacar a la cultura republicana y a su baluarte, la *Nouvelle Sorbonne*, se podía apelar a los grandes historiadores de la generación precedente. Ciertamente, la figura principal del Panteón maurrasiano será Fustel, quien ya en 1872 había abierto en un célebre artículo una polémica contra la historiografía alemana en la cual se inspirarían los nuevos historiadores (Hartog, 1988, pp. 50-51, 58-19). Taine era una figura más incómoda para su instrumentalización por parte de la Acción Francesa: su tesis sobre el “espíritu clásico” era inaceptable y además su anglofilia era francamente excesiva. En compensación había revelado el carácter maligno de la gran revolución, su insensatez y su responsabilidad en la crisis de Francia. El destino de ambos historiadores será de todos modos diferente. Fustel, reclamado con energía como propio por Maurras en el célebre incidente de 1905, no quiso ser cedido por la historiografía republicana oficial, que continuó considerándolo como suyo (Capot de Quessac, 1981). Taine, en cambio, asimilado por Maurras y sus discípulos a su propia tradición ideológica, no encontró quien se opusiera ciertamente, desde los ámbitos académicos, al parentesco. Venía entonces la Acción Francesa a completar el estereotipo creado por la historiografía revolucionaria y a reafirmar su validez: Taine, historiador de la contrarrevolución.

III.

La obra de Taine no podía ser evaluada en su país independientemente de los contenidos ideológicos de su argumentación y éstos no podían ser escindidos de las implicancias que se creía tenían para la salud política de la Tercera República. Todo ello generaba una constante controversia en torno a *Les Origines* y

esta limitaba su credibilidad y reducía su receptividad como modelo historiográfico. Taine, en efecto, no tuvo discípulos y su historia de la revolución no tuvo imitadores en Francia (por el contrario, su mejor resultado fue impulsar a la historiografía republicana más allá de sus anteriores límites). Producto de exportación por excelencia (Gerard, 1973, p. 82), ¿encontraría sus epígonos fuera de ella?

Por lo pronto sus adversarios debían constatar con amargura el persistente éxito de la obra fuera de Francia. Ello era consecuencia, pensaban los historiadores republicanos, o de que era recibido por un público incauto y sugestionable a los méritos estéticos, pero poco informado como para percibir su fragilidad, o de que era impulsada por la respectiva historiografía oficial, si esta estaba en manos reaccionarias como en Alemania (Aulard, 1907, p. IX). Menos interés despertaba la cuestión, sin embargo, no menos importante, de saber si la lectura que de *Les Origines* se hacía fuera de Francia tenía o no puntos en común con esta. ¿Cuál Taine era el producto de exportación: el metodólogo, el historiador o el erudito de la gran revolución?

La difusión de *Les Origines* en la Argentina fue inmediata y consistente entre políticos e intelectuales. Nada tiene ello de sorprendente, seguía el mismo derrotero que las historias de la revolución de sus antecesores liberales y románticos que en el medio siglo anterior habían brindado modelos admirables e imitables a nuestros principales pensadores. Junto con la obra llegaban también los ecos de la controversia que había desatado en Francia y junto con los ecos la posibilidad de acercarse desde posiciones contrapuestas a la misma. Será el caso de Mitre y de López.

La controversia que en 1881 y 1882 enfrentó a los dos padres fundadores de nuestra historiografía no podía dejar de traer a Taine y sus *Origines* como argumento a favor de las propias

posiciones. Mitre, que en toda la polémica defendió el modelo de una historia erudita capaz, a través de la acumulación de investigaciones sistemáticas, de conocer más ajustadamente el pasado, utilizó a Taine en defensa de su línea argumental. Lo que la obra de este venía a mostrar, sostenía Mitre, era cómo, aun en una historia sobre la cual se creía dicha ya la última palabra, como la de la Revolución Francesa, podían aparecer nuevas revelaciones que apoyaban nuevas interpretaciones. *Les Origines* era puesto así como un anillo más en la historiografía de la revolución y esta era puesta implícitamente como ejemplo para los estudiosos argentinos, a los efectos de hacerles ver cuán enorme era aún el esfuerzo por realizar y cuán lejos se estaba de las grandes síntesis propuestas por su adversario (Mitre, 1916, p. 197).

López respondía en su *Debate histórico* recuperando no la obra de Taine sino la controversia que esta había desatado, para reforzar el que era (con ojos modernos) su mejor argumento en la polémica: el problema del punto de vista del historiador y sus implicancias para el conocimiento del pasado. Lo que la obra de Taine en particular y la historiografía de la Revolución Francesa en general muestran para López no es que la historia sea una construcción acumulativa en la que la incorporación de nuevos hechos permite rehacer la interpretación del pasado, sino lo contrario. Esto es que toda historia es escrita de acuerdo al partido de pertenencia y a los intereses de su autor. López, como era habitual en él, se deslizaba inmediatamente hacia terrenos más peligrosos: el historiador no debía perder su tiempo copiando documentos. De este modo, Taine no debía ser puesto como una etapa más de la historiografía de la revolución sino como una interpretación vigorosa, sí, pero no original, que formaba parte de una de las tradiciones interpretativas del hecho revolucionario. López ligaba a *Les Origines*, por una parte, con la tradición

legitimista y católica (de la cual creía había sacado Taine sus informaciones) pero a su vez la consideraba heredera de la tradición liberal (López hubiera debido tal vez agregar orleanista) de cuyo seno emergía en forma polémica. Y en este punto, al colocar a *Les Origines* como una interpretación a mitad de camino entre la tradición contrarrevolucionaria y la liberal conservadora, López revelaba una gran perspicacia. Inmediatamente, sin embargo, se hacían evidentes sus límites, ya que al filiar la obra de Taine con esas tradiciones no encontraba los referentes adecuados. Ni De Maistre ni Bonald en la tradición contrarrevolucionaria y sí en cambio algunas novelas de segundo orden; apenas, y en forma no necesariamente pertinente, Tocqueville y Mme. de Staël entre los liberal conservadores (López, 1916, pp. 207-211).

Mitre volvía a la carga en sus *Nuevas comprobaciones históricas*. La obra de Taine no podía ser considerada como una obra escrita con tendencias filosóficas como había sostenido en otra parte López (en un juicio curiosamente coincidente con el que emitirá pocos años más tarde Mathiez); era, por el contrario, el producto de un historiador erudito incapaz de dar un paso sin consolidar antes su terreno con una multitud de documentos. Volvía así Mitre a reafirmar su lectura anterior de Taine: un historiador que había renovado la interpretación de la revolución a través del aporte de nuevos documentos (1921, p. 30).

De este modo, casi inevitablemente diríamos, Mitre y López construían un Taine a su imagen y semejanza. Mitre se empeñaba en ver en él realizadas todas las promesas formuladas por el autor en sus prólogos y en sus notas a pie de página. Era el erudito más que el metodólogo o el historiador de la revolución el que seducía a Mitre. López, poco interesado por el aparato documental exhibido por Taine, prestaba mayor atención al contenido de la interpretación (que compartía en sus juicios valorativos)

y sobre todo al filósofo de la historia que se empeñaba en descubrir en el autor de *Les Origines*. Ambos, formados en moldes historiográficos muy alejados de los del historiador francés, recibirán por lo demás una limitada influencia de su forma de hacer historia.

Desde los ochenta, Taine se convierte en un lugar común en la nueva generación de historiadores que a falta de un mejor rótulo común para denominarlos llamamos positivistas. La influencia puede ser detectada de una forma u otra en casi todos ellos (Castellán, 1985, p. 79). Pero aun más allá de la historiografía, Taine es una referencia obligada para los grupos dirigentes argentinos emergentes en los ochenta. Ramón Cárcano es uno de los que ha dejado testimonio de ello (1929, pp. 22-25). Es que el nuevo clima de ideas que caracteriza a la Argentina parece especialmente favorable para acoger no solo el modelo historiográfico sino también la filosofía política subyacente. Dos puntos comunes saltan a la vista entre la visión del mundo del autor de *Les Origines* y las élites locales: su laicismo y su conservadorismo político. Por lo demás ese clima favorable estaba ayudado también por la falta de obstáculos que evitaran su propagación. Difícilmente la obra abriera alguna polémica significativa en las dos últimas décadas del siglo XIX. No solo porque trataba un argumento inevitablemente lejano y distante como la gran revolución sino porque uno de los rasgos diferenciadores de la cultura política del país sudamericano, en relación con las europeas, era la casi total ausencia (¿salvo en la comunidad italiana?) de una tradición política radical en el sentido europeo o radical-socialista que pudiera reconocer su matriz ideológica en el ideario jacobino.

Si puede parecer obvio señalar que la vida política y cultural de la Argentina finisecular es muy diferente de la de la Tercera República Francesa –y deducir a partir de ello la mayor funcionalidad

de Taine hacia la primera-, puede serlo menos recordar que esas diferencias también tenían sus correlatos en el terreno historiográfico. El cuarto de siglo de diferencia que existe entre la organización profesional de los estudios históricos en Francia y en Argentina es el mismo que separa la difusión de aquella nueva metodología “a la alemana” que en ambos países serviría para legitimar las aspiraciones a monopolizar el saber científico de la disciplina por parte de sus nuevos cultores en los ámbitos académicos. La “demora” en la conformación del campo profesional en la Argentina posibilitó que también en este terreno la obra de Taine encontrara menos resistencias por parte de eruditos dispuestos a blandir las reglas del método contra los aproximativos historiadores de las generaciones anteriores. Ello también explica que en ese lapso entre 1880 y 1910, sin adversarios de peso desde el campo de la política o desde el de la historia, los volúmenes de Taine pudieran reinar indisputados.

Si el ochenta presenta un clima favorable para la propagación de la obra de Taine, son sin embargo los años de tránsito entre los siglos XIX y XX los que permiten valorizar otros aspectos de la misma. Son en especial lo que podríamos llamar las consecuencias sociales no deseadas del crecimiento argentino las que hacen más admirable a las élites locales el modelo de historia social propuesto por *Les Origines*. Son también las desilusiones que emergen entre fin de siglo y el centenario las que valorizan a su vez los aspectos pesimistas y decadentistas presentes en la obra. Y por ello no es casual que fue en esos años cuando Taine se convirtió en un modelo a imitar en tres grandes historiadores argentinos: Ramos Mejía, Groussac y Juan A. García.

Ante todo, José María Ramos Mejía. Es innecesario recordar aquí las etapas intelectuales de este médico alienista de formación e improvisado sociólogo e historiador por vocación. A lo

largo de ellas, desde su juvenil *Las neurosis de los hombres célebres* hasta *Las multitudes argentinas*, propuso una serie de matrimonios entre la neuropsiquiatría, la antropología criminal de la escuela italiana, la frenología y la “psicología de las multitudes” de Le Bon y Tarde con la investigación en ciencias sociales. Difícilmente el historiador contemporáneo pueda reconocer hoy la felicidad de esas uniones, que Groussac había ejecutado sumariamente en su prólogo a *La locura en la historia* acerca del cual retornaremos. En los años de madurez decidió emprender su obra más ambiciosa: una historia de Rosas y su tiempo en la cual confluyeran aquella multiplicidad de curiosidades sobre el comportamiento tanto de los protagonistas excepcionales del proceso histórico como de las muchedumbres que los sustentan. En la búsqueda de un modelo ahora sí propiamente historiográfico, lo encontró rápidamente en *Les Origines*. Con su autor compartía demasiadas cosas, la fe en la unidad de las ciencias naturales y las ciencias sociales, el rol central jugado por la psicología en la explicación histórica, pero además una visión del mundo contemporáneo con demasiados puntos en común, desde el conservadorismo político, hasta el escepticismo profundo acerca del destino de la civilización.

Rosas y su tiempo plantea desde el comienzo su paralelo con *Les Origines*. Ramos Mejía indica como Taine, y utilizando una metáfora semejante, que su aproximación al objeto de estudio será tan imparcial como la de un fisiólogo ante su mesa de trabajo. Imparcialidad reclamada que será en ambos menos una vocación de enmascaramiento de sus propias pasiones políticas que la firme convicción en la posibilidad de un conocimiento científico de ese pasado. Pero el Taine metodólogo extiende su influencia más allá del problema de la relación sujeto-objeto. La introducción heurística de *Les Origines* sirve a Ramos Mejía como criterio para sopesar la pluralidad de testimonios y elegir entre ellos

(también aquí el testigo contemporáneo de los hechos, ante todo) (1944, p. 31).

Pero bien poca sería la influencia de *Les Origines* en Ramos Mejía si se agotara en los pequeños problemas del método. Ellos iban más allá; en primer lugar, desde el modo de hacer historia propuesto por Taine, hasta ese espíritu que anima al “inimitable autor de los *Orígenes de la Francia contemporánea* convertido aquí en un modelo a contraponer a los historiadores eruditos, ropavejeros aficionados al papel viejo” (Ramos Mejía, 1944, p. 54). Y además, cuando releemos los bellos y vibrantes capítulos dedicados a la plebe rosina, ¿nos cuesta mucho reconocer que esa plebe parece haber sido vaciada sobre otro molde (sociológica y literariamente), el de la multitud parisina de la época revolucionaria? Ciertamente no quisiéramos llevar las comparaciones hasta el absurdo; no todo en el *Rosas* deriva de *Les Origines*: muchas partes, como por ejemplo los capítulos menos felices acerca de la personalidad moral del tirano, reconocen otras matrices. Ello no invalida que igualmente el trabajo de Ramos Mejía deba ser considerado un hijo legítimo del de Taine, influencia omnipresente y determinante.

Dos diferencias parece útil recordar finalmente entre el intelectual francés y el argentino. Una había sido ya recordada por Halperin: ningún propósito pedagógico anima a Ramos Mejía, ninguna utilidad parece posible desprenderse de su libro para ayuda de las generaciones posteriores en la creencia de su autor (1954, p. 57). La segunda es no menos significativa. Por más profundo que fuera el desprecio aristocrático con el cual miraba Ramos Mejía a la plebe rosina o antes a otras multitudes argentinas, no encontramos en él de ningún modo la desmesura y el tono exaltado y a ratos fóbico que impera en Taine. Más aún, por momentos se desliza en Ramos Mejía la nostalgia hacia aquellas

plebes argentinas premigratorias más libres y menos envilecidas que sus contemporáneas (1934, cap. VII). ¿Era ello tal vez el resultado de las diversas experiencias sociales de ambos autores? Y de ser así, ¿el hecho de que las clases laboriosas solo estuvieran comenzando a devenir peligrosas en la percepción de los grupos dirigentes argentinos (y aquí se impondría la comparación con la París decimonónica) nos puede ayudar a comprender una diferencia de tonos tan marcada?

La desmedida admiración de Groussac por su coterráneo Taine era bien conocida; sobre ella, Molinari (1914), con énfasis polémico, pudo escribir en su momento algunos comentarios irónicos. Pero la relación de Groussac con el autor de *Les Origines*, obra que consideraba la cumbre de la historiografía occidental, fue distinta, más amplia y difusa que la que comprobamos en Ramos Mejía. Ante todo, Taine fue un referente imprescindible en Groussac para definir cuestiones que iban mucho más allá de la heurística, que concernían al problema de qué era la historia y cuál era su científicidad. Es curioso cómo en dos prólogos tan distantes en el tiempo como el realizado a *La locura en la historia* ([1895] 1933, pp. 7-39) y el de su *Mendoza y Garay* ([1916] 1949), dirigidos contra enemigos tan diferentes, haya en el fondo un paradigma común. Contra las pretensiones científicas sostenidas por Ramos Mejía derivadas de Darwin y Lombroso, Groussac propone otro modelo de ciencia más útil para los historiadores derivado de la medicina experimental de Claude Bernard. Y cómo no ver en ello la mediación de Taine, quien en su prefacio de 1866 a los *Essais* había propuesto explícitamente el mismo (reiterándolo luego en sus trabajos sucesivos). Si Claude Bernard servía para enfrentar al mito darwiniano dominante, más de veinte años después serviría para polemizar con las matrices teóricas de la Nueva Escuela Histórica. Bernard servía en este caso (del mismo modo que muchos años

más tarde le serviría también a L. Febvre) para discutir las lecciones de método propuestas por Langlois y Seignobos. Contra estos blandía además las virtudes de los grandes historiadores de la generación anterior, encabezados por Fustel y por Taine, tomando también de este último las metáforas que comparaban a la tarea histórica con la arquitectura (Groussac, 1949, pp. 3-29). Todo ello no dejaba de tener su costado sorprendente porque Groussac revelaba en el mismo prólogo a *Mendoza y Garay* cuán al tanto estaba de las polémicas contemporáneas francesas como las que habían enfrentado a la escuela sociológica durkheimiana con Seignobos y la historiografía erudita. Sin embargo, en vez de buscar la parte principal de su arsenal argumental en aquellos, prefería retornar a consideraciones expuestas medio siglo antes y cuya inactualidad en ese espejo que para él era la cultura francesa difícilmente pudiera escapársele.

Entusiasta de la historia de la literatura y del valor de las fuentes literarias Groussac seguirá en esto también el camino de Taine, tratando de definir los rasgos de una época histórica a través de aspectos de su vida cultural y artística. En este sentido, buena parte de su producción ensayística o periodística al margen de los temas históricos también recibirá el influjo estético y metodológico del autor de la historia de la literatura inglesa. También en la construcción de las dos grandes obras históricas de Groussac, el *Liniers* y el *Mendoza y Garay*, la influencia de Taine es omnipresente, y sin embargo los dos libros resultantes son menos semejantes al modelo propuesto por *Les Origines* que, por ejemplo, el *Rosas y su tiempo*. A ello podía contribuir en parte que se trataba de argumentos sobre aspectos no conflictivos de ese pasado y que por ello estarán desprovistos del brillo polémico de la obra del historiador francés. Más en profundidad, ello podía vincularse con que en el ejercicio concreto del historiador Groussac no era

persistente hasta sus últimas consecuencias con el método que propugnaba dejándose arrastrar por el placer de narrar, a la manera de un historiador erudito, los acontecimientos políticos. Así al menos lo sostenía Juan A. García, quien valoraba que el método de Groussac no buscara en los hombres la causa de los sucesos sino en el subsuelo de la historia, en aquellas fuerzas que gobernaban a los mismos protagonistas, víctimas a menudo del espejismo de su propia autonomía (1916a, pp. 321-322). Método que era el de Taine, según el autor de *La ciudad indiana* y que dirigía el interés del historiador de los hechos políticos a las esencias de los mismos, que se incorporaban a través del torrente de la historia al alma argentina en la cual pervivían. Aunque en este punto García lamentaba que Groussac no hubiera sido enteramente consecuente con sus propios postulados, lo que impedía que el *Liniers* fuera como su modelo *Les Origines* una obra escrita sin nombrar una sola batalla. Observación ciertamente pertinente que revelaba sin embargo algo distinto a una inconsecuencia: la distancia inevitable que media entre las formulaciones metodológicas de un historiador y su tarea concreta. Distancia que en el caso de Groussac contribuye a explicar las oscilaciones de la relación que estableció con los historiadores de la nueva generación más allá de la ruptura final que el debate en torno al método y a inevitables cuestiones y querellas personales provocara.

Si Taine proveyó a Groussac de su arsenal metodológico y de un modelo historiográfico de referencia, también le aportó una clave de lectura de la realidad francesa contemporánea. Las imágenes que de los problemas de la III República formulará Groussac y que serán recogidas en sus recuerdos de viaje recuperarán plenamente las impresiones preconcebidas derivadas de la lectura de Taine como así también al menos parte de su vocabulario (Groussac, 1904 y 1920). Es difícil no ver en la descripción hostil

que formula de los anarquistas, de la “marea democrática”, de los socialistas y los reformistas, así como de la corrupción del régimen republicano, la influencia de los argumentos de *Les Origines* acerca del rol de las multitudes y de los regímenes democráticos (Groussac, 1904, pp. 127-174).

También en Juan A. García la influencia de Taine es muy amplia y se encuentra difundida en buena parte de su producción ensayística. En primer lugar, en su obra más perdurable, editada en 1900: *La ciudad indiana* (1954). Puesta bajo la advocación del método de Fustel y de la filosofía política de Taine, la obra debe sin embargo posiblemente más a este último, incluso en el método. En cierta forma, el libro de García constituye junto con el *Rosas y su tiempo* el otro gran fruto historiográfico derivado de la obra de Taine. Ciertamente, esta influencia es menos evidente que en el caso de Ramos. El lector no es aquí tan abrumadoramente asediado por una sucesión de imágenes que a fuer de acumularse ante los ojos del lector lo seducen más que lo convencen acerca de las bondades de los argumentos expuestos. La economía de medios es mucho mayor en García, en parte como consecuencia de que la erudición documental en la que se apoya *La ciudad* es incomparablemente más limitada que la que sustentaba a las obras de Taine y de Ramos. Sin embargo, es difícil no ver en el libro de García al modelo historiográfico subyacente. Ante todo, ¿qué es el libro sino el intento de definir, a través de la selección de un conjunto de rasgos culturales y sociales, un “espíritu argentino” según el molde del “espíritu clásico” establecido por Taine? Y ese espíritu así definido es el principal factor que explica el “mal argentino” como aquel otro había explicado el “mal francés”. La idea de la futura grandeza del país, el culto nacional del coraje, el desprecio de la ley y el pundonor criollo, son los sentimientos que conforman el carácter nacional

y condicionan su desarrollo futuro; sobreviven a todos los cambios y prolongan su influencia hasta su presente. De nuevo encontramos aquí, en forma semejante a la de Taine, el problema histórico de una nación definido en sus componentes y en sus consecuencias, en los orígenes del proceso que se pretende estudiar, y a partir de allí, un férreo determinismo que coloca el proceso estudiado fuera del tiempo histórico. Y las observaciones que se le han formulado a *La ciudad* acerca de la incapacidad de comprender los cambios que el transcurso del tiempo provoca en la ciudad platense pueden ser correlacionados con aquellos de semejante naturaleza que se le formularan a *Les Origines* (Halperin Donghi, 1980, p. 836).¹¹

En ambos autores predomina ese clima de pesimismo hacia el propio presente que proyecta una sombra desesperanzada hacia la historia que ha de recorrer, poblada por esas multitudes populares hacia las cuales García dirigirá, al igual que Ramos, una mirada mucho menos sombría que la de Taine, y ello podría ser un indicador de que cualesquiera que fueran los temores que asediaban a la dirigencia conservadora argentina de principios de siglo, ellos estaban probablemente bastante lejos del “gran miedo” de tantos intelectuales franceses. Un tono distendido y comprensivo en García que sin embargo no ocultaba que también en él aparecía el problema del orden social y de las reglas morales que lo sustentan como el gran núcleo articulador del proceso histórico. Finalmente, gobernar no era poblar sino civilizar, y civilizar era disciplinar (1916b, pp. 110 y 142).

Pero Taine no proveía a García como a Groussac solo de un modelo de hacer historia a imitar sino también de las reglas de

11. Confrontar con las observaciones sobre Taine de A. Aulard (1907, pp. 30-32)..

un método científico. Y en este punto, la presencia de Taine también se prolongaba en el tiempo desde los escritos finiseculares hasta los producidos por García en los años de la guerra europea. Y en este contexto más tardío sorprende ver la persistencia de Taine junto con figuras de generaciones posteriores como Durkheim o Vidal de la Blache (García, 1903, p. 178).¹² Pervivencia que es reveladora de la funcionalidad del autor de *Les Origines* a la cultura argentina contemporánea del Orden Conservador.

En cierta forma esta rápida recorrida por algunos de los grandes nombres de la historiografía argentina finisecular que pudo haberse detenido en algunos otros grandes como Quesada, son solo indicadores de una presencia más general, en la cual no siempre es posible distinguir la influencia efectiva de Taine de una cierta retórica instrumental generada en torno solamente del uso prestigioso del nombre. Más allá de este punto, sin embargo, la adopción de Taine por parte de los historiadores argentinos reflejaba menos una problemática de cada uno de ellos individualmente que la existencia de ciertas circunstancias históricas que posibilitaban la recepción y la persistencia del mismo. Ciertamente, esa lectura de Taine, favorecida por el marco historiográfico dominante, por el clima cultural y por el horizonte político, no era una lectura principalmente interesada en el estudio de la revolución. Era en cambio una lectura que privilegiaría (al revés que en el caso francés) los aspectos metodológicos, el modelo constructivo y la filosofía política subyacente en la obra. Si eran las específicas condiciones históricas e historiográficas las que

12. Las citas de Taine son por lo demás recurrentes en otros artículos del volumen, señaladamente en “La formación de las ideas”, “Prefacio a una nueva revista” y “P. Groussac”. Presencia reiterada junto a la de autores más recientes en J. A. García (1922).

explicaban en parte el éxito de un autor y una obra, sería el mutar de dichas circunstancias lo que puede permitirnos aproximarnos a su ocaso.

La segunda década del siglo verá emerger dos procesos simultáneos que nos interesan. En primer lugar el nacimiento de la historiografía profesional, la Nueva Escuela Histórica, que favorecida por el cambio político que implicó la instauración de los gobiernos radicales y la renovación académica que provocó la reforma universitaria, accedió a posiciones de poder en la estructura educativa formal. La Nueva Escuela saludará con una reverencia cortés a sus maestros pero no buscará en ellos sus inspiraciones metodológicas. Por el contrario, será en Francia y en Alemania donde encontrará la piedra de toque con la cual trazar la raya entre historiografía profesional y no. Pero la nueva escuela histórica no traería solo de Francia a Langlois y Seignobos sino también a la historiografía académica especializada en el período revolucionario. De la mano de Ravignani y Caillet Bois haría su ingreso la tradición que algunos llaman jauresiana, otros jacobina y otros socialista de la historiografía de la revolución. Curiosamente el nuevo héroe sería Mathiez y no Aulard o Sagnac como por razones políticas más generales podría suponerse. En cierta forma el apologista de Robespierre, al cual buena parte de la prensa conservadora parisina acusaba recurrentemente de apología del terror desde su encargo interino en la Sorbona, no aparecía a los hombres de la Nueva Escuela como un peligroso *enragé*, sino como el representante de la historia científica de la revolución¹³. O menos inocentemente quizás, como una llave institucional adecuada para la red de contactos que los nuevos

13. Sobre el debate acerca de las clases de Mathiez en la Sorbona, ver J. Friguglietti (1974, pp. 193-194).

historiadores intentaban establecer desde el Instituto de Historia con distintas historiografías académicas europeas.

Taine encontraba por fin en los años veinte en la historiografía argentina los mismos adversarios que en Francia: los historiadores de la nueva metodología que lo consideraban arcaico, aproximativo y decididamente no científico, y los historiadores “sorbonistas” de la revolución, que lo veían como un peligroso estudioso contrarrevolucionario. Ciertamente, el mundo de la inmediata primera posguerra abrió nuevas preocupaciones en los grupos dirigentes ante la revolución de octubre y la marea insurreccional tanto en Europa como en Argentina. Pocos pensarían ya en el período de entreguerras en buscar respuestas en la obra de un conservador liberal de la segunda mitad del siglo XIX. Cuando Luis Roque Gondra, por ejemplo, en la conmemoración del sesquicentenario de la Revolución Francesa en Argentina quiso escribir un opúsculo hostil a la revolución no apeló a Taine sino a Bainville y Gaxotte para fundamentarlo. Taine entró así en el olvido (escasos ecos perduraron en el nacionalismo del grupo de La Nueva República sobre todo a través de la mediación maurrasiana y en otros estudiosos pertenecientes a otros horizontes, como Forniellles o Ponce). El mismo destino les cupo a sus más dilectos continuadores en la Argentina en el tránsito entre los siglos XIX y XX, aun a Groussac, para quien Borges había profetizado una gloria perdurable en la cultura argentina.

Bibliografía

- Agulhon, Maurice (1979). *Marianne au Combat. L'imaginerie et la symbolique Républicaines de 1789 a 1880*. París: Flammarion.
- Allegra, Luciano y Angelo Torre (1977). *La nascita della storia sociale in Francia. Dalla Comuna alle Annales*. Torino: Einaudi.

- Aulard, François-Alphonse (1907). *Taine, Historien de la Revolution Française*. París: A. Colin.
- Burke, Edmund (1980). *Reflexiones sobre la Revolución Francesa y otros escritos*. Buenos Aires: Dictio.
- Caillet Bois, Ricardo (1940). La Revolución Francesa vista a través de sus historiadores. *Cursos y Conferencias*, IX (2).
- Capot de Quessac, Jean (1981). L'Action Française à l'assaut de la Sorbonne Historienne. En AA.VV., *Au berceau des Annales* (pp. 139-191). Toulouse: Presses de l'Institut d'Etudes Politiques.
- Carbonell, Charles Olivier (1976). *Histoire el historiens, une mutation idéologique des historiens français (1865-1885)*. Toulouse: Privat.
- Carbonell, Charles Olivier (1981). Les professeurs d'histoire de l'enseignement en France au début du XX^e Siècle. En AA. VV., *Au berceau des Annales* (pp. 89-103). Toulouse: Presses de l'Institut d'Etudes Politiques.
- Cárcano, Ramón (1929). Paul Groussac. *Nosotros*, XXIII (242), 22-25.
- Castellán, Ángel (1985). Accesos historiográficos. En Hugo Biazgini (comp.), *El movimiento positivista argentino*. Buenos Aires: Ed. de Belgrano.
- Cochin, Auguste (1989). La crisi della storia rivoluzionaria: Taine e Aulard. En *Lo spirito del Giacobinismo*. Milán: Bompiani.
- Febvre, Lucien (1974). *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel.
- Friguglietti, James (1974). *Albert Mathiez, Historien Révolutionnaire (1874-1932)*. París: Société des Etudes Robespierriettes.
- Furet, François (1988). Rivoluzione alla Sorbona. En François Furet y Mona Ozouf, *Dizionario critico della rivoluzione Francese*. Milán: Bompiani.

- García, Juan Agustín (1903). La locura en la historia. En *Ensayos y notas*. Buenos Aires: Moen.
- García, Juan Agustín (1916a). S. de Liniers por Paul Groussac. En *En los jardines del convento*. Buenos Aires: Coni.
- García, Juan Agustín (1916b). *En los jardines del convento*. Buenos Aires: Coni.
- García, Juan Agustín (1922). *Sobre nuestra incultura*. Buenos Aires: Cooperativa Editorial Limitada.
- García, Juan Agustín (1954). *La ciudad indiana*. Santa Fe: Castellví.
- Gerard, Alice (1973). *Mitos de la Revolución Francesa*. Barcelona: Península.
- Gerard, Alice (1981). A l'origine du combat des Annales: positivisme historique et système universitaire. En AA.VV., *Au berceau des Annales* (pp. 79-88). Toulouse: Presses de l'Institut d'Etudes Politiques.
- Groussac, Paul (1904). *El viaje intelectual*. Madrid: Suárez.
- Groussac, Paul (1920). *El viaje intelectual*. Segunda serie. Buenos Aires: Menéndez.
- Groussac, Paul (1933). Introducción. En José María Ramos Mejía, *La locura en la historia* (pp. 7-39). Buenos Aires: Rosso.
- Groussac, Paul (1949). *Mendoza y Garay*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.
- Halperin Donghi, Tulio (1954). Positivismo historiográfico de José María Ramos Mejía. *Imago Mundi*, 5,
- Halperin Donghi, Tulio (1980). La historiografía: treinta años en busca de un rumbo. En Ferrari, Gustavo y Ezequiel Gallo (comps.), *La Argentina del ochenta al centenario* (pp. 829-840). Buenos Aires: Sudamericana.
- Hartog, François (1988). *Le XIX^e Siècle et l'Histoire. Le cas Fustel de Coulanges*. París: PUF.

- Langlois, Charles y Charles Seignobos (1987). *Introduction aux études historiques*. París: Alcan.
- López, Vicente Fidel (1916). *Debate histórico. Refutación de las comprobaciones históricas*, Buenos Aires: Roldán.
- Mann, Hans-Dieter (1971). *Lucien Febvre, la pensée vivante d'un historien*. París: A. Collin.
- Mitre, Bartolomé (1916). *Comprobaciones históricas. I parte*. Buenos Aires: Roldán.
- Mitre, Bartolomé (1921). *Comprobaciones históricas. II parte*. Buenos Aires: Roldán.
- Molinari, Diego (1914). Groussac y el método. *Nosotros*, VIII (68), 240-249.
- Ozouf, Mona (1984). *L'école de la France*. París: Gallimard.
- Ozouf, Mona (1988). Taine. En François Furet y Mona Ozouf, *Dizionario critico della Rivoluzione Francese*. Milán: Bompiani.
- Ramos Mejía, José María (1934). *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires: Rosso.
- Ramos Mejía, José María (1944). *Rosas y su tiempo*. Buenos Aires: Jackson.
- Sternhell, Zeev (1985). *Maurice Barres et le nationalisme français*. París: Editions Complexe.
- Taine, Hyppolite (1903). *Histoire de la littérature anglaise*. París: Hachette.
- Taine, Hyppolite (1904a). Michelet. En *Essais de critique et d'histoire*. París: Hachette.
- Taine, Hyppolite (1904b). *Les Origines de la France Contemporaine*. París: Hachette.
- Tocqueville, Alexis (1969). *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Madrid: Guadarrama.

Elogio de la ambigüedad En torno al Renan de François Hartog*

Desde luego no se lee ya a Ernest Renan. El mismo François Hartog, por si hiciera falta, nos lo recuerda en la introducción de su bello libro. Ya lo había constatado por lo demás, nos dice, Lucien Febvre en 1949. Ese Renan que fuera en su tiempo un príncipe de las humanidades en la Francia del Segundo Imperio y de la Tercera República, pero también, por poner un ejemplo, un pensador muy influyente en América Latina –y recuérdese solamente su lugar en la obra de José Enrique Rodó o en las élites argentinas finiseculares, para las que quizás fue solo segundo a Taine en las preferencias de lectura. ¿Volver a Renan o a aquel mundo “moderno” que estaba todo en Renan, como recordaba Charles Péguy, citado en el libro? No es ese el propósito, nos asegura Hartog (2018), aunque bien podría rastrearse una cierta melancolía hacia aquel mundo en este libro, en su sobria elegancia y en una cierta vocación inactual en la cadencia y en la estrategia narrativa. Un estilo, en suma, heredero de la gran tradición de escritura francesa, hoy casi extinta, que incluso logra sobrevivir a una traducción al castellano menos que modesta. Por el contrario, insiste

* Publicado como “Éloge de l’ambiguïté. Autour d’un livre sur Renan de François Hartog” en *Passés Futurs*, 7, 2020. <https://www.politika.io/fr/article/elogie-lambiguite-autour-dun-livre-renan-francois-hartog>

Hartog, se trata de mirar a Renan desde su distancia con nuestra época, que claro está ya no es la suya, como un prisma desde cuyos reflejos podemos sin embargo pensarla. En especial, pensar ese problema al que Hartog ha dedicado tantas páginas: el tiempo. Renan, el predicador del futuro, cuando el futuro (por invertir el epigrama de Valery) era el que era, cuando era un progreso alcanzable a través de esa ciencia que iba a liberar a las personas de sus fatigas. Y si un libro de Renan ocupa un lugar central en las reflexiones de Hartog es *L'avenir de la science*, esa obra escrita en 1848 pero publicada muchos años más tarde, en 1890.

Ese pensar el futuro, ese pensar el tiempo desde el futuro, sirve admirablemente a Hartog para contraponer aquellas nociones con las de estos tiempos dominados por lo que él ha llamado el “presentismo”. Desde luego aquel futuro tenía otras implicancias, pronósticos que no sin ambigüedades y temporales desfallecimientos perduraron en él y que la época por venir desmentiría: desde la prosperidad ilimitada al dominio de la racionalidad sobre el mundo, desde el fin de las religiones tradicionales al fin de las naciones, estas también tan duras a morir, pese a lo que crean los historiadores cosmopolitas. Por eso quizás se lee todavía la conferencia de 1882 en la Sorbona “Qu'est-ce que c'est une nation”, esa conferencia a la que el mismo Renan tenía afecto y deseaba que, de sobrevivir algo suyo, fuese ese texto. Y se lo lee todavía porque muchos creen que tiene cosas para decir en los debates sobre las naciones (con estado y sin estado) que exceden en mucho a los intereses de los cultores profesionales de Clio. Tal vez lo tiene porque hay una perdurabilidad, con altibajos, interrupciones, idas y vueltas, entre aquel tiempo y este: la compleja relación entre individualismo y creencias colectivas, aunque, nos dice Hartog, estas naciones ya no sean aquellas como tampoco lo sería una nueva imaginación del futuro.

Hartog propone en este libro una evocadora mirada sobre Renan, no solo el pensador público sino también, en dosis moderadas, el personaje privado, atraído tal vez por las posibilidades comprensivas y por las imposibilidades operativas. Así, Hartog elige utilizar la dosis apenas necesaria para iluminar algunas facetas del hombre público, y en esto Hartog parece seguir las prudencias no solo de tantos otros grandes historiadores, sino las del mismo Renan, que eran, por lo demás, inherentes a la sociedad burguesa a la que pertenecía. Así lo señaló admirablemente bien al reflexionar sobre el poco lugar que en sus *Souvenirs* de 1883 tuvo su hermana, personaje decisivo en su vida, con una frase extensible a todos los mercaderes de *souvenirs* privados demasiadas veces por oportunismo intelectual o por egocentrismo: hubiera sido, dijo, “como exponer su retrato en una casa de subastas” (1883, p. VI).¹ Empero también aquí Renan volverá sobre sus pasos y al final dejará encargado que los recuerdos sobre su hermana se publicaran póstumamente.

La estrategia elegida por Hartog es la de un viaje siguiendo las huellas de Renan, aunque ese viaje no sea estrictamente cronológico sino más bien temático y problemático y contenga muchos retornos. ¿Y quién mejor para hacerlo que el mismo Hartog, por lo demás experto navegante y fino conocedor de esa época y

1. “Je ne dois pas exposer une mémoire qui m'est sainte aux jugements roques qui font partie du droit qu'on acquiert sur un livre en l'achetant. Il m'a semblé qu'en insérant ces pages sur ma sœur dans un volume livré au commerce, je ferais aussi mal que si j'exposais son portrait dans un hôtel des ventes” (Renan, 1887, p. VI). [“No debo exponer un recuerdo que para mí es sagrado a los juicios deshonestos que tienen derecho a hacer sobre un libro quienes lo compran. Me pareció que, al insertar estas páginas sobre mi hermana en un volumen entregado al comercio, le haría tanto daño como si exhibiera su retrato en una casa de subastas”].

también de la civilización antigua, que fue todavía un alimento de Renan como no lo es de la nuestra?

Antiguos y modernos. Y aquí Hartog puede ser colocado en una serie de historiadores que, procedentes de la historia antigua, se acercaron a una altura de su vida al mundo moderno como, por quedarnos en este siglo y en el caso italiano, Arnaldo Momigliano, pero también el rival de este, Santo Mazzarino. Sin duda en esas aproximaciones destinadas a explorar los vínculos o la perdurabilidad del mundo clásico en el mundo moderno, un lugar importante lo ocupaba la historia de la historiografía, una vía desde luego evidente para cualquier lector de los grandes historiadores del siglo XIX y principios del XX. Los antiguos vivían todavía en ellos, de Ranke a Fustel a un Eduard Meyer que todavía batallaba a principios del siglo XX contra los filólogos, en su caso en defensa de Tucídides. En ese contexto, sin embargo, el camino de Hartog ha tenido su propia especificidad en su vocación de hacer dialogar a los hombres del siglo XIX no solo con ese pasado sino ante todo con la trama intelectual de ese siglo. Lo muestra este ensayo, como lo había mostrado antes aquel que dedicara a Fustel de Coulanges en 1988.

Renan, he ahí el hombre que pensó siempre en latín, se nos dice. He ahí la “Oración sobre la Acrópolis”, en la que Flaubert creía percibir un Renan que “resumía al hombre intelectual del siglo XIX”. He ahí también ese encuentro de Renan con el “milagro griego” en el que Renan era, por lo demás, un eslabón de una larga secuencia. Esos viajes-encuentros a los que François Hartog había dedicado otro libro, *Partir pour la Grèce* (2015). El momento había sido imaginado por André Brouillet en un cuadro colocado en un salón de la Sorbona y que, otro contraste solo señalado por Hartog como al pasar, había sido invadido por grafitis obscenos en 1968...

Desde luego que en ese atravesar los siglos desde el mundo antiguo al moderno la estrategia de Hartog ha sido diferente (y precedente) a la de los audaces navegantes que hoy recorren las épocas y los espacios sin temor o prevención en el marco de la historia global todavía tan a la moda. Peligrosas aventuras para las que son todavía pertinentes las lejanas observaciones de Roger Chartier del 2001, que advertía acerca de las acechanzas que planeaban sobre esa historia global: cómo dominar fuentes dispersas y las lenguas en las que fueron escritas, por no hablar de los contextos –y el hecho de que casi toda la literatura de referencia que sus promotores manejaban estuviese en inglés no dejaba de suscitarle inevitables suspicacias. El diagnóstico no podía ser más certero.

Decimos que esa estrategia fue diferente porque se trató en Hartog de un pasaje que implicaba una voluntad de hacer suya –no simplemente atravesarla superficialmente en forma guionada o teledirigida en base a acumular una analogía tras analogía– la trama de esa vida intelectual francesa de las seis décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial. Inmersión más que necesaria, porque más allá de ese diálogo con una cultura clásica que estaba todavía muy presente y activa en el siglo XIX (y para detectarlo, Hartog tenía todas las herramientas de su conocimiento de esa cultura clásica que había signado toda su primera estación como historiador), estaba en Fustel o en Renan, esa problematización que dominaba sus obras y que era toda ella contemporánea. Y así como Fustel es mejor entendido, si puesto a la vez en el seno de los debates historiográficos, no solo con Mommsen sino con la generación francesa más joven, pero también, por otro lado, con los intentos de apropiaciones políticas de esas décadas precedentes a la Primera Guerra Mundial (de Monod a Maurras por resumirlo rápidamente), también la lectura de Renan se beneficia

de ser puesta en la trama de debates a él contemporáneos en las que estuvo inserto.

En ella un eje articulador fueron las polémicas persistentes desde las filas católicas, sobre todo desde que pronunció aquel “Jesús, un hombre incomparable”, en su curso inaugural en el Collège de France en 1862, que anticipaba aquella *Vida de Jesús* que marcaría una distancia jamás saldada con aquel mundo. Como recuerda Hartog, citando la voz del arzobispo de París: “un hombre que renegó de su fe y desconoció a su patria” (2018, p. 22). Ese Renan fue convertido por eso mismo en un emblema de la Francia laica y en tanto tal, una divisoria de aguas en la cultura francesa; división polémica que tanto contribuyó a los sucesivos fracasos de aquellos que quisieron darle un lugar en el Panteón.

Empero, Francia laica era también esa fe en el progreso y en la ciencia a la que antes aludimos y si se la considera no en su retórica sino en su aplicación práctica exhibe el lugar central de la filología en la obra de Renan. ¿No dijo que la filología era la “verdadera” filosofía, aunque fuese una filología que no solo no quería ser mera erudición, sino que no debía perder de vista en el análisis minucioso, lo general y aquella voluntad de síntesis del futuro? Ciertamente, filología podía querer decir muchas cosas si puesta en la boca de Vico, de Boeckh o de Renan, si pensada en la función que podía atribuírsele en Francia o en Alemania. Con todo, quizás puede verse aquí, en esta filología que era en Renan “la ciencia del espíritu humano”, también un prisma desde el cual pensar nuestro tiempo. ¿Es exagerado decir que el ocaso de la filología en la historiografía actual, perdida como oficio y opacada como instrumento en las brumas de la narrativa, muestra también hasta qué punto aquel tiempo ya no es el nuestro? ¿Y no se revela en esto el mismo Hartog, consumado filólogo, también inactual? Pero volviendo a Renan y al lugar de la filología –y contra

la opinión de Brunetière— bien podría defenderse que aquel *veritatem dilexit*, que al igual que luego Marc Bloch (*dilexit veritatem*) pidió incluir como epitafio, era no una impostura, sino una convicción profundamente sentida.

Desde luego el amor por la verdad que reposaba en el amor por la ciencia no dejaba de tener sus costados problemáticos: ella era también, aunque lo negase, una fe, una creencia —una superstición había dicho Peguy, citado en el libro. Y esos costados problemáticos no dejaban a la vez de mezclarse con otros que eran tan parte de los intelectuales de esa época como, aunque distintos, siempre han estado presentes en los de casi cualquier época (aunque no lo admitamos).

Dos núcleos mayores interrelacionados pueden señalarse aquí. El primero, que Hartog indaga en profundidad, es el de la cuestión racial en el pensamiento de Renan. Como observa el historiador francés, las duplas organizadoras de la cultura europea (griegos y bárbaros, paganos y cristianos, antiguos y modernos) dejaban paso a otra: arios y semitas. Aunque Renan entre a esa dicotomía por la vía de la filología, y no de la fisiología (la división entre semitas e indoeuropeos), no deja de encontrar también al final la raza: “Je suis donc le premier à reconnaître que la race sémitique, comparée à la race indo-européenne, représente réellement une combinaison inférieure de la nature humaine” (1855, p. 4),² un pasaje de 1855 que le será a menudo recordado.³

2. “Por tanto, soy el primero en reconocer que la raza semítica, comparada con la raza indoeuropea, representa realmente una combinación inferior de la naturaleza humana”.

3. En cambio, suelen omitirse los matices: “Les jugements sur les races doivent toujours être entendus avec beaucoup de restrictions : l’influence primordiale de la race, quelque immense part qu’il, convienne de lui attribuer dans le mouvement des choses humaines, est balancée par une foule d’autres

Cierto también, como afirmará entonces y luego, el factor raza es importante en los orígenes, pero luego todo pierde su importancia, en la mezcla entre ellas que borra las diferencias; y en el contexto de ese tránsito emergerán sus reflexiones sobre la nación a las que volveremos. Empero, si borra o diluye esas diferencias, hace emerger otra: la raza blanca y las otras razas y aquí el lenguaje sedicente científico viene a apoyar, por ejemplo, en *La réforme intellectuelle et morale* (1871), la supremacía de la raza blanca, que la habilita para “gobernar”, es decir para colonizar.⁴

La segunda cuestión, que ocupa un espacio más reducido, es la cuestión de lo que entonces se llamaba el “pueblo”. Hartog se detiene en aquellos momentos en que Renan trasunta simpatía, por ejemplo, en 1848, hacia los que son masacrados; o luego hacia aquella herencia de la revolución encarnada en aquel vecino de su pueblo natal en Bretaña: Digou al que llamaban “Sistema”. Empero, esas simpatías hacia ese pueblo no fueron la norma y no se trata solo de la hostilidad de Renan al sufragio universal, que habría llegado antes de tiempo (es decir antes que ese pueblo hubiese sido transformado por el progreso y la ciencia). Hay algo más, como hay algo más en Taine (o incluso en Freud), y

influences, qui parfois semblent dominer ou même étouffer entièrement celle du sang” (1855, p. XV) [“Los juicios sobre las razas siempre deben entenderse con muchas restricciones: la influencia primordial de la raza, por inmensa que sea la parte que se le pueda atribuir en el movimiento de los asuntos humanos, se equilibra con una multitud de otras influencias, que a veces parecen dominar o incluso sofocar por completo la de la sangre”].

4. “La colonisation en grand est un nécessité politique de premier ordre (...) La conquete d’un pays de race inferieure par un race supérieure qui s’y établit pour le gouverneur n’a rien de choquant” [“La colonización a gran escala es una necesidad política de primer orden (...) La conquista de un país de raza inferior por una raza superior que se establece allí para gobernarla no tiene nada de escandaloso”] (Renan, 1871, pp. 92-93).

es la deriva provocada (lugar común, pero insoslayable) por los conflictos sociales contemporáneos. En cualquier caso, se trata también de aquellas miradas que en el *Calibán* –ese texto de Renan que diera lugar a tantos debates en ámbito latinoamericano– muestran la distancia, originaria se diría, y la poca voluntad de comprensión de esos otros, aunque estuviesen destinados a dominar y transformar finalmente al mundo, como la misma obra sugiere y como más explícitamente lo muestra su secuela, *LEau de Jouvence*. Empero, nuevamente esa transmutación será solo posible con las mediaciones, científicas y espirituales (Próspero y Ariel), que convertirían la barbarie en civilización. Ciertamente, la expresión “Sin Calibán no hay historia” bien puede ser una consideración sombría o, alternativamente, posibilista (y Hartog se inclina por la primera opción). En cualquier caso, Renan se había reconciliado al final con la República, pero, a la vez, no se había reconciliado con el *demos*.

Llegados hasta acá no hemos sin embargo todavía encontrado ni el núcleo del interés de Hartog en Renan, ni el núcleo de la interpretación que sustenta su libro. El tema de la nación puede ayudar a acercarnos al primero, el de la dualidad al segundo. Dijimos ya de la perdurabilidad de la conferencia sobre la nación. Debería agregarse que su destino fue también quedar reducido a unos pocos lugares comunes: el apoyo de un pasado selectivo hecho de recuerdos y necesarios olvidos, o un presente sostenido por el plebiscito de todos los días. El consenso, no la raza, ni ahora tampoco la lengua sustenta a esas nuevas creaciones y así ha sido visto ese texto –aunque no falten quienes, desconfiados de las lecturas consolidadas y prefiriendo las sorprendentes, insistan en que la raza como fundamento de la nación sigue presente en Renan. Otro signo de los tiempos. Y sin embargo, dicho esto, no se ha dicho todo. Como bien anota Hartog, la nación es

también, y quizás podríamos decir en especial, un proyecto de futuro: “la voluntad de continuar haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa”. Ello requiere, recuerda Hartog, un juntos “querer hacer todavía grandes cosas” (y no es casual que el libro se cierre con la pregunta acerca de si esa voluntad está todavía presente) Y aquí retorna aquella dualidad entre un tiempo en que el futuro domina y arrastra al régimen moderno de historicidad y un presente en que ya no es así, o conjeturalmente no es todavía así. Al menos, se podría acotar, si se permanece en Europa.

“Yo soy doble” repetía incesantemente Renan, nos recuerda Hartog. Escribió Renan:

j'étais prédestiné à être ce que je suis, un romantique protestant contre le romantisme, un utopiste prêchant en politique le terre à terre, un idéaliste se donnant inutilement beaucoup de mal pour paraître bourgeois, un tissu de contradictions, rappelant l'hircocercf de la scolastique, qui avait deux natures (1883, p. 73).⁵

Difícil decirlo más claro, y Hartog se empeña en su lectura en seguir ese camino de la dualidad o de la ambigüedad y convertirla en la clave de lectura que es la originalidad del libro. Católico de formación, escéptico de vocación, espiritualista de aspiración. Jesús, sí, pero no San Pablo; Palas Atenea, también y, asimismo, los profetas hebreos. Cierto, había inclusiones, pero

5. “Yo estaba predestinado a ser lo que soy, un romántico que protesta contra el romanticismo, un utópico que predica la política realista, un idealista que se esfuerza innecesariamente por parecer burgués, un tejido de contradicciones, que recuerda al *hircocervo* de la escolástica, que tenía dos naturalezas”.

a la vez exclusiones, como los musulmanes, con la excepción no consciente de Averroes. Más prejuicios se diría, véase Rushdie o por qué no, agregamos nosotros, Houellebecq. Renan lo hubiera dicho con más gracia. ¿*Mundus senescit*? Más allá de ello, Renan quizás estuvo demasiado ajustado a su tiempo, una casi segura hipotética para la supervivencia en el porvenir.

Las dualidades de Renan son susceptibles de muchas lecturas. Con esa perspicacia habitual, ese pensador que tanto ha interesado a Hartog, Charles Péguy, propuso (¡antes que en las sugerencias de método de Strauss!) leer a Renan entre líneas, insistiendo que su escritura tenía más de un registro. Esa dualidad era también la de un pensador que trataba de escribir, a la vez, para el instante, la coyuntura y también para el largo plazo. Un autor que aspiraba a contener lo particular (la dimensión erudita, filológica) y la reflexión sobre lo general. No filología como filosofía, sino filología y filosofía, hubiese o no leído a Vico. Empero, había quizás más: una ambigüedad constitutiva, un pensar con y contra sí mismo, la dualidad como tema del doble, *doppelgänger*. Claro está que se podría afirmar que todo retrato, que toda biografía, debe lidiar con esa pluralidad de una persona que es muchas personas, de un pensamiento que en la dinámica del tiempo deviene otro o, menos drásticamente, otro y el mismo.

Ciertamente, las ambigüedades de Renan que escapa en medio de las brumas del intento de sus lectores posteriores de atraparlo hacen todavía interesante su figura. Y esa es quizás la fascinación que Hartog trata de recuperar. En ese sentido, Renan todavía no nos ha dicho la última palabra o, mejor aún, no hemos aún logrado encontrar la clave, si es que la hubiese en ese o en cualquier caso (y ciertamente ella no está en las gruesas lecturas lineales, simplificadoras de ayer y de hoy). En haber logrado restituir la complejidad, en haber dejado abierto el retrato está uno

de los muchos méritos del libro que nos ha dado François Hartog. Pensar la ambigüedad y la capacidad disolvente de la temporalidad no es la práctica frecuente de los historiadores necesitados de concluir, de cerrar, de llegar a un resultado convincente. Y en este sentido la aproximación de Hartog es pertinente para Renan, caso particular, pero también en general ya que hay ahí una lección de método. Lectores, agradecidos.

Bibliografía

- Chartier, Roger (2001). La conscience de la globalité (commentaire). *Annales HSS*, 56 (1), 119-123.
- Hartog, François (1988). *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*. París: PUF.
- Hartog, François (2015). *Partir pour la Grèce*. París: Flammarion.
- Hartog, François (2017). *La Nation, la religion, l'avenir. Sur les traces d'Ernest Renan*. París: Gallimard.
- Hartog, François (2018). *La nación, la religión, el provenir. Sobre las huellas de Ernest Renan*. México: Ediciones Navarra.
- Renan, Ernest (1855). *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques*. París: Imprimerie Impériale.
- Renan, Ernest (1871). *La réforme intellectuelle et morale*. París: Michel Lévy Frères Éditeurs.
- Renan, Ernest (1883). *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*. París: Calmann Lévy Éditeur.

Apuntes para una reflexión sobre Benedetto Croce, la historia, la política*

Las páginas que siguen deben ser vistas apenas como un conjunto de notas para una discusión sobre las relaciones entre historia y política en Benedetto Croce, en un periodo acotado entre la década de 1910 y principios de la década de 1930 (las delimitaciones cronológicas son muy importantes). Es decir, la etapa no solo posterior al magisterio de Antonio Labriola (y Marx), sino también a la reformulación de la dialéctica hegeliana y a aquello que, desde el punto de vista filosófico, significaron la *Lógica* y la *Filosofía de la práctica* –y desde el historiográfico, la memoria pontaniana de 1912 (Croce, 1989)–, hasta el momento de la publicación del conjunto de artículos que lleva el nombre de *Ética y política* en 1930 y de la *Historia de Europa* de 1932, que es vista como un punto de llegada del ciclo de sus grandes obras históricas y, a la vez, una reformulación conceptual de su modulo historiográfico.

El texto que el lector tiene ante sí es el resultado de un trabajo de profundización a partir de un largo ensayo, todavía inédito e *in progress* (Devoto, 20 de mayo de 2019), en el cual se exploraban las posiciones historiográficas de Benedetto Croce y de sus principales discípulos puestas en tensión con aquellas de Giovanni

* Publicado como “Benedetto Croce, la storia, la politica. Appunti per una riflessione” en *Giornale di Storia Contemporanea*, 26(1), 7-32, 2022.

Gentile y los suyos (que, por otra parte, en más de un caso pasaron del campo del segundo al del primero), con algunas referencias colaterales hacia Gioacchino Volpe y su escuela en torno al período entre las dos guerras y en especial al veintenio fascista

Algunas observaciones que allí se habían apenas esbozado acerca de las formas, los momentos y las modalidades de la intervención política de Benedetto Croce, y del modo en el cual eran percibidas, hacían necesaria una ulterior investigación, en un cuadro temporal más breve e imponían asimismo ir más allá en la reflexión sobre la relación que podría establecerse (o no) entre sus premisas filosóficas e historiográficas y estrategias discursivas de intervención en los debates italianos. Al respecto, es bueno recordar que Croce escribió más de una vez, pero sobre todo en su *Filosofía de la práctica*, que pensar equivalía a organizar con los instrumentos conceptuales adecuados, la variedad empírica que se tiene delante de sí lo que implicaba que sus construcciones fuesen, al mismo tiempo, no sistemáticas y mudables, por un lado, y, por el otro, que la experiencia práctica tuviese en ellas un puesto relevante. Al mismo tiempo señaló, poco luego, que ese conocimiento preparaba, pero no determinaba la acción práctica (Croce, 1915 y 1943, pp. 184-185). Por lo demás, se recuerdan también sus invectivas contra los historiadores meramente eruditos y contra los filósofos meramente teóricos. Dicho todo ello, este artículo que se pregunta sobre modos e instrumentos de intervención en la vida pública en los cuales también los propósitos instrumentales y las opciones tácticas tienen un rol, busca, sin embargo, mantenerse a cierta distancia de cualquier rústico tentativo de convertir a Croce en un simple estratega de la acción (en definitiva, si nos interesamos todavía en él es por su obra no por sus acciones históricamente vinculadas) y más aún de la idea de que un filósofo pudiese adaptar sus complejas construcciones

teóricas a los ritmos acelerados y a veces espasmódicos de la política. En cambio, tratará de proponer algunas reflexiones preliminares sobre las relaciones entre momento historiográfico y momento de la actividad política como puntos de partida para futuras discusiones.

1.

Era un lugar común afirmar el papel relevante o dominante de Benedetto Croce en la cultura italiana del *Ventennio* fascista, sobre todo –pero no solo– en el ámbito de la cultura de oposición. Era también algo bastante habitual hablar de que esa oposición se realizaba de un modo distanciado, alejado de la política práctica. Antonio Gramsci, que apreciaba en mucho la capacidad de influencia ideológica de Croce y que no dejaba de valorar sus modos de intervención pública y su eficacia, no olvidaba, sin embargo, de señalar lo que veía como límites de ese modo de intervención: olímpico, goethiano, a la manera de un hombre del Renacimiento, como la de un Erasmo ante la Reforma (2014, t. II, p. 1293; pp. 1303-1304).¹ Y lo que Gramsci dijo en los *Quaderni* fue enormemente influyente en Italia y no solo, desde que Palmiro Togliatti decidió comenzar su publicación en 1948, precisamente a partir de esas reflexiones.

Las cosas son o pueden ser probablemente más complicadas y remiten al ámbito de aplicación de la expresión “dominante”,

1. Sin embargo, él mismo no dejaba de percibir las contradicciones que existirían entre esa colocación aérea y la concepción teórica de la política en Croce. Debe anotarse, asimismo, que las críticas estaban a menudo vinculadas a las tomas de distancia crítica de Croce de sus posiciones sostenidas, muchos años antes, sobre Marx y el materialismo histórico.

por una parte, y a la caracterización de las formas de acción política que analiza Gramsci, por la otra. Involucran también, para el caso de la idea de “dominante” (y eludimos aquí el uso de la palabra “hegemonía”, aunque pueda ser más apropiada, para tratar de evitar toda la carga de sentidos que la misma tiene), al peso mayor o menor que se le otorgue, por un lado, al poder del complejo estatal y paraestatal del fascismo –régimen especializado en crear instituciones y subvencionar iniciativas culturales afines– y, por el otro, al lugar de las culturas de oposición, interior y exterior. En suma, la pregunta es por el consenso, aunque aplicado al territorio de los intelectuales, las academias, los docentes y la opinión pública.

Para el caso de Croce y su relación con la política bien podría comenzar por admitirse que había seguramente un punto ciego, un límite si se quiere, al menos en la fase inicial, de estilo, de buenos modales señoriales al modo antiguo, que podía ser asociado a los de grandes intelectuales de la época precedente.² Es una forma de aproximación que puede vincularse tanto al tipo de ámbito de interacción, como a ese movimiento de oscilación dentro-fuera de la política del que él mismo habla en su *Contributo alla critica di me stesso* escrito en 1915. Empero, que no se trataba solo de política, sino de qué debía entenderse por acción política es una cuestión sobre la que, en aquel mismo texto, se proponen delimitaciones: de definir tal operación cultural como la creación

2. En sus *Taccuini* Croce anotaba el 14 de junio de 1926 que se había encontrado con Rabindranath Tagore y que se había abstenido de criticar a Mussolini ante las preguntas de su interlocutor, porque dado que este había autorizado la entrevista, no hacerlo “era una questione di buon gusto”. Lo que no era muy congruente con su concepción de la política y ciertamente muy ineficaz en la confrontación con Mussolini que jugaba el partido de otra manera (1987, vol. II, p. 483).

de la revista *La Critica*, considerada por él una obra “política” a otras más demandantes, adherentes a las premisas que extraía de Marx que, a su juicio, le habría abierto los ojos acerca de qué cosa fuera aquella verdaderamente.³

Agreguemos aquí que, si la pregunta se formula en términos menos genéricos, habría que decir que el croceanismo, o algo que era percibido exteriormente como tal, desplegaba la oposición admitida en el *Veintennio* en muchos territorios y encontraba distintos adversarios en cada uno de ellos. En el plano de las ideas, la contraposición más visible (no necesariamente la más extendida) estaba en el terreno de la filosofía (suponiendo que fuese deslindable de otras disciplinas) y de la alta cultura: la de su entonces joven amigo Giovanni Gentile, con el que habían compartido una parte de trayectoria en común, bajo la insignia de una polémica contra el positivismo.

Desde luego que la polémica croceana iría más allá y se dirigiría, con diferente énfasis según los momentos, contra positivistas, católicos, modernistas, Antonio Banfi y el grupo de Milán, o contra él por el no menos detestado mundo académico. En este último caso desplegaba sus invectivas contra la erudición sin propósito, la vacua infatuación profesoral y la *consorteria* universitaria, cuyas combinaciones no dejaba de criticar, pero en las que tampoco dejaba de intervenir como un “garibaldino” (en sus palabras) desde afuera (Croce, 1978, p. 40).⁴

3. El texto que lleva como lugar y fecha “Napoli, 8 aprile di 1915” tuvo una primera edición artesanal de cien copias sin indicación de editor en 1918.

4. En carta a A. Omodeo de 18/7/1931, pero toda la primera parte de las cartas, al menos hasta comienzos de los 30 y desde luego la última, luego del desbarranque del fascismo, muestran a Croce interesado y a veces implicado en los movimientos académicos.

Contra algunos de esos enemigos, Croce había creado, en 1903, con la colaboración inicial de Gentile, una revista, *La Critica* (*Rivista di Letteratura, Storia, Filosofia*), que como exhibe en la introducción del primer número buscaba un espacio intermedio entre la especialización y la gran divulgación, en defensa de un “determinato ordine di idee” sin “tolleranza”, ni “fratellanza” con los otros (1903, pp. 1-5).⁵ En suma, una revista militante, diríamos hoy, del “idealismo crítico” y que logró como pocas y en sus distintos períodos cumplir con el propósito de Croce de convertirse en un árbitro de la calidad y de la justeza de lo que en Italia se publicaba, y que hacía que jóvenes y menos jóvenes estuvieran preocupados por el juicio que iba a emitirse desde ella sobre sus obras, como luego veremos.

Sobre ese programa iban a planear pronto las disidencias teóricas entre Croce y Gentile. Esas disidencias, anticipadas en el terreno de las tempranas disputas filosóficas, fueron progresivas y acumularon diferentes cuestiones, desde las distintas lecturas de Marx (entre materialismo histórico como canon de interpretación o filosofía de la historia), y sobre todo, Hegel. Este era un nodo crucial entre las distintas formas de repensar la dialéctica hegeliana, la dialéctica del pensar y no de lo pensado en Gentile; o la drástica reformulación de Croce con la introducción de la dialéctica de los distintos al lado de la dialéctica de los opuestos –de la que derivarían las categorías del juicio que serían un constante objeto de crítica y de ironías por parte de los gentilianos, desde la alusión a la filosofía de “las cuatro palabras” (*bello, vero, utile, buono*)–, hasta las relaciones entre filosofía e historia, entre

5. “Determinado orden de ideas” sin “tolerancia” ni “fraternidad” con los otros.

la resolución de la primera en momento metodológico de la segunda, o la resolución de la segunda en la primera (Gala).⁶

Las diferencias, por profundas que fuesen, si miradas las cosas desde la perspectiva de Croce, no parecían un motivo para romper la colaboración, ya que seguramente eran vistas como algo menos relevante que los combates contra otros enemigos más terrenales. De ahí, seguramente (además de los lazos fuertes de amistad) (Ciliberto, 2021) la extremada flexibilidad de Croce y sus esfuerzos para mantener unido el frente idealista, a principios del siglo XX aparecen reiteradamente, no solo en su intento de soslayar o minimizar las diferencias con Gentile en la correspondencia entre ambos, sino también en sus reticencias a que Gentile diera a publicidad algunos de sus trabajos que hubieran exhibido en público las discrepancias.

Sobre las diferencias se podría discutir desde cuándo provenían, pero que eran bien precedentes a las distancias públicas –y más allá de la *boutade* de Croce en 1907 de que “certo dissenso c’è stato sempre tra noi due”,⁷ o de la idea similar y formulada muy posteriormente por Giuseppe Galasso, de que había algo “genético” (es decir originario) en ella– o que están bien consolidadas ya en el momento de la publicación por Croce en 1907 del *Ciò che è vivo e ciò che è morto della filosofia di Hegel* es innegable. Que Croce sugiriese poner a “dormir” el comentario crítico que había escrito Gentile y que este aceptase “per non produrre l’effetto di una disputa in familia davanti al pubblico grosso” (Gentile, 1976,

6. G. Galasso (1990) sigue con atención las etapas de los disensos y en especial una glosa a una carta de Croce a Giovanni Castellano de 1909 es muy clarificadora de los disensos ya existentes (1990, p. 175-176) antes de que se hicieran públicos. Acerca de Croce y la reforma de la dialéctica hegeliana, opuestos y distintos ver Croce ([1907] 1958).

7. “Siempre existió un cierto dissenso entre nosotros dos”.

pp. 14-15)⁸ revela hasta qué punto el hacer práctico tuvo en ellos la precedencia durante un buen tiempo por sobre las diferencias teóricas.

Cuando Gentile no pudo más y ese no poder más bien podía significar buscar un lugar más autónomo y más relevante, y eso fue cuando decidió la publicación en 1912 de su memoria parlermitana, *L'atto di pensiero come atto puro*, algo así como el manifiesto fundador del *attualismo* –al que pronto se sumaron dos de sus entonces discípulos, Adolfo Omodeo y Guido De Ruggiero, con sendos artículos teóricos en línea con Gentile– ello dio lugar a la célebre respuesta de Croce de 1913, en la que la discusión, aunque no concesiva en términos filosóficos, era presentada en forma amigable y quitándole dramatismo, como “una polémica entre filósofos amigos”.⁹

De esa literatura complementaria quizás deba retenerse el artículo de Adolfo Omodeo, *Res Gestae e Historia rerum*, no solo porque estaba planteado como una discusión explícita con el de Croce del año precedente, “Storia, cronaca e false storie” (la

8. “Para no producir el efecto de una disputa familiar delante del público común”. En carta de G. Gentile a B. Croce del 7/1/1907. Con todo, debería otorgarse su lugar a la fortaleza de los lazos intensos de amistad entre ambos como muestra expresivamente una carta sucesiva de Gentile de 28/1/1907. Se puede agregar que la actitud conciliadora de Croce se mantuvo hasta el final de la correspondencia. En la última carta enviada antes de la ruptura definitiva el 24/10/1924, Croce señalaba casi de modo especular: “Ma io non ho mai pensato a romperla con te, come tu dici; e per parecchie buone ragioni. (...) La seconda che la cosa sarebbe di pessimi effetti sugli spettatori, avrebbe del volgare, e darebbe gioia a troppi maligni” [“Pero yo jamás pensé en romper vínculos contigo, como tú dices; y por varias buenas razones (...) La segunda es que la cosa tendría pésimos efectos en los espectadores, sería vulgar, y daría alegría a demasiadas personas maliciosas”] (1981, p. 670).

9. Sobre el tema y sobre las distancias entre Croce y Gentile en un cuadro temporal más largo, ver Cacciatore (2016).

memoria pontaniana), sino porque contenía dos cuestiones de larga querrela entre Croce y los actualistas, la relación entre *res gestae* e *historia rerum gestarum*, que en Croce, aunque vinculadas, debían mantenerse distintas, mientras en Omodeo se unificaban o fusionaban una en otra (“inscindibilmente congiunte nella sintesi dello spirito il quale concentrandosi crea sé e la sua storia”)¹⁰ y porque ello implicaba ya un esquema del tema de la supresión del tiempo en la historia, en tanto en el “atto senza tempo della coscienza”¹¹ se disolvía el pasado en el presente en aquella síntesis de *res gesta* e *historia rerum* (Omodeo, 1913, pp. 4-7).¹²

En términos más sencillos, la importancia del debate estaba en que Croce en el ensayo antes aludido (que será incluido luego como apertura en *Teoria e Storia della Storiografia*) defendía posiciones que no solo tenían implicancias teóricas, sino que hacían al nervio de la operación historiográfica. Baste recordar que Croce, al defender que la historia era la síntesis del documento y la crítica (la vida y el pensamiento), unidos pero distintos, daba no solo una dignidad al documento, sino dentro de él al hecho, ya que la narración del mismo debía ser ella considerada también un documento, que se integraba al primero enriqueciéndolo, en lo que quizás había un eco de Droysen, por lo demás citado en otra parte del artículo.¹³ Todo lo cual desplazaba el polo docu-

10. “Unidos inseparablemente en la síntesis del espíritu que al concentrarse se crea a sí mismo y a su historia”.

11. “Acto sin tiempo de la conciencia”.

12. Nótese al pasar que por mucha distancia que tomase Omodeo luego de Gentile e incluso llegase a afirmar que debía cancelar la deuda con el actualismo (en carta de A. Omodeo a B. Croce del 24/7/1931) (1978, p. 24) parece que nunca renegó oficialmente de este juvenil artículo.

13. “Quelli che furonno racconti o giudizi, sono ora anch’essi fatti, anch’essi ‘documenti’, da doversi interpretare e giudicare: la storia non si costruisce mai sulle narrazioni, ma sempre sui documenti o sulle narrazioni abbassate

mento hacia la *res gestae* y ello estaba en clara contraposición con el subjetivismo de Omodeo, que lo desliza hacia la *historia rerum gestarum*. Y quizás ello explique por qué Croce, a la vez que ironizaba permanentemente sobre los eruditos, por su incapacidad de comenzar por el pensar, no dejaba de considerarlos animalitos benéficos o, podríamos decir, necesarios. Al final todo debía ser viquianamente una conjunción entre filología y filosofía.

Debe anotarse, sin ir más allá, esas y otras crecientes disensiones sobre temas intelectuales e incluso sobre otros, tan concretos como relevantes, como la Primera Guerra Mundial, en la que, al menos en el primer periodo, se contrapusieron las posiciones interventistas y moralistas de Gentile con las neutralistas y anti moralistas de Croce o, luego, el “giolittismo” de este último con la adhesión temprana al fascismo del primero. Empero, también, las discusiones públicas entre ambos se hacían más frecuentes y a ellas se sumaban con celo militante los respectivos discípulos.

Y, sin embargo, aunque las colaboraciones de Gentile en *La Critica* se hicieron más espaciadas (pero todavía hay dos en 1923), el frente idealista no se rompía. Es verdad también que sobre algunas cuestiones como el fascismo no hubo inicialmente una ruptura neta, sino una diferencia en el grado de aceptación del mismo, y luego un progresivo distanciamiento de Croce desde un apoyo que podríamos denominar táctico al fascismo,¹⁴ al me-

a documenti e trattate come tali” [“Lo que eran relatos o juicios ahora también son hechos, ellos también “documentos”, para ser interpretados y juzgados: la historia nunca se construye sobre relatos, sino siempre sobre documentos o sobre relatos reducidos a documentos y tratados como tales”] (Croce, 1912).

14. Interesante, por la combinación de presunción de astucia política y de gran ingenuidad de Croce (que por lo demás repetía la ya fallida estrategia

nos en público, hasta la publicación de una nota en *La Critica* bajo el título de *Liberalismo* en marzo de 1925 (1925a pp. 125-128),¹⁵ aunque, desde luego, todos los artículos incluidos en *Politica in nuce* (1924) publicado el año anterior en la misma revista, como anticipo del libro *Elementi di politica* del año sucesivo –y que luego exploraremos– exhiben ya una clara toma de distancias con el fascismo.

de Giolitti), es su argumentación acerca del porqué había votado en el Senado la confianza a Mussolini luego del discurso de este asumiendo la responsabilidad del delito Matteotti: “Abbiamo discusso lungamente nel nostro gruppo la posizione da assumersi di fronte alle dichiarazioni di Mussolini’, disse, ‘e abbiamo deciso di dare il voto di fiducia. Ma, intendiamoci, fiducia condizionata. Nell’ordine del giorno che abbiamo redatto è detto semplicemente che il Senato si aspetta che il Senato restauri la legalità e la giustizia, come del resto Mussolini ha promesso nel suo discorso. A questo modo noi lo teniamo prigioniero, pronti a negargli la fiducia se non tiene fede alla parola data. Vedete: il fascismo è stato un bene; adesso è divenuto un male, e bisogna che se ne vada. Ma deve andarsene senza scosse, nel momento opportuno, e questo momento potremo sceglierlo noi, giacché la permanenza di Mussolini al potere è condizionata al nostro beneplácito” [“Hemos discutido largamente en nuestro grupo la posición que debemos asumir frente a las declaraciones de Mussolini”, dijo, “y decidimos dar el voto de confianza. Pero, entendámonos, confianza condicionada. En el orden del día que hemos elaborado se dice simplemente que el Senado espera que el Senado restablezca la legalidad y la justicia, como efectivamente prometió Mussolini en su discurso. De esta manera, lo tenemos prisionero, listos para negarle la confianza si no cumple con su palabra. Verán: el fascismo fue un bien; ahora se transformó en un mal, y hace falta que se vaya. Pero debe irse sin choques, en el momento oportuno, y a ese momento podremos elegirlo nosotros, ya que la permanencia de Mussolini en el poder está condicionada por nuestro beneplácito”] (Levi Della Vida, 1966 en Caprioglio, 1993, pp. 632).

15. La nota constituía una crítica paralela al fascismo definido como “autoritarismo nacionalista” y al socialismo, en sí, pero también como proveedor, al igual que los reaccionarios, de hombres e ideas al primero.

2.

El largo proceso de distanciamiento derivaría en un abierto enfrentamiento no solo intelectual sino personal, con los recíprocos *Manifesti*. El de Gentile abrió el fuego, el 21 de abril de 1925, y constituía una clara voluntad de amortiguar la imagen *squadrista* del fascismo hacia el interior y aún más hacia el exterior de Italia, dando una batalla en el terreno de la cultura letrada, promoviendo la idea de un intelectual activo (hoy se diría comprometido) e incluso recuperando la palabra “intelectual”, que no tenía en Italia connotaciones positivas fuera del ámbito de la izquierda, para desmentir la imagen de antagonismo entre fascismo y cultura.¹⁶ Desde luego ni Mussolini (ni la gran mayoría de los jefes fascistas) le simplificaban las cosas a Gentile con sus discursos combativos en los que el *Duce* llegaba a afirmar que según fuera el comportamiento de los intelectuales él podía preferir a los *squadristi*.¹⁷

16. Sobre el tema ver G. Turi (2002).

17. Vaya a modo de ejemplo el que pronunciara en el Teatro Augusteo de Roma, el 22/6/1925, unos meses después del *Manifesto*, Croce: “Ora vi farò una confessione che vi riempirà l'animo di raccapriccio. Sono pensoso prima di farla. Non ho mai letto una pagina di Benedetto Croce. Questo vi dica quello che io penso di un fascismo che fosse ‘culturizzato’ con la ‘kappa’ tedesca. I filosofi risolvono dieci problemi sulla carta, ma sono però incapaci di risolverne uno solo nella realtà della vita. Io ammetto l'intelligenza fascista e sono stato favorevole a che sorgessero delle rivistine e dei giornali dicombattimento intellettuale, ma desidero che costoro aguzzino il loro ingegno per fare la critica spietata dal punto di vista fascista del socialismo, del liberalismo, della democrazia. Ma se invece costoro debbono utilizzare l'ingurgitamento della cultura universitaria, che io consiglio di rapidamente assimilare e di espellere non meno rapidamente, se costoro non fanno che vessare e ipercriticare tutto quello che di criticabile c'è in un movimento così complesso come il movimento fascista, allora io vi dichiaro schiettamente che preferisco al cattedratico impotente lo *squadrista* che agisce”

Más allá de ello, sin embargo, el *Manifesto* abría un largo itinerario que veía a franjas del fascismo implicadas en una batalla por la conquista, o al menos seducción, de los intelectuales, que vía Gentile, en primer lugar (pero también por otra vía más interna, Giuseppe Bottai) iba a dar, sin que pueda decirse con claridad hasta qué punto logró los objetivos, o que si lo hizo no fue al costo de adhesiones a iniciativas que eran más bien institucionales, o asumidas de modo instrumental, que fascistas en un sentido ideológico y político.

Aquel mismo día 21 de abril, Croce anota en sus *Taccuini* que había pasado toda la jornada pensando y escribiendo una nota de respuesta “che mi è stata chiesta da amici”.¹⁸ Tres días después, en los mismos *Taccuini*, Croce señala que Giovanni Amendola había ido a buscar el texto que saldría publicado el 1° de mayo como, en uno de sus dos títulos, “Manifesto degli intellettuali non fascisti” y que era una defensa de la independencia del intelectual en tanto intelectual, y, en este sentido, su contenido no exento del

[“Ahora les haré una confesión que los llenará de espanto. Dudo antes de hacerla. Nunca he leído una página de Benedetto Croce. Esto les dice lo que pienso de un fascismo que fue ‘culturizado’ con la ‘kappa’ alemana. Los filósofos resuelven diez problemas en el papel, pero son incapaces de resolver solo uno de ellos en la vida real. Admito la inteligencia fascista y estuve a favor del surgimiento de revistas y periódicos de combate intelectual, pero quiero que agudicen el ingenio para hacer la crítica despiadada al socialismo, al liberalismo y a la democracia desde el punto de vista fascista. Pero si en cambio tienen que utilizar la deglución de la cultura universitaria, que aconsejo asimilar rápidamente y expulsar no menos rápido, si no hacen más que acosar e hipercriticar todo lo que se puede criticar en un movimiento tan complejo como el fascista, entonces yo puedo declararles francamente que prefiero el escuadrista que actúa al académico impotente”] (Mussolini, 1925 [1952], p. 358). Sobre las dificultades de Gentile, véanse las ironías de B. Croce en carta a G. De Ruggiero del 4/10/25 (Schinaia, 2008, p. 191).

18. “Que me fue solicitada por amigos”.

tipo de retórica que Croce solía condenar era no solo mucho más defensivo que el precedente, sino que operaba con una concepción si se quiere más tradicional del rol del intelectual (1987, vol II, p. 416).¹⁹ Eso no quiere decir una concepción goethiana, sino más cultural que política, o mejor, más operante políticamente a través de una disputa en el terreno de la cultura y que no excluía que Croce, ya Senador por nominación regia desde 1910 y Ministro de Instrucción Pública de Giolitti, optase también ahora por inscribirse al Partido Liberal, pese a sus reservas sobre la eficacia de los partidos, o que, luego de la debacle del fascismo, volviese a ocupar un rol preeminente como Presidente de ese partido en la conflictiva política post 1943.

En cualquier caso, esa relación política-cultura en Croce durante el fascismo es un nudo complejo de dilucidar y no pueden descartarse sin más los argumentos de quienes, como Eugenio Garin, han insistido en el carácter inescindible de la relación entre política y cultura, una política que, si por un tiempo había sido auto percibida como la del sabio, que por sobre las partes en conflicto actuaba como un mediador, con la consolidación del fascismo asumía una actividad de parte. En este sentido, aunque una vez Croce le señaló a Togliatti que era un *totus politicus* y él no, y aunque no lo fuese era, según Garin, de todos modos

19. En el *Manifesto* que además contenía una firme defensa de la obra de la Italia liberal, se señalaba sobre el papel de los intelectuales: “come intellettuali hanno il solo dovere di attendere, con l'opera dell'indagine e della critica e le creazioni dell'arte, a innalzare parimenti tutti gli uomini e tutti i partiti a più alta sfera spirituale affinché con effetti sempre più benefici, combattano le lotte necessarie” [“como intelectuales solo tienen el deber de intentar, con el trabajo de investigación y crítica y las creaciones del arte, elevar por igual a todos los hombres y a todos los partidos a la más alta esfera espiritual para que, con efectos cada vez más benéficos, libren las luchas necesarias”] (*Il Popolo*, 1925).

Semper politicus (1966, p. 679). Volviendo al manifiesto croceano, nótese que o por el contenido del texto, o más probablemente por razones de oportunidad o cálculo político, ni Piero Gobetti quiso firmar (aunque sí lo hicieron otros colaboradores de *Rivoluzione liberale*), ni tampoco Antonio Gramsci y el grupo de *L'Unità*, que además no dio en las páginas del periódico ninguna noticia del tema.²⁰ Con todo, el primero tuvo una actitud mucho más disponible hacia Croce, tras el mucho más virulento artículo contra el fascismo que Croce publicaría apenas un mes después.²¹

En cualquier caso, es cuanto menos significativo que fuese en ese momento y no en otro, en ese terreno y no en otro, en el que Croce iba a abrir sus hostilidades contra el fascismo y contra Gentile y que iban a ir *in crescendo*, proyectándose del terreno intelectual al de la hostilidad personal.

Llegados a este punto, sin embargo, quizás sería necesario dar un paso atrás y recordar que, como el mismo Croce observaba, sin claridad acerca de los conceptos, las acciones singulares son poco inteligibles. Y ello obliga a preguntar no solo por

20. Una persuasiva interpretación de la actitud de ambos propone S. Caprioglio (1994).

21. Qué cosa, se preguntaba Croce, podía esperar el arte y la literatura de un régimen que destruye todo cotidianamente “con le violenze, coi fattacci, con le parolacce, con gli schiamazzamenti, con le parate e le chiassate, con l'esaltare le prodezze ciclistiche e aeroplanistiche sopra le opere del cuore, della fantasia e dell'intelletto” [“con violencia, con actos desagradables, con palabrotas, con gritos, con desfiles y alborotos, con exaltación de las proezas del ciclismo y de los aviones por encima de las obras del corazón, la fantasía y el intelecto”] (1925b, p. 377). De interés también la respuesta a las afirmaciones de Mussolini en el fragmento citado y que ya era indicador desde el título: “Una risposta all' On. Presidente del Consiglio a proposito di un elogio dell' ignoranza” [“una respuesta al Hon. Presidente del Consejo a propósito de un elogio de la ignorancia”] (1925c, p. 313).

las decisiones políticas de Croce, sino acerca de qué era la política para Croce. Un primer punto sería empezar por algunos deslindes.

3.

En una página notable, puesta como prefacio en 1917 a la tercera edición de *Materialismo storico ed economia marxistica*, Croce escribió:

Nella concezione politica poi, il marxismo mi riportava alle migliori tradizioni della scienza politica italiana, mercè la ferma asserzione del principio della forza, della lotta, della potenza, e la satirica e caustica opposizione alle insipidezze iusnaturalistiche, antistoriche e democratiche, ai cosiddetti ideali dell'89 (1973, p. XI-XII).²²

Y poco más adelante, tras reiterar su admiración y su agradecimiento hacia “il vecchio pensatore rivoluzionario” (el viejo pensador revolucionario), del que ya había tomado mucha distancia teórica, afirmaba lo siguiente: “altresí nostra gratitudine, per aver conferito a renderci insensibile alle alcinesche seduzioni (Alcina, la decrepita maga sdentata, che mentiva le sembianze di florida giovane) della Dea Giustizia e della Dea Umanità” (1973,

22. “En la concepción política entonces, el marxismo me devolvió a las mejores tradiciones de la ciencia política italiana, gracias a la firme afirmación del principio de la fuerza, la lucha, el poder, y la oposición satírica y cáustica a la insipidez iusnaturalista, antihistórica y democrática, a los llamados ideales del '89”.

pp. XI-XII).²³ Marx y Labriola en Croce, un tema también largamente discutido, así como su toma de distancia de ambos. No es el nuestro.

Por otra parte, ironías y sarcasmos, hacia el *moralismo noioso* (moralidad aburrida) de los historiadores y más aún hacia el, para él, exasperante humanitarismo de las *anime belle* (almas bellas), o aún hacia esas nociones de libertad, igualdad y fraternidad, nobles palabras, pero vacías de contenido que servían por tanto para cualquier interpretación posible, eran abundantes. “Che cosa c’è di più stupido della libertà e fraternità attribuite a una fila di fredde, lisce ed equali palle da bigliardo?” (1973b, p. 182),²⁴ observaba para referirse a la teoría democrática que encontraba según él sus fundamentos en los esquemas de la matemática y de la mecánica.

Críticas que se reiteraban, aquí y allá, en varias formulaciones, así como su idea de que las guerras, aunque pura negatividad, una vez desencadenadas eran inevitables y la única opción era luchar hasta el final con el propio pueblo. Dicho eso, pese a todo, podía confiar en que sobreviviría un mundo cosmopolita de pensadores que intentaban reflexionar con sus propias cabezas y que no iban a confundir a los agresores alemanes de 1914, cuyos excesos no desconocían, con la cultura alemana *tout court*, pero que tampoco iban a hacer como, según él, tantos pensadores franceses que planteaban, ante el desplegarse de las virtudes militares germánicas –que Croce estimaba reforzadas por la

23. “También nuestro agradecimiento, por haber colaborado a hacernos insensibles a las seducciones alcinescas (Alcina, la decrepita hechicera desdentada, que mintió ante la apariencia de una joven florida) de la Diosa Justicia y la Diosa Humanidad”.

24. “¿Qué hay más estúpido que la libertad y la fraternidad atribuidas a una fila de bolas de billar frías, lisas y uniformes?”.

filosofía alemana sin que esta fuera culpable por ello de la agresividad germana–, “vacuità teoriche sugli ideali democratici e sul regno della pace e della giustizia”.²⁵ Más allá de las críticas que recibía por afirmaciones de este tipo de sus contemporáneos italianos, aquella fraseología le parecía un signo de debilidad y de no estar a la altura de lo que la situación requería, que era toda otra cosa. Los acontecimientos habían hecho a Italia entrar en guerra y ahora no cabía nada más que batirse hasta el final “e faremo ogni sacrificio per la nostra patria” (1915, p. 399).²⁶ Así, para Croce no se trataba de argumentar en torno de ideales abstractos, sino de política real, concreta –que era siempre fuerza y lucha, y no otra cosa– al servicio de ideales liberales o antiliberales. Y todavía en 1927, luego de la guerra, luego del ascenso del fascismo, en un nuevo prefacio a *Materialismo storico ed economia marxistica* pensaba que debían considerarse “beneméritos”, Maquiavelo, Vico y Marx, por haber “instaurato o restaurato il concetto di forza”.²⁷ En este punto, podría observarse que esas referencias colocaban a Croce en un lugar de polémica con el iluminismo, diferente al de la tradición romántica.

Dicho esto, sin embargo, quizás no se ha dicho lo principal. A nivel teórico, la política, actividad humana práctica, entraba en Croce dentro de la esfera de la categoría de “lo útil” o lo económico, en la que, como cualquiera podía ver, lo que dominaba eran voluntades y pasiones al servicio de intereses y, por ello, esperar de la política otra cosa que lo que ella exhibía permanentemente, era pura ingenuidad. Y, desde luego,

25. “Vacuidad teórica sobre los ideales democráticos y sobre el reino de la paz y la justicia”

26. “Y haremos un sacrificio por nuestra patria”.

27. “Instaurado o restaurado el concepto de fuerza”.

ello implicaba que aplicar categorías morales a la política era un profundo equívoco, ya que la esfera de la política no estaba regida por la moral, sino que estaba más acá de ella. Es que la construcción de las categorías del juicio por Croce se basaba no solo en la dialéctica de los opuestos, como señalamos, sino también en la dialéctica de los distintos, y las categorías de la práctica colocaban como distintos la voluntad de lo individual (útil o económico, en la que entraba la política) y la voluntad de lo universal (en la que entraba la ética). Desde luego, Croce no ignoraba las diferencias entre bien y mal, solo que estaban en una esfera distinta y superior al de la actividad política. Ello no impedía el juicio moral, pero solo a partir de la admisión de que (al menos en principio) no era operante sobre las acciones prácticas de los hombres, para los que la acción política y la acción útil son coextensivas y no pueden escindirse.

Por lo demás, si la cuestión se miraba desde el Estado, este no era algo diferente del gobierno y este, a su vez, no era otra cosa que un conjunto de acciones útiles que en una esfera específica ejercían un grupo de individuos (con lo que era imposible escindir al Estado del conjunto de acciones útiles). Del mismo modo, las leyes eran acciones del ámbito de lo útil que un grupo de individuos producía para promover determinadas cosas. Por ende, era un supuesto abstracto sostener que las leyes tenían un contenido estable *per se*, distinto de las acciones que, bajo su paraguas, se creaban y se cumplían. Acá llegaba Croce a algo que el mismo llamó (en 1924) “verdad peligrosa” (1994, pp. 171-182), ya que era bien consciente de hasta qué punto su esquema podía ser usado para fines que eran contrarios a los que el defendía, como en el caso del fascismo, solo que no era claro cómo podía salir de la trampa en la que él mismo parecía estar colocado y que, en términos cotidianos, podía definirse como la resolución

de la tensión entre una idea de la política como fuerza y las premisas del liberalismo o, si se prefiere, en un plano más general, entre *ethos* y *kratos*. Y era, nótese al margen, el mismo dilema que asediaba a Friedrich Meinecke (1983), que veía en su contemporaneidad el crecimiento de una tensión quizás irresoluble entre concepciones opuestas, es decir una solución, o mejor no solución, diferente a la que proponía Croce con su relación unidad-distinción a la que parecía habilitarlo en sede teórica la dialéctica de los distintos.

Más allá de ello, la argumentación de Croce dio lugar a polémicas entre los contemporáneos y entre los estudiosos posteriores. Ante todo, los partidarios del fascismo observaron insistentemente que Croce, el Croce ahora decididamente antifascista, era en sustancia un pensador que no solo en sus concepciones generales (algo que ya había sido sugerido por Gentile, antes de su ruptura con Croce) sino en tantas opiniones particulares coincidía con las posiciones del fascismo (como en los juicios sobre el jacobinismo, el democratismo o la masonería) (1925d, pp. 315-316).

Ciertamente, es evidente que la reflexión sobre la libertad y el liberalismo ocupan un lugar creciente en los escritos de Croce –piénsese a modo de ejemplo en el tan influyente *Constant y Jellinek* (1994, pp. 244-250)–, y claro en sus reflexiones históricas, aunque el mismo Croce afirmase que él no defendía al “Estado Liberal”, ya que, como cualquier forma particular e histórica de Estado, en sus palabras, no era defendible con argumentos científicos o filosóficos, sino solo con una afirmación voluntarista inspirada en la conciencia moral de aquellos que se sienten liberales (1925e, p. 374). Para esta argumentación Croce tenía disponible, además, otra caución fuerte, procedente de sus antiguas reflexiones en la *filosofía de la práctica*, con la

distinción entre los juicios prácticos históricos individuales y los juicios generales sobre los procesos histórico-cósmicos dominados por el real-racional. Con todo, la fuerza presentada también como la creadora barbarie viquiana originaria, permanece en la reconversión de la categoría de la utilidad en la de vitalidad.

Por otra parte, en tiempos recientes, en el marco de una oleada de revisionismos acerca de los intelectuales y el fascismo, se argumentó que, en realidad, Croce había ido adaptando su sistema (si esa palabra es pertinente) a la nueva situación creada con el advenimiento de un régimen autoritario y, entonces o luego, totalitario, y que ello podía percibirse claramente en las novedades que ya aparecían en artículos incluidos en *La Critica* desde 1924, pero que hubiera podido ir más allá y englobar al conjunto reunido en *Etica e politica* (Zunino, 2002, pp. 120 y ss.). Gennaro Sasso respondió con virulencia indicando que no era lícito mezclar los desarrollos de las dimensiones teóricas de la reflexión de Croce (pero también de cualquier filósofo digno de tal nombre, hubiera podido agregar) con sus opciones políticas prácticas –aunque, agregaríamos nosotros, al menos en el breve período, ya que podría hacerse otro discurso sobre las visibles mutaciones teóricas croceanas en un período más largo–. Más bien, observaba Sasso, el punto a discutir estaba en la construcción de Croce y, no solo en la mayor o menor coherencia de esta, sino en si la problemática cuestión de la dialéctica de los distintos y la construcción de las categorías tenía ciertas implicancias específicas e ineludibles para la relación conceptual entre la política y la ética (Sasso, 2012, pp. 141-147). En cualquier caso, que entre la fe en la religión de la libertad y la concepción realista de la política había un problema o una tensión de difícil resolución en sede real concreta parece bien plausible, como

lo había notado, con su notable perspicacia, entre otros, Antonio Gramsci.²⁸

Por otra parte, como un pequeño inciso que merecería una reflexión más extensa, podríamos preguntarnos si esta idea de la política de Croce influía y en qué modo en su trabajo concreto de historiador y si se podría hablar en él de un realismo historiográfico o, en otros términos más enfáticos y para ciertas fases, de un “positivismo crítico” en tensión con su filosofía idealista antipositivista, como señaló al pasar Carlo Ginzburg (2006, p. 213).²⁹ Asimismo, observando la cuestión desde otro ángulo, se puede preguntar si el creciente peso en la *historia ético-política* del primer polo (o incluso en la reformulación de la misma como *historia ético-religiosa*, en el sentido de la religión de la libertad) del segundo, podría estar en el origen de otras diferencias a nivel de la operación historiográfica que historiadores de oficio percibieron entre la *Storia del regno di Napoli* y la *Storia di Europa* (Chabod, 1978, pp. 179-253).

La presentación de estas cuestiones propuestas por Sasso nos permite retornar por una vía distinta a otro núcleo de interés de nuestro trabajo: la larga discusión que apenas entrevimos acerca de en qué medida las posiciones ideológicas y políticas de Croce y Gentile derivaban o no de sus posiciones filosóficas, pero ahora mirando la cuestión desde la perspectiva del propio Croce. En este punto, él no tenía dudas con respecto a Gentile, ya

28. A. Gramsci anotaba con ironía que Croce de las aludidas “alcinesche seduzioni” [“alcinescas seducciones”] del prefacio de 1917 “deve ora fare molti passi a ritroso e dare apparenza di florida giovinezza a un'altra decrepita maga sdentata, il liberalismo più o meno deificato” [“debe ahora dar muchos pasos hacia atrás y dar apariencia de florida juventud a otra decrepita hechicera desdentada, el liberalismo más o menos deificado”] (2014, p. 436).

29. Que, a su vez, retomaba la expresión “positivismo crítico” de Eugenio Colorni.

que atribuía al *attualismo* un turbio misticismo y un irracionalismo que derivaría inevitablemente en el fascismo e, incluso antes de la ruptura, también criticaba en un comentario a un libro de De Ruggiero, pero que implícitamente era también una crítica a Gentile, la irresponsable servidumbre a la coyuntura, durante la Primera Guerra Mundial, y que podría haberse llamado también el *contingentismo* o el sentido de urgencia y la ausencia de mediaciones, del actualismo (Croce, 1917, pp. 130-132).³⁰ Sin embargo, ha habido opiniones diferentes sobre el tema, como las mucho más tardías de Gennaro Sasso que, consecuente con lo que había sostenido acerca de Croce, era también un enfático defensor de que no había relación entre instancias teóricas y opciones políticas tampoco en el caso de Gentile.

Va de suyo que esa contaminación que Croce veía en Gentile estaba mucho menos dispuesto a admitirla en su propio caso, porque veía en el actualismo la tentación a dar saltos mortales hacia el presente, sin mediaciones, o persuadido como estaba de que aceptarlas redundaba en perjuicio del que la hacía y, al menos, no podía ni debía ser defendida formalmente.³¹ Reflexión que no busca aquí, lo dijimos al principio, atacar para consumo periodístico, a la manera de cierta historiografía reciente, la reflexión intelectual y su calidad desde las mudables opciones políticas, sino pensar en qué términos se estableció ese vínculo entre pensamiento teórico y acción práctica, y qué implicancias tuvo sobre el posicionamiento en el campo intelectual y académico.

La importancia del tema está en que, según como se responda aquella pregunta, se tratará de los móviles que, por poner dos

30. Ver también, para un encuadre más amplio, G. Rota (2010).

31. Ver los comentarios de Croce a propósito de las críticas a Hegel por parte de Schopenhauer (1932, pp. 398-399).

ejemplos, impulsaron las migraciones de intelectuales muy relevantes como Guido De Ruggiero y Adolfo Omodeo del mundo gentiliano, en el que se formaron, y al que habían adherido con entusiasmo, al mundo croceano.³² Ocurría en ellos lo mismo que a otros intelectuales que ante la deriva autoritaria del fascismo tomaban también distancia de Gentile, y se acercaban a Croce. Un tránsito más rápido en De Ruggiero –que ya había sido en 1925 uno de los firmantes del Manifiesto Croce– que en Omodeo, que no solo había sido discípulo de Gentile, sino que tras mantenerse por un cierto tiempo más cerca de Gentile luego de la ruptura abierta, intentó luego mediar entre ambos.³³ En cierta forma, pese a la distancia crítica de Omodeo del fascismo y el sucesivo acercamiento a Croce, persistía una solidaridad intelectual y personal hacia el filósofo del actualismo. En cualquier caso, ambos entraron como principales colaboradores de *La Critica* (sin embargo, antes o después, siempre Croce llevaba el peso mayor), aunque Adolfo Omodeo, que devendría aquel con el que establecería un vínculo más estrecho, continuaría colaborando hasta 1930 también en la *Enciclopedia Italiana*. Cosas todas bien conocidas y cuyo ritmo puede seguirse en las correspondencias entre Croce y Gentile, Omodeo o De Ruggiero, o desde las páginas de la revista de Croce.³⁴

32. Se ha hablado de una prehistoria de Omodeo en la que existían otras presencias de la escuela erudita, como Amedeo Crivellucci, en cualquier caso marginales para nuestro argumento (Pertici, 1992).

33. Todavía en 1925, Benedetto Croce ironizaba acerca un artículo del año precedente de Omodeo en el *Giornale Critico della Filosofia*, lo que, conociendo sus estrategias, indica que Omodeo no era incluido por entonces en su propio ámbito de influencia (B. Croce, 1925f, p. 160).

34. Desde luego que los ejemplos de la emigración de los discípulos de Gentile podrían ampliarse si se expandiera el cuadro cronológico. Baste recordar aquí a otro filósofo eminente más joven, Guido Calogero; o a Luigi Russo, el destacado crítico literario que devendría en otra figura de relieve

Nuevamente podría preguntarse en qué medida esos cambios de posicionamiento en los que la política había tenido un papel decisivo también implicaban cambios en las concepciones teóricas. Aquí el terreno es nuevamente controversial. Por poner un ejemplo, Gennaro Sasso siempre insistió sobre la persistencia del módulo *attualista* en De Ruggiero luego de su pasaje al territorio Croce (un actualismo que por otra parte habría sido en él continuidad y superación del historicismo croceano). Por su parte, Eugenio Garin ha señalado un progresivo distanciamiento posterior del mismo De Ruggiero a la vez de Gentile y de Croce, con críticas hacia el narcisismo intelectual de este último y hacia el historicismo en tanto un pensamiento que se contempla a sí mismo (1935). Críticas que iban *pari passu* con encendidas polémicas de De Ruggiero, en público y en privado, contra Gentile (Sasso, 2008, VII-XLVI y Garin, 1953, pp. 725-727). Inversamente, el mismo Croce tuvo en muchos momentos reservas hacia el trabajo de De Ruggiero –nótese el comentario positivo pero no exultante a la *Storia del liberalismo europeo* en *La Critica* (1925g, pp. 305-306)–, lo que no impidió que lo convirtiese en uno de los mayores colaboradores de *La Critica*, casi a cargo de la sección comentarios bibliográficos, quizás porque la cercanía en el antifascismo, a la que se agregaba la laboriosidad de De Ruggiero, podía compensar las distancias (y desconfianzas) puramente intelectuales.

En Omodeo, las cosas pueden ser no menos ambiguas y más complejas y por lo demás su posición tiene muchos puntos de importancia a la hora de pensar cómo veía un contemporáneo la

de la constelación croceana. En este último caso, el tránsito sería zigzagueante y no exento de ambigüedades. Sobre las ambigüedades de las relaciones de Russo ver G. Turi (1992).

relación de Croce con la política. Ante todo, su involucramiento en la *solidarietà di scuola* en la *comunità* (solidaridad de escuela en la comunidad) gentiliana parece haber sido mucho más fuerte que en los otros casos.³⁵ Por otro lado, su interés por la reforma moral, política, educativa de Italia era intenso y lo orientaba a una simpatía hacia el hacer, y por ello su predilección por la acción pública de Gentile (o si se prefiere por lo que Russo llamaba su militancia cultural) contra la que llamaba *atarassia contemplativa* (ataraxia contemplativa) de Croce (y dicho en 1924) (en Imbruglia, 2003, p. 161). Si eso reforzaba su solidaridad con Gentile, la adhesión activa de este al fascismo, y en especial luego del asesinato de Matteotti, parece haber constituido el comienzo de un desplazamiento hacia el croceanismo, mientras que la ruptura intelectual abierta debería esperar hasta 1928 –aunque hubiese etapas intermedias, como una crítica al excesivo actualismo de De Ruggiero–, o un breve artículo en *Leonardo* (1928) sobre el *Storicismo* y una reseña favorable a la *Storia d'Italia* de Croce, que Gentile censuró (Imbruglia, 2013).

Sin embargo, aquella que Omodeo denominaba *atarassia contemplativa* croceana bien podía ser vista como una crítica a la concepción historiográfica de Croce. Este había sostenido reiteradamente la circularidad entre pensamiento y acción, y también admitido la prioridad de ésta en orientar la reflexión sobre el mundo. Sin embargo, todo ello producía resultados, hablamos ya, que parecían concernir a la esfera del conocer, no de la praxis, que en cambio estaba orientada por la voluntad (*le scintille*) y por ello, como repetirá más tarde, “la storiografia, rispetto all’azione pratica, sia preparante ma indeterminante” o, si

35. Esas reflexiones de Omodeo fueron intencionalmente subrayadas en su momento por D. Cantimori, (1947, p. 115, nota 2).

útil, solo en tanto “preparazione ideale del fare pratico” (1943, pp. 184-185).³⁶ Esto parece en principio congruente con la dimensión “pedagógica” de intervención de Croce en el debate público, al menos hasta la Segunda Guerra. Y, sin embargo, en la línea con lo ya argumentado, esa visión “olímpica” de Croce (señalada también por Luigi Russo), que bien hubiera podido encontrar apoyo en su adhesión al real-racional hegeliano, quizás no daba en el blanco, en nuestra opinión y como ya sugerimos. Croce por vocación (o forzado por el contexto, esa es otra cuestión) fue más allá y en los hechos otorgó muchas veces un lugar relevante a las lógicas de la acción política-cultural por sobre otras consideraciones, en especial en las intervenciones públicas. Una práctica sustentada en el realismo político y en una clara percepción de las relaciones de poder. Lo que no quiere decir que Croce estuviese dispuesto a derogar su espíritu crítico (que supo aplicar con rigor, en especial a sus coetáneos), sino a modularlo según los casos.

Un punto adicional, en lo que quizás sea algo menos episódico y más sistemático. Producida la ruptura con Gentile, Croce daría bastantes muestras de un apasionamiento exaltado contra su examigo, casi como autoverificación de que la pasión era un componente esencial de la política. Gentile era ahora imputado de tener comportamientos “mafiosos”, hasta “actitudes canallescas” (además de haber caído en una completa ignorancia de lo que se escribía en Italia y en el mundo), como si la imposibilidad de preservar el vínculo lo orientase en ese punto extremo hacia la

36. “La historiografía, con respecto a la acción práctica, es preparatoria pero no determinante” o, si útil, solo en tanto “preparación ideal del hacer práctico”.

demolición.³⁷ Y no habría que olvidar tampoco que aquello que llevó a Gentile a ser arrastrado a una completa ruptura irreversible fue la publicación por parte de Croce de la *Storia d'Italia* en 1928, en la que deliberadamente incluía, en una obra destinada además a un público amplio, una definición del *attualismo* como: “nuevo irracionalismo misto di vecchia speculazione teologica e di decadentismo” y “complesso di equivoche generalità e un non limpido consigliere pratico” (1991, p. 320).³⁸

4.

Desde luego que no es posible dividir drásticamente al Croce filósofo del Croce historiador, aunque él mismo aludiese a veces a las diferencias entre ambas actividades en su quehacer. Más pertinente para las preguntas que organizan nuestro trabajo sería reflexionar acerca de las percepciones y/o las relaciones que tenían de Croce y de su obra algunos de los mayores historiadores italianos de la generación emergente en los años del fascismo. Dos temas que serán apenas esbozados y que conciernen tanto a su colocación como intelectual antifascista, como a la de historiador; para lo cual, la pregunta incumbe a las croceanas *Storia d'Italia* y *Storia d'Europa*. Relaciones,

37. B. Croce en carta a G. De Ruggiero del 23/2/1931 (2008, p. 347); ver también 8/6/1928. El tema de la desactualización de Gentile (motivo reiterado también por Momigliano) combinado con un reconocimiento debido solo a su posición de poder universitario en B. Croce a G. Calogero, 6/5/1935 (Farnetti, 2004, p. 49). El tema perduraba todavía en los últimos trabajos ya más tolerantes de Croce (Russo, 1953, pp. 170-171).

38. “Nuevo irracionalismo mezcla de vieja especulación teológica y de decadentismo, y complejo de equívocas generalidades y un poco claro consejero práctico”.

va de suyo, complejas, heterogéneas, difíciles de pensar de modo uniforme y sujetas a una específica periodización.

Ante todo, la *Storia d'Italia* abría otro frente polémico explícito con otra figura relevante de la constelación de apoyos intelectuales del fascismo: Gioacchino Volpe. Este había sido otro frecuente colaborador de *La Critica* en los primeros años y ocupaba entre los historiadores un lugar semejante al de Gentile entre los filósofos. Aunque, desde luego, no era el único en no sentir fascinación por Croce, Volpe tenía una colocación demasiado central en el campo historiográfico para ponerlo en el coro de disidentes. Su influencia se ejercía en muchos modos y ámbitos y en especial sobre el grupo romano de sus colaboradores de los que saldrían algunos de los mayores historiadores italianos. Por otra parte, Volpe tenía una propuesta historiográfica bien diferente, con su historia atenta a lo social, incluidos los mundos populares y los heréticos, como una vez hubo de recordar Delio Cantimori, que había visto en él la referencia mayor no solo en el origen de sus intereses temáticos, sino incluso el comienzo de su alejamiento de la filosofía (Prosperi, 1992, p. XXVIII).

Así, por mucho que la *Storia* de Croce hubiese irritado a los gentilianos, para los historiadores profesionales la obra estaba en contraposición, como modelo si se quiere, con *L'Italia in cammino*, que un año antes, en 1927, había escrito Volpe, y sobre la que Croce ironizaba diciendo que esa Italia no lograba escapar, pese a los esfuerzos del autor, del *materialismo storico* (en lo que habría que leer economicismo) y de la superada *scuola economico-giuridica*, con el resultado que “cammina; ma non pensa, non sogna, non medita, non si critica, non soffre né gioisce: cammina” (1929, p. 248).³⁹

39. “Camina; pero no piensa, no sueña, no medita, no se critica, no sufre ni se alegra: camina”.

Por su parte, Volpe iba a replicar en el prólogo a su tercera edición, dedicado todo a criticar la obra de Croce con un hábil argumento: recuperar el Croce precedente y criticar al de la *Storia d'Italia*, por haber perdido la objetividad al escribir una historia artificial dominada por una tesis preconcebida. Así, ambas historias rivalizarían tanto en el favor del público –con una clara victoria de aquella croceana, lo que quizás sugería algo sobre los consensos en la opinión pública en ese momento (Belardelli, 1991, p. XXVIII)–, pero también ante los ojos de los jóvenes que rodeaban a Volpe, en especial el grupo del *Istituto Storico per l'età moderna e contemporanea*. Este grupo reunía a historiadores ya destacados o por destacarse, que no eran ni fascistas (como Federico Chabod), ni nacionalistas, como Walter Maturi, o incluso eran antifascistas, como Nello Rosselli, prematuramente asesinado por sicarios fascistas en 1937. Jóvenes que tenían itinerarios diferentes y de los que se ha hablado como parte de una “generación croceana”, pero que no parecían tan cercanos ni historiográfica ni personalmente, más allá del reconocimiento genérico que todos tenían hacia Croce. Por ejemplo, en palabras de aquel que *a priori* podía tener una mayor afinidad ideal, Nello Rosselli –al menos en el interés por la vida cívica y que era uno de los que se había frecuentado más con él, como muestran los *Taccuini* (1933, p. 363 y 1937)⁴⁰ no tenía, en cambio, afinidades historiográficas. Como le dijera Rosselli a Adolfo Omodeo, no le simpatizaba el binomio *reale-razionale* –cierto, no solo croceano⁴¹.

40. En la entrada “La sera a casa Rosselli” del 7/3/1933 (1987, vol. III, p. 363) y la del 4/4/1937 (1987, vol. 4). Otro era Giorgio Falco.

41. “Il principio della razionalità del reale non mi ha persuaso mai” [“El principio de la racionalidad de lo real nunca me ha persuadido”]. En carta de Nello Rosselli a Adolfo Omodeo del 24/3/1933 (en Belardelli, 1982, p. 140).

Empero, aún en el terreno de los historiadores, en principio hostil o al menos distante, Croce ganaba consensos. Pensemos en el caso de Walter Maturi, en el que se mezclaban desde los vínculos iniciales de su familia con Croce, a los años formativos con Gentile (con quien había hecho su segunda *tesi di Laurea* en Filosofía), y una declarada admiración por la obra de Volpe (y ahí donde nosotros veríamos contradicciones, esas herencias parecían convivir sin mayores dificultades). Si ese fuera el conjunto originario, es visible que dentro de él las modalidades croceanas, como el peso otorgado a la historia de la historiografía, iban a ganar creciente relevancia (y todo ello más allá, o más acá, de sus crecientes distancias del fascismo). Esa influencia de Croce que incluía un enfoque algo aéreo, aunque irónico, era por otra parte subrayada por el mismo Volpe, que no dejaba de notar esa matriz dominante en Maturi (De Felice, 1985). Sin embargo, esa cercanía a Croce era respecto a su forma de hacer historia, y estaba mucho menos que ritmada por las opciones políticas de Maturi que, independientemente de cómo se lea el incidente a propósito de la voz *Risorgimento* que escribió en la Enciclopedia Treccani y su significado, no era una persona con intereses políticos. Que Maturi no fuese el único es algo que podría probarse con agregar otros nombres, como Giorgio Falco o Gabrielle Pepe, sobre los que no nos detendremos aquí (aún si poco podía haber más cercano al módulo croceano, aunque hubiese también otras cosas, que la *Polemica sull'alto medioevo*, de 1933, de Falco).

Aunque bien podría dejarse acá ese creciente interés de los historiadores por Croce, quisiéramos agregar otro nombre que abre toda otra serie de cuestiones: Arnaldo Momigliano. Lo haremos porque, en nuestra opinión, aunque no constituía un caso aislado, en pocos como él se reflejaba una vocación tan fuerte hacia la historia y hacia su carrera académica que ofuscaba una

sería atención a los debates políticos. Por otra parte, el caso Momigliano introduce otro ámbito de discusión de Croce con una diferente tradición historiográfica que, dejando de lado cuestiones menores y mayores, remite a la tradición alemana, en especial –pero no solo– vía su maestro Gaetano De Sanctis (que venía a su vez del de éste, Julius Beloch). Ese mundo germánico, es quizás innecesario recordarlo, era la referencia de mayor prestigio para muchos historiadores por entonces, así como lo era su tradición filológica, con la cual estaba tan estrechamente vinculada. Si se parte de acá debe anotarse que las relaciones entre la escuela de De Sanctis, su maestro y Croce no eran óptimas. Basta abrir ese brillante y malicioso libro de Croce que es *La storia della storiografia italiana nel secolo decimonono*, en la segunda edición de 1930 (que contiene un apéndice hasta el año anterior publicado ya en *La Critica*) para ver todas las distancias, no solo con De Sanctis o Beloch, o con el discípulo del primero, Aldo Ferrabino, sino y mucho más con la escuela rival de Ettore Pais (originalmente “chierichetto della scienza tedesca e accolito zelante del Mommsen”, luego promotor de “fantasticheria retorica” combinada con tautologías).⁴² Todo lo que, si se suman los juicios devastadores sobre Guglielmo Ferrero, o más atenuados sobre Corrado Barbagallo, muestra la escasa sintonía de Croce con el mundo italiano de los estudios históricos del período clásico (1964, pp. 239-243). En ese contexto, desde luego, De Sanctis era el preferido, en tanto no solo filólogo “dotto ed esperto” (docto y experto) como Pais, sino más equilibrado y “scrittore ordinato e decoroso” (escritor ordenado y decoroso). Lo que no era tampoco un gran elogio, si a esa reducción a una severa erudición

42. “Monaguillo de la ciencia alemana y celoso acólito de Mommsen”, luego promotor de “retórica fantasiosa” combinada con tautologías.

se sumaban anotaciones hacia las salidas de tono (que con agudeza Croce pensaba eran bastante inherentes a los filólogos) del tipo “la opera negativa del gran semita (Annibale) fu integrata dall’opera positiva di un altro grandissimo semita, Paolo di Tarso” (1964, pp. 244-245).⁴³

Según anota Croce en sus *Taccuini*, conoció a Momigliano en agosto de 1930 en Meana di Susa, donde aquel pasaba sus vacaciones: “È venuto a farmi visita un giovane studioso di storia e scolaro del De Sanctis: il Momigliano e ho conversato con lui per alcune ore” (1987, vol. III, p. 202).⁴⁴ Las visitas se reiterarían al menos cuatro veces más entre 1930 y 1936. Existe también la mirada de Momigliano, que en carta a De Sanctis informa en primer lugar, y preventivamente vistas las distancias, que Croce “mi ha mandato a dire che desiderava vedermi a Meana”⁴⁵ y luego, y más importante, que no hay ninguna necesidad de confrontar a “Isaia e Benedetto Croce”, ya que quizás el siglo XX buscaba más una convergencia entre algo que bien podría llamarse inmanentismo historicista y el trascendentalismo judeo-cristiano. Al tema vuelve en una carta sucesiva, en la que reaparece la voluntad de despejar las opiniones que presume negativas de De Sanctis hacia el encuentro y que denota tanto el entusiasmo del joven Momigliano tras haber conocido a Croce, como un interés no necesariamente hacia su módulo historiográfico, pero sí hacia la filosofía y la moral croceana:

43. “La obra negativa del gran semita (Aníbal) fue integrada por la obra positiva de otro gran semita, Pablo de Tarso”.

44. “Vino a visitarme un joven estudioso de historia y estudiante de De Sanctis: Momigliano, y conversé con él algunas horas”.

45. “Me mando decir que deseaba verme en Meana”.

Ho conosciuto Croce, e mi è parso sempre di più che è ingiusto il giudizio che Ella dava della morale crociana (...) Perché la personalità morale del C è grande e dalla sua opera si può trarre una linea di vita non disprezzabile.⁴⁶

En el terreno propiamente historiográfico, bien puede argumentarse que Croce podía brindar a Momigliano un complemento a su formación filológica. ¿No había dicho aquel, como vimos, que finalmente la historia era la combinación de la filología y la filosofía (Croce, 1989), y no reprochaba a menudo a los historiadores su debilidad en el último terreno, aunque estuviese dispuesto a admitir (como Weber) que se podía hacer buena historia sin sólidos fundamentos teóricos? Lo cierto es que probablemente por la mediación y el impulso de Croce, Momigliano siempre conservará ese rasgo distintivo que era su atención a la historiografía y a su historia (no como una actividad en sus palabras “nei giorni festivi” (en los días festivos) (1959) sino a tiempo pleno). En este punto, no es el Croce antifascista el que interesa a Momigliano ni tampoco el Croce historiador sino aquel que, como dijo mucho más tarde, podía proveerlo de “vitaminas filosóficas”.

Una figura altera el cuadro de consensos: Federico Chabod. Desde luego que se ha intentado acercar su figura a Croce, y ver en él un croceanismo *sui generis*, como dijo Momigliano (1960) en una necrológica reticente, que era además sucesiva a una virulenta polémica entre ambos del año precedente o, como observara Sasso, “di natura e di qualità particolarissime” (2002),⁴⁷ pero

46. “Conocí a Croce, y me parece cada vez más que el juicio que usted tiene sobre la moral crociana es injusto (...) porque la personalidad moral de C. es grande y de su obra se puede sacar una línea de vida nada despreciable”

47. “De naturaleza y de calidad muy particular”.

ya esas definiciones sugieren un modo muy genérico de aplicar la etiqueta.⁴⁸ En nuestra perspectiva, mucho menos autorizada, y en parte cercana a las de Cantimori y Venturi, quizás Chabod era, de toda esa generación de la que fue además *primus inter pares*, el más alejado en su sensibilidad historiográfica de la tradición idealista (Cantimori, 1985 y Venturi, s/f). Con Croce podían marcarse otras distancias: escriturarias (el juego de alusiones y contrapuntos del que hablaba Cantimori) o constructivas (con una atención a las grietas de las que hablaba Venturi) y tampoco habían sido muy frecuentes sus vínculos interpersonales antes de la segunda posguerra.⁴⁹ Sea que se consideren sus grandes obras históricas, sea sus ensayos de método, se está mucho más cerca en nuestra perspectiva –y aun admitiendo la complejidad del personaje, esa complejidad, que no dejó de marcar con habitual sagacidad Cantimori– de Volpe que solía definir a Chabod “su mejor alumno”, “el discípulo por excelencia” (Cantimori, 1985, p. 212). ¿Qué puede indicarnos todo esto? Que Croce extendía su influencia hacia un grupo profesional como el de los historiadores, con sus excepciones mayores o menores, y que era de

48. Aunque hay que anotar las diferencias entre el texto más antiguo “Profilo de Federico Chabod” en el que se enfatiza más la relación con Croce; y el segundo, “Federico Chabod, la storia del pensiero, la storia delle idee” y, sobre todo, el tercero “Ripensando Federico Chabod” (2002, pp. 27-210).

49. “É venuto a farmi visita lo Chabod che non vedevo da molto tempo” [“Vino a visitarme Chabod, a quien no veía desde hacía mucho tiempo”], B. Croce, *Taccuini (1944-1945)*, 27/10/1945 (1987, vol. V, p. 357). El nombre de Chabod no aparece ni en la correspondencia Croce-Omodeo ni en aquella entre Croce y De Ruggiero y es mencionado una sola vez por Antoni en la correspondencia con Croce. Hay, en cambio, una correspondencia más rica precedente entre Chabod y Croce, hacia 1924, con relación a la publicación del *Machiavelli* de Chabod reseñado favorablemente por Croce en *La Critica*.

los menos involucrados en forma directa en las batallas culturales e ideológicas del régimen.

Así, los años del fascismo servían a Croce para recuperar una centralidad en la cultura italiana que no era tan clara en la década de 1910 con una influencia intelectual e historiográfica, pero no transmisible necesariamente en influencia política. De ese modo, vuelve la pregunta acerca de cuántos efectos políticos tuvo sobre un grupo de personas que eran y querían ser sobre todo profesores, con excepción de Rosselli que, como también vimos, era reticente historiográficamente hacia Croce, al menos hasta que las vicisitudes políticas (no Croce) los llevaron a un activo involucramiento. Y difícilmente entre los historiadores aludidos cambiase el panorama la aparición de la *Storia di Europa*, aunque ella fuese vista por círculos antifascistas no comunistas como una obra mucho más comprometida políticamente y más explícitamente antifascista (lo era), aunque al modo de alguien que no solo era poco amante de las revoluciones, sino también de valorizarlas –aquellos que notaron que esa historia empezaba en 1815 hacían una observación congruente sin dar del todo en el blanco acerca del impacto político del libro, como Leone Ginzburg había percibido rápidamente (Mangoni, 1999, p. 11). Impacto político sí, pero mediatizado por un carácter de intervención a la vez perceptible en sus intenciones, pero suficientemente elusivo como para que el potencial impacto de sus obras fuese más un modo de confortar a la oposición antifascista, que a impulsarla a la acción, al menos hasta que el régimen se derrumbase. En cambio, estudiosos como Chabod o Antonello Gerbi, encuadrando el libro en la obra precedente de Croce, y aun reconociendo el mérito, quedaron un poco perplejos tanto en relación con un tipo de historia ahora menos encarnada en el individual concreto y más abstracta (como señaló mucho años después el mismo Chabod)

como con las nuevas reservas contra el romanticismo que aparecían en el texto y, sobre todo en Gerbi, en la discontinuidad con lecturas anteriores sobre la relación entre iluminismo y romanticismo no vistos ahora en oposición sino en continuidad.⁵⁰

En cuanto a la segunda cuestión, el modo de construir consensos por parte de Croce, alguien que no tenía la “fuerza” (al menos en un sentido convencional, por seguir con su propio esquema de que la acción política es mezcla de fuerza y consenso) bien podría sostenerse que mantenía una amplia flexibilidad para admitir heterodoxias y para hacer concesiones acerca de disidencias teóricas o de niveles intelectuales con aquellos que percibía como parte de su territorio, o a quienes buscaba cooptar, mientras ejercía una irónica severidad intelectual para las figuras del régimen fascista. Todo combinado con una compleja gestión de las relaciones personales que orientaba hacia actitudes diferenciadas según los interlocutores y los momentos. Si así estuviesen las cosas, bien podría admitirse que, en términos del realismo que Croce reclamaba a la acción política, este se ejercía con los instrumentos disponibles, sobre todo, su autoridad para el juicio moral tan temido por los jóvenes académicos, pero sin moralismos ni heroísmos que no contemplasen el escenario de las relaciones de fuerza existentes.⁵¹ Hacia los derrotados, de ese presente o del

50. Sobre el tema, ver Girolamo Imbruglia (2002, pp. 58-59) y F. Chabod (1978, pp. 226-227).

51. Recuérdense sus ejercicios de persuasión ante los académicos amigos para que prestasen el juramento que el régimen fascista exigió en 1931, quizás como un episodio más de la guerra Croce-Gentile. El juramento fue una respuesta de política autoritaria al Manifiesto Croce, promovida por Gentile, efectiva si se mide el número de firmantes del primero y el exiguo número de los que se negaron a prestar el juramento, o no efectiva, si lo que se buscaba era depurar a los antifascistas o afascistas. Sobre la iniciativa de Gentile y la voluntad de castigar al croceanismo, existe el testimonio de

pasado, tendría una amplia y humana solidaridad sin ver en ellos modelos deseables de acción política. Muy atrás había quedado el juvenil entusiasmo hacia los patriotas napolitanos de la revolución de 1799, aunque nunca olvidó del todo (siempre la compleja ambigüedad) lo que sobre ellos afirmó: la enorme eficacia histórica “dell'esperimento non riuscito, specie quando vi si aggiunga la consacrazione di un'eroica caduta” (Croce, 1897, p. X).⁵²

Bibliografía

- Belardelli, Giovanni (1982). *Nello Rosselli uno storico antifascista*. Florencia: Passigli Editore.
- Belardelli, Giovanni (1991). Introducción. En Gioacchino Volpe, *L'Italia in cammino*. Bari: Laterza.
- Cacciatore, Giuseppe (2016). La polemica sulla ‘Voce’ tra filosofi ‘amici’. *Enciclopedia Treccani*. http://www.treccani.it/enciclopedia/la-polemica-sulla-voce-tra-filosofi-amici_%-28Croce-e-Gentile%29/
- Cantimori, Delio (1947). Commemorazione di Adolfo Omodeo agli studenti della scuola normale di Pisa. *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa. Lettere, Storia e Filosofia*. Serie II, 16 (3/4),
- Cantimori, Delio (1985). Federico Chabod. En *Los historiadores y la historia*. Barcelona: Península.

Gaetano De Sanctis (que firmó el Manifiesto y no prestó el juramento) a partir de lo que le manifestara el mismo “*mio amico Giovanni Gentile*” (De Sanctis, 1970, pp. 149-150). Todo el capítulo XIII es de interés sobre el tema (1970, pp. 139-157) incluidas las conversaciones con Omodeo y De Ruggiero, que también juraron.

52. “Del experimento fallido, especialmente cuando se le agrega la consagración de una heroica caída”.

- Caprioglio, Sergio y Casale Monferrato (1993). Gobetti, Gramsci e il Manifesto del Primo Maggio 1925: con “La Rivoluzione Liberale” e il fronte unico operaio. *Belfagor*, 48 (6), 629-645.
- Chabod, Federico (1952). Croce storico. En *Lezioni di metodo storico* (pp. 179-253). Roma-Bari: Laterza.
- Ciliberto, Michele (2021). Croce e Gentile: elogio di una amicizia. En *Croce e Gentile. Biografia filosofia* (pp. 119-165). Pisa: Edizione della Normale.
- Croce, Benedetto (1897). *Studii storici sulla rivoluzione napoletana del 1799*. Roma: Loescher.
- Croce, Benedetto (1903). Introduzione. *La Critica*, 1 (1), 1-5.
- Croce, Benedetto ([1909] 1915). *Filosofia della pratica. Economica ed etica*. Bari: Laterza.
- Croce, Benedetto (1915). Postille. Filosofia e guerra. *La Critica*, XIII.
- Croce, Benedetto (1917). Recensión de Guido de Ruggiero, *La pensée italienne de la guerre*. *La Critica*, XV, 130-132.
- Croce, Benedetto (1918). *Contributo alla critica di me stesso*. Napoli: s/ed.
- Croce, Benedetto (1924). Politica in nuce. *La Critica*, XXII, 129-154.
- Croce, Benedetto (1925a). Postille. Liberalismo. *La Critica*, XXI-II, 125-128.
- Croce, Benedetto (1925b). Imperialismo spirituale. *La Critica*, XXIII, 376-378.
- Croce, Benedetto (1925c). Una risposta all’ On. Presidente del Consiglio a proposito di un elogio dell’ignoranza. *La Critica*, XXIII, 313-314.
- Croce, Benedetto (1925d). Risposta superflua. *La Critica*, XXIII, 315-316.

- Croce, Benedetto (1925e). Recensión a G. Maggiore, *Stato forte e Stato etico*. *La Critica*, XXIII, 374.
- Croce, Benedetto (1925f). Recensión de *Storia del liberalismo europeo*. *La Critica*, XXIII, 305-306.
- Croce, Benedetto (1929). Intorno alle condizioni presenti della storiografia in Italia. *La Critica*, XXVIII.
- Croce, Benedetto (1932). Hegel e il policantismo filosofico. *La Critica*, 30, 398-399.
- Croce, Benedetto (1943). *La storia come pensiero e come azione*. Bari: Laterza.
- Croce, Benedetto ([1907] 1958). Ciò che è vivo e ciò che è morto della filosofia di Hegel. En *Saggio sullo Hegel seguito da altri scritti di storia della filosofia*. Bari: Laterza.
- Croce, Benedetto (1964). *Storia della storiografia italiana nel secolo decimonono*. Bari: Laterza.
- Croce, Benedetto (1973a). *Materialismo storico ed economia marxistica*. Bari: Laterza.
- Croce, Benedetto (1973b). Il senso político. En *Etica e política*. Bari: Laterza.
- Croce, Benedetto (1981). *Lettere a Giovanni Gentile*. Milán: Mondadori.
- Croce, Benedetto (1987). *Taccuini di Lavoro*. VI vols. Napoli: Arte Tipografica.
- Croce, Benedetto (1989). Storia, cronaca e false storie. Memoria letta all'Accademia Pontaniana nella tornata del 3 novembre 1912. En *Teoria e storia della storiografia*. Milán: Adelphi.
- Croce, Benedetto (1991). *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*. Milán: Adelphi.
- De Felice, Renzo (1985). Gli storici italiani nel periodo fascista. En *Intellettuuali di fronte al fascismo* (pp. 190-231). Roma: Bonacci.

- De Sanctis, Gaetano (1970). *Ricordi della mia vita*. Firenze: Le Monnier.
- Devoto, Fernando J. (2019). *Retour sur la "crise" du crocianisme: Momigliano, De Martino et au-delà*. Seminario del 20 de mayo de 2019 en el CRH de la EHESS, París.
- Farnetti, Cristina (ed.) (2004). *Carteggio Croce-Calogero*. Napoli: Istituto Italiano per gli Studi Storici.
- Galasso, Giuseppe (1990). *Croce e lo spirito del suo tempo*. Milán: Mondadori.
- Garin, Eugenio (1953). Guido De Ruggiero. *Belfagor*, 13 (6), 725-727.
- Garin, Eugenio (1966). Benedetto Croce, o della "separazione impossibili" fra politica e cultura. *Belfagor*, 21 (6), 662-680.
- Gentile, Giovanni (1976). *Lettere a Benedetto Croce, v. 3 (1907-1909)*. Firenze: Sansoni.
- Gigante, Marcello (ed.) (1978) *Carteggio Croce-Omodeo*. Napoli: Istituto Italiano per gli Studi Storici.
- Ginzburg, Carlo (2006). *Il filo e le stracce*. Milán: Feltrinelli.
- Gramsci, Antonio (2014). *Quaderni del carcere*. Torino: Einaudi.
- Il Popolo* (1° de mayo de 1925). La replica degli intellettuali non fascisti al manifesto di Giovanni Gentile, p. 3. https://www.senato.it/4800?newsletter_item=1908&newsletter_numero=180
- Imbruglia, Girolamo (2002). Idea di nazione e illuminismo in Chabod. A proposito di una polemica del 1959 con Arnaldo Momigliano. En Marta Herling y Giorgio Zunino (eds.), *Nazione, nazionalismi ed Europa nell'opera di Federico Chabod*. Florencia: Leo Olschki.
- Imbruglia, Girolamo (2003). Religione e storia della libertà in Omodeo. En *Illuminismo e storicismo nella storiografia italiana*. Napoli: Bibliopolis.

- Imbruglia, Girolamo (2013). Omodeo, Adolfo. *Dizionario Biografico degli Italiani*, 79. http://www.treccani.it/enciclopedia/adolfo-omodeo_%28Dizionario-Biografico%29/.
- Levi Della Vida, Giorgio (1966). *Fantasma ritrovati*. Venezia: Neri Pozza.
- Mangoni, Luisa (1999). *Pensare i libri. La casa editrice Einaudi dagli anni trenta agli anni sessanta*. Milán: Bollati Boringhieri.
- Meinecke, Friederich (1983). *La idea de razón de estado en la Edad Moderna*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Momigliano, Arnaldo (1960). Appunti su Federico Chabod storico. *Rivista Storica Italiana*, 72, 643-657.
- Mussolini, Benito (1956), Opera Omnia (a cura di Duilio e Edoardo Susmel), Firenze, *La Fenice*, XXI, p. 358
- Omodeo, Adolfo (1913). Res gestae e Historia rerum. *Annuario della biblioteca filosofica*, 3 (1), 4-7.
- Omodeo, Adolfo (1928). Storicismo e azione. *Leonardo*, 356-360.
- Pertici, Roberto (1992). *Preistoria di Adolfo Omodeo*. *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa. Classe di Lettere e Filosofia* III, 22 (2), 513-615.
- Prosperi, Adriano (1992). Introduzione. En Delio Cantimori, *Eretici italiani del Cinquecento*. Torino: Einaudi.
- Rota, Giovanni (2010). I carteggi di Benedetto Croce con Guido de Ruggiero e Franco Venturi. *Rivista di Storia della Filosofia*, 65 (2), 313-324.
- Russo, Luigi (1953). Nuove conversazioni con Benedetto Croce. *Belfagor*, VIII (2), 158-171.
- Sasso, Gennaro (2002). Il Guardiano della Storiografia. Riflessioni e Ricordi. En *Il guardiano della storiografia. Profilo di Federico Chabod e altri saggi*. Napoli: Istituto Italiano per gli Studi Storici-II Mulino.

- Sasso, Gennaro (2008). Introduzione. Schina, Angela (ed.), *Carteggio Croce-De Ruggiero* (pp. VII-XLVI). Napoli: Istituto Italiano per gli Studi Storici.
- Sasso, Gennaro (2012). *Storiografia e decadenza*. Roma: Biella.
- Schina, Angela (ed.) (2008). *Carteggio Croce-De Ruggiero*. Introducción de Gennaro Sasso. Napoli: Istituto Italiano per gli Studi Storici.
- Turi, Gabriele (1992). Luigi Russo, la fortuna di Gentile e il fascismo. *Belfagor*, 47 (1), I-V.
- Turi, Gabriele (2002). *Lo Stato educatore. Politica e intellettuali nell'Italia fascista*. Roma-Bari: Laterza.
- Venturi, Franco (s/f). Federico Chabod. *Enciclopedia Treccani*. http://www.treccani.it/enciclopedia/federico-chabod_ (Dizionario-Biografico).
- Zunino, Giorgio (2002). Tra Stato autoritario e coscienza nazionale. Chabod e il contesto della sua opera. En Zunino, Giorgio y Marta Herling (eds.), *Nazione, nazionalismi e Europa nell'opera di Federico Chabod*. Firenze: Leo Olschki.

Claudio Sánchez Albornoz y el *Anuario de Historia del Derecho Español**

Es difícil encarar cualquier aproximación a una figura como Claudio Sánchez Albornoz, cuya trayectoria intelectual cubre casi la totalidad del siglo XX. Como en cualquier biografía la búsqueda de la unidad, en una vida y en una obra, es poco más

* Publicado en *Cuadernos de Historia de España*, LXXVII, 225-231, 2001-2002. Este trabajo fue concebido originalmente como una conferencia para pronunciar en el Instituto de Historia de España de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en una mesa redonda en homenaje a Claudio Sánchez Albornoz. Fue la insistencia de Nicolás Sánchez Albornoz la que convenció a los organizadores y a mí para integrarme en esa actividad. Unos años antes, en 1996, Nicolás había gestionado que me franquearan la entrada al archivo personal de don Claudio en la sede de la Fundación que llevaba su nombre en Ávila. Trabajé allí dos días y la gentilísima directora de la Fundación me hizo fotocopiar todo lo que yo le indiqué y me lo envió por correo. Junto con las cartas una personal suya firmada Sonsoles Sánchez. No he olvidado el gesto generoso. En el poco tiempo de que disponía pedí ver la correspondencia con los miembros de la redacción del *Anuario de Historia del Derecho Español* pensando que ahí podía recortar un argumento. Sin embargo, tentado, también pedí copias de las cartas de algunos estudiosos europeos de primer nivel como Alphonse Dopsch, Marc Bloch, François Ganshof. También consulté la correspondencia con argentinos, poco numerosa y centrada en especial en Ricardo Levene. El presente texto sigue con pocas modificaciones al de la conferencia y agrega las notas referidas a las cartas del archivo.

que un artificio, como lo es intentar darle un sentido que explique un itinerario como si ya él estuviese prefijado desde los orígenes o pudiera ser leído desde su final. Por otra parte, aún si aquella operación fuese posible como construcción historiográfica, debo reconocer la insuficiencia de mis fuerzas incluso para proponer un bosquejo medianamente convincente. Desconozco simplemente la historiografía medieval y son muy insuficientes mis conocimientos de la historiografía española en el siglo XX, dos contextos imprescindibles para iluminar su trayectoria. Quisiera proponer, por tanto, un objetivo mucho más modesto: unas reflexiones, que tienen mucho de conjetura, acerca de Sánchez Albornoz en la etapa anterior a su exilio.

Una primera consideración es que en Sánchez Albornoz tenemos a la vez un historiador y a un político. Ambas labores fueron por un tiempo paralelas y el modo en que se interpenetraron debería ser un objeto de indagación que está ausente en la gran mayoría de los trabajos que se le dedicaron. Algo sin embargo podría apuntarse: esa relación entre historia y política, se planteaba en Sánchez Albornoz y en los hombres de su generación historiográfica, en Europa o en Argentina, de manera muy diferente a la que nos hemos acostumbrado a ver en las últimas décadas. Aquellos buscaban, hasta donde les fuese posible, mantener la independencia de ambas actividades y, ciertamente, había que hacer un esfuerzo de fe o de credulidad para pensar que era posible. ¿Era más factible cuando se enfrentaban, como en su caso, temas lejanos en el tiempo y cuyas implicancias para una cierta lectura del presente no eran inmediatamente evidentes? Eso no es necesariamente así y bien podría argumentarse que el esfuerzo erudito ponía tabiques y mediaba el impulso político, pero no lo suprimía. Más aún cuando además de una honesta erudición implicaba un ejercicio retórico, como en el en su época célebre

“España, un enigma histórico”. En cualquier caso, observando el haber, la combinación entre preocupaciones por el propio presente y reflexión sobre el pasado, daba en este caso y en otros (pero no en todos) un *elan* vital a la tarea de historiar que suele estar ausente en aquellos que hacen de la profesión el núcleo exclusivo de sus preocupaciones.

En segundo lugar, siempre la actividad política y la actividad intelectual en un punto se interfieren fuertemente: el tiempo disponible. Un ejemplo de ello es la producción historiográfica misma de Sánchez Albornoz. Ella fue muchísimo mayor en la década del veinte, en los límites para otras tareas impuestos por la dictadura de Primo de Rivera o posteriormente en el exilio forzoso al que lo condenó la victoria franquista, que durante los años de su mayor actividad política entre 1931 y 1939. No es casual, por poner un solo ejemplo, que el fundamental *En torno a los orígenes del feudalismo* haya sido escrito sustancialmente en el ostracismo en Burdeos, donde se encontraba con el apoyo financiero de la Fundación Rockefeller, en el cual la concentración en la actividad histórica podía proveer un sustituto para un doloroso exilio, para la pérdida de su mundo social y familiar (lo que se agravaría con el tránsito a la Argentina ya que hasta Burdeos lo siguieron los familiares más cercanos) y para una cruel derrota.¹

Aquella fuerte interferencia de intereses y prioridades, entre el historiador y el político, era inevitable si se piensa que nada le

1. M. Lida (2020) indaga con precisión y detalle el periplo que lleva a Sánchez Albornoz de Portugal a Mendoza y luego a Buenos Aires y el papel de la Fundación Rockefeller en las sucesivas estaciones, hasta que recaló en Buenos Aires. El libro escrito puesto a punto, en sus palabras, en el año en Burdeos sería publicado en Mendoza, luego de su llegada a la Argentina (1942). Ver la comunicación de C. Sánchez Albornoz al *Bulletin Hispanique* en el que presentaba el sumario de los tres futuros volúmenes (1940, pp. 132-135).

estuvo negado en esos años entre 1931-1936. No tanto la diputación a cortes por la circunscripción de Ávila que era un feudo político familiar (es revelador que tras la caída del franquismo, él mismo recayese en un descendiente del principal muñidor político de los Sánchez Albornoz, Adolfo Suárez y luego en el hijo de este) sino su actividad en Madrid, desde Rector de la Universidad hasta Ministro de Relaciones Exteriores en 1933, ofrecimiento que le llegó, como ha recordado Hilda Grassotti, cuando estaba dictando un curso en la Universidad de Buenos Aires (1964, p. 19).

Cierto, en sus etapas juveniles mostró que se inclinaba más hacia la historia y el rechazo a heredar el feudo político de su padre en Ávila, en las cortes de la España monárquica (así como su opción hacia los estudios en la Facultad de Filosofía y Letras que hacía en paralelo con aquellos cursados en la Facultad de Derecho) mostraban una temprana inclinación hacia la reflexión sobre el pasado en la que la figura de su profesor y luego maestro, Eduardo de Hinojosa, ocuparía un lugar principal. Pero aún antes que ello, el adolescente de apenas 18 años interesado en estudiar el pasado de Ávila, muestra ya una clara vocación combinada, sin embargo, con una curiosidad hacia la política del presente como lo revelan un conjunto de notas periodísticas publicadas dos años después.

Empero, cualquiera hayan sido los cambios en él en los años veinte, esa descubierta inclinación por la política solo podría expresarse luego de 1931, en un momento ciertamente difícil para un católico liberal y republicano, en suma, un centrista, atrapado en la tenaza de una España cada vez más polarizada. Con todo, teniendo que optar (un ejemplo semejante, aunque desde un lugar diferente y más dramático, pero convencido de la inevitabilidad de hacerlo, la encontramos, en el *Juan de Mairena* de Antonio Machado), lo hizo sin muchos ambages por la España republicana y, dentro de ella, con su pequeño partido, Acción Republicana

y entonces y luego siempre cerca de la figura de Manuel Azaña. Lo siguió hasta en algunas de las leyes más controversiales políticamente como la de la reforma agraria (tema acerca del cual escribiría en perspectiva histórica un largo opúsculo en 1932).² De donde su universo ideológico, ligado a una idea de progreso social se mostró más fuerte que su adscripción religiosa (y a su pertenencia social) ya que, como es bien conocido y con excepción de los vascos, el mundo católico estaba masivamente en el bando opuesto. En cualquier caso, sus amargas reflexiones sucesivas, acerca de la guerra civil como el máximo error de los españoles en su historia, no dejan dudas acerca de su preocupación ante el cariz que tomaban las cosas –aún si la guerra civil fuese para él un eco intermediado desde la estratégica embajada ante el hostil Portugal salazarista, desde donde se exiliaría directamente en Francia sin volver a su patria–. De este modo, la actividad de Sánchez Albornoz como historiador, *volens nolens*, se mezcla con las desventuras de los intelectuales españoles en el siglo XX.

Qué lo orientó tan intensamente hacia la política en un contexto que seguramente no era el que un hombre de su posición y su temperamento preferiría –lo que lo diferencia de los intelectuales de su generación y de la precedente, historiadores o no, siempre confortablemente instalados en una posición de mandarino que los llevaba a preferir influir desde la ficción de ser una elite intelectual orientadora (lugar en el que descollaba Ortega)–, es una difícil pregunta. ¿Habría sentido que, en el campo de la historia, ya había alcanzado casi todo lo que se podía conseguir en el contexto español en los años veinte?, ¿o quizás descubrió que esa voluntad de modernizar a España, que era tan suya, no podía

2. Sobre el tema, J. L. M. Rodríguez (1993-1994, pp. 1123-1134).

lograrse desde una simple modernización historiográfica, como la que se proponía desde el *Anuario de Historia del Derecho Español*? No lo sabemos.

Con todo, esa actividad política no estuvo desprovista de consecuencias prácticas para el quehacer historiográfico como la creación, en 1932, durante el gobierno de Azaña de una sección del Centro de Estudios Históricos, el Instituto de Estudios Medievales, que ha sido considerado por Gonzalo Pasamar como el más ambicioso proyecto de publicación de fuentes intentado en España (1991, pp. 223-237). Proyecto que era un eco muy tardío de los *Monumenta Germaniae Histórica*, pero contemporáneo de otras iniciativas hispanoamericanas. Un año más tarde el mismo Centro de Estudios Históricos pudo financiar un ambicioso congreso en el que participaron, entre otros, Ferdinand Lot, Louis Halphen y Marc Bloch.

La carrera académica de Sánchez Albornoz, es bien conocido, había sido muy precoz. Doctor a los 21 años, Archivero a los 23, catedrático en la Universidad de Barcelona a los 25, en la de Madrid a los 27 (en 1920), sucediendo a su maestro, académico de la Historia a los 32 años. En el acto de asunción leyó el bellísimo trabajo luego ampliado como libro, sobre las *Estampas de la vida de León hace mil años* que recibiese tan laudatorios comentarios, de Dopsch, de Bloch, de Girolamo Arnaldi, entre otros.

Si todo ello dice mucho acerca del talento del joven historiador dice también acerca de la situación de los estudios académicos en España. Poco había allí de comparable con otras naciones europeas. Ese gran impulso que había significado el desastre del 98 con la aparición del “regeneracionismo” había dado sus mejores frutos en la filosofía de Ortega o en el ensayismo de Ganivet o de Maeztu. En la historia, apenas el intento de importar con modificaciones, la metodología alemana del conocido manual de

Bernheim, tarea a la que se dedicara antes que otros Rafael Altamira desde su libro de fines del siglo XIX sobre *La enseñanza de la historia* (difusor, asimismo, de la variante presentada por Langlois y Seignobos); aunque si entendemos metodología alemana como una práctica, en especial en la historia de las instituciones, el importador podría haber sido Hinojosa.

Las raíces más antiguas españolas, como la Escuela de Superior de Diplomática creada a imagen y semejanza de la *École de Chartes* francesa, pasaba por un prolongado estancamiento, las Universidades eran (para estándares europeos) poco profesionales, la Academia de la Historia poco más que una reunión de figurones, a veces eruditos. Más allá, Ramón Menéndez Pidal y sus “capataces filológicos”. Por otra parte, cualquier programa de renovación historiográfica en los años de entreguerras podía ser más factible si fuera de la historia; en las otras ciencias sociales existían tradiciones o al menos fermentos que actuaban como un ámbito de diálogo o como una incitación. Es bien conocido cuánto pudo beneficiarse la historiografía francesa del diálogo-polémica con la sociología durkheimiana y lo mismo podría decirse en el caso italiano, por un lado por los vínculos con la naciente ciencia política y con la economía, en la escuela llamada económico-jurídica y, por el otro y más importante, por la relación con la filosofía en la cual esta actuaba como metodología para aquella, como ocurría en la tradición croceana. Nada de ello estaba disponible, hasta donde conozco, en el caso español.

En ese contexto, un grupo de jóvenes se propuso modernizar, que quería decir, en primer lugar, poner a la historiografía española a la altura de la europea. Ello implicaba, a la vez orientarla en una vía de profesionalización que contuviese a la vez rigor erudito, apertura de la historia de las instituciones que, saliendo de su encapsulamiento jurídico, se abriese hacia algo que

podemos denominar historia de la sociedad o, como dijese alguna vez Charles Verlinden, hacia una historia amplia de la “instituciones sociales”. Es decir, una historia jurídica que fuese en realidad no de las formas abstractas sino de la “condición de los hombres”.

Profesionalización era, a la vez, especialización y, en efecto, el *Anuario de Historia del Derecho Español* podía considerarse la primera revista especializada en la historiografía española. A ello se agregaba una problemática que en muchos casos era parte de la actitud polémica que, pese el tono comedido de entonces, no deja de ser muy visible en la revista. Asimismo, el espacio que adquiriría la sección de críticas bibliográficas, como en la primera época de *Annales*, preferida a la más tradicional publicación de documentos, reflejaba esa voluntad.³ En realidad, en este punto, el modelo que tenían en vista era la *Revue de Synthèse Historique*.⁴

Todo partía de una actitud crítica hacia la España a ellos contemporánea, “tierra de tocinos cada vez más abominable”⁵ llamaba Loscertales a Salamanca, si todo seguía así sería mejor “emigrar al mundo civilizado” (es decir la Europa franco-germana) decía Sánchez en otra carta desde Barcelona.⁶ Parfraseando la expresión de Unamuno referida a Sarmiento, hablaban tan mal de España como podía hacerlo solo un español. Es que en

3. G. Sánchez a Claudio Sánchez Albornoz (en adelante CSA), 4 de marzo de 1924, la correspondencia estaba en 1996, cuando la consulté, en Fundación Sánchez Albornoz, Ávila (de ahora en más FSA). Hoy se encuentra en el Archivo Histórico Provincial de Ávila que desde que recibió la documentación por decisión política a hoy, no parece haber hecho nada de interés en relación con el archivo a estar de la penosa descripción del mismo incluida en la página web.

4. G. Sánchez a CSA, 18 de agosto de 1923, en FSA.

5. J.M. Ramos y Loscertales a CSA, 17 de abril de 1925, en FSA.

6. G. Sánchez a CSA, 29 de abril de 1924, en FSA.

esto eran hijos de los motivos abiertos por el “regeneracionismo”. En suma, buscaban, podría decirse, una mejor historiografía, más exigente, más abierta, menos autocomplaciente que fuera instrumento para una modernización general de España. Fuera de ellos discurría, en el marco de una cierta prosperidad económica, la dictadura militar de Primo de Rivera, a la que eran, bastante pasivamente, hostiles. Dictadura militar que era o podía ser vista como una expresión del atraso de España (incluso un simpatizante de ella como De Maeztu la veía como un producto de ese atraso que le impedía generar por falta de modernidad un verdadero fascismo). Régimen, en suma, con el cual, más allá de algunas escaramuzas en el ámbito universitario, estos jóvenes se relacionaban sin dificultades prácticas desde una olímpica y prudente hostilidad hacia lo que veían “con descontento y con vergüenza”, como apuntaba Ramón Carande en carta a Sánchez Albornoz.⁷

El centro de aquellos jóvenes era el más exitoso académicamente, Claudio Sánchez Albornoz. En interacción con él, José María Ramos y Loscertales, catedrático en la Universidad de Salamanca, Galo Sánchez, catedrático en Barcelona, José María Ots Capdequi, catedrático en Oviedo, Ramón Carande, catedrático en Sevilla. La nutrida correspondencia que intercambiaron con aquel, que pude consultar gracias a las generosas gestiones de Nicolás Sánchez Albornoz, muestran a la vez lo que querían y lo que no querían. Buscaban ante todo construir una revista de nivel europeo con amplias aperturas a colaboradores internacionales. Para ello podían beneficiarse de un cambio alto de la peseta que permitía pedir y pagar colaboraciones de especialistas

7. R. Carande a CSA, sin fecha, desde Calatrava en FSA.

de otros países, señaladamente del mundo cultural de lengua alemana considerado, todavía por varias décadas, el territorio más avanzado de la historiografía. “Germanizar”, esa era la consigna según Galo Sánchez.⁸ De todos modos, existía el temor de que envasen textos ya publicados o “refritos”.⁹ Ya en el primer número, un para ellos muy insatisfactorio texto de Ernst Mayer, hispanista, profesor en Würzburg¹⁰ abría una serie que incluiría luego en los números sucesivos a Dopsch, von Below, von Schwerin, Fritz Baer y otros. También con algunos de los cuales emergerán reticencias acerca de la ausencia de novedad.¹¹ La influencia alemana es visible en la correspondencia citada, en especial en el momento inicial, aunque el número de colaboraciones fuese al final menos relevante cuantitativamente, en el conjunto de los artículos publicados entre 1924 y 1935, que el de los historiadores franceses, entre los que el más prolífico era Henri Sée (4 artículos).¹² Y en este punto, lo que muestran los doce números de esta

8. G. Sánchez a CSA, 18 de agosto de 1923, en FSA.

9. G. Sánchez a CSA, 3 de octubre de 1923, en FSA.

10. “Estoy leyendo el artículo de Mayer que a las veces me parece un ganso, no por lo de meterse conmigo que es cosa que me parece de perlas sino por las cosas que se cogen en su historia”, J.M. Ramos y Loscertales a CSA, 17 de abril de 1925 y, en carta sucesiva “su peregrina Historia que, o es una tomadura de pelo como dice Galo [Sánchez] o ese hombre está mochales perdido”, J.M. Ramos y Loscertales a CSA, 1 de mayo de 1925. Ver también G. Sánchez a CSA, 21 de abril de 1924, “hasta incurre en errores geográficos”. Sin embargo, el que había propuesto su nombre había sido Galo Sánchez; “un investigador de primera fila”, G. Sánchez a CSA, 3 de octubre de 1923, en FSA. Nótese que, sin embargo, otro texto de Mayer aparece en el número 3.

11. La referencia es a J. von Below, “Comienzo y objetivo de la sociología” publicado en el número tres del Anuario. G. Sánchez a CSA, s.f. (probablemente 1926), en FSA.

12. Para el conjunto de los números publicados en la revista y los textos de los artículos, ver <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/139188>

primera serie es una creciente participación francesa (o franco-belga) y una disminución de la alemana, lo que puede vincularse con cierta decepción inicial con los trabajos que arribaban los historiadores de ese ámbito, con el desinterés de estos, o con una política más activa del hispanismo francés. Lo cierto es que en el *Anuario* se publicarán dos trabajos de Marc Bloch y, entre otros de Ferdinand Lot, Charles Petit-Dutaillies, Louis Halphen. Más allá estaban los vínculos más débiles con la historiografía portuguesa en donde aparece el interlocutor principal lusitano de Sánchez Albornoz, Pedro Merea y más débiles aún con la italiana, cuyo vínculo era el especialista en historia del derecho antiguo y medieval, Giuseppe Salvioli.

Desde luego que historiografía alemana quiere decir muchas cosas, más allá de Bernheim o incluso de Dopsch (tan admirado y tan influyente en Sánchez Albornoz que incluso en el invierno entre 1927-1928 haría una estadía en Viena para trabajar con él) o incluso de Gustav Schmoller, influyente en Ramón Carande. Pierre Toubert (1997) ha mostrado la riqueza de motivos que animaban a la historiografía alemana y cuánto ella influía también en Francia y cuanto el mismo Marc Bloch extrajo de ella (pero podríamos agregar nosotros el mismo Braudel, a comenzar por Ratzel).

En segundo lugar, buscaban eludir las consideradas pistas falsas o no plenamente satisfactorias. Altamira en primer lugar, Ménez Pidal luego (probablemente detrás de él imprecisados “sectores históricos madrileños”) finalmente Ortega que poco antes había buscado dar su explicación de los males españoles en su *España Invertebrada* y que en cualquier caso era juzgado

severamente por Ramos como “el gran retórico español”.¹³ Aunque hacia este último caso, el mismo Sánchez Albornoz tenía una curiosidad intelectual, que no era seguida por sus colaboradores más cercanos, también otras de esas pistas falsas podían estar incluso dentro de los mismos colaboradores de la revista. Más allá del círculo interno de la misma (“los tres mosqueteros”, Sánchez Albornoz, Sánchez y Loscertales) las desconfianzas existían por razones personales, por ejemplo con Carande o historiográficas y de control académico de la revista, como en el caso de Ots.¹⁴ Detrás de este, no solo percibían a la figura de Altamira, de la cual aquel había sido discípulo, sino también una apertura a la historiografía latinoamericana, en especial la argentina de la Nueva Escuela Histórica, que consideraban necesaria, pero, con fundados motivos, no estimaban. Un artículo en el número inicial de

13. J. M. Ramos y Loscertales a CSA, 20 de noviembre de 1923, formula-ba un impiadoso retrato de Ortega: “Comienza por extrañarme que tomes en serio las cosas que se le ocurren al gran retórico español del novecientos en su visión cinematográfica de la vida española”. Pero que la cuestión tenía que ver con el carácter de las interpretaciones históricas de Ortega, a decir verdad sumarias y a veces tópicas. “eso de que los germanos traen una profunda vitalidad de pueblos jóvenes; esa pintoresca idea del feudalismo; eso de que el Cid cuando es arrojado de Castilla no es ciudadano de ningún estado; lo de la alcoholización de los visigodos por el romanismo”.

14. Señalaba Ramos a propósito de las “impertinencias de los sevillanos, que no me someto al Sr. Ots ni picado. Carande me parece hombre fácilmente sugestionable y fácil de llevar con un poco de habilidad, en cuanto al otro [Ots] si resulta incómodo se podría hasta prescindir de él, lo que por otra parte no producirá un gran quebranto en la Revista (...) ello podrá producir disgustos, pero de no precavernos a tiempo supone una posible colaboración de Altamira apadrinado por Ots lo cual podría producirlos más gordos”. J. M. Ramos y Loscertales a CSA, 19 de mayo de 1925, en FSA.

Ricardo Levene había causado ya una modesta impresión, acusado entre otras cosas de superficialidad.¹⁵

Ciertamente en una revista de historia no hay que ver solo un proyecto historiográfico. Las mismas suelen ser (y lo eran en este caso) parte de una estrategia para lograr espacios, adquirir visibilidad, desarrollar vínculos. En este terreno el objetivo fue logrado plenamente. La revista se convirtió dentro y fuera del país en el emblema de la renovación historiográfica española y dio a sus creadores, en especial a Sánchez Albornoz, un prestigio que iba ahora más allá de las fronteras de España. Desde luego que a ello contribuyó también una institución como la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (que había sido creada antes en 1907) que brindaba subsidios para realizar viajes académicos al extranjero favoreciendo la internacionalización de la historiografía española.

Joven de algo menos de cuarenta años, a comienzos de los treinta, Sánchez Albornoz será ya considerado en medios europeos, el mejor medievalista español. Así lo asienta Marc Bloch, en su correspondencia con Henri Berr (1992), cuando explica que su limitado conocimiento de la edad media española hacía aconsejable buscar un colaborador que tratase específicamente en un capítulo al feudalismo español, en esa obra que lentamente iba

15. G. Sánchez a CSA, 31 de marzo de 1924. Levene, por otra parte, que también tenía sólidos vínculos con Altamira había sido propuesto con insistencia por J. M. Ots Capdequí; ver las cartas a CSA, 15 de agosto de 1923, 8 de septiembre de 1923, 12 de octubre de 1923, y nuevamente el 21 de marzo de 1925 y 15 de agosto de 1926, ya que Levene publicó dos textos en la revista. Asimismo, Levene invitó a Sánchez Albornoz a escribir en la *Historia de la Nación Argentina* que el dirigía. Ricardo Levene a CSA, 29 de enero de 1935 y 3 de abril de 1935. Sánchez Albornoz aceptó aunque propuso una modificación en el tema.

escribiendo sobre *La sociedad feudal*.¹⁶ La colaboración finalmente no se produciría, pero exhibía la profunda estima de Bloch por Sánchez Albornoz, en especial por el trabajo de 1928 publicado en el *Anuario*, sobre “La primitiva organización monetaria de León y Castilla”, que llamaba “maravilloso”. No los acercaba eso solo desde luego, sino también un común interés por el problema del feudalismo y por el uso de algunos instrumentos y métodos como la topografía, la numismática como técnica esencial –no en sí, sino como instrumento para una historia monetaria–, como el uso de los archivos fotográficos y, sobre todo, por la historia comparada. En este terreno, acerca del cual Sánchez Albornoz había escrito ya en 1923 un ensayo en la *Revista de Occidente*, sobre “España y Francia en la Edad Media. Causas de su diferenciación política” (pero el comparativismo era ya una preocupación en Hinojosa), ambos historiadores parecían encontrarse en la misma perspectiva. Lo que el mismo Bloch llamaba la “comparación por la diferencia”. Es decir, en qué medida el caso comparado dice sobre el propio caso, permite formular mejor las preguntas, indagar mejor la especificidad, la originalidad del propio tema en estudio. Que ese era un importante terreno común lo exhibe el mismo Marc Bloch (para quien, en cualquier caso, el comparativismo era mucho más central) en una carta de julio de 1924 a Sánchez Albornoz en la que indica que allí estaba para él, “le véritable avenir de notre science”.¹⁷ Esas afinidades entre Sánchez Albornoz y Bloch iban probablemente más allá, estaban en

16. Observación que mostraba bien lo infundado de las críticas de las alumnas argentinas de Sánchez Albornoz en las que insistían en que el modelo de la sociedad feudal del gran historiador francés no se aplicaba a España. Bloch era consciente de ello.

17. “El verdadero futuro de nuestra ciencia”. M. Bloch a C. Sánchez Albornoz, 7 de julio de 1924 en FSA.

una forma de encarar la historia de las instituciones que no era el formalismo jurídico, lo que generaba en Bloch tantas reticencias hacia un notable historiador como Ganshof (con el que polemizaría, más allá de su estima, también Sánchez Albornoz). En cualquier caso, el interés de Bloch hacia Sánchez Albornoz que exhibe una correspondencia iniciada ya en 1924 estuvo vinculada a lograr una participación activa del historiador español en *Annales* ya desde los momentos inmediatamente precedentes a la aparición de la revista (Sánchez Albornoz colaboraría solamente con una nota informativa en 1929).¹⁸

El balance que puede hacerse de la experiencia del *Anuario* es con todo ambigua. Desde luego que puede considerarse como uno de los muchos intentos de renovación historiográfica que, en el contexto europeo, se intentaron entre las dos guerras. En ese punto su propuesta y su estrategia puede compararse con la de Marc Bloch y Lucien Febvre al crear la revista *Annales* en 1929. Sin embargo, este mismo caso muestra, aunque finalmente exitoso, las dificultades de todo proceso de renovación en la forma de hacer historia. Desde luego, las vías intentadas por ambas revistas eran bastante diferente, aunque las uniese una perspectiva común y, en una personalidad como Sánchez Albornoz, una sensibilidad compartida con sus colegas franceses en esa actitud vital, ese amor a la vida que desbordaba el marco erudito y a la vez hacía de la reflexión sobre el pasado parte de un cuestionamiento de su propio presente (del que *España: un enigma histórico* es solo uno de los testimonios). Empero, la renovación española,

18. Ver también las cartas de M. Bloch a CSA, 4 de julio de 1928, 23 de diciembre de 1928, 29 de enero de 1931, 4 de enero de 1932 y 15 de diciembre de 1934 en la que, además, emergen interesantes reflexiones acerca de la relación entre historia y política.

atada como estaba a la historiografía alemana, más cerrada hacia el diálogo con las ciencias sociales, más clausurada hacia las temáticas contemporáneas, era menos disruptiva en sí misma. Y en este punto, por mucho que puedan y deban señalarse los vínculos entre Marc Bloch y Claudio Sánchez Albornoz, existía probablemente una afinidad historiográfica mayor de este último, en especial en el terreno de la historia económica, con la forma en que ella era realizada por la generación de historiadores franceses, en especial Henri Sée (que era por otra parte uno de los objetivos polémicos de la gente de *Annales* como surge de la correspondencia entre los fundadores de la revista).¹⁹ Es decir, una historia económica con menos ambiciones de científicidad, menos inductiva y más descriptiva. Con todo, la ambigüedad estaba menos allí (finalmente todo proyecto renovador parte de los instrumentos de los que dispone) que en los límites para transformar una historiografía española que siguió discurrendo por otras vías.

A los años veinte siguieron los treinta y allí los esfuerzos de su figura más emblemática giraron, como vimos, hacia la política, y la misma España se enfrentaba a desafíos mucho mayores que querellas historiográficas. No se trataba de un debate sobre el pasado, o sobre la forma de estudiar ese pasado, sino de ese presente en el cual se jugaba su destino. Aunque el presupuesto de la Junta de Ampliación de Estudios se incrementase notablemente y desde allí las pasantías en el extranjero, ello es ciertamente irrelevante más allá de lo que dice acerca del esfuerzo educador de la República. La cuestión estaba en otra parte. Al haberse inclinado

19. Sée era “considerado como un autor a utilizar ‘en dosis mínimas’”. Entre los muchos juicios negativos baste señalar : “tous les Sée française et étrangers qui déposent leurs paquets d’horreurs le long de nos pages”. Carta de L. Febvre a M. Bloch, 25 de agosto de 1930 (Bloch y Febvre, 1994, p. 241).

por luchar en su presente y por su presente, Sánchez Albornoz, nos dejaba un ejemplo de cuáles son las prioridades en horas decisivas.

El resultado es conocido, el triunfo franquista en la guerra civil clausuró toda expectativa de renovación de España por muchas décadas, era inevitable que impidiese la renovación de la historiografía. La nueva fase del *Anuario*, bajo la dirección primero de Sánchez y luego con fuerza por Alfonso García Gallo, aunque hecha bajo la advocación a Hinojosa y su “escuela”, era un retorno a temáticas que en el antiguo maestro tenían solo un uso instrumental del nombre. En cualquier caso, era una regresión historiográfica a 1910 o aún antes. Era también una reducción de las aperturas hacia una historia “*eloigné*” [distante] que aun si partiendo de Hinojosa iban mucho más allá en Sánchez Albornoz y en otros integrantes del *Anuario*. El grupo renovador, por su parte, seguiría distintas vías. Sánchez Albornoz terminó en el exilio al igual que sus rivales metodológicos o hermenéuticos, Rafael Altamira y Américo Castro, o al igual que su compañero de ruta, Ots Capdequi. El resto permaneció en España. Carande privado de su cátedra, con acusaciones de “ateo o masón” (según él mismo dejó dicho), debió hacer contorsiones ligándose al Movimiento como consejero nacional para poder reaparecer luego de seis años (en el ínterin escribió su magnífico *Carlos V y sus banqueros*) en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos en Sevilla, en 1946 (Pasamar, 1991, pp. 145-146). Ramos y Loscertales, al igual que Galo Sánchez, permanecieron en España y preservaron sus cátedras. Sánchez dirigiría el *Anuario* entre 1942 y 1948 y no parece haber padecido demasiados problemas por sus

anteriores simpatías republicanas²⁰ y Ramos y Loscertales, simpatizante abierto de los sublevados, parece haber tenido una visibilidad mayor aún si siempre es difícil ponderar estas actitudes durante una férrea dictadura. Con todo, no parece que se los pueda incluir entre lo que ha sido llamado, no sin polémica, el “exilio interior”. Una imagen que quizás podría caberle al principal discípulo de Sánchez Albornoz, Luis García de Valdeavellano, cuya permanencia en España como profesor universitario parece haber sido desempeñada en una posición de mayor marginalidad con relación al poder académico universitario, aunque también él iba a ser reconocido en 1958 como miembro de la Real Academia de la Historia, que si no valía fuera de España si valía dentro.

Nuestro homenajeado encontró una nueva estación en la hospitalaria pero problemática y bastante marginal Argentina. Aquí siguió tejiendo sus lecturas del pasado español, creó una nueva generación de discípulos ya volcados a la pura tarea erudita y sin las ambiciones historiográficas que había tenido el momento de entreguerras, desarrolló nuevas conexiones historiográficas (en especial italianas) y mantuvo sus vínculos con el mundo político de la República en el exilio. Es difícil imaginar cómo evaluaría todo ello, más allá de ese temperamento suyo que lo llevó a poder empezar de nuevo, a construir desde cero, lejos de aquella España a la que había intentado cambiar (sin éxito) en su lectura del pasado y en su presente. En cualquier caso, a otros tocará evaluar esa etapa.

20. Sobre Sánchez, véase la nota en el momento de su jubilación de Alfonso García Gallo (1961).

Bibliografía

- Bloch, Marc y Lucien Febvre (1994). *Correspondance. I. La naissance des Annales, 1929-1933*. París: Fayard.
- Bloch, Marc (1992). *Écrire La Société féodale. Lettres à Henri Berr, 1924-1943*. París: Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine.
- García Gallo, Alfonso (1961). Galo Sánchez. *Anuario de Historia del Derecho Español*, 31, 1-8.
- Grassotti, Hilda (1964). Historia de un historiador. En *Homenaje al Profesor Claudio Sánchez-Albornoz*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.
- Lida, Miranda (2020). La Fundación Rockefeller y la Institución Cultural Española de Buenos Aires frente el exilio republicano español en la Argentina. El caso de Claudio Sánchez Albornoz. *Revista de Indias*, LXXX (279), 509-539.
- Pasamar, Gonzalo (1991). *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Rodríguez, José Luis Martín (1993-1994). Claudio-Sánchez Albornoz ante la reforma agraria. *Anuario de Historia del Derecho Español*, 63-64, 1123-1134.
- S/A (1940). Trois études de M. Sánchez-Albornoz. *Bulletin Hispanique*, 42 (2), 132-135.
- Sánchez Albornoz, Carlos (1923). España y Francia en la Edad Media. Causas de su diferenciación política. *Revista de Occidente*, 6, 304-316.
- Sánchez Albornoz, Carlos (1929). Le Centre d'Études Historiques de Madrid. *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, 1 (3), 415-416.

Fernando J. Devoto

Sánchez Albornoz, Carlos (1942). *En torno a los orígenes del feudalismo*. Mendoza: Universidad de Cuyo.

Toubert, Pierre (1997). Prefacio a *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*. *Argumentos*, 26, 59-90.

Marc Bloch historiador en la perspectiva de fin de siglo*

Como todos saben, este año se cumplen cincuenta años de la muerte de Marc Bloch, y yo quisiera proponer una reflexión en la perspectiva de fin de siglo, en la certeza de que, así como alguna vez en un libro que creo que muchos de ustedes conocen –*El problema de la incredulidad en el siglo XVI*– Lucien Febvre había dicho que cada generación inventa su Renacimiento, de algún modo cada generación inventa su Marc Bloch o construye de este personaje histórico, de este historiador, una imagen diferenciada.

Quisiera comenzar, si ustedes me permiten, con un recuerdo personal: ¿qué era Marc Bloch para un estudiante de los setenta, hace un cuarto de siglo? Era principalmente un mártir de la Resistencia, es decir de la lucha antifascista, cuyo periplo heroico queda resumido en esas breves líneas que le dedicó Lucien Febvre como prefacio a la *Apología por la historia* y de las cuales emergía una imagen lineal y continua que unía la guerra, la derrota, la emigración, Inglaterra, el retorno a la Francia ocupada, la resistencia.

* Originalmente publicado en *Actas del Primer Coloquio Internacional sobre la Historiografía Europea*, Mar del Plata, Universidad de Mar del Plata, 1996.

¿Qué era historiográficamente este Marc Bloch de los años setenta? Era esencialmente dos libros, en Argentina claro: la *Apología por la historia* que veíamos en Introducción a la Historia y una parte de *La sociedad feudal* que la profesora Nilda Guglielmi nos daba en Historia Medieval; más algunos comentarios negativos y ligeramente maliciosos que la cátedra de Historia de España se empeñaba en remarcar acerca de cómo lo que Marc Bloch había construido, sobre todo en *La sociedad feudal*, no tenía valor para el caso español.

¿Qué veíamos en esos dos libros? Yo diría que veíamos demasiado poco. *La sociedad feudal* siempre me pareció una obra extraordinariamente compleja, y esto me parece que visto desde hoy quiere decir una obra en la que las relaciones sociales estaban pensadas de un modo muy diferenciado respecto de la forma en la que las pensamos en la época contemporánea. Esto hacía complicado captar –para una mentalidad bastante simplista acostumbrada a imaginar, no solo la contemporánea, sino toda sociedad como articulada en clases– una forma de pensar la sociedad feudal en la que las relaciones horizontales aparecían incesantemente cortadas por relaciones verticales asociadas a diferencias en las creencias o mejor en las formas de mentalidad. Yo creo que tardé mucho tiempo en darme cuenta cuál era el malestar que me provocaba *La sociedad feudal* de Marc Bloch: era el talento de un historiador que podía pensar en forma más compleja las relaciones sociales.

¿Qué era *Introducción a la historia*? Nos parecían recetas, sabiamente construidas, pero que considerábamos algo modestas, sin aquellas revelaciones anticipatorias propias de una historiografía teleológica y misionalista como la que imperaba, no solo en la Argentina, en los setenta. Por otro lado, una imagen de que esa obra describía ciertamente el oficio de historiador pero nos

parecía que no mucho más. Era algo así como compartir la lectura que de ella había dado José Luis Romero en una antigua y conocida crítica al libro en la revista *Imago Mundi*.

El Marc Bloch en la perspectiva de los setenta era más fuertemente un mito (el héroe de la resistencia) que un historiador, este último había dejado sin dudas una obra coherente, pero un poco distante de las inquietudes que un aspirante a historiador de entonces se podía formular.

El Marc Bloch de fin de siglo creo que es otro, el mito se ha humanizado y para que se haya humanizado concurre ciertamente una perspectiva distinta hacia lo que es el oficio de historiador, pero también el avance de la Historia de la Historiografía que ha permitido poner a disposición de los estudiosos una enorme cantidad de materiales, entre ellos la correspondencia de Marc Bloch con Lucien Febvre o con Henri Berr. Ello permite una imagen diferente de Marc Bloch. Además, hoy disponemos no solo de la correspondencia sino de la biografía bastante exhaustiva de Carole Fink y, además, prestamos más atención a los testimonios propios de Marc Bloch, como por ejemplo los contenidos en un libro editado ya tempranamente en Italia en los setenta: *La extranea derrota*, que construía la imagen de un Marc Bloch muy autocrítico como ciudadano, que estaba muy distante de la imagen “comprometida” que la historiografía común, de batalla, había construido acerca de él.

De algún modo este Marc Bloch de fin de siglo es siempre ese historiador erudito que también veíamos hace veinticinco años, buen patriota como corresponde a un intelectual laico y democrático en la Tercera República, pero cuyo itinerario de vida personal era mucho más complicado y profesional que aquella imagen mitificada. Su itinerario de vida, todo aquello que aparecía resumido en aquellas dos líneas de Lucien Febvre era muy

complejo. La decisión de permanecer y de enseñar en las Universidades de la Francia de Vichy era hija de una serie de problemas familiares en una situación crítica como la Francia de entonces y, en este contexto, Marc Bloch es más que el héroe civil, el *pater familiae* que intenta resolver los problemas del propio grupo familiar, lo que lo lleva a sucesivos peregrinajes por el sur de Francia y que le hace rechazar la tentadora oferta de la New School for Social Research de Nueva York ya que no puede llevar consigo a sus hijos mayores. Este Marc Bloch que se desplaza de la Universidad de Clermont-Ferrand a Montpellier después, ayudado por amigos y asediado por enemigos. Más amigos de lo que uno supondría y que los que en esa Argentina de tiempos difíciles hubo para aquellos que no compartían la simpatía de ciertos regímenes militares. Pienso en la protección que a Marc Bloch dieron el alumno de su padre, Jerome Carcopino, o el padre de su alumno François Chevalier, que le permitieron eximirse de las sanciones excluyentes que para todo judío profesor universitario imponía el régimen de Vichy. Ciertamente, este itinerario de vicisitudes personales que nos propone Fink, se lee desde lo que Benedetto Croce hubiera llamado la perspectiva del camarero y, en este sentido, no agota de ningún modo la imagen de Marc Bloch y ni siquiera alude a lo más relevante. Es un itinerario en el cual el resultado final es producto de lo que diríamos en términos muy contemporáneos, estrategias familiares y sociales enormemente complejas que no redimensionan al héroe Marc Bloch sino que lo colocan en una perspectiva cotidiana.

Pero si esa era la imagen de Marc Bloch como héroe civil, yo diría que también la imagen de su trayectoria académica puede ser vista hoy como mucho más zigzagueante de lo que la imaginábamos ayer: una trayectoria personal no carente de obstáculos, conflictos, rivalidades personales y de grupo, en la que buena

parte de sus grandes obras no fueron resultado de un diseño coherente, sino de circunstancias cambiantes, oscilantes, de la ambición por ocupar ciertos espacios, a las dificultades de tiempo para realizarlas. Una obra como *La sociedad feudal* hoy se puede reconstruir a través de la correspondencia con Henri Berr, que comienza en 1924 con la oferta de realizar una Historia Económica de la Europa Medieval. Es solo ante la renuncia de Ferdinand Lot a escribir una parte en la Colección *L'évolution de l'humanité* que Marc Bloch propone su candidatura para esos tomos, llegando a estar comprometido en un momento dado con la realización de cinco volúmenes. Finalmente, esta obra irá madurando muy lentamente en los lapsos que le quedaban libres entre las clases que daba, la corrección de exámenes y la necesidad de hacer relaciones para juntar los votos para ser elegido en el Collège de France. Viajar a París a juntar votos parece actitud prosaica, pero era imprescindible para un profesor francés que necesita construir el consenso en torno a su candidatura. Obligaciones excesivas, pero también invitaciones tentadoras: por ejemplo, Oslo en 1929 de la que saldrá el libro *Caracteres originales de la historia rural francesa*.

De algún modo, si uno reconstruye este período y lee esa carta maravillosa de Marc Bloch a Lucien Febvre en la que elimina con distintos argumentos uno a uno a sus posibles concurrentes, competidores, a escribir *La Sociedad Feudal* poniendo “peros” pequeños a sus calidades historiográficas, a un Ganshof, a un Huizinga, para proponer al final su propia candidatura, encontramos cosas familiares a lo que nosotros suponemos sudamericano.

No estamos, con todo, hoy hablando aquí de Marc Bloch por sus habilidades para forjar una carrera que tuvo demasiados obstáculos, sino para hablar, sobre todo, del historiador. Es decir, del historiador en el sentido croceano según el cual debemos

analizar una obra en sí misma al margen de las circunstancias de producción de la misma.

Bronislav Geremek en un conocido artículo sugiere que la obra de Marc Bloch debería ser invertida para su análisis, en relación con la secuencia cronológica de su producción. Esto parece muy convincente, porque la obra más antigua, *Los reyes taumaturgos*, es la que hoy consideramos historiográficamente más moderna; y la última, *La sociedad feudal*, es la que suponemos historiográficamente más antigua, o menos vigente. Sin embargo, yo no voy a seguir el consejo de Bronislav Geremek y voy a hacer una pequeña reflexión sobre las tres siguiendo su itinerario cronológico.

Los reyes taumaturgos (1924) es realizada mientras está en la Universidad de Estrasburgo. Según Jacques Le Goff, en su prólogo a la edición francesa, el libro constituye el nacimiento de la Antropología Histórica. Esta temprana relación con la Antropología explica por sí sola la popularidad actual inusitada de este libro escrito hace setenta años. Un libro popular hoy, así como lo fue escasamente en su época. ¿Cuál es el tema? Una creencia que sustenta el poder real. Antropología política, diríamos en términos modernos. Ciertamente la novedad del libro no es solo el tema, lo son también las nuevas fuentes utilizadas; solo habría que citar la iconografía. La novedad del libro es también el tema que diríamos, antedatada, de la larga duración y el enfoque de la Historia comparada. Es una obra hija del clima de Estrasburgo y puede ser sencillo, pero a la vez inútil buscar la influencia precursora; simplemente me parece más interesante colocar esta obra en relación con otras que son a ellas contemporáneas. Obras de colegas de Marc Bloch, de los durkheimianos, sobre todo de Maurice Halbwachs, especialmente aquellos cuadros sociales de la memoria que creo que están en el centro

de toda la reflexión social de *Annales*, de aquel Emile Durkheim de *Las formas elementales de la vida religiosa*. Ciertamente, también los antropólogos: Lucien Lévy-Bruhl, y su estudio sobre la mentalidad primitiva (a su vez tan distante del Emile Durkheim de *Las formas elementales*), su compañero de estudios en la Fundación Thiers: Marcel Granet, etc. No ayuda todo ello, sin embargo, a resolver la originalidad del libro.

Carlo Ginzburg, en el prólogo a la edición italiana, sugiere otras influencias no tan intelectuales sino humanas: la experiencia de la guerra de las trincheras, el contacto con ese otro mundo social para un profesor hijo de otro profesor, con esos campesinos que forman el grueso de la infantería francesa. Aparece tal vez ahí en acto la relación entre una “mentalidad primitiva” del mundo rural y campesino que Marc Bloch ve en las trincheras, y la “mentalidad moderna” que subtiende al libro. Y en ese punto emparenta el libro con aquel trabajo sobre las “Reflexiones de un historiador sobre las falsas noticias de la guerra” y desde allí con la historia de las representaciones colectivas. En ellas, en la indagación de ese estrato más profundo estaría lo fundamental del libro según Ginzburg.

Un libro lleno de ideas, lleno de temas. Ciertamente, un libro de época, en el cual las creencias populares son vistas como superstición; desde la tradición de un iluminismo racionalista muy dieciochesco, es percibido como algo que es manipulado desde el poder. Indudablemente, no deberíamos atribuirle a Marc Bloch no haber leído a Clifford Geertz o tener una imagen de la antropología y del problema del “otro” como la que hoy tenemos, sino solo poder comprobar cómo ese libro era inevitablemente hijo de la antropología de su propio tiempo. Sin embargo, retomando una idea que alguna vez expresó Tulio Halperin Donghi, creo que esa extraordinaria simpatía de Marc Bloch hacia sus

criaturas, hacia los campesinos, atenuaba ese racionalismo iluminista desde el cual veía esta creencia no como algo a colocar en un sistema de valores sino como una superstición errada.

Segunda obra, *Los caracteres originales de la historia rural francesa*. Una obra ciertamente no diseñada *a priori*, hija de una serie de conferencias dictadas en Oslo en 1929. Un objeto a primera vista demasiado vasto. El mismo Marc Bloch es consciente de ello en la introducción del libro. Ante todo, se pregunta: historia rural francesa, ¿singular o plural? ¿Un régimen agrario o muchos regímenes agrarios o civilizaciones agrarias? Un período cronológicamente aún más extendido que soporta la noción de una Historia agraria de lentos cambios hasta el siglo XX. Esta Historia agraria en la cual Marc Bloch ya no dialoga con la sociología durkheimiana sino con la arqueología, la lingüística, la tecnología, el derecho. Acerca de esto último hace apenas un mes, aquí mismo, Maurice Aymard recordaba como un vehículo para la renovación de la Historia Medieval, el redescubrimiento de la Historia del Derecho.

Un Marc Bloch quien, en este segundo libro, incluye junto al método regresivo, nuevamente el comparativo. Una Francia que es definida en su originalidad a través de una comparación de sus términos con Alemania o con Inglaterra. No tengo competencia para discutir muchos de los temas propuestos, más aún habiendo destacados especialistas aquí presentes. Quiero sin embargo atreverme en un punto para mí más cercano que es la extraordinaria percepción con que Marc Bloch ve las continuidades que atraviesan esa historia rural antes y después de la Revolución Francesa. La extraordinaria percepción para pensar, en términos que podríamos llamar tocquevillianos, aunque en otra clave, una Historia francesa de larga duración que pasa por debajo de 1789. La extraordinaria percepción para descubrir aquello que

fue después parte esencial del revisionismo historiográfico y que ya está planteado ahí, respecto de que, en gran medida, la revuelta campesina era una revuelta antiindividualista y anticapitalista, en contradicción con aquello que la gran tradición jauresiana y jacobina de la Revolución había sostenido.

Se ha dicho que esa, y aquí comienza la polémica, Historia agraria de Marc Bloch fue olvidada por los *Annales* posteriormente. *Annales* que se orientaron luego a lo que hoy parece estar de nuevo a la moda: la circulación. Fueron hacia el circulacionismo, las ciudades, el comercio. Pierre Toubert ha dicho, creo que con gran inteligencia en un artículo publicado en *Quaderni Storici* que ese tránsito está ya en Marc Bloch, y no es un tránsito de los *Annales* posteriores a él, sino en los treinta lo realiza el mismo Marc Bloch –y no solo él– en Historia Económica Medieval. Otros, pensemos por ejemplo en Maurice Lombard, retomaron luego esta línea central de tradición pirenniana, que fue congenial a esta historiografía. Cierto, esta herencia de Historia agraria no fue retomada por los *Annales*, en la segunda posguerra fue en cambio retomada por aquella revista, *Études Rurales*, que en los sesenta funda, entre otros, Georges Duby. Así, de todas maneras, por otras vías encontró un nuevo vigor en los años sesenta y una enorme posibilidad de reencuentro en este retorno de la Historia rural, que emerge hoy en la historiografía del Antiguo Régimen.

Tercera obra, *La sociedad feudal*. Primero veamos las dificultades en la obra. El mismo Marc Bloch reconocía abiertamente que no conocía bien España y Escandinavia (y para la primera recurre a la ayuda de Claudio Sánchez Albornoz que debería proveerle los materiales o ser directamente redactor de un capítulo). Sin embargo, ¿cuántas cosas nuevas hay en este libro? Simplemente si recordamos aquel capítulo sobre las formas de sentir y de pensar: ¿no encontramos allí algunos temas que poco luego Lucien

Febvre desarrolla en la célebre tercera parte de *El problema de la incredulidad en el siglo XVI desde otro linaje de ideas?* Que pudiesen proceder de distintas matrices ha sido algo que se ha sostenido, pero siempre es difícil decir si los elementos comunes de un diálogo intelectual son más o menos importantes que las imaginarias genealogías que construyen los historiadores posteriores.

La sociedad feudal es un intento complejo no siempre bien resuelto. El mismo Lucien Febvre en el comentario bibliográfico del libro criticó la obra hablando de la abstracción sociologizante de Marc Bloch, de una Historia de la sociedad feudal en la que no había hombres concretos, era esa desviación durkheimiana que imaginaba contenía el libro. Ciertamente que también podríamos observar que, como ocurría a menudo en la tradición de *Annales*, mientras las clases superiores gozaban de tratamiento extenso, las clases inferiores recibían un tratamiento extraordinariamente limitado. Pero nuevamente creo que aquí encontramos, si no una obra que hoy podamos valorizar en su integridad, sí una enorme cantidad de fragmentos que conservan extraordinaria vigencia y sugerencias: desde las reflexiones sobre la percepción del tiempo hasta las que concluyen la obra desde la perspectiva comparativa sugerida entre el feudalismo japonés y el europeo; o en especial esa intuición de que la herencia moderna de dicha sociedad feudal era no el comercio o la ciudad, sino la idea de pacto o contrato central en las relaciones feudales.

¿Cómo pueden ser vistas hoy los tres libros, y en general la obra de Marc Bloch? Preguntémoslo en relación a dos problemas: uno, específico de Marc Bloch y *Annales* y el otro, general de Marc Bloch y la historiografía contemporánea. En cuanto al problema específico, nosotros tenemos una lectura muy fuerte, abusivamente conocida en castellano, que es la lectura de Josep Fontana: un Marc Bloch olvidado por los *Annales* sucesivos que

se construían en torno a un eje ideológico, pero también historiográfico en torno a la línea Lucien Febvre-Fernand Braudel. Resulta curioso lo de Josep Fontana que piensa que Marc Bloch era un marxista sin saberlo, porque uno recuerda la imagen especular de un intelectual de la Acción Francesa, P. Debray, que dice por ahí que Marc Bloch era un maurrasiano sin saberlo.

Cuando un historiador puede ser considerado a la vez marxista y maurrasiano sin saberlo, es porque sin duda es un gran historiador. Es porque no es ninguna de las dos cosas. Quisiera sugerir que la propuesta de Josep Fontana es, en términos historiográficos, mucho menos sugerente que la que precedentemente había realizado la historiadora italiana Marina Cedronio, diciendo que en realidad la filiación correcta era la de Marc Bloch-Fernand Braudel, no la de este último con Lucien Febvre, ya que entre aquellos veía una común aspiración hacia objetos de estudio amplios, especialmente hacia problemas de larga duración, hacia la aspiración modelizante.

Discípula de Galasso y a través de ello de la tradición del idealismo italiano, no sin otros fermentos, Marina Cedronio veía en esto más un motivo de crítica a Marc Bloch y Fernand Braudel, con la que el héroe pasaba a ser Lucien Febvre. Yo creo sin embargo que en esta relación Bloch-Braudel en la que el sujeto individual ocupa un lugar más reducido en la historia que con Lucien Febvre, deberíamos establecer dos diferencias.

Una diferencia central entre Marc Bloch y Fernand Braudel es que en Marc Bloch, creo con mayor fuerza que otros historiadores de *Annales*, está presente la tensión continuidad-cambio. A diferencia de un Fernand Braudel para quien la larga duración es a menudo una figura retórica, una Historia inmóvil no es una Historia que se mueve lentamente.

El segundo punto es el comparativismo, creo que las ambiciones comparativistas de Fernand Braudel sobre todo el de *Civilización material, economía y capitalismo* nunca fueron imaginadas por un Marc Bloch, cuyas comparaciones eran orientadas a identificar la diferencia, no comparaciones generalizadoras a la manera de ese Braudel, por tomar una distinción clásica de Charles Tilly.

Desde el punto de vista de las ideas acerca de la Historia, la herencia de Marc Bloch es inmensa. Yo quisiera detenerme en algunos pequeños puntos concretos tomados al azar y en un tema más general. Revisando el segundo tomo de *Los caracteres originales de la Historia rural francesa*, que es el texto establecido por Robert Dauvergne a partir de fragmentos acerca de temas sugeridos en otros manuscritos de Marc Bloch, encontramos una muy sugerente reflexión acerca de los precios. El precio no tiene solo una dimensión económica, de mercado, una dimensión monetaria. Para Marc Bloch –y no es que yo quiera sugerir que está anticipando a Karl Polanyi y la idea de reciprocidad– el precio en estas economías de Antiguo Régimen era una realidad susceptible de una reflexión mucho menos ligada a una tradición unívoca que vincula el precio con el mercado y el precio con la economía monetaria.

El segundo es un descubrimiento reciente: hace dos semanas estuvo en Mar del Plata Giovanni Levi y planteó, entre otros, un tema central de la historia social de hoy: el tema de las generaciones tan olvidado de los historiadores; las relaciones entre las creencias de padres e hijos y nietos y recordó a Epstein y la antropología de Manchester que han puesto el tema en el centro de la reflexión. Y yo, historiador de las inmigraciones, recordé a Marcus Lee Hansen. Volviendo a mirar la *Introducción a la historia*, comprobé que el tema ya está en Marc Bloch cuando sostiene que el elemento central de continuidad de la sociedad del Antiguo

Régimen es la relación de continuidad cultural entre abuelos y nietos a partir del papel de los primeros en el cuidado y la formación de los últimos. El problema de las generaciones, el tema de Epstein, es el zigzag de padres, hijos y nietos. Dos temas puntuales y un tema general, con el cual voy a concluir.

El tema de la Historia comparada no es original de Marc Bloch, es, en general, de la Historiografía después de la Primera Guerra Mundial, y es central de algunos congresos de historiadores, como el de Oslo, aunque haya habido anticipaciones notables anteriores como la de Otto Hintze. Era parte de la necesidad sentida de abandonar la Historia nacional como historia patriótica que había cimentado las identidades nacionales en el conflicto de la guerra de 1914 a 1918. Esto es genérico ciertamente, lo que creo que es significativo en Marc Bloch es el modo de pensar esta Historia comparada –y en esto no comparto la expresión condenatoria de Pietro Rossi en un libro acerca de la Historiografía comparada diciendo que ya nadie haría Historia comparada como Marc Bloch– yo creo que la forma en que la hacía Marc Bloch tiene vigencia hoy, en este tipo de Historia comparada que yo definiría como la Historia que intenta identificar la diferencia. Es decir, comparación de casos para identificar la diferencia entre estos y, a partir de ahí, las variables significativas en cada uno de ellos. No la comparación a la Simiand para establecer un modelo inductivo, y no la comparación a la Frazer para establecer un modelo analógico, sino una comparación mucho más específica, como instrumento para la tarea de pensar los problemas por parte del historiador.

Hemos atravesado un siglo lleno de novedades, estamos exhaustos de novedades, las capacidades de invención de los hombres del parisino Boulevard Raspail y no solo de ellos han sido ilimitadas, fecundas. No hacemos Historia, salvo excepciones,

como nuestros abuelos historiadores (y quizás sea un error), pero tenemos de ellos lecciones de un robusto sentido histórico que en el fondo son intraducibles y que nos recuerdan que, finalmente, el talento del historiador es en realidad una relación única entre un individuo, una cultura historiográfica y una cantidad de documentos. Esta combinación única produjo esa figura de excepción, el historiador notable que hoy quisimos evocar.

Prólogo a *Carlos V y Felipe II* de Fernand Braudel*

Este prólogo, sumado a las biografías de Carlos V y Felipe II, importantes trabajos de Fernand Braudel que integran este volumen, conjugan un doble propósito. El valor no reside solo en la ejemplaridad de ambos estudios, en los cuales se resume una parte de las principales proposiciones historiográficas del investigador francés, sino en que quizás permita acercar al lector a uno de los autores que más aportó para una renovación de los estudios históricos en este siglo.

Había nacido en Luméville-en-Ornois (Meuse) en 1902. La fecha solo sirve para recordar que la educación universitaria del joven Braudel coincidía con el pleno apogeo en Francia de aquella historiografía erudita que otros preferirán llamar (algo impropia) positivista o historizante (en el sentido de que no veía en la historia nada más que un conocimiento no instrumentalizable, o eso decía, ni generalizable del pasado). Definiciones algo impropias porque los representantes de aquella generación de historiadores franceses que entonces reinaba, los Lavisse, Langlois, Seignobos primero, o los Halphen y Sagnac después, en

* Publicado en Fernand Braudel, *Carlos V y Felipe II*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991.

realidad había defendido una imagen escasamente positivista de la profesión, preocupados como estaban por diferenciar la historia de las ciencias físico-matemáticas, por enfatizar la imposibilidad de construir leyes, por reafirmar los aspectos individuales e irreductibles de los hechos humanos, pero también por establecer los principios de un conocimiento verdadero.

Tampoco parece demasiado legítima aquella otra acusación de dedicarse a la historia por la historia misma. Cualquiera sea la impresión que hoy nos causen las obras de aquellos estudiosos es indudable que ellos estaban lejos de asemejarse a la imagen del erudito en la torre de marfil, despreocupado de la realidad contemporánea que sus antagonistas les atribuirán posteriormente. Por el contrario, creían sin ingenuidad en el rol pedagógico de la historia en la construcción de la identidad nacional, lo que implicaba imponer a los estudiantes la adhesión tanto a los mitos nacionales en cierta forma atemporales como a los mitos políticos radicales, laicos y republicanos de la cultura oficial de la Tercera República francesa. Como decía Seignobos (no en vano uno de los blancos predilectos de los ataques de la maurrasiana *Action Française*) la enseñanza de la historia, sobre todo de la historia política contemporánea, era el mejor instrumento para la educación cívica de los jóvenes franceses porque ella podía inculcar, a través de la simple narración cronológica de los hechos, la noción de progreso gradual que suponía deducirse del decurso histórico.

En realidad, aquella concepción de la historia le imponía a la tarea del historiador no la ingenuidad sino otras hipotecas: el convertirse en servidor de la nación y de la cultura política dominante, recuperando de un modo nuevo aquella antigua imagen del rol de la historia como *magistra vitae* y del historiador como pedagogo, el otorgar un peso decisivo a la dimensión política (la más apta por su dramaticidad para interesar al educando),

el abdicar de toda pretensión científica al menos dentro de los cánones de ciencia que la cultura occidental había aceptado a partir de la tradición galileano-newtoniana.

Ese era el clima historiográfico en el cual se formaría joven Braudel, que había hecho todo el *cursus honorum* en París hasta culminar en la *agrégation* en historia (la habilitación para la enseñanza) en 1923. Un clima que, más allá de los innegables méritos profesionales de los cultores de la profesión, como su alta calidad filológica, difícilmente pudiera parecer estimulante para un joven inquieto, sobre todo en comparación con las renovadas propuestas que emergían de otras jóvenes ciencias sociales, la sociología o la economía, por entonces tan agresivas epistemológicamente, como débiles institucionalmente.

Ciertamente, en el terreno de la historia estaban produciéndose novedades, pero permanecían todavía confinadas a espacios institucionales no centrales. Así, por ejemplo, en una nueva universidad de frontera, Estrasburgo, en la Alsacia recién reconquistada, comenzaba en los años veinte un diálogo fecundo de dos jóvenes historiadores, Marc Bloch y Lucien Febvre, entre sí y con otros científicos sociales, como el sociólogo durkhemiano Maurice Halbwachs, el geógrafo de la escuela “posibilista” francesa, Albert Demangeon, o el psicólogo social Charles Blondel. Pero, como al mismo Braudel le gustaba recordar con insistencia, se trataba de un grupo demasiado al margen del sistema de poder académico en la Francia del período de entreguerras como para ejercer una influencia sobre las entonces jóvenes generaciones de historiadores. Un ejemplo revelador es el eco recogido por la que muy posteriormente sería la más célebre revista emblema de la “nouvelle histoire”: *Annales*. Fundada por Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929, esperaba (en las ilusiones de sus directores y de su editor Armand Colin) recoger un vasto consenso con sus

propuestas renovadores en el seno de la corporación académica. El análisis de la tirada revela en cambio el escaso eco inicial: de los 2500 ejemplares del primer año se descendió a 800 en 1935.

En ese contexto, no debería sorprender el carácter “tradicional” de la tesis de doctorado de estado que encaraba el joven Braudel, centrada en el análisis de la política mediterránea de Felipe II. Enfoque “tradicional” que ciertamente no implica ningún juicio acerca del talento y la erudición del joven historiador, como cualquier lector puede comprobar leyendo la tercera parte de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* que es esencialmente el proyecto original. Un aspecto era sin duda novedoso en esa tesis político-diplomática: lo ambicioso de un proyecto que obligaba a dispersar esfuerzos por tantos archivos desde Simancas a París, desde Génova a Ragusa (hoy Dubrovnik). Un objeto de estudio supranacional, sin embargo, estaba en cierta medida de acuerdo con las propuestas de algunos historiadores algo fatigados ya, tras la experiencia bélica del 14-18, del rol del historiador como custodio de la nación y por ende de tomar objetos de estudio nacionales en la búsqueda de describir sus especificidades, rastrear sus orígenes o justificar sus derechos. Eran un Marc Bloch (para quien no había historia de Francia sin historia de Europa) o un Henri Pirenne, quien ya en una ponencia de 1923 en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Bruselas había defendido, retóricamente, la necesidad de abandonar los marcos nacionales y abrirse a las perspectivas comparativas.

La tesis avanzará muy lentamente en las manos de un joven Braudel demasiado minucioso y además limitado de tiempo por sus obligaciones docentes. Estas lo habían llevado a África del Norte, donde permanecerá entre 1923 y 1934 como Profesor del Liceo de Constantina primero y de Argel después; y parece innecesario

y obvio señalar cuánto pudo haber influido esta experiencia africana en la construcción de una visión más global del Mediterráneo. Luego, tras un breve paréntesis en París (1934-35), vendrá el viaje a Brasil donde junto con Levi-Strauss y otros contribuirá a la creación de la Facultad de Letras de la Universidad de San Pablo. Entretanto, sus publicaciones eran (para un standard francés) muy pocas; su primer artículo aparecerá en 1938 (¡a la edad de 36 años!) en la *Revue Africaine*; su argumento, “Les Espagnols et l’Afrique du Nord de 1492- 1577”. Antes de ello, apenas numerosas reseñas en la por entonces *Revue Historique*, luego retrospectivamente vista como gran rival de *Annales* y supuesto prototipo de aquella historia “historizante” que los nuevos historiadores vendrían a combatir: y no deja de ser significativo que Braudel escribiera por entonces en aquella y no en esta última.

En 1937, retornando de San Pablo, un encuentro (“el acontecimiento” desdeñado por la gran historia) providencial: con Lucien Febvre, el ya por entonces muy prestigioso historiador que volvía de dictar unas conferencias en Buenos Aires. Es quizás innecesario recordar la amistad que vinculó a ambos hombres (Febvre le dedicaría a Braudel su gran libro sobre *Rabelais* y este último el *Mediterráneo* a aquel). Innecesario también recordar la deuda intelectual que unirá al joven historiador con el autor del *Lutero*: el mismo Braudel se encargó siempre de subrayarlo en cuanto entrevista se le realizara. Si no lo hubiera hecho, de todos modos y algo inmodestamente, lo había recordado ya Lucien Febvre cuando, comentando en 1950 desde las páginas de la *Revue Historique* la aparición del primer gran libro de Braudel observaba que había sido él quien había propuesto a su autor la inversión copernicana del enfoque del libro, poniendo como personaje central del mismo no a Felipe II sino al mar Mediterráneo (Felipe II y el

Mediterráneo, un bello argumento. Pero por qué no otro gran argumento: “El Mediterráneo y Felipe II”).

El encuentro con Lucien Febvre significó en primer lugar el tomar contacto con un conjunto de estímulos intelectuales infrecuentes y con las novedades de otras ciencias sociales. Ciertamente había sido Febvre uno de los más entusiastas defensores de la importancia de la geografía para la historia (no de cualquier geografía, sino de aquella escuela francesa de Vidal de la Blache que se contraponía al “determinismo” de la escuela alemana de Ratzel) en su libro de 1922, *La tierra y la evolución humana* (subtitulada *Una introducción geográfica a la historia*) y era también un activo promotor de los intercambios entre las distintas ciencias desde su posición de director de la *Encyclopédie Française*. Sin embargo, y el punto ha sido escasamente subrayado, el encuentro con Febvre significó para Braudel no solo la aparición de un amigo y maestro sino también, en términos institucionales, franceses, de un “patrón”, es decir de alguien que favoreciera su carrera profesional. Carrera que de todas maneras se estaba moviendo ya desde la periferia al centro: en ese mismo 1937 Braudel conseguía un encargo en la hoy École des Hautes Études en Sciences Sociales, institución que por entonces llamada École Pratique des Hautes Études no tenía el prestigio ni el peso académico del que dispondría en la segunda posguerra, entre otras razones porque no concedía por entonces grados académicos, pero que se encontraba en París. La Sorbona en cambio, reducto de la historiografía tradicional, seguiría cerrada para él. No debería, sin embargo, esquematizarse en torno a ello: alguien por entonces mucho más prestigioso como Marc Bloch, verá “bochada” su candidatura al Collège de France pero conseguirá un espacio en aquella misma Sorbona en 1936.

El encargo en la École parece haber dejado bastante tiempo libre ahora a Braudel quien aprovecha para recorrer, en esos años que preceden a la guerra, numerosos archivos europeos. En 1939 la movilización militar interrumpe sus tareas. En el 40 sobreviene la derrota ante Alemania y luego la prisión en un campo para oficiales hasta 1944. En esos años de prisión la tesis doctoral de Braudel será escrita definitivamente (de memoria, según consigna la tradición). Serán años en que pese a la prisión no se interrumpirán los contactos con Febvre, quien tendrá la posibilidad de realizar sugerencias a los cuadernos manuscritos que Braudel le enviaba, aprovechando las pocas franquicias que podían derivarse del hecho de que se trataba de un campo de oficiales y no de soldados comunes. Defendida con éxito en 1947, la tesis será publicada (financiada por él mismo) en 1949; llevará por título *La Méditerranée et le monde méditerranéen. L'époque de Philippe II*.

¿Qué encontramos en esa obra tan famosa? Ante todo, una altísima calidad filológica y literaria que eran patrimonio de la tradición historiográfica francesa de los últimos siglos. Luego, un esquema tripartito compuesto por una primera parte destinada a analizar las relaciones del hombre con el mediterráneo (“El medio ambiente”), una segunda centrada en las dimensiones económicas, sociales y culturales de la vida histórica en el Mediterráneo en el siglo XVI (“Destinos colectivos y movimientos de conjunto”) y la tercera focalizada en aquellos aspectos más tradicionales que conformaban la primera versión de su tesis, es decir la historia político-diplomática del mar interior en la segunda mitad del siglo (“Los acontecimientos, la política y los hombres”). Finalmente, un prólogo en el cual se postulaba un nexo y a la vez una diferenciación entre las tres partes.

Aparecía en ese preliminar una originalísima reflexión sobre el tiempo y la historia destinada a tener un amplio suceso en la

historiografía continental europea de la segunda posguerra: una descomposición del tiempo histórico en tres dimensiones. Primeramente, un tiempo casi inmóvil (la relación del hombre con el medio) en el cual todo cambia imperceptiblemente, muy lentamente; es un proceso que puede ser percibido solo en el transcurso de varios siglos. Es la llamada “larga duración” en la cual predominan las continuidades. Luego, un tiempo de ritmo lento, en la cual los cambios son mensurables en la medida del siglo, y que coincide con aquella historia que los historiadores habían llamado a veces estructural, a veces social o con esa historia económica serial que describía las largas fases pluridecenales de ascenso y descenso de las actividades económicas. Por último, un tiempo que cambia velozmente, en lapsos que pueden ser medidos en la dimensión de días, meses, años. Es el tiempo corto, a la medida del individuo, de la política, del “acontecimiento”.

Tres tiempos históricos (esquemáticamente, uno geográfico, uno social y uno individual), pero una historia, ya que en realidad la tripartición braudeliana no postula una fragmentación del pasado sino la adopción de conceptos (larga, media y corta duración) útiles a los efectos de pensarlo en su globalidad. Y son conceptos útiles en tanto abandonan tanto la ilusión de la vieja historia erudita de que ante los ojos del historiador existían acontecimientos únicos e irreductibles susceptibles de ser ordenados solo cronológicamente, como aquella otra derivante de algunas de las filosofías de la historia del siglo XIX que consideraba que existía una articulación entre todos los acontecimientos, capaces de ser explicados como parte de un movimiento uniforme (orgánico, mecánico o dialéctico según el caso). En realidad, la idea de la pluralidad de tiempos históricos permite al historiador dar cuenta de diferentes ritmos en el proceso histórico, de cambios o continuidades que se producen en momentos diferenciados y no

sincrónicamente, de anticipaciones o retrasos existentes en distintos niveles de la vida histórica.

La noción de la pluralidad de tiempos históricos no devenía sin embargo en este Braudel de 1949 un axioma y sobre todo no era el resultado (se encargó muchas veces de recordarlo posteriormente) de una reflexión a priori. Como le gustaba señalar a menudo no había pensado en el problema de la “larga duración” antes de escribir *El Mediterráneo* sino después; y en ello intentaba ser fiel a aquella tradición inductiva de las ciencias sociales que con tanta energía había defendido François Simiand en un conocido debate de principios de siglo con Charles Seignobos. Concepción inductiva de las ciencias sociales que de modo más o menos explícito recorrería a la llamada escuela de *Annales* y que le serviría no solo para debatir con la vieja historia erudita sino también con los nuevos enfoques deductivistas en las ciencias sociales (como los derivados de la economía neoclásica).

Volvamos sin embargo al libro publicado en 1949 y observemos con mayor detenimiento cada una de las partes que lo componen. Seguramente la más innovadora es esa primera que busca delinear los rasgos de continuidad en las relaciones entre los hombres y el espacio y que contiene una notable cantidad de nuevas perspectivas derivables del diálogo entre la historia y la geografía. Aunque el problema ya había sido abordado por otros historiadores antes que él, es sin embargo en esa obra que adquiere una decisiva centralidad explicativa. Buscando en las páginas de *La Méditerranée* definir las matrices para esa primera parte acerca de las relaciones del hombre con el medio (el término “espacio” le parecía inicialmente demasiado ambicioso) que serán la sustancia de su concepto de larga duración, Braudel otorgaría a las sugerencias de Febvre y a aquel libro que este escribiera en 1922 en la colección dirigida por Henri Berr, un rol

decisivo. Junto a aquellas aparecería claro está la escuela geográfica francesa a través de la obra de Vidal de la Blanche, llegada por la mediación de sus maestros de geografía de la Universidad (entre los cuales aquel Demangeon que había colaborado con Febvre en Estrasburgo).

Tantas declaraciones y profesiones de fe, ¿deberían cerrar el caso de las influencias presentes en la primera parte de *El Mediterráneo*? ¿Se debería considerar a ese libro como un hijo legítimo de la escuela geográfica francesa, de ese posibilismo que Vidal postulara y Febvre enunciara? Las cosas, miradas más detenidamente, son quizás algo más ambiguas. Ante todo, está claro que en ese Braudel (y en forma mucho más explícita aún en el posterior de *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*, de 1979) hay un intento por reducir los espacios de libertad constructiva del hombre ante el medio. Reflexión que es tan profunda que obliga a su autor a reabrir una cuestión que Febvre había intentado clausurar en su polémica anti-ratzeliana sobre el determinismo. En las ambigüedades y reticencias presentes en la conclusión de la primera parte, “Geohistoria y Determinismo” (en su primera edición ya que en la segunda desaparece), o aún en su último gran libro (*L'identité de la France* de 1988) donde podía sostener: “el problema ambiguo del determinismo geográfico...debe todavía ser resuelto”, son evidentes todas las diferencias que separan a Braudel de sus maestros. Podría sin embargo afirmarse que se trata tan solo de una cuestión de énfasis, y que la forma extremadamente sutil del tratamiento de las relaciones entre el hombre y el medio que aquel realiza no autorizan a ir más allá. Es difícil, sin embargo, no percibir en dichos énfasis aproximaciones que reflejan nuevos climas historiográficos. ¿Un Braudel que hacia 1949 está en realidad abriendo un ventenio en el que otros distintos tipos de determinismos marxianos

o malthusianos intentaran reducir las posibilidades constructivas de los sujetos sociales?

Más allá de los marcos generales, un ejemplo concreto puede ayudarnos a clarificar el problema. Tomemos el caso del papel atribuido a la montaña y a su influencia sobre los hombres y las sociedades que en ellas se asientan, comparando el significado que le atribuyen Braudel o su maestro Febvre. Todo el recorrido que este había realizado en su libro *La tierra y la evolución humana* tendía a mostrar a las montañas como simples puntos de apoyo a partir de los cuales los hombres podían elaborar distintos tipos de respuesta a ese medio. El tema era retomado en parte por Braudel, con la diferencia que, en este último, más que la multiplicidad de excepciones, quedaban como resultado de la lectura algunas fórmulas bellas pero perentorias: la montaña como refugio de las libertades o la montaña como una fábrica de hombres a beneficio de otros; fórmula esta última que reposa en la supuestamente irresoluble tensión población-recursos que la pobreza de la montaña planteaba. En realidad, hasta cierto punto, estos énfasis de *El Mediterráneo* o los más explícitos de *Civilisation matérielle*, pueden ser puestos en correlación más que con un retorno al determinismo germano (aunque la rediscusión de la relación entre Braudel y la cultura alemana es un tema a profundizar), con esa inclinación modelizante (que requiere inevitables simplificaciones y generalizaciones) que será la característica común entre el autor de *El Mediterráneo* y el otro fundador de *Annales*, Marc Bloch.

La segunda parte del libro, en torno a economías y sociedades del mediterráneo en el siglo XVI, será quizás aquella en la que Braudel se mueve con paso menos seguro y en la que habría obtenido resultados menos innovadores y para su propia evaluación menos satisfactorios. Ello puede verse confrontando la

primera edición con aquella segunda publicada veinte años más tarde: la segunda parte, sobre todo la historia económica, es la que sufre más modificaciones. En esta segunda sección, Braudel es ciertamente tributario de la historia serial de precios que había sido un punto fuerte de la nueva historia social francesa precedente desde Simiand a Labrousse (pero también de otras obras como la de Earl Hamilton que ya Braudel había comentado en 1931 en la *Revue Historique*), pero lo es más aún de los temas circulaciónistas que habían sido un punto central en las reflexiones de Pirenne (pero también en Marc Bloch) con su énfasis en las ciudades, la moneda y las rutas comerciales. Difícilmente se podría sin embargo subvaluar, en una obra que postule a las sociedades del mediterráneo como objeto de estudio unitario, el rol de la circulación sin poner en cuestión la legitimidad misma del objeto de estudio. Tanto en aquel gran libro que puede ser visto como precursor del de Braudel, el *Mahoma y Carlomagno* de Henri Pirenne, como en *El Mediterráneo*, afirmar la importancia de las rutas, de los intercambios, era afirmar la posibilidad de una historia común del mar interior.

La segunda parte no se agota sin embargo en ese análisis económico; incluye también ricas aproximaciones a los cambios culturales como las admirables páginas acerca de la difusión de la civilización barroca. También unas cincuenta páginas acerca de la sociedad. Es quizás la parte más discutible del volumen, ante todo por su brevedad (¡50 sobre 1200!), luego porque se detiene en la burguesía, los señores y los bandidos y, en una sociedad en la que se vivía esencialmente de la tierra, parece una omisión demasiado significativa el no haber dedicado un tratamiento específico a los campesinos.

De la tercera parte algo se ha ya dicho. De todos modos, no parece innecesario recordar (hoy que algunos preconizan un

retorno de la historia política) que se trata de un análisis de acontecimientos como Lepanto o la Paz de Câteau-Cambrèsis hecha con una maestría y una erudición incomparables. Jacques Le Goff, entre otros, observó con agudeza, sin embargo, que podía ser injusto relegar la historia política a la dimensión del tiempo corto, subrayando implícitamente la limitada articulación que existía entre las tres partes del libro.

La obra, pese a sus extraordinarios valores y tal vez por su contenido excesivamente innovador para 1949, no alcanzó un éxito inmediato. La primera traducción extranjera será realizada en aquel país más abierto a las novedades francesas, Italia, en 1953. Que su carrera en la península no estuvo exenta de sobresaltos lo revelan las resistencias que existieron a la edición que haría una casa de Turín: uno de los más prestigiosos historiadores italianos del momento, consultado por la editorial Einaudi acerca de la conveniencia de editar *El Mediterráneo* (la historia la refiere Ruggiero Romano) opinó negativamente, definiendo al libro como *Lo que el viento se llevó* de la historiografía europea. Imagen reveladora de cómo el libro podía ser visto no como innovador sino como un retorno a temas que por su amplitud y ambición recordaban a las grandes obras del siglo XIX (de Michelet a Taine), condenadas desde las reglas a la vez severas y modestas de la historiografía erudita posterior.

Un ámbito casi contemporáneo de recepción de *El Mediterráneo* será Hispanoamérica. En 1953 también será editado en castellano en México, por el Fondo de Cultura Económica. Tampoco puede decirse que en este caso haya habido un éxito fulgurante. Los 3000 ejemplares de la primera edición tardaron veinte años en agotarse. El mundo anglosajón permanecerá en cambio por muchos años reactivo. La edición en inglés deberá esperar hasta 1973. Arribo tardío pero, al menos en los Estados Unidos,

imponente. Una verdadera moda francesa (Braudel ante todo pero tras él Ariès, Le Roy Ladurie y otros) hará presa de las universidades norteamericanas en los años setenta.

Si el libro no hacía una carrera meteórica, la posición institucional de Braudel en cambio sí la haría. Codirector de *Annales* con Febvre desde 1946, sucedería a este en el Collège de France en 1949 y se convertiría en presidente de la VI sección de la École de Hautes Études en Sciences Sociales (en aquel entonces École Pratique des Hautes Études) en 1956. Serán los grandes años de la hegemonía institucional de Braudel y detrás de él de la nueva historia en Francia y paulatinamente fuera de ella. Ante todo, en áreas con situaciones culturales problemáticas derivadas de la situación política, como el Canadá francófono o Polonia (la observación es de Wallerstein), en las cuales la propuesta innovadora de *Annales* podía servir para tomar distancia de las ortodoxias historiográficas dominantes.

En esos veinticinco años posteriores al fin de la Segunda Guerra, Braudel revelaría sus extraordinarias dotes como organizador cultural y en torno a tres instituciones, la revista *Annales*, la Dirección de la VI Sección de la École y de la más reciente Maison des Sciences de l'Homme crearía una sólida posición académica que le permitiría extender sus influencias en Francia y fuera de ella. Incluso en Argentina, donde a través de intercambios entre historiadores del grupo de *Annales* como el mismo Braudel, o posteriormente Ruggiero Romano, e historiadores argentinos (estos últimos vinculados con el Centro de Historia Social dirigido por José Luis Romero) se implantaría una difusa pero bien perceptible influencia en los años sesenta.

Los años de férreo dominio institucional de Braudel, sobre todo desde 1956, sirvieron además para promover un vasto conjunto de iniciativas de investigación en torno a aspectos

demográficos y económicos del mundo euroatlántico en la época moderna. ¿Sería excesivo sostener que lo dominaba la idea de construir un modelo de la transición de la Europa del Antiguo Régimen a la civilización industrial que, compartiendo con el marxismo entonces en boga la prioridad de las dimensiones materiales de la existencia, polemizara con este en cuanto a los factores esenciales del proceso? Si esta lectura fuera correcta contribuiría a explicar, en tantos de los admirables trabajos producidos por la corriente en esos años, ese énfasis en encontrar una clave de lectura neomalthusiana que se confrontara (o sustituyera) a las que se hacían desde el marxismo, en el debate entonces a la moda sobre la transición del feudalismo al capitalismo. De todos modos, la polémica subyacente con el marxismo no obstaculizaba la presencia de ámbitos de coincidencia, sobre todo ahí donde aparecían corrientes renovadoras de este como en Inglaterra (más curiosa es en cambio la coincidencia en otros ámbitos como el argentino). Con ellas se compartía la aversión hacia la historia tradicional, el interés por las dimensiones sociales y económicas del pasado o la preocupación por procesos de media-larga duración en el período XVI-XVIII.

Por mucho que Braudel estuviera condicionado en la segunda posguerra por la presencia por primera vez en los países occidentales de un aguerrido grupo de historiadores profesionales creyentes en las bondades analíticas de la teoría marxista, ellos no constituían los únicos adversarios ni tampoco quizás los más inmediatos. Desde otras ciencias sociales reaparecían los ataques a la historia vista como una curiosa supervivencia decimonónica escasamente científica. Detrás de ellos había cuestiones epistemológicas; la moda estructuralista vino a signar la aparición no solo de una tradición intelectual que atacaba a la historia con la excusa de agredir al historicismo, sino también de un

pensamiento ahistórico y abstracto que por ende despreciaba el empirismo y la falta de sistematicidad característicos de los historiadores. No se trataba solo, sin embargo, de cuestiones epistemológicas: al igual que cincuenta años antes, en la polémica de los sociólogos contra los historiadores existía también un intento de desplazar a la historia de su posición prominente en los ámbitos académicos franceses.

Una respuesta de Braudel a esas acechanzas fue su conocido artículo de 1958, "Historia y ciencias sociales. La larga duración". En él se buscaba defender la necesidad de la historia como laboratorio en el cual probar los modelos formulados por las otras ciencias sociales; posición cercana a la sostenida en 1903 por François Simiand, ahora convertido en principal referente teórico para *Annales*. En el trabajo se intentaba, además, dar una definición más rigurosa (y por ende esquemática) de la "larga duración" que aquella sostenida en el prólogo a *El Mediterráneo*, con un interés más entusiasta hacia la modelización en la tarea del historiador,

El "acontecimiento" volvió a influir decisivamente en Braudel historiador con el estallido del Mayo Francés que, aunque no inmediatamente, aceleró su retiro de posiciones de poder institucional, la revista *Annales* y la Dirección de la VI sección de la École; Braudel podría aprovechar la nueva situación para brindar un nuevo balance de la historia euroatlántica. En 1979 aparecen los tres volúmenes de aquella *Civilización material* ya citada (cuyo primer tomo sin embargo había sido editado en una versión preliminar años antes), en la cual aparecía otro esquema tripartito para explicar la vida material, la demografía y la economía no ya solamente del Mediterráneo, ni siquiera tan solo de Europa. Un libro que se desbordaba espacial y temporalmente y que recordaba más a las ambiciones totalizadoras de los historiadores del siglo XIX que a las promesas de científicidad hechas

en aquel artículo de 1958. No debería sorprendernos, Braudel – pero también las *Annales*– pueden definirse mejor describiendo lo que combatían (la historia del acontecimiento, o erudita o simplemente política) que por lo que afirmaban. Su programa había sido una renovación de la historia abriéndola a las otras ciencias sociales en algo que era menos un diálogo sistemático que un inteligente (e indiscriminado) saqueo de términos y conceptos provenientes de aquellas. La licitud de la operación se justificaba por la ambición de considerar a la historia como la ciencia imperial que unificaba bajo su égida a las restantes.

Civilización material, editada años después en castellano por Alianza Editorial, recibiría una acogida inversa a *El Mediterráneo*: buen éxito de público, reticencia de la crítica. Le Roy Ladurie, su antiguo discípulo, observó que el libro podía explicar las continuidades del proceso histórico entre los siglos XV y XVIII pero no los cambios: la aparición de la civilización industrial permanecía como un enigma aunque fuera tratada en la parte final de la obra. Crítica legítima pero que podía extenderse a otras obras de la tradición de *Annales* (a comenzar por el *Rabelais* de Febvre): contribuían a explicar las continuidades, las supervivencias más que las rupturas o los cambios. Otro antiguo alumno de Braudel en París, Tulio Halperin Donghi, señalaba la desmesura de la obra. El libro era un farragoso flujo de informaciones que abrumaban al lector, pero cuyo sentido no se le hacía de ningún modo evidente.

En realidad, un problema central a considerar al analizar la recepción de la obra por parte de la corporación de historiadores, es que ella llegaba fuera de tiempo, cuando las modas historiográficas comenzaban a orientarse hacia la microhistoria, hacia aproximaciones cualitativas y sobre todo hacia un diálogo privilegiado con la antropología. La moda de la historia económica y demográfica había quedado momentáneamente atrás y los

sujetos sociales se emancipaban en los nuevos enfoques. El énfasis se ponía ahora en las estrategias de los individuos o los grupos, no en las esclavitudes que les impondrían las condiciones macroestructurales: el medio, la vida material o las fluctuaciones económicas. Por lo demás, una obra que asediaba al lector con abrumadoras imágenes que recordaban por momentos a las tonalidades románticas de la historiografía decimonónica, si la hacía atractiva para un público general parecía menos seductor para los especialistas que en un veintenio habían desarrollado un arsenal técnico (o al menos una jerga terminológica) imponente. Más en profundidad, la diversa acogida de las primeras dos grandes obras de Braudel reflejaba también cuán difícil es ser, aún para un gran historiador, un hombre de dos épocas, de dos climas historiográficos tan diferentes como el que pudo celebrar como precursor a *El Mediterráneo* y el que pudo considerar como arcaico a *Civilización material*.

El escaso eco de este libro y la diversidad de intereses historiográficos acentuó el distanciamiento entre Braudel y sus sucesores, la llamada tercera generación de *Annales*. El autor de *El Mediterráneo* acusaría a estos de carecer de una línea historiográfica, de desarrollar un eclecticismo que expresaba no solo la renuncia a defender un modelo historiográfico o a conservar una herencia intelectual sino también una abdicación de aquellas ilusiones de una historia global de la que Braudel había sido portaestandarte.

Los afanes polémicos no impidieron a un Braudel, que finalmente alcanzaba la consagración de un sitial en la Académie Française (institución tan conservadora que de ella había sido miembro un historiador menor como Gaxotte y no otros tanto más relevantes como Febvre), desarrollar un último proyecto. Una historia de Francia en nueve volúmenes, de los que llegaron

a publicarse en vida solo tres. *L'identité de la France* reflejaba desde su título la discusión en torno a un problema que devenía en los ochenta un objeto central del debate historiográfico: la construcción de las naciones, los aspectos unitarios de las mismas y las pluralidades que contenían. Retornado a un objeto más delimitado, podía Braudel encontrar un nuevo equilibrio feliz y, tomando a la nación como argumento, reencontrarse con las modas historiográficas.

Los volúmenes publicados no revelan sin embargo a un nuevo Braudel, sino un Braudel fiel a sus orígenes. En el primero reaparece su gran antiguo argumento: la relación entre los hombres y el espacio (o entre historia y geografía); la relación entre los hombres y las cosas (historia, economía y demografía) resurge en los dos restantes. Detengámonos brevemente en el primero que vuelve a rediscutir el problema del espacio. Este ocupa aquí un papel semejante al que desempeñaba en *El Mediterráneo*: sirve para explicar tanto las diversidades francesas, como las posibilidades de concebirlas como un objeto histórico unitario. Y esa organización del espacio que revela los rasgos unitarios está constituida nuevamente, viejo motivo pirenniano, por las rutas y las ciudades articuladoras de las civilizaciones y las economías. Son por lo demás esas ciudades el rasgo más importante del espacio mediterráneo y del espacio francés. Esas ciudades que están “siempre y por encima de todo...que todo lo unen y relacionan, las que todo lo animan y todo lo explican”, como había dicho en su libro de 1949.

Es un espacio que permite el establecimiento de ciertas relaciones, que brinda algunas posibilidades pero no otras. Son ellas las que están en la base, a su vez, de las características de una “civilización material”, de los imperios y las naciones. Y esta relación entre geohistoria y formaciones políticas constituirá, ya

desde el capítulo IV de la segunda parte de *La Méditerranée* hasta el apartado III del capítulo primero de *L'identité*, pasando a través de estas dos bellísimas monografías realizadas sobre Carlos V y Felipe II recogidas en este volumen, en las que los verdaderos protagonistas no son ellos sino las tiranías que imponían las distancias a un Imperio demasiado vasto, una de las más brillantes y menos seguidas sugerencias de Braudel. Esa contraposición entre distancia física y distancia –en tanto medida histórica– de las posibilidades de movilidad de los hombres obliga a repensar en otros términos la historia política y la constitución de las naciones modernas, e introduce aquella articulación exigida por los críticos entre tiempo corto y largo en el proceso histórico.

Fernand Braudel murió en noviembre de 1985. En un siglo dominado por prudentes declaraciones de modestia –como también concluye–, representó las ambiciones y las ilusiones de una omnicompreensiva historia global.

Acerca de Fernand Braudel y la *longue durée* treinta y cinco años después*

Una editorial ha propuesto nuevamente a los lectores de habla castellana un conjunto de textos de Braudel (1991) que me recuerdan a su célebre artículo de 1958: “Histoire et sciences sociales: la *longue durée*”. Las recurrencias editoriales o los aniversarios constituyen pretextos usuales a los efectos de discutir algunos temas o problemas o, como en este caso, un concepto cuyo éxito –al menos discursivo– en los estudios históricos producidos en las últimas décadas, en especial en las historiografías francesa o de inspiración francesa, difícilmente sea necesario enfatizar.

Rastrear el momento de formulación de un concepto puede ser, ilusión historicista, un buen punto de partida para desentrañar los núcleos problemáticos de los que parte y a los que intenta dar respuesta. Dos estudiosos tan informados como Pietro Rossi (1987, p. xi) o nuestro Angel Castellán (1984, pp. 44-45) han sostenido desde itinerarios intelectuales autónomos una interpretación convergente: la idea de *longue durée* formulada en aquel artículo de 1958 era una respuesta a las incitaciones que para el historiador francés presentaban el emergente estructuralismo en general y la obra de Levi-Strauss en particular. Pensar

* Publicado en *Temas Medievales*, 2, 169-185, 1992.

una historia lenta, casi inmóvil, como la propuesta bajo el rótulo de la *longue durée*, sería así un resultado de las proposiciones, o menos benévolutamente, de las férreas imposiciones que emergían desde otras ciencias sociales, en el contexto de un diálogo que a la vez era un debate y detrás del cual algunos han sugerido ver no solo querellas teóricas sino un conflicto más prosaico en torno a proyectos alternativos de organización y control del conjunto de aquellas ciencias en los ámbitos académicos franceses de la posguerra (Revel, 1979).

En ese contexto, la perturbadora disciplina histórica, aquella “ciencia de los hombres en el tiempo” de Marc Bloch, expulsada hacia los márgenes en un nuevo cuadro teórico que derivaba su legitimidad de un análisis estático, o si se prefiere sincrónico, que diseñaba las relaciones entre los distintos elementos de una estructura operando como si las mismas fueran inmutables o bajo el supuesto de que lo eran, era reintroducida por la ventana desde la cuasi inmovilidad que proponía la *longue durée* braudeliana. Inmovilidad en la cual el adverbio “cuasi” cumplía una función más retórica que efectiva, ya que, en realidad, la nueva historia de la larga duración, más allá de su interés por individualizar aquellas estructuras resistentes al paso del tiempo (o sea cuyos elementos constitutivos y las relaciones que de ellos derivaban cambiaban muy lentamente) operaba en la práctica histórica concreta como si aquellas fuesen efectivamente inmóviles. Todo lo cual debía suscitar y suscitaba la previsible indignación de los estudiosos de aquella tradición historiográfica que podríamos denominar genéricamente historicista y que encontraba algunos de sus más agudos representantes en estudiosos italianos idealistas o neoidealistas no solo crocianos: de Galasso a su discípula Marina Cedronio,

de Del Treppo a Furio Diaz.¹ Indignación ciertamente ante la expulsión del Tiempo de la disciplina histórica –lo que debía constituir desde aquella perspectiva ya en sí misma una *contradictio in aiecto*– pero más aún ante la sustancial devaluación de las posibilidades constructivas de los hombres, enjaulados ahora en esas magníficas prisiones que constituían las estructuras de larga duración, para evitar que con su caótica voluntariedad arruinasen las posibilidades gnoseológicas de las ciencias sociales. Y en todo lo cual algunos querían ver también un abandono de aquella tradición que en los *Annales* había representado Lucien Febvre, con su énfasis en el hombre individual, en las dimensiones ideológicas y psicológicas de la existencia, sustituido ahora de la mano de Braudel por un nuevo énfasis en los movimientos colectivos, en las dimensiones materiales de la existencia, en determinismos antiguos y súbitamente reverdecidos, como el geográfico de impronta ratzeliana o el demográfico-económico, que en aquellos *Annales* del período braudeliano encontraron su modelo más acabado en la reproposición de la férrea ecuación del reverendo Malthus.

Pero la dicotomía Braudel-Febvre era susceptible de otras aproximaciones, como aquella que contrapondría enfoques cuantitativos y cualitativos y que vería en los primeros un aspecto más de esa vana ambición de construir una ciencia social que simbolizaba la historia de la larga duración y que para tratar de hacerlo no solo debía realizar sucesivas mutilaciones en la voluntad de los actores sociales, sino que (y pese a ellas) no podía obtener más que resultados o insensatos –como podía suponerse, por ejemplo, en el caso de una historia del Siglo de las Luces que no

1. Por ejemplo, los artículos reunidos en M. Del Treppo (1977).

contuviera casi referencias a los fisiócratas (Díaz, 1977, pp. 75-78)–, o tautológicos –como por ejemplo descubrir a través de un enjundioso enfoque cuantitativo algo tan obvio como que en la primera parte del siglo XVIII se producían más libros de contenido religioso y en la segunda mitad adquirirían mayor relevancia las obras ideológico-políticas (Venturi, 1977, pp. 24-25)–.

En aquellos historiadores de la historiografía que conservan el gusto por las pequeñas enormes minucias que rigen las relaciones interpersonales entre los académicos (y que desde ellas, y no siempre desvariadamente, intentan explicar las distintas posiciones ideológicas o historiográficas), esta discontinuidad entre Febvre y su discípulo se llenaba de anécdotas en torno a las tensiones que recorrerían hacia fines de los años cincuenta las relaciones de un Braudel en meteórico e inarrestable ascenso con el secretario de redacción de *Annales*, Robert Mandrou, destinado al papel de estremo defensor de la herencia febvriana.²

Toda esta lectura de la *longue durée* como hija del clima intelectual de fin de los años cincuenta; respuesta-subordinación al desafío estructuralista como sostenían Rossi o Castellán; o parte de un proyecto de mayor científicidad de la historia que podía lograrse solo al precio de detener el tiempo, suprimir al hombre individual, encadenar a los grupos humanos y pasar los acontecimientos por la cadena de montaje del cuantitativismo –como sostenían tantos otros– es ciertamente una interpretación plausible, argumentativamente muy articulada, a primera vista convincente. Veamos las cosas, sin embargo, algo más detenidamente: ante todo, el punto de partida. Dos observadores tan sagaces como Rossi o Castellán ciertamente no ignoran que

2. Sobre el punto ver G. Gemelli (1987, pp. 14-15).

datar la idea braudeliana de *longue durée* en la segunda mitad de los años cincuenta constituye una operación filológicamente discutible. Se trata en realidad de una operación, una astucia si se quiere, a los efectos de posibilitar la construcción de un fuerte argumento, que encuentra su posible legitimidad en la perspectiva propia de la filosofía de la historia que otorga prioridad a la racionalidad de la arquitectura interpretativa antes que a las minuciosidades factuales derivables de aquella filología que cultivaban los historiadores eruditos finiseculares, de cuyas modestias y prudencias no se ha cesado de ironizar en la segunda mitad del novecientos, pero cuyas virtudes artesanales sería tal vez peligroso olvidar.

“Este libro se divide en tres partes... La primera trata de una historia casi inmóvil, la historia del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea; historia lenta en fluir y transformarse, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones y de ciclos incessantemente reiniciados”. Y pocas páginas más adelante: “Hemos llegado, así, a una descomposición de la historia por pisos. O si se quiere a la distinción dentro del tiempo de la historia, de un tiempo geográfico, de un tiempo social, de un tiempo individual” (Braudel, 1953, pp. XVII-XIX). El texto, como es bien conocido, corresponde al prólogo que Braudel hiciera a la edición francesa de 1949 de *La Méditerranée et le monde méditerranéen*. En él su autor ya propone también esa asociación entre la imagen de los distintos tiempos de la historia con aquella otra metáfora geológica sobre los distintos niveles de profundidad de la misma. Se delinean ya así en el prólogo dos conjuntos de oposiciones: historia tradicional o de superficie o del tiempo corto o del acontecimiento versus historia profunda o subterránea, de los largos períodos, del tiempo lento o casi inmóvil (“historia, casi situada fuera del tiempo”).

Es claro que, aunque el término *longue durée* no aparezca, estamos en presencia de todos los elementos constitutivos del concepto. Ante todo porque, y ello fue demasiado a menudo una característica distintiva de *Annales*, el concepto se define sobre todo por aquello a lo que se opone: la historia breve de los “acontecimientos resonantes...instantes fugaces”. Luego porque ya tenemos aquí también enunciada no solo la *longue durée* en sí misma, noción que tomada aisladamente tiene (creo) relativa importancia en el universo teórico braudeliano, sino la idea de la multiplicidad de tiempos de la historia: esa tripartición del escenario histórico que segmenta al gran libro del historiador. Tripartición que implica ciertamente una jerarquía en favor de aquella historia profunda en detrimento de la historia de los acontecimientos, “la más peligrosa”, de la que debemos desconfiar porque contiene todos los sueños y las ilusiones de los contemporáneos. Jerarquía en apoyo de la cual es invocado ya en ese prólogo escrito en 1947 el nombre de François Simiand, el gran sociólogo durkheimiano cuya antigua polémica con Charles Seignobos será utilizada reiteradamente como caución teórica por Braudel y aquellos *Annales* de los cincuenta y los sesenta en sus polémicas con otras ciencias sociales o con otros modelos teóricos (Simiand, 1903; 1960, pp. 83-110).

Si nuestra percepción es correcta, el problema de la *longue durée* debe ser remitido a un cuadro cronológico más temprano de al menos una década: esos años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra, momento de redacción de un prólogo que fue escrito como sabemos posteriormente a la confección de las distintas partes de *La Méditerranée...* Pero en esos años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra, 1945 o 1946, la “querella” estructuralista no podía intuirse en el horizonte, por lo que en el esfuerzo por filiar o contextualizar el concepto de *longue durée*

debemos necesariamente buscar otras referencias y un distinto clima de ideas. Ciertamente, si el problema central es menos la *longue durée* que la multiplicidad de los tiempos de la historia, uno se sentiría rápidamente tentado a observar que el punto central de esa innovación es en realidad la desestructuración de la forma tradicional del relato histórico en torno a un único eje temporal, que era la propuesta de una historiografía erudita o historizante que en este punto era firme continuadora de las –por ella aborrecidas– corrientes historiográficas decimonónicas. La organización narrativo-cronológica de los acontecimientos a lo largo de una única dimensión temporal percibida además como un *continuum* que proponían los historiadores eruditos se correspondía por lo demás admirablemente bien tanto con la imagen de la historia que emergía de las teleologías unilineales decimonónicas propuestas desde el campo de la filosofía (y centradas en la idea de progreso) o con el evolucionismo unidireccional emergente de otras nacientes ciencias sociales positivas, como con otras formas narrativas que operaban igualmente a lo largo de una única dimensión temporal homogénea, como la provista desde el campo literario por la novela del ochocientos. En este sentido, uno se sentiría inmediatamente atraído por la idea de correlacionar también la novedad propuesta por Braudel en torno a la multiplicidad de tiempos históricos con operaciones equiparables producidas en este siglo en otros ámbitos intelectuales. Así, por ejemplo, con la ruptura de los nexos cronológicos de la novela tradicional y la fragmentación de la imagen del tiempo resultante que proponen obras tan innovadoras como el *Ulysses* de Joyce o *A la recherche...* de Proust o más aún con una novela con una multiplicidad de estratos temporales como *La montaña mágica* de Thomas Mann, ejemplos que aparecen al alcance de la mano. También en el campo de la filosofía o la sociología se

presentan inmediatamente otros casos: podríamos pensar en la multiplicidad de tiempos históricos de diferentes densidades, que cambian a distintos ritmos y que son no contemporáneos o asincrónicos pese a encontrarse en el mismo tiempo cronológico, que subtiende la interpretación de la historia de la Alemania nacional-socialista de un filósofo como Ernst Bloch.³ Sería posible recordar también aquella otra dicotomía que fue uno de los puntos de fuerza de la sociología alemana finisecular –pensemos en un Simmel sobre todo, pero también en Toennies–: la contraposición entre tiempo urbano y tiempo rural (Toennies, 1979). Cierzo, no se trataría aquí de establecer ninguna filiación entre esos autores y Fernand Braudel, sino más bien de pensar en qué medida pueden o no postularse coincidencias epocales en el ámbito de la cultura de élite europea en relación con las estrategias narrativas y la percepción del tiempo. ¿Sería tal vez demasiado osado si, a la manera de lo que nos ha mostrado un Francastel en torno a la percepción del espacio en la pintura (1977, pp. 223-300), pudiéramos nosotros buscar indicios de una nueva forma de percepción del tiempo que fuera compartida por muchos intelectuales europeos del novecientos? ¿En qué medida esta nueva imagen del tiempo podía a su vez correlacionarse con la mayor visibilidad en el siglo XX de la coexistencia en un mismo tiempo cronológico de sociedades (o de grupos humanos dentro de una específica sociedad) con diversos ritmos de cambio social, tecnológico o económico? Operación seductora, pero probablemente ilusoria, o al menos lejana de los prudentes límites que se debe autoimponer el historiador de las ideas, necesitado no solo de postular conexiones, sino de precisar los hilos que las subtienden.

3. Acerca de Ernst Bloch y la multiplicidad de tiempos históricos, ver R. Bodei (1979).

Más modestamente tal vez deberíamos buscar las raíces de la *longue durée* no solo ni principalmente en el clima intelectual del novecientos europeo sino en las más restringidas áreas de la profesión histórica. Y en este punto como ya ha sido señalado entre otros por Samuel Kinser (1981) y Mauro Moretti (1985), aparece inmediatamente el nombre de Gaston Roupnel. Curiosamente, Fernand Braudel se ha referido reiteradamente a Roupnel pero siempre directa o indirectamente desvinculándolo de la *longue durée*. En el prólogo de 1947 Braudel propone una similitud entre la historia estructural de aquel y la brumosa historia intermedia de ritmo lento, secular, de los grupos, de la sociedad y de la economía por él propuesta y que constituye la segunda parte de *La Méditerranée...* (1953, p. XVII). En el artículo de 1958 ha buscado en cambio tomar neta distancia de la concepción del tiempo (o mejor dicho de la pretensión de evadirse del tiempo) presente en el autor de *Histoire et Destin* (Braudel, 1968, pp. 97-98). Sin embargo, las similitudes con la *longue durée* se revelan en una lectura apenas superficial de una obra como la *Histoire de la campagne française* de Roupnel (1932) que privilegia una visión de larguísima duración de la civilización agrícola que reposaba además sobre la contraposición entre esa imagen de una historia rural casi inmóvil con la otra historia superficial a la que se dedican los “cultores de la profesión”. Polémica contra la historiografía política o del acontecimiento que es por lo demás uno de los *leitmotive* de su obra posterior, *Histoire et Destin* (1944).⁴ ¿Y sería imprudente subrayar la coincidencia de que tanto *La Méditerranée...* como *Histoire et Destin* son obras producidas en el contexto de la *étrange défaite* (como la llamara Marc Bloch) y que en ambas creemos

4. Acerca del libro y de la recensión realizada por Braudel en *Mélanges d'histoire Sociale*, ver M. Moretti (1985 pp. 373-375).

percibir una voluntad de alejamiento del amargo tiempo corto para buscar refugio en las ilusiones capaces de ser provistas por la historia profunda, por la larga duración? ¿Pero cómo poner de acuerdo esas visibles coincidencias entre *longue durée*, historia inmóvil y crítica del acontecimiento con la opinión del propio Braudel? Hacerlo no implica necesariamente caer en visiones ligeramente conspirativas como la de Coutau-Bégarie (1983, p. 74.) sino recordar hasta qué punto las excesivas similitudes promueven inevitablemente la exasperación discursiva de las diferencias.

Empero, si buscamos una correlación o eventuales filiaciones menos patéticas, ¿cómo no asociar esa multiplicidad de tiempos con aquella propuesta por un sociólogo tan cercano a *Annales* como Maurice Halbwachs desde *Les cadres sociaux de la mémoire* (1925) hasta el posterior *La mémoire collective* (1950), en el cual emerge con claridad la idea de la inexistencia de un tiempo unilineal ya que cada grupo social posee su propia *durée*? Y aunque Braudel fuera de los potenciales herederos de *Annales* en la segunda posguerra (los otros eran un Morazé o un Friedmann) –la paradoja ha sido señalada por Giuliana Gemelli–, aquel que provenía de ámbitos más lejanos a la propia tradición de la revista –y en este punto nunca dejará de subrayarse suficientemente cuánto la formación de Braudel estaba ligada a ámbitos historiográficamente menos iconoclastas como los de la *Revue Historique* o la historiografía sorbonesca– y aunque el mismo Braudel no dejara tampoco de polemizar más adelante acerca de las diferencias entre el tiempo del historiador y el tiempo del sociólogo, no es menos cierto que una obra como la de Halbwachs tan influyente sobre sus colegas de Estrasburgo, Marc Bloch y Lucien Febvre, difícilmente podía pasar desapercibida al autor de *La Méditerranée...*

Pero en la búsqueda de la multiplicidad de tiempos históricos podía incluirse también aquí el ilustre antecedente del Henri Pirenne del *Mahomet et Charlemagne* ([1937] 1980).⁵ Remo Bodei ha sugerido que la contraposición entre distintos tiempos en un espacio histórico unitario es uno de los elementos distintivos de esa obra del historiador belga: ella resultaría de los tiempos del cambio cultural contrapuestos en sus velocidades entre una Europa barbarizada que digiere lentamente los cuerpos extraños y un Islam que asimila muy rápidamente a los pueblos mediterráneos conquistados a su propio patrimonio cultural (1985, pp. 347-348).

Si nuestra atención se desplaza sin embargo del problema de la multiplicidad de tiempos históricos a los aspectos más específicos de la *longue durée*, a la idea de una historia lenta, inmóvil, de las continuidades y no de las rupturas, uno recordaría inmediatamente las perspectivas pluriseculares de un Marc Bloch en sus fundamentales *Les Rois Thaumaturges* y *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, pero ¿por qué no pensar también en la posible influencia de Lucien Febvre? Indudablemente las relaciones historiográficas entre Febvre y Braudel son extraordinariamente complejas. Josep Fontana desde una perspectiva estrechamente ideológica ha buscado contraponer una línea Febvre-Braudel a una línea Bloch dentro de *Annales* (1982, pp. 202-209). Más agudamente, otros como Noiriel (1989, pp. 1443-1445), Arcangeli (1988, pp. 7-16) o previamente Cedronio (1972) han percibido que en realidad la filiación más pertinente era la de Bloch con Braudel y que más allá de la no desdeñable influencia personal, las coincidencias historiográficas entre el autor

5. Un comentario del mismo Braudel acerca de la importancia de ese libro de Pirenne está en las Jomadas en su homenaje en Chateaufallon (Braudel, 1986, pp. 64-69).

del *Rabelais* y el del *Mediterráneo* eran poco marcadas. El mismo Braudel lo reconocería años más tarde en sucesivas entrevistas. ¿Caso cerrado entonces? Probablemente. Sin embargo, en un punto específico, el de la historia lenta, de las prisiones de larga duración, es posible encontrar sorprendentes afinidades entre el estudioso del mar interior y el investigador de los temas religiosos del siglo XVI. Finalmente, si abrimos el libro II de la segunda parte del *Rabelais* o si repasamos las páginas del *Heptamerón* ¿qué encontramos sino la idea de que los hombres no podían escapar del universo de creencias de su siglo?, un siglo que imponía prisiones, restricciones, imposibilidades a un pensamiento que se quisiera incrédulo (Febvre, [1942] 1959 y [1944] 1972). El problema de un Febvre ligado entonces también a un tipo de historia demasiado atenta a las continuidades y poco a los cambios, demasiado preocupada por las restricciones que un tiempo impone a sus protagonistas (incluso ¿no podrían releerse en ese sentido las conclusiones del *Lutero?*), había sido señalado ya en 1945 en una nota extremadamente perspicaz por Delio Cantimori (1985, pp. 160-167). Febvre nos explicaba, decía el historiador italiano, por qué no había incrédulos en el siglo XVI: porque subsistía, persistía, un universo de creencias cristiano; no nos explicaba en cambio, ni tal vez pudiera hacerlo desde la perspectiva historiográfica que elegía, por qué los habría en el XVII. Observaciones formalmente semejantes a las que muchos años después formulara Le Roy Ladurie como crítica principal a otro libro de Braudel, *Civilización Material...*: allí donde resultaba eficaz para resaltar la pervivencia de una estructura económico-demográfica de larga duración no resultaba eficaz para explicar la aparición de los cambios que comportaría la revolución industrial. ¿Continuidades y no cambios, no era finalmente el núcleo comprensivo de la idea de *longue durée*?

Todos estos recorridos por áreas más próximas al universo académico y de lectura de Braudel pueden ciertamente reclamar una mayor verosimilitud explicativa del contexto y las raíces de la larga duración. Algunos de ellos son sin embargo también pasibles de ciertas objeciones no insustanciales. Ante todo; ¿efectivamente el prólogo de 1947 significa una ruptura, una fragmentación del tiempo narrativo unilineal? Si hemos de creer en lo que el mismo Braudel dice en el prólogo citado, la multiplicidad de tiempos históricos sería menos el resultado de una concepción del pasado que un instrumento descriptivo, que un expediente para presentar los acontecimientos (1953, p. XIX). Años más tarde agregaría en polémica con los deductivistas que nunca había pensado en la larga duración antes de escribir *La Méditerranée...* sino inmediatamente después de hacerlo.⁶ Si debiéramos creer en aquella observación de modestia (o si se prefiere de prudencia) que el autor de un libro tan innovador realizara en su prólogo, podríamos concluir que el problema de la multiplicidad de tiempos históricos fue poco más que un medio para dar coherencia formal a una tesis de doctorado que resultaba un producto muy lejano del programa inicial. Tan lejano como toda la distancia que separa la forma de hacer historia de la tercera parte –cronológicamente, la primera: la gran empresa de reconstruir la política mediterránea de Felipe II, aunque metodológicamente modesta– de la primera, el ambicioso ensayo de geohistoria del mar interior.⁷

6. Ver al respecto sus observaciones conclusivas a las Jornadas de Nueva York de 1978 dedicadas a su obra (Braudel, 1978, pp. 244-245).

7. Sobre el itinerario de la tesis de Braudel, ver las observaciones del mismo L. Febvre en la recensión de *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, publicada en *Revue Historique* en 1950 y reproducida luego en L. Febvre (1962, pp. 167-179).

¿La multiplicidad de tiempos históricos es entonces apenas un simple expediente para dar visos de presentabilidad y de coherencia a dos libros contrapuestos que culminaban en uno? Pretenderlo no sería un error (la gran historia se nutre tan a menudo de la pequeña historia) sino más simplemente un exceso. Cualesquiera fueran las intenciones del autor, la multiplicidad de tiempos históricos se constituyó en una idea notablemente fecunda y en una tarea concreta de difícil realización: de donde el esquema de una obra de historia organizada en torno a distintos tiempos tuvo muchos admiradores, pero pocos continuadores. Lo que la multiplicidad de tiempos buscaba salvar no eran las formalidades de un libro que contenía tantos motivos historiográficos heterogéneos sino una idea demasiado ambiciosa: la historia total. El precio de una gran historia que se quería a la vez demográfica, geográfica, económica y social y que aspiraba a operar sobre vastos espacios era cuanto menos el de sacrificar la dimensión del acontecimiento, en especial de aquel del cual se disponía de más abundantes fuentes en los inagotables archivos nacionales y diplomáticos: el acontecimiento político.

La multiplicidad de tiempos históricos y la *longue durée* siguieron siendo un objeto de interés más teórico que empírico en la obra posterior de Braudel. En el artículo de 1958 aparecen ciertamente novedades con relación al planteo de 1947. Los distintos tiempos no se presentan ya asociados a un tipo de historia (el tiempo breve a la política, el medio a la sociedad y el largo a la geografía). Las observaciones críticas que en este sentido había suscitado *La Méditerranée...* –piénsese en los comentarios de un Jacques Le Goff o de un Ruggiero Romano a este respecto (1955, pp. 233-243 y 1982, pp. 51-62)– son recogidas por Braudel quien sostiene ahora en el texto de 1958 e en cualquier dimensión del pasado, ya económica, ya política, ya geográfica, se pueden

encontrar problemas concernientes al tiempo corto o al largo. El concepto de larga duración aparece además más formalizado y dicha formalización puede ser vista como una respuesta a aquellas otras observaciones que insistían sobre la total desconexión entre los distintos tiempos del proceso histórico que parecía emerger de *La Méditerranée...*⁸ Esa formalización o modelización implica ciertamente una rigidez mayor y en el orden conceptual probablemente una ruptura teórica con el tiempo narrativo de la historiografía tradicional más efectiva, y en ello sí pueden percibirse las incitaciones provenientes de las otras ciencias sociales y de la polémica con el estructuralismo. Esa mayor formalización implicaba disolver muchas de las felices ambigüedades de *La Méditerranée...* que posibilitaban, entre otras cosas, aquella dual percepción entre un tiempo histórico único del cual los tres tiempos eran solo expedientes descriptivos que no atacaban los fundamentos de la historia narrativa erudita, y aquella otra en la cual los tiempos devienen realidades autónomas que contienen estructuras más o menos resistentes al cambio. Pero si Braudel resolvió teóricamente la cuestión en favor de una nueva historia no narrativa, o temporalmente unidimensional, cualquiera que abra sus libros de historia sucesiva, por ejemplo *Civilisation matérielle* (1973) o aún *L'identité de la France* (1986) descubrirá que más allá de las declamaciones de 1958 subsiste como articulador de la obra histórica ese tiempo narrativo, a ratos caótico (sobre todo en la primera), a ratos con la ordenada claridad francesa (en la segunda), que denunciaba la persistencia de un historiador que no había querido romper con aquel mundo profesional originario. Ese hipotético lector descubriría también cuánto la

8. Formuladas entre otros por J. Mercader, J.A. Van Houtte y C. Verlinden (en R. Romano, 1982, p. 55).

idea de *longue durée* puede ser el resultado no de un modelo teórico externo, sino de una imagen real-concreta (y hoy profundamente discutida) que Braudel tenía de la presunta inmovilidad y homeostasis de las sociedades preindustriales del *ancien régime* (francés, europeo o mediterráneo), en las que las formas cíclicas estacionales, anuales o pluriseculares que fuesen, impedían todo cambio y alimentaban todas las continuidades. Nada hay de extraño en ello, finalmente se trataba de un historiador que más allá de todo gustaba de ejercer la profesión según las viejas reglas del oficio; historiador que ciertamente prefería ser o percibirse (¿afortunadamente?) como el heredero o continuador de una tradición historiográfica de larga duración que incluía entre sus nombres ilustres a Michelet pero también a Taine⁹ y claro está a Marc Bloch, antes que como un émulo consecuente de las incitaciones provenientes de las otras ciencias sociales.

Bibliografía

- Arcangeli, Bianca (1988). Fernand Braudel e Marc Bloch. Trasformazioni e cambiamenti nel mestiere dello storico. En AA.VV., *Fernand Braudel: il mestiere di uno storico* (pp. 7-16). Nápoles: ESI.
- Bodei, Remo (1979). *Multiversum. Tempo e storia in Ernst Bloch*. Nápoles: Bibliópolis.
- Bodei, Remo (1985). Riflessioni sul tempo e gli intrecci temporali nella narrazione storica. En Mariuccia Salvati (comp.), *Scienza, narrazione e tempo*. Milán: Franco Angeli.

9. El elogio de Taine, en F. Braudel (1986, pp. 10-13).

- Braudel, Fernand ([1947] 1953) *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, Fernand (1968). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- Braudel, Fernand (1978). En guise de conclusión. *Review*, 1, 244-245.
- Braudel, Fernand (1979). *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe. Siècle*. París: Armand Colin.
- Braudel, Fernand (1986). *L'identité de la France*. París: Arthaud-Flammarion.
- Braudel, Fernand (1991). *Escritos sobre la historia*. Madrid: Alianza.
- Cantimori, Delio (1985). *Los historiadores y la historia*. Barcelona: Península.
- Castellán, Ángel (1984). *Tiempo e historiografía*. Buenos Aires: Biblos.
- Cedronio, Marina (1972). Profilo delle *Annales* attraverso le pagine delle *Annales*. *Atti dell' Accademia di Scienze Morali e Politiche*, LXXXIII, 197-260.
- Coutau-Bégarie, Hervé (1983). *Le phénomène "nouvelle histoire"*. París: Economica.
- Del Treppo, Mario (comp.) (1977). *Storiografia francese di ieri e di oggi*. Nápoles: Guida.
- Diaz, Furio (1977). Le stanchezze di Clio. En Mario Del Treppo (comp.), *Storiografia francese di ieri e di oggi* (pp. 75-78). Nápoles: Guida.
- Febvre, Lucien ([1942] 1959). *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*. México: UTEHA.
- Febvre, Lucien ([1944] 1972). *Amour sacré, amour profane. Autour de l'Heptameron*, París: Gallimard.

- Febvre, Lucien ([1950] 1962). Recensión de *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. En *Pour une Histoire à part entière* (pp. 167-179). París: Editions de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales
- Fontana, Josep (1982). *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona: Grijalbo.
- Francastel, Pierre (1977). *Peinture et société*. París: Denoël/Gonthier.
- Gemelli, Giuliana (1987). Le *Annales* nel secondo dopoguerra: un paradigma? En Pietro Rossi (comp.), *La storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi*. Milán: Il Saggiatore.
- Halbwachs, Maurice (1925) *Les cadres sociaux de la mémoire*. París: Alcan.
- Halbwachs, Maurice (1950). *La mémoire collective*. París: PUF.
- Journées Fernand Braudel (1986). *Une leçon d'histoire de Fernand Braudel*. París: Arthaud-Flammarion.
- Kinser, Samuel (1981). "Annaliste" paradigm? The geohistorical structuralism of Fernand Braudel. *American Historical Review*, LXXXVI, 63-105.
- Moretti, Mauro (1985). Parlando di "eventi". Un aspetto del dibattito storiografico attorno alle *Annales* dal secondo dopoguerra ad oggi. *Società e Storia*, 28, 373-442.
- Noiriel, Gerard (1989). Pour un approche subjectiviste du social. *Annales*, 6, 1435-1459.
- Pirenne, Henry ([1937] 1980). *Mahoma y Carlomagno*. Madrid: Alianza.
- Revel, Jacques (1979). Histoire et sciences sociales: les paradigmes des *Annales*. *Annales*, 34, 1367-1370.
- Romano, Ruggiero (1955). Reseña. *Rivista Storica Italiana*, LXVII, 233-43. Reproducido en *Tra storici ed economista* (pp. 51-62). Turín: Einaudi.

- Rossi, Pietro (1987). Introduzione. En P. Rossi (comp.), *La storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi*. Milán: Il Saggiatore.
- Roupnel, Gaston (1932). *Histoire de la campagne française*. París: Grasset.
- Roupnel, Gaston (1944). *Histoire et destin*, París: Grasset.
- Simiand, François ([1903] 1960). Méthode historique et science sociale. *Annales*, 15, 83-119.
- Toennies, Ferdinand ([1935] 1979). *Comunidad y asociación*. Barcelona: Península. 1979.
- Venturi, Franco (1970). *Utopia e Riforma nell'Illuminismo*. Turín: Einaudi.

Montaña y emigración

Un itinerario historiográfico (o a propósito de Braudel y el determinismo geográfico)*

1.

En 1949 apareció un libro que muchos historiadores y no historiadores considerarían, a la vez, una obra maestra y la apertura de un nuevo horizonte para la historiografía: *La Méditerranée et le monde méditerranéen a l'époque de Philippe II*. Ciertamente no todos estarán de acuerdo con ese juicio. El mundo académico anglosajón permaneció largamente resistente o indiferente a un libro en el que veían buena parte de los vicios (luego acentuados) de la historiografía francesa: ambiciones desmesuradas y soluciones literarias. Ahí está un jalón de críticas negativas de Bailyn a Cobb o a Elton. Otros pensaban que la obra no era necesariamente una innovación, una mirada hacia el futuro, sino un retorno a enfoques, temas y problemas antiguos, al menos precedentes a la estación inaugurada por la escuela erudita o metódica. En ello coincidían dos historiadores que, por otra parte, tenían juicios muy distintos sobre los valores del libro. Por un lado, Delio Cantimori por entonces evaluador de la editorial Einaudi, tenía una

* Trabajo presentado en octubre de 1998 en el simposio internacional *La montagna mediterranea: una fabbrica di uomnni?*, Cuneo. Publicado posteriormente en *Estudios Sociales: Revista Universitaria Semestral*, 18(1), 123-135, 2000.

opinión fuertemente negativa, definiéndolo el *Via col vento* (*Lo que el viento se llevó*) de la historiografía. Por la otra, Tulio Halperin Donghi (29 de junio de 1952) (al que Braudel concedió hiperbólicamente el honor de ser el único que había comprendido algo del propósito del libro) lo juzgaba muy positivamente, viendo en la obra su carácter de transición por todo lo que implicaba no solo de apertura hacia el futuro, sino de retorno a las proposiciones de una cosmogonía renacentista en cuyo centro se encontraba la relación entre el hombre y la naturaleza.¹ Este último punto ha sido también el implícitamente discutido por Samuel Kisner (1981) que enfatiza igualmente cuánto de transición había en la obra de Braudel, cuyas ambiciones científicas se combinaban con modelos y fuentes historiográficas ajenas a los nuevos climas (Vidal, Roupnel). Solo que para Kisner la concepción braudeliana de la relación hombre-naturaleza no sería aquella del Renacimiento, sino aquella de la Ilustración (y para la que utiliza el término *humanistic-naturalistic* [humanista-naturalista]).

La mayoría de los juicios, aun con reservas, había sido muy positivo, en cambio, en el mundo europeo continental y ello había acelerado las ediciones españolas e italianas de principios de los años cincuenta (la edición inglesa debería esperar todavía casi treinta años). Sin embargo, como ocurre con los libros pronto considerados clásicos, destinados a ser más citados que a ser leídos o imitados, su celebridad no atrajo lectores a raudales. En el mundo hispanoamericano debieron transcurrir veinte años para agotar una primera edición de 3.000 ejemplares. Con todo, si el

1. Acerca de la observación de Cantimori ver Miccoli (1970). El comentario de Braudel está en carta a Halperin (en Devoto, 1995). Véase también la respuesta a la pregunta de T. Zeldin “¿Qui vous a compris?. Il m’a répondu: Eh bien...il y a quelqu’un en Argentine” (VV. AA., 1986, p. 198).

libro no era leído por muchos, o era leído solo en parte, pronto conceptos y fórmulas (o lo que parecían sus fórmulas) se convirtieron en apotegmas. Desde luego la *longue durée*, pero quién no recuerda tantas otras. Una de ellas se encuentra en la primera parte: “Pues la montaña es efectivamente eso: una fábrica de hombres” (1953, p. 30).² Frase que desde luego no pasó desapercibida. Casi inmediatamente, Lucien Febvre, en su recensión del libro para la *Revue Historique* la remarca, citando el mismo párrafo ([1950] 1962, p. 171). Que nos reunamos en este congreso para discutir esa idea y en esos mismos términos revela mejor que otra cosa la vitalidad de ese libro. La fórmula no es por otra parte única y remite a otra acerca de la cual se ha discutido mucho menos, aún si hasta cierto punto corrige a la primera y a la vez la refuerza: “Todas las islas (como todas las montañas, muchas islas mediterráneas son, a la vez, montañas) son exportadoras de hombres”. De donde la fábrica se extiende de las alturas al mar (1953, p. 137).

Desde luego la fórmula nos lleva a discutir un problema mayor y es el del determinismo geográfico en la obra de Braudel y, en especial, en la primera edición de *La Méditerranée*. Tema largamente debatido y acerca del que existen autorizadas opiniones encontradas. Ante todo, veamos la de Lucien Febvre, el acérrimo enemigo del determinismo geográfico en su *La tierra y la evolución humana* y el, a su vez fuerte crítico de otros determinismos, como el sociológico, nunca más claramente expresado que en su crítica a *La société féodale* de Marc Bloch, publicado en 1940 en *Annales*,

2. Cito de la primera edición castellana que es la que se usará en adelante. La fórmula tiene desde luego antecesores entre los geógrafos franceses, bajo la forma de “una zona de emisión de hombres”, “Un criadero de hombres”, ambas citadas por Braudel en nota al pie.

donde se desata contra todo esquematismo, estructuralismo, abstractismo sociológico, en defensa del hombre concreto (1962, pp. 413-427). Un Febvre, que probablemente puede ser definido, en la fórmula presentada por Marina Cedronio, como una de las dos líneas de *Annales* (la otra sería la compuesta por el tándem Bloch-Braudel): aquella en la que en la tensión individuo-estructura la balanza se inclina hacia el primero de los términos; aunque la fórmula pueda no ser tan convincente si pensamos en la tesis central de *Le problème de l'incroyance* (¿había o no ahí un determinismo de las estructuras mentales sobre las actitudes, las creencias de los hombres de su siglo?) (Cedronio, 1972, pp. 244-246). Era ese mismo Febvre el que, a través de esas fórmulas perentorias –que condenaba, pero utilizaba con profusión– iba mucho más lejos que Vidal de La Blache para establecer todo un vallado entre el determinismo geográfico ratzeliano y lo que él ahora bautizaba como el “posibilismo” de la geografía humana a la francesa en su introducción geográfica a la historia de 1922 (1961, *passim*).³ Vallado que venía a suprimir todas las ambigüedades, todos los lazos que todavía unían a Vidal con el geógrafo alemán y que éste se negaba a cancelar, empapado como estaba de la influencia germana. Una influencia que Febvre como otros en ese entonces en el ámbito francófono (piénsese en Pirenne) no estaban dispuestos a admitir en el contexto de la hostilidad anti alemana de los años posteriores a la Primera Guerra Mundial. Desde luego, había también en Vidal de La Blache otra cuestión menos historiográfica, pero más obvia: tanto esfuerzo por justificar el papel a desempeñar por la geografía como disciplina

3. Acerca de las relaciones ambiguas e, intelectualmente hasta cierto punto subalternas, entre Vidal y Ratzel ver S. Friedman (1996) en especial el capítulo “The quest for identity in Vidalian geography”.

académica (en el contexto del fuerte ataque de los sociólogos durkheimianos) solo parecía legitimarse si se admitía un cierto determinismo del medio. Pues bien, ese Febvre no encuentra nada que objetar en el libro y ello incluye el real o presunto determinismo geográfico presente en él; ese *nihil obstat* debería casi cerrar la cuestión, por proceder de un historiador que había hecho tantas manifestaciones antideterministas. Desde luego que podría decirse que hay 25 años de distancia entre un texto como *La tierra y la evolución humana* y otro como la recensión al libro de Braudel. Pero comparando el comentario de 1949 con otras críticas de Febvre contemporáneas a otras obras geográficas, aquellas ideas antideterministas de 1922 subsisten plenamente. Desde luego, también, pueden buscarse humanas razones para explicar la ausencia de críticas: es difícil disentir con alguien que no solo ha sido su dirigido, sino que se ha convertido en algo así como un hijo adoptivo que, a su vez, le ha dedicado el libro.

Sin embargo, he aquí otra opinión autorizada, la de quién fuera por muchos años el principal discípulo de Braudel: Ruggiero Romano. En 1955 en su comentario bibliográfico a la edición italiana de *La Méditerranée*, publicado en la *Rivista Storica Italiana*, Romano y no sin hesitación (que deriva de su voluntad de refutar también a aquellos que han insistido más enfáticamente sobre el determinismo braudeliiano) admite un cierto determinismo geográfico “cum grano salis” en el libro. Veinticinco años más tarde, en una pequeña biografía intelectual que recupera a los protagonistas de diez años de historia, lo admite más francamente. Sí, Braudel puede ser considerado un alumno de Vidal de la Blache pero un alumno infedele ya que, en cierto modo, ha reintroducido a Ratzel y el determinismo geográfico alemán. Seguramente no todo, pero sí elementos significativos –y agrega Romano “malgrado le numerose precauzioni oratorie adottate”

(1982, pp. 29-62).⁴ Precauciones oratorias que, sin dudas, forman parte del estilo narrativo de Braudel, pero quizás también algo más. Las hesitaciones de Romano y los silencios de Febvre merecen otra explicación que la fidelidad y la amistad. Reflejan, creo, una situación compleja, por que más que cerrar la discusión acerca del determinismo geográfico, Braudel la abre. Se dirá que abrirla o reabrirla es ya todo un tema, y eso es lo que exploraremos.

2.

Al final de la primera parte, en una conclusión llamada “Geohistoria y determinismo” Braudel enfrenta finalmente el tema que sobrevuela las trescientas páginas iniciales de *La Méditerranée...* Lo afronta con aquellas precauciones retóricas –pero también con no pocas ambigüedades– reclamando la atención hacia ese espacio que “sustenta, engendra, facilita y entorpece” (todos términos moderados). He ahí también la referencia a aquellos “puntos de apoyo” de los que hablaba Febvre en el texto de 1922. “No debemos exagerar ni en más ni en menos la parte que toca al determinismo” y da un ejemplo, el de la isla de Creta cuyas ricas planicies han condicionado, pero no determinado su vida económica siempre más solicitada por el exterior, un exterior que a la manera de la demanda (diríamos nosotros) puede más que (también en nuestras palabras) la tiranía de la oferta. En el párrafo sucesivo ya aparece el contraejemplo, los progresos técnicos de las naves se suponen que rompen verdaderamente las tiranías del medio. Sin embargo, rápidamente Braudel trata de

4. “A pesar de las numerosas precauciones oratorias adoptadas”.

desengañarnos de ello, remarcando cuánto el medio sigue suscitando resistencias más allá de los avances técnicos.

Por otra parte, no todo es el medio, el espacio (el escenario agrega Braudel) y ahí llama en su auxilio a Michelet y el poderoso trabajo del hombre sobre sí mismo. Finalmente emerge una definición minimalista de determinismo: “¿qué es el determinismo, la forma que corresponde al medio, si no, con harta frecuencia, estas secuencias de esfuerzos continuos y engarzados, que el medio provoca con su resistencia?”. La forma y el contenido se dirá, pero es difícil olvidar a este respecto las lecciones de Raymond Queneau. Y sin embargo, he ahí el último párrafo que tiñe a toda la primera parte: he ahí nuevamente los hombres de la montaña y su valor, su rudeza de costumbres, su semilocura contrapuesta a la prudencia, la cordura de las llanuras (1953, pp. 317-327).

Seguramente el libro de Braudel de 1949 está muy lejos de las proposiciones contenidas en el de Febvre, su mentor. Detengámonos un momento en la obra de Febvre para mejor percibir las diferencias. Dejemos de lado la parte teórica de *La tierra y la evolución humana*, la férrea condena al determinismo de buena parte del edificio ratzeliano y, sobre todo de sus discípulos. Apartemos también todo el arbitraje que Febvre realiza en la disputa entre sociólogos durkheimianos y geógrafos vidalianos o, en otros términos, entre la morfología social y la geografía humana. Volvamos a las ideas de Febvre sobre los puntos de apoyo. Ante todo, las montañas, al igual que las mesetas y las llanuras, no parecen existir para Febvre como tales, como género, como singular, sino como plurales y, desde luego, este plural sirve para subrayar las diferencias de respuestas y no las semejanzas. No existe la montaña y por ello no existe el montañés, puras abstracciones. Si no existe el montañés no existe tampoco el tradicionalista, el rutinario que mantiene su “habitat”. Por lo demás, se trata de un

rutinario que se esparce por las rutas del mundo. Se dirá que es la pobreza que lo empuja, pero, ante esa afirmación, Febvre se pregunta “¿no es la pobreza el atributo o uno de los atributos del medio montañoso?”. ¿No tendríamos aquí por otra vía la “fábrica de hombres”? La interpretación sería cuanto menos parcial, sino arbitraria.⁵ He ahí que inmediatamente Febvre contrapone esa lectura a la tesis contraria que podría defenderse con la misma verosimilitud “que precisamente la montaña acostumbra al hombre a los horizontes vastos; que las cumbres hacen de él, todavía más que el marino, un amante de los espacios libres”. Y concluye: “Literatura por literatura, una es tan perfectamente mala como la otra” (1961, p. 189). Ciertamente no hay nada aquí comparable con los argumentos de Braudel, ni con respecto a la influencia del medio, ni con respecto a unas características de la montaña y desde luego no hay tal fábrica de hombres.

La distancia de Braudel de la obra de Febvre no es, desde luego, sorprendente. Disidencias de “larga duración”. Ya en su curso de 1942, en el campo de prisioneros de Lubeck, y del que disponemos finalmente de una versión de las conferencias, Braudel había manifestado que el libro de Febvre era un libro brillante, pero “Un peu trop porté (à mon gré) à mettre l’accent par réaction, sur la volonté et la liberté de l’homme” (1997, p. 55).⁶ Más terminante fue años después, en 1984. El libro no lo había influido profundamente. Ante todo, porque esa supresión integral del determinismo privaba al espacio de su *réalité vivante*, lo que en

5. Viazzo (1989, p. 143) también se ha detenido en este párrafo, dándole a la pobreza una lectura difícil de seguir.

6. “Un poco demasiado inclinado (en mi opinión) a enfatizar por reacción, la voluntad y la libertad del hombre”. Agradezco al profesor Maurice Aymard que me facilitó copia de las pruebas de imprenta de este libro.

realidad quería decir que lo privaba de su capacidad explicativa y, desde ahí, de un rol central en la causalidad de los hechos humanos (que es el punto verdaderamente importante) (en Daix, 1995, p. 57).

Si las rupturas con la obra de Febvre son mayores, ¿qué decir de sus relaciones intelectuales con aquellas dos figuras esquematizadas por aquél: Vidal de La Blache y Ratzel? Abramos en primer lugar la obra póstuma de Vidal: sus *Principes de Géographie Humaine* (1922) tan alabados por Braudel. La imagen provista es muy diferente a la de la geohistoria braudeliiana. Ciertamente, la geografía debe indagar las relaciones, las correspondencias entre los reagrupamientos humanos y las condiciones físicas. Pero a cada paso (como en Febvre) aparece una insistencia en las diferencias, las excepciones, las coyunturas, el movimiento que todo lo cambia; el clima y el suelo, que no bastan para explicar el poblamiento humano. Desde luego, la superpoblación, hija de seguir obstinadamente ciertas rutinas y no de una tiranía del medio, solo puede encontrar salidas en la emigración. Pero la superpoblación no es una inevitabilidad montañesa. La montaña es no solamente empujadora de hombres, sino también conservadora. La montaña está, según Vidal, en perpetua lucha con los hombres que avanzan sobre ella y retroceden y así incesantemente, como muestran las terrazas superiores alternativamente ocupadas y abandonadas.

Abramos luego aquella obra seminal que fue en su tiempo la *Antropogeografía* de Ratzel (1914). Veremos ahí fórmulas perentorias. Las migraciones, por ejemplo, en su gran mayoría se han cumplido de regiones más frías a regiones más templadas (“per legge naturale” [por ley natural]) y dado que las alturas son más frescas, la misma ley viene aquí a aplicarse en la forma del descenso hacia las tierras bajas. He ahí además otros *locus* destinados

a perdurar: los hábitos de independencia y libertad del montañés, su coraje, su aferrarse a la tierra y su cerrazón al exterior (ideas criticadas por Febvre), su pobreza que lo lleva a conquistar las tierras bajas circundantes.⁷ En suma, casi un Ratzel tal cual esperábamos encontrar.

Sin embargo, las cosas son aquí también más complejas. Junto a aquellos determinismos generales aparecen otras consideraciones que podrían ser suscriptas por los más anti deterministas. La pobreza montañesa es, desde luego, el punto de partida, pero dicha pobreza estimula muchas respuestas que no son necesariamente la emigración. Ante todo, un crecimiento lento de la misma e incluso en ciertas localidades su disminución, en lo que parece una alusión a los mecanismos preventivos malthusianos, cuyas recordadas observaciones sobre el régimen demográfico suizo iban en el mismo sentido –aún si Malthus no aparece citado en la bibliografía de este libro ni tampoco en el de Vidal de La Blache o en el de Febvre. Pero hay más: la pobreza del suelo y las desfavorables condiciones del clima montañés llevan como respuesta una mayor actividad de los hombres y Ratzel enumera las distintas industrias domésticas de los relojes, los trabajos del metal, aquellos del vidrio. Aunque la situación es distinta en las poblaciones montañesas agrícolas o pastoras, el último recurso es la emigración a veces definitiva pero muchas veces también temporánea, en busca de traficar sus productos (Ratzel, 1914, pp. 431-433). Desde luego, además, las migraciones que Ratzel define inconscientes solo pueden desarrollarse tras un largo trabajo de generaciones para construir un horizonte geográfico no restringido. Lejos estamos también aquí de la fábrica de hombres. Primero

7. Véase el capítulo XV de Ratzel (1914).

porque la pobreza de la montaña empuja más que hace necesaria la emigración; segundo, porque la variedad de respuestas es múltiple y no unívoca. ¿Un Ratzel “posibilista”? No seguramente, pero sí un estudioso en tensión entre un marco teórico determinista y una curiosidad hacia la diversidad que emergía de sus conocimientos empíricos y de su gusto descriptivo. Retrato que podría ser no tan opuesto al de Braudel.

Probablemente, la fórmula “fábrica de hombres” deriva menos de los modelos teóricos provistos por los grandes geógrafos que de otras percepciones. Si hemos de creer a Braudel, de sus experiencias con los paisajes del mar interior y, aunque ello pueda discutirse –sobre todo que la imagen de la montaña mediterránea de Braudel está sesgada a un tipo de montaña en la cual la pobreza es su rasgo característico (Zanzi, 1996, p. 52)– su capacidad evocadora es realmente notable. ¿Pero por qué no buscar la construcción de esa imagen de la pobreza natural y de la exuberancia demográfica montañesa también en otro lugar? Ante todo, en las numerosas monografías regionales, empíricas, descriptivas de la escuela vidaliana.⁸ ¿Y por qué no también en los innumerables retratos que de la montaña y de la contraposición montaña-llanura nos ha dejado la literatura para pensar la emigración, pero también para contraponer dos modos de civilización?⁹

8. Cito a modo de ejemplo a J. Blache (1931, t. II, pp. 481-482).

9. Quisiera poner a modo de ejemplo esa contraposición entre dos formas de civilización rebosantes sobre la dicotomía ciudad-campaña, mar-montaña en el bellísimo relato autobiográfico de Italo Calvino (1990).

3.

Más allá de las fuentes en torno a las que construir ese estereotipo llanura-montaña que cruza su lectura del Mediterráneo, volvamos al problema central del cual ese estereotipo es una de sus formulaciones: el determinismo del espacio sobre la acción de los hombres. Dijimos ya que Braudel reabre esa cuestión, pero que le da, a la vez, una respuesta ambigua y una formulación diferente en cada uno de sus libros mayores y aún en las distintas ediciones de cada uno de ellos ya que todo el apartado sobre el problema del determinismo, la conclusión de la primera parte de la edición de 1949, ha sido completamente eliminada en la segunda de 1966, esta sí muy exitosa, en el marco de una importante reestructuración de la obra (1976, pp. 23-100). Esa ambigüedad es ciertamente retórica pero (creo) que no solo. Afortunadamente, poseemos hoy esas ya aludidas lecciones pronunciadas en el campo de prisioneros que son particularmente reveladoras porque coinciden con el momento mismo en que Braudel está escribiendo las dos primeras partes del libro y porque el tipo de público no académico le permite expresar más libremente sus ideas.

Como señalamos, Braudel manifiesta ya muchas más ambiciones que las que posee la escuela vidaliana. Ciertamente, este es el verdadero factor de renovación de las ciencias humanas en Francia y sus resultados son extraordinarios para Braudel en comparación con los producidos por la escuela histórica erudita. Al igual que, por ejemplo, para Pierre Vilar (1995, pp. 129-177) o para Georges Duby (Duby y Lardreau, 1980, pp. 94-96) ahí está la idea de que esos geógrafos eran los verdaderos maestros de aquellos crecidos en el mundo de entreguerras. Sin embargo, los elogios no están privados de reticencias hacia esa geografía más preocupada por describir que por explicar, a lo sumo como una

descripción razonada y como una ciencia del acontecimiento, pero lejos de la “Science avec un S majuscule” (Ciencia con una C mayúscula). Una disciplina plena de timideces es para Braudel esa geografía vidaliana, lejos también de la simplicidad y de las afirmaciones perentorias de los geógrafos alemanes de la escuela de Ratzel, para quienes la complejidad humana no es el verdadero problema. Sin embargo, pese a esa observación, Braudel admira los riesgos tomados por los estudiosos alemanes, su voluntad de desarrollar hasta el final las consecuencias de una idea. He ahí los términos del problema: ciencia y determinismo (1997, pp. 51-66).

Braudel, sin embargo, busca explorar en ese texto otras ideas que bien miradas hacen más complejas las posibilidades de realización de aquel proyecto. Basta de hablar del hombre y la montaña o el hombre y el bosque, sugiere Braudel, el objetivo del estudio no es el hombre sino los hombres y aún más que los hombres, la sociedad. Este es para el historiador el verdadero punto de partida, y en esto Braudel sigue puntualmente la posición de los morfólogos sociales en su polémica con los geógrafos. Esa posición le sugiere recordar también que, al lado de un medio físico existe un *milieu humain* (medio humano): al lado de la relación con la naturaleza existe la relación de los hombres con otros hombres, la realidad de los grupos, de las comunidades, de los lazos sociales. Los nombres de Marcel Mauss y Maurice Halbwachs encuentran ahí su lugar.¹⁰

Al colocarse en esta línea argumental, Braudel señala una doble vía en la relación entre los hombres y el medio. En algunos

10. Desde luego que el célebre artículo de Marcel Mauss sobre la sociedad esquimal (1904-1905) ha sido objeto de lectura por un Braudel, también preocupado por las variaciones estacionales en las relaciones con el medio.

párrafos el punto de partida debe ser (siguiendo a Gaston Roupenel) la primacía del tiempo de las realidades sociales, de la vida. Es decir, revertir la lectura de un determinismo que parte de la naturaleza y no de la sociedad, en sus propios términos: de la arcilla y no del hombre. De este modo, la trayectoria del investigador debe recorrer el camino entre esos dos polos que son lo social y lo espacial en dos sentidos, primero de la sociedad en su proyección hacia el espacio; luego del espacio hacia la sociedad. Es decir, ponerse en el límite, en la frontera interdisciplinaria entre la sociología y la geografía. Ello lleva a proponer dos sentidos para la geohistoria. Por una parte, la historia que el medio impone a los hombres por sus constantes o por sus ligeras variaciones y por otro, aquella del combate de los hombres con el espacio para vencerlo a veces, para soportarlo otras. A partir de allí, agrega: “La volonté de l’homme, quel grand facteur géographique”.¹¹

Una operación heurística debe acompañar esa operación conceptual y es clasificar los hechos en dos tipos: geohistóricos de primera categoría (de la naturaleza al hombre), y de segunda categoría, del hombre a la naturaleza.

Es claro que *La Méditerranée* es solo uno de los libros posibles de este complejo entramado de problemas. Cualquiera que conozca el modo de trabajar de Braudel, que escribía y desechara incesantemente, podrá tener una buena idea de cuántas incertidumbres existían acerca de las vías a recorrer o de las opciones a escoger (y Braudel se resistía todo lo posible a hacer esas opciones). Esas incertidumbres eran, como se diría hoy, teóricas, pero también, prácticas. Demasiado a menudo se olvidan los problemas de la resolución concreta de una idea que tanto afectan

11. “La voluntad del hombre, qué gran factor geográfico”.

a los historiadores: forma de presentación de los temas, secuencia argumental, utilización del material disponible, etc. Reducir a Braudel a un esquema puede ser útil a los efectos de desarrollar una tesis, pero no lo es para una adecuada comprensión del Braudel historiador.

Parece evidente que, pese a aquellas prevenciones, *La Méditerranée* trata más de la relación de un “hombre” genérico con el espacio, que de los hombres concretos o de los grupos sociales con aquel; y, desde luego, el “medio social” tiene mucha menos importancia, en ese y en otros libros sucesivos de Braudel, que el medio natural. A su modo, eligió priorizar las relaciones entre el hombre y la naturaleza antes que aquellas entre el hombre y otros hombres. Véase a este respecto la limitación de páginas y de temáticas de las partes consagradas en *La Méditerranée* a los grupos sociales: la burguesía reducida a su traición y las clases populares al bandidismo. Parece evidente también que los hechos geohistóricos de primera categoría (¿por qué primera?) tuvieron la prioridad explicativa sobre los de segunda, y el libro terminó yendo de la naturaleza a los hombres más que viceversa. Camino no sin hesitaciones y dudas como acabamos de ver, pero camino al fin.

4.

Braudel volvería sobre el tema del determinismo geográfico en trabajos sucesivos. En el segundo mediterráneo, aquel concerniente a la antigüedad, inédito hasta hace dos años, las fórmulas se repiten: ahora no se trata de la “fábrica” sino de las zonas de “alta presión demográfica”, demasiado pobladas para sus recursos y que dispersan a los hombres hacia las zonas “ciclónicas” que los atraen. Desde luego, las montañas, pero no solo ellas, también los desiertos, las estepas y un buen número de litorales marítimos

enmarcados por la montaña próxima. Una mayor variedad que es solo aparente: los emigrantes son montañeses o marineros. De nuevo las alturas y las islas. Nuevamente la contraposición montañas-llanuras y, en las primeras, la vida primitiva (los “bárbaros de lo alto”), mientras que en las segundas, la civilización... (Braudel, 1998, pp. 23-25 y 162-166).

Si *La Méditerranée...* abre una época, *Civilisation matérielle* la cierra. Si aquél tuvo éxito de crítica y escasos lectores, este último tuvo numerosos lectores y reticencias de la crítica (de Le Roy Ladurie a Halperin Donghi, de Charles Tilly a Ruggiero Romano). Uno de los problemas es que aquellas evocaciones de la primera obra se hacían, en la segunda, caóticas representaciones en las cuales, como dijera Halperin, el lector era asediado por un farrago de descripciones que se amontonaban ante sus ojos sin que su sentido se hiciera necesariamente evidente a sus ojos (1992, pp. 105-107).¹² Las ambiciones, a la vez de una historia total y de un retrato minucioso de semejanzas y diversidades hacía más difícil percibir la estructura lógica del libro. En él, volvía, sin embargo, el problema del determinismo.

Desde luego, el tema se ha desplazado de la geohistoria –la relación del hombre con la naturaleza– a la civilización material –la relación del hombre con las cosas–. Esta idea de civilización material puede remitir al prefacio de Michelet de 1869 a la *Historia de Francia*. En él Michelet reclamaba una historia a la vez más espiritual y más material “del suelo, del clima, de los alimentos, de tantas circunstancias físicas y fisiológicas” (1974, p. 13). Sin embargo, la idea parece tener fuertes contactos con cuanto plantea el geógrafo Pierre Gourou en un conocido artículo en *Annales*

12. En ese texto, Halperin retoma, a su vez, parte de las observaciones críticas de Le Roy Ladurie.

en 1949. Ahí Gourou (colega en el College de France y amigo de Braudel y al que este dedicará el tomo II de *Civilisation materielle*) vuelve a plantearse el problema de las relaciones entre el medio físico y el hombre, solo que introduce entre ellas una tercera dimensión: la civilización.¹³ La civilización es ese espacio intermedio, definido por Gourou como el conjunto de técnicas de explotación de la naturaleza y como la mayor o menor aptitud para organizar el espacio. Esa civilización no puede ser comprendida por la geografía física de una región, demasiados cambios, desplazamientos de pueblos, contagios de ideas y de técnicas lo impiden. Para concluir: “Qu’une civilisation se substitue à une autre et le même cadre physique portera une géographie humaine différente”.¹⁴ De donde en la relación entre el término físico y aquél social, Gourou otorga la prioridad al segundo. No se trata de que el hombre es lo que come, sino que sus opciones civilizatorias nos indican lo que comen, aunque sea verdad que luego aquellas opciones iniciales encadenan a estas civilizaciones no por elección sino por necesidad.

13. “L’explication géographique totale du paysage ne doit pas consister dans la mise en rapport de deux termes, l’un constitué par les éléments physiques, l’autre par les éléments humains –mais dans l’examen de trois catégories de données, qui sont: les éléments physiques, la civilisation, les éléments humains” [“La explicación geográfica total del paisaje no debe consistir en reunir dos términos, uno constituido por los elementos físicos, el otro por los elementos humanos, sino en el examen de tres categorías de datos, que son: los elementos físicos, la civilización, los elementos humanos”] (Gourou, 1970, pp. 225-236). Lucien Febvre señalaba y saludaba entusiastamente “I. La géographie” (1949, pp. 73-77). Ver también el análisis crítico de la idea de la historia de Toynbee del mismo P. Gourou (1949, pp. 445-450).

14. “En tanto una civilización reemplaza a otra, el mismo marco físico llevará a una geografía humana diferente”.

Lo interesante, me parece, es que Braudel retoma los términos del problema puestos por Gourou y los invierte. Nuevamente, ese colchón que es la “civilización material” aparece más encadenado al medio físico que a sus opciones culturales. Y parece ser de donde todo ese capítulo de Braudel, sobre el pan de cada día, establece un nuevo determinismo, más cercano ahora a las lecciones de los morfólogos sociales acerca del peso del número en las opciones civilizatorias, que a la de los geógrafos alemanes.

5.

La construcción braudeliiana vista en una perspectiva temporal reposa, menos en la victoria interdisciplinar, alternada según cada obra, de la geografía vidaliana o ratzeliana sobre la sociología durkheimiana, o viceversa, que en una combinación a la vez de un fuerte naturalismo con una idea también fuerte de ciencia social. En este punto es quizás tiempo de volver al ensayo de Simiand de 1903 en su polémica con Seignobos, al cual, siempre que tuvo necesidad de justificación, volvió Braudel para indicar el punto de partida teórico de su obra.¹⁵ Como observaba Simiand, no existían dos formas de ciencia (una nomológica y otra idiográfica), sino solo una. Era la provista por el paradigma galileano-newtoniano. Es decir, una ciencia que construye leyes. Para ello, el historiador no debe operar con hechos individuales, singulares, cronológicos (los tres ídolos de la tribu de los historiadores) sino con hechos homogéneos susceptibles de ser puestos en una serie. Lo que en realidad quería decir era que de todo hecho

15. Acerca del debate me permito remitir a F. Devoto (1992). Los textos de la discusión han sido propuestos en italiano por B. Arcangeli y M. Platania (1981).

el historiador debía recortar aquellas dimensiones comparables. A partir de esa comparación entre series de hechos homogéneos el historiador debía encontrar las regularidades, las constantes. Esas regularidades debían permitir la construcción de leyes. Se recuerda que esa fue la ambición de Labrousse (“Cómo nacen las revoluciones”), aunque tamizada por sus prudencias de historiador, y más en general de *Annales* en la segunda posguerra. El determinismo braudeliano era solo una de las formas posibles de determinismo: la de buscar establecer una causalidad entre distintas series de hechos. En Braudel era entre hechos de la naturaleza y acciones humanas, en otros sería entre ciertos hechos demográficos y comportamientos sociales o entre distintos hechos sociales. De allí que ese determinismo geográfico es uno más entre determinismos económicos, demográficos o sociales, que dominarán la nueva historiografía en la segunda posguerra. Ello explica el éxito de Braudel en los cincuenta y sesenta y las críticas que recibe hoy, cuando otros mitos han sustituido a los precedentes.

Ciertamente, Braudel rodeó sus proposiciones de muchas prevenciones. Retóricas, señalamos, pero también conceptuales, como parte de una tensión que también está presente entre sus ideas de la historia como una ciencia social y la forma narrativa tradicional en que prefirió presentarlas. Es decir, entre forma y contenido. Aquellas eran, en buena parte, hijas de su talento literario, de su gusto por evocar a través de imágenes que apelaban a los sentidos del espectador y no solo a su razón. “Mon propos, de bout en bout, a été de voir, de faire de voir en laissant aux spectacles retenus leur épaisseur, leur complexité, leur hétérogénéité, qui sont la marque de la vie elle-même” (1979, p. 9).¹⁶

16. “Mi propósito, de principio a fin, fue ver, hacer ver, dejando en las representaciones utilizadas todo su espesor, su complejidad, su heterogeneidad,

Pero también lo era de esa necesidad de hacer más mórbida esas férreas determinaciones que una ciencia de regularidades y leyes debía imponer, de combinar una forma de hacer historia de grandes frescos, a la Michelet, con la ambición de cumplir con los requisitos exigidos para una ciencia social. En ese sentido es bastante ilusorio considerar a Braudel como un típico representante de una historia analítica contrapuesta a la historia narrativa. Al hacerlo solo se puede concluir en la forma en que lo hace Ricoeur, que la estrategia de Braudel es también narrativa (aunque la articulación de los hechos sea morfológica y no cronológica). Solo que el ejemplo elegido no creo que habilite para concluir suprimiendo aquella distinción y diciendo que toda historia es una forma de narración, porque sería más legítimo hacer la comparación con un historiador *new economic* y no con Braudel.

El tema podría llevarnos muy lejos. No es nuestro objetivo. Solo quisiéramos retomar la observación de que la búsqueda de regularidades, constantes, leyes, signó toda la obra de Braudel, aún si este no dejó de advertir sus dificultades y de buscar, tal vez infructuosamente, una solución a la tensión entre la diversidad de la vida que percibía y amaba y las necesidades de una ciencia social tal cual entonces se concebía. Pues es claro que Braudel, como todos nosotros, era un hombre de su coyuntura, como una vez recordara con un sentido muy diferente, Wallerstein (1982). Esa coyuntura era la de las ilusiones científicas, la cuantificación y los múltiples determinismos. Eso hizo su fortuna entonces y

que son la marca de la vida misma". ¿Y no le había gustado siempre comparar su tarea con la de un pintor, a la manera de Matisse que pinta una y otra vez el mismo cuadro con pequeñas variaciones para finalmente encontrar el retrato del paisaje que le satisface? Véanse a propósito las observaciones de Paule Braudel (1993, pp. 95-96).

quizás su ausencia de fortuna en una época como la nuestra que persigue otras ilusiones. Éxitos percederos y críticas igualmente percederas no pueden restar valor a una obra cuya genialidad interpretativa y literaria eran parte de esos méritos únicos e intrasmisibles de los grandes historiadores.

Al final de sus días, en *L'Identité de la France* (1986), en un clima ya cambiado, tomo distancia de aquellos determinismos, aunque dejó irresuelta la cuestión que para él permanecía abierta. Sin embargo, es claro que este libro está ya lejos de aquellas ambiciones de las otras dos obras y un retorno a Vidal de La Blache y al “posibilismo” febvriano es (creo) muy evidente. Es que en la relación entre el espacio y el hombre el itinerario de Braudel nunca fue constante, lineal, ni único.

Bibliografía

- Arcangeli, Bianca y Platania, Margherita (1981). *Metodo storico e scienze sociali. La “Revue de Synthèse Historique”*. Roma: Bulzoni.
- Blache, Jules (1931). *Les massifs de la Grande-Chartreuse et du Vercors. Etude Géographique* Grenoble: Allier Pere et Fils.
- Braudel, Fernand (1953). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, Fernand (1976). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Segunda edición corregida y aumentada. México: Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, Fernand (1979). *Civilisation materielle, economie et capitalisme (XV-XVIII)*. París: Armand Colin.
- Braudel, Fernand (1986a). *L'Identité de la France. Espace et histoire*. París: Arthaud-Flammarion.
- Braudel, Fernand (1997). *Les ambitions de l'histoire*. París: Editions de Fallois.

- Braudel, Fernand (1998). *Les mémoires de la Méditerranée*. Paris: Editions de Fallois.
- Braudel, Paule (1993). Braudel antes de Braudel. *Primeras Jornadas Braudelianas*. México: Instituto Mora.
- Calvino, Italo (1990). *La strada di San Giovanni*. Milán: Mondadori.
- Cedronio, Marina (1972). Perfil de las *Annales* attraverso le pagine delle *Annales*. *Atti dell'Accademia di Scienze morali e Politiche*, LXXXIII, 244-246.
- Daix, Pierre (1995). Braudel, patron de la nouvelle histoire. En *Braudel*. Paris: Flammarion.
- Devoto, Fernando (1992). *Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea*. Buenos Aires: Biblos.
- Devoto, Fernando (1995). Itinerario de un problema: *Annales* y la historiografía argentina, 1929-1965. *Anuario del IEHS*, 10, 155-175.
- Duby, Georges y Lardreau, Guy (1980). *Dialogues*. Paris: Flammarion.
- Febvre, Lucien (1940). I. La géographie. *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, 1, 73-77.
- Febvre, Lucien (1961). *La tierra y la evolución humana. Introducción geográfica a la Historia*. México: UTEHA.
- Febvre, Lucien ([1940] 1962). La Société Féodale. une synthese critique. En *Pour une histoire à part entière* (pp. 413-427). Paris: SEVPEN.
- Febvre, Lucien ([1950] 1962). La Méditerranée et le Monde Méditerranéen a l'époque de Philippe II. En *Pour une histoire à part entière*. Paris: SEVPEN.
- Friedman, Susan (1996). *Marc Bloch, Sociology and Geography. Encountering Changing Disciplines*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Gourou, Pierre (1949). Civilisations et malchance géographique. *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, 4, 445-450.
- Gourou, Pierre ([1948] 1970). La civilisation du végétal. En *Recueil d'articles. Bruxelles, Société Royale Belge de Géographie*, 225-236 .
- Halperin Donghi, Tulio (29 de junio de 1952). Historia y Geografía en un libro sobre el Mediterráneo. *La Nación*.
- Halperin Donghi, Tulio (1992). La historia social en la encrucijada. En Oscar Cornblit (comp.), *Dilemas del conocimiento histórico: argumentaciones y controversias*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Kisner, Samuel (1981). Annaliste paradigm? The Geohistorical Structuralism of Fernando Braudel. *American Historical Review*, 86, 63-67.
- Mauss, Marcel (1904-1905). Variations saisonnières des sociétés eskimos. Étude de morphologie sociale. *Année Sociologique*, IX. Con la colaboración de H. Beuchat. http://classiques.uqac.ca/classiques/mauss_marcel/socio_et_anthropo/7_essai_societes_eskimos/essai_societes_eskimos_2018-10.pdf
- Micoli, Giovanni (1970). *Delio Cantimori: la ricerca di una nuova critica storiographica*. Torino: Giulio Einaudi Editore.
- Michelet, Jules (1974). Histoire de France. En *Oeuvres Complètes*. IV. París: Flammarion.
- Ratzel, Friederich (1914). *Geografia dell'uomo*. Milán: Fratelli Bocca Editori.
- Romano, Ruggiero (1982). *Tra storici ed economista*. Torino: Giulio Einaudi Editore.
- Romano, Ruggiero (1995). *Braudel e noi. Riflessioni sulla cultura storica del nostro tempo*. Roma: Donzelli.

- Viazzo, Pier Paolo (1989). *Upland communities. Environment, Population and Social Structure in the Alps since the Sixteenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vidal de La Blache, Paul (1922). *Principes de géographie humaine*. París: A. Colin.
- Vilar, Pierre (1995). *Pensar històricament*. Valencia: Eliseu Climent Editeur.
- VV. AA. (1986). *Un leçon d'histoire de Fernand Braudel*. París: Arthaud-Flammarion.
- Wallerstein, Immanuel (1982). Fernand Braudel, historian, «homme de la conjuncture». *Radical History Review*, 26, 105-119.
- Zanzi, Luigi (1996). Ripensare la montagna in chiave di storia ambientale: un excursus critico storiografico da Fernand Braudel a Jean François Bergier. En Martin Körner y François Walter, *Quand la montagne aussi a une histoire, mélanges offerts à Jean-François Bergier*. Berne/Stuttgart/Vienne: P. Haupt, 1996.

Las Américas en la obra de Ruggiero Romano: una aproximación*

Existen muchas imágenes de un historiador o de cualquier persona y nunca podremos cubrir todos los ángulos desde los que una vida podría ser mirada. Ortega había dicho, en alguna parte, que Madrid era distinta para aquel que llegaba a ella desde Toledo o desde la carretera de Burgos. Si un objeto como una ciudad se presta a infinitas perspectivas ¿qué decir de la vida de una persona de la que poseemos informaciones fragmentarias y discontinuas (como en *Ciudadano Kane*, de Orson Welles) y cuya clave explicativa, si existe, jamás podremos descifrar del todo? Al menos, en el caso de un historiador, podemos consolarnos con

* El presente artículo sigue bastante fielmente la comunicación presentada en el seminario organizado en honor de Ruggiero Romano en ocasión de su doctorado *honoris causa* concedido por la Universidad de Camerino en mayo de 1998. Como fue formulada para ser transmitida oralmente, trata de conservar el tono coloquial de la exposición y las notas han sido reducidas al mínimo. Fue publicado originalmente en A. Filippi, *Ruggiero Romano, L'Italia, L'Europa, L'America*, Camerino, Università degli Studi, pp. 145-176, 2000. El lector interesado puede encontrar otras referencias de las obras de Romano aludidas en el texto en el catálogo que incluye la edición integral de sus trabajos realizada por A. Filippi: *Ruggiero Romano, L'Italia, L'Europa, L'America* (1998). Una serie de reflexiones más pertinentes que las mías se encuentran en el número de la *Revue Européenne des Sciences Sociales* (1983) dedicado

que, siguiendo el consejo de Croce, es conveniente detenerse solo en sus ideas históricas, expresadas en un corpus de textos por él producido. Lo otro sería, como dijera el pensador abrucés, que en esto se hacía eco de Hegel y de Goethe, apelar al “punto de vista del camarero” (Croce, 1950). Con todo, si se hiciera en este punto una breve concesión para evocar a la persona que me honró con su amistad, cómo no señalar al menos que era no solo un temperamento exuberante (decía de sí mismo, “nacido en Fermo y maleducado en Nápoles”), sino una persona muy generosa, pero también un extraordinario conversador –y no solo de historia, ya que sus lecturas eran extensísimas y su experiencia de vida tan rica como curiosa– y un gran *gourmet*. Un personaje –y claro que lo era!– que ya casi no se encuentra en el mudo de los académicos de hoy. Todo lo que no impedía que a la hora de definir su rutina señalaba un cuadro de una galera antigua que tenía detrás de su

a los sesenta años de Romano. Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Juan Oddone, Enrique Tándeter y al mismo Ruggiero Romano por las informaciones que me brindaron para realizar este trabajo. Nadie es desde luego responsable de errores, omisiones, mutilaciones o incorrectas perspectivas, salvo el autor de estas líneas.

En época posterior a la realización de este artículo fueron publicados otros libros y artículos de homenaje a Romano de los que no se dará cuenta aquí por las razones expuestas en el prólogo. Apenas se ajustarán algunas imprecisiones y se ampliará brevemente la argumentación sobre el primer momento del encuentro de Romano con América Latina: 1957-1966. Las razones deben buscarse en un desencuentro. Quisiera recordar aquí, veinte años después, que el mismo Ruggiero Romano no estaba de acuerdo con mi lectura de ese momento, ya que la juzgaba unilateral en tanto enfatizaba en exceso la dimensión económica de su trabajo en perjuicio de otras y así lo manifestó enérgicamente en las mismas jornadas en su homenaje en las que presenté este texto –y de las que yo participaba invitado por su expreso pedido–.

escritorio indicando que esa había sido su vida, encadenado a las galeras del trabajo académico.

El Ruggiero Romano que presentaremos aquí será ciertamente parcial, no solo por amputar todo aquello que no sea la historiografía, sino, aún dentro de esta dimensión, por nuestro insuficiente conocimiento de la obra del autor y del contexto historiográfico en el que opera. El ponente expresa de antemano sus límites: conoce apenas mediocrementemente las historiografías rioplatenses y más limitadamente aún las francesa e italiana, del resto apenas muy sumarias nociones. Enfoque resultante, entonces, desigual geográficamente, parcial y fragmentario, pero esperamos que, desde el punto de vista elegido, no arbitrario.

Una segunda premisa sería la siguiente: la obra de toda mirada intelectual desde la cima de un éxito merecido puede verse como un continuo sucederse de triunfos olímpicos que coronan linealmente una carrera. En este caso, se trata de la del más reconocido historiador europeo vivo que se haya ocupado substancialmente de América Latina. La imagen, en su linealidad y en su continuidad, es seguramente engañosa en este y en cualquier caso. Como alguna vez enseñara Franco Venturi (1970), el historiador de las ideas, a diferencia del filósofo, no debe resalir hacia las fuentes construyendo una límpida trayectoria, toda ella contenida en el desarrollo sistemático de ciertos núcleos originarios. Por el contrario, el historiador debe acompañar esas ideas (y esas trayectorias profesionales) en su desplazarse en el río torrencioso de la historia, seguirla en los meandros en los que se desvía, indagar las fuerzas que se le oponen, los obstáculos que encuentra. En esa perspectiva, que no postula *a priori* la necesaria unidad, ni deja de percibir todos los obstáculos que, para su difusión primero y para su éxito después, encuentran las ideas y las acciones de un historiador, es que pretende inscribirse este pequeño ensayo.

Comencemos este breve *excursus* de Ruggiero Romano y América, por la geografía. Ha habido muchas Américas en Romano: Chile y el Río de la Plata primero, en el tránsito de los años cincuenta a los sesenta, el Perú luego en los setenta, finalmente México en los ochenta. En este sentido, las Américas han sido un plural y no un singular en su experiencia, y ello tanto en el tiempo como en el espacio. La pluralidad que proponemos no es aquí la de todo argentino que, partiendo de Mitre, se esfuerce por pensar desde la “excepcionalidad” argentina, la diversidad iberoamericana, es, en cambio, una pluralidad que aspire a dar cuenta de una biografía intelectual desde la diversidad y la fragmentariedad aludida en el párrafo anterior.

Permítaseme aquí pues evocar más la diversidad de las Américas aún si sé bien que para Romano –como, por otra parte, para la mayoría de los historiadores europeos– América, al menos la Latina, ha sido más un singular que un plural. En este sentido, Romano siempre estuvo atraído, desde sus estudios sobre la economía colonial de Chile (1965) (“fenómenos que hemos mostrado para Chile están presentes en todas partes de México al Río de la Plata”) hasta los producidos treinta años después, sobre las “coyunturas opuestas”, por indagar una problemática unitaria. Unidad de problemáticas más que de realidades socio-culturales.

Si la geografía intelectual de Romano nos habla de numerosas Américas, también lo hace de que esta nunca ha estado aislada en una red personal, institucional e historiográfica que surca ambos lados del Atlántico. Permítasenos sugerir que la red en la que está inserto Romano nos enseña mucho de su biografía intelectual. Se trata de una red de “malla abierta” que se extiende de Polonia hacia el este, a los Andes en el oeste, desde París en el norte, hasta Nápoles –o si se prefiere y más recientemente, hasta Palermo, un lugar desde el cual pensar el imperio español, en el sur–.

Si comparásemos esa red con la del último Braudel veríamos que la de Romano se dilata hacia el Sur (Nápoles y América meridional) mientras que la de Braudel es mucho más noratlántica –y en la franja europea del mediterráneo (otra cuestión es África del Norte) no se expande mucho más allá del eje Prato-Barcelona–. Geografía que no habla aquí de influencias, que van mucho más allá de estas imaginarias fronteras, sino de relaciones institucionales y personales, de contactos, de intercambios.

Una segunda comprobación, desde la geografía social, es que Romano ha sido un historiador que ha operado en las fronteras de lo que entonces podría haberse definido como una “civilización” historiográfica. Es decir, frontera de una forma de hacer historia, en sus problemas tanto como en sus incertidumbres. Desde luego, tenemos por una parte a Polonia, en la que puede proponerse con rapidez el *Hic sunt leones* que definía un *limes* conflictivo para las posibilidades de una historia a la vez nueva y comprensiva, en el marco de las constricciones impuestas por el antiguo régimen de los socialismos reales. La misma expresión, originaria en las fronteras de la civilización medieval, creo que sin exageración también podría haberse utilizado para Iberoamérica. También allí nos encontrábamos en las fronteras de una historiografía occidental, aunque por motivos diferentes. Los dogmas, los ideologismos y los arcaísmos que dominaron buena parte de la historiografía latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX no eran (mayoritariamente), cuando Romano llegó a ella, el resultado de una imposición desde el poder, sino, en muchos casos, de la dificultad para construir una lectura profesional, o si se prefiere simplemente erudita y sistemática, en un marco donde las urgencias parecían otras (al igual que los usos que había que dar a la historia para resolverlas).

Distinta sería la situación posterior, en la época de las dictaduras militares que asolaron el continente entre mediados de los setenta y principios de los ochenta; ahí sí tendría lugar una situación de cercenamiento desde el poder incluso muy agravada con respecto a la de los socialismos reales. Empero, lo que ocurría cuando Romano arribó por primera vez a Iberoamérica a fines de los años cincuenta era que la escuela erudita (lo más consistente que la historiografía iberoamericana había construido hasta entonces, con sus debidos límites y con sus diferencias nacionales) no solo iba hacia su total obsolescencia, sino que estaba siendo puesta seriamente en cuestión por nuevas corrientes en las que los motivos del cambio social eran más importantes que los de la comprensión histórica.

La segunda observación que queremos formular es menos discutible: una de las enormes ventajas de Ruggiero Romano y de la que pudieron beneficiarse sus muchos discípulos es haber sido no simplemente un historiador de América sino un historiador entre Europa y América, es decir entre las historiografías, los problemas, las lecturas formuladas en uno y otro contexto. Y parte de los méritos ha sido contribuir a fertilizar cada uno de los dos campos con las contribuciones del otro. Permítaseme un ejemplo. Cuando Enrique Tándeter comenzó su investigación sobre Potosí una iluminación para su trabajo consistió en la sugerencia de Romano de leer la obra de Giorgio Georgetti sobre los sistemas agrarios en la Italia moderna. ¿Pero no fue la comparación con la Nápoles del siglo XVIII la que ayudó al mismo Romano a percibir muchos de los problemas de la economía colonial de Chile en la misma época? También sucedió inversamente. Por ejemplo, con la proposición al público europeo, por parte de Romano, de muchos clásicos latinoamericanos, a través de las ediciones de Einaudi, de Furtado a Murra ¿no ayudó también a repensar los problemas de la historia europea?

Las Américas de Romano, se señaló, comienzan (al revés de las de los conquistadores) desde el sur. Entre los años 1957 y 1964 una serie sucesiva de viajes establece los vínculos con Uruguay, Argentina, Chile. Es el momento de muchas ilusiones en todo el contexto iberoamericano. Las ilusiones de la “modernización” que abarcan a la economía tanto como a la sociedad y al sistema político. Modernización de la sociedad y modernización paralela de las ciencias sociales destinadas no solo a brindar una presuntamente mejor comprensión de sus sociedades, sino también a sustituir el mal del “ensayismo” endémico de la reflexión latinoamericana.

¿Pero quién es ese historiador que llega por vez primera Chile y luego a Montevideo? Es alguien que posee ya una larga experiencia en el terreno de la historia europea moderna. Su itinerario está constituido por un conjunto de experiencias historiográficas diferentes y que, en su mezcla, constituyen una notable originalidad y una rica combinación de perspectivas. Ante todo, destacan las experiencias napolitanas, que van desde sus estudios en la Universidad hasta su tesis sobre un tema clásico en las preocupaciones de los intelectuales del Reame: la revolución napolitana de 1799 en la que tantos habían querido buscar claves de una conflictiva y problemática modernidad. Es interesante que la aproximación de Romano a ese tema sea a través de la figura de Vincenzo Russo y la corriente más extremista de la revolución napolitana y no, como en los intereses de su maestro Nino Cortese, a través de, por ejemplo, Vincenzo Cuoco, que si había tenido lazos de amistad con Russo no por ello dejaría de ser un crítico implacable de su “abstractismo” (1976).¹ El primero remitía a las ilusiones (*zen-core des ilusions?*) el segundo al escepticismo, aunque no debería

1. Sobre el interés de Cortese por Cuoco, ver la bella introducción a V. Cuoco, *Saggio Storico sulla Rivoluzione di Napoli del 1799* (1995) (primera

olvidarse el retrato no desfavorable de Russo que elaboró Croce (Garin, 1966, p. 672).

Pero esta experiencia napolitana tiene dos prolongaciones de bien diferente peso, una en el espacio, los dos viajes de Romano a Alemania a la Universidad de Leipzig durante la guerra; y el otro en el tiempo, la prolongación de sus estudios en el Istituto Italiano per gli Studi Storici, que alguien llamó con felicidad la Universidad de Spaccanapoli, que Benedetto Croce había creado en Nápoles luego de la guerra como una forma crepuscular de encontrar un lazo con las nuevas generaciones de historiadores y a través de él de prolongar el hálito del historicismo en la segunda posguerra. Si la operación de Croce se revelará en el mediano plazo menos exitosa de lo previsto, no dejará de ser significativo que casi todos los historiadores italianos relevantes pasaron por dicha experiencia, en los años sucesivos a la Liberación, aunque pocos permanecieron en esa sensibilidad historiográfica y los que lo hicieron tendrían, con todo, profundas diferencias con el idealismo croceano y con su enseñanza historiográfica.² Aunque no podría decirse que Romano se encontrase entre los discípulos preferidos de Croce, ni que leyendo a uno y a otro se perciban las filiaciones de método o de estilo historiográfico, lo cierto es que en sus últimos años lo recordaba con afecto como a uno de sus maestros mayores, aunque el juicio había sido oscilante a lo largo del tiempo, como a menudo habían sido otros juicios.³ Empero,

edición 1926) así como la otra Introducción a V. Cuoco, *Il pensiero educativo e politico* (1948).

2. Parece a todas luces excesiva la referencia a una “escuela de Croce” como titula un libro que recoge útiles entrevistas, aunque sesgadas en la selección, de antiguos alumnos del Istituto (Romeo, 1992).

3. Ver por ejemplo el poco concesivo retrato de Croce y de los croceanos en R. Romano (1978).

también ahí, en el Palacio Filomarino, Romano iba a encontrar a Federico Chabod a quien Croce había finalmente elegido para dirigir el Instituto por él creado. Empero Chabod, aunque por entonces abierto a nuevas curiosidades, implicaba, en los hechos, una forma distinta de hacer historia con su cercanía estrecha al archivo y sus intereses que, aunque muy variados, no dejaban de otorgar un lugar relevante a la historia diplomática. Área esta última en la que iba también a incursionar Romano bajo su supervisión con su trabajo sobre la paz de Cateau Cambresis y el equilibrio europeo. Más importante aún sería ese nexo con Chabod el que lo llevaría al encuentro con Braudel y la EPHE.⁴

El abreviar de Romano en la fuente mayor del *storicismo assoluto* italiano y, en una medida que no puedo precisar también en el *historismus* alemán, se combina luego con la experiencia francesa de *Annales*. Muchos de los que se postularon como herederos de aquella forma que definirían “italiana” de hacer historia, verían esa experiencia como substancialmente contradictoria con las propuestas de *Annales*: sea con las temáticas (la prioridad de las dimensiones materiales de la experiencia) o, sobre todo, con las opciones historiográficas que habrían enfatizado el papel de las estructuras y de la larga duración en contraposición con la consagración de la libertad del individuo o con una noción más clásica de tiempo histórico. Ciertamente, esa lectura de las relaciones entre historicismo idealista italiano y *Annales* braudelianno puede discutirse en sus formulaciones más extremistas, como las de Furio Diaz (1977), pero quizás menos en la persuasiva argumentación de Marina Cedronio (1972). Por supuesto, además,

4. Dice lo esencial el artículo de Maurice Aymard (2017), trabajo que se beneficia del control por parte de Aymard del Archivo Braudel y de la consulta de parte del disperso archivo Romano.

existía un *trait d'union* entre Croce y Braudel, y era la figura de Federico Chabod, el antiguo alumno de Meinecke en Berlín, al que ya aludimos, quien a su robusta concepción de la realidad histórica (hija tal vez de la formación en la escuela de perfeccionamiento que Volpe había creado en Roma durante las entreguerras) agregaba ahora un notorio interés hacia la historiografía francesa, lo que hacía menos incompatibles las diferencias.⁵ Y el homenaje tributado por Braudel a la muerte de Chabod testimonia, sino la semejanza de concepciones historiográficas sí al menos las buenas relaciones y la mutua admiración que surcaron sus contactos. Desde luego que otro punto de vinculación posible entre *Annales* y el historicismo idealista, es Lucien Febvre, en este caso más temático que historiográfico –aún si es difícil hallar páginas más atentas a la sensibilidad croceana que las iniciales de *Le problème de la incroyance au XVI siècle* en las que el historiador francés indaga cómo “cada generación inventa su renacimiento” (1959 y 1962). Un Febvre en quien habría querido verse, por lo demás, una mayor sensibilidad hacia el problema del individuo en la historia, casi como una línea diferenciada dentro de la misma tradición analista y en ello también más cercana a la sensibilidad del historicismo.

Con todo, más allá de admitir la existencia de esas dos líneas, debemos recordar que Romano comenzó a trabajar en Francia en ambas. Una se expresaba en la colaboración con Lucien Febvre, que hubiera debido fructificar en un libro conjunto sobre las sociedades del Renacimiento, aunque finalmente quedó parcialmente trunco en indescifrables manuscritos del gran historiador francés –y era parte de sus múltiples iniciativas, en los últimos

5. Así lo percibieron un colega y un antiguo alumno del Instituto: Momi-gliano (1960) y Vittorio De Caprariis (1996).

años de su vida, con jóvenes historiadores como Henri Martín o Robert Mandrou. La otra línea fue la que fructificó plenamente: la vinculación con Braudel y con Labrousse, en quienes la novedad y la ruptura con otras formas de hacer historia no era solo temática sino historiográfica. Se trataba de esa inmersión en la historia serial que Labrousse había tomado, al menos como punto de partida, de Simiand y que significaba una operación historiográfica que debía, en los propósitos de sus cultores, revolucionar la forma de hacer historia.

Como es conocido, todo podía partir conceptualmente de aquél seminal artículo de Simiand (1903), en su polémica con Seignobos, continuado y desarrollado por Labrousse (1962) en sus investigaciones sobre los precios y la gran revolución. Para ser un científico, el historiador (desde la idea de que existe un solo modelo de ciencia y no dos, idiográfica y nomotética) no puede operar con hechos únicos e individuales, cuya organización realiza en forma cronológica y cuyo principio de causalidad es individual y temporal (un acontecimiento singular explica otro que lo sucede). Debe, por el contrario, operar con hechos homogéneos, susceptibles de ser colocados en una serie para luego correlacionar ambas series. Solo ello le permitirá ir más allá de una causalidad individual y plantearse la posibilidad, la aspiración, como cualquier otro científico, de construir leyes. La historia, así, se desdibuja en las ciencias sociales, que se disuelven en una concepción monista de la ciencia.

La combinación de las *Annales* braudelianas, en especial en su forma de “historia serial”, con el historicismo italiano es, más allá de todo debate, una relación problemática,⁶ pero desde luego muy

6. Para la mirada de Croce sobre *Annales* bastaría el recuerdo de una historia que contaba el mismo Romano: habiendo promovido una conferencia de

enriquecedora para quien la recibe. Es difícil indagar ambas matrices del pensamiento de Romano. En América Latina, fue siempre percibida más la primera que la segunda. Ello puede ser un error, pero, como sabemos, ese tipo de error constituye el núcleo básico de las profecías autocumplidas: si las personas perciben que algo es real, lo es en sus consecuencias, y los historiadores latinoamericanos vieron y ven todavía en Romano al mensajero de la nueva forma científica, sobre todo, a la manera en que era percibido *Annales* en la segunda posguerra. Es decir, el Romano de la historia económica, cuantitativa y/o serial. Pero todo ello nos remite no solo al problema de la obra de Romano en América meridional sino al de la recepción de la misma y en ello es decisivo considerar la cronología.

Cuando Romano llega al extremo sur del continente americano en 1957, en especial a Chile y luego más fugazmente al Uruguay, una nueva generación de historiadores trata de abrirse camino entre las dificultades de todo tipo provistas por las inercias institucionales. Son historiadores que estaban buscando una vía para romper con la historiografía tradicional sin caer en la historia ideológica por entonces en alza. Una de las ventajas para esa operación era, entonces, la centralidad que adquirirían las nuevas ciencias sociales vinculadas con las ambiciones de “modernización”: la sociología y la economía cepalina y los diálogos que con ella establecían los jóvenes historiadores. Por supuesto que esto era más visible en Argentina o parcialmente en Chile y mucho menos en Uruguay, en cambio, donde las ciencias sociales eran comparativamente menos influyentes y también una sólida

Braudel en el Istituto Italiano per gli Studi Storici, durmió durante casi todo el transcurso de la misma. Para una mirada veloz y sobriamente distante de Braudel sobre Croce ver Braudel (1951).

historiografía erudita de matriz tradicional, más flexible y competente, estaba en vías de innovar desde los mismos fundamentos de la disciplina –piénsese en este sentido en el camino que va de Pivel Devoto (por entonces embarcado en una vastísima recolección de documentos para la historia económica y financiera del Uruguay) a su discípulo José Pedro Barrán. En cualquier caso, por esa vía –o por aquella provista por un marxismo ortodoxo que poco luego iba a estar sólidamente implantado–, la historiografía uruguaya se dedicaba también a nuevos temas y nuevos enfoques, pero con limitada recepción de las misiones procedentes de la historiografía europea o de las ciencias sociales.

Desde luego que, aunque cada país del Cono Sur presentaba un panorama académico diferente, no menos importante eran los interlocutores específicos de Romano y las facilidades que iba a obtener para realizar su tarea, a la vez pedagógica y de investigación. Feliz iba a ser la experiencia chilena que, lamentablemente, conozco bastante menos que las otras. Una diferencia me parece evidente: su introducción en el mundo académico no fue desde sectores que, más allá de su prestigio o su talento eran marginales institucionalmente en sus historiografías, sino desde el centro mismo de la escuela erudita, de la mano de esa figura de enorme prestigio que era Mario Góngora. Por otra parte, el caso chileno era historiográficamente más semejante al uruguayo que al argentino, tanto en el sentido de que existía una tradición erudita menos esclerosada que en la Argentina, como en el hecho de que ahí también había una tradición alternativa enraizada en movimientos políticos de izquierda. Lo que los diferencia es la vía de ingreso a cada ámbito académico y quizás la situación en general de la historiografía y de las ciencias sociales, aunque por supuesto los cepalinos estaban bien presentes en Chile y no solo en el sector demográfico (la CELADE se crea en 1957).

Cualesquiera fueran las relaciones entre las ciencias sociales y la historiografía en Chile, la propuesta renovadora de Romano encontrará allí menos competencia por parte de otras alternativas que al otro lado de la cordillera. Quizás todo ello explique por qué fue en este país donde fructificaron en mayor grado las iniciativas adoptadas por Romano. En especial sería de importancia la colaboración con Álvaro Jara y con Rolando Mellafe con quienes realizaría la obra colectiva *Temas de Historia Económica Hispanoamericana* que publicaría Mouton y que reuniría los trabajos presentados en una sesión de un Congreso Internacional de Historia Económica y, desde luego, con los años, la estrecha colaboración con otro discípulo de Góngora: Marcello Carmagnani. Empero, la experiencia chilena representa también la más exitosa investigación de Romano en el Cono Sur, en los archivos coloniales del Archivo Nacional ya en su segunda visita en 1958, que, aunque no siempre catalogados (como en el caso de la Casa de la Moneda según su testimonio) seguramente estaban mucho mejor preservados que en Buenos Aires. Lo cierto es que los estudios chilenos dieron pronto lugar a una serie de publicaciones de Romano, en especial sobre moneda y precios.⁷

En cierto modo, el caso uruguayo representa la contracara del chileno. Aquí Romano contará también con una red de relaciones valiosa, desde Juan Oddone a un discípulo de José Luis Romero (y cuasi discípulo de Braudel) conocido ya desde París, Gustavo Beyhaut o al más joven Gustavo Cecchili, pero ellos eran relativamente marginales en su país, donde Edmundo Narancio y sus discípulos (que tanto habían obstaculizado precedentemente a José Luis Romero) tenían buena parte del control

7. Una versión preliminar sin referencias al aparato erudito fue ya publicada en 1960.

universitario y Juan Pivel Devoto era el *arbitre* de la historiografía uruguaya. De algún modo, ello se reflejaba en que para Beyhaut, Oddone y su esposa, Blanca Paris, la mejor carta académica seguiría estando en la otra orilla del Plata, en Buenos Aires, donde podían beneficiarse del hecho de que el gran impulsor de la renovación historiográfica, José Luis Romero, los había cobijado por sus méritos. Sea de ello lo que fuere, la correspondencia Oddone-Romano muestra tanto las dificultades para armar algo institucional en Montevideo como para sacar provecho de aquellos materiales de archivo que o había reunido por sí o le habían sido enviados por Oddone.⁸

José Luis Romero sería también el introductor y promotor de Romano en Argentina. Romero, que era un historiador más desconfiado de las novedades historiográficas que lo que se ha sostenido) creía, sin embargo, en la necesidad de brindar a los jóvenes que trabajaban con él nuevas oportunidades y perspectivas y eso explica su apertura hacia *Annales* y otras corrientes. Esa actitud se expresaba no solo en la enseñanza, sino en la publicación en castellano de muchos de los trabajos fundamentales que la revista estaba editando y en su voluntad de colaborar en proyectos de investigación con Gino Germani y el departamento de sociología. El ámbito de todas estas iniciativas era la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en la que Romano desarrollará la mayoría de sus cursos –aunque sus contactos se extendieran también a Rosario y a Córdoba, con el grupo dirigido por Ceferino Garzón Maceda.

Aunque la influencia de Romano fue mucho más significativa en Argentina que en Uruguay, operaba en un sector pequeño

8. Referencias varias en la correspondencia Oddone-Romano en AGU (Montevideo), Fondo Histórico, Correspondencia (1961-1973), 142 E.

aunque muy brillante de la historiografía local en el que confluían desde Tulio Halperin –otro antiguo alumno de Braudel–, hasta algunos destacados discípulos de Romero como Reina Pastor y Haydée Gorostegui de Torres y, desde luego, Ceferino Garzón Maceda en la Universidad de Córdoba. Pero nunca se señalará lo suficiente cuánto estaban (salvo en la Universidad del Litoral y, en parte, en Córdoba) en los márgenes de los departamentos e institutos de Historia de las distintas universidades, sea docencia o ámbitos de investigación. Lo que implicaba que el prestigio del grupo era mucho más grande en la cultura argentina (incluso por el control académico de prestigiosas editoriales como EUDEBA o Paidós) o en el exterior, que dentro de la historiografía académica local.

Será en ese sector renovador, en el que existía una amplia interacción institucional e intelectual con la escuela cepalina y con la sociología germaniana, en el que la influencia de Romano fue más visible. Ella se centraba en el terreno de la historia económica y en especial de precios y los cursos que al respecto dio Romano, seguido por un público menos de historiadores que de científicos sociales, dejaron un largo y perdurable eco en Argentina. Desde luego que, como el mismo Romano recordó polémicamente en el seminario en su homenaje, también dictó otros cursos, por ejemplo, sobre Maquiavelo, pero lo significativo es que en la memoria de los testigos de aquellas visitas solo ha perdurado el eco de su contribución a la historia económica (en la UNL en 1964).⁹ Ello

9. La intervención de Romano, centrada en algunos temas de gran interés como el de la continuidad y discontinuidad en los procesos históricos (siempre teniendo como blanco a Rostow and co.), o como la propuesta de un retorno a lo cualitativo, o la cuestión de la revolución agrícola como condición de posibilidad de la revolución industrial en el contexto de una discusión sobre la productividad agrícola y su decisivo papel a la hora de pensar

no es desde luego sorprendente. La economía aparecía entonces en el centro de cualquier propuesta de transformación de la sociedad y de la historiografía. Eran, finalmente, los años en que desde la línea abierta por Dobb en el marxismo británico, hasta la propuesta por la generación francesa Braudel-Labrousse; desde la renovada historiografía de la industrialización de Landes a Gerschenkron hasta los comienzos de la *New Economic History*, o incluso hasta un autor tan influyente en América Latina como Rostow, todos los caminos parecían conducir a una transformación de los estudios históricos desde ese campo.

La atracción de la propuesta de Romano era además metodológica, aunque aquí en el mediano plazo, la estrategia científica, inductiva, serial y cuantitativa se revelará menos compatible, en un sentido a la vez epistemológico y de instrumental tecnológico, con la de los economistas cepalinos. Por ese entonces, en cambio, era ese tipo de historia y esa vinculación con la prestigiosa escuela francesa la que permitía a los nuevos historiadores tener un marco de diálogo intelectual con otros científicos sociales procedentes de disciplinas más sistemáticas y formalizadas. Sin embargo, las cosas no eran sencillas en este terreno. En las Jornadas de Historia económica y social organizadas conjuntamente por historiadores y economistas y en las que Romano fue el relator principal de la segunda de las cuatro sesiones (“Caracterización histórica del desarrollo y subdesarrollo”) mostró que los intercambios no estaban exentos de polémicas.

Desde luego que la influencia de Romano no fue solo intelectual sino también institucional. Ello era parte de aquella diplomacia de las ideas que tanto se ha señalado como estrategia

la productividad de la economía, fue republicada siempre bajo la etiqueta de conferencia, pero bastante estilizada en Romano (1964).

fundamental de Braudel y, más en general, de *Annales* en la segunda posguerra. En este sentido, los recursos franceses servirían tanto para apoyar estadias de jóvenes estudiosos en Francia, como para financiar proyectos de investigación en sus respectivos países (a través, por ejemplo, de la Asociación Marc Bloch creada en Argentina) o para proveer de vinculaciones con la Asociación Internacional de Historia Económica en cuyos congresos comenzarán a participar especialistas latinoamericanos.

Si la experiencia argentina fue así la más importante institucionalmente, lo fue menos en el campo de sus investigaciones. Si bien encontró los momentos para juntar materiales en el Archivo General de la Nación sobre varios temas y en especial sobre el movimiento del puerto de Buenos Aires entre 1614 y 1622, tal cual indicaba en una carta a Oddone de 1965 en la que lo invitaba a París para hacer un trabajo conjunto sobre ese material, las cosas no pudieron concretarse y serían en buena medida sus discípulos los que muchos años después profundizarían el tema.¹⁰

Hemos presentado relaciones y vínculos institucionales de este primer Romano, para el cual no es innecesario decir que es el mismo, pero también es el representante de *Annales* y del Centre de Recherches Historiques de la entonces École Pratique des Hautes Études. Es hora de hacer algunas referencias acerca de la contribución de Romano a los debates historiográficos iberoamericanos en ese período. En efecto, como siempre en Romano, la metodología no es un fin en sí mismo sino un instrumento para abordar ciertos problemas, y el que aquí interesa desde la historia serial es el del desarrollo. Ese problema no era para Romano una cuestión de historia latinoamericana, sino de historia general. En

10. La carta de Romano a Oddone del 24/5/65 en AGU (Montevideo), cit. La ruptura Braudel-Romano frustraría la colaboración entre ambos.

este sentido, la realidad sudamericana ofrece un “banco de pruebas” para ciertos esquemas del desarrollo económico –a la manera de lo que requería Braudel en su célebre artículo de 1958 como papel de la historia–, actuar como un ámbito en el cual verificar los modelos provenientes de las ciencias sociales.

De este modo, la perspectiva de Romano hace que la historia americana salga de su marginalidad e ingrese en los grandes temas en debate en la historiografía europea (como más tarde haría con la traducción de muchos “clásicos” de la historiografía latinoamericana). ¿Y qué tema concita más el interés de historiadores, pero también de economistas y desde luego de políticos iluminados (hasta donde entonces todavía los hubiera) que el problema del desarrollo?

La perspectiva desde la que Romano arriba a esa cuestión es también braudeliiana en otro sentido: la forma de mirar el problema. Como habían enseñado *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* o *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*, todo tema histórico podía ser visto desde los actores, pero también desde sus límites, desde los condicionantes, las prisiones, las inercias (elijase el término que se quiera) que impedían que hubiera incrédulos en el siglo XVI o que Felipe II pudiese imponer su voluntad a la tiranía de las distancias y a ese deficitario e ineficiente sistema de transportes que era por entonces todo imperio. El problema del desarrollo es para Romano verlo desde los límites: es decir desde la perspectiva del “atraso”. En términos de Romano: los límites, los frenos, los falsos prerequisites. En este punto, la lectura de Romano, aparece como más “pesimista” (y el tiempo se encargará de darle sobradamente la razón), que aquella de los economistas (incluso de los cepalinos) pero aún de la lectura de una figura, justamente influyente en esos años, como Alexander Gerschenkron (1968).

Esta lectura pesimista contiene una polémica ante todo con Rostow y los rostowianos latinoamericanos (y aquí nuevamente estamos en el terreno de *Annales* y su “historia problema”). Es una polémica contra la linealidad, la simplificación, el esquematismo, el optimismo que Romano percibe en un libro como *Las etapas del desarrollo económico*, que tiene todas las falsas seguridades que necesitan las obras para obtener éxito. Ciertamente mucha de la discusión en torno a Rostow derivaba del subtítulo del libro: “un manifiesto no comunista”; como recordaba David Landes, no se ataca un ícono religioso impunemente... (1993, p. 19). Visto en perspectiva, aunque Rostow fue finalmente vencido, uno tiene la impresión de que lo fue por las razones malas (políticas) y no por las buenas (historiográficas).

Historiográficamente, el problema de Rostow no era (o no debía ser) el lugar político desde el que hablaba, sino en las insuficiencias de una visión que proponía una lectura esquemática del desarrollo desde el ejemplo de la revolución industrial inglesa, visto como único camino necesario por el que tenían que pasar todas las naciones en su proceso de industrialización. En esta línea de crítica, combinada con las limitaciones de la conceptualización del desarrollo englobadas en la simplificada idea de los prerequisites, se movía Romano. Para ello, empleaba las líneas abiertas por Gerschenkron en torno al problema de la multiplicidad de vías nacionales, sobre todo por la cuestión del momento de comienzo de la industrialización (que este traía a su vez de la antigua polémica propuesta por los populistas rusos) y aquellas sugeridas por Paul Bairoch (1967) acerca del crucial papel de la agricultura que había sido presentado en un conocido libro. Pero además de esas influencias, ¿cuánto de la lectura de Romano estaba también influida por las imágenes del mismo problema existentes en el antiguo Reame? Finalmente, el tema del atraso y

de las diversidades había sido también el gran tema de los economistas napolitanos del *settecento*: Galiani y Genovesi.

La obra principal de Romano que simboliza los problemas que le interesan y la forma de abordarlos es *Chile: una economía colonial*. Mucho hay de *Annales* en este estudio. En primer lugar, aquellos clásicos indicadores que habían caracterizado su forma de hacer historia económica: moneda, comercio, precios. Mucho hay también de una figura a la que Romano ha retornado muchas veces, Dopsch, con su central distinción entre economía natural y economía monetaria. Distinción formulada por Romano como la problemática del paso de una a la otra ¿Sería muy osado decir que también encuentro ecos aquí (pero tal vez me equivoque) de aquellos fundamentales trabajos de Maurice Lombard sobre la Europa medieval, en especial el de la polémica anti-*pirenne*, *El problema del oro en la edad media*? Es decir, de aquellas tribulaciones de una economía, como la Europea altomedieval, sin moneda y los límites que esa asfixia monetaria podía haber impuesto al desarrollo económico.

El problema paradójico que presenta el caso chileno, comparado con los europeos, es cómo una agricultura floreciente no puede actuar como motor del desarrollo ante la falta tanto de mercado, como de moneda de cuenta. Pero el caso presenta también todos los problemas de la relación centro-periferia, en los que Chile aparece como la periferia de la periferia, como una región doblemente colonial, dada su dependencia de los mercados peruanos.

Toda la lectura de la economía de Chile en el siglo XVIII aparece así dominada por la ambigüedad (“Pero acaso la ambigüedad con sus ambivalencias ¿no es casi una ley económica de América del Sur?”) y el atraso. Pero es evidente que también aquí el *mezzogiorno* de Italia como caso histórico (otra periferia) presenta

analogías y contrastes con los que pueden iluminarse ambos. En este sentido yo propondría una confrontación del estudio sobre Chile con el fundamental trabajo de 1965, "Prezzi, salari e servizi a Napoli nel secolo XVIII" (Romano, 1976). Ciertamente, la coyuntura napolitana con sus precios en alza y sus salarios estables es más semejante al paradigma europeo, o si se prefiere, al movimiento francés retratado por Labrousse. Pero en Nápoles la coyuntura favorable se pierde por las insuficiencias de una burguesía incapaz de aprovechar las ventajas, pero también por los límites al desarrollo impuesto por las tensiones sociales. Por vías diferentes, el Reame y Sudamérica encuentran ambos obstáculos que hacen sus itinerarios económicos substancialmente equiparables, en su divergencia, con aquellos tomados como modelos ideales.

En 1965 los acontecimientos signan un cambio significativo en la relación entre Romano y América. Por una parte, el distanciamiento entre Braudel y Romano y la renuncia de este último a la Dirección del Centre de Recherches Historiques implica, globalmente considerado, un distanciamiento de la École de América Latina. Por la otra, la renuncia de José Luis Romero al Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y su jubilación –que anticipa en un año la intervención a la universidad argentina– y el *impasse* de vastos proyectos editoriales, como el de EUDEBA (donde se había publicado el libro sobre Chile) priva a Romano de un importante interlocutor. En cualquier caso, el resultado de aquellos acontecimientos excede en mucho los cambios argentinos y, mucho más importante, va acompañado por un creciente empeño de Romano en el ámbito italiano, a través de su relación con Giulio Einaudi y el comienzo en Torino de tres proyectos de vastos alcances, la *Storia d'Italia*, la *Enciclopedia* y la finalmente no concretada *Storia Universale*.

América Latina queda en los márgenes del nuevo proyecto historiográfico de Romano, como puede verse simplemente en su elenco de publicaciones. Una publicación *ciclostilata* en la Universidad de San Marcos anticipa el porvenir, pero por ahora, en esa segunda mitad de los años sesenta –entre 1967 y 1971– el centro de su actividad se aleja no solo del Cono Sur sino de América Latina toda.¹¹ Cuando reaparece ya es otra América, es el mundo andino. Pero esa nueva América ya no es la de las ambigüedades, de los atrasos, antes aludida a propósito del Cono Sur. Ahora en ese nuevo mundo andino, en la visión de Romano, no hay ambigüedades hay simplemente imposibilidades. Recuerdo una expresión de Romano acerca de la lógica política de fenómenos como Sendero Luminoso: ella emergía de que en lugares como Perú “non c'è niente da fare”.¹² Pero para esa nueva imagen de América que será, en realidad, más la de otra América que Romano comienza a construir a partir de principios de los años setenta –cuando en los términos de una carta a Juan Oddone señala que “riprendo l'America ma a dosi omeopatiche”–,¹³ ya no servirá ni el término ambigüedad ni el término “atraso”, sino otro: “feudalismo”.

Es interesante señalar que el término “feudalismo” no aparece jamás en el libro sobre Chile. Y no es que no aparezca porque esté ausente en el vocabulario del Romano historiador. Por el contrario, en su conocido artículo de 1962 sobre la crisis del seiscientos en Italia, Romano hace pleno uso explicativo de una noción de refeudalización, usada paralelamente a Emilio Sereni en

11. Así puede comprobarse repasando la bibliografía reunida por L. Loveira (1983).

12. “No hay nada para hacer”.

13. “Vuelvo a tomar América, pero en dosis homeopáticas”.

su *Storia del paesaggio agrario italiano*.¹⁴ Idea de feudalismo en Romano que, aunque vista como una característica estructural vinculada con la larga duración, con el mundo rural y con el modo de producción (y que reaparecerá con mucha fuerza en el ensayo de apertura que escribirá para la einaudiana *Storia d'Italia*) no refiere principalmente a Marx, aunque sí se inserta en la versión latinoamericana de una polémica célebre en el seno del marxismo de la posguerra, el debate Dobb-Sweezy. Esa polémica tenía una formulación latinoamericana, comenzada en 1965 en las páginas de *El Gallo Ilustrado*, entre Rodolfo Puiggrós y André Gunder Frank (1965; 1972). Será este último quién se convertirá en el objeto de la segunda gran polémica impulsada por Romano, tras el fin de aquella sostenida con Rostow.

Aunque la polémica contra Gunder Frank se refiere a la difusión de sus ideas tanto en Europa como en América, aquí la seguiremos solo en este último ámbito. La nueva batalla de Romano empieza también (editorialmente) desde el sur. El artículo que contiene la polémica anti Frank es publicado en Buenos Aires en una revista académica (*Desarrollo Económico*) en 1970 y en otra revista de ideas (*Marcha*) en Montevideo en 1971. ¿Cuál será el impacto del ensayo de Romano en el debate que casi inmediatamente alcanzará vastas proporciones en una nueva generación de historiadores latinoamericanos? Si revisamos el número que

14. Artículo que presenta el interés de la combinación de una problemática que estaba convirtiéndose en central en la historiografía influida por el marxismo, con una metodología de análisis ligada a la experiencia francesa, el enfoque cíclico a la Simiand, de donde la refeudalización se articulaba con el pasaje de una fase A de expansión en el *cinquecento* a otra B de contracción en el *seicento*. Para la lectura marxiana, Sereni (1961), en el que tomaba distancia de su “optimismo” acerca del desarrollo del capitalismo italiano de su “Il capitalismo nelle campagne”.

se publica en Buenos Aires en *Pasado y Presente* en 1973, sobre *Los modos de producción en América Latina*, con introducción de Juan Carlos Garavaglia, diríamos que poca (Assadourina, Cardoso, Ciafardini, Garavaglia y Laclau, 1973). Ahí aparecen contribuciones de estudiosos de distintas profesiones y mayoritariamente argentinos: Ernesto Laclau, Ciro Flamarion Santana Cardoso, Horacio Ciafardini, Carlos Sempat Assadourian. Revisando las notas se observa que el trabajo de Romano es citado una sola vez, por Horacio Ciafardini.

Más que esa comprobación vale la pena discutir, a través de ella, ese nuevo momento de la historiografía latinoamericana que es lo que, mejor que otra cosa, explica la poca receptividad. Si ciertamente la crítica de Romano es muy dura hacia Gunder Frank, ella no difiere en hostilidad de las de la mayoría de los colaboradores de la revista del grupo marxista de Córdoba. Pero en estos últimos no se trata de un problema histórico sino de un problema teórico. Gunder Frank es destruido desde Marx, no desde los límites históricos de su visión del problema. Es decir que toda esa nueva (y no tan nueva) generación de historiadores y científicos sociales, de las que Laclau es hasta cierto punto un emblema, realiza un giro teórico que prescinde o subalterniza la investigación histórica, en una clave que no puede no definirse compatible, sino directamente heredera, del althusserianismo europeo.

¿Cómo podía ser recibido Romano y sus enseñanzas en ese clima de ideas que buscaba hacer la revolución partiendo de la teoría? ¿Y más aún quién era Romano? Un prestigioso historiador económico académico. Y aquí en esos años setenta para muchos no se trataba en modo alguno de un problema académico. El tiempo cambiaría las cosas. Por alguna forma de la conocida “astucia de la razón”, el compilador del volumen aludido se convertiría en un discípulo de Romano, pocos años después, como parte

de aquellos miembros supérstites de una generación que descubrió que se trataba tanto (sino antes) de comprender el mundo, como de transformarlo.

Si el ingreso en la polémica capitalismo vs. feudalismo signa el retorno historiográfico de Romano hacia temas latinoamericanos, será su vinculación con el mundo andino y los problemas en él planteados, los que orientarán su nueva geografía intelectual americana. En ese contexto, el concepto que mejor puede definir, creo, ese conjunto de nuevas preocupaciones es el de "alteridad". En el marco de esa devastación global hija de la conquista que Romano verifica en el mundo andino surgirán, a plena luz, la enormidad de los conflictos culturales y sus resultados: la destrucción de culturas diversas en nombre de la civilización. En este sentido, la operación que propone Romano reproduce, por otras vías, la estrategia planteada en sus estudios de historia económica de los años sesenta. Si entonces se trataba de repensar el problema del desarrollo desde el banco de pruebas americano, ahora se trata de partir de la realidad latinoamericana para repensar la historia occidental en la clave *centrato-accentrato* (centrado-concentrado), temática que será una de las que organizará conceptualmente a la Enciclopedia Einaudi por él dirigida.

Como siempre en Romano, la reflexión histórica nueva va acompañada también de nuevos instrumentos y de un diálogo con las ciencias sociales. En este sentido, lo que luego se llamará, en la *nouvelle histoire*, el giro antropológico (o por usar una expresión en este caso más pertinente, etnohistórico), está ya presente, con anticipación y sin declamarlo, en este Romano de los años setenta y del mundo andino, a partir de ese profundo diálogo intelectual que establece con obras como las de John Murra, Alfred

Metraux y Zuidema.¹⁵ Pero estas obras proveen una vía de pasaje hacia otros autores que trabajan sobre otras realidades (Europa/África) a partir de conceptos como “redistribución” y “reciprocidad”. Me refiero a dos de los grandes redescubrimientos de fines de los años setenta (por ejemplo, entre los microhistoriadores): Karl Polanyi y Max Gluckmann; y desde este último hacia la escuela antropológica de Manchester. Todos los que son ya, con anticipación a su moda, citados por Romano.

La nueva fase de la producción intelectual de Romano aparece dominada también por una perspectiva “situacionista” cercana a la sensibilidad antropológica y en la que se busca la explicación del “otro” desde el contexto. En esta línea se mueve (creo) su lograda síntesis *Los conquistadores* (1982b).

La nueva realidad andina y la apertura etnohistórica de Romano generará nuevos frutos en sus grandes discípulos en el terreno de la etnohistoria, Thierry Seignes y Nathan Wachtel o, en el ámbito peruano, en los estudios de historia social y económica de Manuel Burga. Discípulos que se suman a todos aquellos otros que, en muchos casos (pero no en todos), hacen en la École des Hautes Études su doctorado con Romano y que constituirán lo más destacado de la generación de historiadores latinoamericanistas de sus respectivas generaciones: de Enrique Florescano a Marcello Carmagnani; de Enrique Tandeter a Aníbal Arcondo; de Juan Carlos Garavaglia a Jorge Gelman; y desde luego esa formación de discípulos directos o indirectos es uno de los aportes más valiosos del historiador italiano.

La tercera etapa de la relación entre Romano y América Latina esta enmarcada en tres contextos: el fin de su colaboración

15. Los textos de Romano sobre estos tres autores aparecen reunidos (junto a otros prólogos) en Romano (1982a).

con la Editorial Einaudi, su nuevo involucramiento con América (ahora principalmente con México) pero también por una situación nueva en el continente: el retorno democrático y la reprofesionalización de la disciplina. Por supuesto que este último proceso tiene desfasajes temporales –e intensidades de transformación historiográfica– nacionalmente diferenciados, pero, hasta donde pueda hablarse de un movimiento de conjunto, proponen un retorno a una historiografía más comprensiva y menos ideológica que marcaría a los años ochenta/noventa por venir.

Quisiera incluir aquí un recuerdo personal. Cuando en 1985 Romano volvió, luego de muchos años, a la Argentina, prácticamente todo el Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (de sus más variadas tendencias) asistió a su ciclo de conferencias. Era el reconocimiento de la comunidad académica argentina a lo que Romano había sembrado en por entonces casi tres décadas de trabajo sobre América Latina. Si siguiéramos las etapas de los doctorados *honoris causa* de Romano tendríamos (creo) la misma sensación. Era, en esos años también en que la obra de Romano alcanzaba un amplísimo consenso que lo consagraba como el más importante historiador europeo viviente que se ocupase de Hispanoamérica; y eludo deliberadamente el término historiador latinoamericanista ya que eso Romano no lo ha sido nunca, sino que ha sido un historiador entre Europa y América. Esa ha sido su fuerza. Pero también entonces maduraban finalmente los grandes proyectos de investigación de Romano, en los que confluían décadas de investigaciones.

En el libro de 1993, *Coyunturas opuestas* (1993) Romano pone todo su oficio de historiador económico y una buena parte de sus investigaciones realizadas en distintos archivos americanos para repensar el siglo XVII. Creo que este es un libro no solo

singularmente importante, sino que expresa, más que otros, algunas de las (para mí) mayores cualidades de Romano: ser un “Bastión contrario” o en términos de Isaiah Berlin, un hombre –ahora sí plenamente– contra la corriente. Permítaseme un ejemplo que es un argumento central en el libro: el tema de la “refeudalización” (1993, pp. 17-18 y 62). Romano insiste en utilizar la expresión, aún si recuerda que sus maestros inmediatos (Fernand Braudel) o mediatos (Marc Bloch) preferían la otra expresión, “reacción señorial”. Romano no ignora, por lo demás, que el debate terminológico puede leerse en dos claves no necesariamente superpuestas: ideológica o historiográfica. En efecto, la discusión es sustancialmente entre marxistas y no marxistas, en donde los marxistas defienden la expresión no solo como un dogma, sino como la representación de una historiografía que, diga lo que diga, subordina el análisis histórico a las premisas del modelo teórico –y no es necesario ir más allá; a modo de ejemplo de la discusión, en cierto sentido inversa, acerca de la definición de burguesía que tuvieron en 1955 en el congreso internacional de historiadores en Roma, Ernest Labrousse y Pierre Vilar. Podrá afirmarse que los no marxistas contraponen la expresión “reacción señorial” en un sentido ideológicamente polémico, sea; pero quiero creer que también (los mejores de entre ellos) la usan para combatir no solo ese, sino todos los dogmas.

En cualquier caso, la originalidad de la posición de Romano que nos recuerda su posición en el debate sobre feudalismo americano, es usar la expresión “refeudalización” sin hacerlo desde la perspectiva marxiana, aún si compartiendo con esta la prioridad a atribuir a los fenómenos de la producción por sobre los de la distribución. Creo que, en este sentido –además de los de recuperar en el pensamiento del filósofo escocés, la centralidad de las transformaciones agrícolas y señalar la posición de los “clásicos”

en temas que se suponen muy contemporáneos— es que debe leerse su interesantísimo artículo sobre Adam Smith y la “transición del feudalismo al presente” (Romano, 1996). Lo que hace más interesante aún la posición de Romano es que creo que él sabe bien las enormes dificultades de sus propuestas, ya que los conceptos utilizados por historiadores y científicos sociales no tienen ningún sentido originario, sino solo un sentido de uso, convencionalmente admitido. Revelar que no debería ser así me parece una útil propedéutica.

Pero volvamos al libro de 1993. Libro importante en la trayectoria de Romano por otras razones. Ante todo, tenemos ahí un gran tema a la medida de las ambiciones de aquella historia global que Braudel había encarnado. ¡Un siglo y dos continentes! Reaparecen, además del problema del feudalismo, todas aquellas líneas de trabajo que hemos ya presentado: circulación monetaria, precios, comercio, agricultura y población. Aquí Romano se inclina por una opción que lo aleja de la versión clásica de la tradición de *Annales*, al otorgar la prioridad explicativa a estos últimos dos factores por sobre los primeros y, volviendo a Abel y Bairoch, ver el elemento decisivo de las transformaciones que abren al capitalismo moderno en la agricultura. Ciertamente aquí reaparecen también todos los viejos temas, a veces re-propuestos. Un ejemplo es el esquema que audazmente yo he denominado “a la Lombard”, que encuentra una de las razones de la prosperidad americana en el incremento del circulante, producto de que en el nuevo continente queda mayor cantidad de metálico. Es decir que estamos en una situación opuesta a la descripta para el Chile del siglo XVIII. Empero, en otros casos, hay en Romano ya una insatisfacción acerca de fórmulas demasiado rígidas, como las fases A y B a la François Simiand (Romano, 1993, pp. 102-103).

Es necesario decir que el libro se estructura, a la vez, sobre esa aludida confrontación Europa-América y, dentro de ella, por aquellas premisas ligadas a la tensión *centrato-accentrato*. Romano llega aquí a formular una hipótesis brillante y provocadora: la razón del respiro americano del siglo XVII se encuentra en las dificultades que paralelamente atraviesa la economía europea, y sobre todo española, que afloja los lazos de control: de donde los destinos europeo y americano aparecen indisolublemente unidos en una relación desigual en ese mundo atlántico. Esta relación es a la vez complementaria en su lógica, y contradictoria en sus efectos. Pero esa contraposición y esa complementariedad ¿no son acaso los de la misma vida académica de Romano?, ¿no hay en ella también esas coyunturas opuestas?

Si el libro de 1993 es un punto de llegada, los años noventa –que son los años plenamente mexicanos, con su enseñanza en El Colegio de México–, son también nuevos puntos de partida, de trabajos individuales y de grandes operaciones culturales. Grandes proyectos como la *Historia de América*, codirigida con Alicia Hernández y Marcello Carmagnani, son algunos signos de la vitalidad de un joven historiador de 75 años en el momento en que este artículo fue escrito en su primera versión (1998). Nada diremos de todo ello aquí. Hay desde luego personas en esta sala mucho más competentes para hablar del tema.

Los libros y los combates de Romano se suceden también en muchos otros frentes, como en torno a la idea de Italia o sobre las derivas de los nuevos *Annales*. Su libro más reciente, que reúne también investigaciones de largo aliento, es casi un retorno al principio, a aquello que aludimos en su trabajo sobre Chile, ahora aplicado al caso de México: el tema de la circulación monetaria. En aquel y este planea la figura de Dopsch y la célebre

contraposición ya aludida entre economía natural y economía monetaria (Romano, 1998).

¿Es posible hacer aquí un balance de la trayectoria de Romano? Del Romano historiador, ya que del organizador cultural o del protagonista de su siglo (como *manager*, como asesor) que son dimensiones sobre todo europeas y especialmente italianas, nada diremos aquí. Como tampoco diremos nada del hombre de extraordinaria cultura literaria, musical o culinaria, del anfitrión heredero de la espléndida tradición napolitana, ni de la riquísima conversación que la acompaña. Nada tampoco de cuánto nos recuerda un itinerario intelectual hoy infrecuente: todas las ventajas que podemos extraer de los clásicos si les dedicamos una pequeña parte del tiempo, una parte nada más, de la que le dedicamos a leer a nuestros contemporáneos. La obra de Romano es, en ese sentido, un testimonio vivo del consejo de Italo Calvino al respecto y ambos compartían en este punto a Raymond Queneau; solo que a los Jenofonte o Borges del segundo deberíamos agregar toda otra larga lista de Adam Smith al abate Galiani, re-propuestos por el primero.

Si tuviéramos que diseñar en unos pocos trazos los aportes (cualquier otra expresión sería igualmente insuficiente) historiográficos de Romano, ¿en qué deberíamos detenernos? Yo sugeriría que han sido los de un maestro de la crítica y un maestro del oficio. Romano, en este sentido, ha brindado una invaluable contribución para librarnos de los “falsos profetas” (creo que él hubiera preferido llamarlos “*cialtroni*”) que han asolado la historiografía latinoamericana y europea en la segunda mitad del siglo XX. De ahí las grandes batallas, los combates de Romano, a veces perdidos en el corto plazo, casi siempre ganados en el largo. Esas batallas han sido dadas en nombre no de una teoría, sino del oficio del historiador y de una cierta idea de la historia.

Oficio del historiador he ahí, en esas simples palabras (que titulaban un pequeño gran libro de Marc Bloch), todo un programa. “*Ad fontes, ad fontes*”, he ahí en esa invocación hecha por Romano, en su intervención en el seminario organizado en México en su honor, buena parte de ese programa que era ya, es necesario no olvidarlo, el de la lenta construcción que había comenzado con la historia erudita. Quizás Romano comparta aquella idea –también de Marc Bloch– de que la historiografía moderna encuentra sus raíces en Mabillon más que en Voltaire, aun si esa forma de mirar el “oficio” de historiador pueda venir de sus maestros napolitanos, quizás más que de aquellos franceses.

Oficio sí, pero al servicio de una cierta idea de la historia. Una historia nunca ociosa, nunca historizante, sino una historia-problema que fue la divisa de Febvre, pero también la propuesta de Benedetto Croce. Una historia de lo posible y lo no posible, de los límites, de las constricciones y, a la vez, de las grandes ambiciones. ¿Es necesario recordar en qué medida fue también el programa de Fernand Braudel? Una historia también nueva que buscó, partiendo de aquellos principios heurísticos de la historia erudita, renovarla en un diálogo con las ciencias sociales, a partir de unas ambiciones de científicidad que, en su momento, expresaron la historia serial y la historia cuantitativa.

Pero Romano no ha sido solo un historiador, sino un maestro. Los que aquí se reúnen creo que lo hacen en reconocimiento de esa función y del modo de ejercerla, en la práctica de la profesión y fuera de ella. El mismo Romano dijo alguna vez que el linaje de los grandes maestros era el de los que no nos muestran los caminos que hay que seguir, sino los caminos que hay que evitar. Junto a una lección de estilo nos ha dejado también esa lección de método.

Bibliografía

- Assadourian, Carlos Sempat; Cardoso, Ciro; Ciafardini, Horacio; Garavaglia, Juan Carlos y Laclau, Ernesto (1973). *Modos de producción en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Aymard, Maurice (2017). Ruggiero Romano. En *Dizionario Biografico degli Italiani*, 88. *Enciclopedia Treccani*. https://www.treccani.it/enciclopedia/ruggiero-romano_%28Dizionario-Biografico%29/
- Bairoch, Paul (1967). *Revolución industrial y subdesarrollo*. México: Siglo XXI.
- Braudel, F. (1951). Benedetto Croce et l'histoire. *Annales. Economies, sociétés, civilisations*. 6 année, 1, 87-92.
- Cedronio, Marina (1972). Perfil degli Annales attraverso le pagine delle "Annales". *Atti dell'Accademia di Scienze Morali e Politiche*, vol. LXXXIII.
- Croce, Benedetto (1950). La critica del cameriere e Vittorio Alfieri. En *Conversazioni Critiche. II* (pp. 168-171). Bari: Laterza.
- Cuoco, Vincenzo (1948). *Il pensiero educativo e político*. Florencia: La Nuova Italia.
- Cuoco, Vincenzo (1995). *Saggio storico sulla Rivoluzione di Napoli del 1799*. Napoli: Procaccini.
- De Caprariis, Vittorio (1996). Chabod direttore dell'Istituto italiano per gli studi storici. En Marta Herling (ed.) *L'Istituto Italiano per gli Studi Storici, 1946-1996* (pp. 205-217). Napoli: nella sede del Istituto.
- Diaz, Furio (1977). Le stanchezze di Clio. En Mario del Treppo (comp.), *Storiografia francese di ieri e di oggi*. Nápoles: Guida.
- Febvre, Lucien (1959). *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*. México: UTEHA.

- Febvre, Lucien (1962). Comment Jules Michelet inventa la Renaissance. En *Pour une histoire à part entière* (pp. 717-729). París: SEVPEN.
- Filippi, Alberto (comp.) (1998). *Ruggiero Romano, L'Italia, L'Europa, L'America*. Camerino: Università degli Studi.
- Garin, Eugenio (1966). Benedetto Croce, o della "separazione impossibile" fra politica e cultura. *Belfagor*, 21 (6), 662-680.
- Gerschenkron, Alexander (1968). *El atraso económico en su perspectiva histórica*. Barcelona: Ariel.
- Gunder Frank, André (1965). ¿Con que modo de producción convierte la gallina, maíz en huevos de oro? *El Gallo Ilustrado*, 165. Reproducido en André Gunder Frank, Rodolfo Puiggrós, Ernesto Laclau. *América Latina: ¿feudalismo o capitalismo?* Medellín: La Oveja Negra.
- Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional del Litoral-Instituto de Desarrollo Económico y Social (1964). *Jornadas de Historia y Economía Argentina en los siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires-Rosario. Mimeo.
- Labrousse, Ernest (1962). Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII siècle y La crise de l'économie française à la fin de l'ancien régime et au début de la Révolution. En *Fluctuaciones económicas e historia social*. Madrid: Tecnos.
- Lanes, David (1993). *La favola del cavallo morto, ovvero la rivoluzione industriale rivisitata*. Roma: Donzelli.
- Lovera, Luciano (1983). Bibliographie de Ruggiero Romano. *Revue européenne des sciences sociales*, 64, 45-60.
- Momigliano, Arnaldo (1960). Appunti su Federico Chabod storico. *Rivista Storica Italiana*, 72, 655-657.
- Puiggrós, Rodolfo (1965). Los modos de producción en Iberoamérica. *El Gallo Ilustrado*, 165. Reproducido en André

- Gunder Frank, Rodolfo Puiggrós, Ernesto Laclau, *América Latina: ¿feudalismo o capitalismo?* Medellín: La Oveja Negra.
- Romano, Ruggiero (1960). Une économie coloniale: le Chili au XVIIIe siècle. *Annales. Economies, sociétés, civilisations*, 2, 259-285.
- Romano, Ruggiero (1962). Tra XVI e XVII secolo. Una crisi economica: 1619-1622. *Rivista Storica Italiana*, 5, 480-531
- Romano, Ruggiero (1964). Caracterización económica del desarrollo económico. En VV.AA. *Régimen de la tierra, estructuras económicas y sociales. Historia de las ideas. Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* (pp. 297-308). Rosario: Universidad Nacional del Litoral.
- Romano, Ruggiero (1965). *Prezzi, salari e servizi a Napoli nel secolo XVIII (1734-1806)*. Milano: Banca Commerciale Italiana. Reproducido en *Napoli: dal Viceregno al Regno*. Torino: Einaudi.
- Romano, Ruggiero (1965). *Una economía colonial: Chile en el siglo XVIII*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Romano, Ruggiero (1970). A propósito de "Capitalismo y subdesarrollo en América Latina" de André Gunder Frank. *Desarrollo Económico*, 10 (38), 285-292.
- Romano, Ruggiero (1976). Vincenzo Russo e gli estremisti della Repubblica napoletana del 1799. En *Napoli: dal Viceregno al Regno* (pp. 265-317). Torino: Einaudi.
- Romano, Ruggiero (1978). *La storiografia italiana oggi*. Roma: L'Espresso.
- Romano, Ruggiero (1982a). *Tra storici ed economista*. Torino: Einaudi.
- Romano, Ruggiero (1982b). *Les mécanismes de la conquête coloniale: les conquistadores*. Paris: Flammarion.
- Romano, Ruggiero (1993). *Coyunturas opuestas: la crisis del siglo XVII en Europa e Hispanoamérica*. México: FCE.

- Romano, Ruggiero (1996). Le problème de la transition du féodalisme “at present” dans l’oeuvre d’Adam Smith. *Revue Européenne des Sciences Sociales*, XXIV (106), 17-24.
- Romano, Ruggiero (1998). *Monedas, seudomonedas y circulación monetaria en las economías de México*. México: Fideicomiso Historia de las Américas-Fondo de Cultura Economía.
- Romeo, Elsa (1992). *La scuola di Croce. Testimonianze sull’ Istituto per gli Studi Storici* Boloña: Il Mulino.
- Sereni, Emilio (1961). *Storia del paesaggio agrario italiano*. Bari: Laterza.
- Simiand, François (1903). Méthode historique et science sociale. Etude critique d’après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos. *Revue de Synthèse Historique*, VI, 1-26.
- Venturi, Franco (1970). *Utopia e riforma nell’Illuminismo*. Torino: Einaudi.

Franco Venturi: historiador, intelectual, político*

Este libro reúne las conferencias que Franco Venturi (1914-1994) dictó en el año académico 1968-1969, en el marco de las prestigiosas “George Macaulay Trevelyan Lectures” en la Universidad de Cambridge. Venturi tenía ya por entonces una muy importante carrera académica y era bien conocido en los ambientes académicos ingleses. Sin embargo, aunque era un visitante frecuente en Londres y en Oxford en los años cincuenta por razones de estudio o para el dictado de conferencias, y un entusiasta promotor de la traducción de obras de historiadores ingleses, en su carácter de consejero relevante de la editorial Einaudi, su notoriedad derivaría luego de la traducción inglesa, en 1960, de su obra *El populismo ruso* (con prólogo de Isaiah Berlin).¹

* Publicado en Franco Venturi, *Utopía y reforma en la ilustración*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

1. Sobre la amplia recepción de *El populismo ruso* en el mundo anglosajón, ver Gleason (1998). Acerca de su interés por la traducción de historiadores ingleses como parte de lo que imaginaba era una necesaria “desprovincialización” de la historiografía italiana (lo que mirado en términos comparativos europeos parece algo discutible), ver Abbattista (2009). Entre los historiadores que sugería traducir, estaba en primer lugar Lewis Namier pero también, en una exhibición de ecumenismo, R. Tawney, H. Trevor Roper y C. Hill, entre otros.

Ciertamente, el reconocimiento de Venturi en el mundo anglosajón era mucho más en tanto especialista en Rusia (y en menor medida en tanto figura relevante en la resistencia al fascismo) que por el núcleo mayor de sus intereses historiográficos: la Ilustración.² Quizás por ello, el mismo Venturi no dejaba de ver el curso como un desafío y así lo consignaba en una carta a su amigo Leo Valiani de fines de 1967, en la que observaba, además, que dictarlo luego de Edward Carr e Isaac Deutscher no era una tarea fácil.³

En cierto modo, que entre otros prestigiosos predecesores Venturi señalara esos dos puede tal vez no ser azaroso. Podría postularse que algo une a Venturi con esos otros dos estudiosos mayores en edad que él y muy diferentes entre sí: el ser mucho más que simplemente académicos; además, en el caso de Deutscher y Venturi, haber vivido o sufrido las vicisitudes que entre la Primera Guerra Mundial y finales de la Segunda afectaron la vida de tantos profesores e intelectuales. Aunque, como ha sido señalado, la mayoría de los académicos fue bastante conformista con el orden político que las circunstancias les habían impuesto

2. Que en cambio sus trabajos sobre la Ilustración pudiesen ser por entonces menos conocidos lo sugiere la bibliografía de sus escritos que exhibe un solo trabajo sobre ese tema, publicado en inglés antes de las *Lectures*, en contraposición con otros editados en esa lengua sobre el populismo y sobre la “resistencia” en Italia. Ver Bianchi y Casalino (1998). A ello habría que agregar la conferencia dictada en el Warburg Institute (y luego editada en Italia) sobre un tema que reaparece en este libro: “*Sapere Aude*”. Asimismo, puede señalarse que su invitación a Harvard en 1967 fue obra de dos especialistas en Rusia: Alexander Gerschenkron y Richard Pipes.

3. En carta de F. Venturi a L. Valiani (Cambridge, Mass., 23/11/1967) en L. Valiani-F. Venturi (1999, p. 346). Las lecciones de Carr y Deutscher fueron pronto editadas en inglés (al igual que las de Venturi) y más tarde traducidas al castellano con los títulos de *Qué es la Historia* y *La revolución inconclusa*.

en sus respectivos países, una parte no insignificante fue arrojada, voluntariamente o no, a las contingencias que el ascenso de los totalitarismos provocó en casi todo el continente europeo (Tortarolo, 2013).⁴

En este sentido, cualquier presentación de Franco Venturi y de su obra no puede prescindir de ir más allá de una convencional trayectoria universitaria (o historiográfica), y necesita ser situada, como la de muchos notables estudiosos de esos tiempos turbulentos, en el contexto de las problemáticas políticas y culturales del mundo de entreguerras y de la segunda posguerra en los que estuvo activamente involucrado. Como observó Michael Confino, Venturi traía a la profesión, antes de llegar a ella, una experiencia de “vita vissuta” (“vida vivida”) y ello impide pensarlo desde “un pacífico *cursus honorum* entre alta doctrina y diversiones estudiantiles” (Confino, 2006, p. XV).⁵ El mismo Venturi lo señaló muchas veces, por ejemplo en la carta a Valiani antes citada, cuando, refiriéndose a las investigaciones sobre Rusia en la academia estadounidense (observaciones que podrían fácilmente extrapolarse a otros contextos y a otros tiempos), indicó que:

Han alcanzado un notable grado técnico, tienen todos los materiales. Ahora comienza, sin embargo, en este campo, a faltarles impulso. Antes se ocupaban de Rusia para hablar mal. Era mezquino pero era con todo un impulso. Ahora no tienen ni eso. Se ocupan de Rusia cada vez más desde un punto de vista profesional, casi diplomático, lo que no

4. Agradezco a Silvia Sebastiani, que me hizo conocer este texto.

5. Los textos en italiano, francés o inglés que se incluyen en el cuerpo principal de esta introducción han sido traducidos al castellano por el autor.

es ciertamente una gran inspiración para Clío (en Valiani y Venturi, 1999, p. 350).⁶

Parece pertinente entonces comenzar indagando el punto de partida de esos “impulsos” que orientarían su obra de historiador, aunque sea necesario observar que, al igual que sostenía su amigo Arnaldo Momigliano, para Venturi esos “impulsos” orientaban, no sometían, a la investigación histórica concreta.

Franco Venturi nació en Roma en 1914. Como muchos estudiosos de su generación en Italia, pertenecía a una familia de académicos e intelectuales. Su abuelo paterno, Adolfo, fue alto funcionario estatal, catedrático de Historia del Arte en la Universidad de Roma y, desde 1924, senador del Reino de Italia. Su padre, el mucho más célebre internacionalmente Lionello Venturi, siguió las huellas de Adolfo y pronto inició también una carrera académica que lo llevó de la Universidad de Padua a la de

6. Volvería a ese tema años más tarde (1979) al recordar a otro estudioso italiano que coincidió un tiempo con él en el exilio parisino, Umberto Calosso: “Calosso riproponeva in proposito, nel suo stile immaginoso ed efficace, il ‘filosofema crociano’ secondo cui l’obiettività di uno storico dipende sempre di un interesse attuale, come l’obiettività di una strada buia dipende della forza dei fanali d’automobile con cui la si rischiera. Parole che fa bene rileggere oggi quando è diventato di moda vantare la scientificità di una storia completamente staccata dai nostri attuali problemi, tanto più scientifica quanto più radicalmente incapace di aiutarci a risolverli” [“Al respecto Calosso, en su estilo imaginativo y eficaz, volvía a presentar el “filosofema croceano”, según el cual la objetividad de un historiador siempre depende de un interés actual, así como la objetividad de una carretera oscura depende de la fuerza de los focos del automóvil con que se la ilumina. Palabras que hace bien releer hoy en día, cuando se puso de moda alardear del carácter científico de una historia por completo desvinculada de nuestros problemas actuales, tanto más científica cuanto más radicalmente incapaz de ayudarnos a resolverlos”] (en R. Vivarelli, 1998, pp. 83-84).

Turín como profesor extraordinario y en la que, luego de haber participado como voluntario en la Primera Guerra Mundial (quizás por sus simpatías nacionalistas), sería designado profesor ordinario de Historia del Arte en 1919.⁷ Aunque pronto estableció vínculos múltiples y heterogéneos en Torino –lo que indicaba relaciones con figuras ya sea de la cultura fascista, ya de la antifascista, pero también con personas dentro y fuera del mundo académico, ya que, como su padre, él tampoco sería solamente profesor sino, paralelamente, un consultor del mundo privado en temas de arte; su ambición era volver a Roma y obtener la cátedra que había sido de su progenitor. No solamente no la obtuvo sino que en 1931 fue uno de los doce profesores universitarios (sobre 1250) que decidieron no realizar el juramento de fidelidad al régimen fascista, con lo cual quedaba automáticamente excluido de la Universidad. Una decisión que en apariencia podía tener algo de inesperado, ya que Lionello Venturi había sido, en 1925, uno de los firmantes del “Manifesto degli intellettuali del fascismo” promovido por Giovanni Gentile y, luego de ello, continuó colaborando en la Enciclopedia Treccani dirigida por este último. La renuncia de Lionello Venturi fue acompañada por su expatriación, fugazmente a los Estados Unidos (donde dictó un conjunto de conferencias), y luego a París donde se instaló y se vinculó estrechamente con los ambientes antifascistas allí presentes.

El exilio de su padre sería un acontecimiento decisivo en la vida del joven Franco Venturi, que en 1932 con sus 17 años decidió, tras una breve detención por parte de la policía fascista, también desplazarse a París. De sus años precedentes turineses poco se sabe. La versión más atendible indica que estudió en el

7. Sobre Adolfo y Lionello Venturi, ver Boatti (2001).

Liceo Classico Vittorio Alfieri (donde fue compañero y amigo de otro historiador, católico democrático: Ettore Passerin d'Entrèves).⁸ Hecho quizás no irrelevante ya que por descarte señala que no fue parte de ese vivero de la cultura antifascista turinesa que generaría tantos vínculos perdurables: el Liceo "Massimo D'Azeglio", frecuentado por las élites económicas y culturales piemontesas, de Cesare Pavese a Giulio Einaudi, de Massimo Mila a Leone Ginzburg, de Norberto Bobbio a Giovanni Agnelli.

Todo un mundo del que luego Venturi sería uno de los mayores animadores. Al menos, por poner dos ejemplos, si nos atenemos a los testimonios concordantes de Bobbio y Galante Garrone, ellos solo conocieron a Venturi recién en los años de la Segunda Guerra Mundial, entre 1942 y 1944, es decir, luego de su experiencia del exilio (Bobbio, 1998, p. 409 y Garrone, 1996).⁹

Los años de formación en París

En el exilio parisino, que duraría ocho años, el joven Venturi desplegaría una enorme actividad que mostraría ya esa sorprendente capacidad de trabajo característica de toda su vida. La misma se orientaría en dos direcciones, paralelas y complementarias: por un lado hacia la política activa, por el otro hacia el mundo académico. De la primera daría cuenta su activa participación en

8. Los datos proceden del acta del interrogatorio que se le hizo en el despacho político de la cuestura de Turín el 15 de marzo de 1941, luego de su extradición desde España (Vivarelli, 1998, pp. 61-62).

9. Debe señalarse la referencia de Arnaldo Momigliano, ocho años mayor y que no asistió a ningún liceo, acerca del comienzo de sus relaciones con Franco Venturi en 1927, probablemente a través del padre de este, del cual era alumno (lo que debería llevar a indagar el ámbito de sociabilidad familiar) (Momigliano, 1987, p. 46).

la galaxia antifascista exiliada en París, en torno al grupo Giustizia e Libertà liderado por Carlo Rosselli, y del otro una no menos vasta actividad que incluiría la realización de sus estudios de grado y de posgrado en la Sorbona, sus publicaciones y su intensa frecuentación de archivos y bibliotecas.

El encuentro de Venturi con el mundo parisino era, en primer lugar, el encuentro con un vasto mundo de intelectuales exiliados en el que forjaría algunas de sus amistades más perdurables que lo acompañarían toda su vida. Aunque la París de los años treinta era un ambiente enormemente cosmopolita y en el que confluían exiliados y refugiados de muchas partes, la sociabilidad de Venturi –como por lo demás suele ocurrir con los exiliados políticos– estaba fuertemente connotada por los vínculos con los italianos. Ante todo, el amplio departamento de su padre, en el elegante *XVI^e arrondissement*, donde vivió los primeros años, era ya un lugar de encuentro de políticos, intelectuales y artistas y de ello da cuenta este mismo libro, con las breves referencias que Venturi hace a dos frecuentadores de esa casa precedentemente exiliados: el antiguo Presidente del Consejo de Ministros de Italia, Francesco Saverio Nitti, y el reconocido historiador y activísimo intelectual, desde antes de la Primera Guerra Mundial, Gaetano Salvemini. Ese mundo incluía también a otros políticos destacados, del socialista Claudio Treves al ex comunista Angelo Tasca y a numerosos artistas e intelectuales italianos antifascistas, entre ellos Carlo Levi (Iamurri, 2003 y Lamberti, 2003).¹⁰ Empero, como referencia de que la casa de Venturi padre era un lugar amplio de encuentro entre las distintas almas del antifascismo italiano está el hecho de que allí se encontraban también

10. Más en general sobre Giustizia e Libertà en la París de los treinta ver L. Casalino (2003).

Benedetto Croce –en sus frecuentes visitas a París para trabajar todo el día hasta las 18 hs. en la Biblioteca Nacional, Carlo Rosselli y otros exponentes de Giustizia e Libertà (Rizi, 2003, pp. 188-189).¹¹

El segundo gran ámbito de sociabilidad de Venturi –y seguramente el más influyente– era el provisto por Giustizia e Libertà, que se desarrollaba en la casa de Carlo Rosselli (cercana al Panthéon en París), en la muy próxima sede de la agrupación en la rue du Val-de-Grâce y en numerosos cafés parisinos. Giustizia e Libertà había nacido en 1929, aunque reconocía toda una tradición precedente en el pensamiento de figuras como Salvemini (del que Rosselli había sido alumno), en Piero Gobetti y en una parte de la cultura torinesa antifascista de los años veinte de matriz no comunista. Aunque dentro de esta última existían distintas vertientes, el libro que Carlo Rosselli escribió mientras permaneció confinado en Lipari y que editó al año siguiente (1930) en París, *Socialisme libéral*, daba buena cuenta de su colocación ideológica y de la búsqueda de un incierto lugar ni marxista, ni comunista pero tampoco liberal democrático. Ese espacio proponía un nuevo mundo en la convicción de que el antiguo había periclitado con la Primera Guerra Mundial (incluido el socialismo reformista). Apuntaba a una renovación social, política y, sobre todo, moral, con un rol importante en la unión de pensamiento y acción, y estaba permeado de cierta religiosidad laica (que será por lo demás un rasgo distintivo del joven Venturi); así, logró atraer a muchos de los mejores intelectuales italianos antifascistas. Sin embargo, su ausencia de bases firmes en la sociedad italiana, de vínculos internacionales extendidos (como sí poseían

11. De todos modos, Croce se reunió también con Rosselli en el departamento de este, según testimonio de Salvemini.

socialistas y comunistas) o incluso su vocabulario político –con fórmulas como “socialismo liberal”, “liberalismo revolucionario” de difícil comprensión para otros estudiosos y políticos extranjeros– limitaba en mucho su capacidad de interlocución más allá de la esfera de los intelectuales italianos (con las debidas excepciones de Albert Hirschman o Élie Halévy) (Gervasoni, 1999).

Quizás ello orientó a *GL*, en 1931, a sumarse a la *Concentrazione Antifascista* creada en París pocos años antes, entre otros, por republicanos, socialistas y socialistas reformistas. La relación de *GL* con los otros componentes fue difícil y lo fue más aún luego del inicio de la publicación de los *Quaderni di Giustizia e Libertà* (más tarde denominados *Giustizia e Libertà settimanale*) que, a partir de una relectura de la situación italiana, mostraba un programa que incluía una amplia reforma económica (desde una reforma agraria a una socialización de una parte del aparato industrial) y un utopismo social que sus socios debían juzgar demasiado radicalizado. Otro hecho decisivo fue seguramente el ascenso del nazismo al poder en Alemania en 1933, que contribuyó a reorientar las perspectivas de Carlo Rosselli hacia la idea de que el fascismo era un problema europeo, no italiano, y que por tanto su derrota debía ser realizada por un movimiento también europeo del que no podía excluirse a la Unión Soviética y, por tanto, a los comunistas. Ello implicaba, claro está, cierta fe en la posibilidad de regeneración de la revolución rusa (o una realización más plena al llevar esa revolución de oriente a occidente). Implicaba más fuertemente la proposición de una revolución europea que debía partir de una renovada inspiración moral e histórica que encontrase sus nuevas bases intelectuales en una revisión de la tradición histórica, en la que se incluía en un lugar primordial un repensar el iluminismo en una perspectiva más amplia, que implicaba darle un espacio al iluminismo radical.

No es posible seguir aquí con los avatares intelectuales de GL, pronto sometidos a nuevos obstáculos (los procesos de Moscú), o a las resistencias de muchas figuras emblemáticas (como Salvemini) contra su radicalización política e ideológica, pero también a nuevas esperanzas (la guerra civil española en la que participarían rápidamente en el frente de Aragón junto a los anarcosindicalistas de la CNT catalana). Tampoco es necesario recalcar que muchas de sus opciones, como la frialdad ante la experiencia del Frente Popular francés advenido en 1936, incrementaban su aislamiento. Y aquí es quizás útil subrayar que la experiencia encabezada por Léon Blum había suscitado, inversamente, una amplia participación y entusiasmo en los numerosos inmigrantes italianos trabajadores residentes en Francia (Beccheloni, 2001, pp. 107-108). El asesinato de Carlo Rosselli, en junio de 1937, por instigación del régimen mussoliniano, generó un notable impacto inmediato en la opinión pública francesa pero a la vez signó el comienzo de una declinación (acentuada por las divergencias internas) que terminaría por convertirlo en un movimiento político residual con la debacle francesa de 1940.

Esa desintegración dejaba, sin embargo, un fermento de ideas y un conjunto de estrechas relaciones interpersonales que fructificarían de muchos modos en sus integrantes jóvenes; entre ellos, Franco Venturi. Este había participado activamente en *GL* (llegando en 1937 a formar parte del restringido Comité Central), de muchos modos. El más visible, pero no el único, serían sus numerosas colaboraciones en los *Quaderni* y en el *settimanale*. Allí combinaría sus intereses históricos con análisis de las realidades políticas contemporáneas. Entre los primeros sobresalen, además de aquellos sobre Diderot de 1935 (que anticipa sus líneas de investigación futura) y sobre Filippo Buonarroti (1937) “*primo igualitario italiano*”, los dos artículos como el que dedicó

a su participación en un debate en torno al *Risorgimento* italiano (1935), en el que el joven Venturi, además de establecer precisas distinciones entre nación y nacionalismo, se inclinaba ya por confrontar las visiones ahistóricas que tendían a dar una visión negativa al respecto, ya que el fascismo, por impulso gentiliano, insistía en verse como la realización de aquel. Venturi prevenía contra la idea de oponer a un mito (escolar) un anti-mito y sugería no indagar los movimientos históricos desde sus resultados, como si estos fuesen necesarios, sino de capturarlos en sus “momentos más vivos”.¹²

De sus escritos sobre la realidad contemporánea sobresalen dos conjuntos: los tres que dedicó a España (un tema que volvería a aparecer fragmentariamente en otros artículos sucesivos luego del comienzo de la guerra civil) y los cinco que dedicó a Rusia. Entre estos hay una diferencia sustancial: mientras los primeros eran una observación a distancia de la compleja situación española entre 1933 y 1936, los segundos eran el resultado de una observación directa producto de un viaje a Leningrado a fines de 1936, en el que la búsqueda de manuscritos de Diderot bien podía combinarse con un interés por conocer de cerca la realidad soviética. Pese a esa diferencia, los artículos pueden pensarse complementariamente en varios sentidos y, a su modo, constituían idealmente los extremos de ese mundo europeo que debía ser concebido unitariamente y cuyas raíces intelectuales luego indagaría en sus estudios sobre el Iluminismo. De España le atraían

12. Los escritos políticos de Franco Venturi han sido editados parcialmente en F. Venturi (1996) y todas las referencias a ellos proceden de ese libro. Los dos artículos sobre el *Risorgimento* escritos por Venturi con el pseudónimo Gianfranchi son “Sul Risorgimento Italiano” del 5 de abril de 1935 y “Replìca di Gianfranchi”, del tres de mayo de 1935.

a Venturi muchas cosas: lo que juzgaba un proceso revolucionario cuyo punto de inicio era según él una revolución originada en el impulso de minorías intelectuales (que encontraba sus raíces en las críticas de la generación del 98), que había sentado las bases para la creación de la Segunda República, pero quizás más aún la idea que subtendía su lectura: que se trataba de un laboratorio político cuyo éxito hubiera no solamente arrastrado luego a la revolución antimussoliniana (“Hoy en España, mañana en Italia” había dicho Carlo Rosselli), sino también más tarde a la europea. Por otra parte, para Venturi, se trataba del primer fenómeno político explícitamente antifascista.¹³ Finalmente, la revolución española, incluso luego de su derrota, como señala en un texto clave de 1943, había permitido abrigar la esperanza de que el socialismo intentase realizarse en el marco de un movimiento político plural sin las desviaciones totalitarias de la experiencia soviética.¹⁴ Ciertamente, luego de los tres primeros artículos precedentes al inicio de la guerra civil, y en los que sobresale su admiración por la figura de Manuel Azaña y un excesivo optimismo acerca de las posibilidades de la experiencia reabierta en febrero de 1936, la situación española a partir de la guerra civil deja de ser un tema específico de reflexión de Venturi, aunque siga apareciendo colateralmente en sus artículos. Una guerra que no dejaría de proponer serios dilemas éticos y políticos al joven Venturi, dilemas que eran, por otra parte, los de GL, de los que

13. Los textos escritos bajo el pseudónimo Gianfranchi son “Nuova Spagna”, del 9 de noviembre de 1933, “Ore difficili in Spagna”, del 28 de septiembre de 1934 y “Cronaca spagnola” del 24 de abril de 1936. Sobre el problema de la guerra civil española, véanse las observaciones de V. Foa (1996, pp. xx-xxii).

14. Bajo el pseudónimo de Leo Aldi escribió al respecto, “Socialismo di oggi e di domani” el 17 de diciembre de 1943.

los enfrentamientos en Cataluña entre comunistas y comunistas heterodoxos y anarquistas podían ser un buen ejemplo.

En el caso de la Unión Soviética, los dilemas parecían inversos: cómo extraer de una situación que no podía no percibir como sombría y totalitaria elementos de optimismo, ya fuese acerca de que todo el esfuerzo de la revolución rusa no había sido en vano, o bien acerca de la posibilidad de que la situación pudiese evolucionar en el futuro en otra dirección. Para ello Venturi operaría una distinción entre el régimen soviético y la sociedad y el pueblo ruso, pleno de simpatía hacia este y de reticencias hacia el primero. Una elección que, desde luego, le permitía a Venturi eludir los aspectos más terribles de la experiencia soviética. Su mirada, que era bastante exterior dados los limitados conocimientos de ruso que por entonces tenía Venturi, se detiene en distintas dimensiones de la vida cotidiana que buscan dar un cuadro matizado de esa experiencia: el carácter austero y sobrio, *severo e triste*, de los habitantes, un nivel de vida modesto pero mejor que el de los años precedentes, la curiosidad intelectual que delatan las largas colas en las librerías y en los puestos de diarios (*sapere aude!*), la noción de que pese a todo algo se estaba moviendo en el mundo de la cultura y de la *intelligentsia* rusa.¹⁵ El retorno a los “clásicos” le parecía menos una expresión de un peligroso renacer nacionalista (posibilidad que no negaba) que un movimiento que podía llevar a una revisión del marxismo y a nuevas perspectivas intelectuales. Ciertamente, Venturi no dejaba de señalar al pasar algunos de los rasgos totalitarios, aunque

15. Las cinco “Note sulla Russia” se publican entre el 15 de enero y el 19 de febrero de 1937 en *Giustizia e Libertà settimanale*. Acerca de la imagen de Venturi de la Unión Soviética, el texto matizado y no exento de algunos relieves críticos hacia perspectivas consideradas ingenuas ver Graziosi (2006) (y en términos más generales los otros ensayos incluidos en ese volumen).

ciertamente no los más flagrantes: la deplorable abolición de la política, la censura literaria con la imposición del canon realista, el aislamiento cultural, pero un optimismo (iluminista) de fondo permeaba sus escritos: la idea de que esa realidad podía evolucionar para reencontrar las bases de una auténtica revolución socialista y liberal. Y ese optimismo, tan centrado en ideas, lecturas e intelectuales será un rasgo perdurable en Venturi: reaparecerá en 1943, en su correspondencia de Moscú, en sus tiempos de agregado cultural (1947-1950), ante la muerte de Stalin (1953) o ante el informe Kruschov y la represión en Hungría (1956). Aunque las críticas al modelo soviético se iban incrementando, permanecía la idea de que un cambio era posible y que ese cambio sería el resultado (como decía citando a Mme. De Stäel) de un retorno a los principios y del papel político activo y transformador que desempeñase la *intelligentsia* a partir de ellos (Venturi, abril de 1953).

Como el lector de este libro podrá comprobar, algunos de sus temas pueden verse en cierta medida como desarrollos de aquellas ideas (o de aquellos impulsos) que surgen de la experiencia en *GL* y que están incluidas en los escritos políticos de Venturi durante esa época, de los que hemos dado solamente una sumaria indicación aquí. Empero, como se señaló, la experiencia francesa no fue solamente ese fermento y esa militancia, ni tampoco solamente un núcleo de amistades perdurables que conservó toda su vida, como la de Aldo Garosci, estrecho colaborador de Rosselli, también él historiador, intelectual y político (aunque con énfasis diferentes a las de Venturi), o Leo Valiani, el notable intelectual e historiador no académico que, aunque procedía de la experiencia comunista, confluiría con ellos a fines de los treinta.¹⁶ Fue tam-

16. Ver, ante todo, Valiani (1996).

bién la de sus años de formación como historiador y de sus trabajos académicos. Graduado en la Sorbona en 1936, culminó su tesis de doctorado en la Facultad de Letras en 1940 y, aunque no pudo defenderla hasta cinco años más tarde por la ocupación de Francia por Alemania, la publicó ese mismo año. Era un estudio (cuyo argumento le había sugerido Paul Hazard) sobre un iluminista piemontés: Dalmazzo Francesco Vasco.¹⁷ Entre sus publicaciones, además de varios artículos y reseñas, sobresalen dos: en 1939, la edición junto con Jean Thomas del manuscrito de Dom Deschamps, *Le vrai système ou le mot de l'énigme métaphysique et morale* (1939), y sobre todo su libro dedicado a la memoria de Carlo Rosselli, *Jeunesse de Diderot* (1939 y 1988). Esta última mostraba ya un sólido historiador pese a sus 24 años de edad.

Con el paso del tiempo Venturi no fue generoso en reconocer lo que le habían aportado los estudios académicos en Francia. En 1987, en la "Premessa" a la edición italiana de su primer gran libro, *Jeunesse de Diderot*, en lo que podía verse una cerrada crítica a las nuevas modas historiográficas tan abundantes en disquisiciones metodológicas como avaras a la hora de la investigación concreta, señaló: "en cuanto a los métodos de investigación, no había mucho para inventar. Como decía Chabod, el arte del historiador consiste en leer todo y en controlar las citas" (1988, p. 11). Ciertamente también muchos años antes, en una carta a Croce señalaba que los franceses eran "tan literarios todos", lo que era un modo de tomar distancia de los estudios de historia de las

17. La tesis titulada *Les aventures et la pensée d'un idéologue piémontais : Dalmazzo Francesco Vasco (1732-1794)* fue publicada con el título *Dalmazzo Francesco Vasco (1732-1794)* (1940).

ideas predominantes en la Francia de los años treinta (Tortarolo, 1998a).¹⁸ Y asimismo, mucho se ha insistido acerca de la “influencia” de dos grandes autores, emblemáticos de la tradición italiana, como Benedetto Croce o Adolfo Omodeo. Por otra parte, en la segunda posguerra, en las traducciones francesas que Venturi promovía ante Einaudi o en el momento de escribir acerca de grandes historiadores del siglo XX, los nombres de sus profesores de la Sorbona estaban ausentes. Sí aparecía, en cambio, alguien a quien admiraba y probablemente había escuchado (pero que no estaba inscripto en la academia), Élie Halévy, y en especial su libro *L'ère des tyrannies* editado en 1936, que tanto había impresionado también a sus amigos Garosci y Valiani (más allá del pesimismo de fondo que no compartían).¹⁹ Estaba más atrás el nombre de Jean Jaurès, al que mucho había admirado también por esa combinación entre la política y la historia, la democracia y el socialismo y por su atención a los procesos de largo plazo, pero sin perder de vista la fuerza de la voluntad política y, en segundo lugar, el de Albert Mathiez. Sin embargo, más allá de la influencia de las ideas de Rosselli, o de las interpretaciones políticas e historiográficas de Croce y Omodeo, y en general del modelo de la historia “ético-política” croceana (este última seguramente muy relevante), subsiste el hecho de que sus estudios académicos, si sirvieron para algo, fueron realizados no en un diálogo intelectual a la distancia con obras y autores sino en una relación directa con sus profesores franceses. Desde luego, ello no omite que el joven Venturi

18. Tortarolo (1998a) señala además los vínculos de Venturi con Hirschman y con el sociólogo Georges Friedmann, que por otra parte estaba desde 1939 en el comité de redacción de *Annales*.

19. Acerca del impacto que sobre los tres había tenido la lectura de Halévy, ver las riquísimas observaciones políticas, culturales e historiográficas de L. Valiani (1996, pp. 517-518).

debió haber sido un estudiante muy especial, forjado como estaba en una tradición cultural familiar y en una rica experiencia intelectual y política.

En las distintas listas de profesores que habría tenido Venturi en la Sorbona se han indicado muchos nombres. Pertenecen o a la tradición erudita (de Guignebert a Seignobos) o a aquella escuela de estudios literarios que, de Daniel Mornet a Paul Hazard (profesor en el Collège de France) y al italianista Henri Bédarida, dominaba la historia de las ideas del siglo XVIII.²⁰ Dados los temas venturianos y sus ámbitos de participación académica, la vinculación con dos autores muy distintos entre sí, como Mornet o Hazard, es indiscutible. Sin embargo, en la citada “Premessa”, Venturi tomaba explícita distancia de ambos y en la primera edición de su *Jeunesse de Diderot* (1939) no aparecen citados (1988).²¹ Por otra parte, compulsando las dos obras mayores de aquellos, *Los orígenes intelectuales de la revolución francesa* (1933) y *La crisis de la conciencia europea* (1935), con los trabajos de Venturi, las diferencias son bien visibles (pero también lo son con las de Croce u Omodeo, no en los impulsos ideales ni en las interpretaciones específicas sino en la forma concreta de hacer historia). Véase, por ejemplo, el modo en que Mornet mantiene diferenciadas las

20. Ricas y diferentes perspectivas acerca de la formación intelectual de Venturi y sus contextos intelectuales en G. Giarrizzo (1998). Giarrizzo se detiene en especial en los vínculos historiográficos con Mornet y Hazard. Ver también G. Galasso (2008) quien remarca la perdurabilidad de ese módulo, construido en los treinta, en la labor sucesiva de Venturi; y G. Ricuperati (1996), atento a los contextos historiográficos europeos.

21. En una nota de 1938 había también criticado la aproximación de un libro de Paul Hazard acerca de las relaciones entre la revolución francesa e Italia, centrado en la idea de “influencia”. Ver el artículo con el seudónimo Gianfranchi “Un français ‘retour d’Italie’” del 8 de agosto de 1938 incluido en traducción italiana en *La lotta per la libertà. Scritti politici* (1996).

dimensiones ideológicas y las dimensiones políticas, allí donde Venturi se esfuerza por indagar el pasaje de una a otra.²² Véase también la discusión con Bédarida en un congreso de 1953, cuando a la observación mornetiana acerca de que para pensar el siglo XVIII era necesario consultar los *pamphlets*, Venturi contestaba que sí, pero que no había que comenzar desde los textos sino desde las personas.²³ Sin embargo, es también razonable argumentar que el oficio del historiador y la crítica filológica de los textos, que fueron un punto de fuerza de Venturi, debió haberlas aprendido de algún lado y, es también razonable suponer que aquella escuela de estudios literarios, detrás de la cual estaba el nombre de Gustave Lanson, debía ser particularmente hábil en ella.²⁴ Por lo demás, sorprende que inteligentes estudiosos no se hayan detenido en un profesor de Venturi en la Sorbona del cual dejó un cálido recuerdo: Georges Lefebvre (“cuánta sutil inteligencia que es difícil no llamar campesina, cuán superior sensatez se encierra en cada una de sus observaciones, de su realista mirada sobre cada problema histórico que se le presente”) (Venturi, 1948, pp. 175-176).²⁵ Ese retrato nos sugiere muchas cosas en torno al

22. Según puede percibirse en el capítulo XI, “Algunas observaciones acerca de las causas políticas”, de D. Mornet (1969).

23. Véase el debate en torno a la relación de Venturi (1954, pp. 178-179).

24. Para una reevaluación de Lanson y su escuela, ver D. Roche (1998), quien sin embargo se atiende a las distancias entre ambas y de Venturi con la primera.

25. En otro pasaje señalaba algo relevante: “Georges Lefebvre, a cui l’auteur di queste pagine parlava di questi suoi dubbi, ricordava quando, giovanissimo, a Lille, prendendo parte a manifestazioni contro Boulanger insieme ai suoi compagni studenti, era guardato di malocchio dagli operai in blouse” [Georges Lefebvre, a quien el autor de estas páginas hablaba de estas dudas que le son propias, recordaba cuando en su primera juventud, en Lille, era mal visto por los obreros *en blouse* mientras participaba en

métier del historiador construido en una trama de comentarios, observaciones, críticas y ciertamente que, además de los estudios de las ideas franceses de los treinta, Venturi debería ser asociado a la gran tradición de estudios sobre la revolución francesa, al menos en su oficio erudito y “realista”. Y quizás ello explica por qué Venturi tuvo tanto interés no solo en hacer conocer a Lefebvre en Italia sino también en hacer publicar en italiano rápidamente (en 1946) el manuscrito de Bloch, *Apologie pour l'Histoire* (Giarrizzo, 1998, pp. 33-34).²⁶ Un texto que, si bien contiene la genialidad de Bloch, también puede ser visto como heredero de una rica tradición de ejercicio del oficio profesional. Y, mirando la introducción a su *Jeunesse de Diderot*, al señalar la preferencia otorgada en el libro al diálogo de este con sus contemporáneos, indicaba que “hemos preferido hacer una discusión de un texto de la época antes que valernos de la página de un crítico posterior”. Observación que podría extraer de muchas partes pero que casi calcaba fielmente la célebre de Fustel de Coulanges. Más allá de influencias, legados o préstamos, italianos, franceses o habilidades propias, un balance razonable podría sugerir que en Venturi se combinaban de manera fecunda aquellos “impulsos” que procedían de su acción política y las incitaciones intelectuales del historicismo italiano con las dimensiones también francesas de un oficio del historiador en el que rayó a gran altura.

Ciertamente, la influencia de Rosselli parece haber sido determinante en orientar al joven historiador a buscar las raíces de su cultura política, y ello lo llevaba al siglo XVIII y a una

las manifestaciones contra Boulanger junto a sus compañeros de estudios] (1948, p. 36) (sensatez y realismo).

26. Venturi tenía también una enorme admiración por *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* y en general por toda la producción de Bloch.

relectura de la Ilustración. No obstante, es bueno recordar que, en esa amenazante década de 1930, ese retorno a la Ilustración era una sugerencia de muchos, cercanos a él (como Georges Friedmann o el mismo Mornet), o lejanos. De 1932 son *Die Philosophie der Aufklärung* de Ernst Cassirer (que ya en los treinta Venturi había leído atentamente) y *The Heavenly City* de Carl Becker, dos obras de las cuales Venturi toma distancia en este libro. De 1933 es la *Storia d'Europa* de Benedetto Croce, que acompañaba la reevaluación que en esa década de 1930 el estudioso italiano realizaría de la Ilustración, tomando, al menos en parte, distancia de aquella visión hostil que había dado en *Teoría e storia della storiografia*.²⁷ Y por último un historiador precedentemente tan alejado de perspectivas cosmopolitas como Friedrich Meinecke ¿no proponía en su *Die Entstehung des Historismus* (1936) una amplia apertura europea a la ilustración vista como el lugar en el que se entrelazaban los hilos que llevarían al *Historismus*?

En ese clima, los trabajos históricos del joven Venturi tendrían su signo particular. Nuevamente lo señaló en el prefacio a la primera edición de su *Diderot*: este no era para Venturi ni verdaderamente filósofo, ni un poeta: “era uno de los más notables entre los hombres de su tiempo que supo dar un significado político al Iluminismo francés”. Había dejado una enorme obra que “no es una obra filosófica ni artística, es una ‘obra maestra práctica’”. Su libro quería ser la primera parte no de una historia filosófica ni de una historia literaria sino de una “historia política de Diderot” (Venturi, 1988, pp. 22-23). En otros términos, podríamos decir, una historia política de las ideas que busca el momento creativo de estas, que es cuando se articulan en la práctica y en la acción política. Dicha

27. Imbruglia (2003) señala la reevaluación croceana del iluminismo en una clave antitotalitaria (es decir, antifascista).

historia tiene, desde luego, unos actores excluyentes: esas minorías intelectuales activas que son en la perspectiva de Venturi y de GL, lo vimos ya, las que impulsan las transformaciones históricas. La reconstrucción propuesta por Venturi de la juventud de Diderot está dominada por la indagación de la lenta ruptura con el ámbito de sus orígenes familiares, que sanciona el paso de un mundo de ideas, lecturas y escrituras, a otro orientado hacia la acción práctica; de una posición más ambigua, a otra de neta ruptura y confrontación con el Antiguo Régimen francés. Esos pasos no son, sin embargo, para Venturi simplemente los productos inevitables de una secuencia de lecturas prestigiosas, ni una sucesión de abstracciones (del deísmo al ateísmo, del escepticismo al materialismo) sino el resultado de aquellas lecturas –y no solo de las prestigiosas, sino también de las provenientes de ese submundo de pequeños escritores, que por otra parte habían sido atención privilegiada de Mornet– en la interacción con otras personas, con otros espacios sociales y culturales. Y para estudiarlo, la obra de Shaftesbury era tan importante como los Archivos de la Bastilla.

El libro de Venturi tuvo dos reseñas importantes que a la altura de sus años le gustó recordar. Una era la de Lucien Febvre, que señalaba las características de un libro *nourrissant*, nutritivo, que presentaba a un Diderot vivo. En consonancia con las ideas de Venturi, pero, a la vez, llevando agua para sus molinos, utilizaba la reseña favorable para seguir ajustando cuentas con otras formas de hacer historia. Así señalaba: “No es ni un trabajo de ‘un historiador de la literatura’ ni un trabajo de un ‘historiador de la filosofía’. Es el trabajo de un hombre viviente sobre un portador de ideas vivientes” (Febvre, 1940).²⁸ La otra, igualmente elogiosa, pero de muy

28. Se refiere aquí a las polémicas contemporáneas de Febvre contra las ideas puras de los historiadores de la filosofía (“Leur histoire et la nôtre”,

distinto tenor, era la de Adolfo Omodeo en *La Critica*. Omodeo señalaba “la admirable riqueza erudita” del libro de Venturi que reposaba sobre fuentes muy diversas. Con agudeza remarcaba que “Venturi reconstruye para nosotros sustancialmente una historia religiosa, no obstante, la apariencia ateística del pensamiento de Diderot” y agregaba que todas las modificaciones del pensamiento de Diderot más que fases “de un pensamiento especulativo del tipo del de Spinoza eran fases de un mito vivido con fe” para dar la batalla de las luces. Culminaba augurando con “optimismo” que se hubiese inaugurado un nuevo ciclo de investigaciones que llevasen a una más adecuada interpretación del siglo de las luces (1939, pp. 379-380).

La otra obra en la que nos detendremos brevemente es la edición de Thomas y Venturi del *Vrai systeme* del monje benedictino Dom Deschamps (un personaje que aparece varias veces en *Utopía y reforma*). Ella muestra algunas otras características del Venturi historiador: su infatigable curiosidad erudita por la búsqueda de manuscritos inéditos y libros raros en archivos y bibliotecas (y su olfato para encontrarlos), su interés por las franjas del pensamiento radical en el siglo XVIII (también visible en su interés por Filippo Buonarroti o, sobre otro período, por Tommaso Campanella) y las relaciones entre ello y su propio presente. El hallazgo del manuscrito de Dom Deschamps que estaba en Poitiers (así como de otro inédito de Diderot entre los manuscritos existentes en la Biblioteca Nacional, también publicado por él) atrajo inmediatamente la atención de Venturi. Bronislaw Baczko

1938) y contra los historiadores de la literatura, incluido Mornet (“De Lanson à Daniel Mornet: un renoncement?”, 1941) ambos, originariamente publicados en *Annales*, se incluyen en Febvre (1992).

ha recordado lo que Venturi escribió en el prefacio a la edición polaca del *Vrai système*:²⁹

Recuerdo todavía el estupor que me invadió mientras leía y transcribía en la Biblioteca Nacional de París, sus [de Deschamps] preciosos manuscritos provenientes de Poitiers: parecía ver desnuda, en todo su primitivismo, la base histórica y política del ideal político y social que dominaba el horizonte de los años entre las dos guerras mundiales [...] el materialismo y el comunismo presentados sin disfraz y absolutamente sin pudor (1996).

En lo que había un rasgo de época: finalmente el mismo Diderot servía por entonces a estudiosos soviéticos para presentarlo como el antecesor del materialismo y en Francia como un numen tutelar del Frente Popular. Desde luego, como Baczko ha señalado con insistencia, Venturi al igual que otros historiadores desconfiaba del *cliché* del precursor (“Un rol siempre sospechable”, según el mismo Venturi escribiera): se trataba de restituir el verdadero rostro de Dom Deschamps. Ciertamente también, nunca estuvo Venturi demasiado interesado en indagar los “orígenes” del Iluminismo (o del populismo ruso). Sin embargo, algo sugiere que si el Iluminismo debía ser entendido en su época, y no desde sus antecedentes (la primacía de la acción concreta por sobre el linaje intelectual), algo también propendía en Venturi no solamente a plantearse preguntas sobre ese pasado desde su propio presente sino a buscar las raíces (si se prefiere no hablar de

29. Los textos citados sucesivamente proceden de este artículo. Una de las referencias aparece abreviada en *Utopía y reforma*.

orígenes) de las ideas y los debates del siglo XX. Ellas estaban, en su perspectiva, en el siglo XVIII.

Llegados a este punto, es necesario abandonar al Venturi de sus años parisinos, pero antes de hacerlo puede sugerirse al lector de este libro que él mismo indague acerca de cuántos ecos de las ideas forjadas en esa década de los treinta, cuánto el módulo historiográfico de Venturi (en la expresión de Galasso), esbozado entonces, está todavía presente en *Utopía y reforma*.

De la guerra a la posguerra

Con la derrota francesa de junio de 1940, Venturi, al igual que otros de sus compañeros de *GL*, decidió moverse de París a Marsella, para luego salir de Francia. Venturi, que ya desde 1936 vivía autónomamente de su padre, en un departamento en la pequeña Plaza Furstenberg, donde existía otra tertulia nocturna de antifascistas (Gabrielli, 2004, p. 114), decidió dirigirse hacia los Estados Unidos, lugar al que se había trasladado su padre en 1939. Al atravesar España hacia Portugal, en septiembre de 1940, las contingencias volvieron a influir en la vida de Venturi: fue detenido por la policía franquista y encarcelado en condiciones inhumanas durante cinco meses. Paradojalmente vino en su auxilio el régimen fascista, que solicitó su extradición. Al ser interrogado por la policía política en la cuestura de Turín, Venturi declaró (o los funcionarios fascistas escribieron): “Admito que mi actividad de estudioso en Francia ha tenido carácter político al echar luz sobre los orígenes y los hombres que son considerados los precursores de los regímenes democráticos” (en Valiani, 1996, pp. 516 y

530).³⁰ El fascismo lo envió confinado a Avigliano, en Basilicata, y allí permanecería hasta julio de 1943.

Entre mayo de 1940 (último artículo en *Giustizia e Libertà*) y septiembre de 1943 (primer artículo en *Quaderni d'Italia Libera*) no se consigna ningún artículo histórico o político de Venturi. No fueron, sin embargo, años perdidos en ninguno de los dos terrenos. En el “*confino*” leyó mucho, como señala en una carta a su padre desde Avigliano (y entre esas lecturas le impresionó *Gli eretici italiani del Cinquecento* de Delio Cantimori). Por otra parte, como indica en la misma carta, incluso en las prisiones españolas logró leer a Francisco de Quevedo y otros escritores españoles.³¹ Asimismo, aprovechó para estudiar otros idiomas y para traducir (probablemente por encargo de Einaudi) *Auch eine Philosophie der Geschichte* de Herder. Igualmente importantes los contactos que entabló con el mundo cultural de Turín, a partir de un permiso de salida otorgado por el régimen en 1942, que utilizó para viajar a esa ciudad. Venturi, que a mediados de ese año había adherido a la creación del clandestino Partito d'Azione (heterogéneo movimiento político en el que confluían los miembros de *GL*, los republicanos, antiguos seguidores de la Unione Democratica Nazionale de Giovanni Amendola y destacados intelectuales de área croceana, como Guido de Ruggiero y Adolfo Omodeo) se vinculó inmediatamente con el mundo de los intelectuales antifascistas. Esos lazos fructificaron luego de su salida del “*confino*”, ya que se instaló en Turín, comenzó a trabajar en la editorial Einaudi de

30. Instrumentalmente negó, en cambio, haber desarrollado actividad política directa.

31. En carta de F. Venturi a L. Venturi del 22 de agosto de 1941, reproducida por E. Tortarolo (1998b, pp. 108-112).

forma más estable (gracias a la mediación de Leone Ginzburg) e inició una activa militancia en la Resistencia.

En septiembre de 1943 reaparecen con distintos pseudónimos sus artículos políticos en publicaciones clandestinas del Partito d'Azione (*Quaderni dell'Italia Libera*, *Nuovi Quaderni di Giustizia e Libertà* y, luego de la caída definitiva del régimen, en el diario turinés de ese mismo partido, *GL*, del que sería director). Hasta diciembre de 1945, con una excepción, todas sus publicaciones son políticas, no académicas, casi como una señal de que Venturi parece decantarse hacia ese terreno. Sin embargo, en 1946 reaparecen sus trabajos históricos (en paralelo con los político-ideológicos) y ellos signan ahora una tendencia definitiva. En abril de 1946 el periódico dirigido por Venturi anuncia su cierre con un artículo de su director, titulado "Autocrítica". Una autocrítica, a decir verdad, poco profunda: el fracaso de *GL* para Venturi, que es también el fracaso del Partito d'Azione en tanto que partido, se debe, en el fondo, a que "si hoy debemos cesar la publicación del periódico es también porque nos hemos negado a ser diferentes de aquello que eramos" (1996). Inmediatamente después, en junio de 1946, las elecciones para la Asamblea Constituyente señalaban los límites del Partito d'Azione: ya escindido, obtuvo 1,45% de los votos a escala nacional, no solo muy lejos de los partidos de masas, la Democracia Cristiana, los socialistas y los comunistas, sino incluso de una fuerza apenas nacida y cuyos postulados eran antitéticos del Partito d'Azione, el Fronte dell'Uomo Qualunque, que logró el 5,30% de los votos. La diáspora de un partido que había buscado infructuosamente una tercera vía, entre el capitalismo liberal y el comunismo colectivista de tipo soviético, comenzó de inmediato y, aunque como experiencia de cinco años no puede no verse como un fracaso político, muchos de sus intelectuales lograrían ocupar luego lugares

relevantes en otros partidos, en el periodismo, en la cultura o, como Venturi, en la academia.³² Casi como confirmación de que esas minorías activas de intelectuales tenían todavía un partido a o por jugar.

Hacia fines de ese mismo año, Venturi recibe una invitación de Manlio Brosio, designado embajador italiano en Moscú, para acompañarlo como agregado cultural (Viarengo, 2006).³³ Decide aceptarla, y entre 1947 y 1950 ocupará ese puesto. Aunque pueden encontrarse muchos argumentos para esa decisión que lo alejaba de Italia, desde la necesidad de un trabajo estable (en mayo de 1946 había escrito a Giulio Einaudi para proponerle reincorporarse a la editorial) hasta la posibilidad de volver a un mundo que tanto le atraía intelectualmente, es difícil no vincularla también con una decepción política. Esa decisión orientará sus pasos posteriores. A su regreso en Italia, vencedor de un concurso universitario, asumió su cargo de “docente libre” de Historia Medieval y Moderna en la Universidad de Cagliari, para luego trasladarse a la de Genova (1955-1958) y recalar finalmente en Turín como profesor de Historia Moderna (1958-1984). Aunque siguió asumiendo algunos compromisos políticos, acompañando a sus amigos y aunque sus escritos políticos siguieron apareciendo esporádicamente, ya la política directa ocupó un lugar cada vez más marginal.

32. Un inteligente balance de la experiencia del Partito d’Azione, a fin de cuentas no tan pesimista, que figura en un apartado titulado, ambiguamente, “La meteora” en S. Lanaro (1992, pp. 139-150).

33. En el texto de Viarengo aparecen referidas además las críticas de Altiero Spinelli de 1947: “egli continua ad essere il candido e superficiale ammiratore del ‘grandioso esperimento’” [él sigue siendo el ingenuo y superficial admirador de ese “grandioso experimento”].

No se hará aquí una exploración de los artículos políticos de Venturi de este período, tanto más complejo que el precedente. Baste señalar que en ellos reaparecen viejos temas, como la revolución democrática, la transformación de la economía y de la sociedad, el acendrado laicismo, la propuesta de un nuevo horizonte en el que finalmente convergieran liberalismo y socialismo, la idea de que, una vez más, la revolución fuese europea y no solo italiana. Un socialismo que no debía partir ni del economismo, ni de la planificación tecnocrática, ni de una sola clase, en el marco de una fuerte crítica a la deriva, según él errónea, que el marxismo había impuesto a una tradición más antigua y más rica (y sin embargo, como vimos, Venturi seguía creyendo en la posibilidad de que la Unión Soviética, que pese a todo había logrado “grandiosos resultados”, evolucionase hacia una nueva situación), un socialismo que debía poner en el centro de una “democracia progresiva” la política. Quizás el elemento mayor de novedad era el énfasis en el federalismo europeo, en línea con las afirmaciones de Altiero Spinelli, su cuñado y uno de los padres intelectuales de la Unión Europea. Todo ello iba acompañado por una posición política muy radical en la acción y que es difícil no llamar “jacobina” (aunque Venturi nunca defendió ni tuvo admiración por el jacobinismo).³⁴

34. Véanse las afirmaciones en una fundamental carta a Aldo Garosci de enero de 1945: “Non ho bene inteso la portata delle tue critiche alla nostra posizione attuale sul sequestro provvisorio o ‘popolare’ che si voglia dire. La situazione mi pare sia la seguente. Alla fine della guerra il potere politico sarà nelle mani dei partiti e delle organizzazioni che rappresentano, bene o male, le classi lavoratrici. A questo tendiamo tra non poche difficoltà, ma insieme è abbastanza probabile che ci riusciremo. È questo lo scopo essenziale di tutta la nostra politica. Quando abbiamo detto ‘politicizzare il socialismo’ significa cercare di costruire un potere politico in mano alle classi popolari. [...] Ora l’importante è far sì che il potere economico non sia in

A la hora de dejar al Venturi político surge la pregunta acerca de cuál fue el papel de la política en su experiencia de vida y de qué manera ella influyó en el historiador. La primera impresión es que la política y la historia fueron durante quince años dos caminos paralelos. Al lado de la actividad política, se encuentra siempre a Venturi con libros y papeles antiguos, en archivos, en bibliotecas, incluso en el “*confino*”. Así lo retratan pequeñas instantáneas en París, en Toulouse en 1940, poco antes de expatriarse o en Moscú, durante sus años de residencia diplomática. Al observar la correspondencia con su amigo Leo Valiani, se percibe también, inmediatamente, que los problemas de la política del día a día (y una aguda perspectiva para mirarlos) son tanto más notorios en su amigo triestino que en él mismo. Repasando sus escritos políticos, es visible un aire doctrinario y una propensión a vincular el análisis político con cuestiones filosóficas

mani diverse da quelle in cui presumibilmente dovrà essere il potere politico. [...] Serviamoci e leghiamo problema sociale e problema politico nel sequestro e nel colpire decisamente le classi ricche e capitalistiche. Non è giacobinismo, è tentativo di legare strettamente il problema sociale e quello politico”. [No comprendí bien el alcance de tus críticas a nuestra posición actual acerca del secuestro provisorio o ‘popular’, como se dé en llamar. Según me parece, la situación es la siguiente. Al final de la guerra, el poder político estará en manos de los partidos y de las organizaciones que, bien o mal, representan a las clases trabajadoras. A esto tendemos, entre no pocas dificultades; pero a la vez es bastante probable que lo logremos. Ese es el objetivo fundamental de toda nuestra política. Cuando dijimos ‘politizar el socialismo’, significaba intentar la construcción de un poder político en manos de las clases populares. [...] Ahora lo importante es hacer que el poder económico no esté en otras manos que en aquellas en que supuestamente deberá estar el poder político. [...] Vinculemos problema social y problema político, y valgámonos de ellos en el secuestro y en golpear decididamente a las clases ricas y capitalistas. No es jacobinismo, es intento de vincular estrechamente el problema social y el problema político]. La carta está incluida en Valiani y Venturi (1999, pp. 17-20).

e históricas, a la vez que con perspectivas morales y utópicas. Ciertamente también su temperamento era menos político que el de varios de sus amigos, como Valiani o Garosci. Sin embargo, en una generación que, sobre todo en Italia, tuvo muchos historiadores vinculados no solo con la política, sino con ese tipo de acción política, es innegable que esa experiencia dejó un sedimento perdurable en él.³⁵ Un sedimento de realismo, de percepción de los problemas del poder y de la política que, quizás con la excepción de su mirada sobre Rusia, lo alejaba de aquel “ingenuo voluntario” que su amigo Valiani indicaba en un destacado intelectual como Piero Calamandrei, el director de *Il Ponte* (en la que todos ellos colaborarían durante la segunda posguerra), como parte de aquellos que no habían tenido una experiencia directa en ese tipo de acción política ni en otra.³⁶

En 1946 aparece su libro sobre *Los orígenes de la Enciclopedia* ([1946] 1963).³⁷ No era una investigación nueva, sino una secuela de sus fructíferos años parisinos: el manuscrito debía estar avanzado en 1940. Ciertamente la imagen de la ilustración francesa, si se la contempla desde la empresa de la *Enciclopedia*, es aquí más rica que en su libro previo sobre Diderot. La figura de este y de su obra mayor es indagada aquí desde focos complementarios al de su mayor impulsor. En primer lugar, desde sus dificultades y contingencias como empresa editorial, subsiguientemente desde el reclutamiento de los colaboradores, en especial de aquellos que tenían que afrontar los argumentos teológicos y religiosos.

35. Sobre la idea de que la generación venturiana es una marcada por el problema de la experiencia política ver: G. Romagnani (2009).

36. En carta de L. Valiani a A. Garosci, del 8 de septiembre de 1953, citada en F. Fantoni (2009, p. 40). Sobre los primeros años de *Il Ponte* y sus dilemas en la Italia de la segunda posguerra, ver F. Bertagna (2000).

37. Hay traducción castellana de la editorial Crítica (1980).

Aparecen así pequeños retratos (en los que Venturi era un maestro) de los numerosos y sucesivos participantes de la empresa en esa y en otras materias. Luego emerge la figura de D'Alembert, cuyas diferencias con Diderot Venturi explora cuidadosamente, desde aquellas de estilo y de temperamento, a las de estrategia. Un D'Alembert más rígido en sus relaciones con las instituciones, pero a su vez más dispuesto a ver la *Enciclopedia* y la labor de los filósofos como paralela a las de los poderes del *ancien régime*, más científico ("positivista") que político (y como anota Venturi, no sería casual que fuese el primero de los *philosophes* en llegar a miembro de la Académie Française). Un Diderot, en cambio, más flexible, más astuto en la acción, pero a la vez más consecuente y más radical, utopista en sus formulaciones, que por debajo de la formas presentaba los argumentos disruptores hacia el antiguo régimen. Ese rico contraste entre los dos directores, los editores y los autores culmina en el notable capítulo quinto, que indaga la crisis de 1752. Allí Venturi analiza con fineza (y se podría decir, con realismo) las relaciones entre la *Enciclopedia* y sus contradictores, los jesuitas en primer lugar, desde luego, pero también otras instituciones francesas y el mismo poder central. En ese marco, el éxito (o, mejor, la posibilidad de existir) de la *Enciclopedia* es el resultado de muchos factores que hacen complejo el juego político y reflejan las debilidades del poder monárquico: el surgimiento de una opinión pública y de un pueblo parisino amenazante, pero, y sobre todo, de aquellos conflictos que afectan hacia mediados del siglo XVIII a las estructuras portantes; de los conflictos entre la iglesia y la monarquía y de esta con el parlamento; y las tensiones y diferencias entre ministros, académicos y funcionarios. El balance resultante, producto de una indagación minuciosa, disuelve una dicotomía sencilla que opondría al partido de los filósofos con la "autoridad política" (para

usar la expresión de una voz clave de la *Enciclopedia*, escrita por Diderot). Ciertamente, se trata de una indagación sobre la ilustración francesa, no sobre aquella europea (como era también la *Jeunesse*), y que incluso se construye desde una reflexión sobre la singularidad francesa, un lugar en la cual la experiencia del despotismo ilustrado, de la alianza entre el poder y los *philosophes* ya no era posible. Excepcionalidad y, si se quiere, prioridad francesa. En este sentido y en otros, *Los orígenes de la Enciclopedia* puede verse como la culminación de un ciclo en los estudios de Venturi sobre la Ilustración.

Como se señaló, en 1947 Venturi reside en Moscú como agregado cultural. Como muestra aquella parte de la interesantísima correspondencia que ha sido publicada sobre los debates intelectuales en la Rusia de entonces, Venturi no tiene al inicio planes historiográficos claros. Se trata de conocer lo mejor posible la Unión Soviética, promover la difusión de los libros italianos en Rusia (pero también la producción rusa en Italia), impulsar el intercambio de revistas de historia, leer mucho, asistir a conferencias (intenta asimismo inscribirse en los cursos de historia de la Universidad pero se le niega el permiso), aprovechar las bibliotecas (sobre todo la mayor de ellas, la Lenin) y de escribir “un ágil volumen sobre el siglo XVIII ruso”.³⁸ Poco luego indica otro plan, una investigación sobre las teorías económicas en Rusia, confrontándolas con la realidad, y poco luego, otro, “escribir algunos grandes tomos sobre la Europa de la ilustración en su conjunto”.³⁹ Las oscilaciones continúan, pero ya hacia no-

38. En carta de F. Venturi a E. Passerin d'Entrèves, del 10 de julio de 1947 en A. Venturi (2006, pp. 40-42).

39. En carta de F. Venturi a V. Foa, del 13 de agosto de 1947 y a Ada Gobetti del 18 de septiembre de 1947 en A. Venturi (2006, pp. 54-57 y pp. 68-70).

viembre parecían decantarse en tres proyectos, uno de largo plazo (“una gran tentación”), una mirada de conjunto sobre el siglo XVIII europeo, y otros dos de corto: un estudio sobre la historiografía soviética y otro sobre el movimiento democrático ruso del siglo XIX y principios del XX.⁴⁰ De todos modos, será recién más de un año después de su arribo a Moscú cuando surja, con ambiciones modestas, el plan de “escribir un libro, tal vez solo una crónica, sobre el populismo ruso [...] del período de la liberación de los campesinos a 1884”.⁴¹ Hesitaciones que se recuerdan aquí para indicar hasta qué punto la trayectoria historiográfica de Venturi, como la de tantos otros, estuvo signada por oscilaciones, dudas, incertidumbres, que una límpida y lineal trayectoria de lo que hizo no lograría percibir.

La correspondencia desde Moscú contiene aquí y allá muchos indicios que pueden explicar la elección de Venturi. La primera constatación era que Rusia y su cultura eran plena y solamente europeas (“desafío a cualquiera a encontrar siquiera media idea expresada en ruso, de dos siglos a esta parte, que no sea europea, incluso demasiado europea”). Afirmación que se dirigía no solo contra aquellos que en Occidente insistían en la opinión contraria, sino también contra el pensamiento oficial soviético, no menos orientado hacia la defensa nacionalista del carácter autóctono, originario, de todo el pensamiento y la cultura rusa (incluido el mismo marxismo al que se le suprimía toda la herencia idealista alemana). Como se sabe, ese gran libro que es *El populismo ruso* (editado primero por Einaudi en 1952) es, para Venturi,

40. En carta de F. Venturi a A. Garosci, del 10 de noviembre de 1947, y a A. Galante Garrone, en A. Venturi (2006, pp. 81-83 y pp. 90-92).

41. En carta de F. Venturi a G. Agosti del 3 de septiembre de 1948 en A. Venturi (2006).

la historia de un movimiento político y de ideas que constituyen “una página de historia del movimiento socialista europeo”.⁴² La segunda era que había que hacer todo lo posible para ayudar al pensamiento soviético a abrirse a un diálogo con el exterior, y como buen iluminista Venturi creía que los libros y los debates de ideas eran un primer camino necesario. Nuevamente aquí puede argumentarse que los impulsos venturianos no provienen de la historiografía, sino de la cultura y la política (en un sentido ideológico, no de política práctica). Sin embargo, es evidente que ello no es suficiente: otros motivos coadyuvaban a su decisión. Ante todo, la disponibilidad de fuentes, ya que “en los últimos treinta años se ha publicado una enorme cantidad de memorias, diarios y documentos sobre el populismo (*narodničestvo*). Si contase con el tiempo de leerlos y sobre todo si lograrse encontrarlos, aunque han más o menos pasado a una semiclandestinidad, podría salir algo interesante”. Por lo demás, según Venturi, los problemas que el populismo ruso había planteado estaban todavía “presentes y vivos” en la realidad soviética, pese a la coraza marxista. Nuevamente aquí reaparecen algunas ideas centrales del pensamiento histórico de Venturi y de su forma de hacer historia: la búsqueda en el pasado de las raíces de las tradiciones políticas contemporáneas, en la certeza de que en ellas había muchas más aberturas, muchas más posibilidades incumplidas que lo que parecerían sugerir las realizaciones concretas posteriores y los pensamientos “oficiales” en torno a ellas. Podría agregarse que la historia de

42. Y que ese movimiento no dejaba de ser visto desde una clave europea lo demuestra la curiosa afirmación que hacía, en el medio de la investigación: que en las polémicas internas a los populistas no dejaba de ver ecos de los enfrentamientos entre girondinos y jacobinos en una carta a A. Galante Garrone, del 27 de febrero de 1949 (A. Venturi, 2006, pp. 112-114).

los populistas, al igual que la de aquellos iluministas radicales (o, en *Utopía y reforma*, los republicanos ingleses) que le habían interesado, era una historia de minorías intelectuales activas destinadas a ser aparentemente “vencidas”, o mejor marginadas, pero capaces de reaparecer luego en otros contextos posteriores. Debe observarse, finalmente, que Venturi se esfuerza aquí (como lo hará en sus sucesivos estudios sobre el Iluminismo) por mantener unidos como problema y como objeto de estudio a figuras y movimientos muy heterogéneos entre sí.⁴³

El populismo ruso, libro cuyo contenido no indagaremos aquí, cumplió, hasta donde puede cumplirlo un erudito libro de historia, un papel en esos años de la guerra fría e inició un diálogo-polémica con los historiadores soviéticos, destinado a proseguir.⁴⁴ Además, situó a su autor en un lugar visible en el contexto de la historiografía internacional y ya no solo en la franco-italiana.

Venturi, historiador académico

Al retornar a Italia para comenzar una carrera académica formal en la Universidad de Cagliari, Venturi llevaba consigo una decepción plena respecto de la experiencia soviética, aunque conservase la esperanza en el socialismo y en la posibilidad de un cambio de rumbo de aquella. Sin embargo, la posibilidad de comunicar esa experiencia en público y no en privado sería bien dificultosa, en el contexto de una situación política italiana muy exasperada, como quedó demostrado en discusiones con amigos cercanos

43. Ver las observaciones de G. Giarrizzo, que retoman las de Richard Pipes (1998, p. 37).

44. Véase en especial su polémica entre Venturi y su esposa Gigliola con Vittorio Foa y la suya en A. Graziosi (2006, pp. 155-156).

que argumentaban que esas críticas ayudarían a las fuerzas reaccionarias.⁴⁵ Con todo, Venturi no dejó de operar en esa disputa cultural, en el seno de las tradiciones de matriz antifascista, y lo hizo de un modo indirecto (es decir, historiográfico) que sería desde entonces muy suyo. Si esa inserción supletoria, para entonces en las disputas académicas (solo plenamente apreciadas por aquellos que han vivido siempre o nada más que dentro de ellas), era satisfactoria o no para Venturi, siempre será difícil saberlo. Sin embargo, ya el mismo *Populismo ruso* indicaba ese camino y no dejaron de notarlo los comunistas italianos. Giuseppe Berti realizó una larga crítica del libro en *Rinascita* en 1952, a la que se podría agregar la que luego haría Renzo De Felice (todavía comunista) a sus artículos sobre el siglo XVIII en *Società*.⁴⁶ Conflictos que, desde luego, no pueden atribuirse a una matriz simplemente política, ya que indicaban dos formas de hacer o pensar la historia: o desde los impulsos de la política o desde una ortodoxia de partido que además tomaba como referencia una teoría social que debía explicarlo todo. De todos modos, podría proponerse la hipótesis de que esas relaciones de Venturi con el mundo comunista adquirirían dos modulaciones diferentes en dos ámbitos distintos, ya fuese en Turín o en el resto de Italia. En la editorial Einaudi, donde sería en los años cincuenta uno de los asesores principales, la cohabitación con los “primos” comunistas parece haber sido menos áspera que en otros ámbitos italianos, y Venturi pudo impulsar muchas iniciativas historiográficas

45. Sobre la decepción con la experiencia soviética de Venturi y de su esposa Gigliola y sobre las dificultades para comunicarla, véase Graziosi (2006, pp. 155-162).

46. Sobre esos debates da amplia cuenta la correspondencia entre Valiani y Venturi (1996).

que, si no iban explícitamente contra la ortodoxia comunista al respecto, la diluían fuertemente. Puede haber contribuido a ello el método complejo de decisiones (una *concordia discors*, según ha sido llamada), o la presencia como interlocutor de un Cantimori crecientemente desafecto a ortodoxias, o bien las características específicas de la sociabilidad intelectual de la editorial (y la sociedad) turinesa articulada en torno a lazos y solidaridades interpersonales fuertes. Bien diferente sería por entonces la situación en otros ámbitos, como en Milán en la Fondazione Feltrinelli, y también lo sería en la principal publicación periódica de historia en Italia, la *Rivista Storica Italiana*, de la que Venturi sería nombrado director responsable, en 1959, al enfermar Federico Chabod, que fallecería al año siguiente.

Dejemos por el momento aquí al Venturi organizador cultural y volvamos al historiador y sus obras. La experiencia soviética parece haber dejado diferentes marcas en él. Temáticamente, sin abandonar del todo sus preocupaciones por los populistas rusos, se inclinó hacia un retorno pleno al siglo XVIII italiano.⁴⁷ Conceptualmente podría decirse, con una fórmula esquemática, que en Rusia Venturi descubrió o consolidó la idea de Europa no como perspectiva política (ya presente antes), sino como horizonte historiográfico. Era a esta escala (y más aún luego a escala atlántica), no a la nacional como debían pensarse los grandes problemas históricos que le interesaban. De ello da cuenta la importante relación que en 1953 Venturi presentó, en Florencia,

47. Un ejemplo de su perdurable interés por Rusia lo constituye el curioso libro *Il moto decabrista e i fratelli Piaggio* (1956), en el que Venturi indaga la rara historia de dos hermanos piemonteses cuyo padre había emigrado a Rusia en 1775, y que se vincularon a la conspiración que sociedades secretas y oficiales militares intentaron en 1825, para terminar luego deportados en Siberia (agradezco a Dora Marucco, que me obsequió el libro).

durante el *XXXII Congresso di Storia del Risorgimento*, titulada “La circolazione delle idee” (que quizás algo debiera a Tocqueville). Retomando el debate acerca del carácter importado o autónomo del espíritu reformador del *Risorgimento* italiano, Venturi recuperaba reflexiones suyas precedentes de 1938, en las que había ya criticado tanto la idea de “influencia” como la de “originalidad”, pero colocándolas en un nuevo plano. Ante todo, en la afirmación de que “la gran fuerza del siglo de las luces estaba en su cosmopolitismo, que simplificaba las palabras hasta hacerlas comprensibles en toda Europa” y desde allí creaba una “mentalidad” compartida. Ciertamente, se trataba siempre de aquellas minorías ilustradas, y era la atención privilegiada otorgada a ellas lo que le permitía a Venturi afirmar que “la Italia cosmopolita del siglo XVIII había sabido vivir en un nivel de civilización tan alto que no merecía el error histórico de una confrontación con la Italia nacional del siglo XIX”. Todo el problema radicaba en pensar las relaciones que establecía cada centro de la península con el mundo común de las luces. En cualquier caso, esa vinculación permitía pensar como una unidad al Iluminismo pero a la vez descentrarlo del faro irradiador francés. Se trataba, finalmente, de cómo en cada contexto específico, ese clima común adquiriría una formulación diferente, en relación con realidades culturales y sociales que también lo eran. Un Iluminismo, pero muchos contextos, y estos explicaban que mientras en Francia los filósofos eran una corriente política o un partido, en los distintos centros italianos (de Milán a Nápoles) eran una “clase dirigente iluminada”. Con eficacia, Venturi se preguntaba si se podía imaginar a Rousseau o Diderot como funcionarios o, inversamente, a Verri o Beccaria como miembros de una secta de conjurados. De esa sustancial diferencia surgía para Venturi que los “mayores frutos teóricos del reformismo italiano no están en la teoría

política” sino “en las discusiones sobre la legislación civil y penal y en el estudio de la economía”. Casi un contrapunto entre “utopía” y “reforma”. La primera intentaba cambiar el orden existente, la segunda lo aceptaba para reformarlo: su perspectiva no era la revolución sino la constitución. Seguramente, muchas veces, el impulso podía provenir de París pero era recibido, readaptado, mezclado eclécticamente en las realidades italianas y volvía desde allí transformado para actuar en el centro emisor, donde nuevamente era debatido y “usado” para los más diferentes fines. Y aquí, el caso de Beccaria, en el que tanto se detiene este libro, le parece ejemplar: “Un estudio sobre Beccaria en Europa nos permitiría tocar uno tras otro todos los centros del Iluminismo”. De este modo, la circulación de las ideas pero también de los hombres (“retornar a los hombres concretos y a la relación de las ideas con las necesidades reales”) permitía postular la unidad de la Ilustración como objeto de estudio, pero a la vez los contextos permitían pensar las diferencias. Por lo demás, esa descentralización le permitía a Venturi otorgar un lugar relevante a las “periferias”: “la tempestad revolucionaria no comenzó en el centro de la Europa de las luces sino por así decir en sus márgenes: Córcega, colonias americanas y, en el oriente, revuelta de Pugačëv y Polonia”. Casi podría afirmarse que en este artículo está el programa metodológico que sustenta este libro quince años posterior.

La apuesta hacia el cosmopolitismo a través de la temática de la circulación de las ideas fue declinada por Venturi tanto en sus trabajos de historiador cuanto en aquellos otros que se orientaban a una batalla en pos de reorientar a la historiografía italiana. Los primeros, se señaló ya, ponían su acento en los ilustrados italianos en el siglo XVIII: primero los septentrionales (lombardos, piamonteses y toscanos); luego, al menos desde 1959, los meridionales. En ese retorno a los ilustrados italianos es, sin embargo,

aparente ya que a Venturi le interesa explorar no solo estos sujetos sino toda la circulación que hacia y desde ellos se produce con otras ideas e intelectuales europeas, pero no exclusivamente. Un problema de recepciones cruzadas. Cuatro puntos fundamentales, en parte ya vistos, articulaban su análisis. El primero era la idea de pensar el siglo XVIII en sí mismo y no en función de sus desarrollos posteriores: pero, como ya observamos, ¿si el siglo XVIII no tenía algo que ver con el siglo XX, para qué estudiarlo? Pregunta sobre las relaciones entre el presente del historiador y el pasado estudiado en sí mismo a la que da una respuesta en *Utopía y reforma*, que el lector juzgará. En realidad, en ese entonces, el argumento de Venturi era, sobre todo, que el siglo XVIII no tenía que ser pensado en función del *Risorgimento* (así como el siglo XVIII francés no tenía que ser pensado en función de la Revolución). El segundo era que ese siglo XVIII peninsular solo era comprensible si indagado en un contexto europeo y no italiano (lo que lo llevaba a nuevas invectivas antinacionalistas). El tercero es que esas ideas no surgían por sí mismas sino a partir de una reflexión sobre realidades concretas que se aspiraba a modificar pero también en relación con intereses concretos y específicos de sus autores⁴⁸ (pero incluso a veces con sus sentimientos, he ahí el ejemplo de Beccaria). El cuarto es que esa circulación no era de puras ideas, que no se saben cómo se relacionan con otras más allá de genealogías formalistas (como en versiones de la *Ideengeschichte* alemana), sino de relaciones establecidas a través

48. Aunque desde cierta perspectiva tampoco estarían desprovistas de intereses y equívocos, recuérdese el enorme aprecio que Venturi tenía hacia un historiador como Lewis Namier, muy diferente psicológica, ideológica pero también metodológicamente (y de cuya admiración y distancias hay claros indicios en este libro).

de vínculos concretos, contactos personales y epistolares, viajes, recensiones, traducciones, reediciones.⁴⁹ Era también una circulación de modelos políticos concretos que estaban más allá de las propias fronteras y no simplemente lecturas, tema en el que se detendrá largamente en *Utopía y reforma*. Por otra parte, en especial al concentrarse en los reformadores meridionales, Venturi entraba en un mundo que no era el de la utopía, sino el de las reformas, en el contexto de una percepción por parte de sus actores de la cuestión del “atraso” (que se construía en relación comparativa con otras realidades contemporáneas) y ello lo llevaba tanto hacia problemas, como hacia ámbitos de circulación diferentes a los que, por poner un ejemplo al que dedicó mucha atención, lo había llevado el itinerario de Beccaria (que se sigue y se reseña en este libro). Esos fundamentales estudios lo ponían además en contacto con figuras que lo obligaban a dilatar la noción misma de que era un “iluminista”, hasta un punto que, como se ha señalado, parece coincidir a veces con otra más amplia: la de “reformador” (Guerci, 1998, pp. 237-238).

Este era un proyecto de una enorme ambición y no pocos problemas heurísticos, ya que obligaba a Venturi a explorar desde el espejo de los iluministas italianos a numerosos ámbitos intelectuales diferentes. Dificultades aún mayores si se consideran las estrategias de búsqueda bastante artesanales que parece usar Venturi (al igual que los hombres de su generación) para suplir las carencias de los repositorios italianos de las que insistentemente se lamentaba (Venturi, 1977). Veamos un solo ejemplo concreto, Antonio Genovesi, cuyos escritos Venturi editó con una medulosa introducción en 1962, y limitémonos al Genovesi

49. Sobre todo este tema, cfr. L. Guerci (1998).

“economista”. Era claro que en la formación económica del que fue primer profesor en absoluto de una cátedra que podría haberse llamado de economía política (y que se llamó de “*commercio e meccanica*”) debía buscarse en otros ámbitos más allá de Italia. Como Venturi señaló, en ese entonces, según su orden de importancia, en España, en Francia y en Inglaterra. Y así, veremos a Venturi reconstruir el itinerario que lleva a Genovesi hasta Uz-táriz y Ulloa (en traducciones francesas) y de allí a los franceses, a los ingleses y hasta a David Hume (y por detrás de ellos, los escoceses, todavía en penumbras) para luego volver a explorar el camino que lleva ahora a los escritos de Genovesi hasta Alemania y hasta la misma península ibérica y desde allí hasta el mundo iberoamericano.⁵⁰ La introducción de Venturi termina en “uno de los fundadores de la República Argentina, Manuel Belgrano que reconoció en él [Genovesi] a uno de sus maestros”.⁵¹ Beccaria lo había llevado hasta Rusia, Genovesi hasta la lejana América del Sur. Ciertamente, no todos los anillos de esa cadena –que Venturi reforzaría y complejizaría en trabajos posteriores– eran igualmente sólidos; a menudo dependían de referencias parciales e historiográficamente inseguras. Sin embargo, el cuadro de conjunto conserva su plena validez. Hace muchos años, Vittorio Giuntella, el ya fallecido profesor de la Universidad de Roma, me habló de Venturi como del hombre que había “leído todo”, y al escribir este texto descubrí que Michael Confino remite a la misma imagen. Desde luego Venturi, uno de los mayores eruditos

50. De esas exploraciones da cuenta un artículo que fue justamente influyente en el mundo hispanoamericano (Venturi, 1962).

51. Acerca de desarrollos posteriores que profundizarían las intuiciones de Venturi, véase a modo de ejemplo, al recientemente desaparecido M. Fernández López (2007).

del siglo XX, no lo había leído todo (y claro está, no hubiera podido hacerlo), pero con lo mucho que había leído pudo reunir los elementos para presentar un persuasivo cuadro de conjunto de la ilustración europea.

La lectura del iluminismo italiano proponía otros problemas a Venturi a la hora de dar dinamismo temporal a sus estudios. Es decir: el problema de la periodización y junto con él, si se quiere, los ritmos de las ideas en el siglo XVIII (Venturi, 1960). Dos ambiciosas iniciativas surgían aquí: la búsqueda de un ritmo común para la Ilustración en su conjunto (admitiendo las dificultades para ello) y la posibilidad de proponer un paralelismo (no una correlación estrecha) con aquellas oscilaciones de la economía francesa que había señalado Ernest Labrousse. Con todo, como el mismo Venturi se preguntaría, propenso a afirmar que sí, ¿hasta qué punto las tendencias francesas eran extrapolables al conjunto europeo? Esta discusión está incluida en el capítulo quinto de este libro.

La circulación de las ideas (o de las ideas y las mercaderías, como también dijo) era para Venturi no solo un problema histórico sino también uno historiográfico. Ya no daba sus batallas políticas, pero sí daba sus batallas historiográficas. Desde la *Rivista Storica Italiana* –de la que Venturi sería director durante veinticinco años (desde 1959 hasta 1994)– podía plasmar sus propias ideas (y las de sus amigos) en un intento por modelar nuevas características en la historiografía italiana, ejercitando una activa estrategia cultural. Como ha sido señalado, Venturi apostaba por una internacionalización de la historiografía italiana (otro modo de circulación de las ideas). Eso podía lograrse con una apertura temática (y aquí la historia económica ocuparía un lugar no irrelevante) y con una firme apertura a colaboradores extranjeros (además, claro está, de sus propuestas de traducciones de autores

extranjeros, en que la predilección por los historiadores franceses cedió paso con el tiempo a aquella por los ingleses). Empero, esa operación cosmopolita encubría otros propósitos: la marginación de otras tradiciones italianas de las que estaba historiográfica y políticamente distanciado, la comunista y la católica (Romagnani, 2009, p. 219), y a la vez un redimensionamiento del historicismo croceano en sus distintas vertientes. Seguramente Venturi se sentía identificado con la afirmación de Arnaldo Momigliano, que decía encontrarse “aprisionado entre “marxistas ignorantes y croceanos satisfechos de sí mismos” (Venturi, 1998, p 267). Observación no menor, si se considera la enorme presencia de Momigliano (cuarenta y dos colaboraciones entre 1959 y 1987), que junto con la del propio Venturi (cuarenta y ocho colaboraciones entre 1959 y 1990) domina la producción de la revista.⁵² Por supuesto que los números en bruto pueden dar una imagen excesivamente simplificada u obvia del problema (Venturi lo hubiera señalado) pero son un indicador a tener en cuenta si no se olvida que había muchos historiadores más ocasionales que procedían de otros lugares (incluidos algunos católicos y algunos comunistas).⁵³ De todos modos, si la compulsa de los índices muestra el éxito de la operación de redimensionar otras tradiciones historiográficas, quedan dudas acerca del éxito en el esfuerzo

52. Entre las figuras muy presentes hay que sumar las de dos estrechos amigos de Venturi como Leo Valiani (treinta colaboraciones entre 1959 y 1990) y Aldo Garosci (trece), además de otros dos estudiosos que procedían de la matriz croceana (Galasso, dieciocho) o de otras más eclécticas (Furio Diaz, veinte) pero que desde luego no eran (o no eran ya) comunistas ni desde luego católicos. En general, se puede percibir el tono laico progresista de la *Rivista Storia Italiana* en el período venturiano.

53. G. Ricuperati (1998) y G. Giarrizzo (1998) se detienen en la revista y sus debates.

cosmopolita. Ciertamente, con relación al período precedente, la apertura es significativa, pero lo es menos en términos absolutos (y el mismo Venturi era consciente, en carta a Valiani, de la dificultad para lograr colaboraciones extranjeras para una revista en italiano) (Fondazione Istituto Internazionale di Storia Economica “F. Datini”, s/f).

En cualquier caso, la revista mostró una significativa apertura hacia el mundo ruso (debates entre historiadores italianos y soviéticos se desarrollaron en tres números de la revista entre 1962 y 1964) y hacia el mundo anglosajón; y un colaborador frecuente, Gerschenkron (seis contribuciones), a su modo, reunía ambos mundos. Tanto menor era la presencia francesa y del mundo historiográfico en torno a *Annales*, aunque no desdeñable si se mira el problema desde perspectivas indirectas, que eran otra forma de “circulación de las ideas”. Efectivamente, entre las aperturas al exterior de la revista venturiana, un espacio no desdeñable lo ocupa el mundo iberoamericano.⁵⁴ Todos los colaboradores de ese origen estaban a su vez estrechamente vinculados con Ruggiero Romano y, en su gran mayoría, por su intermedio, con las distintas “estaciones” de *Annales*. De ese modo, Romano desempeñaba un papel de mediador hacia América Latina, a la

54. Entre los colaboradores de ese origen aparecen argentinos como Tulio Halperin Donghi, José Carlos Chiaramonte (y más tarde Juan Carlos Garavaglia y Juan Carlos Grosso), el uruguayo Gustavo Beyhaut, el portugués José Gentil da Silva, el español (pero formado en la Argentina) Nicolás Sánchez Albornoz, el chileno Álvaro Jara o el peruano Heraclio Bonilla (y quizás habría que agregar aquí al “*oriundo*”, Marcello Carmagnani). Más compleja resulta la cuestión respecto de la relativamente poco representada academia española: dos de los cuatro colaboradores (Romero Maura y Varela Ortega) procedían de los contactos de Venturi con el mundo oxonienense. Véase Fondazione Istituto Internazionale di Storia Economica “F. Datini” (s/f).

vez, de *Annales* y de la *Rivista Storica Italiana*. Asimismo, con algunas excepciones, la mayoría de ellos se habían formado en contacto más o menos próximo con el grupo de “Historia social” que encabezaba José Luis Romero en Buenos Aires. Y por último, ¿no era el mismo Romano un puente de conexión entre *Annales* y el mundo de la revista, en especial en el terreno de la historia económica?

Las cosas transcurrieron de manera diferente a como la generación historiográfica de Venturi podía imaginar a comienzos de los años sesenta. En los últimos años de esa década se hizo visible la fuerte protesta universitaria que suele englobarse bajo el nombre de “el 68” y que incluía tanto a jóvenes historiadores como a estudiantes. Era una protesta de minorías activas, que cuestionaban no solamente a la autoridad sino también a los presupuestos historiográficos y culturales de la generación venturiana. El programa del curso de Historia Moderna de Venturi en la Universidad de Turín de 1968-1969 muestra que se había creado una cátedra “paralela” con un programa radicalmente diferente al suyo que ese año desarrollaba el tema “*Genovesi e l’età sua*” [Genovesi y su era].⁵⁵ A diferencia de otros colegas, Venturi no quiso llegar a ningún pacto con aquellos jóvenes, de quienes dejó imágenes lapidarias.⁵⁶ Difícilmente pudiera encontrar pun-

55. El curso paralelo sobre “problemas metodológicos de la historia económica” era dictado por el doctor Giovanni Levi. Véase F. Venturi (1968-1969).

56. “La estupidez de los jóvenes del Movimiento Estudiantil es increíble. A la liberalización completa que instituímos en nuestra Facultad responden pidiendo un mes de vacaciones, de fiesta grande. Se enfrentan con todos aquellos que quieren hacer algo y que necesitan de la universidad. Quedan aislados y se consuelan rompiendo vidrios” y en un párrafo precedente había señalado, en relación con los enfrentamientos entre facciones estudiantiles de extrema derecha y de extrema izquierda: “después de tanto extremismo y tanto jugar a la guerra, sin reflexionar un momento, son pocos,

tos de encuentro con el “anarco-hedonismo” (en la feliz expresión de Lanaro) que caracterizó a amplias franjas de ese movimiento. A mediados de 1968, ante posiciones públicas de Giulio Einaudi a favor de la protesta, Venturi decidió dejar de participar del comité editorial de esa casa. No fue el único: Momigliano, desde la distancia, decidió dejar por completo de colaborar con Einaudi.⁵⁷ Más interesante aún, en el recuerdo de sus estudiantes, empezó a hacer exhibición de croceanismo como modo de confrontar con las nuevas generaciones. Si Croce y los croceanos pudieron ser por mucho tiempo un objetivo polémico y el iluminismo cosmopolita un instrumento de confrontación con ellos y más en general con la herencia del historicismo romántico, ahora le gustaba recordar, cada tanto, a don Benedetto y filiarse en él.

Si la vida académica italiana le daba a Venturi sinsabores (que quizás puedan percibirse en el tono ásperamente polémico de la introducción de este libro), los compensaba el reconocimiento internacional cada vez mayor. Tampoco aquellos doblegaron su increíble capacidad de trabajo. En 1969, poco antes de este libro, aparecía el que sería el primer volumen de su monumental *Settecento riformatore*; y algunos autores han visto en *Utopía y reforma* no tanto el punto de llegada de una trayectoria, sino el programa de esa obra monumental que Venturi desarrollaría en numerosos

desfasados y débiles cuando deben responder a la contraofensiva fascista” cuenta F. Venturi en carta a L. Valiani del 30 de enero de 1970 (L. Valiani - F. Venturi, 1999, pp. 356-357).

57. Momigliano juzgaba que el *Manifesto* de Einaudi o no significaba nada o significaba “una ruptura con el pasado de la Casa Einaudi, que es en buena medida el pasado de todos nosotros, intelectuales antifascistas [...] Estamos aquí en una clara separación y es inútil hacerla explícita” dice en una carta a C. Vivanti del 7 de enero de 1968 y del 11 de octubre de 1968 (Abbattista, 2009, p. 1225).

volúmenes sucesivos (Pocock, 1999).⁵⁸ En la “Prefazione” a *Settecento riformatore*, además de la reaparición de sus viejos temas, contra la historia filosófica y la historia literaria, contra la idea de que “un esquema teórico, incluso justo, resuelva un problema de investigación histórica”, contra la situación de archivos y bibliotecas en Italia (“Somos el único país civil que no posee una biblioteca nacional” digna de ese nombre y las que existen “son a veces de tan difícil acceso como la Biblioteca de Babilonia de Borges”), aparecen otros, a favor de los avances en la historia económica (que desde otro lugar enriquecían el estudio del siglo XVIII) y sobre todo, concluyendo, a favor de una Universidad “que puede y debe ser reformada y transformada, no impugnada y destruida” (1969, pp. xiii-xix).⁵⁹

Al acompañar con este texto la presentación de la traducción castellana de *Utopia e riforma*, hemos tratado de seguir el itinerario personal, político, intelectual e historiográfico de Venturi que precede a este libro, y cuyos presupuestos estaban, creemos, ya delineados a principios de los años sesenta, si no desde antes. Como están en los más de treinta años de investigaciones incansables sobre el argumento, la propuesta de aquel itinerario se ha hecho en la creencia de que podría ayudar a enriquecer la lectura de un libro en el que se cimentó el prestigio internacional del autor en el estudio de la Ilustración. Un libro que durante los treinta y cinco años pasados desde su primera edición encontró, como todo libro, admiraciones, consensos y críticas, ciclos, pero que todavía hoy es una referencia imprescindible en su campo. No es el caso de detenernos en ellos aquí sino solamente llamar

58. El libro de Pocock, se recuerda aquí, está dedicado “alla memoria di Franco Venturi”.

59. Texto datado en noviembre de 1968.

la atención sobre una cuestión general y algunos pocos argumentos en discusión.

La cuestión general es que Venturi eligió una aproximación al problema de la Ilustración dándole una prioridad a las ideas en relación con la acción política concreta por sobre las grandes construcciones teóricas o estéticas, a las minorías activas y en general a los individuos y sus grupos de sociabilidad concretos por sobre las “clases populares”, los grandes agregados sociales o las determinaciones económicas. Bien podría decirse que creía, quizás demasiado, en la capacidad transformadora de ellas y poco en las resistencias que los contextos ponen a la voluntad de los hombres. O, mejor, que le interesaba más lo que Wilhem von Humboldt llamaba las “fuerzas motrices” de la historia que lo que denominaba las “fuerzas mecánicas”. Una apuesta, asimismo, por una perspectiva cualitativa, “individualizadora” y no por el modelo “ciencias sociales” entonces tan en alza. Situó la política en el centro, en el modo que la entendía y no las ideas puras, las propuestas más que su impacto. Nada hay por dilucidar aquí, no solo porque al fin y al cabo deben hacerse elecciones, y todas implican ganancias y pérdidas. Elecciones que remiten a impulsos, experiencias y a una cierta concepción del mundo y de la historiografía. Max Weber (2003) ya lo había señalado, aunque a menudo los historiadores lo olviden: nada hay para decir acerca de la “referencia a los valores” que radican en el inicio de una investigación. Puede juzgarse la coherencia y la consistencia de la argumentación desde ciertas hipótesis, no las hipótesis. Dicho esto, sin embargo, queda un buen margen para la discusión. Nos detendremos en tres problemas: la unidad del objeto de estudio, el marco cronológico elegido y las ventajas y desventajas de las perspectivas “transnacionales” (como se diría hoy con una palabra “a la moda”) y aquellas nacionales.

Acerca de lo primero, en este libro –como en otros– Venturi prefirió un marco unitario: el Iluminismo. Se le ha observado (incluso lo han hecho autores que admiraban su obra) que era preferible usar el plural, que todo ese rico universo de experiencia no podía reducirse a un mínimo de rasgos comunes. El lector observará, por ejemplo, la poca presencia en este libro, salvo en la Introducción cuando sigue el itinerario de “*Sapere aude*”, de ese otro “Iluminismo” (o de esa otra variante del mismo): la *Aufklärung* alemana, ese movimiento en el que tanta influencia tenían teólogos, pastores protestantes y profesores universitarios, quizás por la complejidad para inscribirlo en la tensión política utopía-reforma. Pocock señaló por su parte que faltaba en el cuadro de Venturi lo que él llama Iluminismo inglés, conservador, eclesiástico, protestante y aquí se recuerda que Venturi negaba explícitamente la existencia de un iluminismo inglés, exceptuando a Gibbon. Cierto, aunque como el mismo Pocock admite, ese no era un Iluminismo reformador (y agregaríamos que menos aún utópico). Los problemas de la opción unitaria pueden verse también, por caso, en el empleo ambivalente que Venturi hace de la noción de *intelligentsia*. Y no se trata tanto de que, como es obvio, no todos los grupos de reformadores puedan remitirse al *troupeau* de filósofos franceses, sino de que, al pensar en esos grupos, Venturi emplea una dualidad ya presente desde antes en sus escritos. *Intelligentsia* habían sido para Venturi tanto los intelectuales rusos del siglo XIX como también los profesores, maestros y funcionarios de la Unión Soviética que podrían verse casi en las antípodas.

Acerca del marco cronológico, como el lector comprobará y como ya hemos argumentado, Venturi no estaba interesado por los “orígenes”. Si las ideas le interesaban en su confrontación con las realidades concretas, su mirada sobre el Iluminismo no iba

mucho más atrás de aquella “crisis de la conciencia europea” de finales del siglo XVII (aunque no por las vías de Paul Hazard). Puede percibirse muy bien en su indagación sobre el republicanismo, idea que –como sostiene en el libro– le parece más importante en su difusión, durante la época iluminista, que la misma idea de democracia. Así, su reflexión sobre el republicanismo tampoco se orienta hacia sus remotos orígenes. Como se ha sostenido: el republicanismo moderno es para Venturi, precisamente, moderno (Galasso, 2008b). Ello desde luego lo aleja de Pocock que, como se recuerda, intentó enlazar ese republicanismo con aquel del “humanismo cívico” del Renacimiento y más aún de aquel de Skinner, que iba hasta el siglo XIII y aún más atrás, hasta los pensadores romanos. Diferencias que trascendían cuestiones metodológicas o académicas y concernían (por lo menos para Venturi) a una pregunta sobre su propio tiempo y las raíces de este último.

La cuestión de enfoque nacional contra enfoque cosmopolita es de difícil dilucidación. En los años posteriores a la publicación de esta y otras obras de Venturi, el consenso historiográfico pareció orientarse a descomponer el Iluminismo en indagación sobre bases “nacionales” (Robertson, 1996).⁶⁰ Desde luego estas permitían reforzar tanto el papel del contexto como la posibilidad de indagarlo en profundidad o concentrarse más en las diferencias de los distintos movimientos que en sus elementos unitarios. Desde luego, permitía agregar mucha más información al respecto. Se ha explorado, en especial, por poner un caso,

60. Sobre la fortuna oscilante del Venturi *settecentesco* en el mundo anglosajón hasta mediados de los noventa del siglo XX, ver Burr Litchfield (1996). Para una actualización del debate historiográfico, véase la introducción de S. Sebastiani (2008).

a la Ilustración escocesa de la cual Venturi, pionero, promovió su estudio ya desde 1960. Aquel movimiento llevaba a prestar más atención a los orígenes y a las relaciones locales o incluso regionales (entre Escocia e Inglaterra, que Venturi trataba de mantener escindidas) que a las influencias y diálogos externos. En una palabra: la aproximación nacional sería más “nacional” también en su interpretación y menos “cosmopolita”, con mayor énfasis en las continuidades que en las rupturas. Por otra parte, enfoques comparativos entre esos diferentes movimientos nacionales acompañaron esas nuevas tendencias. Sin embargo, muchas de las intuiciones de Venturi sobre los “escoceses” parecen haber soportado bien la prueba del tiempo y dos dimensiones sugeridas de su enfoque –el intento de relacionar los cambios en el movimiento de ideas con aquellos en la economía y sobre todo el papel de la circulación de ideas (en el sentido amplio que ya presentamos)– siguen resistiendo y mostrando su potencialidad explicativa (Robertson, 1996, pp. 825-829).⁶¹ También en otro terreno, como el de su exploración de Beccaria, la indagación de Venturi, centrada tanto en la importancia de la tensión entre utopía y reforma (o entre reforma y revolución, vieja temática de la historiografía de la Revolución Francesa) cuanto en la colocación de la obra de aquel en relación con la historia política y con los problemas de la economía milanesa, parece conservar su fuerza incluso para estudiosos pertenecientes a otras disciplina y preocupados por otros temas del autor de *Dei delitti e delle pene* (Audegan, 2013, pp. 15-21 y 31-35).⁶²

61. También Robert Darnton ha defendido en años pasados la perspectiva cosmopolita.

62. Con una interesante contraposición de las ideas de Venturi con las de Rodolfo Mondolfo sobre Beccaria.

Se ha dicho que el itinerario de Venturi puede esquematizarse como el del paso, político e historiográfico, de la utopía a la reforma. Si ello fuese así, no es todavía perceptible en este libro. El lector verá el lugar que todavía tienen los pensadores radicales de la Ilustración que tanto le interesaron en su juventud. Percibirá también cómo el problema no está para Venturi en la contraposición entre utopía y reforma, sino en su interrelación dinámica, en las oscilaciones, en las incesantes reconversiones entre una y otra.

Bibliografía

- Abbattista, Guido (2009). Lo Struzzo e la “formidabile lumaca”. Sir Lewis B. Namier e l’Italia (1945-1977). *Rivista Storica Italiana*, CXXI (III), 1124-1231.
- Audegean, Philippe (2010). *La philosophie de Beccaria. Savoir punir, savoir écrire, savoir produire*. Paris: Vrin.
- Baczko, Bronislaw (1996). Textes, hommes et idées. Entre le “Vrai système” et la *Jeunesse de Diderot*. *Rivista Storica Italiana*, CVIII (II-III), 733-741.
- Beccheloni, Antonio (2001). Au croisement des parcours migratoires et des engagements militants: antifascistes italiens en France entre le Front populaire et la Libération. En Fernando Devoto y Pilar González Bernaldo (comps.), *Émigration Politique. Une perspective comparative*. Paris: L’Harmattan.
- Bertagna, Federica (2000). La storia, la política, la morale: *Il Ponte* dal 1945 al 1947. *Annali della Fondazione Luigi Einaudi*, XXXIV, 201-236.
- Bianchi, Paola y Casalino, Leonardo (1998). Bibliografía degli scritti di Franco Venturi. En Luciano Guerci y Giuseppe Ricuperati (comps.), *Il coraggio della ragione. Franco Venturi*

- intellettuale e storico cosmopolita* (pp. 441-478). Turín: Fondazione Luigi Einaudi.
- Boatti, Giorgio (2001). *Preferirei di no. Le storie dei dodici professori che si opposero a Mussolini*. Turín: Einaudi.
- Bobbio, Norberto (1998). Ricordo di una lunga amicizia. En Luciano Guerci y Giuseppe Ricuperati (comps.), *Il coraggio della ragione. Franco Venturi intellettuale e storico cosmopolita* (pp. 409-414). Turín: Fondazione Luigi Einaudi.
- Burr Litchfield, Robert (1996). The English translation of *Settecento Riformatore* and Its Anglo-American reception. *Rivista Storica Italiana*, CVIII (II-III), 755-770.
- Casalino, Leonardo (2003). L'esperienza política di GL nella Francia degli anni Trenta. En Marco Maiocchi (ed.), *Gli anni di Parigi. Carlo Levi e i fuorusciti, 1926-1933* (pp. 31-41). Roma: Comitato Nazionale per le Celebrazioni del Centena.
- Confino, Michael (2006). Introduzione: la Russia di Franco Venturi. En Antonello Venturi (ed.), *Franco Venturi e la Russia*. Milán: Fondazione Giacomo Feltrinelli.
- Deschamps, Dom (1939). *Le vrai système ou le mot de l'énigme métaphysique et morale*, Jean Thomas y Franco Venturi (eds.). París: Droz.
- Fantoni, Franco (ed.) (2009). *L'impegno e la ragione. Carteggio tra Aldo Garosci e Leo Valiani (1947-1983)*. Milán: Franco Angeli.
- Febvre, Lucien (1940). Reseña de F. Venturi, *Jeunesse de Diderot*. *Annales d'Histoire Sociale*, 2, 46-47.
- Febvre, Lucien (1992). *Combats pour l'histoire*. París: A. Colin.
- Fernández López, Manuel (2007). Genovesi's influence on Argentine political and economic Independence. En Bruno Jossa, Rosario Patalano, and Eugenio Zagari (eds.), *Genovesi economista* (pp. 221-232). Nápoles: Istituto Italiano per gli Studi Filosofici.

- Foa, Vittorio (1996). Franco Venturi storico e político. En Franco Venturi, *La lotta per la libertà. Scritti politici*. Leonardo Casalino (ed.), (pp. XX-XXII). Turín: Einaudi.
- Fondazione Istituto Internazionale di Storia Economica “F. Datini” (s/f). *Indici delle riviste in línea. Rivista Storica Italiana*. <http://www.istitutodatini.it/biblio/riviste/r-t/r-st-it6.htm>.
- Gabrielli, Patrizia (2004). *Col freddo nel cuore: uomini e donne nell'emigrazione antifascista*. Roma: Donzelli.
- Galante Garrone, Alessandro (1996). Da Giustizia e Libertà al “Settecento riformatore”. En Franco Venturi, *La lotta per la libertà. Scritti politici*. Leonardo Casalino (ed.), (pp. xxxv-li). Turín: Einaudi.
- Galasso, Giuseppe (2008a). Il modulo storiografico di Venturi. *Storici italiani del Novecento* (pp. 291-326). Bologna: Il Mulino.
- Galasso, Giuseppe (2008b). Venturi, l'illuminismo e la genesi politica e recente del repubblicanesimo moderno. En *Storici italiani del Novecento* (pp. 327-351). Bologna: Il Mulino.
- Gervasoni, Marco (1999). Per una nuova cultura politica: il socialismo liberale italiano tra le due guerre. En *Giustizia e Libertà e il socialismo liberale* (pp. 11-44). Milán: M&B.
- Giarrizzo, Giuseppe (1998). Venturi e il problema degli intellettuali. En Luciano Guerci y Giuseppe Ricuperati (comps.), *Il coraggio della ragione. Franco Venturi intellettuale e storico cosmopolita* (pp. 9-59). Turín: Fondazione Luigi Einaudi.
- Gleason, Abbott (1998). Franco Venturi's *Russian Populism* in the English speaking world. En Luciano Guerci y Giuseppe Ricuperati (comps.), *Il coraggio della ragione. Franco Venturi intellettuale e storico cosmopolita* (pp. 345-355). Turín: Fondazione Luigi Einaudi.
- Graziosi, Andrea (2006). Nazione, socialismo, cosmopolitismo. L'Unione Sovietica nell'evoluzione di Franco Venturi. En

- Antonello Venturi (ed.), *Franco Venturi e la Russia* (pp. 131-166). Milán: Fondazione Giacomo Feltrinelli.
- Guerci, Luciano (1998). Gli studi venturiani sull'Italia del 700. En Luciano Guerci y Giuseppe Ricuperati (comps.), *Il coraggio della ragione. Franco Venturi intellettuale e storico cosmopolita* (pp. 203-241). Turín: Fondazione Luigi Einaudi.
- Iamurri, Laura (2003). Carlo Levi e Lionello Venturi. En Marco Maiocchi (ed.), *Gli anni di Parigi. Carlo Levi e i fuorusciti, 1926-1933* (pp. 55-62). Roma: Comitato Nazionale per le Celebrazioni del Centenario.
- Imbruglia, Girolamo (2003). *Illuminismo e storicismo nella storiografia italiana*. Nápoles: Bibliopolis.
- Lamberti, Mimma (2003). Parigi amica. En Marco Maiocchi (ed.), *Gli anni di Parigi. Carlo Levi e i fuorusciti, 1926-1933* (pp. 42-54). Roma: Comitato Nazionale per le Celebrazioni del Centenario.
- Lanaro, Silvio (1992). *Storia dell'Italia repubblicana*. Venecia: Marsilio.
- Momigliano, Arnaldo (1987). Un ritorno alla etruscheria settecentesca. En *Ottavo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico* (pp. 45-58). Roma: ESL.
- Mornet, Daniel (1969). *Los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa*. Buenos Aires: Paidós.
- Omodeo, Adolfo (1939). Franco Venturi, *Jeunesse de Diderot*. *La Critica*, 37, 379-380.
- Pocock, John G. A. (1999). *Barbarism and Religion: The Enlightenment of Edward Gibbon, 1737-1764*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ricuperati, Giuseppe (1996). Categoria e identità: Franco Venturi ed il concetto di Illuminismo. *Rivista Storica Italiana*, CVI-II (II-III), 550-648.

- Ricuperati, Giuseppe (1998). *La Rivista Storica Italiana* e la direzione di Franco Venturi: un insegnamento cosmopolitico. En Luciano Guerri y Giuseppe Ricuperati (comps.), *Il coraggio della ragione. Franco Venturi intellettuale e storico cosmopolita* (pp. 243-308). Turín: Fondazione Luigi Einaudi.
- Rizi, Fabio (2003). *Benedetto Croce and Italian Fascism*. Toronto: University of Toronto Press, 2003,
- Robertson, John (1996). The Scottish Enlightenment. *Rivista Storica Italiana*, CVIII (II-III), 792-828.
- Roche, Daniel (1998). Histoires des idées, histoire de la culture; expériences françaises et expériences italiennes. En Luciano Guerri y Giuseppe Ricuperati (comps.), *Il coraggio della ragione. Franco Venturi intellettuale e storico cosmopolita* (pp. 151-170). Turín: Fondazione Luigi Einaudi.
- Romagnani, Gian Paolo (2009). La storiografia del Novecento. Generazioni a confronto. *Annali dell'Istituto Italo-Germanico di Trento*, 85, 211-238.
- Sebastiani, Silvia (2008). *I limiti del progresso. Razza e genere nell'Illuminismo scozzese*, Bologna: Il Mulino.
- Tortarolo, Edoardo (1998a). Appendice: due lettere inedite al Padre de 1941. En Luciano Guerri y Giuseppe Ricuperati (comps.), *Il coraggio della ragione. Franco Venturi intellettuale e storico cosmopolita* (pp. 108-112). Turín: Fondazione Luigi Einaudi.
- Tortarolo, Edoardo (1998b). L'esilio della libertà. Franco Venturi e la cultura europea degli anni Trenta. En Luciano Guerri y Giuseppe Ricuperati (comps.), *Il coraggio della ragione. Franco Venturi intellettuale e storico cosmopolita* (pp. 89-114). Turín: Fondazione Luigi Einaudi.
- Tortarolo, Edoardo (2013). Historians in the storm. Emigré historiography in the Twentieth Century. En Matthias Middell

- y Lluís Roura (eds.), *Transnational Challenges to National History Writing* (pp. 377-403). Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Valiani, Leo y Franco Venturi (1999). *Lettere 1943-1979*. Renato Tortarolo (ed.). Florencia: La Nuova Italia.
- Valiani, Leo (1996). Una testimonianza. *Rivista Storica Italiana*, CVIII (II-III), 507-549.
- Venturi, Franco (1939). *Jeunesse de Diderot (de 1713 à 1753)*. París: Skira.
- Venturi, Franco (1940). *Dalmazzo Francesco Vasco (1732-1794)*. París: Droz.
- Venturi, Franco (1948). *Jean Jaurès e altri storici della Rivoluzione francese*. Turín: Einaudi.
- Venturi, Franco (4 de abril de 1953). Domande e speranze. *Il Ponte*.
- Venturi, Franco (1954). La circolazione delle idee. *Rassegna Storica del Risorgimento*, XLI (2/3), 203-222
- Venturi, Franco (1956). *Il moto decabrista e i fratelli Piaggio*. Turín: Einaudi.
- Venturi, Franco (1960). L'Illuminismo nel Settecento europeo. En VV.AA., *XI Congrès International des Sciences Historiques* (pp. 106-135). Estocolmo: Almqvist & Wiksell.
- Venturi, Franco (1962). Economisti e riformatori spagnoli e italiani del '700. *Rivista Storica Italiana*, LXXIV (4), 717-738.
- Venturi, Franco (1963 [1946]). *Le origini dell'Enciclopedia*. Turín: Einaudi.
- Venturi, Franco (1968/1969). *Genovesi e la età sua*. Turín: Cooperativa Libreria Universitaria Torinese.
- Venturi, Franco (1969). *Settecento riformatore. Da Muratori a Beccaria*. Turín: Einaudi.
- Venturi, Franco (1977). Nota Introduttiva. En Antonio Genovesi, *Scritti*. Turín: Einaudi.

- Venturi, Franco (1988). *Giovinetza di Diderot*. Palermo: Sellerio.
- Venturi, Franco (1996). *La lotta per la libertà. Scritti politici*. Leonardo Casalino (ed.). Turín: Einaudi.
- Venturi, Franco (1998). Arnaldo Momigliano e la *Rivista Storica Italiana*. En Luciano Guerci y Giuseppe Ricuperati (comps.), *Il coraggio della ragione. Franco Venturi intellettuale e storico cosmopolita* (p. 267). Turín: Fondazione Luigi Einaudi.
- Venturi, Franco (2006). Lettere da Mosca. En Antonello Venturi (ed.), *Franco Venturi e la Russia* (pp. 40-42). Milán: Fondazione Giacomo Feltrinelli.
- Venturi, Franco (seudónimo Gianfranchi) (9 de noviembre de 1933). Nuova Spagna. *Quaderni di Giustizia e Libertà*, 9, 22-32.
- Venturi, Franco (seudónimo Gianfranchi) (28 de septiembre de 1934). Ore difficili in Spagna. *Quaderni di Giustizia e Libertà*, 20, 3.
- Venturi, Franco (seudónimo Gianfranchi) (5 de abril de 1935). Sul Risorgimento Italiano. *Quaderni di Giustizia e Libertà*, 14, 3.
- Venturi, Franco (seudónimo Gianfranchi) (3 de mayo de 1935). Replica di Gianfranchi. *Quaderni di Giustizia e Libertà*, 18, 3.
- Venturi, Franco (seudónimo Gianfranchi) (24 de abril de 1936). Cronaca spagnola. *Quaderni di Giustizia e Libertà*, 17, 3.
- Venturi, Franco (seudónimo Gianfranchi) (8 de agosto de 1938). Un français "retour d'Italie". *Fascisme et Italie*. Includido en traducción italiana en Franco Venturi (1996). *La lotta per la libertà. Scritti politici*, Leonardo Casalino (ed.) (pp. 152-159). Turín: Einaudi.
- Venturi, Franco (seudónimo Leo Aldi) (17 de diciembre de 1943). Socialismo di oggi e di domani, *Quaderni dell'Italia Libera*, 17.
- Viarengo, Adriano (2006). Franco Venturi a Mosca attraverso il suo carteggio (1947-1950). En Antonello Venturi (ed.), *Franco*

Venturi e la Russia (pp. 1-25). Milán: Fondazione Giacomo Feltrinelli.

Vivarelli Roberto (1998). Tra politica e storia: appunti sulla formazione di Franco Venturi negli anni dell'ésilio (1931-1949). En Luciano Guerci y Giuseppe Ricuperati (comps.), *Il coraggio della ragione. Franco Venturi intellettuale e storico cosmopolita* (pp. 61-88). Turín: Fondazione Luigi Einaudi.

Weber, Max (2003). *Il metodo delle scienze storico-sociali*. Turín: Einaudi.

Acerca de Giuseppe Galasso y su *Storia della storiografia italiana**

1.

En noviembre del 2017, los suplementos de los diarios italianos *La Repubblica* e *Il Corriere della Sera* mostraban imágenes de una larga fila de personas que esperaban para entrar al Teatro Bellini de Nápoles (luego de haber pagado ocho euros) para escuchar a Giuseppe Galasso en la primera conferencia del ciclo *Lezioni di storia*, organizado por la casa editorial Laterza. El evento ocurría dos meses después de la publicación de la historia de la historiografía italiana que comentamos aquí y tres meses antes de la muerte del autor.

Era una imagen ejemplar del historiador *de la ciudad*, inserto en un tejido social y cultural, y *en la ciudad*, lo que implicaba una situación, un punto fijo, un *ubi consistam*, que se puede contraponer a otra imagen, la del historiador apólide, sin patria, extranjero y, en tanto tal, en condición de colocarse a la distancia necesaria para pensar “objetivamente”, argumento que presentó ya Luciano de Samosata en el siglo II d.C., y que se encuentra con semejantes o diferentes motivaciones ideales (cosmopolitismo,

* Publicado como “Giuseppe Galasso. Storia della Storiografia Italiana. Un profilo”, en *ARO (Annali, Recensioni, On Line)*, II, 2019.

universalismo, humanidad) en la dromomanía intelectual de estos tiempos, alimentada ciertamente por la acentuada internacionalización de las trayectorias académicas, pero no solo por ello.

Una posición que podía implicar para el mismo Galasso, como lo sostiene en este libro, no solo las potencialidades que podía abrir la “desnacionalización de la historia” (como había sugerido Croce alguna vez), sino también, los problemas. Claro que Nápoles era una ciudad especial con una larga tradición que a muchos intelectuales les gustaba hacer resalir hasta Giambattista Vico, casi como si su sombra todavía vagase por la via San Biagio dei Librai en Spaccanapoli. Además, Galasso no era solo un historiador, sino también un hombre público que tuvo una destacada actuación en la política (en el Partido Repubblicano) y en los debates de opinión de la ciudad partenopea.

En el caso de Galasso *ser* en la ciudad significaba al menos tres cosas. La primera, la señalaba él mismo en las páginas finales de este libro, como una característica de la historiografía italiana si era observada en el largo plazo:

non concepire la storiografia come un colloquiare e interloquire soltanto tra storici e studiosi ma anche, se non addirittura soprattutto, come una risposta di storici e studiosi a ciò che nella vita sociale e civile, morale e culturale urge e preme come problema del presente dei soggetti implicati e interessati da tale urgenza e pressione (2017, p. 233).¹

1. “No concebir la historiografía como una conversación y un diálogo solo entre historiadores y estudiosos sino también, si no –en realidad– sobre todo, como una respuesta de historiadores y estudiosos a lo que en la vida social y civil, moral y cultural urge y apremia como problema del presente de los sujetos implicados y afectados por esta urgencia y presión”.

Una actitud que en Galasso se desplegó sin ambigüedades y que lo llevó a asumir todos los riesgos que el involucramiento político en el mundo “real” lleva consigo. Y se dice aquí activo y real porque, fiel a lo que veía como parte de una tradición italiana, Galasso ponía en el centro la cuestión del poder, como argumentó en un afortunado ensayo einaudiano (1972). No se limitaba así a las cómodas retóricas de aquellos que desde posiciones contestarias totalmente marginales y tan habituales en la historiografía actual (posiciones que tal vez pueden ser percibidas como una de las largas herencias del 68) aludían a la política con propósitos que podrían definirse o estetizantes o *politically correct*, pero desprovistos de toda vocación operativa.

La segunda es la relación con una tradición en la que Galasso se había formado y de la que fue una de las figuras más notables: el historicismo croceano, aunque sea difícil decir con precisión qué se entiende con ello y cuál era la colocación de Galasso en esa galaxia –aunque bien se podría comenzar recordando que el involucramiento en la vida pública fue uno de sus notas distintivas–. Ciertamente, un primera observación podría ser señalar algo obvio: que esa tradición era ya algo muy diferente luego de la Segunda Guerra Mundial y aun antes de la muerte de Croce, como pareció bien claro ya en 1946, con la complicada elección del director del *Istituto Italiano per gli Studi Storici* en el cual Galasso sería becario (1953-54) y luego secretario (1958-60), o en las sutiles tomas de distancia que emergían acá y allá en los dos volúmenes en honor a Croce editados por Carlo Antoni y Raffaele Mattioli en 1950.

En cualquier caso, el nombramiento de Chabod como Director del Instituto, dirección durante la cual Galasso fue alumno y secretario, implicó más discontinuidades que continuidades con

la historiografía de Croce.² De todos modos, la expresión “croceano”, aún en su ambigüedad, podía aplicarse antes a Galasso que a otros, desde luego antes que a Franco Venturi, por él mismo definido como “croceano” “per la sua attenzione alle idee e alla loro circolazione”, por su “concezione dello storico ‘soltanto storico’” y por su “idea dell’autonomia e della specificità della storiografia” (2017, p. 153).³ Un Venturi, en la opinión de Galasso, mucho más croceano que Chabod, lo que bien podría defenderse.

Con relación a ambos, sin embargo, Galasso podía agregar otros atributos. En primer lugar, una más continuada interrelación entre pensamiento y acción política (que en Venturi se declinaron en modo diferente, en dos momentos sucesivos, cuando la acción política fue sustituida por una aproximación más indirecta a partir de la mediación de los argumentos historiográficos elegidos. Más importante, quizás, fue una atención a las relaciones entre filosofía e historia, que tuvo pocos rivales en su generación, y una historia de la historiografía en la cual ambas se entrelazaban. Por otra parte, no sería exagerado afirmar que, en la segunda mitad del siglo XX, tradición croceana y tradición napolitana devinieron casi sinónimos. Y todavía se podría recordar que no parece haber existido un historiador que conociese el pensamiento de Benedetto Croce mejor que Galasso, como mostró en su notable *Croce e lo spirito del suo tempo* (1990), o en tantos prólogos dedicados a la edición de diferentes obras del ilustre

2. Las mismas son bien evidentes en el ensayo que escribió Chabod tras la muerte de Croce (1952)

3. “Por su atención a las ideas y su circulación”, por su “concepción de lo histórico ‘solo histórico’” y por su “idea de la autonomía y de la especificidad de la historiografía”.

estudioso que había hecho del Palacio Filomarino de su propiedad un gran centro de irradiación cultural (1989, 1996).

Una tercera anotación es que al referirse tanto al Galasso intelectual cuanto al historiador se debería especificar si napolitano o italiano, dado que esa identidad local no era exclusiva ni estaba en contraste con una mirada nacional y con un fecundo diálogo con otras tradiciones de la península. Lo demuestra, por indicar un solo ejemplo, la selección que hizo de los colaboradores de la *Storia d'Italia* que dirigió para la UTET di Torino. A su modo, podemos conjeturar, le habría agradado ser incluido en aquella genealogía de héroes positivos que desfilan en el libro que comentamos, y que pensaron Italia a partir de su pertenencia meridional: de Pietro Giannone a Giovanni Battista Vico, de Francesco de Sanctis al mismo Benedetto Croce.

2.

El título de un libro y su periodización, la escala temporal y espacial elegidas definen desde el principio muchos de sus presupuestos e influyen no poco en sus resultados. El perfil de la historiografía italiana que Galasso delinea no escapa o no escapa del todo a tales consideraciones. La opción de comenzar, aunque sea a través de breves pantallazos, con el siglo V tiene como postulado, en línea con la posición de Santo Mazzarino (2008), la ruptura con la tradición intelectual clásica. En cualquier caso, aun admitiendo como lo hace Galasso, que antes del año mil no pueda hablarse de una historiografía italiana, sino más bien de una historiografía “in Italia”, no puede excluirse el hecho de que Galasso eligió operar con una idea de nación profundamente deudora de la tradición romántica, en su declinación específicamente italiana, si se quiere en línea con Chabod, que articuló una

noción geográfica con una presunta identidad cultural y que, en cada caso, se coloca lejos de la idea, que el mismo Galasso critica en el libro, de *nation building*.

Sin embargo, las cosas son quizás más complejas ya que el libro está compuesto de dos partes realizadas independientemente, que siguen lógicas diferentes, y que tal vez fueron escritos en momentos más distantes de lo que sugiera la fecha de las respectivas ediciones. En efecto, la primera parte, una larga introducción titulada *Una tradizione di quindici secoli*, publicada originalmente como apertura al Apéndice VIII de la *Enciclopedia Treccani* con el título *Il contributo italiano alla storia del pensiero*, constituye una interpretación vibrante, intelectualmente situada en la tradición historicista, y no desprovista de anotaciones polémicas, de la realización de esa identidad singular –Italia– si mirada desde el punto de vistas de sus élites culturales y no solo de sus historiadores. Ello es el producto de que la idea de historiografía propia de Galasso es tan extensiva como para incluir entre otros a Petrarca, el abate Galiani o Piero Gobetti. De este modo, a la manera de Croce, la historiografía es integrada en una historia del pensamiento *tout court*.

El argumento de la primera parte es organizado en torno a dos motivos principales que le confieren significado: “Italia” y su afirmación, mayor o menor según las épocas, en el concierto de las naciones europeas; y el “progreso”, declinado en forma no lineal sino problemática, y no exento de una articulación en torno a la dinámica progreso-reacción, en la cual el primer término está connotado por una racionalización de la historia en la cual la “parte maggiore e più originale e propria, procede, invece, per la via di una visione mondiale e laica delle cose del mondo e della

loro storia” (2017, p. 111).⁴ Una historiografía así entendida, en cuanto concierne a su dinámica, aparece mucho más ritmada por factores externos que internos, ligados, por un lado, a la posición italiana en general en el contexto europeo, en una proposición modulada de la *vexata quaestio* del *primato* y, por el otro, por la mayor o menor riqueza de las manifestaciones intelectuales de la misma historiografía, independientemente o menos del hecho de que ellas influyesen en el terreno histórico, como una lectura más endógena hubiera debido sugerir.

Así las cosas, dos momentos “laicos” emergen como tiempos prolíficos en el *profilo*: el Renacimiento y el Iluminismo. El primero establecía una supremacía italiana en Europa, y el segundo significaba un volver al tren europeo en el terreno de la historia europea, que se había perdido en una nueva edad oscura (la primera era el Medioevo), la de la decadencia que inaugura en la segunda mitad del siglo XVI con la Contrarreforma. En relación con ello, Galasso se pregunta si se debe o no utilizar la expresión “reforma católica” y luego de haberlo hecho y de haber dejado abierta la cuestión vuelve a utilizarla en el texto el término “Contrarreforma” (2017, pp. 42-43).

Es interesante en este punto observar cómo la utilización del módulo croceano no implica que su historia de la historiografía comparta necesariamente cada perspectiva interpretativa específica de Croce. Volviendo a observar *Teoria e storia della storiografia* de Croce se notan todas sus reservas hacia la historiografía del Renacimiento (más allá de su aspecto positivo representado con una visión secularizada del mundo) y hacia un Guicciardini o un Maquiavelo como historiadores (aun si consideraba al segundo

4. “Parte mayor y más original y propia, avanza, en cambio, por el camino de una visión mundana y secular de las cosas del mundo y de su historia”.

una de las cumbres del pensamiento italiano), por su permanecer ligados a las características de la antigua historia pragmática, y al papel de la fortuna en la historia, capaces incluso de aplastar los pequeños esbozos de una reflexión apoyada en la idea de devenir histórico presentes en el pensamiento tardomedieval (Croce, 1989, p. 262). Del mismo modo, Galasso se distanciaba de la idea que Croce (el de *Teoria e storia*) tenía del Iluminismo; reflexión que, sin embargo, no vuelve a proponer en la *Storia come pensiero e come azione*, donde la recuperación del Iluminismo, como señaló Imbruglia (2003), es parte de un proceso más amplio de repensar tanto este concepto como el de Romanticismo en el mundo de los totalitarismos.

Las distancias de Galasso con relación a Croce pueden tal vez ponerse en relación con el hecho de que, más allá de las ideas sobre Italia y el progreso, la obra de Galasso se articula en torno a una tercera noción: la de secularización. Nada sorprendente en un historiador, intelectual y político profundamente laico. Nada para reprochar tampoco, en una época de ausencia de preguntas acerca del “sentido”, una obra que lo recupera, y llega incluso a postular la importancia de una filosofía de la historia *ex post* (2017, p. 112), ofreciendo a partir de allí una interpretación “fuerte” de la historiografía italiana que, aunque más atacable que otras, merece ser celebrada.

Ciertamente, entre los precios a pagar estaba la marginalización de los eruditos. En este caso los de la época de la Contrarreforma –y sobre los cuales puede ser interesante releer las ya clásicas consideraciones de Anthony Grafton (2000, pp. 139 y ss.)– expulsados de la historiografía italiana para ser incluidos en una estéril historiografía “pontificia”. Eran los mismos eruditos que Croce juzgaba negativamente en modo irónico, pero quizás en el fondo más benévolo, al considerarlos en el fondo

animalitos útiles al punto que si se extinguieran sería necesario encontrar el modo de repoblarlos. Erudición que, sería necesario no olvidar, constituía hasta hace poco una nota distintiva de la historiografía italiana.

En modo no disímil, los juicios de Croce y de Galasso vuelven a aparecer tanto concordantes como discordantes en el momento en el que ambos afrontan el mismo tema, como en el caso de la superposición temática y cronológica entre la parte correspondiente de este libro y la *Storiografia italiana nel secolo XIX* (1947) de Croce, más allá del hecho, a mi juicio algo paradójal, de que ambos se reconociesen en muchos aspectos tributarios de la obra de Eduard Fueter (1953), que, a ojos actuales, parece no solo datada sino bien diferente como construcción a la de los dos estudiosos italianos.

En algunos casos Galasso vuelve a distanciarse de la perspectiva croceana en forma más explícita, aun si no menos sutilmente formulada, como por ejemplo a propósito de la historiografía neo güelfa y neo gibelina, en la cual nuevamente la historiografía católica paga el plato de la visión de Galasso, no disponible a hacer descuentos aún al precio de parecer encontrarse en la sutil frontera entre perspectiva y parcialidad (en el sentido de la distinción de Chladenius retomada por Koselleck). Las dos visiones difieren nuevamente en relación al positivismo: más favorable en este caso la de Galasso (incluso en la consideración de la escuela económico-jurídica), en particular atento a recuperar su contribución erudita y filológica, ahora considerada “di pregio” (valiosa) (2017, pp. 93 y ss.).

Completando el esquema de la primera parte, más allá de los retratos en claroscuro de Volpe, y más simpatético el de Salvemini, emergen breves páginas muy sugestivas sobre la historiografía durante el fascismo y sobre la imposibilidad de pensar una

historiografía fascista, debido a la heterogeneidad de posiciones al respecto, tanto si se contempla solo a aquellos que consideraban formar parte de ella, como si se incluye a los que aprovechaban, *de pane lucrando*, las posibilidades ofrecidas por el régimen.

3.

Como dijimos, la segunda parte es un texto autónomo, que con el título *Dalla tradizione alla ricerca di altre dimensioni* propone un balance de la historiografía italiana post 1945, con limitadas incursiones en el período precedente. Como el mismo Galasso señalaba en la introducción, este último período presentaba no pocos problemas, más allá de la creciente complejidad, heterogeneidad y conflictividad, sumados al hecho de que el mismo autor era ahora no solo el sujeto que conoce, sino también parte del objeto estudiado –y una parte no menor, visto el relevante papel que el mismo desempeñó en la historiografía de la Italia posbélica–.

Tal vez esto explica, al menos en parte, el cambio de tono del volumen, que abandona rápidamente la cuestión de las tradiciones historiográficas y el decalaje temporal luego de dos pequeños *excursus*, uno hacia atrás y el otro hacia delante, para incluir, en el segundo caso, una rápida descripción de la supervivencia de la tradición croceana en el “accionismo” (vía Omodeo), en el Instituto de Nápoles y en la obra de Gramsci. Al elegir aquellas opciones, Galasso propone un cuadro temático en el cual el contexto pierde importancia.

Por otra parte, Galasso parece aspirar ahora a un ecumenismo que dé a cada uno lo suyo, uno de cuyos efectos es la inclusión de largas listas de nombres que pueden tener sentido solamente en una perspectiva *urbi et orbi* que busca brindar

reconocimientos, pero que contrasta con el criterio mucho más orientado y selectivo de la primera parte. El precio a pagar por esta voluntad irénica, por otra parte, comprensible si se tiene en cuenta la estación de la vida del autor, era renunciar a un eje que articulase el discurso y dejar en un segundo plano algunas líneas interpretativas que le habrían permitido compatibilizar mejor las dos partes del libro.

Pensamos aquí, por poner un ejemplo, en el progresivo distanciamiento de la historiografía italiana de Croce primero, y luego de toda la generación activa entre las dos guerras, croceana o no. Un contraste que se hizo manifiesto, por poner algunos ejemplos, con el áspero debate Chabod-Momigliano a propósito de la necrológica de Carlo Antoni escrita por Momigliano –debate analizado en profundidad en la introducción de Gennaro Sasso (2002)–; con la muerte de Chabod, que abrió una nueva época, como comprendió con gran claridad Cantimori (1960); con el emerger de nuevas tensiones en la dirección de la *Rivista Storica Italiana* (resueltas a favor de Venturi y no de Rosario Romeo), o, finalmente, con el emerger de crecientes diferencias, interpretativas y metodológicas, entre el nuevo grupo que la dirigía y la historiografía comunista.⁵ Por otra parte, como indicamos, Galasso era un protagonista central en el plano institucional e

5. Para ilustrar este conflicto podría bastar la ironía de Venturi en una carta a Momigliano: “Per illustrare questo conflitto potrebbe bastare la battuta di Venturi in una lettera a Momigliano: ‘Hai visto il primo numero della rivista dell’Istituto Gramsci diretta da Manacorda, Studi Storici? Da Marx a Crivellucci sarebbe stato anche più espressivo” [“¿Has visto el primer número de la revista del Instituto Gramsci dirigida por Manacorda, Studi Storici? De Marx a Crivellucci habría sido aún más expresivo”]; observación que martillaba sobre la mezcla de filología e ideología tan característica de muchos sectores de la historiografía comunista en la segunda posguerra y no solo en la italiana.

intelectual, desde su lugar en la *Rivista Storica Italiana* hasta su involucramiento en las discusiones en torno a la obra de Antonio Gramsci, de ese momento de pasaje que anticipaba otro: aquel abierto con el 68.⁶

Si Galasso decidió no adoptar un diseño que lo hubiera obligado a confrontarse incluso con las divisiones y fracturas dentro de su propia tradición, laica y reformista, tampoco quiso organizar el retrato de la segunda posguerra en torno a líneas ideológicas (historiografía comunista, católica, liberal, etc.). De haberlo hecho, se habría visto compelido a poner de relieve aún más el peso de la tendenciosidad política que tanto le fue reprochada a la historiografía italiana desde dentro y fuera de ella. En cambio, en el texto, Galasso intenta atenuarla y en parte justificarla, con el ingenioso argumento de que se trataba de una deriva de una característica de largo plazo de la tradición intelectual italiana, dominada por la centralidad otorgada en sus reflexiones a las cuestiones de lo “político” y del “poder” (2017, pp. 216-217).

Asimismo, además de descartar esa aproximación –aunque no del todo, ya que reaparece en la parte relativa a la historiografía gramsciana– Galasso eludía también el problema de las lógicas de la profesión que lo hubieran llevado en cambio a confrontarse con los intereses políticos, y no solo, de los grupos de poder académico que tuvieron tanta importancia en diseñar el mapa de la academia italiana a través de concursos que seguían férreos procedimientos clientelares (perceptibles aún para un extranjero que escuchaba las incesantes discusiones que se desarrollaban al respecto en los años ochenta), y que confieren una

6. A modo de ejemplo las discusiones que generó la relación que presentó en un congreso en Cagliari en 1967 con el título “Gramsci e il problema della storia italiana” incluido en Galasso (1969, pp. 94-150).

imagen desconcertante a la historiografía italiana considerada en conjunto, en la que trabajos excepcionales pueden estar al lado de los más decadentes. Estos desniveles pueden ayudar a comprender una de las inquietudes de Galasso: la fragmentaria y desigual recepción de la historiografía italiana fuera de Italia.

Por otra parte, aun si lo evoca y episódicamente lo utiliza, Galasso no privilegia tampoco el criterio generacional en su exploración de la historiografía de la segunda posguerra. Subraya muy bien todos los inconvenientes de una utilización sistemática de la noción e indica como mucho más iluminadora una reflexión en torno a maestros y discípulos. Una propuesta que resalta el papel de los lazos interpersonales concretos en detrimento de grandes clasificaciones abarcadoras de numerosas personas, que aún en las versiones que recortan la noción a grupos específicos que comparten determinadas experiencias concretas, es decir un empleo minimalista alejado de ideas de generación a la Ortega y Gasset, o aún antes que él a la Giuseppe Ferrari, exhiben pronto múltiples dificultades analíticas.

Descartadas estas vías, que hubieran implicado en uno o en otro caso una escansión temporal del análisis, Galasso opta por organizar el cuadro en torno a sectores académicos como historia antigua, medieval, etc., o campos disciplinarios, como historia jurídica, económica, demográfica,⁷ introduciendo en algunos casos los debates que se producen en el interior de una sección. En este sentido, particularmente logradas son la contraposición Arnaldo Momigliano-Santo Mazzarino para la historia antigua, o la recuperación del precedente dualismo Volpe-Salvemini para la historia medieval.

7. Donde se señalan justamente los nombres de Massimo Livi Bacci y Nora Federici, pero falta aquel tan relevante, como embarazoso de Corrado Gini.

Estos bocetos van acompañados de retratos de algunos de los mayores historiadores italianos del período, de Chabod (no sin reservas) a Cantimori, de Venturi a Ernesto de Martino (si queremos incluirlo entre los historiadores), calurosamente elogiado. En cualquier caso, los retratos mayores están dedicados a Rosario Romeo y Renzo De Felice. Aun si en casi todos estos casos se trata de figuras que Galasso había ya analizado exhaustivamente en su importante *Storici italiani del Novecento* (2008),⁸ resulta significativa la selección de los nombres (con excepción de De Martino), ya que implícitamente establece una jerarquía que ordena precedencias y preferencias y deja en la sombra a muchos otros estudiosos.

Dos cuestiones al menos merecen subrayarse aquí. En el caso de Rosario Romeo, con acierto Galasso se detiene en dos ensayos publicados *Nord e Sud*, reunidos sucesivamente en el volumen *Risorgimento e capitalismo*. Ya en el primero de ellos, de 1956, Romeo atacaba a “la storiografía política marxista” (que quizás hubiera sido mejor definir comunista) y la valoración negativa del *Risorgimento* que ella daba a través de la noción de *rivoluzione agraria mancata*, que Romeo atribuía tanto a Gramsci como a Emilio Sereni, y a los que oponía una visión positiva sea del *Risorgimento* en su conjunto, sea en lo actuado por la llamada *Destra Storica*.

Galasso, sin embargo, no sigue esta vía y prefiere aludir a las observaciones de Gerschenkron sobre el tema, más refinadas técnicamente y más complejas conceptualmente, aunque deje abierta la cuestión sin proseguir con la larga serie de intervenciones que culminarían con la completa superación de la polémica

8. Que incluye el retrato de doce historiadores entre los que se encuentran Federico Chabod, Walter Maturi, Delio Cantimori, Ernesto Sestan, Eugenio Garin, Rosario Romeo, Franco Venturi y Renzo De Felice.

inicial con lo que fuera llamado el modelo Bonelli-Cafagna, o sea la idea de un desarrollo fragmentario, desigual y desfasado temporalmente. En el caso de De Felice, las no pocas observaciones críticas que Galasso insertó en su ensayo de diez años antes, en particular aquellas relativas a las dificultades del módulo biográfico para contener la complejidad creciente de la historia que se quería contar, y que se hacían evidentes a medida que aparecían los sucesivos volúmenes, han desaparecido aquí y el elogio es desprovisto de reservas visibles.

La voluntad irénica de Galasso encuentra un límite muy evidente en un caso que reaparece tal vez demasiado a menudo en el texto: el de Ruggiero Romano. Los dos historiadores recorrieron una parte del mismo camino, aunque con alguna diferencia cronológica, ya que Romano era seis años mayor: la formación en Nápoles, algunos profesores influyentes (entre ellos Nino Cortese), el pasaje por el *Istituto Italiano per gli Studi Storici* (más breve el de Romano) pero luego siguieron itinerarios diferentes, uno hacia el interior y el otro proyectado hacia el exterior (Francia, luego también América Latina). Esta diferenciación llevaba consigo otra: la tradición del historicismo croceano contrapuesta a las *Annales* braudelianas.

¿Estaba allí el *punctum dolens*? No estoy seguro. En cualquier caso, sería necesario recordar que aun si las distancias entre Braudel y Croce eran grandes (Braudel dejó anotadas en forma elegante las diferencias, mientras que Croce, según contaba el mismo Romano, parece que había dormido un rato durante la conferencia del autor del *Mediterráneo* en el *Istituto* de Nápoles), existía un puente y este era Chabod, esa figura *hors série*, como lo definía Braudel desde las páginas de *Annales* (1961). O, en cambio, ¿las diferencias deben buscarse en el hecho de que los dos se encontraban en galaxias diferentes en Italia: Turín y casa Einaudi

para Romano, Nápoles para Galasso? ¿O deben ser puestas en relación con el hecho de que algunas iniciativas que promovieron estaban en clara competición, en especial en el caso de la einaudiana *Storia d'Italia*, codirigida por Romano y aquella dirigida por Galasso para la editorial UTET también de Turín?

El libro de Galasso se detiene bastante *pro domo sua* en las distintas historias de Italia (incluida muy críticamente la segunda que dirigió Romano para Bompiani), colectivas o individuales, aún si el nudo principal es la contraposición entre la propuesta Romano-Vivanti-Einaudi (que no fue un editor pasivo) y la del mismo Galasso, más tradicional en el modo de organización de los contenidos. Galasso no se privó de señalar las dificultades de la historia rival organizada en torno a la, según él difícil, combinación *Annales*/Gramsci, en la cual veía una operación cultural más que una plausible operación historiográfica.

¿Era más coherente la operación propuesta por Galasso? Un estudio comparado de las dos obras, con los problemas que implican todas las obras colectivas con muchos autores, es un trabajo a realizar, más allá de lo que ya se ha escrito sobre el análisis del conjunto de las historias de Italia. En cualquier caso, como ya se señaló, Galasso había contribuido con un importante ensayo (luego expandido y transformado en un libro) en la *Storia* einaudiana (lo que indica que cualesquiera fuesen las diferencias finales ellas no habían impedido la colaboración unas décadas antes).

Tal vez un ángulo para encuadrar la cuestión es la historia económica, en la que la polémica con Romano respecto del nivel de la historia económica en Italia iba *pari passu* con el apoyo que daba Galasso a las reservas que Luigi De Rosa había expresado poco antes hacia las derivas de la disciplina a partir del influjo de los economistas. Tema más complicado de lo que parece, dado que entre la cliometría y el tratamiento de la historia económica

en una pedestre forma descriptiva al modo anticuario, existen muchos grados intermedios. Algunos de ellos bien enriquecedores como muestran la potencialidad de las *middle rang theories*, o la utilidad del uso, si no de conceptos, al menos de vocablos adecuados. Sin embargo, tal vez lo que en realidad emergía aquí era un nudo más profundo que distinguía a Galasso y a la tradición del historicismo que era la suya: la desconfianza hacia las ciencias sociales.

Muchas más cosas están contenidas en este libro: preguntas, problemas, observaciones iluminadoras y provocadoras, miradas llenas de riqueza y de complejidad. Es de temer que el presente comentario no haya estado en grado de dar más que una mínima parte de ellas. Es de esperar que, al menos, haya servido para invitar a su lectura.

Bibliografía

- Antoni, Carlo y Mattioli, Raffaele (eds.) (1950). *Cinquant'anni di vita intellettuale italiana, 1896-1946: scritti in onore di Benedetto Croce per il suo ottantesimo aniversario*. 2 vols. Napoli: Edizioni Scientifiche Italiane.
- Braudel, Fernand (1961). Federico Chabod (1901-1960). *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, 16 (1), 1-2.
- Cantimori, Delio (1960). Federico Chabod. *Belfagor*, 15 (6), 688-704.
- Chabod, Federico (1952). Croce storico. *Rivista Storica Italiana*, LXIV, 473-530.
- Chabod, Federico y Momigliano, Arnaldo (2002). *Un carteggio del 1959*. Introducción de Gennaro Sasso. Napoli: Istituto Italiano per gli Studi Storici-Il Mulino.

- Croce, Benedetto (1947). *Storia della storiografia italiana nel secolo XIX*. 2 vols. Bari: Laterza.
- Croce, Benedetto (1989). *Teoría e storia della storiografia*. G. Galasso (ed.). Milán: Adelphi.
- Fueter, Eduard (1953). *Historia de la historiografía moderna*. 2 vols. Buenos Aires: Nova.
- Galasso, Giuseppe (1969). *Croce, Gramsci e altri storici*. Milán: Il Saggiatore.
- Galasso, Giuseppe (1972). Le forme del potere, classi e gerarchie sociali. En Ruggero Romano-Corrado Vivanti (eds.), *Storia d'Italia* (pp. 399-599). Torino: Einaudi, 1972.
- Galasso, Giuseppe (1990). *Croce e lo spirito del suo tempo*. Milán: Mondadori.
- Galasso, Giuseppe (1996). Introduzione. En Benedetto Croce, *Filosofia-Poesia-Storia* (pp. IX-LXXIII). Milán: Adelphi.
- Galasso, Giuseppe (2008). *Storici Italiani del Novecento*. Milán: Il Mulino.
- Grafton, Anthony (2000). *La nota a pie di pagina*. Milán: Bonnard.
- Imbruglia, Girolamo (2003). *Illuminismo e storicismo nella storiografia italiana*. Napoli: Bibliopolis.
- Mazzarino, Santo (2008). *La fine del mondo antico. Le cause della caduta dell'Impero romano*. Torino: Bollati Boringhieri.

Gianfausto Rosoli, un intelectual entre dos mundos*

Había nacido en Rezzato, cerca de Brescia, en marzo de 1938. Como era y es habitual en el Lombardo-Veneto, pertenecía a una familia católica, muy estimada en el pueblo. Su padre, ferroviario, para 1949 lo único que poseía era “cinque figli” (cinco hijos), en el

* Publicado en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 44, 213-236, 2000.

Luego de la muerte de mi amigo el P. Gianfausto Rosoli, que tanto me ayudó profesionalmente desde los lejanos comienzos en 1980, pensé en escribir un ensayo sobre él en el marco de un número especial de homenaje que decidimos dedicarle en esta revista. Habiendo conversado la idea con el P. Luigi Favero, entonces Superior General de la Congregación, él ofreció poner a mi disposición todo el archivo personal de Rosoli y aquellos materiales sobre él que existían en el Archivio Generale Scalabriniano. Me hospedó, asimismo, durante tres semanas en la Casa General para que tuviera todas las comodidades para leer y fotocopiar los materiales que me pareciesen útiles. Salvo algunos papeles de carácter privado, todos los materiales disponibles –que carecían de algún inventario y estaban depositados en la que era la sede provisional del Istituto Storico Scalabriniano en Via Calandrelli 11– me fueron facilitados. El mismo Favero me indicó que expresamente incluía todos los papeles que concernían al último período de la vida de Gianfausto en los que una disidencia había dividido a los dos amigos acerca del futuro del Centro Studi Emigrazione, en el que ambos se habían formado. Honra a Luigi Favero, a su voluntad de homenajear a su amigo y a su actitud en favor del conocimiento el que lo haya hecho. Espero haber sido fiel a esa enseñanza.

decir del parroco de Rezzato, al responder a un cuestionario del Instituto Scalabrini destinado a aquellos sacerdotes que recomendasen a un joven “che aspiri a farsi Missionario Scalabriniano”.¹ Su infancia transcurriría entonces entre las estrecheces que, en la guerra y la inmediata posguerra, afectaron a tantas familias de trabajadores como la suya. Como solía recordar Luigi Favero, cuando evocaba a las numerosas cohortes de sacerdotes scalabrinianos formados en esos años en el seminario de Bassano del Grappa, esa situación llevó a muchos jóvenes de esas regiones de fuerte tradición católica, a buscar en la vocación religiosa una posibilidad profesional. No parece ser, sin embargo, el caso de Rosoli. Sus brillantes condiciones intelectuales, reveladas en la escuela elemental, llevaron a los nobles del lugar –en la continuidad de una larga tradición paternalista también característica de la zona– a ofrecer a la familia la posibilidad de costear, mediante algo equivalente a una beca, estudios técnicos para el joven. La vocación religiosa, como forma de una espiritualidad profunda –que permanecerá como una constante en la vida de Rosoli–, lo hará desechar aquella oferta y encaminar sus pasos hacia el sacerdocio.

Continuará sus estudios en el Seminario de los Scalabrinianos, en la misma Rezzato, donde realizará los estudios correspondientes al Gimnasio, que continuarán luego con los de Liceo que seguirá en Cermenate, cerca de Como. En 1956, poco antes de arribar a los 18 años, formaliza “la mia volontà di entrare nella Pia Società dei Missionari di San Carlo”.² Ingresará así en el

1. “Que aspira a hacerse misionario scalabriniano”. Don F. Gabrieli, 23 de julio de 1949, Istituto Scalabrini dei Missionari per gli Italiani all’Estero, Questionario, Archivio Generale Scalabriniano.

2. “Mi voluntad de entrar en la Pía Sociedad de los Misionarios de San Carlos”. Carta de G. Rosoli a Rev. P. Francesco Preardello 6 de enero de 1956, en Archivio Generale Scalabriniano.

Noviziato Scalabrini, en Crespano del Grappa, cerca de Treviso. Sus superiores lo ven como un joven que “ama la vocazione-continua con impegno nella pietà” con “spirito di sacrificio” y que “si essercita nella carità verso i confratelli”. Aunque de “intelligenza buona” y aplicado en el estudio, no perciben en él al futuro intelectual sino a un joven “un po disordinato e smemorato che tiene passione per la pittura”.³

Luego de haber estudiado Teología en la Universidad Gregoriana en Roma, recibirá su ordenación sacerdotal en Piacenza, en 1962. Poco antes, el Rector del Colegio San Carlo, en Roma, da una semblanza del candidato en la que subraya tanto su piedad como su sensibilidad hacia los problemas de la Iglesia y de la Congregación, sus sentimientos “profundos” y, a la vez, su carácter “enigmático” y un cierto aislamiento en el seno de sus compañeros que “lo ritengono impenetrabile e nessuno gli è sinceramente amico nonostante egli sia abbastanza generoso nel prestarsi per gli altri”.⁴

Luego de su ordenación –y tras un breve pasaje por el Seminario de Rezzato– Rosoli es enviado como Profesor al Seminario de Bassano del Grapa, donde enseñará Letras en la Escuela Media y Filosofía en el Liceo. Estando allí, en agosto de 1964, pide

3. Un joven que “ama la vocación - persevera con empeño en la piedad” con “espíritu de sacrificio” y que “se ejercita en la caridad hacia sus hermanos”. Aunque de “buena inteligencia” y aplicado en el estudio, no perciben en él al futuro intelectual sino a un joven “un poco desordenado y olvidadizo que tiene pasión por la pintura”. Novicio Rosoli Gianfausto, Relazione Primer y Segundo Cuatrimestre y Relazione Finale, 1956-1957. Archivio Generale Scalabriniano.

4. “Lo consideran impenetrable y ninguno es sinceramente su amigo, no obstante él es sea lo suficientemente generoso como para prestarse a los demás”. Ilegible (Rettore), Colegio San Carlo, Roma, 5 de abril de 1962. Archivio Generale Scalabriniano.

autorización para continuar sus estudios en Ciencias Sociales en la Universidad Gregoriana de Roma, que le parece preferible a la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Padova, sugerida por otros *confratelli*. Considera aquel lugar más adecuado, por su ambiente, pero también porque le permitiría disponer de mayor tiempo para el estudio, al verse liberado de sus compromisos docentes en el Seminario. La opción romana, que implicaba el traslado a esa ciudad, le permitiría, además, evitar los continuos traslados de Bassano a Padova para asistir a las clases. Sin embargo, la autorización que le concede la *Sacra Congregatio de Seminariis Studiorum Universitatibus*, en noviembre del mismo año, es para matricularse en Padova y no en Roma.⁵

Finalmente, el traslado de Rosoli al Seminario Scalabrini-O'Brien de Cermenate, en la provincia de Como, le hace optar por la Università del Sacro Cuore de Milano. Allí continúa sus estudios, mientras contemporáneamente prosigue con la enseñanza a los internados en el Liceo de la Congregación, donde enseña Filosofía, a la vez que da lecciones a los jóvenes aspirantes a Vocaciones Adultas.

No sabemos nada del itinerario que llevó al joven sacerdote hacia las Ciencias Sociales. Sí sabemos que, ya en 1966, quien será su verdadero maestro (y de quien será siempre el discípulo preferido) el P. Giovanni Battista Sacchetti –creador y en ese entonces director del Centro Studi Emigrazione de Roma (CSER)– se fija en el joven sacerdote. Le ofrece interceder para que sea trasladado al Centro de Roma, dependiente de la Dirección General, lo que le permitiría continuar sus estudios en la Gregoriana y dedicarse plenamente a ellos. Un largo intercambio de notas entre

5. Card. Perrardo , *Sacra Congregatio de Seminariis et Studiorum Universitatibus* a P. Anacleto Rocca, Roma, 11 de noviembre de 1964.

el Superior General, el Superior Provincial (del que el sacerdote depende), el P. Sacchetti y el mismo Rosoli exhibe las dificultades para el traspaso. Los problemas que emergen no tienen ninguna originalidad: la falta de recursos humanos –y ello es particularmente sensible en recursos calificados y trabajadores– hace que todo desplazamiento pese sobre las tareas de otros y en general, para poder realizarse, implica la disponibilidad para sucesivos reacomodamientos de otros religiosos. El mismo Rosoli en el momento clave hesita, ante el temor de que su traslado a Roma no lo libere de compromisos en la orden para mejor dedicarse al estudio, sino que signifique un ulterior acrecentamiento y dispersión de tareas. Todo concluye en nada, ya que el Superior Provincial se opone al traslado y sugiere el envío al Centro de Roma, en lugar de Rosoli, de otro padre ya graduado en Ciencias Políticas y Sociales.⁶

Continúa entonces enseñando en Cermenate. En 1967 un superior lo describe como “un giovane religioso serio, ben dotato, pacato, schivo, amante della vita ritirata e dello studio” que tiene “eccellenti qualità di intelligenza, di buon gusto artistico, che mette volentieri a servizio della comunità, a costo di rinunzie e di sacrifici per tener fede a tutti i suoi impegni”.⁷ En suma, un retrato no muy diferente del que había dado su superior cuando era aún Novicio (ni del que luego los estudiosos de emigración

6. G. Rosoli a R. Bolzoni (Superior Provincial), 20 de octubre de 1965; G. Tessarolo (Superiore Generale) a R. Bolzoni, 31 de enero de 1966; G. Rosoli a R. Bolzoni, 17 de marzo de 1966; R. Bolzoni a G. Tessarolo, 25 de marzo de 1966, todas en AGS.

7. “Un joven religioso serio, bien dotado, pacato, esquivo, amante de la vida recoleta y del estudio, que tiene excelentes cualidades de inteligencia, buen gusto artístico, que pone voluntariamente al servicio de la comunidad, a costa de renunciaciones y sacrificios por tener fe en todos sus compromisos”.

conocerán), solo que ahora descuella ya esa inteligencia que lo destacará netamente. Agrega además “Insieme con lo studio ama il ministero diretto. Vive la bellezza della sua vocazione sacerdotale, coltiva con schietta semplicità la vita interiore”.⁸

Rosoli permanecerá cuatro años más en el Seminario, enseñando Ética, Historia del Arte y Sociología en el Liceo. En ese período culminará su graduación en Ciencias Políticas, en Milán, con una tesis sobre *L'emigrazione italiana in America dal 1861 al 1915 e l'organizzazione assistenziale e religiosa di Scalabrini*.

En una larga carta de 1970, dirigida al Padre General, Rosoli formula un conjunto de opiniones que dan adecuada cuenta de su posición en relación con la Iglesia, con la Congregación y con la actividad académica que está comenzando a desarrollar. Abruñado ya por la doble tarea, de docente por una parte y alumno por la otra, no deja de señalar una vocación de reforma en la formación de los clérigos, en consonancia con las propuestas del Concilio. Aunque percibe bien todas las tensiones que está generando la renovación eclesial “nelle leggi e nella vita vissuta”, su toma de posición es neta: “anche l'immobilismo, nelle cose suggerite dal Concilio, è una eresia pratica”.⁹ En cuanto a las cuestiones académicas ya, tempranamente, en este joven de poco más de 30 años, emergen todos aquellos rasgos que lo distinguirían luego. Estudiar, capacitarse, profesionalizarse. Así, acerca de los docentes de los institutos religiosos scalabrinianos, sugería que “è necessario qualificarlo prima che venga assegnato

8. “Junto con el estudio ama el ministerio directo. Vive la belleza de su vocación sacerdotal, cultiva con franca simplicidad la vida interior”. Padri Scalabriniani-Villa Maria Assunta, Arco (Trento), P. Gianfausto Rosoli c.s., 14 de diciembre de 1967.

9. “En las leyes y en la vida vivida”, su toma de posición es neta: “también el inmovilismo, en las cosas sugeridas por el Concilio, es una herejía práctica”.

all'insegnamento".¹⁰ Acerca de la tarea intelectual, en especial en el terreno de la historia scalabriniana y refiriéndose a los trabajos de otro miembro de la Congregación, señalaba que su obra "non [é] sufficientemente critica, non sempre basata su una adeguata conoscenza del periodo storico, troppo spesso laudatoria".¹¹ He ahí toda una actitud que aplicará, tanto a los estudiosos pertenecientes a las Congregaciones religiosas, como, en lo futuro, a aquellos integrantes del mundo laico universitario. Un mundo de los estudios que estaba para Rosoli menos dividido entre religiosos y laicos que entre trabajadores y holgazanes, pero sobre todo entre personas competentes y personas no competentes.

Esa voluntad de dejar afuera las excusas religiosas (en otros ámbitos laicos hubiera podido decirse ideológicas) y dedicarse plenamente a la tarea científica –que tenía sus reglas universales no incompatibles con las de la fe, pero que implicaban otras competencias que no podían salvarse con la excusa de la primera–, era el programa que había impulsado el P. Sacchetti y el espíritu que animará toda una larga estación de los Centros de Estudios. Por supuesto que Rosoli no veía ninguna contradicción entre esa férrea actitud científica y declarar "ho sempre amato la Missione".¹²

La finalización de la tesis de Rosoli vuelve a replantear, en 1970, el tema de su inserción en el Centro Studi Emigrazione y reaparecen los problemas de carencia de personal. Una nueva

10. "Es necesario calificarlo antes de asignarlo a la enseñanza".

11. "No es suficientemente crítica, no siempre está basada en un adecuado conocimiento del periodo histórico, con demasiada frecuencia es laudatoria". G. Rosoli al Rev. Padre Generate, s.f. (pero probablemente 1970), en AGS.

12. "Siempre amé la Misión". G. Rosoli al Rev. Padre Generate, s.f. (pero probablemente 1970), en AGS.

ronda de opiniones confronta las posiciones de un nuevo Provincial, un nuevo General y del mismo Rosoli. Sin embargo, en este caso, la extrema disponibilidad del nuevo Superior Provincial, el P. Bruno Mioli –y la existencia de un lugar en el CSER, por ausencia temporaria de uno de sus miembros–, permite el pasaje de Rosoli al Centro de Roma. Como observa el Superior Provincial “le intenzioni sono appunto di aprirci a una attività nella quale tu hai passione e competenza”, agregando: “Sarebbe incoscienza per noi privarci”.¹³ Ciertamente es una solución de compromiso, tal vez temporal –se piensa en un año– y demediada. Rosoli sigue perteneciendo a la Provincia italiana y afiliado al Centro Missionario Scalabriniano de Piacenza, aunque destinado en el CSER. Todos confían, incluido el interesado, en que podrá seguir a la vez ambos frentes. Sin embargo, el tiempo demostrará cuán decisivo y definitivo –más allá de las previsiones– se revelará ese traslado en la trayectoria religiosa y profesional de Rosoli. Permanecería ligado al CSER durante los siguientes 27 años.

Tres años después, en 1973, una nota del Superior Provincial señalaba que, en efecto, Rosoli había sido absorbido plenamente por el Centro Studi Emigrazione de Roma.¹⁴ Hecho que era además evidente, dados el rol asumido como secretario de redacción de *Studi Emigrazione*, en reemplazo del P. Bertelli. Además, su participación en una investigación financiada por el Consiglio Nazionale delle Ricerche sobre la emigración meridional y el crecimiento de sus publicaciones académicas tomaban como punto

13. “Las intenciones son las de abrirnos a una actividad en la cual tú tienes pasión y competencia”. P. B. Mioli (Superior Provincial) a G. Rosoli, 8 de julio de 1970, en AGS.

14. Nota sobre P. Rosoli Gianfausto, Miembro del CSER, 31 de octubre de 1973, sin firma pero referida como propia en un texto sucesivo por el P. Bruno Mioli. En AGS.

de partida perspectivas históricas como la colonización agrícola en América y el papel de las Instituciones del Estado Italiano en la emigración, y retomaba sustancialmente la temática de su tesis y problemas contemporáneos, como el del accionar de las instituciones de tutela y asistencia a los inmigrantes. En este último sector se publicaban también los primeros trabajos, en colaboración, con otro joven sacerdote que se recibirá de sociólogo en la Gregoriana, Luigi Favero.

Aparecían por entonces, en los comentarios de Rosoli, una cierta fatiga vinculada a esa multiplicidad de actividades que generaba su propia capacidad de hacerse cargo de todo aquello que le venía solicitado, y algunas dimensiones de una crisis existencial –que no afectaban empero ni su vocación religiosa ni aquella científica–, sino su estar en el mundo. Todo lo que se agravaba por su carácter reservado y porque, como él mismo dijo, “propio nei momenti in cui si ha maggiore bisogno non si trova con chi parlare”.¹⁵ Esa situación le sugería a su superior, ya entonces, explorar la posibilidad de un traslado de Rosoli a un Centro de Documentación en Rezzato, cerca de su familia. Empero, emergía con igual claridad en sus expresiones, más allá de aquellos circunloquios y caminos indirectos con los cuales gustaba siempre expresar sus opiniones, cuán indisolublemente ligadas al CSER estaban ya sus elecciones personales más en general al mundo intelectual romano.¹⁶ Una nota del Superior Provincial confirma este punto de vista, al proponer que Rosoli pasase plenamente al

15. “Justamente en los momentos en los que se tiene mayor necesidad, no se encuentra con quién hablar”. Nota sucesiva sobre P. Rosoli Gianfausto, inicio de 1974 de P. Bruno Mioli, s.f. y s.d.

16. Nota sucesiva sobre P. Rosoli Gianfausto, inicio de 1974 de P. Bruno Mioli, s.f. y s.d.

CSER, bajo dependencia de la Dirección General,¹⁷ solución que llegará a buen puerto recién en julio de 1975.¹⁸

En realidad, el pasaje definitivo de Rosoli al CSER iría acompañado de un cambio de guardia en la institución, con la partida del fundador P. Sacchetti y del P. Antonio Perotti, lo que conllevaría que una nueva generación tomase a su cargo totalmente la gestión de la institución. Rosoli asumía como director del CSER, teniendo como colaboradores a los P. Favero y Tasello. No hay duda de que la idea de un Centro Studi centrado en la jerarquización de la actividad científica, en la no confusión entre esta y la actividad pastoral y en la amplia apertura para la colaboración con el mundo académico laico, había sido ya el eje de la propuesta de Sacchetti. Sin embargo, la nueva gestión llevaría esos mismos objetivos a más altos niveles.

La apertura inicial del CSER al mundo académico italiano había sido establecida a partir de una relación privilegiada con la sociología italiana, a través del papel activo que tenía la figura de Giuseppe de Rita, miembro del comité de redacción de la primera fase de *Studi Emigrazione*. Junto con ella surgían también los primeros vínculos con otros sociólogos, lingüistas o demógrafos del mundo universitario, de orientación católica como Acille Ardigò o laica como Tullio Tentori, Antonio Golini o Massimo Livi Bacci.

Rosoli llevaría esta colaboración a proyectos más ambiciosos y, a la vez, ampliaría el marco del diálogo para incluir también a la historiografía, que devendría crecientemente su principal campo de interés. Dos parecen ser los ámbitos hacia los cuales se

17. B. Mioli, Oggetto; P. Gianfausto Rosoli, c.s. (allegato 9), s.d.

18. G. Simonetto (Superiore Generale) a P. Bruno Mioli (Superior Provinciale) Roma, 5 de julio de 1975 y B. Mioli a G. Rosoli, 31 de julio de 1975.

expande esa interacción, que es más personal de un director que ejerce plenamente todas sus competencias –con una actitud muy centralizadora y poco dispuesta a delegar partes de la gestión– que de la misma institución. Por una parte, hacia el grupo de demógrafos de la escuela romana, los discípulos de Nora Federici y, por la otra, hacia el grupo de historiadores articulado en torno a la figura de Renzo de Felice y la revista *Storia Contemporánea*. Creo que ambas opciones marcan la pluralidad de interlocutores que Rosoli buscaba, partiendo de priorizar la jerarquía académica y la validez científica. Ello tendría lugar en un contexto como el de la segunda mitad de los años setenta, en el que las ciencias sociales y sobre todo la historia –en Italia pero no solo ahí– habían caído en una progresiva ideologización que confundía la historia militante y partidista con la actividad universitaria. Como respuesta a ello, Rosoli daría prioridad al diálogo con aquellos grupos en los que la propuesta académica prevalecía. Y poco importa aquí que un grupo, el defeliciano, muy atacado en esos años por la historiografía de izquierda, perteneciese al área laica, mientras que el otro, los demógrafos romanos, estuviesen firmemente ligados a aquella. En ambos casos lo que prevalecía era una defensa de la profesionalidad y de una argumentación desde las reglas de la disciplina académica y no desde la ideología.

Nuevamente aquí reaparecía, como en el temprano informe dirigido a las prácticas historiográficas dentro de la Congregación, esa voluntad de defender la erudición y el espíritu crítico por sobre las soluciones fáciles: aunque su temperamento conciliador lo llevase a tratar de tener vínculos amigables y a ofrecer su asistencia a todo investigador de las migraciones que la requiriera.

Aquella colaboración se plasmó en dos proyectos académicos que se encuentran entre los más válidos del CSER y de su

director. El primero es la colección de ensayos que están reunidos en *Un secolo di emigrazione italiana* –editados en 1977–, que sancionan la colaboración de estudiosos de la congregación con el grupo de demógrafos romanos –además de con un sociólogo formado en Estados Unidos pero ligado a ellos como Franco Cerase– y con otros historiadores de la Universidad de Napoli.¹⁹ Obra de imprescindible consulta aún hoy, constituye un excelente cuadro de conjunto económico, demográfico y estadístico y señala uno de los primeros puntos firmes de una nueva estación de los estudios sobre la emigración italiana, que antecede en un año a la fundamental síntesis de Ercole Sori (1979). En ese libro, el mismo Rosoli escribe, junto a M. R. Ostuni, un ensayo crítico sobre las fuentes y sobre la bibliografía estadística italianas que ha desarrollado en el marco de un proyecto financiado por el *Consiglio Nazionale delle Ricerche* (1978).

El segundo proyecto académico, personal y no colectivo, emerge de las relaciones con el área de la revista *Storia Contemporanea*. Es un proyecto de libro en común con el corresponsal norteamericano del grupo, el entonces profesor de la Universidad de Florida, Philip Cannistraro. La correspondencia existente entre Cannistraro y Rosoli revela todo el itinerario de construcción del libro *Emigrazione, Chiesa e Fascismo* (1979) y muestra el gran entusiasmo de ambos por la investigación histórica concreta y por el trabajo en común²⁰. El fundamental libro realizado en

19. Se trata del grupo de discípulos del profesor Domenico De Marco. Por otra parte, el mismo Rosoli había contribuido para la misma época al volumen colectivo compilado por una integrante de ese grupo, Franca Assante (1976). Su contribución se titulaba “I sindacati di fronte all’emigrazione: Italia, Jugoslavia, Svizzera” (1976, pp. 107-131).

20. Como dijera P. Cannistraro entusiasta de una colaboración, pese a los numerosos compromisos profesionales de ambos: “l’unica cosa da lamentare

colaboración abre una serie de perspectivas que van más allá de la cuestión misma de la tutela de la emigración y echan luz sobre los tempranos conflictos entre la Iglesia Católica y el régimen mussoliniano, a partir de los intentos de este por “fascistizar” el accionar de la Opera Bonomelli de asistencia a los inmigrantes en Europa. El libro presenta, asimismo, todo un complejo juego de perspectivas, no ya historiográficas sino históricas, que echan luz sobre la complejidad del período, sobre las tensiones entre imágenes públicas y acciones cotidianas. Emerge así cómo, en muchas ocasiones, los mismos misionarios a la vez que eran cuestionados por los funcionarios del régimen –por no plegarse a la fascistización– eran atacados (incluso con violencia) por los antifascistas exiliados, ya que era percibidos como estrechos colaboradores del régimen.

Empero, la opción decisiva que Rosoli hizo para la actividad del CSER está quizás en otra parte. Fue la de una mayor internacionalización, lo que era por entonces una novedad, en el extendido provincialismo del mundo académico italiano. Un modo de verlo es desde los contenidos de la revista *Studi Emigrazione*, que también pasó bajo su dirección a mediados de los años setenta. La revista diversificó el origen de sus colaboradores, a la vez que creció en número de páginas y sobre todo en cantidad de artículos publicados, pasando de ser una publicación centrada en informes, proyectos de investigación y documentos, a ser una

è che non ci siamo conosciuti prima” [“lo único que hay para lamentar es que no nos hayamos conocido antes”], en carta a G. Rosoli, Talahassee, Florida, 2 de junio de 1977, en AGS, Fondo Rosoli. A ese libro siguió la publicación de un artículo en común (1979). Los numerosos compromisos de ambos (y la distancia) impidieron que la colaboración continuase más allá.

auténtica revista científica de nivel internacional. También creció, paralelamente, la sección de críticas bibliográficas (*recensioni*).

En el seno del CSER aumentaron los programas de investigación y –en línea con las curiosidades históricas del director–, los proyectos de recopilación de documentos. El imponente trabajo apenas podía ser cubierto por los miembros del CSER, y la incorporación *part-time* de estudiosos laicos solo brindará una solución precaria a lo largo del tiempo, sobre todo por los obstáculos que esas iniciativas encontraron en el seno de la Congregación, para adquirir una plena legitimación.

Toda aquella tarea fue posible, desde luego, por las ideas de Rosoli, pero también por una coyuntura especial que favorecía dentro de la Orden, dentro de la Iglesia Católica y dentro del mundo académico ese espíritu de apertura y de colaboración entre mundo laico y mundo eclesial. En especial fue muy importante el pontificado de Paulo VI, en tanto heredero y continuador del Concilio Vaticano, pero también en tanto que ligado con un conjunto de intelectuales católicos italianos montinianos, que hacían de aquella apertura un punto importante de su agenda. Por otra parte, en el terreno de la política, existía por entonces, debajo y más allá de las ya rodadas experiencias del *centro-sinistra* (centro-izquierda), un clima de discusión en la búsqueda de bases comunes, en especial como respuesta a la situación de agitación creada por el extremismo y el terrorismo. Años sin duda difíciles los que van desde 1975 hasta 1980, el período en el que Rosoli ejerce la Dirección del CSER, pero años en los que esas mismas dificultades posibilitan aperturas e intercambios en el mundo de la razón.

Los años sucesivos, en especial la década de los 80, fueron años que vieron incrementar la actividad intelectual de Rosoli en el CSER y crecer su prestigio en el mundo académico, pero

también en los ambientes político-técnicos vinculados con la cuestión migratoria, en especial en el Ministero degli Affari Esteri. De la primera mitad de esa década son dos proyectos coordinados por Rosoli para la recopilación de fuentes documentales sobre la migración italiana en los Estados Unidos. Uno, financiado por el mismo Ministero degli Affari Esteri, indagaba en las fuentes de las representaciones diplomáticas y consulares italianas en los Estados Unidos, disponibles en el archivo histórico de esa institución. El otro, sostenido por el National Endowment for Humanities, de Washington, se proponía una microfilmación en vasta escala de los materiales de archivos italianos útiles para el estudio de la emigración a los Estados Unidos. Junto con esa ciclópea tarea de organización cultural y académica, Rosoli siguió sosteniendo una línea de investigación original que lo lleva a producir una gran cantidad de artículos en esos años. Desde luego que ello gravó fuertemente sobre la salud de Rosoli, que coadyuvó, en 1979, a la realización de una larga estadía en Nueva York en el Center for Migration Studies. Ello implicó ceder la Dirección del CSER al P. Favero, pero mantener en sus manos la dirección de la revista y continuar siendo el punto de referencia de la institución para los estudiosos de las migraciones.

Pese al prestigio acumulado, las cosas seguían sin ser fáciles para los integrantes del CSER –y de otros Centros–. Su actividad no dejaba de suscitar perplejidades en sectores de la Congregación que seguían viendo en ello una dispersión de esfuerzos con relación a la tarea pastoral que juzgan excluyente. Por otra parte, las decisiones de la Dirección General de producir una renovación del personal del CSER suscitaban resistencias. En una nota de 1982, que no deja de tener algo de paradójal visto en la perspectiva de lo que ocurrirá en los últimos años, los P. Favero y Rosoli se oponen firmemente a la decisión del Superior General

de trasladar al P. Tassello, en el ínterin nombrado Director del CSER.²¹ Finalmente la voluntad de renovación del personal encontrará, sucesivamente, en 1984, otra vía con la decisión del envío del P. Favero a Buenos Aires, para crear allí un nuevo centro que fuese un punto de referencia para el ámbito latinoamericano. Traslado que si generará un florecer de iniciativas en el nuevo continente, no dejará de pesar fuertemente sobre la evolución sucesiva del Centro de Estudios.

Las tareas y el prestigio del CSER siguen, más allá de todo, en constante ascenso y ello le lleva reconocimientos no solo del mundo profesional, sino también de ámbitos vaticanos, como ocurrió luego de la publicación de los documentos reunidos en *Chiesa e Mobilità Umana* (1985). El nuevo nivel de actividad obligó al traslado desde Via Calandrelli a Via Dándolo, siempre en el Gianicolo, donde el CSER tendrá una sede propia. Simultáneamente, la mole de iniciativas del CSER va acompañada de un clima más general, en Italia en esa misma década, de creciente interés por el tema de las migraciones desde perspectivas históricas o contemporáneas.

En ese marco, los estudios y los intereses de Rosoli se amplían temática y espacialmente. Emerge ahora un fuerte interés hacia América latina que, aunque había sido ya campo de su tesis de “laurea” en la Universidad, había cedido el paso a estudios sobre el lugar de partida más que sobre el lugar de arribo. Ahora, sin embargo, este renovado interés acompañaba una serie de iniciativas de la Associazione di Studi Sociali sull’America Latina (ASSLA). Si la de los juristas católicos (mayormente especializados en Derecho Romano) interesados en América latina es la

21. L. Favero y G. Rosoli al Rvmo. Padre Generale, Roma, 2 de julio de 1982, en Fondo Rosoli.

vía de entrada, pronto Rosoli va mucho más allá de esos círculos y logra establecer una serie de sólidos vínculos con estudiosos sudamericanos que pertenecen a tradiciones intelectuales muy diferentes entre sí. Comienza así una invalorable tarea de puente, que Rosoli realiza entre investigadores sudamericanos y estudiosos italianos y norteamericanos, que fructifica en encuentros ocasionales, en congresos, en libros publicados en común. Esa preocupación no era solo la de ayudar a vincular personas, sino también la de intercambiar ideas, libros, proyectos, para los cuales el mismo Rosoli se ocupaba de buscar apoyo financiero. De este modo, Rosoli fue una figura invalorable para la obtención de recursos del Ministero degli Affari Esteri, del Consiglio Nazionale delle Ricerche (con la colaboración inestimable de Luigi De Rosa, por entonces presidente del Comitato 10) o de la Fundación Agnelli.

Nacieron de esta colaboración cuatro antologías, compiladas por Gianfausto Rosoli. Dos solo por él y otras dos en colaboración. Tres de ellas eran sobre la inmigración italiana en la Argentina y una sobre el caso brasileño.²² Salvo una, las restantes fueron editadas por el mismo CSER que, por esos años, desarrolla una importante labor editorial que excede el ámbito latinoamericano e incluye la publicación de actas de congresos o de obras tan significativas como las de Renato Cavallaro (1981).²³

22. Por orden de aparición fueron el número monográfico de la revista *Studi Emigrazione*, "Contributi alla storia dell'emigrazione italiana in Argentina" (1984) una parte de cuyos artículos fueron retomados con otros en F. Devoto y G. Rosoli (1985); Rosoli (1987); Devoto y Rosoli (1988) y Rosoli (1993).

23. También P. Borzomati (1982); D. Kubat (1984). Ese ciclo de publicaciones culminaría en la importante edición de las actas del congreso organizado en el centenario de la Congregación y que fuera editado por el mismo Rosoli (1989).

La oficina de Rosoli, en Via Dándolo, se convertía en el *meeting point* de los estudiosos de las migraciones y uno podía encontrar allí, de paso por Roma, a Robert Harney, a Rudolph Vecoli o a Sam Baily, por mencionar solo a tres de los más reconocidos estudiosos de las migraciones italianas en América del Norte. Pero también frecuentaban el lugar los principales investigadores italianos sobre esos temas. El ocasional visitante podía, además, recibir sugerencias inesperadas sobre fondos documentales o sobre publicaciones poco conocidas, de casi cualquier tema, lo que revelaba la extraordinaria erudición que Rosoli había ido adquiriendo con los años.

En aquellas antologías, el mismo Rosoli haría algunas de sus contribuciones fundamentales. Un Rosoli que, en esos años ochenta, iba desplazando su interés temático de los enfoques sociológicos sobre problemáticas contemporáneas de la situación de los migrantes, y desde la historia general de la emigración, que había explorado desde las políticas públicas, la estadística social y la demografía. Su nuevo centro de interés era ahora, prioritariamente, el papel de la Iglesia y de otras instituciones religiosas en la emigración de masas.

Esas nuevas curiosidades iban acompañadas por un cierto abandono de los férreos modelos de análisis procedentes de las ciencias sociales, que le resultaban ahora esquemáticos o insuficientes, y un interés mayor hacia la historia “narrativa”, que por entonces estaba volviendo a adquirir prestigio en la historiografía europea. De especial relieve fueron sus contribuciones sobre el papel de los salesianos, sobre Scalabrini y Bonomelli, sobre la asistencia religiosa a los migrantes en Norte y Sudamérica. Este cambio de intereses estaba vinculado con el reconocimiento creciente que Rosoli iba adquiriendo en el seno de la historiografía católica contemporánea (que, como vimos, no había estado entre

sus primeros interlocutores académicos). Ese reconocimiento le hacía llover encargos sobre temas vinculados al mundo católico, para los que disponía de una enorme cantidad de fuentes que había ido reuniendo con los años. Sin embargo, esos nuevos intereses quizá pueden ponerse en relación con la necesidad de hacer frente a las críticas que se formulaban al papel de los estudios académicos en el seno de la Congregación, aun si esa respuesta, más allá de la nueva temática, no dejaba de reafirmar la necesidad de enfocar esos temas, no como alternativa, sino desde el conocimiento científico. Como dijera en 1985 en una nota al Superior General, de su tarea al frente del CSER, “l’obiettivo era di poter costituire quello che anche altre Congregazioni hanno realizzato: un Centro che non avesse soltanto carattere editoriale ma fosse luogo anche di riflessione scientifica e dibattito per la comunità religiosa e la società civile”.²⁴

Aunque esos temas de historia de la Iglesia seguían la mayoría de las veces argumentos muy focalizados, vistos en conjunto parecen tener una fuerte unidad interna más allá de su forma monográfica y su publicación dispersa. Que Rosoli no haya llegado con los años a proponer una obra sistemática que hiciese evidente esa unidad de perspectiva y de hipótesis, no quiere decir que ella no sea plenamente visible para el lector atento. El propósito de Rosoli era, por distintos itinerarios de investigación, la búsqueda de las raíces de la modernidad católica. Esa modernidad que implicaba, en primer lugar, una reconciliación con las

24. “El objetivo era poder constituir lo que también otras congregaciones habían realizado: un Centro que no tuviera solamente carácter editorial, sino que también fuera un espacio de reflexión científica y debatido debate por para la comunidad religiosa y la sociedad civil”. P. Gianfausto Rosoli a P. Sisto Caccia (Superiore Generale), Roma, 6 de marzo de 1985 en Archivo Rosoli.

formas de la sociedad moderna (formas de predicación, formas de piedad, formas de organización, interés por la cuestión social) era lo que orientaba su interés hacia figuras como Bonome-lli, Scalabrini o Don Bosco (con todas las diferencias que pueden señalarse entre ellos). Eran esas vías de la modernidad, que caracterizaban a esa estación de la cultura católica en el tránsito entre los siglos XIX y XX, que fructificarían en el largo plazo en Vaticano II, en el marco de cuyo espíritu Rosoli se formó. Esas vías eran también las de la conciliación, en Italia, entre Iglesia y Estado (de las que Monseñor Scalabrini había sido uno de los impulsores) y las de la participación de los católicos en política. Camino este último que lo llevaba a buscar también las múltiples vías de origen de las formas políticas que, genéricamente, podemos denominar aquí democrático-cristianas. Pero en ese itinerario Rosoli iba, a veces, aún más allá, buscando también las raíces, aunque fuesen tenues, de una colaboración entre católicos y socialistas en el seno de las políticas migratorias o en los ámbitos de inmigración. En síntesis, sus trabajos exploraban todos esos caminos, más o menos importantes, de la modernidad social y de la opción democrática del mundo católico.

En el terreno metodológico Rosoli elegiría, finalmente, un camino de historia institucional, en la acertada creencia de que había sido demasiado olvidado por la historia social. Aunque “su” forma de hacer historia institucional no dejase de estar permeada de perspectivas de esta última. Esa historia institucional, renovada y cercana a veces a posturas de la llamada sociología institucional, le permitía tratar de encontrar, más allá de los acontecimientos, en las formas organizacionales y jurídicas, un elemento de más larga duración que trascendía la coyuntura y las políticas de los hombres, influyendo en su devenir, en un modo que los mismos actores no percibían con claridad. Así, por

ejemplo, en un importante trabajo de comparación entre el desarrollo diferenciado de la Opera Bonomelli y el de la Congregación Scalabriniana, mucho se explicaba, según Rosoli, por las formas institucionales diferentes que los dos obispos habían elegido y sobre todo por los distintos marcos jurídicos que ellas implicaban en la relación entre Iglesia y Estado (1989b, pp. 537-562).

Conservaba Rosoli, sin embargo, más allá de esa nueva atención a las instituciones, esa sensibilidad hacia los migrantes, vistos como parte de una cultura subalterna campesina, que había sido solo limitadamente influida por las estructuras públicas del estado italiano y, más en general, por las ideologías urbanas. Perspectiva que había sido ya la de Grazia Dore y la de otros historiadores del movimiento católico, como el mismo Gabriele de Rosa (Dore, 1964).

Si el estudio del movimiento católico, en relación con la emigración, concentraba su tiempo de investigación, el haberse convertido en uno de los puntos de referencia de los estudios sobre inmigración en Italia también le multiplicaba los compromisos de publicación y la participación en jornadas, tanto de demógrafos como de sociólogos, como de historiadores. Ese su perfil de historiador católico de las migraciones no afectaba su colaboración en otros ámbitos culturales, sino que, a veces, la incrementaba. Crecientemente, iniciativas académicas del área historiográfica de la izquierda europea contaban entre sus invitados a Rosoli, y al hacerlo se garantizaban, a la vez que una participación de jerarquía, un imprescindible pluralismo.²⁵ Por supuesto

25. A modo de ejemplo pueden citarse aquí el artículo de G. Rosoli, "Italian Migration to European Countries from Political Unification to World War One" (1985b); "La problemática dei patronati cattolici sotto Pio X" (1983a); "L'emigrazione italiana in Europa e l'Opera Bonomelli (1900-1914)" (1983b);

que esa creciente proliferación de invitaciones que caracteriza su actividad en los años ochenta, no dejaba de sumarse como otra pesada obligación –que creía que debía honrar–, sea por su propio carácter, sea por el cargo que ocupaba, sea por asegurar esa presencia académica de su congregación en el mundo laico, deficitaria para él.

La creciente especialización no afectaba la erudición de Rosoli, ya que se trataba de una especialización de la producción, no de las lecturas. A ello contribuía también, desde luego, su papel como director de la revista *Studi Emigrazione*, que seguiría en sus firmes y exclusivas manos, en la década de los 80 y en casi toda la de los 90. Es difícil decidir si es preferible el modelo norteamericano de revistas académicas, bastante impersonal y rotativo en la gestión y a la vez muy dependiente de los árbitros externos, o el europeo, mas centrado en el papel decisional del Comité de Redacción. Ese doble modelo era el panorama predominante en los años en los que Rosoli dirigía *Studi Emigrazione* con algunas remarcables excepciones de ejemplos de gestión muy personalizada como la misma *Storia Contemporánea* o el *Journal of European Economic History*. La gestión unipersonal había sido, a cambio, predominante en épocas precedentes y muchas grandes revistas académicas europeas estuvieron ligadas, en sus épocas de mayor esplendor, a un “patrón” que gestionaba autónomamente la línea editorial, escogía colaboradores, decidía los artículos a publicar, realizaba correcciones y sugerencia e, incluso, a veces, hasta corregía las pruebas de galera. Este tipo de revista era *Studi Emigrazione*. La revista y Rosoli eran simplemente lo mismo. Más allá de algunas tareas que delegaba en parte, como las reseñas

“La problemática religiosa degli italiani in Francia” (1988a); “Ruolo delle Missioni Cattoliche Italiane nel Sud della Francia (1922-1934)” (1988b).

o la realización de los cuadros, él seguía personalmente todo lo demás. La parte académica en primer lugar, la de redacción luego, finalmente la de la producción e incluso a veces la misma expedición (con la colaboración del señor Budeli). Nada había, sin embargo, en su gestión, de concesivo, de amiguismo, de favoritismos. Ejercía su papel con minuciosidad y se cuidaba muy bien de sugerir a un autor potencial que enviase un ensayo para la revista, para no privarse luego del espacio para rechazarlo, de ser necesario. Aplicaba, además, toda aquella erudición –realimentada a la vez por la lectura de tantos trabajos enviados a la revista–, para sugerir integraciones argumentales o adicionar citas y referencias bibliográficas.

Hacia fin de los años ochenta, luego de una década de gran creatividad, de un volumen importante de publicaciones y programas de investigación, de definitiva consolidación del CSER –y de transformación de *Studi Emigrazione* en la principal revista europea de migraciones– los síntomas de fatiga en Rosoli se hicieron evidentes. Lo agravaban el reemerger de una crisis personal, que parecía resurgir con recurrencia decenal, y problemas crecientes de salud. Tampoco contribuía a ello un clima de trabajo menos cordial en su institución –a lo que había contribuido en mucho la partida del P. Favero– pero, sobre todo, y más allá de las personalidades singulares, un debate acerca de la naturaleza misma del Centro Studi. Es evidente que si, en los años setenta y principios de los ochenta, la discusión acerca de las relaciones entre ciencia social y pastoral se planteaba entre sectores de la congregación por una parte e integrantes de los Centros de Estudio por otra, ahora ese debate se desarrollaba dentro mismo del CSER. La discusión era entre la continuidad de la línea impulsada primero por Sacchetti y luego por Rosoli, o la subordinación de la misma a una tarea que no era solo de asistencia pastoral,

sino de asesoramiento y consulta a los órganos del gobierno italiano en el tema migraciones. Esa opción por las políticas migratorias requería de otras competencias, vínculos con el mundo político (en especial democristiano) y con la jerarquía vaticana. En ese contexto, buena parte del mundo de relaciones profesionales y personales de Rosoli, su enorme prestigio acumulado en el mundo académico era menos funcional. De este modo la tarea de Rosoli era crecientemente marginalizada institucionalmente, a la vez que él mismo se reconcentraba en la gestión de proyectos de investigación, en la participación en reuniones científicas, en las publicaciones y –sobre todo– en esa revista que era ya todo uno con él y que, más allá de sus reiteradas quejas acerca de la enorme fatiga que le implicaba, constituía su orgullo y su refugio. Desde luego que todo ello ocurría, también, en una situación en la Iglesia Católica y en el mundo de la política italiana muy cambiados con respecto al clima y al espíritu de los años setenta e inicios de los ochenta. La época signada por figuras como Paulo VI, Aldo Moro o Enrico Berlinguer dejaba lugar a otra en la que las figuras emblemáticas serían Juan Pablo II y, en el mundo de la política, Andreotti y Craxi. Todo pasaba de la “convergencia de las paralelas” a un anticomunismo que, desde luego, dejaba menos espacio para todos los conciliadores entre varios mundos.

La colaboración intelectual entre católicos y laicos y la opción institucional tenazmente defendida por Rosoli de una apertura mayor de los Centros de estudios a colaboradores laicos, que él mismo había intentado reiteradamente involucrando a estudiosos como Maria Rosaria Ostuni, Renato Cavallaro, Enrico Todisco o Matteo Sanfilippo –y que sería luego actuada plenamente por el P. Favero en Buenos Aires y ya con anterioridad por Lydio

y Silvano Tomasi en el CMS de Nueva York– no consiguió nunca estabilizarse en el caso romano.²⁶

Rosoli intentó, en ese contexto tan transformado, otras vías de desarrollo personal e intelectual. Una era la de un acercamiento institucional al mundo académico, presentándose al concurso de profesor universitario en Historia Contemporánea; otra, la de las estadías profesionales en el exterior. Una de ellas sería su invitación a Canadá por un semestre como Profesor de la Universidad de York, en la “Antonio Elia Chair”, entre 1989 y 1990. A ella seguiría al año siguiente, en 1991, la larga estadía en Argentina, impulsada por el Superior General de entonces y como un modo de aliviar la situación personal de Rosoli. La distancia con Roma no lo alejaba, empero, de todos sus intereses académicos y seguía su revista, evaluando artículos y corrigiendo galeras, desde los nuevos destinos. Aprovechaba, a su vez, para continuar con su itinerario por los archivos (en este caso el Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino) y con sus proyectos editoriales, que fructificarían en un pionero artículo sobre las políticas migratorias del peronismo y en una última compilación sobre la Argentina en la que aparecen nuevas y valiosas colaboraciones, no solo de conocidos historiadores sino también de una nueva leva de jóvenes investigadores argentinos (1993).

La posibilidad de desarrollar establemente sus capacidades en otros lugares, en nuevas fronteras, no lo atraieron demasiado

26. Reiteradamente Rosoli insistía acerca de la necesidad de abrir los Centros a colaboradores externos. Por ejemplo, en 1985 insistía en la necesidad de “la costituzione di un grupo de lavoro allargato ad esterni” y en 1989 reiteraba la propuesta “il CSER debe ampliare ulteriormente la cerchia dei collaboratori esterni e il confronto con la società globale e il mondo della cultura”. P. Rosoli a S. Caccia (Superiore Generale), Roma, 6/3/1985 y 4/4/1989, Fondo Rosoli.

y la barajada posibilidad de hacerse cargo del CEMLA de Buenos Aires y de la revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos* no lo entusiasmó. Su vida era ya Roma, el CSER y su revista *Studi Emigrazione*. Quizás influía también que alentaba esperanzas de incorporarse como profesor estable a la Universidad (por ese entonces se desempeñó varios años como profesor contratado en la Universidad de Teramo). Las esperanzas se verían frustradas, en uno de esos impudicamente desvergonzados concursos universitarios italianos, en los que predominan la lógica de área y el clientelismo. Rosoli era una persona demasiado independiente y aún sus relaciones con ese mundo universitario católico, que debía sostenerlo, no solo no fueron nunca exclusivas, como vimos, sino que eran demasiado débiles para lograr pasar esa carrera de influencias. Su oportunidad había estado años atrás y desde luego que no en el área de la Historia Contemporánea, en la que ahora lo había intentado, sino en aquella tanto más transparente de la Demografía, para lo que no habían faltado a fines de los setenta señales positivas del grupo romano.

Los años 90 no serían buenos para Rosoli. El retorno al CSER y su nueva nominación como director, luego de la asunción del cargo de Superior General por parte de Favero, en 1993, no aliviaron sus fatigas, sus problemas de salud, y una cierta rutina invadió la percepción de la tarea que realizaba y de la que se lamentaba crecientemente. Continuó desarrollando proyectos de investigación con instituciones privadas como la Fondazione Sella o la Fondazione Agnelli o públicas, como el Ministero degli Affari Esteri y el CNR. *Studi Emigrazione*, que continuaba bajo su dirección, siguió siendo una buena revista, pero menos innovadora que en la década pasada. Los siempre numerosos artículos que Rosoli publicaba, año tras año, siguieron siendo muy profesionales y con una creciente curiosidad erudita y un fuerte

interés hacia la investigación empírica concreta en el terreno histórico que, sin embargo, ya podía satisfacer poco, pese a que tanto le atraía y a que tanto disfrutaba haciéndola.

La importante masa de fotocopias de documentos que había ido reuniendo en su archivo reflejaban esa curiosidad y la amplitud de sus proyectos futuros. Ya en 1985 había informado al Superior General que pensaba desarrollar, entre sus proyectos personales, “una storia organica e completa dell’Opera Bonomelli (...) un studio su Don Bosco e il suo impegno a favore degli emigranti (...) un saggio sull’carteggio Bonomelli-Pisani (...) una storia delle missioni cattoliche in Europa, articolata per vari paesi (...) collaborazione allo studio della figura del Card. R. C. Rossi (...) infine una collaborazione alle iniziative per il Centenario della Congregazione”.²⁷ Algunas de esas iniciativas pensaba llevarlas adelante en colaboración con estudiosos de otras congregaciones religiosas: los salesianos, de los que admiraba la calidad de su estructura administrativa y de archivo, en el área de las humanidades, y con los jesuitas, con quienes colaboraba regularmente a través de artículos generales –a veces de perfil historiográfico– publicados en *La civiltà cattolica*.²⁸ Mucho de ello no llegó a puerto y en las iniciativas académicas e historiográficas que estuvieron

27. “Una historia orgánica y completa de la Opera Bonomelli (...) un estudio sobre Don Bosco y su compromiso a favor de los emigrantes (...) un ensayo sobre la correspondencia Bonomelli-Pisani (...) una historia de las misiones católicas en Europa, articulada por en varios países (...) colaboración en el estudio de la figura del Card. R. C. Rossi (...) finalmente, una colaboración para las iniciativas por el centenario de la Congregación”. G. Rosoli a S. Caccia, Roma, 6/3/1985, cit.

28. Se trataba de artículos generales de divulgación, en general de perfil historiográfico, en los que no dejaba de subrayar las carencias de los estudios sobre las migraciones italianas en el mundo. Por ejemplo, G. Rosoli (1989a y 1985a).

ligadas a la beatificación de Scalabrini, aunque desempeñó un papel importante en su organización y en su realización, permaneció en un segundo plano, quedando a otros el escenario.

Hablaba también a veces de la voluntad de dedicarse a otros proyectos de mayor respiro, pero tenía pocas posibilidades concretas de hacerlo. Decidió, en cambio, además de corregir un libro de circunstancia, retornar con realismo sobre sus pasos y publicar muchos de sus ensayos en otro libro que se editó en 1996.²⁹ Poco antes de su muerte tenía diseñado un tercero que incluía otro conjunto de inéditos, aunque en este caso más articulados entre sí, en forma de una obra unitaria.³⁰

Una visión de conjunto de los trabajos de Rosoli reunidos en *Insieme oltre le frontiere* (1996) permite hacer un balance de sus posiciones historiográficas maduradas en muchos años de labor. En cuanto a la interpretación del fenómeno migratorio, Rosoli nunca dejó de ser un pesimista. Veía la miseria en las causas de la emigración y oscilaba entre la explicación económica clásica (crisis agraria + modernización capitalista = emigración) y otra demográfica (transición demográfica = presiones maltusianas = emigración). Las ideas optimistas de los economistas neoclásicos

29. El otro libro, realizado en el marco de una colección nacida en ocasión de las celebraciones españolas del Quinto Centenario es A. Albonico y G. Rosoli (1994).

30. Con el orden que caracterizaba su trabajo intelectual, Rosoli había dispuesto el título *Congregazione Religiose ed Emigrazione*, que incluía una introducción titulada "Diaspora umana ed espansione della Chiesa", a la que seguían seis capítulos. Los mismos, aunque basados en ensayos precedentes, habían sido en parte reescritos y en parte integrados entre sí. Por algunas reiteraciones podemos suponer que no se trataba de una versión definitiva, pero sí de un texto ya muy avanzado. Originales en Fondo Rosoli. El libro debía ser editado por la SEI de Torino, en una colección dirigida por Pietro Borzomati. G. Rosoli en carta a Don G. Costa, Roma, 8 de febrero de 1985.

(pero no solo de ellos) acerca del diferencial de salarios o la disponibilidad de empleo nunca lo convencieron plenamente y raramente alude a ellas. Del mismo modo, aunque interesado en el tema de las cadenas migratorias, siempre el papel de los agentes y del llamado “comercio de la emigración” emergía con fuerza explicativa. En cuanto a su imagen de la inserción de los inmigrantes en los países de llegada, aparecía en ella una cierta idealización de las comunidades italianas en el exterior. Así, veía las experiencias de colonización en el sur de Brasil y en la pampa gringa argentina –en las cuales, muchas veces, los campesinos septentrionales italianos habían emigrado incluso con sus párrocos, que una conocida y antigua lectura veía como “intelectuales orgánicos” de los mismos como una experiencia que en algunos puntos le recordaba a las antiguas comunidades cristianas primitivas (una *societas cristiana*) (1996, p. 23). También en las difíciles experiencias de las *Little Italies* norteamericanas, Rosoli veía aquella dimensión de los *urban villagers* (en la conocida expresión de Herbert Gans) y más la continuidad y fortaleza de los lazos comunitarios y familiares paisanos –al modo de Franc Sturino o Virginia Yans McLaughlin– que todos los impulsos “modernizadores” provenientes de la sociedad norteamericana. Esa perspectiva le servía para formular un contrapunto eficaz entre la acción de la jerarquía eclesiástica norteamericana (en especial el episcopado predominantemente de origen irlandés) y las necesidades y estrategias de los migrantes.

Aunque todos aquellos temas eran objeto de una discusión cordial en el seno de la historia social italiana y norteamericana, dedicada a estudiar la emigración o los grupos étnicos –como por ejemplo entre los defensores de la fortaleza de los lazos horizontales paisanos y los que enfatizaban las dimensiones de clase en el interior de las comunidades emigradas–, no dejaban de formar

parte de un espacio relacional, intelectual o interpretativo común. Así, los puntos de encuentro entre Rosoli y buena parte de la historiografía sobre la inmigración italiana no derivaban solo de su posición institucional o su estrategia académica, sino también de su misma forma de pensar el fenómeno migratorio.

En el tema de la historia de la Iglesia, como se señaló, el aporte de Rosoli se centraba en una indagación del accionar del Vaticano, de las órdenes religiosas y de los mismos sacerdotes en la obra de asistencia y tutela de los inmigrantes. Tres eran los puntos nodales de su perspectiva: las relaciones entre el Estado italiano y la Iglesia, en el tema migratorio; las tensiones y diferencias dentro del mundo católico acerca de la migración y la asistencia a los migrantes –en especial las que oponían a las jerarquías eclesásticas nacionales, con el Vaticano por una parte, con el clero parroquial por la otra–; las formas organizativas de las distintas instituciones católicas involucradas. Acerca de este último tema es de lamentar que las numerosas intuiciones y constataciones de Rosoli acerca de las semejanzas y diferencias entre misionarios de la Opera Bonomelli, Scalabrinianos y Salesianos no hayan sido integradas en un ensayo. Quedan, sin embargo, sus finas observaciones acerca de las diferencias entre estrategias centradas en la Parroquia y aquellas en Misiones, acerca del juego de ganancias y pérdidas que implicaba la relación con el mundo político o acerca de la construcción de estructuras que apuntasen a dar respuestas a los nuevos contextos urbanos e industriales. En este último punto centraba, al menos en parte, su enfoque de las razones de los éxitos de los salesianos (en especial en el caso argentino) o de la Opera Bonomelli en Europa, en la que percibía toda la relevancia del *secretariato operaio* (secretaría para las cuestiones obreras). Ciertamente estas son solo algunas de las muchas sugerencias, innovadoras interpretativamente, dispersas en su obra

en general y en el libro aludido en particular, y en su brevedad no dan ciertamente cuenta de su riqueza. Es de esperar que sirvan para un trabajo historiográfico sobre una obra extensa, no siempre sistemática, pero siempre plena de ideas, informaciones e interpretaciones sugerentes.

Luego del nuevo período como director del CSER, que no solo no resolvió los problemas de roles y de funcionamiento de la institución, sino que tampoco pudo saldar la discrepancia entre aquellos dos cursos de acción tan divergentes ya aludidos, la solución buscada por la Dirección General fue la contraria a la tomada al inicio de la nueva gestión. La apuesta sería ahora hacia una renovación amplia del personal scalabriniano y una concentración de las decisiones en el P. Tassello (miembro además de la Dirección General y responsable en ella de todos los Centros de Estudio) e irían acompañadas, al final, de un alejamiento definitivo del CSER de Rosoli. Sin embargo, en un primer momento, la decisión de la Dirección General consistía en que Rosoli dejase la Dirección del Centro para tener dos años sabáticos acordados por la Dirección General, en los que pudiese tener tiempo de “raccoliere le tante pagine sparse in una visione organica”,³¹ pero conservaba la dirección de la revista *Studi Emigrazione*.³² Un año después la solución impuesta era más radical: Rosoli debía dejar también la dirección de la revista *Studi Emigrazione* y era designado Director del Istituto Storico Scalabriniano, ente por crearse en el ámbito de la Dirección General.³³

31. “Recoger las tantas páginas dispersas en una visión orgánica”.

32. L. Favero (Superior General) a G. Rosoli, Roma, 14 de junio de 1995, en Fondo Rosoli.

33. L. Favero (Superior General) a G. Rosoli, 30 de junio de 1996, Fondo Rosoli. En respuesta de Rosoli a L. Favero, Roma, 29 de julio de 1996, pese a que ya todo estaba definido, todavía consideraba que debía clarificarse “mio

En realidad, el problema era que, para todo el mundo académico, la figura de referencia de esa institución era Rosoli y no el ocasional director o presidente (nuevo cargo creado con propósitos de contentar las necesidades ceremoniales). Del mismo modo, los nuevos encargados de la revista, cuyos lazos con el mundo universitario no eran estrechos, se encontraban con el hecho de que, para casi todos los estudiosos, el director de *Studi Emigrazione* seguía siendo Rosoli, aunque hubiera cesado en sus funciones desde el último número de 1996.³⁴ La designación alternativa de Rosoli como director del Instituto Storico Scalabriniano con sede en Roma, a su vez no terminaba de despegar por carencias de infraestructura y de personal y él mismo se resistía a abandonar plenamente la otra institución a la que tanto había aportado y esa revista que había sido tan plenamente suya.

No veía todo lo que ocurría como una fatalidad ni como un destino, sino como parte de un conflicto entre dos formas de ejercicio de la labor. En 1989 había reiterado, al Superior General de entonces, que “La presenza presso istituzioni universitarie, gruppi di ricerca e associazione di studio serve per portare

ruolo nella rivista *Studi Emigrazione*” [“mi rol en la revista *Studi Emigrazione*”]. Todas en Fondo Rosoli.

34. Así le exponía la situación L. Favero (Superior General) a G. Rosoli en carta datada en Roma, 30 de junio de 1996; su alejamiento del CSER no era un “pensionamento forzato” [“retiro forzoso”] sino “la ricerca da un lato di dare una organica definizione al lavoro del CSER con l’assunzione di chiare responsabilità da parte dei movi ‘iscritti’ (...) senza scuse per le ‘intromisión’ del vecchio Direttore, e dall’altro di darti la possibilità di costruire un profilo di attività senza il carico de responsabilità” [“la búsqueda, por un lado, de dar una definición orgánica al trabajo del CSER con la asunción de responsabilidades claras de parte de los nuevos ‘inscriptos’ (...) sin excusas por la intromisión del viejo director, y, por otro lado, de darte la posibilidad de construir un perfil de actividad sin la carga de responsabilidad”], en AGS.

avanti un servizio specifico alla causa dei migranti e a far valorizzare l'opera della Congregazione".³⁵ En 1996 respondía al nuevo Superior General que aceptaba el nuevo encargo de director del Istituto Storico, aunque no dejaba de inquietarlo la nueva situación. Señalaba que "Onestamente, l'unica preoccupazione seria che ho al riguardo e che l'interesse científico del CSER –che tanto a costato agli iniziatori e suoi continuatori (...) sia ora troppo poco coltivato e da troppo pochi".³⁶ Para agregar más adelante "Mi sembra troppo facile e diffusa una propensione pastoralessante invece che uno studio serio e sistematico, che ci tiene lontano dalle mode".³⁷

Mientras avanzaba, imperceptiblemente, la organización del *Istituto Storico*, del que había sido nombrado director, Rosoli continuaba viviendo cerca del CSER y pasando por allí casi todos los días a buscar su correspondencia. Entre tanto, aparece involucrado sobre todo en tres iniciativas, una gran exposición sobre la inmigración italiana, que se llevaría a acabo en Ellis Island; las tareas ligadas a la beatificación de Monseñor Scalabrini, y un congreso sobre Monseñor Bonomelli. Esta era una figura que tanto le había interesado como investigador quizá porque, más

35. "La presencia en instituciones universitarias, grupos de investigación y asociaciones de estudio sirve para llevar adelante un servicio específico a la causa de los migrantes y para valorizar la obra de la Congregación". G. Rosoli a S. Caccia (Superiore Generale), Roma, 4 de abril de 1989, en Fondo Rosoli.

36. "Honestamente, la única preocupación seria que tengo al respecto es que el interés científico del CSER –que tanto costó a sus iniciadores y continuadores (...) sea ahora muy poco cultivado y por muy pocos".

37. "Me parece demasiado fácil y extendida una propensión pastoralessante en vez de un estudio serio y sistemático, que nos mantiene lejos de las modas". G. Rosoli a L. Favero (Superior General), Roma, 29 de julio de 1996, en AGS.

allá de los peligros que comportaba esa relación preferente con el mundo laico, ella le parecía –vista en perspectiva– un tema fundamental de la renovación católica. Son años en que su salud aparece ya, bastante quebrantada, de lo que era consciente, aunque no hiciese nada para remediarlo. Así emerge de su propio testimonio al P. Silvano Tomasi, que era uno de sus mejores amigos –y uno de sus pocos interlocutores por inteligencia, curiosidad y lecturas– y cuyo alejamiento de Roma al ser nombrado Nuncio Apostólico en Etiopía y Eritrea lamentaba profundamente.³⁸

La resistencia de Rosoli, esa resistencia pasiva que era tan suya, a abandonar “su mundo” –y aquello que tanto había contribuido a crear– llevarán a una decisión más drástica. La Dirección General, presionada por el nuevo equipo de conducción y gestión

38. G. Rosoli a S. Tomasi, Roma, 11 de octubre de 1996. Allí manifestaba “lo sono oberato di lavoro e forse in questo periodo ho tirado troppo la corda. Speriamo che la salute regga” [“estoy sobrecargado de trabajo y tal vez tiré demasiado de la cuerda durante este tiempo. Esperemos que la salud se mantenga”] y unas líneas más arriba “sento la tua mancanza e la tua lontananza e non credo che i vari mezzi telematici siano in grado di rimediare gran che al contatto di prima e alla possibilità di scambiare qualche chiacchiera su cose anche banali” [“siento tu falta y tu distancia, y no creo que los varios medios telemáticos tengan la capacidad de compensar demasiado el contacto anterior y la posibilidad de conversar sobre cosas incluso triviales”], Fondo Rosoli. Silvano Tomasi era, por su parte, una de las personas que más valorizaba el papel de Rosoli en el mundo académico italiano. En una carta de unos años antes, mientras Rosoli estaba en Buenos Aires, sostenía: “Qui tutti mi chiedono quando ritorni perché si sentono orfani. La tua assenza ha fatto vedere quanto studiosi e ricercatori di varie correnti e qualifiche si sentissero sostenuti dal tuo consiglio e dalla tua capacità ed esperienza” [“Aquí todos me preguntan cuándo vuelves porque se sienten huérfanos. Tu ausencia ha dejado en evidencia cuánto estudiosos e investigadores de varias corrientes y calificaciones se sintieron sostenidos por tu consejo y tu capacidad y experiencia”]. P. Silvano Tomasi a G. Rosoli, Roma, 2 de diciembre de 1991, en Fondo Rosoli.

del CSER, resolverá su alejamiento de Roma. La decisión reposaba sobre la sincera idea de promover un año sabático, para aliviar las fatigas de Rosoli y propender a un mejoramiento de su salud quebrantada, pero a la vez respondía a la necesidad de contentar a la nueva gestión del CSER. Era parte, también, de un diseño más ambicioso, pero incierto dadas las competencias disponibles, de crear un Instituto Universitario que superase la fase de los centros, pero en el cual el papel de Rosoli ya sería “piú utile come consigliere e mentore che non como responsabile e capo espiatorio”.³⁹ Se produjo, entonces, primero su alejamiento de Roma desde el 4 de julio de 1997 –“su precettazione del Superiore Generale”– según su manifestación.⁴⁰ Luego siguió el extraño traslado a una parroquia de Milano, lejos de su mundo y lejos de sus libros, aunque no totalmente de los ámbitos académicos, ya que seguía involucrado en exposiciones, congresos y artículos a consignar. La voluntad expresada por el Superior General era que esa lejanía parcial del mundo académico permitiese “dar spazio anche alla dimensione pastorale diretta, che ti aiutera indudabilmente a riequilibrare la scala delle priorità”.⁴¹

Una profunda amargura signará la segunda parte de 1997 y la primera de 1998, aunque Rosoli seguía pleno de curiosidades y de intereses, en especial hacia el arte religioso del que era un auténtico experto (habilidad que había comenzado a adquirir como

39. “Más útil como consejero y mentor que como responsable y chivo expiatorio”. L. Favero (Superior General) a G. Rosoli, Roma, 16 de enero de 1997, en AGS.

40. “Bajo intimación del Superior General”. G. Rosoli a G. (Parolín), Roma, 17 de junio de 1997, Fondo Rosoli.

41. “Dar espacio también a la dimensión pastoral directa, que te ayudará indudablemente a reequilibrar la escala de prioridades”. P. L. Favero (Superior General) a P. G. Rosoli, Roma, 29 de junio de 1977, en AGS.

guía turístico en Roma en sus épocas de seminarista en la Gregoriana). En ese interés y en una auténtica piedad interior plasmaba una fuerte religiosidad, menos entusiasta por las formas exteriores que por la sustancia de una fe enmarcada en una espiritualidad profunda.

Todavía en la última carta existente en su archivo, dirigida al Superior General el 25 de julio de 1997, expresaba sus temores acerca de que la solución actuada en el CSER trajese consigo “il pericolo di progressivo svuotamento della funzione originaria del CSER, da Centro di studio effettivo a Centro, temo, di prevalente animazione pastorale, con scarsa attenzione a coltivare personalmente lo studio”.⁴² El tiempo podrá decir si los temores de Rosoli eran o no infundados. Permitirá también percibir con más claridad mutaciones de más largo plazo, por debajo de coyunturales equilibrios de poder. Mutaciones que respondía, quizás, a transformaciones institucionales y culturales, de ritmo más lento y más profundas, que afectaban al mundo católico, pero también a la civilización europea en su conjunto. Aunque no sea innecesario recordar que, en los equilibrios de coyuntura, Rosoli tenía demasiados amigos, aunque dispersos, en el mundo académico, pero muchos menos en la Congregación, donde su voluntad de ser inflexible con los límites ajenos no le servía para ganarse simpatías, más allá de tantos gestos suyos de generosidad y desprendimiento.

Si la historia de los Centros de Estudios scalabrinianos continúa, la de Gianfausto Rosoli termina poco luego. El 30 de julio

42. “El peligro de un progresivo vaciamiento de la función originaria del CSER, de centro de estudio efectivo a Centro, me temo, de predominante animación pastoral, con escasa atención a cultivar personalmente el estudio”. G. Rosoli a L. Favero (Superior General), 25/7/1997, AGS.

de 1998, en una calurosa noche de verano en Milano, muere súbitamente en soledad. Una soledad que lo había ido acompañando crecientemente.

Alguna vez Cesare Pavese escribió que la historia de un hombre es una suma de acontecimientos para ese hombre y un destino para el que narra luego su historia. A veces nos parece ver eso en la vida de este sacerdote, historiador, amigo, que hemos tratado de evocar más desde sus papeles que desde nuestros recuerdos. Si se pudiese definir con una expresión su tarea intelectual, ella sería *sapere aude*, la frase que recorrió la historia intelectual europea, de Horacio a Kant, para constituirse en la divisa del Iluminismo. Un movimiento que tuvo también, es bueno no olvidarlo, un rico filón católico. El profesor Vittorio Giuntella, amigo de Rosoli, se encargaba de recordarlo en sus cursos en la Universidad de Roma. Pero ese espíritu culto, erudito, abierto, tolerante, simplemente trataba de hacer suyas aquellas aperturas lejanas del fundador de su Congregación y aquellas otras más cercanas de Vaticano II, en cuyo tiempo se formó y cuyas enseñanzas no quiso olvidar.

Bibliografía

- Albónico, Aldo y Rosoli, Gianfausto (1994). *Italia y América*. Madrid: MAPFRE.
- Assante, Franca (ed.) (1976). *Il movimento migratorio italiano dall'Unità nazionale ai nostri giorni*. Ginebra: Droz.
- Borzomati, Pietro (ed.) (1982). *L'emigrazione calabrese dall'Unità ad oggi*. Roma: CSER.
- Cannistraro, Philip y Rosoli, Gianfausto (1979). *Emigrazione, Chiesa e Fascismo. Lo scioglimento dell'Opera Bonomelli (1922-1927)*. Roma: Studium.

- Cannistraro, Philip y Rosoli, Gianfausto (1979). Fascist Emigration Policy in the 1920s. *International Migration Review*, 48, 673-692.
- Cavallaro, Renato (1981). *Storie senza Storia. Indagine sull'emigrazione calabrese in Gran Bretagna*. Roma: CSER.
- Devoto, Fernando y Rosoli, Gianfausto (eds.) (1988). *L'Italia nella società argentina*. Roma: CSER.
- Devoto, Fernando y Rosoli, Gianfausto (eds.) (1985). *La inmigración italiana en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.
- Dore, Grazia (1964). *La democrazia italiana e l'emigrazione in America*. Brescia: Morcelliana.
- Kubat, Daniel (ed.) (1984). *The Politics of Return*. Roma: CSER-CMS.
- Rosoli, Gianfausto (1976). I sindacati di fronte all'emigrazione: Italia, Jugoslavia, Svizzera. En Franca Assante (ed.), *Il movimento migratorio italiano dall'Unità nazionale ai nostri giorni* (pp. 107-131). Ginebra: Droz.
- Rosoli, Gianfausto (1983a). La problemática dei patronati cattolici sotto Pio X. En Emilio Franzina (ed.), *Un altro Veneto. Saggi e studi di storia dell'emigrazione nei secoli XIX e XX* (pp. 175-189). Abano Terme: Francisci Ed.
- Rosoli, Gianfausto (1983b). L'emigrazione italiana in Europa e l'Opera Bonomelli (1900-1914). En Bruno Bezza (ed.), *Gli italiani fuori d'Italia* (pp. 163-201). Milán: F. Angeli.
- Rosoli, Gianfausto (1985a). II Congreso dell'IUSSP (Firenze, 1985). *La Civiltà Católica*, 3249, 261-269.
- Rosoli, Gianfausto (1985b). Italian Migration to European Countries from Political Unification to World War One. En Dirk Hoerder (ed.), *Labor Migration in the Atlantic Economies* (pp. 81-101). Westport: Greenwood Press.

- Rosoli, Gianfausto (1988a). La problemática religiosa degli italiani in Francia. En Pierre Milza (ed.), *L'immigration italienne en France dans les années 20*. París: CEDEI.
- Rosoli, Gianfausto (1988b). Ruolo delle Missioni Cattoliche Italiane nel Sud della Francia (1922-1934). En Émile Temime y Teodosio Vertone (eds.), *Gli italiani nella Francia del sud e nella Corsica (1860-1960)* (pp. 42-67). Milán: F. Angeli.
- Rosoli, Gianfausto (1989a). Recenti studi sulle comunita italiane all'estero. *La civiltà católica*, 3333, 251-259.
- Rosoli, Gianfausto (1989b). Scalabrini e Bonomelli: due pastori di emigranti. En Rosoli, Gianfausto (ed.) *Scalabrini tra vecchio e nuovo mondo* (pp. 537-562). Roma: CSER.
- Rosoli, Gianfausto (1993). La política migratoria italo argentina nell'immediato dopoguerra. En *Identità degli italiani in Argentina, Reti sociali, Famiglia, Lavoro* (pp. 341-390). Roma: Studium.
- Rosoli, Gianfausto (1996). *Insieme oltre le frontiere. Momenti e figure dell'azione della Chiesa tra gli emigrati italiani nei secoli XIX e XX*. Caltanissetta-Roma: Salvatore Sciascia Editore.
- Rosoli, Gianfausto (ed.) (1987). *Emigrazioni europee e popolo brasiliano*. Roma: CSER.
- Rosoli, Gianfausto (ed.) (1989). *Scalabrini tra vecchio e nuovo mondo*. Roma: CSER.
- Rosoli, Gianfausto (ed.) (1993). *Identità degli italiani in Argentina, Reti sociali, Famiglia, Lavoro*. Roma: Studium.
- Rosoli, Gianfausto y Ostuni, María Rosaria (1978). Saggio di bibliografía statistica dell'emigrazione italiana. En Gianfausto Rosoli, *Un secolo di emigrazione italiana, 1876-1976* (pp. 273-341). Roma: CSER.
- Sori, Ercole (1979). *L'emigrazione italiana dall'Unità alla seconda guerra mondiale*. Bologna: Il Mulino.

Fernando J. Devoto

Tassello, Graziano y Luigi Favero (eds.) (1985). *Chiesa e Mobilità umana. Documenti della Santa Sede dal 1883 al 1983*. Roma: CSER.

VV.AA. (1984). Monográfico Contributi alla storia dell'emigrazione italiana in Argentina. *Studi Emigrazione*, 75.

Franco Ramella, historiador de la emigración, de la política a la microhistoria*

Encontré por primera vez a Franco Ramella en 1989, en un congreso organizado por la Fondazione Sella como parte de una amplia investigación sobre la emigración de Biella.¹ No conservo un recuerdo particular de aquel encuentro, aunque sí conocía, desde antes, la existencia al menos del libro que había editado con Sam Baily en la Rutgers University Press (Baily y Ramella, 1988). Nada sorprendente, como sucede en los congresos numerosos (y este lo era) se entra en contacto protocolar con tantas personas, pero, al final, se habla solamente con aquellas con las que se tenían relaciones estrechas desde antes. En ese contexto, me digo, habremos intercambiado algunas cordiales y formales palabras

No recuerdo, en cambio, haber escuchado su breve pero sustanciosa intervención en la que emergían muchas sugerencias, sobre algunas de las cuales –la larga tradición de los flujos migratorios de la Italia noroccidental, el carácter más circular que

* Conferencia leída el 5 de noviembre de 2021 en las jornadas *In ricordo di Franco Ramella, della sua persona, della sua maniera di conoscere il mondo, di scrivere e di parlare della storia*. Torino, Polo del Novecento.

1. Las presentaciones en las jornadas fueron pronto publicadas en Ostuni (coord.) (1991). La presentación de F. Ramella, *Il caso biellese e gli studi sull'emigrazione en Ostuni* (1991, pp. 155-160).

lineal de los movimientos migratorios, la necesidad de tener en cuenta las estrategias de los actores— volvería a menudo en trabajos posteriores, pero también otras, igualmente interesantes, que ponían en contacto aquel movimiento secular con el no menos breve proceso de industrialización de la misma —y ya en ese texto, por lo demás Ramella tomaba debida cuenta del importante y recientemente publicado libro de Luciano Cafagna (en Cafagna, 1989, 155-160).

Sea lo que fuere, una foto de grupo de los participantes lo muestra como lo recuerdo y como siempre lo he visto en los congresos o en la Universidad, saco de tweed, corbata, eventualmente un cardigan. En suma, un señor elegante, sobrio, respetable, con un toque un poco *british*, un poco al estilo de la burguesía de provincia en un contexto, que muchas veces era y es, mucho menos cuidado. Pero también en la casa, si no estaba con el saco, estaba con un chaleco o un cardigan. O los gestos elegantes en el modo de mover las manos o la forma de tener el —en un tiempo infaltable— cigarrillo convergían con su modo de expresarse en un estilo sobrio, ligeramente distante, afable pero no desprovisto de humor e ironía, a veces con una irritación contenida hacia todo lo que no andaba en el mundo que casi siempre es casi todo.

Empero, también su casa turinesa, pequeña pero tan bien cuidada, y los lugares que lograba encontrar y alquilar en sus estadías parisinas o argentinas tenían decoraciones compatibles con el estilo de *gentiluomo* que era el suyo. Y si se miran sus trabajos, siempre en permanente crítica contra la historiografía de su tiempo, en un modo muy congenial al de su grupo de pertenencia, estas críticas no eran jamás *ad hominem* y eran referencias indirectas, entre líneas, aunque se podía comprender muy bien si o a cuales personas concretas se refiriese, a cuales corrientes historiográficas se refería sin estridencias, pero con la firmeza de

quien está colocado en un lugar: econométricos, funcionalistas, culturalistas, etnicistas y más allá.

Empero, en este bosquejo falta lo principal: Luciana Benigno. En efecto, no se podía decir de haber conocido a Franco si uno lo había conocido sin su compañera. Juntos los conocí al año siguiente en Lovaina, en el Congreso Internacional de Historia Económica en el cual comenzaron los intercambios. Desde ahí en adelante los encontré siempre juntos en Turín, Buenos Aires, Tampa o Santiago de Compostela; en restaurantes y bibliotecas, trabajando codo a codo y era inevitable que así fuera siendo ambos una pareja simbiótica o, en otros términos, una pareja que desempeñaba sus roles conjuntamente, incluso como un modo de hacer frente al mundo externo. Nunca uno sin el otro y eso se proyectaba también en los roles complementarios en el trabajo académico. Y si estamos aquí hoy, al menos yo, es para recordar a mi amigo Franco, pero también para homenajear y estar al lado de Luciana.

Dicho todo esto quisiera de aquí en más realizar algunas reflexiones sobre Franco Ramella, historiador de las migraciones. Reflexiones que no buscan ser un balance ni crítico ni hagiográfico sino solamente la presentación de algunos núcleos de su obra que aspiran a favorecer una reflexión sobre una trayectoria intelectual que creció bajo la lógica del cambio en la continuidad con el desarrollo de argumentos diferentes, pero siempre contiguos casi como en forma de encastre.

Quisiera ante todo retornar brevemente sobre la fase política de Ramella sobre las que se dijeron tantas cosas interesantes esta mañana para preguntarme sobre cuánto de la agenda de esta primera fase permaneció en su itinerario posterior como historiador, dejando de lado el problema de cómo era visto en él ese tránsito, si como superación o como repliegue, sobre lo que tengo

solo conjeturas. Un tránsito que invertía aquel propuesto por Marx en la célebre tesis XI sobre Feuerbach.

Anotaría, sin embargo, que la experiencia política de Ramella había sido fuera del ámbito universitario, donde se encontraban trabajadores “de verdad”, por así decir, conflictos que espejaban en desnudez el *kratos* de la vida política. Emergía de aquí un acentuado realismo con el cual miraba el pasado, pero también el presente. Seguramente, esa experiencia se vinculó de muchos modos a sus argumentos de investigación que fueron desde el comienzo y por mucho tiempo parte de la historiografía del mundo obrero e incluso una parte de sus estudios sobre la emigración eran o podían ser incluidos en aquel marco, aunque fuese en forma alusiva, comenzando por los inmigrantes obreros de Patterson en New Jersey.

Por otra parte, podemos preguntarnos también cuánto de Marx permaneció en Ramella que fue –cosa curiosamente no tan habitual en el mundo de la izquierda italiana– no simplemente un lector de Marx, sino un tenaz estudioso de *El Capital*. Por ejemplo, volvía a él y a “*il vecchio Marx*”, como solía definirlo, por ejemplo cuando lo utilizaba para criticar las aproximaciones econométricas sobre el diferencial de salarios recordando una reflexión allí presente, sobre el lugar ineludible que había que otorgar en toda reflexión sobre el tema, a lo que Marx definía como el componente moral o histórico del valor de la fuerza de trabajo (1999, t. 1, v. 1, p. 208).

Ciertamente, no perduraba en él solamente Marx y por emplear otro recuerdo que viene a mi memoria, he ahí el empleo reiterado de la dicotomía de Robert Merton –grupo de referencia y grupo de pertenencia (2002, p. XI)– quizás previsible en un graduado en sociología, por no hablar de aquellos antropólogos de Manchester, para mí desconocidos, a la manera de Monsieur

Jourdain y de los que me habló una vez quizás en 1995, en Buenos Aires mientras caminábamos.

Llegados hasta aquí sería necesario poner algo de orden y presentar aquellos nodos de Franco Ramella historiador para lo cual he contado con la ayuda inestimable de Luciana.

Comenzaría con una afirmación de sabor koselleckiano que no sé si Ramella habría compartido: pensamos el pasado en un momento y en un lugar, es decir en una temporalidad y en una situación específica: *hic et nunc*. Si así fuese podría sostenerse que Ramella fue un historiador que observó el mundo desde el Piamonte, en un momento, el largo post 68, en el cual tantas certidumbres fueron puestas en cuestión. Desde luego que esa situación era reforzada por el hecho de que Ramella trabajó por un período bastante largo de su vida profesional sobre esos piamonteses, primero dentro y luego fuera del Piamonte. Por supuesto que estoy dejando aquí de lado el Ramella sucesivo de los estudios sobre las migraciones internas, las migraciones extra comunitarias y las segundas generaciones, ante todo porque no he seguido sus estudios al respecto, aunque pueda razonablemente presuponer, como emergencia de su conversación informal, que había una continuidad de aproximaciones e instrumentos analíticos. Por otra parte, si mis lecturas se detuvieron en sus estudios sobre las migraciones internacionales es también porque esa fue la tarea que se me asignó.

Asimismo, esa vinculación con aquella situación debe pensarse también (creo) con su pertenencia académica, más allá obviamente de la Universidad de Torino: el mundo de *Quaderni Storici* y de la *microstoria* en su declinación turinesa, en la cual Giovanni Levi y sus alumnos habían desempeñado un papel decisivo. En este punto, más allá de la discusión sobre posibles genealogías de la microhistoria, punto abierto a discusión, debe anotarse que ese

influjo no era ni solo ni quizás tampoco ante todo un conjunto de lecturas sino una práctica y una interacción concreta. Por otra parte, este espacio turinés y piemontés se prolongaba en sus argumentos: los bielleses en Biella (de donde era originario), en Francia, en los Estados Unidos, en Argentina.

En los microhistoriadores Ramella había encontrado un conjunto de ideas y una solidaridad que ha llegado hasta aquí más allá de los problemas que se pueden hipotetizar ligados a las redes densas y la omnipresencia de los lazos fuertes por sobre los lazos débiles, reforzados por el carácter de vanguardia que se atribuían –y se atribuyen– y, como todas las vanguardias que se precien, operan bajo principios de inclusión y exclusión; y si se los quiere caracterizar velozmente, pueden incluirse dentro del principio que tematizaba Arnaldo Momigliano refiriéndose a la autopercepción de tantas escuelas y grupos de historiadores: “é bravo perche la pensa come me che naturalmente sono bravo” (1974, p. 1183).² En suma, su grupo de pertenencia dio a Ramella una red de valor inestimable pero no preponderante para hacer una carrera académica en un ámbito italiano poblado de parroquias en constante lucha entre sí.

Si se abre el breve ensayo de Ramella, “Alla ricerca di un bandolo della matassa” incluido en un libro que reunía diez contribuciones presentadas en un congreso de 1980, se percibe rápidamente el diseño de un itinerario que define como obstáculos para una historia social de la formación de la clase obrera los que oponían los historiadores económicos que pivotaban sobre la aplicación mecánica de la ley de la oferta y de la demanda y aquellos de una cierta sociología de las clases y de la

2. “Es muy bueno porque piensa como yo que naturalmente soy muy bueno”.

estratificación social dominada por un paroxismo clasificatorio por la clasificación misma. El modo de abrir nuevos interrogantes que indagasen el contexto social específico lo individualizaba en la reducción de la escala y en la elección del método nominativo como vía de ingreso a la “*matassa*”.

Da un singolo individuo o da un piccolo gruppo di individui cominciano a dipanarsi le maglie della struttura sociale, emergono frammenti significativi delle reti di relazione in cui individui e gruppi sono inseriti che esse ereditano e che direttamente attivano, entro le quali acquistano senso ed evidenza scelte personali e collettive, strategie individuali e sociali (Ramella, 1981 p. 121).³

Un programa hacia el cual Ramella será largamente consecuente.

Entretanto, al año siguiente, la fortuna –o si se quiere los ambientes y los lazos débiles de las redes sociales en las que Ramella estaba inserto– le abrieron la oportunidad de participar a en una amplia investigación financiada por la Banca Sella sobre la emigración de Biella en el mundo para conmemorar el próximo centenario de su fundación. Parece que el nombre de Ramella fue una de las opciones para dirigir la investigación, pero finalmente los comitentes se decidieron por otro nombre seguramente más confiable para ellos, Valerio Castronovo, aunque no tengo noticias de que hubiese trabajado precedentemente sobre el

3. “De un individuo o de un pequeño grupo d individuos comienzan a desplegarse las mallas de la estructura social, emergen fragmentos significativos de las redes de relaciones en la que individuos y grupos están insertos que ellos heredan y que directamente activan y entre las cuales adquieren sentido y evidencia elecciones personales y colectivas, estrategias individuales y sociales”.

argumento migratorio. Más allá de los ingentes recursos invertidos por la Fondazione Sella y de los numerosos volúmenes publicados bajo el título *Biellesi nel Mondo* está todavía pendiente un balance sobre que aprendimos de nuevo gracias a tanto esfuerzo.

Ciertamente, para Ramella, el encuentro con la emigración no era una novedad: en su investigación sobre los tejedores bielleses, aparecía de muchos modos, incluido el movimiento transoceánico hacia Nueva Jersey que, por otra parte, sería el destino inevitable para muchos luego del fracaso de las huelgas que intentaban resistir las transformaciones de las relaciones productivas. Un movimiento que ahora podía, idealmente, ser indagado más allá de las fuentes locales.

En este punto, con el soporte de la Fondazione Sella, las investigaciones de Franco Ramella junto a su esposa Luciana Benigno se desarrollaron hacia dos direcciones: Francia y los Estados Unidos. La investigación sobre la emigración o la movilidad (término ampliamente preferido por Ramella) de una masa de trabajadores de la construcción hacia la Francia del triángulo Grenoble-Lyon-Chamberí fue colocada en un cuadro analítico más amplio, en el cual el caso de los bielleses es presentado –tal vez por prudencia expositiva– en el marco de una investigación que remitía paralelamente a diferentes matrices historiográficas, solo como un modelo o un caso en sí mismo distinto de otros apenas esbozados en el fondo del cuadro (Ramella, 1986). Y esa especificidad estaba en su carácter profesional, por haberse articulado con una más antigua tradición de movilidad que se remontaba al *Ancien Régime*, por su marcada circularidad, por la fortaleza de los lazos sociales, familiares, parentales, de vecindad o paisanos, alargados ahora hacia las nuevas áreas de inserción.

Sin embargo, este cuadro tendía a hacerse más complejo desde finales del siglo XIX con la aparición de una mayor tendencia

a la radicación de grupos familiares en el exterior. Y he aquí otra característica de los trabajos de Ramella: su atención a las dinámicas sociales de los movimientos migratorios.

Aun siendo mucho, esto no era todo lo que había en ese ensayo en tantos aspectos ejemplar. Todavía podrían indicarse otras cosas. La primera, un aparato de fuentes, tan vasto como variado, combinado con habilidad para construir a través del entrelazamiento de itinerarios una narración muy persuasiva del proceso estudiado. Debe también decirse que eso fue posible por su conocimiento de los archivos piemonteses pero también por la extraordinaria riqueza de los archivos departamentales franceses que tuvieron ahora la posibilidad de estudiar. Una narración no interrumpida por reflexiones “teóricas”, pero no porque detrás no hubiera un conjunto de lecturas y de instrumentos analíticos-sino porque este permanece en las sombras. Que esto fuese algo debido a la naturaleza o al paladar del comitente no lo sé, pero, en cualquier caso, no lo lamento.

Finalmente, como el mismo Ramella subrayaba en un breve ensayo aparecido contemporáneamente “Emigranti temporanei in Francia a fine ottocento: problemi vecchi e nuovi di ricerca” (1988) la ventaja de su aproximación era la de tomar en consideración el punto de vista de la sociedad de partida pero también explorar la retaguardia de los procesos migratorios. El gesto poco habitual de dar un paso hacia atrás, porque ese paso precedente lo había cumplido con la investigación *Terra e telai...* (1984).

Por otra parte, debe considerarse otro ensayo muy poco posterior que procedía de otra investigación promovida por el CEDEI de París y dirigida por Pierre Milza y que yo considero un trabajo notable: *Biografia di un operaio antifascista* (1986a), ese personaje singular que era Adriano Rossetti y su mundo relacional. Nuevamente se podría pensar la novedad de indagar –en sus

palabras– una emigración política de masa en el cruce entre migración económica y migración política, no solamente en el sentido más habitual de la utilización de mecanismos similares para emigrar, o del deber de confrontarse con problemas no disímiles, sino en uno más complejo, en el cual la vida de unos y de otros se superponían en una estrecha interrelación de trayectorias. Sin embargo, ese hecho no disolvía las diferencias en las motivaciones para emigrar que, en este caso, era difícil atribuir a una racionalidad medio-fin y, mucho más, a una relación a valores que llevaba a Ramella a la admisión, no ausente en su horizonte interpretativo, de que, finalmente, la historia de Adriano era irreplicable como la de cada individuo. Nuevamente, en esta historia se percibe con menos retórica erudita la mole de fuentes detrás de la reconstrucción de estas historias de vida, ya que, además, se agrega una serie de entrevistas a los hermanos de Adriano.

3.

En paralelo a la investigación sobre Francia, Franco y Luciana iniciaron su aventura norteamericana en Paterson, tal vez a la búsqueda de aquellos tejedores bielleses –a comenzar del “*Bleu*” ese líder de las huelgas en origen que había recalado allí. Dos viajes, en 1982 y 1984. Ahora Ramella salía de una zona de confort o, si se prefiere, hacía él también una experiencia migratoria temporal sin estar inserto (o así me parece) en una red intelectual fuerte. De este modo, aunque desde los comienzos la experiencia iba a estar surcada por una participación en congresos y seminarios internacionales como, por ejemplo, aquel organizado en 1988 en Minnesota, en los que su estrategia metodológica devenía una entre tantas otras con las cuales a veces tenía puntos en común (aunque fuese a través de itinerarios diferentes) y en otras

no (Ramella, 1991). Por otra parte, si la cuestión se mira desde el punto de vista de la investigación, sus bielleses interactuaban ahora en nuevos (y diversos) contextos que podían plantear no pocos desafíos al modelo analítico de Ramella si se admite que la utilidad de pensar el contexto se encuentra en las diferencias (y en su impacto) y no en su semejanza.

Sea como fuere, más allá de la riqueza de las fuentes públicas norteamericanas –de los folios de los censos a la gran encuesta Dillingham del Senado estadounidense de 1911– el hecho era que la investigación sobre Paterson no logró despegar en ese momento. Fueron necesarias dos visitas más, más allá de los tiempos de la investigación de la Fondazione Sella, en la primera mitad de los años noventa, al centro de Rudolph Vecoli en Minnesota y a la Public Library de Nueva York para que a través de la consulta de periódicos de empresarios y anarquistas a la vez, finalmente la investigación coagulase en dos importantes artículos, distintos pero vinculables, uno en los *Annali della Fondazione Feltrinelli* (1999) (y simultáneamente en Buenos Aires en 1998) y el otro en *Quaderni Storici* (1998b), pero no sobre los bielleses sino sobre los italianos, en especial del norte. La variación del contexto llevaba a la necesaria variación del grupo en estudio.

Dos apuntes sobre los artículos, siempre estimulantes, inteligentes y con las habituales puntas polémicas ahora hacia la historiografía norteamericana culturalista y etnicista. La primera nota es que en el plano visible, el aparato teórico domina el campo en perjuicio de los “acontecimientos” y sobre todo del aparato erudito. Las fuentes son indicadas al fondo, en modo no detallado, casi como si Ramella se hubiese cansado y adherido a una vieja tradición italiana, al menos desde Benedetto Croce, contra la pesante exhibición de erudición en las notas, aunque en este último caso el objetivo polémico fuese la erudición alemana. Más

allá de ello, es evidente que el texto está ahora poblado de referencias a modelos a verificar y cito por ejemplo el caso de Pnina Werbner (1990) y su reflexión sobre el ciclo de desarrollo de cada comunidad emigrada. Y aquí debo hacer referencia a un pequeño recuerdo personal. En su momento, Ramella me habló de Werbner, pero yo, pecador sin duda, había decidido que no deseaba leer más cosas sobre el *network analysis* hacia el que había sido orientado por Franco y Giovanni Levi –creo que abandoné después de Margaret Grieco (1987)–. De todos modos, debe observarse que Ramella toma sus prevenciones y se lamenta de la escasez de las fuentes disponibles “poveri e quasi mute” (pobres y casi mudas) en sus palabras.

Con todo, en este punto se abre una bifurcación: o esos modelos servían de base para un postulado: que todos los mecanismos migratorios funcionan de todos modos en cualquier tiempo y lugar, lo que significaba un cambio de perspectiva con relación a la aproximación más abierta y posibilista de sus investigaciones sobre la inserción francesa; o bien servían como instrumentos analógicos para sustituir el vacío de la documentación. Lo que era en un cierto modo una apelación a la vieja filología combinatoria. No lo sé. Sin embargo, al final esta línea de investigación norteamericana dio lugar a otra espléndida biografía: la de Emma, fugaz interlocutora del conocido anarquista Gaetano Bresci, una historia fascinante (Ramella, 2015).

4.

Vayamos finalmente a la Argentina. Según lo que hemos podido reconstruir con Luciana y observando el elenco de congresos, conferencias y publicaciones, Luciana y Franco vinieron tres o cuatro veces a la Argentina, ciertamente en 1991, 1995 y 2000.

Precedentemente, había un producto derivado de la experiencia norteamericana que concernía al país sudamericano: el libro publicado en 1988 con Sam Baily al cual ya nos referimos a partir de la muy extensa correspondencia entre los hermanos Sola emigrados en Argentina y sus padres que habían permanecido en Valdengo (Biella).

Por razones que deberían ser profundizadas, el libro –que creo desempeñó un papel importante en permitir que Franco alcanzase el puesto de profesor en la Universidad de Turín– no tuvo el éxito que se esperaba. La colaboración entre Baily y Ramella no fue fluida, en lo que seguramente influyó la distancia, las lenguas, una aproximación metodológica a las migraciones que era bastante más diferente en cuanto no sugiriera la sola lectura del artículo premiado de Baily (1983) y –quizás sobre todo– el largo debate en torno a la exclusión del nombre de Luciana Benigno del título, no facilitaron las cosas. Por otra parte, si se confronta el texto original de Franco con la introducción a las cartas publicadas se percibe rápidamente que el texto de Ramella quedó encorsetado en el medio de las partes redactadas por Baily, todo lo que le da al conjunto un aire más bien rapsódico.

Desde luego, la publicación de correspondencias de emigrantes tenía una larga tradición en los Estados Unidos, y la de la familia Sola se prestaba al análisis (y baste recordar las observaciones de Max Weber sobre los muchos usos posibles de aquella entre Goethe y Charlotte von Stein), y el que Baily y Ramella eligieron era uno de los posibles, aunque quizás no tan en sintonía con los nuevos vientos de la historiografía que soplaban por entonces. Sin embargo, debe recordarse también que los estudios sobre argumento latinoamericano –y creo que así fue percibido el libro– cuentan casi siempre poco en América del Norte, como en otras partes, a excepción de los profesores que cultivan esa

materia en las universidades. En Argentina había un público potencial, pero el libro no fue traducido y fue muy poco leído.

En Argentina, Ramella y Benigno encontraron otros obstáculos vinculados a la deplorable situación de los archivos, pero también a los problemas que presentaban los datos agregados de los censos, a la distancia temporal entre ellos y a la ausencia, por ejemplo, para 1914 de los folios originales del censo, problemático para el tipo de investigación con fuentes nominativas hacia las cuales Ramella se orientaba.

Todos esos inconvenientes hicieron que la investigación sobre la Argentina no despegase, pero, en cambio, sí lo hiciese la relación de Ramella con los investigadores argentinos, que generaron además de sólidas amistades –punto que nunca hay que subestimar– diálogos, intercambios, debates y bien puede afirmarse que hubo ciertamente un magisterio de Ramella, que aunque no hay sido asumido en su totalidad, permitió desarrollar nuevas aproximaciones y problemas de investigación.

De los tres artículos de Ramella publicados en castellano destacaría “Por un uso fuerte del concepto de red en los estudios migratorios” (1995), no solamente por su influencia en el desarrollo de los estudios migratorios o por las discusiones que suscitó, sino por cuanto dice del itinerario de Ramella y de sus deudas intelectuales, entre las que los nombres de Giovanni Levi y Edoardo Grendi tienen un lugar central. Asimismo, Franco entra en el nudo de algunas discusiones sobre las redes sociales con su defensa del uso fuerte contra el uso metafórico o con su preferencia por el lugar de los lazos fuertes contra los lazos débiles a la Granovetter, con la crítica al modelo epidemiológico o a aquel del “*adjustment*” y con la plena valorización de la obra de Polanyi y la noción de *embeddedness*. En suma, con la defensa de una, para él

necesaria, nueva gramática para el análisis social que habría que asumir en todas sus implicancias.

Debemos dejar aquí, subrayando que más allá de todo lo dicho –importante para mí, pero hasta un cierto punto– he querido hacer este texto para testimoniar una amistad construida, no sin altos y bajos, pero al final sólida como una roca o, si se prefiere como aquellas redes fuertes que vinculaban entre sí a los emigrantes.

Bibliografía

- Baily, Samuel (1983). The Adjustment of Italian Immigrants in Buenos Aires and New York, 1870-1914. *The American Historical Review*, 88 (2), 281-305.
- Baily, Samuel y Franco Ramella (1988). *One family, two worlds. An Italian family's correspondence across the Atlantic, 1901-1922*. New Brunswick (NJ): Rutgers University Press.
- Cafagna, Luciano (1989). *Dualismo e sviluppo nella storia d'Italia*. Venecia: Marsilio, 1989.
- Grieco, Margaret (1987). *Keeping It in the Family: Social Networks and Employment Chance*. Londres: Tavistock Publications.
- Marx, Karl (1999). *El capital: crítica de la economía política*. México: Siglo XXI.
- Merton, Robert (2002). *Teoría y estructura sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Momigliano, Arnaldo (1974). Le regole del giuoco nello studio della storia antica. *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa. Classe di Lettere e Filosofia*, 4 (4), 1183-1192.
- Ramella, Franco (1981). Alla ricerca di un bandolo della matassa. En AA.VV., *Dieci interventi sulla storia sociale* (pp. 117-122). Torino: Rosenberg & Sellier.

- Ramella, Franco (1984). *Terra e telai. Sistemi di parentela e manifattura nel Biellese dell'Ottocento*. Torino: Einaudi.
- Ramella, Franco (1986^a). Biografia di un operaio antifascista: ipotesi per una storia sociale dell'emigrazione política. En Pierre Milza (ed.), *Les italiens en France de 1914 à 1940* (pp. 385-406) Rome: École Française de Rome.
- Ramella, Franco (1986b). Il Biellese nella "grande emigrazione" di fine Ottocento. En Valerio Castronovo, *L'emigrazione biellese fra Ottocento e Novecento*, v. II (pp. 311-361). Milán: Electa.
- Ramella, Franco (1988). Emigranti temporanei in Francia a fine Ottocento: problemi vecchi e nuovi di ricerca. En AA.VV., *Migrazioni attraverso le Alpi occidentali. Relazioni fra Piemonte, Provenza e Delfinato dal medioevo ai nostri giorni, Atti del convegno internazionale Cuneo 1-2-3 giugno 1984* (pp. 117-123). Torino: Regione Piemonte.
- Ramella, Franco (1991). Il caso biellese e gli studi sull'emigrazione. En Maria Rosaria Ostuni (ed.), *Studi sull'emigrazione. Un'analisi comparata, Atti del Convegno storico internazionale sull'emigrazione. Biella, Palazzo La Marmora, 25-27 settembre 1989* (pp. 155-169). Milán: Electa.
- Ramella, Franco (1991). Migration from an Area of Intense Industrial Development: the Case of Northwestern Italy. En Rudolph Vecoli y Suzanne Sinke (eds.), *A Century of European Migrations, 1830-1930* (pp. 261-274). Urbana-Chicago: University of Illinois Press.
- Ramella, Franco (1995). Por un uso fuerte del concepto de red en los estudios migratorios. En María Bjerg y Hernán Otero (comps.), *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna* (pp. 9-21). Tandil: CEMLA/IEHS.
- Ramella, Franco (1998a). Redes sociales y mercado de trabajo en un caso de emigración. Los obreros italianos y los otros en

Paterson, New Jersey. *Estudios migratorios latinoamericanos*, 39, 331-372.

Ramella, Franco (1998b). In fabbrica e in famiglia. Le operaie italiane a Paterson, New Jersey. *Quaderni storici*, 98, 383-414.

Ramella, Franco (1999). Reti sociali e mercato del lavoro in un caso di emigrazione. Gli operai italiani e gli altri a Paterson, New Jersey. En Musso, Stefano (ed.), *Tra fabbrica e società. Mondi operai nell'Italia del Novecento. Annali della Fondazione Giangiacomo Feltrinelli. XXXIII/1997* (pp. 741-775). Milán: Feltrinelli.

Ramella, Franco (2015). La valigia americana. Breve storia di Emma detta "la Bresci". *Genesis*, 2, 83-106.

Werbner, Pnina (1990). *The Migration Process. Capital, Gifts and Offerings among British Pakistanis*. Oxford: Berg Publishers.

Historiadores rioplatenses

Acerca de la construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay

Las historias nacionales de Varnhagen, Mitre y Bauzá*

La construcción de relatos del pasado que exploraban las raíces y las singularidades de distintos grupos humanos, bien ya organizados bajo una forma estatal o bien que se esperaba lo fuesen en el futuro, es una característica del siglo XIX en Europa o en América. Generados por letrados, en ocasiones al servicio del Estado, en otras opuestos a él, espejan la emergencia de distintos nacionalismos a la búsqueda de alcanzar o reforzar la cohesión, ahora juzgada deseable y necesaria, de ciertos grupos humanos. En ese marco, la historiografía podía brindar instrumentos cohesivos e identificatorios bajo la forma de un relato de los orígenes, entendido como una especie de “autobiografía” de la nación, esa palabra que los nuevos tiempos ponían de moda (Febvre, 1996, pp. 156-157). Así, las curvas de los nacionalismos y de las historias nacionales se desplegaron a menudo en forma paralela. Las necesidades de los primeros fortalecieron el rol de las segundas, dándoles un reconocimiento, una influencia y una “utilidad” mayores que en el pasado.

* Publicado en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, t. I, Buenos Aires, Katz Editores, 2008.

Marc Bloch, por una parte, en su *Apologie pour l'histoire* publicado en 1949 y Arnaldo Momigliano (que parece retomar, a su vez, un bosquejo algo distinto de Benedetto Croce), por la otra, observaron en forma semejante aunque con desarrollos diferentes –y en el segundo caso, en un célebre artículo posterior en el tiempo pero sin referencias al historiador francés–, que la historiografía moderna habría nacido de la confluencia entre las técnicas eruditas de los monjes de Saint Maur (Mabillon) o de Port Royal (Tillemont) y los esquemas provistos por la Ilustración (Voltaire, Montesquieu) (Bloch, 1970; Momigliano, 1950, pp. 285-315; Croce, 1989, pp. 287-288). Esa confluencia, para Momigliano, se habría realizado en la obra de Gibbon, aunque han sido propuestas otras convergencias y también cronologías más antiguas, atendiendo sobre todo a una lectura de la erudición en clave antipirronista (Ginzburg, 2006, pp. 14-38). Si esa operación a su vez implicaba un giro en el papel de la historia, de la erudición anticuarria a la utilidad pragmática, ahora esta última iba a aplicarse al culto de la “nación”. Desde luego que la historia decimonónica no puede subsumirse totalmente en ese papel ni tampoco debe atribuírsele a ella un rol exclusivo, y ni siquiera dominante, entre el conjunto de instrumentos homogeneizadores que élites estatales o élites alternativas empleaban para lograr sus objetivos.

En dichos contextos, el presente trabajo confrontará tres historias nacionales: la *Historia Geral do Brasil* (1ª ed. 1854-1857; 2ª ed. 1877) de Francisco Varnhagen (1816-1878), la *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina* (1ª ed. 1858; 2ª ed, 1859; 3ª ed. 1877; 4ª ed. 1887) de Bartolomé Mitre (1821-1906), y la *Historia de la dominación española en el Uruguay* (1ª ed. 1880-1882; 2ª ed. 1895-1897) de Francisco Bauzá (1849-1899).

La elección de esos autores y de esas obras responde a ciertos criterios que deben ser explicitados desde el comienzo, ya que es posible sostener razonablemente que podrían haberse elegido otros y otras. Los criterios de selección son, desde luego, siempre problemáticos, sea en relación con la cuestión de qué debe entenderse por “historias”, sea con respecto a la representatividad de cada autor en el contexto de la respectiva historiografía nacional. En cuanto a lo primero, es visible que en buena parte del siglo XIX no existían (y tampoco existen hoy) consensos unánimes acerca de los deslindes entre la historia y otros géneros. Por poner un solo ejemplo, ¿cómo considerar el imaginativo *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, que contiene una inteligente lectura del pasado (además de muy influyente en la Argentina posterior) y que, sin embargo, no reposa sobre una investigación original y elude completamente la operación erudita? La mayoría de los contemporáneos no vieron allí un libro de historia y ese criterio se extendió y se consolidó luego entre los historiadores posteriores a medida que la historiografía definía con claridad creciente su territorio y sus diferencias con otros géneros, como la “crónica”, el “ensayo” o la literatura. Sin embargo, esa obra, poco luego de su realización, sirvió de excusa para que el Instituto Histórico de París incluyese a Sarmiento como miembro correspondiente o para que el mismo Mitre considerase conveniente proponerle al autor del *Facundo* que escribiese un “Corolario” a la segunda edición de su *Belgrano* (Sarmiento, 1859). En cualquier caso, entre criterios amplios o restringidos nos hemos inclinado por los segundos, sin convertirlos en un dogma de fe y admitiendo que otras alternativas eran posibles.

El mejor argumento a nuestro favor es la comparabilidad de las obras escogidas. Marc Bloch con su habitual sensatez señaló que, entre los historiadores, los estudios comparativos –un

juego de semejanzas y diferencias– requerían una cierta similitud y contemporaneidad de los objetos a observar que haga lícita la comparación, y también una cierta desemejanza de los ámbitos en que se desenvuelven que la haga iluminadora (Bloch, 1963, pp. 17-18). Aunque en tiempos más recientes se ha abogado por estrategias mucho más amplias, incluyendo algunas curiosas como “comparar lo incomparable”, preferimos mantenernos en posiciones más razonables. En este terreno, “similitud” es entendida aquí, en primer lugar, en lo que respecta al género. Como sus mismos títulos lo indican, se trata de “historias” en el sentido convencionalmente admitido en el siglo XIX, es decir, de narraciones desplegadas cronológicamente que intentan explicar el presente por el pasado y que lo hacen a través de la presentación de una abundante serie de hechos “comprobados”, según los criterios eruditos de verificación entonces imperantes. En cuanto al método, las tres pueden enmarcarse en la tradición abierta por aquella confluencia a la que aludían Bloch y Momigliano. En segundo lugar, ellas son “nacionales” por el propósito (justificar y/o exaltar el propio Estado o la propia nación, encontrando en el pasado los elementos que lo legitiman ante otros) y por el objeto: el desarrollo del relato se despliega en un espacio que engloba el territorio bajo dominación del Estado respectivo, en el momento contemporáneo a la producción de la obra, y aquellas áreas vecinas que fueron contenciosas. Sin embargo, es necesario apuntar una distinción en relación con el último punto: mientras las obras de Bauzá y de Varnhagen pertenecen plenamente al género de historias nacionales, la de Mitre bascula entre dos modelos que eran considerados diferentes, desde el mundo antiguo hasta el siglo XIX: el de la “biografía”, la historia de un hombre y el de la historia de un pueblo (Momigliano, 1974; Enders, 2000). Con todo, y más allá del eclecticismo de origen, el

carácter de “historia nacional” será crecientemente dominante en Mitre a medida que aparezcan las sucesivas ediciones ampliadas de la obra. Asimismo, en buena medida, sus autores también comparten una preocupación por un “estilo”, en el que además de cuestiones idiosincráticas influían consideraciones acerca de cuál era el pertinente para una obra de historia que la distinguiese de otros géneros: la historia como ramo de la crítica, no de la elocuencia y por ello necesariamente lacónica, en el decir de Varnhagen (1906, p. xii). Finalmente, las tres, aunque no estrictamente coetáneas, se publican dentro de un cuadro cronológico breve (menos de treinta años separan sus primeras ediciones): el tercer cuarto del siglo XIX, que les brinda suficientes elementos de homogeneidad en relación con climas culturales e historiográficos más generales en el mundo euroatlántico.

Una segunda cuestión remite, como señalamos, a la representatividad. Aun partiendo del recorte que hemos escogido, pueden presentarse varias alternativas. En el caso brasileño, es posible señalar la obra precedente de Robert Southey o la de João Francisco Lisboa, uno de los mayores polemistas de Varnhagen. La primera puede descartarse por diferentes razones. No tanto porque su autor fuese un poeta inglés, sino porque la misma (escrita a partir de 1806 y publicada en Londres desde 1810 y en el Brasil en 1862), que culmina su narración en 1808, con el arribo de João VI a Portugal, fue ideada y publicada no solo antes de la Independencia, sino antes de la transición a ella, con lo cual es una historia del Brasil colonial y no el estudio del surgimiento de un nuevo estado. En el caso de la obra de Lisboa, ésta es fragmentaria o centrada en dimensiones regionales o individuales y difícilmente pueda englobarse bajo la etiqueta “historia nacional”. En el caso argentino, la alternativa más visible es la que representaron los trabajos más tardíos de Vicente Fidel López. Aunque

la obra de éste gozó de una considerable fortuna –igual o tal vez aun mayor que la de Mitre en el período comprendido entre 1880 y 1910– los años posteriores decantarían el balance claramente en favor a Mitre, no solo por el juicio de la historiografía académica, sino porque ella parecía presentar un retrato del pasado que congeniaba más con el imaginario de la Argentina moderna o al menos con el de sus sectores letrados. En el caso uruguayo, la obra de Bauzá emerge casi sin rivales en el género “historia nacional” y ello fue reconocido sin muchas discusiones ya que, aunque hubiese antecedentes, era en esa obra donde maduraba algo que podía considerarse una historia (Oddone, 1959). Aquello que Carlos Real de Azúa propuso como la “línea crítica disidente” (el *Bosquejo Histórico* de Francisco Berra y sobre todo, a principios del siglo xx, los *Anales* de Eduardo Acevedo), no dejó de ser algo claramente diferente como operación historiográfica y notoriamente minoritario en cuanto a su difusión (Real de Azúa, 1990, pp. 222-225). Así, no parece arbitrario afirmar que las convenciones admitidas por las élites culturales de los tres países tendieron a considerar a los autores elegidos como fundadores o “padres” de la historia en sentido moderno (como Capistrano de Abreu dijo de Varnhagen, Blanco Acevedo y luego Juan Pivel Devoto de Bauzá, o Rómulo Carbia, y sus congéneres de la Nueva Escuela, de Mitre) y que esas obras constituían el primer esfuerzo erudito de pensar el pasado de sus respectivos países y originaban el punto de partida de una reflexión sistemática acerca de sus orígenes.

Desde luego que los relatos escogidos no pueden considerarse como un punto cero, ni tampoco como perspectivas sin contradictores entre sus contemporáneos y entre los historiadores posteriores y, por otra parte, su fortuna no fue uniforme a lo largo del tiempo. Una larga serie de críticas enfrentó la obra de

Varnhagen ya durante el Imperio o la República Velha (de João Francisco Lisboa a Manoel Bonfim), o la de Mitre aún antes de la aparición del revisionismo histórico (de Juan Baustista Alberdi a V. F. López o a Luis Alberto de Herrera). Así, su lugar fundador no deriva de que ellas no sufrieran embates y discusiones, sino de que les correspondió la precedencia temporal en el género erudito, y también porque de ellas derivó, por un tiempo mayor o menor, la construcción del relato canónico de los orígenes de las respectivas naciones y ello puede justificar la elección.

Tres historiadores y sus contextos

El contexto sudamericano, en los tres casos que analizaremos (la Argentina, el Brasil y el Uruguay) presenta algunas singularidades en relación con el europeo que es preciso señalar desde ya. Una reside en que, esquemáticamente, en Europa puede distinguirse entre los relatos que surgen en el ámbito de estados territoriales antiguos en vías de pasaje hacia el nuevo “Estado-nación” y aquellos que emergen entre letrados que representan (o se arrojan la representación) a minorías étnicas o lingüísticas y, en general, se articulan con movimientos políticos opositores o alternativos que luchan por lograr la construcción de una entidad política independiente. En cambio, y con las debidas diferencias que remarcaremos entre el Brasil y los dos países platenses, en los casos analizados en este trabajo la situación es más ambigua. Se trata de relatos surgidos en Estados recientes, no (o poco) consolidados, pero en el seno de las élites de poder y no entre alternativas a él. La segunda diferencia es que esos mismos límites o carencias de los Estados sudamericanos influían en las debilidades (Brasil) o en la ausencia (Argentina y Uruguay) de aquellas instituciones inherentes y necesarias para la labor erudita, esto

es: academias u otras sociedades *savantes*, espacios institucionales de enseñanza superior en los que hubiese una acumulación de saberes, archivos que reflejasen una sólida tradición estatal y una articulada burocracia, bibliotecas o colecciones documentales que exhibiesen una densa trama intelectual o incluso tradiciones o sociabilidades intelectuales consolidadas.

En ese cuadro de conjunto y en esos planos, la situación del Brasil era bastante mejor que la de los dos países sudamericanos. La naturaleza de la transición del antiguo régimen al Estado independiente permitió la continuidad de las estructuras estatales, a la vez que evitó la completa desorganización de la administración colonial, que sí se produjo en el ámbito del antiguo Virreinato del Río de la Plata. A su vez, el papel de la Corte trasladada a Río de Janeiro, directa o indirectamente promovía la actividad intelectual (dentro de una concepción tradicional). Un modo de observar el problema es presentar el itinerario del Instituto Histórico y Geográfico brasileño creado en Río de Janeiro en 1838 y del cual Francisco Varnhagen formará parte desde 1840. Surgió por iniciativa de la “Sociedade Auxiliadora da Indústria Nacional”, en el momento en que proliferaban las revueltas separatistas, como una clara afirmación de principios centralistas, monárquicos y moderados. Se trataba de una típica *société des savants*, que recordaba a las Academias ilustradas del siglo XVIII, aunque entre sus modelos estuviese también el Instituto Histórico de París nacido en 1834 (Salgado Guimaraes, 1988, pp. 5-27). Sin embargo, pronto los miembros del nuevo Instituto buscarían la protección y el patrocinio del poder real. Así, en la primera sesión ordinaria se nombró Protector al Emperador, cuya influencia desde entonces sería creciente, como lo exhibirán los nuevos estatutos aprobados en 1851. El Instituto terminó funcionando en una sala del Palacio Imperial, en la que el mismo Pedro

II presidía las reuniones regulares y además financiaba la mayor parte de su presupuesto regular, a la vez que brindaba otros apoyos extraordinarios vinculados a las necesidades de los investigadores. Estos apoyos no estuvieron desprovistos de consecuencias, en tanto ayudaron a perfilar otro tipo de hombre de letras, análogamente a lo que ha señalado Roger Chartier (1996) para el siglo XVIII europeo: aquel que no necesita vivir del éxito mayor o menor de sus obras (es decir, del mercado de editoriales y libros), sino que puede apelar al mecenazgo del poder. Es el caso, efectivamente, de Varnhagen. De este modo, buena parte de la investigación histórica pasaba a estar integrada en las lógicas de una sociedad cortesana y de la estructura de poder imperial.

El Instituto tenía como propósitos promover el estudio del pasado brasileño, recopilar y editar documentos y publicar una revista (tareas todas que llevará adelante con regularidad). La eficacia y la continuidad con las que logró desarrollar su cometido reposaron tanto en el mecenazgo real como en la legitimidad exclusiva que le brindaba el Estado imperial al reconocerlo como único ámbito para producir la historia nacional. Con todo, es difícil considerar de manera optimista (como lo hacía Voltaire) las ventajas del mecenazgo real por sobre las del mercado editorial, y más aún en un contexto como el brasileño. Las expresiones que utilizó Varnhagen en la dedicatoria al emperador de su Historia (“chego aos pés do Throno da Vossa Majestade”) son suficientemente reveladoras.

El caso rioplatense es muy diferente. Ciertamente, en 1843, detrás del modelo del Instituto de Río de Janeiro, Andrés Bello emprende la creación en Montevideo de un efímero Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata. Los ocho miembros fundadores fueron designados por el Gobierno de la Defensa, y ellos eligieron a cuatro más (entre los cuales se contaba a

Bartolomé Mitre). Sin embargo, las dificultades derivadas de la guerra y del sitio a la ciudad provocaron que el Instituto cesara prácticamente toda actividad ya en 1844. Con la caída de Rosas, el peso de las iniciativas se traslada a Buenos Aires, donde en 1854 Bartolomé Mitre promoverá la fundación de otra entidad, el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata en el contexto de la multiplicidad de iniciativas asociativas que caracterizan esos años. Sin embargo, la nueva creación, que solo comenzará a funcionar en 1856 y que se distinguía de las precedentes por ser una libre “asociación de setenta y un hombres de letras, ciencias y artes”, también tendrá vida efímera. Toda actividad parece haber cesado en 1859. Aunque desligada de todo vínculo formal con el Estado (de Buenos Aires y a diferencia de empresas anteriores), no puede ignorarse que su promotor era una figura política de primer plano en él.

Espacios semejantes al Instituto brasileño, con continuidad en el tiempo, deben esperar en la Argentina hasta la creación de la Junta de Historia y Numismática en 1893, entidad que funcionaba nuevamente como una asociación libre de estudios con alguna semejanza con el salón dieciochesco europeo, ya que las reuniones se hacían en la casa de su promotor: Bartolomé Mitre. Empero, si a ello agregamos el reconocimiento y la financiación estatal, en la Argentina habrá que esperar aún hasta principios del siglo XX, con el patrocinio que recibirá la Junta de Historia y Numismática gracias al ministro del interior, Joaquín V. González, durante la segunda presidencia de Roca; y en el Uruguay, hasta 1915, con la recreación del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, subsidiado desde el año siguiente por el Estado (Zubillaga, 2002, pp. 87-89).

Emblemático, quizás, de las características de la situación en el Río de la Plata es el itinerario de la primera colección de

documentos surgida allí, por iniciativa del napolitano Pietro De Angelis (1784-1859). Ideada en 1830 (seguramente bajo el modelo de las *Antiquitates Italicae* de Ludovico Antonio Muratori), comenzará a publicarse cinco años después. De Angelis, que diseñó la colección y actuó, a la vez, como editor e impresor, logró financiarla, no a través del gobierno de Rosas, a cuyo servicio estaba y a quien se la dedicó con muy elogiosas palabras de “su más obsecuente y obediente servidor” (que si recuerdan las de Varnhagen no llegan hasta las de este), sino a través de la venta de suscripciones. A cambio de ellas, los abonados recibían periódicamente fascículos de treinta páginas que luego se agrupaban en volúmenes. La obra cesó en 1837 por la escasez de papel (Sabor, 1995). Los documentos que le sirvieron a De Angelis para su colección y para su biblioteca terminaron vendidos al gobierno del Brasil mientras que los ejemplares remanentes de la primera edición de la Colección fueron vendidos al peso como papel para envolver. Un destino no menos irregular tuvo la colección rival, la Biblioteca del *Comercio del Plata*, publicada inicialmente por Florencio Varela en Montevideo a partir de 1845, que, completada más tarde por Valentín Alsina y Vicente Fidel López, no tendría una vida menos fragmentaria y episódica que la anterior.

Si los breves cuadros presentados enfatizan las diferencias entre la situación en los países platenses y la del Brasil, la cuestión puede también mirarse desde otro ángulo si volvemos a las premisas anotadas al comienzo de este apartado. Si se varían los términos de la comparación, debe señalarse que la vida académica entendida como vida universitaria que potencialmente podía enmarcar y a la vez brindar un lugar de enunciación para el discurso historiográfico, tal cual ocurriría crecientemente en varios países europeos a lo largo del siglo XIX, estaba en los tres casos sudamericanos casi totalmente ausente. El mismo mundo

universitario brasileño presentaba notables déficit e incluso no han faltado las comparaciones desfavorables entre este y el de otras realidades hispanoamericanas, aunque no con los casos rioplatenses. Estos presentaban un panorama quizás más desolador (en el mejor de los casos equivalente) que el existente en el Brasil. La decadencia en que se encontraba la Universidad más antigua (Córdoba) era complementada por la precariedad y el carácter reciente de las universidades de Buenos Aires y de la República en Montevideo. En el Brasil, además, debe señalarse que las limitaciones de las instituciones brasileñas eran en parte compensadas por el papel sustituto que desempeñaba la portuguesa Universidad de Coimbra. Con todo, debe recordarse que los tres historiadores aquí analizados fueron excéntricos a esos ambientes universitarios. Varnhagen ciertamente tenía una formación más sistemática adquirida en Portugal (en el Real Colegio Da Luz y en la Academia de Marina) pero no en Coimbra. Mitre, por su parte, carecía de toda formación regular (lo que le fue reprochado muchas veces) y luego siguió manteniéndose ajeno a los claustros universitarios. Bauzá, por su parte, que había comenzado estudios de Jurisprudencia en el Uruguay, pronto los abandonó y sus relaciones con los ambientes universitarios montevideanos (en especial con el Club Universitario), tras una fugaz participación inicial, fueron siempre distantes y aun tensas.

Más allá del nivel de las instituciones formales, de su perdurabilidad o del papel que el Estado jugó en ellas, debe prestarse atención a otros ámbitos informales que ocupaban un lugar no menos importante en la construcción de un campo erudito. Finalmente, las instituciones partían de espacios de sociabilidad preexistentes y subsistentes. En ellos, las diferencias entre la situación platense y la brasileña eran menos marcadas. En todos los casos, esos espacios reposaban en criterios de afinidades sociales

y amicales mucho más amplios de los que podrían presuponerse si se los imaginase como derivados de un compartido interés por el pasado, y, como consecuencia de esa amplitud, el nivel de especificidad o de “profesionalidad” era bastante bajo y la heterogeneidad intelectual muy grande. Ciertamente, eso llevaba a que fuesen ámbitos visibles de prestigio más que reuniones de sabios interesados en un objetivo común, característica que perduraría durante mucho tiempo en los tres países. Con todo, de ello podía extraerse una ventaja para los estudios históricos: dado que las fuentes o la bibliografía que necesitaban los aspirantes a ocuparse del pasado se encontraba mucho más en ámbitos privados que en repositorios públicos, los lugares de sociabilidad formales o informales facilitaban los préstamos y los intercambios. Por otra parte, debe recordarse que ese proceso de recopilación de documentos y otros restos del pasado que en forma pública o privada se llevaba a cabo tenía por objeto producir historias, pero también consagrar, a través de su conservación, en el objeto mismo, la memoria nacional.

Las tramas sumariamente presentadas son apenas una parte de vínculos mucho más extendidos que no requerían de la interacción interpersonal cara a cara, sino que reposaban en los lazos epistolares a la distancia. En este plano una vasta red internacional de relaciones se estableció entre aquellos que sí tenían interés en la historia conformando, como le escribía Bartolomé Mitre a Francisco Bauzá, en diciembre de 1884, una imaginaria “República Literaria del Río de la Plata” (Archivo Francisco Bauzá, c. 116, p. 13). A través de ellos circulaban préstamos, donaciones, intercambios o ventas de libros, manuscritos y los tan apreciados catálogos. Más aún, ellas constituían capítulos interesantes en el ejercicio de la crítica a través de la cual se construían consensos y se fortalecían o se debilitaban reputaciones. Ejemplar en este

sentido es la correspondencia entre Mitre y dos corresponsales chilenos, Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna (Archivo del General Mitre, 1912, XX, pp. 9-92; XXI, pp. 9-62).

Ciertamente, la cuestión de los documentos y también algún esquema conceptual que los organizase era importante en la definición de la historiografía moderna, como vimos al principio, y también lo era la existencia de instituciones y ámbitos de sociabilidad académica o intelectual, como acabamos de señalar. Sin embargo, para no caer en análisis formalistas o institucionalistas, deberíamos, aunque fuere muy rápidamente, señalar que ellos no dicen mucho acerca de otro instrumento fundamental de la nueva historiografía del siglo XIX: la filología –y no sería innecesario recordar que ya Giambattista Vico había definido a la historiografía moderna como la conjunción no de anticuaria sino de filología y filosofía. Ello hace pertinente otra pregunta: ¿de dónde hubieran podido sacar los tres estudiosos, con sus más y con sus menos, los instrumentos filológicos, de la ecdótica a la hermenéutica, para establecer críticamente e interpretar los documentos que con tanto esfuerzo reunían? Desde luego que acá (y eso incluía a Brasil) no había nada comparable a las tradiciones filológicas europeas en general y mucho menos aún con ese caso ejemplar que era el de la cultura alemana donde esa disciplina era reina por muchas razones (Grafton, 2000). Sin embargo, si no había ni escuelas ni tradiciones artesanales bien podría recordarse que no dejan de pervivir en la misma idea de filología algunas ambigüedades que hacen complejo sacar conclusiones decisivas, al menos acerca de los efectos de la carencia de saberes especializados en los países sudamericanos. Si ha de entenderse que las operaciones filológicas, de las más pedestres hasta las más complejas, pueden ser razonablemente desempeñadas más allá del conocimiento de una serie de técnicas aprendidas en manuales, a

partir de cualidades personales derivadas de la familiaridad con los textos y del ejercicio de una “lectura lenta”, las cosas se colocan en un plano diferente. En este, es una tarea pendiente dar un análisis de la eficacia de cada uno de los tres autores, no una interpretación general que parezca persuasiva de un proceso, sino la interpretación de situaciones específicas, a partir de los textos disponibles; y lo es porque en buena medida las habilidades filológicas, por una parte y el interés por ese tipo de aproximación, por la otra, no han abundado ni abundan en estas tierras.

Dejando abierta la cuestión enunciada, volvamos a otras que son más accesibles con relación, por ejemplo, a la colocación en el espacio social. En este punto, la posición que los tres historiadores ocuparon en los ámbitos de las élites letradas fue muy diferente, y ello deriva tanto de su colocación dentro de las mismas como del tipo de actividades que desarrollaron. Varnhagen es quien presenta un perfil más “profesional” (a la medida de entonces), no solo porque participaba como miembro pleno (aunque en un lugar no central) de los ámbitos de sociabilidad letrada en el Brasil y en Portugal, sino porque, además, reforzaba y ampliaba sus vínculos gracias a su labor como funcionario diplomático del Imperio, o a los apoyos que de este recibió para sus viajes de investigación, que facilitaron sus desplazamientos por los países europeos y sudamericanos. Todo ello le permitía el establecimiento de vínculos interpersonales con académicos de los dos continentes y parecía dar a su sociabilidad un perfil a la vez burocrático y erudito. Mitre, en cambio, que procedía de una familia relativamente marginal a las élites porteñas, fue un constructor de sí mismo tanto como de los ámbitos de sociabilidad letrada rioplatenses, formales e informales, de los cuales fue el principal impulsor y animador. Ese papel puede vincularse con la clara percepción de Mitre de la necesidad de lograr a partir de ellas

espacios de legitimidad para su propia obra historiográfica, en un contexto tan huérfano de estructuras estatales como lo sugiere el hecho de que incluyese, al menos desde las primeras ediciones, debajo de su nombre, la pertenencia a los Institutos del Río de la Plata y de Montevideo junto a la Sociedad de Anticuarios del Norte de Copenhague y la Sociedad Geográfica de Berlín. El hecho, por lo demás, no pasó inadvertido para Juan Bautista Alberdi, que lo señaló maliciosamente en su panfleto contra el historiador de Belgrano (Alberdi, 1996, p. V). Desde luego, la centralidad de Mitre no derivaba sustancialmente de esas memberships, sino de su lugar preeminente en el periodismo y de su papel de figura política de primer nivel en la política argentina y aun regional (un lugar más cercano, idealmente, al de los políticos-historiadores franceses de la primera mitad del siglo XIX que al de los eruditos profesores universitarios alemanes). Ciertamente, esa asociación entre historiador y político eminente no dejó de tener efectos negativos sobre la percepción de la historia de Mitre cuando sus acciones bajaron en la política argentina. No casualmente, en la década de 1880 los intelectuales y los políticos emergentes apoyaron financieramente la publicación y la difusión de la historia de su mayor rival, V. F. López.

Bauzá, por su parte, aunque perteneciente a una familia mejor ubicada en el ámbito del patriciado uruguayo, fue permanentemente una figura marginal dentro del mismo. Su colocación en la galaxia del Partido Colorado, dominante desde 1865 en la política uruguaya, era balanceada por su condición de católico militante, que lo colocaba en pugna con los climas preponderantes en el país. Así, su carrera política –diputado, senador, ministro de Gobierno y diplomático de su República– no alcanzó nunca hasta los niveles mayores de decisión y lo mismo ocurrió con su carrera académica, ya que su aspiración a ocupar la Cátedra de

Historia Americana y Nacional en la Universidad, en 1885, fue vetada por Carlos María Ramírez, entre otros (Pivel Devoto, 1967, pp. 226-227). De mayor importancia aun es que esa colocación obstaculizó los vínculos de Bauzá con los ámbitos eruditos cuyo perno rioplatense era la relación entre Mitre y Andrés Lamas. La relación con ambos fue formalmente cordial pero distante y, más allá de facilitaciones ocasionales (en especial por parte de Mitre), Bauzá no pudo acceder al enorme archivo reunido por Lamas, del que una breve parte había sido publicada en Montevideo en 1849. Sin embargo, debe recordarse que, aunque en los márgenes, es claro que Bauzá formaba parte de las élites dirigentes uruguayas.

Las obras fundadoras del relato de los orígenes pueden a su vez relacionarse con contextos y climas políticos en el seno de las élites letradas contemporáneas al momento de su producción. Aunque aquí sería necesario hacer algunas distinciones entre las diferentes ediciones y sus respectivos momentos, nos detendremos solo superficialmente en el tiempo de producción de las primeras. La obra de Varnhagen ha sido colocada por Arno Wehling en el clima del segundo reinado, conocido como *regresso* (1999, pp. 32-39). Es decir, en el contexto del giro centralizador, conservador y autoritario que coincide con el fin de la regencia y el comienzo del reinado de Pedro II (1840). La observación es justa e incluso podría enfatizarse, señalando que aun dentro del Instituto Histórico y Geográfico brasileño Varnhagen representaba la lectura más conservadora y exaltadora de la Casa de Braganza. La obra de Mitre –lo hizo ya José Luis Romero (1943)– ha sido ubicada en la crisis abierta entre 1852 y 1860, cuando dos estados independientes, Buenos Aires y la Confederación Argentina, conviven tensamente. Que en ese marco el líder de la facción política “nacionalista” de Buenos Aires escribiera un libro que

historiaba los orígenes comunes de la Argentina que fundamentaban la necesidad de un futuro compartido (tema que Mitre, asimismo, había defendido en la Asamblea General Constituyente del Estado de Buenos Aires en 1854) no puede considerarse casual. La de Bauzá, por su parte, ha sido relacionada, a la vez, con la situación interna –los intentos de “modernización”, la guerra civil y los esfuerzos por superarla–, expresada por los gobiernos autoritarios primero de Latorre y luego de Santos, y con la situación externa –la viabilidad del Uruguay, puesta en entredicho por otros intelectuales uruguayos como Juan Carlos Gómez, o argentinos, como Miguel Cané– (Caetano, 1992, pp. 82-84).

Sin embargo, más allá del carácter innegable persuasivo de esos argumentos, es necesario recordar que las obras son producto de un proceso de reflexión más largo que el momento en que son editadas y, a la vez, pueden reflejar horizontes ideológicos e historiográficos de los autores más perdurables. En ese sentido, los esquemas interpretativos pueden venir de antes (Mitre) o perdurar después (Varnhagen). Por ejemplo, en el caso de este último, el espíritu de su obra puede remitir a la vez al clima político del momento de su gestación y a una tendencia de más largo plazo presente en un autor cuyas simpatías oscilaban, antes y después, entre los “liberales doctrinarios” y los reaccionarios del tipo del “inimitable” De Maistre o, luego, de Donoso Cortés (Varnhagen, 1906, pp. LIV; Wehling, 1999, pp. 100-104). Inversamente, en el Mitre pensador, la matriz romántico-republicana y democrática de su formación –en la que confluía la influencia de sus lecturas francesas (Lamartine, entre otros) y de sus intercambios montevideanos con la tradición de Mazzini y sus discípulos– lo orientaban hacia otro lugar. En Bauzá, las cosas son más ambiguas pues se combinan, en tensión, la necesidad de orden y jerarquías sociales procedentes de su matriz católica con

los motivos igualitarios, liberales y democráticos procedentes de su ambiente formativo y de la cultura política uruguaya. Esa heterogeneidad se refleja en el catálogo fragmentario supérstite de su Biblioteca, en el que junto a los clásicos de la tradición liberal emergen los estudiosos católicos, de Balmes a Le Play (Archivo Francisco Bauzá, c. 15, p. 2).

Tres lecturas

Las tres obras tenían una unidad de propósito: destacar la singularidad del proceso histórico de su propia “comunidad”, y podrían ser consideradas historicistas en la medida en que partían de perspectivas individualizadoras que, por sobre la búsqueda de tipos universales, enfatizaban las dimensiones singulares e irreductibles del propio caso estudiado. En este sentido, también, las tres obras proponían resaltar la homogeneidad de las experiencias desarrolladas en el decurso temporal, en el ámbito de un espacio coincidente con las dimensiones de una unidad político-territorial, ya alcanzada o pronta a alcanzarse. La nación presente, vista como resultado de esa unidad de experiencias, era proyectada hacia sus mismos orígenes.

Las tres obras tenían asimismo un propósito “pragmático”: cimentar la unidad por el conocimiento de ese pasado y a partir de allí favorecer el “patriotismo”, lo que aparece claramente explicitado en las declaraciones de los tres autores acerca de sus obras y no solo en la mirada de los contemporáneos –Mitre: “fue escrito para despertar el sentimiento de la nacionalidad argentina, amortiguado entonces [en 1858] por la división de los pueblos” (1864, p. 145); Varnhagen (1906): “Em geral busquei inspirações de patriotismo [...] e procurei ir disciplinando produtivamente certas idéias soltas de nacionalidade”; Bauzá : “si me he

atrevido a emprender la tarea es por ‘instinto patriótico’” (1967, I, Segunda Parte, p. 160)–. Todo ello acompañado de argumentos en favor de la verdad histórica, del conocimiento progresivo del pasado y de la imparcialidad del historiador, cuya tarea era comparada a la del juez que dicta sentencia y no a la del abogado que-rellante. El énfasis puesto en los documentos originales a los que se alude o que se incluyen en forma de “documentos de prueba” va en el mismo sentido, además de querer proveer otro principio de legitimidad al relato.

Nada hay de singular aquí. Ese propósito de servir, a la vez, a la verdad y a la patria está presente en la gran mayoría de las historias nacionales en el siglo XIX y en (al menos) la primera mitad del siglo XX (y en muchos manifiestos historiográficos, recuérdese por ejemplo el del número inaugural de la *Revue Historique*). Como señalamos al comienzo, las necesidades instrumentales de los estados nacionales explican en gran medida la voluntad de escribir esas historias a la vez que garantizan su éxito. Varnhagen, Mitre y Bauzá conocen y divulgan los hechos del pasado nacional y a la vez lo construyen como “lugar de memoria” por medio de sus obras que, en este sentido, cumplen el papel de “monumentos” que las consagran. Sin embargo, no deberían enfatizarse exclusivamente los elementos comunes. La obra de Varnhagen ensambla perfectamente con las necesidades y los requerimientos del imperio y en tanto tal puede considerarse una forma de “historia oficial”. La de Mitre, a la que tantas veces luego le fuera atribuido el mismo carácter, tiene, sin embargo, una colocación más ambigua. Seguramente es funcional a las necesidades políticas que él mismo encarna (Alberdi señalaba que Mitre escribía la historia y a la vez la hacía). Pensar en una escisión completa entre el historiador y el político es imaginar pobremente el rol del segundo. Sin embargo, es difícil admitir que en los distintos grupos

dirigentes argentinos existiesen consensos uniformes y la posición de Mitre en el sistema político solo fue hegemónica en un período relativamente breve. Por lo demás, en el campo historiográfico, Mitre parecía inclinarse a un ecumenismo mayor que el de su facción política. Por su parte, la obra de Bauzá, que no es producida por iniciativa oficial, puede ser considerada la más autónoma de las tres (si bien tuvo un apoyo financiero más bien modesto del Estado uruguayo para la segunda edición). Sin embargo, y más allá de la indiferencia mayor o menor que acompañó la aparición de la obra, no puede no señalarse que ella refleja nuevos consensos existentes en los grupos dirigentes acerca de hechos y figuras del pasado, como es el caso de la reivindicación de Artigas (Pivel Devoto, 1967, pp. 222-225).

Otra diferencia no menor procede del público al que está destinado la obra y ello implica una idea de Estado y de sociedad. Mitre imagina su público no solo entre los eruditos, sino en un espacio más popular, que incluye los ámbitos escolares. En las palabras que a modo de "Prefacio" colocó en 1859: "un libro popular, que se lea en las escuelas, que ande en todas las manos, y forme con su ejemplo varones animosos" (Mitre, 1859, p. 12). Del mismo modo opinaba Bauzá en agosto de 1876, pocos años antes de dar a luz a su historia, en una carta a Florencio Escardó: "Nuestros deberes de ciudadanos nos imponen la obligación de enseñar a nuestros niños con nuestros libros", enseñar, ante todo, "la primera condición de progreso social y político para los pueblos [que] es el conocimiento de la historia" (Museo Histórico Nacional, 1972, pp. 356-357). Evaluar en qué medida esos objetivos se cumplían requeriría conocer tanto las tiradas de los libros como la circulación de las obras. El único dato que poseemos al respecto es el referido a la primera edición de Bauzá, provisto por la Memoria de A. Barreiro y Ramos presentada en la testamentaria:

de los 643 ejemplares entregados al librero encargado de la venta, este había vendido 377 y entregado 200 gratuitamente al gobierno nacional para su distribución (Archivo Francisco Bauzá, c. 125, e. 3). Por poner un término de comparación, la segunda edición de la *Historia de Belgrano* de Mitre reunió 329 suscriptores. En cualquier caso, el espacio entre las distintas ediciones sugiere que el público de las historias no fue extenso. Varnhagen, por su parte, excluye aquellos ámbitos pedagógicos e imagina en cambio que su historia está destinada –además de a Pedro II y a exaltar la gloria nacional–, a “suministrar datos aproveitaveis na administraçao do Estado”, ya sea el administrador, el jurisconsulto o el diplomático (Varnhagen, 1906, p. XX), algo no tan lejano como ideal del modelo del funcionario estatal rankeano (Cantimori, 1959, pp. XI-XXXVIII).

Desde luego que en ninguno de los tres casos puede subsumirse la obra en la funcionalidad de la misma, ni el patriota absorber plenamente al historiador. Exaltar a la nación no requiere el ingente esfuerzo de recopilación de fuentes y el acopio de datos que ellos hicieron. Más allá de cualquier otra consideración, la historia era algo que les interesaba en sí mismo, y en ella veían tanto un lugar en el campo de las letras como una vocación. Los denodados esfuerzos destinados a reunir los dispersos restos documentales o el tiempo que dedicaban a la labor historiográfica son claramente reveladores de que consideraban la labor historiográfica, en buena medida, un fin en sí mismo.

La forma de construcción del relato por parte de los tres autores presenta diferencias en lo que respecta a sus condiciones de producción y ellas pueden relacionarse con su posicionamiento profesional. Varnhagen es quien desarrolla, acorde con aquellas diferencias de contexto de inserción antes aludidas, la estrategia más “profesional”. Su obra reposa no solo sobre los materiales

disponibles en el Brasil, sino también sobre una consulta bastante sistemática de bibliotecas y archivos públicos europeos (Lisboa, Simancas, Sevilla, El Escorial, Biblioteca Colombiana, entre otros), financiada directa o indirectamente por la monarquía brasileña. Él mismo, además, nunca aspiró a ser otra cosa que un estudioso y un funcionario. Bartolomé Mitre y Bauzá, carentes de instituciones de soporte efectivas debieron recopilar como pudieron los documentos muchos más a partir de redes privadas (en este plano, Mitre tenía muchos más vínculos con estudiosos argentinos, uruguayos y chilenos que Bauzá) y apelando secundariamente a los caóticos archivos públicos existentes en sus respectivos países. Por ejemplo, el Archivo de Buenos Aires tan auspiciosamente creado en la primera mitad de la década de 1820 y que Mitre iba a consultar, había caído en un desorden lamentable (Swiderski, 2012). Asimismo, ambos eran, aunque con distinto relieve, figuras polifacéticas, que otorgaban un lugar relevante a la política activa y al periodismo. Esas diferencias, sin embargo, iluminan limitadamente el producto. Desde una mirada posterior, la diferencia entre sus relatos en cuanto a la erudición y a los usos que de ella puede hacerse no es tan evidente. Aquí el contexto temporal compartido y las posibles influencias recíprocas pueden colaborar para explicar homogeneidades. Mitre y Bauzá intercambiaron correspondencia, pero no consta que lo hubieran hecho con Varnhagen (Archivo Francisco Bauzá, Correspondencia; Catálogo del Archivo Privado de Bartolomé Mitre, 2007). Empero, desde luego Mitre conocía su obra y seguía atentamente las actividades del Instituto brasileño. En los vínculos originales desempeñó un papel importante Andrés Lamas, miembro correspondiente de ese Instituto, que actuaba como mediador entre este y otros estudiosos –como surge de la correspondencia entre Mitre y Diego Barros Arana en los años 1864 y 1865 (Archivo

del General Mitre, 1912, XX, pp. 26, 39)–. Asimismo, en ocasión de una visita privada de Mitre a Río de Janeiro, a fines de 1871, el Instituto Histórico y Geográfico lo designó socio honorario. Por su parte, no es claro si Bauzá había leído la obra de Varnhagen cuando escribió el primer tomo de la primera edición de su obra. Al menos, la referencia conocida es que la habría recibido recién en 1882 (junto con la de Southey) aunque es probable que ya hubiera tomado contacto con ella, al menos en su misión diplomática a Río de Janeiro del año anterior. En cualquier caso, en la “Reseña Preliminar” agregada a la segunda edición, en la que evalúa críticamente crónicas e historiografía, concede un lugar importante al libro “notable” de Varnhagen, si bien lo considera sumamente parcial en favor de Portugal. En cuanto a préstamos intelectuales, si es posible realizar analogías de la obra de Bauzá con la de Varnhagen (como ha señalado Pivel), su referencia mayor se encuentra en Mitre, no solo porque comparten una problemática en buena parte común sino, a la vez, porque este provee un modelo historiográfico conocido de interlocución y un esquema interpretativo con el que debatir. Sin embargo, todo ello no suprime los factores individuales, sea en cuanto a la formación intelectual, sea de carácter idiosincrásico. Por poner un solo ejemplo, Varnhagen, el más “profesional”, tenía, sin embargo, una vis polémica mayor que los rioplatenses.

En cualquier caso, las obras tienen, superficialmente, un aire de familia. El eje vertebrador es la dimensión política e institucional (aunque con mayores aperturas a la geografía en Varnhagen y Bauzá). Aunque todos ellos tuviesen clara la distinción entre crónica nica e historia y todos consideraban que se ocupaban de la segunda, y no de la primera, esta brindaba el soporte del relato, aunque, por otra parte, no se trataba en ningún caso de una historia solo, ni principalmente, de “grandes hombres”.

Operaban asimismo los tres con una dualidad argumentativa: por un lado, los hombres hacían la historia con sus aciertos y sus errores, pero, por otro lado, existía algo parecido a leyes ineluctables que convertían el presente en un resultado inevitable del pasado y la voluntad de los hombres en vana si chocaba con esas tendencias profundas. Estas se hacen más visibles en la segunda edición de Varnhagen, en cuyo nuevo prólogo creyó conveniente incluir una frase de Tocqueville según la cual “Los pueblos resienten eternamente de su origen. Las circunstancias que los acompañaron al nacer y que los ayudaron a desarrollarse influyen sobre toda su existencia”, o criticar a João Lisboa por ignorar el método de la “sociología” (Varnhagen, 1906, p. 507). Esos motivos son asimismo más visibles en las sucesivas ediciones de Mitre, en consonancia con los cambios de clima intelectual e historiográfico europeo del tercer cuarto del siglo XIX. La presentación de “leyes” de la evolución social está presente con claridad en la introducción sobre la sociabilidad argentina, agregada a la edición de 1876-1877, y en los capítulos adicionales a partir del XXX. En cualquier caso, ya en las primeras parece estar presente esa tensión entre acontecimiento e historia profunda, y en este punto la concepción de Guizot, que operaba con esa dualidad (Rosanvallon, 1985) –algunas de cuyas afinidades han sido señaladas para el caso de Varnhagen– probablemente debería indicarse también para el caso de Mitre. En Bauzá, la fecha comparativamente tardía de su publicación hace que los motivos “sociológicos” estén presentes desde las primeras obras, en especial en los “Apéndices críticos” que acompañan la culminación de cada período. Ellos reflejan, además, un interés por los estudios sociales presente desde antes y en las que puede ser visible la influencia de ensayistas europeos decimonónicos de la tradición del catolicismo social, como Le Play (Bauzá, 1876). La segunda

edición, a su vez, no introduce innovaciones conceptuales, sino que agrega nuevos hechos y modifica las interpretaciones sobre algunos sucesos y personajes.

Las tres historias tienen cuadros cronológicos diferentes y es bien sabido que la elección de los mismos contiene ya una interpretación. En la primera edición Varnhagen comienza su relato con el descubrimiento, y el período colonial ocupa toda su extensión, ya que termina en 1820, es decir, inmediatamente antes de la proclamación de la Independencia formal del Brasil. Como ha sido señalado, en la primera edición, los pueblos originarios aparecen recién en el octavo capítulo. Luego, a partir de los debates acerca de la cuestión y de su opción inicial, Varnhagen alteró el orden de los primeros capítulos para incluirlos en el segundo (César, 2006, pp. 30-31). Bauzá comienza con los “habitantes primitivos del Uruguay”, y el período colonial ocupa la mayor parte de la obra, que culmina en 1821. Mitre, a excepción del ensayo introductorio incluido en la edición de 1877, que brinda un panorama de conjunto sobre el período colonial, arranca a fines del siglo XVIII y finaliza en la segunda edición de 1859, en 1816, momento de la declaración de la independencia. En las sucesivas ediciones ampliará el cuadro cronológico hasta 1821, para hacerlo coincidir con la muerte de Belgrano, el fin de la guerra de independencia y la disolución del poder central. De todos modos, el grueso de su relato se concentra en la primera década independiente, la de 1810. Muchas pueden ser las razones de esas opciones diferentes. En Varnhagen están ligadas a la narración de un proceso lineal y sin rupturas desde los mismos orígenes hasta la independencia, vista en clave de continuidad con la época anterior. En Bauzá, se vinculan con la búsqueda de la irreducible especificidad uruguaya en causas más profundas que los avatares del proceso de independencia rioplatense. En Mitre, finalmente, es necesario

recordar que en su origen era una biografía de Belgrano delimitada cronológicamente por el ciclo vital de su héroe, y que lo que trata de narrar es el proceso de la revolución independentista leído en clave de ruptura con el pasado colonial. En este punto reproduce bastante bien el esquema cronológico propuesto por la historia de Mignet (1892), que fue uno de sus modelos.

De todos modos, en aquellos períodos en los que se solapan, existen coincidencias en relación con la mirada acerca del mundo colonial en el que todos buscan la singularidad de la propia nación (esto es visible también en el Mitre de la introducción de 1877). Esa mirada es tendencialmente favorable a esa época, aunque por distintas razones. En los tres, el proceso de conquista es un proceso civilizatorio que proyecta a la más avanzada Europa sobre el más atrasado mundo americano. Ese mundo es mirado sin ninguna simpatía por Varnhagen que lo considera no susceptible de historia, sino de etnografía. En ese contexto, los indígenas son claramente excluidos de la construcción nacional en Varnhagen en oposición con otros relatos (“románticos”), que buscaban dar de ellos una imagen positiva, no en tanto pueblos primitivos sino “decaídos”, lecturas presentes incluso en el seno del Instituto Histórico y Geográfico (Turín, 2006, pp. 95-97). Asimismo, y a los efectos de negar cualquier derecho a los indígenas del Brasil derivado de su condición de originarios, Varnhagen imaginó a los tupí como ocupantes también procedentes de movimientos ultramarinos, y propuso para ellos una genealogía (apoyada en bizarros argumentos etnolingüísticos que serían criticados por Mitre) que los emparentaba con los antiguos egipcios. Una mirada igualmente hostil a los pueblos originarios se encuentra en Mitre, quien, a los efectos de resaltar las ventajas rioplatenses en relación con otros contextos sudamericanos, enfatiza la característica dominante de la población blanca que en

el proceso de mezcla con los indígenas fue capaz de absorber, étnica y culturalmente, a aquellos, dando como resultado una nueva raza con rasgos típicamente europeos. Por otra parte, de su hostilidad a los indígenas considerados en estado de barbarie y a la posibilidad de incluirlos en cualquier imaginario fundador de la Argentina dejó numerosos testimonios, como por ejemplo en cartas a Juan María Gutiérrez y a Joaquín V. González (Mitre, 1912, XXI, pp. 208-220; J. V. González, 1912, I, pp. 9-11) En ambos planos, más allá de matices, Mitre y Varnhagen estaban bastante cerca en este punto. Para los dos autores, el proceso civilizatorio era posible en tanto la civilización blanca europea era capaz de absorber y diluir a los “salvajes”. Más matizado aparece el tema en Bauzá, por las razones aludidas en el párrafo anterior. La búsqueda de la especificidad uruguaya requería incorporar a ella a los indígenas de la banda oriental y junto al carácter primitivo atribuirles también innegables virtudes positivas (raza varonil, indómita, leal, de “buenas costumbres”, de buenos sentimientos como el “amor a la familia y la generosidad con los vencidos”, y aptos para ser redimidos por los misioneros jesuíticos). Más aún, ello lo llevaba, en otra forma del tema de la “excepcionalidad” positiva –característica de los relatos nacionales– a contraponer sus virtudes con los defectos de otros pueblos indígenas que poblaban el territorio brasileño (“antropófagos, geófagos y pederastas... falsos, hipócritas, traidores y desleales” (Bauzá, 1967, I segunda parte, pp. 206-247). Por otra parte, la “fealdad” de estos últimos contrastaba con la relativa belleza de los primeros. Así, a diferencia de los otros dos autores, Bauzá contribuirá significativamente (en paralelo con Zorrilla de San Martín) a la introducción del perdurable mito “charrúa” en el imaginario histórico uruguayo.

Las miradas son, en cambio, fuertemente divergentes en el período post 1810, y la comparación sistemática puede brindar elementos de interés. Baste aquí con sugerir que parecen operar con ideas de nación diferentes. Si en Varnhagen la concepción del Brasil remite a la capacidad del Estado brasileño, es decir de la monarquía lusitana, de ejercer el poder en un territorio, y la justificación de sus fronteras deriva de una aplicación estricta de la idea de razón de Estado (véase la lectura de la cuestión guaranítica), el argumento de Bauzá reposa antes en una supuesta identidad cultural que precede, justifica y delimita la nación posterior. En Mitre, finalmente, las cosas se plantean en un terreno más ambiguo, entre los argumentos presentados en la versión de 1877, abundantes ya en referencias acerca de leyes históricas (“del tiempo y del espacio”, “orgánicas”) y aquellos más visibles en la primera edición, cercanos a la idea francesa de nación política derivada de la voluntad de los actores.

Las miradas divergentes reposan también en otros elementos. En primer lugar, debe recordarse que Mitre y Bauzá intentan explicar un proceso revolucionario que implica una ruptura con el pasado colonial. En especial para Mitre, esa revolución es a la vez dos revoluciones –una política y otra social–, que con el tiempo encontrarán su conjunción y su equilibrio en una sociedad democrática (1945, pp. 681-715). Esa idea lo aleja de una comparación con los ejemplos provistos por las revoluciones inglesa y norteamericana, y lo acerca a los modelos provistos por algunas historias de la Revolución Francesa. Nuevamente, aquí es central el esquema de Mignet de dos revoluciones en una que, sin embargo, era un proceso unitario juzgado en conjunto positivamente. Para Bauzá, también se trata de una revolución producida por fuerzas sociales que una vez en movimiento son difíciles de controlar; también está dispuesto a contraponer favorablemente

el igualitarismo plebeyo de la revolución oriental al aristocratismo que imaginaba en la de Buenos Aires. Empero, más conservador y preocupado por el problema del orden, ese conflicto es organizado mucho más en torno de dos tendencias antagónicas que no son sociales sino políticas (o, mejor, que son leídas en clave política antes que social): aquella republicana (y el término es antepuesto al de federal), encarnada en Artigas y el movimiento uruguayo, y la monárquica, encarnada en Buenos Aires (Bauzá, 1967, V, pp. 228-234). En Varnhagen, finalmente, no se trata de explicar ninguna revolución sino de condenarlas (por ejemplo, su mirada de la “calamidad” de la revolución pernambucana) y alabar la continuidad sin rupturas del proceso histórico brasileño (1906, cap. LIII). Más aun, el proceso revolucionario constituye parte de ese anti-modelo que para él son las repúblicas sudamericanas. Cuánto debe ese proceso a la mirada sobre el modelo político inglés es un tema para profundizar; lo que parece fuera de discusión es la antipatía por el ejemplo francés.

Una reflexión final remite a la recepción de las obras en las épocas posteriores y a la perdurabilidad de sus relatos en los imaginarios sociales y en las tradiciones historiográficas respectivas. El primer problema es excesivamente complejo y quizás irresoluble, más allá de la conjetura. En relación con el segundo, una mirada general sugiere que la interpretación de Bauzá vertebrada de manera perdurable las lecturas hegemónicas de la historiografía uruguaya en el siglo XX (en un contexto tan dividido por tradiciones políticas opuestas, su autor tenía una envidiable ambigüedad en tanto que parte de la tradición colorada pero, a la vez, católico, y, además, el artiguismo del que fue uno de los precursores parecía cubrirlo todo). La obra de Mitre resiste firme al menos hasta la década de 1960. La opción a su favor de la Nueva Escuela Histórica y posteriormente de los nuevos historiadores

sociales no puede subestimarse en este plano. Menos perdurabilidad en el largo plazo parece presentar la lectura de Varnhagen, confrontada ya desde fines del siglo con el republicanismo de la “República Vieja” y luego con las transformaciones de la historiografía brasileña, al menos desde la década de 1930, alejadas de la estatolatría de Varnhagen, y con nuevos imaginarios sociales que, discursivamente por lo menos, introducían en la síntesis originaria a los indígenas americanos y a los pobladores de origen africano.

Bibliografía

- Alberdi, Juan Bautista (1996). Belgrano y sus historiadores. En *Escritos póstumos*. Vol. V. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Archivo del General Mitre (1912). *Correspondencia literaria*. Vols. XX-XXI. Buenos Aires: Biblioteca de La Nación.
- Archivo Francisco Bauzá en Archivo General de la Nación (Montevideo).
- Bauzá, Francisco (1876). *Ensayo sobre la formación de la clase media*. Montevideo: Imprenta El Nacional.
- Bauzá, Francisco (1967). *Historia de la dominación española en el Uruguay*. 6 vols. Montevideo: Barreiro y Ramos.
- Bloch, Marc (1970). *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bloch, Marc (1963). Pour une histoire comparée des sociétés européennes. En *Melanges historiques*. París: Sevpen.
- Caetano, Gerardo (1992). Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario. En Hugo Achurar y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?* Montevideo: Trilce.

- Cantimori, Delio (1959). Presentazione. En Leopold von Ranke, *Storia dei Papi* (pp. XI-XXXVIII). Firenze: Sansoni.
- Cezar, Temístocles (2006). A retórica da nacionalidade de Varnhagen e o mundo antigo: o caso da origem dos tupis. En Manoel Salgado Guimaraes (org.), *Estudos sobre a escrita da história*. Río de Janeiro: 7 Letras-UFRJ.
- Chartier, Roger (1996). L'homme des Lettres. En Michel Vovelle (ed.), *L'homme des Lumières*. París: Seuil.
- Croce, Benedetto (1989). *Teoria e storia della storiografia*. Milán: Adelphi.
- Enders, Armelle (2000). O Plutarco Brasileiro. A Produção dos Vultos Nacionais no Segundo Reinado. *Estudos Historicos*, 14 (25), 41-62.
- Febvre, Lucien (1996). *Honneur et Patrie*. París: Perrin.
- Grafton, Anthony (2000). De polyhistor en philologue. *Actes de le Recherche en Sciences Sociales*, 135, 25-38.
- Ginzburg, Carlo (2006). Descrizione e citazione. En *Il filo e le tracce. Vero, falso, finto* (pp. 14-38). Milán: Feltrinelli.
- González, Joaquín V. (1912). *La tradición nacional*. Vol. I. Buenos Aires: La Facultad.
- Mignet, François-Auguste (1892). *Histoire de la Révolution française depuis 1789 jusqu'en 1814*. 2 vols.. París: Perrin.
- Mitre, Bartolomé (1859). *Historia de Belgrano*, 2ª ed./ Buenos Aires: Imprenta de Mayo.
- Mitre, Bartolomé (1864) *Estudios Históricos sobre la Revolución Argentina. Belgrano y Güemes*. Buenos Aires: Imprenta del Comercio del Plata.
- Mitre, Bartolomé (1945). *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. Buenos Aires: Suelo Argentino (que reproduce la 4ª edición).

- Momigliano, Arnaldo (1950). Ancient History and the Antiquarian. *The Journal of the Warburg and the Courtauld Institutes*, 19, 285-315.
- Momigliano, Arnaldo (1974). *Lo sviluppo della biografia greca*. Torino: Einaudi.
- Museo Histórico Nacional (1972). *Revista Histórica*, Año XLVI, vol. XLIII.
- Museo Mitre, Archivo Histórico (2007). *Catálogo del Archivo Privado de Bartolomé Mitre*. Buenos Aires: Museo Mitre.
- Oddone, Juan A. (1959). La historiografía uruguaya en el siglo XIX, Apuntes para su estudio. *Revista Histórica de la Universidad*, segunda época, 1.
- Pivel Devoto, Juan (1967). Estudio Preliminar. En Fernando Bauzá, *Historia de la dominación española en el Uruguay*. Vol. 1. Montevideo: Barreiro y Ramos.
- Real de Azúa, Carlos (1990). *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. Montevideo: Arca.
- Romero, José Luis (1943). *Mitre, un historiador frente al destino nacional*. Buenos Aires: s.e.
- Rosanvallon, Pierre (1985). *Le moment Guizot*. París: Gallimard.
- Salgado Guimaraes, Manoel (1988). Nação e Civilização nos Tropicos: O Instituto Historico e Geografico Brasileiro e O Projeto de Uma Historia Nacional. *Estudos Historicos*, 1 (1), 5-27.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1859). Corolario a la Historia del General Belgrano. En Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano* Vol. II. (pp. 519-546). Buenos Aires: Imprenta de Mayo.
- Sabor, Josefa (1995). *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*. Buenos Aires: Solar.
- Swiderski, Graciela (2012). *La institución de la memoria. El Archivo General de la Nación y el patrimonio documental en la Argentina*.

- Tesis de Doctorado. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Turin, Rodrigo (2006). A obscura historia indígena. O discurso etnografico no IHGB (1840-1870). En Manoel Salgado Guimaraes (org.), *Estudos sobre a escrita da história*, Río de Janeiro: 7 Letras-UFRJ.
- Varnhagen, Francisco (1906). *Historia Geral do Brasil antes da sua separação e independencia do Portugal*. 3ª ed.. San Pablo: Cia. Melhoramentos de San Pablo.
- Wehling, Arno (1999). *Estado, História, Memória. Varnhagen e a Construção da Identidade Nacional*. Río de Janeiro: Editora Nova Fronteira.
- Zubillaga, Carlos (2002). *Historia e historiadores en el Uruguay del siglo XX*. Montevideo: Librería de la Facultad de Humanidades.

Estudio preliminar a *La ciudad indiana* de Juan Agustín García*

Juan Agustín García (hijo), como acostumbraba firmar para diferenciarse de su padre que, como su abuelo, llevaba los mismos dos primeros nombres, nació en Buenos Aires en 1862. Pertenecía a una familia antigua y acreditada –en un tiempo se hubiera dicho principal– pero no muy acomodada. Su padre, también abogado y magistrado (culminó su carrera como camarista en lo comercial), había sido una figura no irrelevante de la élite de la Buenos Aires posterior a Caseros. Diputado provincial primero y nacional varias veces después, era amigo de Mitre, con cuyos destinos políticos estuvo bastante tiempo asociado: habían participado en la fundación de *La Nación* y llegó a ser vicepresidente del Partido Nacional. Economista vocacional, fue uno de los oradores de las conferencias organizadas por el Club Industrial en 1882 y luego presidente del Banco Hipotecario Nacional y un efímero ministro de Hacienda de la Nación durante la crisis de 1890. Era, además un *bon vivant*, y no sabemos si por esta última

* Publicado como “Estudio preliminar” en Juan Agustín García, *La ciudad indiana. Sobre nuestra incultura y otros escritos*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 2006. Agradezco a Oscar Terán sus observaciones a una versión preliminar del texto eximiéndolo, desde luego, de cualquier responsabilidad sobre las afirmaciones contenidas en el mismo.

razón o por qué, él tampoco había heredado una cuantiosa fortuna. Juan Agustín García padre, que moriría en 1907, le legó a su hijo un sólido capital relacional en vida pero ningún bien inmueble de significación, ni urbano ni rural, a su muerte.¹

En este punto, los dos García recuerdan a los dos Quesada, Vicente y Ernesto. Ambos conjuntos remiten a su vez a un modelo también antiguo y bien conocido: el letrado colonial. Es decir, miembros de la élite social de pleno derecho, pero desprovistos de los medios (la propiedad rural sobre todo) que caracterizaban a ese grupo económicamente en el Buenos Aires tardocolonial e independiente. Así, Juan Agustín García (h.), que alguna vez se vanaglorió de que su familia tenía más de trescientos años de inserción en el país, por una parte estaba unido en matrimonio con otra familia tradicional y antigua (los Estrada) y fue a lo largo de su vida miembro de los clubes más selectos de Buenos Aires: el Club del Progreso, el Jockey Club y, sobre todo, el Círculo de Armas (Losada, 2004). Sin embargo, cuando contrajo una deuda de juego de 25.000 pesos, algo enigmática dada su personalidad pública, debió ponerse de nuevo a escribir regularmente en los diarios para poder saldar el crédito que tomó en un banco para pagarla (Binayán, 1955, p. 26). Asimismo, cuando murió en 1923, en una casa alquilada en Ayacucho y Peña, en la que residía desde hacía trece años, tras sucesivas mudanzas precedentes, dejó como bienes apenas una isla en el Tigre valuada en 13.000 pesos y una biblioteca no muy numerosa de alrededor de 2.000 volúmenes (Tau, 1996, pp. 306-307). Una colección de libros, modesta, si comparada con las de otros contemporáneos de los ambientes a los que pertenecía. Ciertamente ello puede deberse a que, como

1. Según Víctor Tau (1996) que estudió los expedientes sucesorios de Juan Agustín García padre e hijo.

una vez dijo, los libros verdaderamente imprescindibles podían reunirse en dos estantes. Sin embargo, no es menos cierto que sus ingresos como magistrado, periodista y profesor difícilmente lo habilitaran para compras dispendiosas en ese rubro, como las que podía hacer un Quesada por vía de los recursos de su familia política. Ello no sugiere que García se encontrase en una situación semejante a la de Lugones, o antes, de Eduardo Gutiérrez, obligados a escribir casi compulsivamente por razones crematísticas. García más bien se hallaba en una posición intermedia o si se prefiere ambigua, diferente a la vez de la de ellos y de la imagen convencional de los aristócratas escritores. En este sentido, el análisis de su testamento obliga a reformular ideas previamente sostenidas por muchos y por quien esto escribe.

Nada sabemos de los primeros pasos de García salvo un apego fuerte a su madre, según consta en una cálida dedicatoria tardía y puede entreverse en sus reiteradas reflexiones sobre el papel de la mujer en el Buenos Aires antiguo, que él percibía como víctima de una situación jurídica y social injustamente subalterna. Sabemos sí que estudió con los jesuitas en el Colegio del Salvador, lo que desde luego era un signo de distinción en esos años y luego en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, graduándose de abogado en 1881 y de doctor en Jurisprudencia al año siguiente, con una tesis sobre *Los hechos y los actos jurídicos* que el tribunal evaluó con un modesto seis. Es decir que perteneció a la misma generación de egresados que Luis María Drago, José Nicolás Matienzo, Norberto Piñero, Ernesto Quesada y Rodolfo Rivarola. Si todos ellos serán figuras destacadas de la vida intelectual argentina, dos itinerarios se diferencian allí netamente. Por un lado, el de aquellos que paralelamente a su desempeño en la vida universitaria, jurídica y periodística, ocuparon en distintos momentos un rol preeminente en la política argentina (lo

que estaba en sus horizontes de expectativas, ya que era y sería inherente a los egresados de aquella facultad, como son los casos de Drago, Matienzo, Piñero). Por el otro, los que como García, Quesada y Rivarola pasaron bastante o totalmente al margen de esta actividad. En ello podía verse, desde luego, una vocación, pero también las menores posibilidades que tuvo esa generación que llegó a la madurez en el momento de la desintegración del orden conservador y de la emergencia de nuevos tiempos con otras reglas, en las que el capital simbólico contaba menos y el voto y las máquinas políticas, más.

Acerca de la formación que recibió García en la Facultad de Derecho podrían hacerse unas pocas observaciones. La primera es que por mucho que el mismo García, con el correr de los años, recordase con creciente simpatía a sus maestros, los mismos podían proveer, en el mejor de los casos, una enseñanza general poco especializada y además poco profesional, adornada a veces de una cultura humanística amplia. Así ocurría, por ejemplo, en los casos de Pedro Goyena, que enseñaba Derecho Romano (sustituyendo el curso erudito y sistemático por “*ligeras y educadoras causeries*”, en el decir de Antonio Dellepiane) o de José Manuel Estrada, que impartía Constitucional. Más allá de ello, en las materias específicas (civil, comercial, procesual y otras) imperaba, según moda francesa, un análisis cerrado de códigos, sus fuentes y sus comentaristas o exegetas, con poca o ninguna atención a los contextos en los que los mismos habían sido escritos. El mismo García, en los tiempos en que había sido menos concesivo, había observado algunos de los déficits de esa enseñanza, apego excesivo a los textos, formalismo, inclinaciones a una retórica más propia del parlamento que de una Facultad, entre otros.

En cuanto al clima de ideas imperante en esa Facultad, por mucho que el positivismo estuviese en expansión, convirtiéndose

en la moda intelectual del Buenos Aires de esos años (y ello en el ámbito jurídico significaba en primer lugar Augusto Comte), el mismo operaba sobre una Facultad donde, más allá de algunos atisbos en las clases de Derecho Internacional de Amancio Alcorta, predominaban aún las viejas tendencias. Baste señalar que, en la colación de grados de la promoción de García, el orador principal en representación de la institución fue Pedro Goyena, quien se desencadenó en su discurso contra el positivismo en todas sus formas –Comte, Spencer, Darwin–, definiendo los estudios jurídicos como el último baluarte de una filosofía de la libertad y del libre albedrío contra las perniciosas nuevas influencias (Pestalardo, 1914, p. 153). Desde luego los tiempos estaban cambiando en esa facultad, pero ello coincidiría más con los años ochenta que con los precedentes y aún en este momento esa influencia de Comte, en especial en el método, iba acompañada por otras. Por ejemplo, en ese punto de referencia que eran para la Argentina las facultades de Derecho francesas, en los mismos años, comenzaba a entrar en crisis la exégesis de textos, y a renacer la escuela histórica (Mariluz Urquijo, 1996). En Argentina, un positivismo más integral (no como método, sino como sistema de creencias) se expandirá en cambio lentamente desde fines de la década de 1880 a partir de las cátedras de derecho penal (con el advenimiento de Norberto Piñero) y de derecho procesal penal. Ese nuevo clima será, al menos en parte, el resultado de la obra de esa misma promoción de 1882.

García, apenas graduado, comenzó a dictar clases de geografía en el Colegio Nacional y publicó un manual de la materia. Interrumpió su carrera docente para viajar a Europa donde permanecería por dos años, sobre todo en París. De esa experiencia quedan cuatro cartas incluidas en sus obras completas. Las mismas no revelan un observador particularmente atento

a las sociedades que visitó. Abundan en las cartas las reflexiones de carácter artístico y estético, sin mucha originalidad, salvo una curiosa observación acerca del papel de las “*Madonne*” como expresión y símbolo de la cultura y de la sociedad italiana. Por ejemplo, Nápoles no le pareció, como a Sarmiento, un lugar donde podía contemplarse cuánto podía descender la humanidad por debajo de cero. Por el contrario, se detuvo en una meditación, bastante transitada ya, sobre la belleza del cielo y del golfo partenopeo en el momento del crepúsculo. La abigarrada y multiforme sociedad que tanto le interesará luego como historiador está, en cambio, ausente en su relato (García, 1955, pp. 70-72). Los pocos personajes concretos que pueblan las descripciones de esas cartas pertenecen al curioso mundo de un casino en la costa azul. Una referencia a las visitas a unas librerías da alguna primera pista sobre sus curiosidades: su búsqueda de los escritos sobre arte de Taine, que no consigue encontrar en esos lugares provinciales, donde además de literatura de evasión solo está bien visible: *La France Juive* de Édouard Drumont (García, 1955, p. 64).

Vuelto a Buenos Aires, en 1887, fue súbitamente nombrado Inspector General de Colegios Secundarios y Escuelas Normales en lo que hay que ver, tal vez, la mano de Amancio Alcorta, un hombre con enorme influencia en el terreno educativo durante el orden roquista (era entonces rector del Colegio Nacional) y según Binayán numen protector de esa promoción de 1882. Empero quizás también, más pedestremente, la designación puede vincularse con las conexiones de su padre con la constelación gobernante. La llegada de García al ámbito educativo no parece en cambio tener que ver con las nuevas orientaciones que el equipo del ministerio dirigido por Filemón Posse estaba poniendo en marcha. Las mismas incluían ambiciosas reformas en los planes de estudio de los niveles primario y secundario, una de cuyas

notas era un temprano énfasis en una educación más “nacional” y menos “cosmopolita”. Énfasis que implicaba, entre otras cosas, reforzar la enseñanza de historia y geografía argentinas (Bertoni, 2001, pp. 47-49).

Las ideas de García, expresadas en su *Memorias como Inspector*, iban prioritariamente hacia otro lado: resolver el problema de producir demasiados bachilleres sin futuro cierto más allá del empleo público o los de una enseñanza excesivamente humanista que no habilitaba para la vida práctica y la existencia cotidiana. También iban en otra dirección sus propuestas en defensa de una enseñanza más técnica, en la que se reducía el papel de los colegios nacionales y se daba vida a escuelas comerciales, industriales y de oficio. Más allá de ello, la imagen que trasuntan los fragmentos publicados de sus memorias como inspector es que el estado de la educación argentina era bastante deplorable por muchas razones, entre las que se encontraban la formación superficial de los docentes y la poca aplicación a su tarea. Esta, según el Inspector García, se podía observar en las reiteradas ausencias de los profesores para lo que proponía severas medidas que incluían la cesantía al que faltase el veinte por ciento de las clases.

Desde luego que García compartía, más allá de que fue siempre un católico aunque oscilante y sin énfasis –lo que podía no ser contradictorio con adscripciones masónicas como era de rigor–, la idea de que la enseñanza debía estar en manos del Estado. Los resultados de la enseñanza libre le parecían aún más deplorables que las de las instituciones públicas, ya que con la excepción del de los jesuitas, los restantes colegios incorporados de Buenos Aires, le produjeron impresiones “tristísimas” (Binayán, 1955, p. 12).

Su rol de inspector, que se había complementado con el de docente de Psicología en el Instituto Libre de Segunda Enseñanza,

se prolongó hasta 1892, momento en que asumió como fiscal del crimen, iniciando una de las actividades principales a las que dedicaría sus esfuerzos. En el mismo año fue ascendido a juez de Instrucción y un año después a juez en lo Civil, cargo en el que permanecería hasta 1902. Ese año volvió a ser ascendido a miembro de la Cámara Federal, en la que permanecería hasta su jubilación en 1913. Poco se sabe de su actuación judicial más allá de comentarios aislados de algunos notables como Roque Sáenz Peña, en carta a Carlos Pellegrini de 1898, que refieren acerca de la calidad y confiabilidad de sus sentencias (Tau, 1996, p. 371). De muchas reflexiones esparcidas en sus escritos surgen no pocas incomodidades de García ante la obligatoriedad de aplicar un código civil prescriptivo y dogmático, al que por lo demás no apreciaba, a una realidad compleja que no podía ser encuadrada en un rígido corsé. El tema de las relaciones complejas entre las formas jurídicas y la vida social será uno de los motivos dominantes de su reflexión en tanto historiador. Más allá de ello, es ciertamente presumible que esa experiencia con la cotidianidad en la que lo colocaba su función de juez en lo civil influyese en esa curiosidad hacia las pequeñas historias de la gente corriente que serían para él la gran historia que habría que escribir, lejos de la política y de los grandes hombres.

En paralelo con su función judicial, García comenzó su carrera como profesor universitario. En 1893 fue nombrado profesor suplente de Introducción a las Ciencias Jurídicas y Sociales y de Derecho Público Eclesiástico, y al año siguiente aspiró, sin éxito aunque integró la terna de candidatos, a la cátedra de Filosofía General. En 1895 fue designado profesor suplente de Derecho Civil para luego, casi inmediatamente, ser nombrado titular de Introducción al Derecho. Desde luego ese itinerario, que no es exclusivo de García, nos recuerda, en consonancia con las

observaciones de Pestalardo (1914), cuán poco profesional era esa Facultad donde las competencias se adquirirían desde la cátedra y no antes de acceder a ella. En cualquier caso, el joven García tenía por entonces bastante energía y curiosidad como para ponerse a estudiar y presentar un respetable programa de la asignatura para el curso de 1896. En esos primeros cursos y más allá de ocasionales antecedentes, hace pleno ingreso de su mano, en una facultad todavía dominada por la exegética formalista de los códigos, el historicismo jurídico. Del mismo saldría un libro que contenía sus clases en ese mismo año, que sería retocado tres años después y republicado como *Introducción al estudio de las ciencias sociales argentinas* y del que hablaremos en la segunda parte de este estudio.

Sus afanes por elevar el nivel de la cultura universitaria argentina lo llevarían más allá en esos años, que son los más intensos y fértiles intelectualmente de García: en 1898 publicaría *El régimen colonial* que dos años después devendría en su obra mayor *La ciudad indiana*. En 1902 aparecerían los *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales* del que fue promotor. Una revista que buscaría implícitamente dialogar con otras que surgirían por entonces como *La Biblioteca* de Groussac o la *Revista de Derecho, Historia y Letras* de Estanislao Zeballos (donde el mismo García colaboraría) e insertarse en una trama de debates que sería una de las notas distintivas del campo intelectual de principios del siglo XX.

El propósito de la nueva revista de García era ambicioso, según dejó escrito en el prefacio al primer número de la misma: publicar estudios que fueran más allá de los estrechos ámbitos de las ciencias jurídicas y diesen cuenta del movimiento intelectual, político y económico de la Argentina, amén de comentarios bibliográficos que contribuyeran por medio de la crítica a

mejorar el nivel de la producción escrita argentina. Por detrás de ello, García buscaba elevar el nivel de una vida académica, según él verbosa, dominada por una retórica impersonal, adornada de vana y superficial erudición y aplicada a temas abstractos alejados de la vida real. Se trataba de recuperar el método de la observación con espíritu crítico y emplearlo para estudiar las distintas manifestaciones de la sociedad argentina, en el presente y en el pasado, para descubrir a través de él las causas profundas que regían su devenir. Esta operación debía realizarse concienzudamente, con método, trabajo y esfuerzo, según el ejemplo que habían provisto Groussac, Mitre y Vicente Fidel López. En suma, elevar el nivel de la vida intelectual de una facultad que no debía estar destinada a formar abogados, sino la clase dirigente. Esta idea parece haber estado bastante extendida en los hombres de la promoción de 1882, ya que reaparece casi en los mismos términos, dos años después en boca de José Nicolás Matienzo (Halperin Donghi, 2002, p. 92).

Más allá de mejorar la cultura académica, se trataba de impulsar la cultura argentina toda –que vivía todavía en un estadio que él definía de la “superstición”– para así alejarla de las naciones inferiores, como Honduras, y acercarla a aquellas superiores, como los Estados Unidos. Eso era hacer verdaderamente, según García, obra patriótica y nacional (1955, pp. 499-504). Aparece aquí ya un diagnóstico y una terapia que tendrán perdurabilidad en él: pensar la Argentina y “nuestra incultura” y los medios para superarla, que eran los que podía proveer la academia y no los políticos “más o menos fantasistas y vulgares”. La diferencia estriba en el clima optimista, o si se prefiere voluntarista, que imperaba en algunos de esos escritos de principios de siglo que contrastará, como veremos, con el tono pesimista de sus años crepusculares. Los avatares de la publicación fueron los

de la Facultad de Derecho y los de García en ella. Cesó en 1904 y reapareció en 1911.

La carrera docente de García siguió las oscilaciones de una vida universitaria crecientemente menos pacífica. En 1904, en el medio de un serio conflicto en la Facultad de Derecho entre profesores, estudiantes azuzados por otros profesores, intervenciones indirectas del poder político y debates parlamentarios, renunció junto con otros colegas a su cátedra. El conflicto que dio lugar, además, a la expulsión de estudiantes y a una prolongada huelga universitaria, parece haber sido un episodio más de la lucha entre roquistas y antirroquistas, que eran por lo demás dos galaxias bastante más heterogéneas y móviles que lo que se ha sostenido. Los primeros, entre los cuales se encuentra ocasionalmente García, se involucraron pronto en la neonata Universidad Nacional de La Plata, creada poco después por el entonces ministro de Roca, Joaquín V. González. García, al igual que otros compañeros de su promoción, Drago, Matienzo y Rivarola, integró la comisión que elaboraría el plan de estudios de la nueva Facultad de Derecho, a crearse en esa universidad. Rodolfo Rivarola sería el decano y García el vicedecano y enseñaría allí, en 1906, Sociología Jurídica. Deducir de este hecho una simpatía de García hacia el roquismo sería sin dudas excesivo. Por entonces había escrito, en alusión clara al mismo, que un gobierno basado en el lema de orden y paz estaba a la altura de las expectativas de las tribus negras que no podían ir más allá sin tropezarse con la civilización que las rechazaba (1955, p. 488). Más pesaban sin dudas las amistades con aquellos egresados de 1882 y en especial con Drago, que fue ministro de Relaciones Exteriores del general-presidente.

Su relación con la nueva universidad, más allá de que contemplaba en su programa una parte de las ideas de García –como

la orientación hacia una enseñanza más integral, un sistema de evaluación distinto y un papel más relevante para los estudios históricos—, no sería, sin embargo, más que episódica. En cambio, sería perdurable su vínculo con la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde había asumido el cargo de profesor de Historia Universal en 1905, materia que años más tarde cambiaría su nombre por el de Historia de América en sus relaciones con Europa, más acorde con los contenidos que dictaba. En ese puesto permanecería hasta su muerte en 1923. Asimismo, de esta Facultad sería delegado Interventor en 1918, en el momento de la Reforma Universitaria.

Antes de ello, en 1908, había vuelto a la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires donde enseñaría Sociología y sería vicedecano entre 1911 y 1915 (Ravignani, 1922-1923). Ese retorno no es sorprendente ya que, aunque García siempre estimó a la Facultad de Filosofía y Letras (a la que creía le tocaba un rol principal en la formación de la cultura argentina) la influencia intelectual que podía ejercerse desde uno y otro lugar, como el prestigio que conllevaba enseñar en cada una de ellas, era muy diferente. Un ejemplo de ello es que la mayoría de los historiadores profesionales de la generación sucesiva (aunque se dedicaban a una disciplina que se cultivaba en Filosofía y Letras), continuarían formándose en la Facultad de Derecho, y allí se perpetuaron los vínculos de solidaridad que luego los llevarían a la política en distintas agrupaciones. En Filosofía y Letras, lugar donde había una abundante presencia de un público femenino que se orientaba hacia la docencia secundaria, la influencia que podía ejercerse sobre las élites argentinas era bastante menor.²

2. Sobre la enseñanza de la historia en la Facultad de Filosofía y Letras, ver en general P. Buchbinder (1997). También F. Devoto (1996).

Los años del nuevo siglo siguen siendo prolíficos en publicaciones por parte de García. Las mismas, sin embargo, se dispersan en muchas direcciones, desde la novela histórica hasta ensayos breves, en las varias revistas que por entonces se publican y que luego son recopilados en libros, hasta el género de los discursos académicos en los que pareció especializarse. Ninguno de esos trabajos revela ya la energía y el esfuerzo de sus dos primeros libros sino más bien coartadas que le permitían eludir o postergar sus proyectos mayores. En el prefacio de la novela histórica *La Chepa Leona* (1910) indicó que practicaba el género mientras encontraba tiempo para escribir la historia del pueblo argentino. Es decir, la de “la masa anónima que con su esfuerzo obscuro y cotidiano impulsa el movimiento social” (1955, p. 603). Con su malignidad habitual, Groussac dijo, cuando escuchó hablar del intento de García de escribir esa historia: “este proyecto de Juancito me parece una tentativa como la de querer perforar la cordillera con un alfiler” (Binayán, 1955, p. 23).

Así, la vida pasaba en el medio de muchos proyectos; a la historia del pueblo se sumarían luego otros: una historia del diablo en la Argentina, un ensayo largo sobre Alberdi, una historia de la familia argentina, una historia de las ideas sociales, una prolongación al siglo XIX de la historia del derecho argentino, que no terminan de plasmarse en obras sino apenas en rápidos y breves esbozos. Los temas e incluso los ejemplos empezaban a repetirse, como si volviera una y otra vez sobre algunas ideas, sobre algunas lecturas y sobre un período: la Argentina colonial, en los que había hecho de joven sus mayores incursiones. Al menos conservó por un tiempo, a diferencia de Groussac, una importante dosis de auto ironía. En el prefacio a su *Ensayos y Notas* de 1903, de las cuales según el autor apenas tres o cuatro tenían interés, por la cantidad de trabajo empleado –que era el principal criterio

de medida para juzgar las obras argentinas con justicia-, sugirió que el libro debía ser incluido entre las “vanidades literarias” que engrosaban el “catálogo nacional”. Es decir, como una obra más dominada por esos rasgos que juzgaba tan poco estimables de la cultura argentina (1955, p. 479-480).

También su vitalidad como docente iba disminuyendo en la misma medida en que aumentaba su escepticismo hacia la enseñanza universitaria. Recuerda Binayán que los alumnos afirmaban que para ser reprobado en el examen de Sociología era necesario presentar una solicitud en papel sellado con un año de anticipación” (1955, p. 26). Asimismo, observando el registro de asistencias en la Facultad de Filosofía y Letras se percibe que su presencia en las clases era irregular, según los años y en algunos de ellos (1906, 1907, 1910) por debajo de aquello que veinte años antes reclamaba a los profesores de secundario (Devoto, 1996, p. 401). Sin embargo, algunos de sus alumnos y colegas dejaron un buen recuerdo de su paso por la facultad. Carlos Iburguren estimaba las cualidades de su estilo elegante y su espíritu agudo, expresión de una inteligencia sutil y de una amplia versación en temas filosóficos, históricos y literarios (1977, p. 239). Federico Pinedo, por su parte, apreciaba sus perspectivas historiográficas tanto como le desagradaban sus visiones políticas, en especial el profundo escepticismo de García hacia el sufragio universal. A su vez, Agustín Pestalardo, consideraba que su enseñanza era de las más valiosas que registraba esa Facultad y no dudaba en comparar sus capacidades con las de Paul Groussac (1914, p. 237).

Esos juicios y otros que emergían de sus alumnos (más allá de los últimos años, en los que parece haber existido una evidente disminución de sus facultades) explican, quizás, que su nombre gozase de tanta simpatía en el momento de la Reforma Universitaria, que lo llevara a ser designado interventor en la Facultad

de Filosofía y Letras. Su no elección posterior como decano demuestra el equívoco de la situación y cuán lejano estaba García de los aires que impulsaban la reforma aún en la moderada versión porteña.

Los programas de los cursos que dictaba eran muy cuidados, en el contexto de esos tiempos. En relación con las materias que dictaba en la Facultad de Derecho, han sido estudiados en detalle por Víctor Tau y a su análisis remitimos (1996). Observando el primero que dictó en Filosofía y Letras en 1905, se mide con ventaja (y al igual que los de Quesada) con los de otros profesores del área. La primera parte era general y se centraba en problemas conceptuales, aunque no desde la perspectiva de las reglas de la crítica histórica (a la manera que lo hacía Antonio Dellepiane), sino a partir del estudio de los grandes modelos de pensamiento de lo social: la interpretación romántica del espíritu nacional, la interpretación económica que era identificada sin más con el marxismo y la interpretación sociológica, ejemplificada con el sistema comtiano. La segunda parte, especial, se dedicaba al estudio de los consejos castellanos de la Edad Media en tanto que antecedente del régimen municipal argentino (García a N. Piñero, 10/10/1905).³

Como señalamos, de la política y de la función pública no judicial ni universitaria, García estuvo ausente, salvo una breve participación en el partido republicano a comienzos del siglo. Es posible conjeturar que, como otros hombres de su origen, formación y expectativas, haya esperado un llamado que lo incorporase a alguno de los elencos gobernantes (a ser uno de esos “ocho hombres afortunados” convocados por los presidentes, como una

3. En Archivo Facultad de Filosofía y Letras, B-2-8, 1, 17.

vez dijo) que se sucedieron entre el otoño roquista y la confusa, heterogénea y a menudo contradictoria transición que lo sucedió antes del irresistible avance del radicalismo. Ello no ocurrió nunca. Su carácter, “sin estridencias” como dijo de sí mismo, no lo ayudaba ciertamente. Menos aún su posición crecientemente desencantada, escéptica y crítica hacia el rumbo que tomaba la política argentina y la sociedad toda. Así, en esa fluida situación sucesiva a la desintegración del poder roquista, en la que tantos marginados volvieron al centro del juego político; desde los católicos a los antiguos juaristas; desde intelectuales a integrantes de familias de la elite social, García no se sumó. El estilo populachero de Figueroa Alcorta no era el suyo y el de Roque Sáenz Peña, que sí lo era, iba acompañado de unos ideales de reforma (“programas mal escritos y no pensados”) en los que no creyó nunca.

Las ideas de García sobre la sociedad y la política argentinas en los años en torno al Centenario aparecen dispersas en un conjunto de artículos, cursos, conferencias, críticas bibliográficas y homenajes académicos reunidos en un volumen, *En los jardines del convento* publicado en 1916. Los temas que allí trata enfatizan cuestiones ya abordadas en sus trabajos anteriores; en primer lugar, la familia argentina en el pasado y en el presente en la que veía, siguiendo la escuela de Le Play, el fundamento de todo orden social y los problemas de la modernidad. Se agregaban apuntes sobre los sentimientos (en el sentido de rasgos de mentalidad) y las ideas nacionales, sobre el derecho civil argentino y las necesidades de reformarlo, sobre los nuevos símbolos culturales, sobre la reforma electoral. Partiendo de reflexiones en torno a la situación presente, García se adentra rápidamente en una ejemplificación extraída del mundo colonial. No se trata empero, salvo en algún caso, de un intento de filiación histórica de ideas y problemas, sino del recurso más sencillo de establecer analogías

que prescindan de cualquier diferencia contextual y parecen querer recordar, una y otra vez, que las cuestiones argentinas siempre han sido las mismas desde el principio.

Más allá de las profesiones de fe historicista, tantas veces reiteradas, y de la necesidad de un método positivo para estudiar los fenómenos argentinos, no hay aquí una práctica, ni en una ni en el otro. Se trata de ligeras *causeries*, plenas de ideas, reflexiones y proyectos interesantes, pero no más que ello. El complejo y ambiguo retrato de Alberdi resalta en ese conjunto ya que, menos concesivamente que en escritos posteriores, ve en él las luces y sombras de los intelectuales argentinos. Un sentido de la realidad y una justeza de visiones que sobresalían en Alberdi pero que, para García, se mezclaban con una sustancial improvisación derivada de su falta de dedicación profunda a los temas que abordaba, de los límites de su formación y de una actitud más periódica que académica. Casi un juego de espejos entre biografiado y biógrafo.

Entre las reflexiones de García sobre el presente, están muchos temas de la agenda argentina de esos años. Una de ellas era la reforma de Sáenz Peña. Como vimos, no creía en las posibilidades regeneradoras del sufragio universal por muchas razones, entre ellas, porque los resultados del mismo no eran independientes del nivel de cultura de una sociedad, y no apreciaba el de la Argentina de entonces. También en lo específico, porque tampoco le parecía razonable una reforma que no se basase en el voto por circunscripciones, y en el que, además, se incluyese la lista incompleta que buscaba asegurar la representación de las minorías. No era necesario, según García, ya que desde 1810 estas habían gobernado siempre con excepción del período de Rosas.

En realidad, en esas reflexiones aparecían bien ilustradas las ideas de García acerca de las normas, las prácticas y la

dependencia de ellas de los hábitos sociales. Una ley electoral no podía cambiar una sociedad como no podía hacerlo un código. Con ironía no negaba que se hubieran hecho progresos en la conciencia pública que iban del reemplazo de la violencia electoral por el fraude (“que suprime la libertad del elector pero respeta su persona física”) y de éste a la corrupción (“que respeta la libertad y la voluntad”). Empero para que una reforma funcionase adecuadamente era necesario primero educar a los ciudadanos para que pudieran disciplinarse a sí mismos, que existiese un “sentimiento de obediencia y respeto por el poder público” y algún elemento de cohesión entre los habitantes (1955, pp. 764-765). Como se ve, el retorno a los mismos reiterados temas. No dijo, pero estuvo cerca de decirlo, que el régimen electoral del sufragio universal instaurado por la ley Sáenz Peña era simplemente un abuso de la estadística. El escepticismo de García hacia el nuevo rumbo que iba a tomar la política Argentina no era solo de él, desde luego, sino algo bastante generalizado en los ambientes en los que se movía (Devoto, 1996). La diferencia estaba en que él se atrevía a hacerlo más explícito.

Su imagen de la sociedad argentina en torno a 1910 no era más optimista. No veía en ella los elementos primordiales necesarios para la cohesión de una sociedad: el sentimiento de solidaridad social, la disciplina y el respeto a la autoridad (García, 1955, 1417-1418). El retrato del Centenario que emerge en su correspondencia publicada con Luis María Drago lo asemeja al de un carnaval dominado por una, para él inesperada, ola de entusiasmo ilimitado, de la que se contagió por un instante, seguido por el retorno a la profunda proverbial indiferencia argentina. No menos preocupante le parecían ciertos climas que llevaban a la exaltación del gaucho y de la literatura gauchesca, en especial el *Martín Fierro*. Le desconcertaban el símbolo y también la

actitud, que le parecía suicida, de una clase dirigente que aplaudía con manos enguantadas a un poeta de talento (Lugones) que exponía un ideario que en el fondo la negaba. Es decir, negaba la civilización trabajosamente construida desde Caseros, al negar las ideas de justicia, de honor, de deber que habían tratado de inculcarse en los orígenes de la Argentina moderna. Fierro, Santos Vega y otros eran un puro concentrado de ejemplos de indisciplina, sensualismo, orgullo enfermizo, brutalidad, rechazo de cualquier proyecto positivo. Así la apología del gaucho le parecía congenial con el éxito del tango (luego agregaría a ese inventario el teatro nacional), dos emblemas del progresivo embrutecimiento argentino (1955, pp. 734-735). Su respuesta era aislarse en su biblioteca, donde estaba rodeado de los retratos de aquellos intelectuales europeos que tanto estimaba –Taine, Schopenhauer, Hegel–, leer en modo disperso libros viejos y recientes o documentos antiguos en las ediciones que por entonces comenzaban a aparecer impulsadas por organismos estatales como parte de la aspiración a la construcción de una memoria pública, y escribir sus ya breves textos. Lentamente se iba convirtiendo en un *laudator temporis acti*, descubriendo que las décadas finales del siglo XIX, que en su momento no había considerado tan estimables y pese al organicismo y al darwinismo a los que detestaba, habían sido “nuestra época de Pericles” (1955, p. 744).

Desde luego, esa actitud distante y desencantada respondía a un *élan* vital. Empero también puede ser puesta en relación con su voluntad de construir un tipo de personaje bastante habitual entonces, en Argentina y en otros contextos. Escepticismo, desencanto, ironía más leve o más incisiva eran rasgos de estilo que habían cultivado aquí Mansilla y Wilde. En Francia se denominaba “renanismo” y Anatole France había sido uno de sus mayores exponentes (Halévy, 1994).

Mirada en perspectiva, la actividad de García parecía irse apagando lentamente. Sin embargo, aquella deuda aludida u otras razones que desconocemos, lo llevaron a volver al ruedo y buscar, a través del periodismo y del teatro, nuevos recursos para subsistir, o para alcanzar finalmente a ese público más amplio que le había sido esquivo y al que nunca había querido en el fondo halagar. Sus colaboraciones en los periódicos se tornaron de ocasionales en regulares, en especial en *La Prensa*. Ello lo condujo a acentuar una vis polémica y a enfrascarse más abiertamente en los debates contemporáneos, que en los años precedentes había enfocado de modo más elusivo. No dejaba de ser una paradoja ya que parecía finalmente buscar influir sobre un público al que en el fondo no apreciaba –como no apreciaba a la sociedad de masas en todas sus manifestaciones–, y al que azotaba con sus perspectivas cada vez más alejadas de la sensibilidad de sus contemporáneos. Una cierta crispación inesperada aparece así en los escritos que coinciden, aproximadamente, con el momento del advenimiento del radicalismo en la Argentina, y con el desenlace de la Primera Guerra Mundial (ante la que defendía la necesidad de la neutralidad) y la Revolución Rusa, en el mundo.

Los escritos reunidos en *Sobre el teatro nacional y otros ensayos* (1921) dan cuenta de ello, al igual que los artículos periodísticos agrupados en forma de libro bajo el título de *Sobre nuestra incultura* (1922). El primero de ellos reúne un nuevo centro de interés de García: el teatro. Se combinan allí varias cuestiones. En primer lugar que, al otorgarle un papel central en el funcionamiento de la sociedad a los modelos de referencia que emergían de centros de irradiación, que suponía tenían impacto amplio sobre el comportamiento cotidiano de las personas, su preocupación por ese nuevo espacio masivo de sociabilidad era inevitable. El teatro

educaba, según él, tanto como la escuela, y educaba en la barbarie (1955, p. 1398).

Los ejemplos que surgían del teatro nacional, cuyo emblema lo encontraba en las obras de Florencio Sánchez, eran para García deplorables, desde el lenguaje chabacano hasta los personajes y situaciones que planteaban una idea deletérea de la sociedad con consecuencias peligrosas. De los dos motivos, el del estilo era el más relevante ya que en sí mismo contenía un código de comportamiento. No se trataba solo de que la supuesta vulgaridad del teatro nacional imponía hábitos y gustos barbarizadores en la sociedad argentina, sino de que los mismos eran mucho peores que la misma cultura que espontáneamente surgía de las clases populares argentinas. En esto reaparecía una idea recurrente en García, el buen pueblo, al que solía mirar con una paternal simpatía.

Dos diferencias resaltan en este momento. La primera es que descendía a una polémica abierta a través de la prensa y contra adversarios menos dispuestos a confrontarse con argumentos, a la vez menos sibilinos, cuidadosos y elegantes que en los debates de la antigua república de las letras. La segunda, que García por una vez se decidió no solo a criticar sino a intervenir más activamente, poniéndose él mismo a escribir obras de teatro con un propósito ejemplificador para los otros autores y para el público. De sus obras, una, *El mundo de los snobs* (1920), fue estrenada. El fracaso de crítica y de público que la acompañó eran previsibles. No necesariamente porque en ella García retratase en modo crítico a su clase social, como fue argumentado, ya que no se trataba de eso. Por el contrario, la obra retrataba no la clase o sector social al que García creía pertenecer y que estaba, en su misma autopercepción, en vías de extinción, sino a los nuevos ricos que la estaban sustituyendo. Empero y más allá de que a ese grupo no le complaciese verse retratado de ese modo, el fracaso de García

tenía que ver, más allá del problema del dominio de las reglas del género, con la poca sintonía que tenía con la nueva Argentina de entonces, sus hábitos y consumos culturales, sus horizontes de creencias. Lo mismo ocurría con Groussac, como autor teatral y más aún, por entonces, en casi cualquier condición.

Su lamentó de que la estimación que, en época precedente, los ciudadanos tenían hacia López, Cané o Goyena se dirigiese ahora hacia los héroes del polo o del boxeo; era bastante candoroso. No lo era menos su pretensión de combatir el tango o la milonga –que constituían, según García, un “curso de degeneración”–, mediante coros escolares donde los alumnos se ejercitasen en Schumann o Mozart (1955, p. 1398). Así, intentar influenciar sobre ellas desde un olimpo aristocrático era puro voluntarismo, como el mismo García lo había señalado tantas veces en sus reflexiones sobre el pasado argentino y sobre el papel que los teorizadores abstractos habían tenido en él.

La distancia de García respecto de sus contemporáneos puede observarse en otros temas que enfrenta en esos años. La Argentina era, recordémoslo, el país democrático hijo de la Ley Sáenz Peña donde gobernaba Hipólito Yrigoyen y el radicalismo, el país de la Semana Trágica y de la Reforma Universitaria, el país del ascenso irresistible de las nuevas clases medias. Ante esto, muchos y no solo García, reaccionaban con irritación y desdén. La originalidad de García es que sus aprehensiones no se orientaban, como en los más, prioritariamente hacia el problema del sistema político (cómo enmendar el error de la ley Sáenz Peña) ni hacia la cuestión social. Se orientaban, en cambio, hacia lo que creía eran las raíces mismas del problema, la cultura argentina que había caído en un “lodazal” debido a la incuria e imprevisión de sus clases dirigentes. Estas que estaban en el centro del problema –y a las que García se dirigía prioritariamente– no solo

carecían de ideas adecuadas, sino que ellas mismas brindaban ejemplos y modelos poco edificantes para construir una sociedad como la que él imaginaba. Es decir, ordenada, jerarquizada, en la que predominasen el autocontrol sobre las pasiones y los sentimientos, los buenos modales, la elegancia de las formas. En suma, aunque él no la llamase así, un ideal de sociedad burguesa tal cual podía emerger de una mirada sobre algunas áreas urbanas europeas a finales del siglo XIX o incluso sobre la Argentina de la misma época. Lo que había en la Argentina, en cambio, era un binomio fatal, plebeyismo por doquier y un snob aristocratismo de los grupos dirigentes.

En ese contexto, una particular preocupación le concitaba el catolicismo argentino. García era, lo señalamos, un católico intermitente y sin convicción. Sin embargo, era también hijo de un tiempo del liberalismo argentino y así siempre se había opuesto a que la influencia de la religión se extendiese más allá de lo estrictamente espiritual. Heredero intelectual de la idea de un estado laico creía en la rigurosa separación entre este y la Iglesia. Cuando en 1910 el episcopado argentino por impulso de los jesuitas fundó la Universidad Católica, para cuyos títulos buscó el reconocimiento oficial, García estuvo entre los que se opusieron a ello.

Creía también en el rol que el sentimiento religioso cumple en una sociedad. Como resultado de ello veía a fines de los años diez, con preocupación extrema, la expansión de un catolicismo aristocratizante y snob que se ejemplificaba en la ostentación de riqueza, en la adhesión a elegantes y mundanos predicadores de moda (aunque sin citarlo, la referencia es aquí a monseñor De Andrea), en un culto vacío y exterior. Ciertamente, decía García, existía otro catolicismo al que llamaba democrático o proletario, sencillo y piadoso, pero era de temer que el ejemplo del primero

desatase el odio hacia el segundo y actuase así como otro factor más disolvente en la sociedad.

Iniciativas como la gran colecta nacional de 1919 le parecían deplorables por muchas razones, entre ellas porque reflejaban ese estado de cosas. Lo que la impulsaba era el miedo de los poderosos a la revolución social, no el deber cristiano; el egoísmo, no la solidaridad. En la sociedad colonial era el miedo al infierno, ahora era el miedo al maximalismo. No reflejaban la caridad, sino que la caridad había muerto ya en esos tiempos. Asimismo, la idea de resolver los problemas sociales a través de la caridad de los ricos mostraba, para García, un notable atraso de la sociedad argentina. Colocándose en una posición muy moderna en este tema, que refleja la complejidad y no pocas ambigüedades de un pensamiento que no puede rotularse sumariamente con la palabra conservador, García pensaba que la antigua caridad debía ser substituida por los deberes del estado que debían ser financiados como correspondía, esto es con impuestos. Estos deberes eran correlativos del derecho de los ciudadanos, en tanto tales, a la vida y a la salud.

Al contexto internacional de entonces, García se refirió mucho menos. Dejó al pasar una observación elogiosa hacia Wilson (objeto de admiración por lo demás bastante extendido entre intelectuales argentinos, piénsese en Ingenieros) y varias críticas al maximalismo y a la Revolución Rusa, vistos simplemente como un retorno a la barbarie. En busca de analogías las encontraba en las misiones jesuíticas. Como estas, también el nuevo régimen soviético estaba destinado con el tiempo a desaparecer y a no dejar trazas. Los imitadores locales le preocupaban menos; era apenas snobismo.

En 1923 García moriría víctima de una bronquitis a los 61 años. Su hijo publicaría póstumamente *Sombras que pasan* que

reunía una variada miscelánea que su autor había preparado para una eventual edición.

Dos libros y sus contextos

En 1900, como ya señalamos, Juan Agustín García publicaba *La ciudad indiana*, que sería su obra mayor, al menos desde el punto de vista de la recepción contemporánea y posterior. El título, que como es sabido remite al conocido libro de Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*, es engañoso en cuanto a las influencias y al contenido. Poco hay allí que tenga que ver con esa obra y con su autor, aunque cierta influencia de otro libro de Fustel, según Carbia, puede percibirse en él.⁴ En realidad, García había jugado precedentemente con la idea de ponerle otro título a la obra: ante todo el de *El régimen colonial* (que había dado lugar al libro antecesor más breve de 1896) o el de *Política indiana* (así, con este rótulo, aparecen en *La Nación* las anticipaciones de dos capítulos en 1900).

Quizás para comprender el itinerario intelectual que lleva a la redacción del libro, sea conveniente detenerse primero en la *Introducción a las ciencias sociales argentinas*, ya que varias de las ideas aparecen ya esbozadas allí, pero sobre todo porque el mismo muestra bastante claramente a través de los autores que presentaba a sus alumnos, el universo de lecturas de García. Ellas son tributarias de lo que había recibido en su formación universitaria, pero mucho más de lo que desordenadamente había leído como era habitual entre los hombres de su tiempo. Menos

4. Carbia alude a *Histoire des institutions politiques de l'Ancienne France: la monarchie franque* (1939, p. 284).

común era la amplitud de temas hacia los que había orientado sus curiosidades.

Al presentar a sus alumnos el propósito de la materia, García insistía preliminarmente sobre dos cuestiones. La primera era la necesidad de unas ciencias sociales nacionales, en el doble sentido de preocupadas por estudiar los fenómenos argentinos y de creadoras de una tradición nacional que sirviese para inculcar respeto y aún veneración hacia ella, como instrumento imprescindible para el desarrollo del proceso civilizatorio argentino. En segundo lugar, enfatizaba la cuestión del método que era no el especulativo, sino el de la observación empírica. Método inductivo, realista e histórico (García siempre abominó los pensadores y los políticos abstractos, entre los que incluía, como símbolos, a Rousseau y a los jacobinos). En este plano, argumentaba García, las ciencias sociales no construían verdades universales sino regionales o nacionales (se podría decir contextuales), por lo que no había singulares (derecho, economía, sociología) sino plurales (1955, pp. 83-87).

Era, así, una profesión de fe a la vez historicista y positiva bajo la invocación de los nombres de Savigny y Comte. La adhesión al método de este último no es sorprendente. Finalmente, existían muchos usos de Comte y aunque el de García se reducía principalmente al método no era necesariamente incompatible tampoco con la filosofía de un pensador en el cual el conocimiento positivo se colocaba como base subordinada del principio subjetivo que estaba en la cumbre de su sistema, como el mismo García señalaría años después, en *Sobre nuestra incultura*. Un sistema en el cual el sentimiento adquiría supremacía en el último nivel sobre la inteligencia, y en el que las artes se dignificaban a la par y a veces sobre las ciencias sociales. La nueva “religión” positiva era también una religión, un “nuevo cristianismo”, una nueva

iglesia en la que a sus clérigos les correspondía actuar como consejeros orientadores de un poder político que no debía ser ejercido por ellos mismos (Bénichou, 1996, pp. 736-742). Todo lo que era, en ambos planos, compatible con las ideas de García.

A la hora de presentar la forma de estudiar los fenómenos sociales, García hacía un inventario de métodos y perspectivas en distintas disciplinas: psicología social, sociología, economía política y derecho. La primera era la más relevante y la que sostenía el edificio conceptual de García. No se trataba, empero, de la escuela alemana de Leipzig de la *Völkerpsychologie* (tan influyente en Quesada), aun cuando Wundt aparece citado ya en un trabajo de García de 1893. Se trataba de algo mucho más francés y vinculado a la obra en la que Hipólito Taine intentaba asentar la base de una psicología científica, desde la cual formulará sus ideas del sistema de representaciones de los hombres que fundamentan su aproximación psicológica a los fenómenos históricos⁵. Aunque García hace mucho uso del psicólogo y lógico, secuaz de la escuela escocesa, Alexander Bain, es necesario recordar que el pensamiento de este último, junto con la lógica de John Stuart Mill, habían sido retomadas por Taine en el libro citado, con importantes distinciones. Una de ellas era la de considerar a los fenómenos psicológicos (en los que no podía distinguirse entre salud y enfermedad, colocadas en un *continuum*) no de manera estática y atemporal sino históricamente condicionados (Pozzi, 1993, pp. 90-96). Es ello lo que fundamenta luego su noción del

5. "Para escribir estas minúsculas páginas he debido repasar a Bain, Spencer, Ribot, Richet, Sully, Sergi, Ball, Romanes y Wundt y especialmente las dos obras que me han servido de modelo y guía. *L'Intelligence* de Taine y *Les sens de l'Intelligence* de Bain" (García, 1955, pp. 505-526). Esta cita reproduce un folleto, "La asociación de ideas" (pequeño curso de psicología), publicado en 1893.

“espíritu” de una época. Esta era la posición de García. Al margen de todo ello, no es quizás innecesario recordar que también Taine aparecía colocado en esa tensa conjunción entre el “método” positivo y el historicismo romántico que señalamos en García.

Desde luego, como un intelectual argentino de ese o de otros períodos, su pensamiento no puede reducirse a un solo autor, sino que es una heterogénea combinación de motivos. En García, en este plano, debe subrayarse también el papel desempeñado por Gabriel Tarde y sus trabajos sobre las leyes de imitación publicados en 1890. De Tarde podía extraer García tanto un mecanismo a través del cual las ideas, los sentimientos y las creencias se propagan en el conjunto de una sociedad, como la reflexión acerca de que dicha propagación se producía de arriba hacia abajo. Es decir, de los grupos superiores que actuaban como centros de irradiación sobre el conjunto de la sociedad (Tarde, 1999).

Le interesaba Tarde por las mismas razones por las que no le interesaba Le Bon (aunque citase su obra). La aceptación de la idea de una multitud que actuaba autónomamente como un ente orgánico librado a sus propios impulsos, en el que sus integrantes habían perdido su individualidad, para asumir las pulsiones de ese colectivo social, obligaba a dar un rol a esa multitud que García nunca creyó que poseyera. Como tampoco hubiera podido admitir que él o su grupo pudieran ser parte de un conjunto de ese tipo –del mismo modo que no lo admitía José María Ramos Mejía, en quien por lo demás la enorme influencia de Le Bon era corregida aquí en varios puntos por la de Tarde. Para García lo central era el rol –positivo o negativo según el caso– de los grupos dirigentes y en su capacidad de moldear, a través del ejemplo que brindasen, al conjunto social. Ello no lo llevaba a negar de plano que pudiese existir un espacio, dentro de la psicología histórica, para estudiar “los fenómenos mentales tan curiosos

de las muchedumbres”, sino que el mismo era, para él, secundario (1955, p. 507).

En los dos capítulos referidos a la sociología, García agrega otro inventario de sus lecturas. Sin lugar a dudas sobresale aquí el nombre del sociólogo católico Frederic Le Play y de su escuela. Con poca fundamentación, Rómulo Carbia (en lo que parece ser una polémica implícita con Ricardo Levene), negaba cualquier influencia del pensador francés en García (1939, p. 285). Levene, en cambio, la había defendido a través de la mediación que había ejercido la lectura de un discípulo de aquél, Vignes (1945, pp. 22-23). Más allá de que este último es profusamente citado por García, es evidente que el primer acceso a Le Play provenía de la enseñanza de José Manuel Estrada, que lo divulgó desde la cátedra y desde algún opúsculo que le dedicó (Estrada, 1882). De Le Play García extraía dos cosas: un método de trabajo: la monografía; y un tema de estudio: la familia.

Como es sabido, el sociólogo francés no solo había insistido sobre el papel de la familia como articulación principal y decisiva en torno a la que reposaba toda la arquitectura y el funcionamiento de una sociedad, sino que había esbozado una línea de su evolución, desde el Antiguo Régimen hasta el siglo XIX, en cuyas transformaciones creía entrever los males contemporáneos. Se trataba del tránsito de la familia troncal (a la vez una unidad de coresidencia y un sistema de herencia) a la moderna, inestable, nuclear, individualista, no arraigada en la propiedad, que era en parte resultado del arbitraje que sobre ella ejercía el Estado con sus procesos de centralización y con sus códigos. Es bien evidente cuán tributario era García de ese modo de pensar la evolución social en cuanto al papel de la familia en el orden social, a su caracterización del pasaje de la familia colonial a la que llamaba “jacobina”, legado de la revolución, a las nocivas influencias que

(como argumentaría en otros textos) se ejercían sobre ella por medio de instrumentos como el código de Vélez Sarsfield. Al estudio prioritario de la familia se debía agregar según García, el de la raza y el del medio. De donde emergía una tríada que combinaba una vez más las sugerencias de la escuela de sociólogos católicos con aquellas que extraía tanto de Comte como de Hipólito Taine.

En las reflexiones sobre el papel de la economía política, García exhibe una vez más el eclecticismo aunado aquí a una superficialidad que debe vincularse con los límites de esa disciplina en la enseñanza académica en la Facultad de Derecho. García, como es previsible, a partir de los argumentos presentados hasta ahora, se encontraba en las antípodas de las ideas de la economía clásica, con sus leyes universales y atemporales. Su creencia en el papel de los fundamentos psicológicos como base de cualquier acción social, su defensa de un método empírico y monográfico y su convicción acerca de la historicidad de todos los fenómenos, debía llevarlo lejos de los ingleses y cerca de los alemanes y así lo manifestó. Sin embargo, aquí el repertorio potencial era amplio, en cuanto a grupos y tendencias, desde los socialistas de cátedra a la escuela histórica nueva. Al único que García cita es a Adolfo Wagner, a través del entonces joven sociólogo Célestin Bouglé, y toda su síntesis debe mucho (una vez más) a autores franceses.

En general, en el terreno económico, las pocas lecturas parecen no soldarse bien con sus ideas. Es, en efecto, un poco sorprendente que la referencia más citada sea la obra de un economista francés, Maurice Block, del grupo muy liberal del *Journal des Economistes*, cuyas ideas extremas en defensa del *laissez faire* estaban en clara contraposición con las perspectivas de García. Aunque la razón de ello sea, probablemente, que los autores de esa escuela eran los más frecuentados en la Facultad de Derecho

en la que García estudió. Solo una referencia a un tenaz adversario de aquellos, Charles Gide, miembro del minoritario grupo rival de la *Revue d'économie politique*⁶ en Francia parece congeñar con sus reflexiones. No es del todo claro, de todos modos, que García pudiese orientarse bien en esas polémicas europeas en este y en otros campos.

Es hora de dejar aquí el recorrido a través de las lecturas de García y adentrarnos un poco en *La ciudad indiana*. En este estudio de la sociedad colonial rioplatense entre el siglo XVI y el siglo XVIII, como en otros libros, García desarrollaba algunos temas y, sobre todo, formulaba un programa de una historia por hacer.⁷ Sin embargo, al menos en este caso el desbalance entre ideas y tareas es menos amplio que en los trabajos sucesivos. Aunque la evidencia que presenta es limitada y a veces demasiado heterogénea, el cotejo general no es inadecuado.

La historia que narra García muestra todo su carácter atractivo e innovador, si mirado desde el desarrollo posterior de la disciplina en la Argentina de los tres primeros cuartos del siglo XX. Estudiar no la política, el estado, las ideas, sino los agrupamientos

6. Sobre el tema ver Schumpeter (1971, pp. 920-922).

7. Resaltando lo que esas propuestas tenían de innovadoras, Angel Castellán (1984) las llamó "El programa olvidado". Si Castellán aspiraba a presentar en ese texto las analogías entre las propuestas de García y las de Anales, en la versión que de ellas podían encontrarse en Lucien Febvre (en especial los temas de las sensibilidades y de la psicología colectiva) su lectura reposaba demasiado en la valorización del diletantismo de García como un dogma de fe historiográfica a contraponer al de la historia erudita. En realidad, parece más bien lo contrario: aunque defensor de la multiplicidad de géneros y aunque incapaz de practicarlo, García no dejaba de celebrar reiteradamente la consagración al trabajo sistemático como una de las virtudes que regeneraría a la Argentina, uno de cuyas formas era ciertamente la erudición –y ello explica sus auspiciosos elogios al amanecer de lo que él llamó "la nueva escuela histórica" (García, 1955, p. 503).

sociales, los sentimientos, las costumbres. Para ello acuñaba una expresión “la sociabilidad”, que era a sus ojos hija de algunos sentimientos que habían dominado en el largo plazo a la historia argentina. Para García, mucho más se entendía la Argentina indagando los cambios en la composición y las características de la familia que traía aparejada la revolución de independencia, que estudiando las batallas de esa guerra. En otros textos había afirmado otras cosas no menos sorprendentes, como por ejemplo que se comprendían mejor las características de una civilización indagando las formas de la risa antes que deteniéndose en los códigos; o que entenderíamos mucho más estudiando los cambios en las actitudes ante el amor que los hechos políticos. Y desde luego que, en esa indagación de lo social, no dejaba de proponer contraposiciones sugerentes, aunque no siempre consistentes, como aquella que, siguiendo sus pistas sociológicas, veía (algo forzosamente para el Río de la Plata) entre la familia colonial patriarcal y la nueva familia jacobina. Esta última era, a la vez, un refugio de la intimidad y un universo de nuevas relaciones de afecto entre padres e hijos (curioso motivo a la Ariès que él parece tomar de Drago) y un instrumento mucho menos eficaz para el proceso de socialización, es decir, de implantación de un modelo civilizatorio en la Argentina.

Para García también, mucho más se entendía pensando las formas de organización de la vida económica en torno a ciertos principios y valores socialmente aceptados, que con una simple enumeración de datos. De este modo formulaba una idea que contrastaba la economía colonial dominada por el concepto de precio justo con la economía moderna de mercado, en lo que había que ver aquella noción de que las formas de organización económica estaban siempre condicionadas por el contexto espacial y temporal.

El libro de García fue celebrado en Argentina y fuera de ella. En España, por ejemplo, el primero en hacerlo fue ese árbitro de la vida intelectual argentina al que aspiraba convertirse Miguel Unamuno. Luego siguieron historiadores que aspiraban a renovar a la historiografía española desde la historia institucional o erudita, como Rafael Altamira o Eduardo de Hinojosa, el padre de la renovación de la historia del derecho español, que veía en él un fruto feliz de la aplicación de la forma de hacer historia de Hipólito Taine. Pero también, en Argentina, los elogios fueron muy amplios, incluso por parte del siempre reticente José Ingenieros, que resaltaba, más allá de algunas reservas, la importancia del libro y a la vez proponía una sugestiva comparación con el otro “clásico” de nuestra sociología, *Las multitudes argentinas* de José María Ramos Mejía. Ambos eran vistos, por Ingenieros, en su complementariedad más que en su oposición. Por una parte, una obra como la de García, que en el momento de elogiarla llamará metódica, objetiva –y en el momento de criticarla una “crónica documentada”– contrapuesta a la “brillante fantasía literaria” del libro de Ramos Mejía. Lo mejor era para Ingenieros, imaginar una síntesis entre ambas (1913, pp. 169-194).

Ingenieros no dejaba de percibir el “pesimismo exagerado” del libro y pensaba (contra las creencias acerca del papel de las razas de García) que la incorporación de nuevos elementos étnicos, unidos a la evolución económica permitirían modificar los rasgos constitutivos de la “psicología nacional” (que por otra parte solo podían, según él, derivarse de las condiciones materiales de vida). Menos perceptivo era en cambio hacia las influencias que dominaban ambas obras, ya que no atendía a todas las diferencias que podían hallarse en dos libros que, si tenían interlocutores europeos comunes, a comenzar por Taine, también utilizaban otros que eran muy diferentes (Lombroso o Le Bon, ausentes en

García, presentes en Ramos) o que, como Tarde, entraban en la mezcla en proporciones muy diferentes.

Es seguramente excesivo simplificar a ambos libros en torno a dos ideas en gran medida muy contrapuestas como “socialidad” y “multitud”, aunque buena parte de la modernidad que hoy nos parece encontrar en García pueda derivar de la rediviva modernidad de sus lecturas. Empero, no deberíamos con todo exagerar las influencias de los modelos europeos y reducir el problema a una pura controversia de matrices intelectuales y por lo demás, como tampoco debería olvidarse, la historia de las influencias tiene mucho de pura conjetura sino se piensa en el quién sino en el qué.

La Argentina no reproduciría los debates entre Le Bon y Tarde o entre Lombroso y Tarde; y García, al criticar las obras de Ramos Mejía, nunca se apoyó en ese tipo de argumentos o en una negación sistemática de la “cientificidad” de su obra.⁸ Buscando resaltar una contraposición, como siempre sobreentendida en el tono distendido y aparentemente ingenuo, García señalaba que a Ramos no le interesaba el tipo sano sino el germen morboso, “destinado a turbar el bello equilibrio”. A él, en cambio, le interesaban esos hombres concretos, en sus rasgos comunes, en

8. El carácter “científico” del enfoque de Ramos Mejía era enfatizado en su crítica a la edición de *Las Multitudes Argentinas* (1955, pp. 542-546). Mucho menos concesivo era en cambio García con *La locura en la historia* (ya demolida por Groussac) donde aludía al uso de “conceptos de una apariencia más científica y satisfactoria”, pero que sostenían una “explicación (que) es siempre verbal” agregando devastadoramente que “En el método de las analogías y en materias algo vagas, es difícil fijar ciertos límites prudentes y muy fácil ultrapasarlos” (J.A. García a J.M. Ramos Mejía, 21/4/1895 en 1955, p. 553). Todo contenía en realidad una acerba crítica al uso de patologías mentales para explicar comportamientos de personajes históricos, la clave estaba en fenómenos sociales, en las costumbres y en la educación.

su “normalidad” o si se prefiere en su “cotidianeidad” y –como a Groussac– le interesaba más detenerse en los mecanismos, en las formas de construcción del equilibrio, la disciplina y el respeto de la ley que en los gérmenes que los destruyen.⁹ Como ocurre muchas veces, el debate implícito entre ambos autores es sobre todo una divergencia desde los resultados y más allá de algunos climas compartidos, no hay dos obras más diferentes que *Las multitudes argentinas* y *La ciudad indiana*, salvo en su voluntad de explicar el pasado argentino desde algo que provisoriamente y con plenas ambigüedades llamamos la sociedad.

Señalamos ya que *La ciudad indiana* contenía un equívoco en su mismo título. La obra de García se centraba sí en la ciudad de Buenos Aires, pero su tema se dilataba incesantemente. Dilatación por un lado espacial ya que se ocupaba no solo del mundo urbano sino también de las campañas rurales bonaerenses, por el otro temporal, *La ciudad indiana* de García prolongaba sus rasgos hasta su presente. Para García el objeto de estudio es algo que parece coincidir más con la antigua gobernación del Buenos Aires colonial que con la ciudad puerto. Desde luego que ello, conceptualmente, parecía derivar del hecho de que García no partía de la contraposición fundante de la sociología entre mundo urbano y mundo rural. Desde luego por un problema cronológico, ya que la obra antecede ligeramente la eclosión académica de los estudios sobre el hecho diferencial urbano, pero también por su lejanía grande con los clásicos del siglo XIX, para quienes las

9. La idea recorre toda la obra de García antes y después de *La ciudad indiana*. Ver como ejemplo su “Introducción a los discursos académicos” (1955, p. 707). La idea de que el tema de la disciplina social, es decir los diques y defensas que contengan el desorden, un estado natural que hace peligrar la civilización, es central en Groussac y está en la misma lectura que García hacía de su obra. Ver “P. Groussac” (1955, p. 482).

contraposición rural-urbana era fundamental (el paso más grande dado por la civilización como recordaban Marx y Engels en *La ideología alemana*); incluso por la curiosa distancia con la línea que en Francia iba desde el Fustel citado en el título y en el prólogo, pero no tan aprovechado luego, a su alumno aventajado Emile Durkheim.¹⁰ Empero García hubiera encontrado lugares más cercanos para fundar una interpretación social que contrapusiese ciudad y campaña, finalmente ella era toda una tradición argentina que, desde *Recuerdos de Provincia* de Sarmiento a la *Historia argentina* de Vicente Fidel López, veía en la ciudad colonial un oasis de civilización o al menos una barrera contra la total barbarización de la sociedad.

La segunda dilatación propuesta por García era la temporal. La ciudad colonial es menos ella que una ciudad bastante atemporal que junto con sus campañas parece, a primera vista, idéntica a sí misma en el largo plazo. Ciertamente García es sensible, por momentos, a algo que podríamos denominar dinámica histórica, como en las contraposiciones que formula entre la situación en el siglo XVII y el XVIII o entre este y el período independentista, por ejemplo, cuando reflexiona sobre la dinámica de la vida económica. Empero también está demasiado interesado en buscar (lo que es un clima de época y un elemento de sus influencias) rasgos generales que expliquen, más allá del desarrollo histórico, las constantes sociológicas de un proceso. Ello da un tono bastante atemporal a su relato, que le permite mezclar, como señalamos, ejemplos de distintas épocas y hacer

10. Desde luego que García había leído a Durkheim, ya que lo cita en reiteradas ocasiones y desde fecha temprana. Por ejemplo en una carta a Ramos Mejía de 1895, donde alude a un artículo en la *Revue Philosophique* de 1894 (1955, p. 553).

permanentes digresiones hacia su presente. Desde luego que esos saltos pueden ser vistos de varias maneras, ante todo como resultado de la necesidad de reagrupar una evidencia empírica limitada y bastante dispersa en el tiempo, pero también pueden ser vistos como hijos de los cambios de “sensibilidad” historiográfica, de positivismos o naturalismos que buscan encontrar, a la vez, unos rasgos fundamentales de toda sociedad en ella misma (y no en el estado y la política), que explicasen en profundidad todo el proceso histórico y, a la vez, formular algunas leyes generales del funcionamiento de la sociedad.

García no es desde luego el primero que se coloca en esa posición. Esa idea de continuidades de largo plazo había sido tema del Alberdi del *Sistema rentístico de la Confederación Argentina* de 1854 (Alberdi, 1921) sobre el papel de Buenos Aires, por ejemplo, como lo había sido el del Sarmiento de *Conflicto y armonías de las razas en América*, y desde luego lo mismo habían hecho algunos de sus contemporáneos que buscarían las raíces de nuestro federalismo o del caudillismo en la época colonial. Pero en lo que a nosotros interesa, es decir, como argumento propiamente historiográfico, o al menos formulado en una obra histórica, creo que deberíamos detenernos en el Mitre de la tercera edición de su *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina* (1968) que en 1876-77 había propuesto esas continuidades de “larga duración”, como diríamos con un lenguaje actual y sobre lo que volveremos.

Una segunda vía de explicación de las continuidades propuestas por García podía proceder, en cambio, de otras matrices. Por un lado, de la idea de Taine (1986) de que los rasgos originarios de una civilización, en su caso el carácter racionalista y abstracto que se conformaba en Francia en el siglo XVII, a partir de la confluencia de las adquisiciones científicas y el espíritu clásico condicionaban luego el carácter entero de la misma. Desde

allí emergía en Taine una cierta atemporalidad de las ideas, de la cultura, de un entero proceso histórico condicionado en el largo plazo por esa matriz originaria (porque es claro que el jacobinismo era el hijo inevitable de aquel espíritu clásico como lo serían también luego sucesivamente los franceses de su propio tiempo). Por el otro, de las ideas ya citadas de Tarde (1904) para quien desde el fenómeno de la imitación se podían propagar, tanto en el espacio como en el tiempo, ideas, opiniones, comportamientos. En el caso de García, a través de ese fenómeno de imitación, se propagaban esos sentimientos que constituían los rasgos esenciales de la sociabilidad argentina.

La ciudad indiana es, entonces, una falsa ciudad colonial, o si se prefiere una fórmula menos perentoria, no solo una ciudad colonial. Todo parecía ya escrito de una vez y para siempre desde los remotos orígenes. Con todo, quizás el problema sea susceptible de otra lectura. La imagen de García no es tal vez tanto una lectura inmóvil sino más bien una lectura circular. La historia parece repetirse nuevamente siguiendo el periplo, en forma semejante pero no totalmente idéntica, del momento fundacional. En este sentido, la ciudad moderna y su entorno rural (la metrópolis de fin de siglo XIX, la ciudad contemporánea a García) parecen más que la supervivencia inmutable de la ciudad y la campaña colonial, estar reproduciendo el proceso que llevó a la conformación de aquélla. En ambas, algunos de los rasgos distintivos son la ilusión de la riqueza fácil, el ansia desmedida de poseerla, la vulgaridad que, a partir de allí, impera en todo.

Esa circularidad está deliberadamente presente en la estructura narrativa del libro que comienza y termina (introducción y conclusiones) con casi los mismos párrafos, con muy mínimas variaciones de palabras, casi como una exhibición de que todo estaba ya dado desde antes, las imágenes del pasado tanto como

ese pasado mismo, pero no exactamente. Así nos dice García que los actores son otros pero los papeles que tienen que desempeñar son los mismos, al transcribir en prólogo y epílogo una cita de Schopenhauer

los motivos y los acontecimientos difieren, es verdad, en las distintas piezas, pero el espíritu de los sucesos es el mismo, los personajes de cada pieza nada saben de lo sucedido en las anteriores, en las que, sin embargo, tenían ya un papel, he ahí por qué, no obstante, toda la experiencia que debieron adquirir en las piezas precedentes; Pantaleón no es más hábil ni más generoso, Tartafia no tiene mejor conciencia, ni Briguela más coraje, ni Colombina más moralidad.¹¹

Desde luego que esa circularidad nos propone un tema quizás irresoluble en su generalidad. Nuevamente aquí ¿es la vulgaridad colonial la que ilumina a la de la metrópolis del 900 o es la de la metrópolis de principios del nuevo siglo (antes que lecturas sucesivas del mismo García la convirtiesen en una edad dorada) la que ilumina la de la ciudad colonial? El famoso tema pasado-presente. Por momentos queda la sensación de que García no se ha movido de su tiempo y que toda su ciudad colonial es la reproducción de esa ciudad a él contemporánea, que la erudición y la

11. Si ese fragmento se repite literalmente, el resto del párrafo presenta ligeras variaciones. Así como en ocasiones, como en una carta de 1902 a Bernárdez, parecía admitir que algunas cosas habían cambiado y que algunos progresos eran posibles de ser registrados. Aunque no en lo que sería para todos obvio, el progreso material, sino en el progreso de la inteligencia que, según García, precede al otro. Como si García oscilase entre la tiranía de las leyes históricas y de su profundo escepticismo acerca del destino argentino y el dejarse llevar por un necesario optimismo.

ejemplificación solo aspiran a dar un coloreado histórico a una realidad que es la de su época presente.

En cualquier caso, ¿cuál era el rostro de la ciudad colonial trazado por García? Ante todo, debería recordarse que era extremadamente negativo. Aun si García compartía con los hombres de su generación la preocupación por la construcción de la identidad nacional y por algo que llamaba el estudio de las cosas nuestras, no se encontró nunca entre los partidarios de inventar una tradición que reposase en la revalorización del mundo colonial. En esa ciudad indiana (o mejor en ese mundo colonial rioplatense) imperaba para él el feudalismo como forma social, el paternalismo como forma política, la barbarie rústica como forma cultural. Barbarie de las formas de sociabilidad, incluida la violencia y la brutalidad primordial, pero también del lenguaje, pobre, elemental, primitivo, que revelaban las actas capitulares.¹² Ciertamente, algunas cosas habían cambiado y el freno de la violencia, al que hicimos referencia, a propósito de las prácticas electorales, le parecía algo extraordinariamente positivo.

La sociabilidad rioplatense estaba dominada para García por esos sentimientos que distinguirían desde siempre a sus habitantes (su “psicología colectiva”). Ahí estaba la clave de su lectura.¹³

12. García iría en textos sucesivos más allá, sugiriendo utilizar el lenguaje como una forma de estudiar los cambios de sensibilidad entre una época y otra (lo que hubiera hecho desde luego, aunque por otras vías, las delicias del Lucien Febvre de la última parte del “Rabelais”) (1955, p. 1194). Desde luego en esa serie de paralelismos que gustaba hacer también, el lenguaje estaba cambiando en su propio tiempo y ello presagiaba otros cambios de sensibilidad alarmantes (en ese nuevo periplo barbarizador que, como sugiriremos, estaba entrando para García la Argentina). Ver “La literatura y la política”, incluido en *En los jardines del convento* (1955, p. 711).

13. Ingenieros en la crítica del libro la llamaría la superestructura psicológica, que no era para él lo importante. Tercamente, Ingenieros se empeñaba

Cada uno de ellos dominaba y organizaba la explicación de los distintos capítulos del libro. Esos sentimientos eran el “pundo-nor criollo”, es decir, el desprecio teatral y heroico de la vida que se prolongaba en el “culto nacional del coraje”, que eran los que contribuían a construir la fidelidad personal que organizaba toda la vida social de la época colonial; el “sentimiento de la futura grandeza del país”, hijo de los grandes espacios, la vida fácil y la alimentación barata, (aquí nuevamente Ingenieros sugería una continuidad de la idea con la expuesta por Sarmiento en el *Facundo*); el “desprecio” de la ley, hijo del régimen económico imperante que el dominio español había instalado en el Río de la Plata, en especial del contrabando y el cohecho; el “sensualismo” y la “voluntad de riqueza fácil”, hijos de las brutales formas de apropiación originaria de tierras y hombres. Aunque en distintas proporciones, con aceleraciones y retardos –por ejemplo, el sentimiento de la futura grandeza del país parecía haberse expandido más, en especial en algunas décadas, 1800-1810 y 1880-1890–, todos ellos dominaban desde siempre la vida social argentina y le imprimían esas características indelebles.

Si el retrato de la Argentina de García puede ser puesto en contrapunto con el retrato contemporáneo de Ramos Mejía (1899), también puede ser colocado en diálogo con aquel

en negar lo que era evidente del libro: un intento de explicar la Argentina colonial por su sociabilidad, explicada a su vez desde la psicología social, y trataba de resaltar la idea contraria según la cual lo que del libro se podía deducir era la importancia del factor económico y de la lucha entre clases (aunque no entre burguesía mercantil y proletariado federal, sino entre fracciones de la misma burguesía). Ciertamente, el factor económico era importante en García, aunque subordinado al psicológico. De todos modos adquiriría mucho más peso que en Ramos Mejía como lo muestra su crítica a Las multitudes argentinas que no tenía en cuenta “el factor económico” (García, 1955, p. 546).

propuesto por Mitre en 1876 en su “Ensayo sobre la sociabilidad argentina” que abría la tercera edición de su *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* y del cual el de García parecía la exacta inversión. La imagen de la historia argentina de Mitre contenía una lectura fuerte de los orígenes de la nueva nación, que soldaba presente, pasado y expectativas del porvenir. Sobre todo, esa introducción agregada a la edición de 1877 constituía la más convincente defensa de la excepcionalidad argentina y del destino manifiesto de la nueva nación; la mejor presentación de aquello que Juan Agustín García definiría como uno de los incurables mitos de los argentinos: el “sentimiento de la futura grandeza del país”. Para ello, Mitre construía una imagen de la excepcionalidad argentina desde el momento colonial, contraponiéndola explícitamente al resto de América ibérica. Estos rasgos excepcionales eran los componentes étnicos que la habían poblado, la ausencia de mezcla racial, dada la debilidad demográfica de las culturas indígenas preexistentes, el papel que había desempeñado la inmigración, constitutiva de su historia, desde la época colonial. Desde ahí, Mitre operaba la transmutación del conquistador en colonizador, gracias a la inexistencia de riquezas metálicas o de mano de obra indígena, lo que favorecía a su vez la ausencia de feudalismo y la presencia de un medio social libre de contrastes, que permitía el surgimiento de una democracia primordial en el espacio colonial rioplatense. Por supuesto que ello parecía tener vigencia, aunque la ambigüedad es aquí evidente, en aquella zona ocupada por la colonización oceánica y no, desde luego, en aquellas zonas colonizadas desde el Perú. En este sentido, la lectura de Mitre, a la vez que daba una justificación de la excepcionalidad argentina y de su “destino manifiesto”, también proveía de un argumento histórico para explicar la nación finalmente existente y el necesario y beneficioso desmembramiento

de aquellos territorios de características contrapuestas, por los rasgos de su sociedad y economía (el Alto Perú) o por obra del muy negativo tipo de civilización allí construida por parte de los jesuitas (el Paraguay).

Todas las virtudes que podían asegurar la prosperidad argentina son contradichas en el libro de García, que veía feudalismo en la época colonial y no ausencia de él; percibía un poder omnímodo, “fuerte, dominante” del poder ejecutivo colonial (el gobernador) y de los “patrones-caudillos” (contracara a su juicio del raquitismo de los cabildos) y no la democracia inorgánica, nivelada por la simplicidad de la vida y la relativa pobreza, que imaginaba Mitre como origen lejano de la democracia argentina. Igualmente, el tema de la temprana inmigración europea que se había convertido en dominante, gracias incluso a la fortuna de que las razas nativas fuesen débiles, era punto de controversia. Aunque García comparte el punto a grandes rasgos, no coincide en los efectos del mismo (1955, p. 330). Nuevamente, en sus resultados, esa imagen se contraponía con la de Mitre, ya que García imaginaba que el papel de esas razas, aunque cuantitativamente minoritario, se prolongaba enormemente ante el rol desempeñado sobre todo por los negros (y secundariamente por los indios yanaconas) en la crianza y en la educación doméstica –lo que los convertía en modelos de referencia para los niños de las familias de abolengo a través de la imitación.

Desde luego que las lecturas de Mitre y de García estaban en dos planos diferentes, tanto como estructura narrativa, como concepción historiográfica o tipo de público al que aspiraban. La gran síntesis histórica del primero, plenamente consciente del valor de los grandes frescos históricos centrados en el mito de los orígenes, no es una obra equiparable a las reflexiones elegantes y desencantadas de un intelectual que no aspira a fundar una

tradicción alternativa y ni siquiera a polemizar abiertamente con aquella precedente.

Sin embargo, la contraposición en el terreno de la imagen del pasado es tan evidente como evidente es también la concordancia entre ambos en un punto central: la idea de que las características de aquel pasado colonial explicaban el presente y garantizaban el futuro. Pero allí donde Mitre veía los síntomas que preanunciaban el destino manifiesto argentino, García advertía sus límites. Desde luego que esto puede ser visto de manera idiosincrática tanto como epocal. Es que tanto la lectura de Mitre como la de García, más allá de diferencias de temperamentos, ideologías o modelos historiográficos, pueden ser puestas en relación también con el momento en que fueron producidas. Es decir, cuánto habían cambiado las percepciones, desde el sólido optimismo de fines de los setenta a las incertidumbres del cambio de siglo.

Estas incertidumbres eran hacia el problema de la nación, desbordada por la oleada inmigratoria, por la aparición de la cuestión urbana y de la cuestión social. Alarmas que García comparte con las de un Quesada, un Cané y tantos otros, aunque las exprese con mucha más moderación, que derivaba de un tono sin exaltaciones, pero que no dejaba de exhibir que no por ello dejaba de estar inmerso en un clima de época muy distante de los optimismos sin reservas que habían acompañado el momento de la tercera y la cuarta edición de la *Historia de Belgrano* de Mitre. Seguramente también, esas incertidumbres no tienen todavía la fuerza de la década siguiente, y que darán lugar a todo tipo de terapias correctivas, desde la educación patriótica al voto obligatorio; pero los anticipan. Pues no es innecesario recordar que aquellos instrumentos no dejan de tener sus precedentes en la ley de servicio militar obligatorio de 1901 o en la ley de residencia de 1902. Seguramente esas apprehensiones subyacen

en los dos momentos al optimismo ilimitado que sigue siendo el motivo dominante.

Si la obra de García puede pensarse como contradictoria con la de Mitre, puede igualmente analizarse en su congenialidad con la de Vicente Fidel López. Efectivamente, la imagen de la sociedad colonial que provee *La ciudad india* está en muchos puntos muy cercana de la *Historia Argentina* que López había escrito en la década de 1880 (López, 1913). Lo está en cuanto al juicio globalmente negativo del período y también en muchos temas puntuales como, por ejemplo, el del funcionamiento de las instituciones coloniales (a comenzar por los cabildos). Lo es también porque por muchos límites que esa época hubiese tenido, garantizaba una vida más segura en su quietud que los tormentosos tiempos abiertos con la revolución. En este punto, la lectura de García de la Revolución de Mayo como algo que generaba en los grupos dirigentes nativos más preocupaciones que optimismos (para lo que hacía abundante uso de las memorias de Posadas) era bien cercana de la que deja López en su *Historia*. Y no es innecesario recordar que la imagen del proceso histórico argentino que brinda López está completamente desprovista del optimismo ilimitado de Mitre como lo estará también en los escritos posteriores de García. Si, como ha señalado insistentemente Halperin, el retrato de la historia argentina de López está dominado por la mirada preocupada de la burguesía de Buenos Aires, que verá consumido en él muchas de sus seguridades (y sus bienes), esa perspectiva no es muy distinta de la mirada de García, integrante, asimismo, él y su familia, de esa élite porteña sujeta a los vaivenes de un peligroso e imprevisto decurso histórico. En este sentido, si García hubiese escrito aquella historia del pueblo argentino que una vez prometió, tal vez los temas hubieran sido distintos de los de López pero no el clima o el tono general de la misma.

El problema de no poder anclar las seguridades acerca de la prosperidad futura del país en el pasado, por la inadecuación de aquellos sentimientos que dominaban a la sociedad argentina –y a los que García atribuye el papel decisivo de constituir lo que hoy llamaríamos una mentalidad, aportando el elemento decisivo en la constitución de una forma específica de sociabilidad– obligaba a García a imaginar otro tipo de solución. Esta pasaba por un proceso educativo que inculcase en el cuerpo social sentimientos no solo diferentes sino aún opuestos a aquellos que predominaban, hijos del legado histórico.

El futuro argentino dependía, para García, –lo había enunciado con mucha claridad en 1908, en un “Curso de Sociología” al que ya hicimos referencia– del sentimiento de solidaridad social, la disciplina y el respeto a la autoridad (1955, p. 1417). Por supuesto que la construcción de dichos sentimientos remitía a las dos dimensiones importantes en su forma de pensar la construcción de lo social. En primer lugar, la familia, donde comenzaba la formación del sentimiento de solidaridad. Pero aquí comenzaban los problemas, ya que la revolución había destruido a la familia tradicional sustituyéndola por aquella familia “jacobina” que, aunque íntima y afectiva, era individualista y por ende, un instrumento menos idóneo para construir a los argentinos. Entonces, solo quedaba el ejercicio de “varios siglos de disciplina constante” para inculcar aquellos sentimientos y valores al conjunto social. Es decir, la disciplina y el respeto a la autoridad, los hábitos de mandar y de obedecer. Pero ello no solo no debía ser implantado por el látigo, sino que era inconducente hacerlo por esa vía. Debía hacerse por la educación, no a través del sistema formal, sino del ejemplo que brindaban los grupos sociales superiores, de prestigio. Y en este punto, la posición de García no es tan distante de la de Ramos Mejía en las *Multitudes*, que imagina

lugares como la cultura de la Universidad para lograrlo; un Ramos Mejía empero todavía más centrado, me parece, en el papel de ciertos ámbitos sociales como constructores de normas que en el rol que pudiera desempeñar la educación patriótica que será, en cambio, su *leitmotiv* en la década siguiente.

Por supuesto que esta educación, desde el ejemplo provisto por las clases superiores que se propaga al conjunto de la sociedad a través de las leyes de la imitación, remite nuevamente a Gabriel Tarde; aunque a diferencia de este, García no piensa en términos de un proceso universal de construcción de un público y una opinión, y tampoco reflexiona en torno a la innovación propuesta en la reedición de 1904 de *Les lois de l'imitation* de la “contra-imitación”, que coloca todo en dos terrenos potenciales igualmente dependientes del modelo a imitar: hacer como él o hacer exactamente lo contrario. Más bien los problemas, para construir en el largo plazo las nuevas características de la sociabilidad argentina compatibles con el progreso y la civilización están en otra parte: en los límites de esas mismas clases superiores que deben proveer los ejemplos que permitirán la realización del ideal civilizatorio europeo en la sociedad argentina. Aquellas clases, formadas del modo descrito por García en el mundo colonial, no son diferentes de estos inmigrantes enriquecidos que están ahora repitiendo ese mismo proceso de la riqueza fácil, de la vulgaridad, del primitivismo. Pero esta idea tiene muchas más implicancias que lo que parece, ya que, en el fondo, si la Argentina de la prosperidad de fin del siglo XIX está repitiendo el proceso de dos siglos antes, el antiguo patriciado es bastante más parecido a los nuevos inmigrantes. El problema argentino es así no solo el de “civilizar” a los inmigrantes sino también a la élite nativa. Es decir, a la sociedad toda. Civilización de las jerarquías, de los hábitos, de las formas.

De la discreción, de la medida, del buen gusto en el vestir, en el lenguaje, en la literatura, en la música.

Veinte años después de *La ciudad indiana*, García recorre el itinerario de ese proyecto civilizatorio que él (pero no solo él) ha imaginado por vías y con instrumentos distintos a los efectivamente implementados. La constatación es un amargo fracaso. La civilización no solo no ha arribado, sino que lo que por doquier se percibe son los signos de una barbarización de la sociedad argentina. De ello da cuenta *Sobre nuestra incultura*. Obra publicada en 1922 que debe ser colocada en el contexto de una sociedad y un sistema político democráticos, como ya observamos en el apartado precedente. Su origen debe buscarse, si hemos de seguir en esto a Binayán, en la respuesta a una encuesta que el centro de estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires formuló, en 1921, a un conjunto de intelectuales y políticos, entre los que se encontraba García, acerca de la actitud que debía asumir la juventud ante el momento social. La respuesta de este sería el primer artículo de la serie que publicaría en el diario *La Prensa*.

Sobre nuestra incultura reúne muchos de los temas sobre los que García había vuelto una y otra vez y que presentamos en la primera parte de este estudio. Aquí adquieren un poco más de sistematicidad, al menos inicial, en un tono permeado por un sombrío pesimismo. El retrato que brinda de la Argentina asume, hacia adelante, el aspecto de un acendrado idealismo, ingenuo y voluntarista y hacia atrás, una contraposición entre lo que fue y lo que debió haber sido la Argentina de los precedentes treinta años.

La educación, entendida por García en un sentido amplio que excedía en mucho el ámbito escolar, era el núcleo del problema argentino. Ella había contribuido a crear individuos egoístas, centrados en sí mismos, carentes de todo impulso de solidaridad social,

desacostumbrados al esfuerzo, imbuidos de una cultura superficial y simplemente utilitaria expresada en un lenguaje elemental y vulgar. Primero se había tratado de la orientación spenceriana, que omitía todo propósito trascendente y relegaba a un segundo plano a las humanidades. Aquí debería recordarse, *en passant*, lo que ya vimos al comienzo: que el mismo García, aunque spenceriano nunca había sido, siendo Inspector de educación había propuesto una enseñanza más técnica y más práctica. Luego, la educación patriótica que había, por un lado, impuesto un culto de la patria vano y peligroso en el significado último de sus arrogantes motivos nacionalistas y, por el otro, orientado a valorizar la cultura argentina del pasado en todas sus manifestaciones. Empero, recordaba García, si estudiar el propio idioma, su literatura, su historia y sus leyendas podía ser muy útil en la propuesta de Fichte para crear el alma nacional alemana, en Argentina era una estrategia perniciosa porque llevaba a exaltar lo que no había existido.

La voluntad de dar valor y alcance universal a los próceres argentinos, a sus militares, a sus políticos, a sus pensadores, a su literatura y a su historia era un simple sin sentido. Llevaba a leer a Santos Vega, es decir a sumergirnos en la barbarie o a José Marmol y Almafuerte, es decir caer en la vulgaridad, o a dar dimensión hiperbólica, por ser argentinos, a personajes que no la tenían: Quiroga como Julio César, San Martín como Napoleón y tantos otros, es decir descender al ridículo. Llevaba, en suma, a un “patriotismo ininteligente y de pulpería”. El procedimiento era antiguo, reconocía García, pero al menos aquellos que lo habían hecho en el pasado no eran ingenuos y sabían bien que las cosas eran de otra manera. Desde luego, aquí también García hubiera podido decir: “*ego peccavi primus*”, con los consejos que brindaba a sus alumnos en su “Introducción a las ciencias sociales”, solo que en la amargura crepuscular ya no estaba dispuesto a ejercicios de auto ironía.

La Argentina era así un país sin hábitos para el esfuerzo metódico y sistemático, incapaz de elevarse más allá de un empirismo ramplón. Por ello no había sido capaz de producir un pensador de relieve, un auténtico filósofo en toda su historia. Lo mejor que podía extraerse del pasado, en el terreno intelectual, eran algunos hombres notables: Mitre, que le entusiasmaba más como modelo de virtud cívica; López, en quién sin dudas veía el ejemplo del historiador a él más congenial; Sarmiento, entre la profundidad y el candor; Echeverría, en quién creía percibir al menos un programa de estudios y, sobre todo, Alberdi, suma de las virtudes y de los límites de la inteligencia argentina.

El problema iba, de todos modos, más allá. Concernía a la organización de los estudios secundarios, livianos, rápidos, que buscaban ser solo un peldaño para los universitarios y a estos, dominados por absurdos programas de estudios, donde la adición sucesiva de cursos respondía más a intereses de grupos o personajes que aspiraban a una cátedra, que a una necesidad formativa. Concernía también, en el secundario, a una enseñanza en la que se habían abandonado los fundamentos para él imprescindibles. Estos eran el latín y las literaturas clásicas, ante todo, pero también los testamentos, ya que, pensaba García apoyándose en Renan, en Atenas, Roma y Jerusalén estaban las bases reales de la civilización argentina. Era también el castellano (no el “idioma nacional”) fundamento de una buena expresión. Además, esas humanidades clásicas podían proveer los fundamentos de un orden moral. García, pensaba que ella debía buscarse en la enseñanza de la religión equivocadamente suprimida, pero los ecos de su laicismo le hacían admitir que podía ser también por otras vías. La alternativa igual era de hierro: o la Biblia o Kant.

Como siempre en García, esos problemas de la educación argentina reposaban en otras causas más profundas, en las que

creía encontrar la clave secreta de una sociedad. Estas se encontraban resumidas en un antiguo aforismo argentino que era uno de esos sentimientos que organizaban la vida de un pueblo y que se agregaba, ahora como motivo principal, a los que había presentado en *La ciudad indiana*. El “naides es más que naides” que una voz “viene gritando desde el fondo de la Pampa y desde los años lejanos”. Es decir, ese sentimiento igualitario y democrático (motivo que tardíamente lo acercaba a Mitre) que excedía para él, en mucho, la política, ya que involucraba a la sociedad toda y a los comportamientos básicos de las personas en ella. En este punto, García era indudablemente perceptivo, más allá de que su diagnóstico fuese el resultado de una mirada conservadora sostenida en las ideas de respeto y de jerarquía como los dos valores básicos de una óptima organización social.

Al igual que en *La ciudad indiana*, García era llevado a establecer analogías entre fenómenos ocurridos en distintos momentos y lugares que repetían con ligeras variantes los motivos de la barbarie. Así lo hacía entre movimientos como los jacobinos y los maximalistas rusos, o entre el naturalismo finisecular y Barbuse y los escritores de *Claridad* (en ambos casos con resultados para él aún más deplorables en el segundo momento).

Si hiciéramos un parangón entre *La ciudad indiana* y *Sobre nuestra incultura*, más allá de algunas semejanzas deberíamos, de todos modos, partir de una diferencia sustancial. El primero era una obra que podía incluirse dentro de las ciencias sociales de su tiempo, que tenía una arquitectura y un orden. El segundo era ya plenamente un ensayo en el que las ambiciones iniciales se iban desperdigando en una serie de reflexiones que se dispersaban y nada unitario concluían (hacer de ellas una compilación de artículos para un diario era hasta cierto punto inevitable). Iban hacia el papel de la familia en el presente y en el pasado, hacia la

historiografía entonces en boga (que no dejaba de ser la practicada por aquellos jóvenes a los que había alabado años antes como la “nueva escuela histórica”) mal estudiada, mal enseñada, mal aprendida, incapaz de suscitar algún interés y alguna pasión más allá de adoraciones rituales exteriores –lo que lo acercaba a una concepción romántica a la Michelet–, o hacia la metafísica, ausente en un país que no podía elevarse a ella.

En algo sí los dos libros se asemejaban: la voluntad de no hacer concesiones a su tiempo, a una opinión pública a la que le gustaba mucho más identificarse con mitos que asegurasen “el futuro de la grandeza del país”, que con las escépticas o sombrías perspectivas que García prefería transmitir. Desde luego que hay aquí mucho de un desdén que no es solo de García, sino de un grupo de intelectuales que cede el paso azorado ante el nuevo porvenir que ha abierto el mundo de la primera posguerra. No todos, desde luego. También aquí dos itinerarios se bifurcan entre los decepcionados y los que, más flexibles, se acomodaban a los nuevos tiempos. Entre los primeros, he ahí los ejemplos de Ramos Mejía, apagándose en la decepción poco antes, o el de Quesada, continuando su periplo en Alemania con desdén hacia su país, o aún el de Groussac, que había sido el príncipe de todos ellos, agobiado por la creciente indiferencia.

García, en cualquier caso, o carecía ya de los instrumentos para comprender esos tiempos o no quería hacer suficientes concesiones, ni prácticas ni intelectuales. Su actitud no era solo resultado del pesimismo final. En una carta a Drago, de 1910, ya había dicho que seguía escribiendo solo “con la secreta esperanza de que en el 2000 me resucite algún curioso bibliófilo”. Los editores de la Universidad de Quilmes han venido a cumplir, casi puntualmente, con ese anhelo conjetural.

Bibliografía

- Alberdi, Juan Bautista (1921), *Sistema económico y rentístico de la confederación argentina según su constitución de 1853*. Buenos Aires: La Cultura Argentina.
- Bénichou, Paul (1996). *Romantismes français I. Le sacre de l'écrivain. Le temps des prophètes*. París: Gallimard.
- Bertoni, Lilia Ana (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Binayán, Narciso (1955). Prólogo. En García, Juan Agustín, *Obras Completas*. Buenos Aires: Zamora.
- Buchbinder, Pablo (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Carbia, Rómulo (1939). *Historia crítica de la historiografía argentina*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Castellán, Ángel (1984). El programa olvidado. En *Tiempo e Historiografía* (p. 131-144). Buenos Aires: Biblos.
- Devoto, Fernando (1996). De nuevo el acontecimiento: Roque Sáenz Peña, la reforma electoral y el momento político de 1912. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "E. Ravignani"*, 13, 93-113.
- Devoto, Fernando (1996). La enseñanza de la historia argentina y americana. Nivel superior y universitario. Dos estudios de caso. En AA. VV., *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)* (pp. 388-402). Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Estrada, José Manuel (1882) *Le Play y el liberalismo*. Buenos Aires: s.e.

- García, Juan Agustín (1955). *Obras completas*. Narciso Binayan comp. Buenos Aires: Zamora.
- Halévy, Daniel (1994). *Regards sur l’Affaire Dreyfus*. París: Editions de Fallois.
- Halperin Donghi, Tulio (2002). *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Ibarguren, Carlos (1977). *La historia que he vivido*. Buenos Aires: Dictio.
- Ingenieros, José (1913). *Sociología argentina*. Madrid: D. Jorro Ed.
- Levene, Ricardo (1945). *La realidad histórica y social argentina vista por Juan Agustín García*. Buenos Aires: Instituto de Historia del Derecho Argentino, Conferencias y Comunicaciones.
- López, Vicente Fidel (1913). *Historia de la República Argentina, su origen, su revolución y su desarrollo político*. Buenos Aires: Kraft.
- Losada, Leandro (2004). *Distinción y legitimidad. Esplendor y ocaso de la elite social en la Buenos aires de la Belle Époque*. Tesis de Doctorado. Universidad Nacional del Centro, Tandil.
- Mariluz Urquijo, José María (1996). El derecho y los historiadores. En AA.VV., *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)* (pp. 173-188). Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Mitre, Bartolomé (1876-77) . *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Buenos Aires: Casavalle.
- Pestalardo, Agustín (1914). *Historia de la enseñanza de las ciencias jurídicas y sociales en la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Imprenta Alsina.
- Pozzi, Regina (1993). *Hippolyte Taine*. Venecia: Marsilio.
- Ramos Mejía, José M. (1912). *Las multitudes argentinas; estudio de psicología colectiva para servir de introducción al libro Rosas y su tiempo*. Buenos Aires: Lajouanne.

- Ravignani, Emilio (1922-1923). Juan Agustín García. *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, I (I), pp. 397-400.
- Sarmiento, Domingo F. (1915). *Conflicto y armonías de las razas en América*. Buenos Aires: La Cultura Argentina.
- Schumpeter, Joseph (1971). *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel.
- Taine, Hyppolite (1986). *Les origines de la France Contemporaine*. París: Robert Laffont, 1.
- Tarde, Gabriel (1904). *Les lois de l'imitation. Etude sociologique*. París: Alcan.
- Tarde, Gabriel (1999). *Les lois sociales*. París: Institut Synthélabo.
- Tau Anzóategui, Víctor (1996). *El derecho en la visión finisecular de Juan Agustín García*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho.

José María Ramos Mejía: el historiador y sus lecturas*

Entre los rasgos compartidos por el conjunto de escritores de la época de nuestro llamado positivismo que incursionaron en el estudio del pasado, dos tienen interés aquí. El primero es su voluntad de proponer algún tipo de relación entre la historia y algo que, a falta de un término mejor, podríamos llamar “ciencias”, en un contexto en que las diferencias disciplinares tenían límites imprecisos. Así, la historia debía ser tributaria de ellas o mejor, de las “teorías” que en otros territorios se generaban. El segundo es que, por esa actitud de ir más allá de las fronteras profesionales y más aún por las deficiencias de su formación en Facultades, que a menudo estaban más cerca de las “ligeras y educadoras causeries” (en el decir de Antonio Dellepiane) que de un saber académico sistemático, su cultura fue sustancialmente libresca. Autodidactas por necesidad antes que por vocación y entusiastamente “modernos”, la lectura los proveía de los instrumentos que creían adecuados para ser científicos a la altura de su época. Libros y lecturas se acumulaban así en un modo a veces azaroso y casi siempre ecléctico. Ello los obligaba a ser inevitablemente originales. José María Ramos Mejía, que a diferencia de la mayoría

* Publicado en *La Biblioteca*, 6, 202-209, 2007.

de sus contemporáneos que cultivaban sus mismas pasiones nunca viajó a Europa, fue uno ejemplo emblemático de esa actitud. Su discípulo José Ingenieros lo recordaba hurgando infatigablemente en las librerías porteñas.

Buscando un momento ideal para comenzar este pequeño itinerario a través de un autor, su obra y sus lecturas, podemos comenzar con la publicación en 1878, por parte de José María Ramos Mejía, de la primera parte de su *Neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*. Ramos era, por entonces, un joven estudiante de medicina próximo a graduarse –lo haría al año siguiente con una tesis sobre el traumatismo craneal–, pero ya activo en el ámbito de la medicina (había fundado contemporáneamente el *Círculo Médico Argentino*). Poco se sabe del clima de estudios en esa Facultad salvo que las nuevas ideas no eran claramente dominantes (Eduardo Holmberg, condiscípulo de Ramos, en una ficción de 1874, ironizaría acerca de que nunca había oído hablar de Darwin en ella). Algo que vendría a corroborar el hecho de que el *Círculo Médico*, donde las nuevas tendencias serían manifiestas, había sido fundado por estudiantes de la Facultad más que por los profesores.

Más allá de los espacios académicos, Ramos perteneció a ese ámbito de jóvenes de la elite porteña que se nucleaba en torno a los periódicos *El Nacional* primero y *Sudamérica* después (Pellegrini, Cané, Lucio V. López). Con ellos permanecerá ligado, en especial con Carlos Pellegrini, en cuya órbita primero y en cuya estela después, realizó sus incursiones en la política (fue diputado nacional entre 1888 y 1892) o en el desempeño de altos cargos estatales. Esos mismos vínculos lo colocaban en la cercanía de Vicente Fidel López, su mentor y en cierto modo maestro en sus incursiones históricas que fueron paralelas a su actuación en el campo de la medicina, sea en la Facultad respectiva, donde sería

nombrado profesor titular de Patología Nerviosa en 1887, sea en el ámbito de las instituciones estatales del área (primer director de la Asistencia Pública en 1882, presidente del Departamento Nacional de Higiene en 1893).

La operación que propone Ramos, releer el comportamiento de grandes figuras del pasado argentino (en especial de Rosas) a través de un estudio de su patología nerviosa, es decir una aplicación de los avances de la psiquiatría al estudio de la historia, es muy original y novedosa para el contexto historiográfico argentino, pero no para el europeo. En especial la obra del médico y ensayista Jacques Moreau de Tours, de 1859, aparece como referencia principal dentro de un conjunto de lecturas médicas francesas que Ramos ha ido realizando autónoma y desordenadamente en los años precedentes. También de Moreau de Tours había partido otro médico interesado en la psiquiatría y antropólogo vocacional, Cesare Lombroso para producir su obra *Genio e Follia* en 1864. Obra que, sin embargo, Ramos no cita en la primera edición de las *Neurosis* (lo que desde luego no implica necesariamente que no la conociese). La idea es, con todo, la misma en los tres casos: las raíces comunes del genio y de la locura, una creencia bastante extendida desde tiempos muy anteriores, tanto en el seno de la cultura letrada como popular, a veces en conexión con dos rostros alternativos de la melancolía. En su perspectiva, la extrema actividad cerebral de los hombres notables generaba una fuerte propensión hacia distintas formas de neurosis. Ramos, sin embargo –siempre ecléctico por las razones que apuntamos o por otras– agrega una segunda línea de reflexión sobre grupos colectivos considerados como individuos y, por tanto, pasibles de un análisis semejante en cuanto a sus patologías mentales. Las filiaciones principales –y hasta donde esto no sea un simple ejercicio de búsqueda de analogías formales–,

parecen ser aquí sus lecturas de Jean Baptiste Laborde (que aplicaría los principios de la psicología mórbida de Moreau al análisis de los actos del pueblo de París durante la comuna) y Prosper Despine. Ambos, sea dicho al pasar, influirían también sobre Le Bon, con sus hipótesis sobre los fenómenos de contagio (o imitación) moral. Ramos trasladará ese tipo de análisis al estudio de los comportamientos colectivos de la plebe de Buenos Aires durante la época de Rosas. En 1882, Ramos daría forma definitiva al libro agregando cuatro estudios más sobre otros personajes de nuestro pasado (Francia, Monteagudo, Aldao y Brown), encarnaciones de distintos tipos de neurosis.

La obra de Ramos fue recibida con simpatía, pero a la vez con reservas. Vicente Fidel López las expresó en el prólogo que acompañó la primera y las sucesivas ediciones. Lo definió obra de “ciencia pura”, elogió la independencia de criterio del autor y los consideró un aporte a la gloria literaria argentina. Agregó, sin embargo, que la obra era un ensayo inicial y precoz que carecía de la suficiente extensión documental en el terreno histórico y de la ausencia de registros clínicos en la Argentina del pasado que permitiesen tipificar mejor las enfermedades a las que Ramos aludía. Todo lo cual sugiere también que López bien podía sostener, casi contemporáneamente, argumentos opuestos en relación con el papel de las fuentes y de la erudición para el conocimiento del pasado. Por su parte, Sarmiento también le dedicó elogios en una pronta recensión, pero advirtió sobre la credulidad del autor hacia las fuentes que utilizaba para sostener sus afirmaciones, como los escritos panfletarios de la época de Rosas (incluidos los suyos) que estaban más atentos al combate político que a la verdad histórica.

Considerada globalmente, *Las neurosis* presenta ya el conjunto de temas que sucesivamente le interesarán a Ramos en el plano

historiográfico y sus vías de indagación. Más allá de que otros autores y modelos se agregaran luego a su horizonte intelectual, ya están aquí delineados las aproximaciones al pasado argentino desde el estudio de los fenómenos mentales de individuos o de grupos colectivos. Comparando la obra de Ramos Mejía con la de algunos de sus congéneres europeos, cuya lectura había frecuentado, emergen bien sus limitaciones. No solo se trataba del estado de la disciplina médica en el país o del de las fuentes y la bibliografía históricas disponibles –que desde luego no tenían punto de comparación con las europeas–, sino de que el mismo Ramos Mejía aparecía y –aparecerá luego– más inclinado hacia un ensayismo adornado con una magnífica prosa (de su interés permanente por la literatura da buena cuenta nuevamente el testimonio de José Ingenieros) que a una más profunda colaboración entre psiquiatría e historia. Ello no sugiere que los resultados habrían sido menos discutibles si hubieran reposado sobre lecturas intelectuales más consistentes o si el entonces joven autor les hubiese dedicado mayor esfuerzo. También libros como los de Moreau o Lombroso estaban plagados de afirmaciones discutibles o arbitrarias. Lombroso, por ejemplo, argumentaba que una de las mayores pruebas de la locura de Comte era no solo la que brindaba el que hubiera estado internado por trastornos mentales, sino su misma doctrina, ya que luego de condenar a la religión y a la iglesia había intentado convertirse en apóstol y sacerdote de una religión materialista. Con todo, una comparación con el libro de este último puede ser de interés para exhibir el problema, en especial porque la obra de Ramos tenía muchas afinidades con la de Lombroso, sobre todo la segunda parte agregada en 1882, donde sino aparece citado *Genio e Follia* sí lo hace la revista *Archivio de Psichiatria, Scienze Penali ed Antropologia Criminale*, fundada y dirigida por aquel. Sin embargo, las muchas temerarias observaciones

de Lombroso reposaban, al menos, en un arsenal documental de muy diferente calidad y profundidad que el de Ramos. No solo se trataba de que en gran medida utilizaba los textos, las memorias o la correspondencia producidos por aquellos mismos que estimaba locos (de Newton a Rousseau) sino de que la comparación reposaba en amplios estudios médicos (en especial historias clínicas y diarios de internados en manicomios) y en un detallado análisis de estructuras craneanas. Aunque, desde luego, todo esto también podía pensarse como algo a mitad de camino entre la tenaz voluntad científica y la persuasión retórica.

En Ramos se trataba de fuentes que podemos llamar secundarias, libelos, algunas pocas entrevistas a contemporáneos y algunas referencias de periódicos (*La Gaceta Mercantil*) a los que sumaba la obra de historiadores y ensayistas argentinos como Mitre y López (sobre todo), Andrés Lamas y Sarmiento. Buen discípulo de López, utilizaba también abundantemente los recuerdos familiares y las conversaciones informales con los mayores y con sus contemporáneos. En cualquier caso, las citas teóricas médicas exceden a las históricas en una proporción de 3 a 1. Ciertamente, y de ello nos ocuparemos más adelante, el mismo Ramos fue conciente de esos límites y a su modo buscó ampliar sucesivamente la base documental en la que hacer reposar sus conclusiones. Por otro lado, no hay que olvidar que, por inconsistente que pudiese aparecer la evidencia que presentaba en comparación con la de sus congéneres europeos, el mismo Lombroso no había dejado de elogiar calurosamente el libro de Ramos al que definía como “uno de los más potentes pensadores y de los más grandes alienistas del mundo”, aunque solo fuese porque en él reconocía su propia voz.

Tras el paréntesis que le impusiera su dedicación a distintas funciones públicas, Ramos Mejía insistiría en sus excursiones

históricas. En 1896 aparecería *La locura en la historia*. Aplicaba allí al vasto campo de la historia europea medieval y moderna (pero incluyendo pantallazos del mundo antiguo) el instrumental teórico que había presentado en *Las neurosis*. Reducidos a sus términos simples, como lo hace Groussac en el demoledor prólogo que precede la obra a pedido del autor y en el que carga contra las ilusiones y excesos de la neuropsiquiatría y aún del darwinismo, todo reposa en la teoría de la “herencia mórbida” por la cual las patologías de los individuos se transmiten de generación en generación, acrecentándose. A ello opone el ensayista francés otro principio descalificador: el de la regresión al tipo normal.

El núcleo principal del libro lo constituye el caso español en el que Ramos desarrolla en paralelo un análisis psicosocial: el papel de la Inquisición en la conformación de la mentalidad del pueblo español (“la selección de la especie humana por medio del Santo Oficio”) y otro individual-familiar en el que el análisis de la degeneración hereditaria se aplica a un caso clásico en ese tipo de estudios: el de la dinastía de los Austrias, desde la enfermedad de Juana la loca a la de Carlos II. Con respecto al primer proceso, no exento de entusiasmo hacia las paradojas, Ramos argumenta que la selección artificial producida por la Inquisición tuvo un doble y contradictorio efecto: por un lado, eliminó del pueblo español muchas enfermedades mentales convirtiendo a los españoles en un pueblo más sano que otros europeos y por el otro eliminó todo atisbo de inteligencia en el terreno cultural, esterilizando cualquier movimiento intelectual. En resumen, una obra que repite esquemas conceptuales presentes en *Las neurosis* y la misma operación historiográfica (mezcla de fuentes secundarias, en tantos casos dudosas con literatura médica no menos discutible) cuya mayor innovación con respecto a la anterior es el lento desplazamiento del eje temático de los fenómenos individuales a

los colectivos que signará plenamente su libro sucesivo: *Las multitudes argentinas* publicado en 1899. Aquí entramos en un clima nuevo.

Las multitudes, pensado como proemio de un libro sobre la época de Rosas que publicaría ocho años más tarde, ha sido colocado justamente bajo la égida de la lectura de la influyente obra de Gustave Le Bon. Sin embargo, esa afirmación aporta en su sencillez más dificultades que iluminaciones. Desde luego, el punto de partida es el mismo: la ley de la unidad moral de las multitudes, según la cual los hombres abdican de su personalidad individual y se integran en un conjunto social que se comporta como una persona colectiva dominada por los sentimientos y por el puro instinto. Sujeta a una situación alucinatoria, ella se entrega a todo tipo de desbordes y solo puede ser controlada (domada) por el *meneur*, el manipulador de la multitud. Sin embargo, Ramos, al igual que la mayoría de sus contemporáneos argentinos –y por las razones que apuntamos– era dado a las mezclas más eclécticas y estas lo llevan a innovar en sustanciales puntos la teoría de Le Bon. El primero es que no todos los hombres son pasibles de abdicar, en ese estado hipnótico, de sus propias facultades. Para el caso americano, colige Ramos, son en general las personas humildes sin instrucción formal, hombres anónimos cuya personalidad es maleable (el “hombre carbono”) y por ende susceptible de integrarse en un colectivo como la multitud. Las personas superiores, por su instrucción, difícilmente puedan integrarse a ella. Empero, también aquellas que engloba con el rótulo del “burgués áureo”, por su timidez y pasividad, solo podían hacerlo en otra vertiente, la de la “multitud estática” o pasiva.

La segunda distinción es cronológica. Ahí donde Le Bon consideraba a la multitud como un fenómeno característico y específico de las sociedades contemporáneas (una excepción la podía

constituir la Roma imperial) y urbanas, Ramos llevaba la cronología más atrás, individualizando el paso de la turba amorfa a la multitud, para la Argentina, en el tránsito entre los siglos XVI-II y XIX. Más aún, para el caso argentino, Ramos conjeturaba que en la época a él contemporánea no existía verdaderamente multitud, sino que se había retornado al “grupo”, elemento primordial y precedente. A lo sumo, existía en su época una multitud estática (a contrastar con las dinámicas anteriores) que se formaba a través de los periódicos, las tertulias o los pequeños corrillos. Empero, esta última caracterización acerca a Ramos a las reflexiones de Gabriel Tarde, otro de sus autores predilectos, sobre la opinión y sus leyes de imitación que, como es conocido, estaban muy lejos de las de Le Bon en los debates europeos. Finalmente, y el punto no es menor, ningún urgente temor afecta las reflexiones de Ramos Mejía, a diferencia de sus congéneres europeos, para quienes el estudio de la multitud era un modo de poder actuar para conjurar sus peligros. Más aún, Ramos parece añorar las sanguíneas multitudes de la emancipación y aún de la tiranía, románticas, heroicas y que cumplían un beneficioso papel fisiológico en el organismo social, a la vez que deplora a las nuevas multitudes inmigratorias dominadas por el cálculo y el interés e incapaces de cualquier grandeza. En lo que desde luego hay que ver un tópico común en tantos miembros de los grupos dirigentes argentinos de la época de Roca, opositores a este.

La obra de Ramos contiene una combinación de dos de los elementos presentes en sus obras anteriores, un aparato teórico ecléctico producto de sus lecturas, con una utilización de otras, lo que los historiadores llaman fuentes secundarias, que le proveían de los “hechos” con los cuales ilustrar su relato. A ellos agregaba ahora un tercero: la del observador de la realidad argentina de las últimas décadas del siglo XIX. Los dos últimos capítulos del libro

acerca de las multitudes modernas son los más interesantes y los más paradójales del libro. No se trata solo de un ensayo sociológico sino de un verdadero proyecto prescriptivo que refleja la necesidad de integrar y disciplinar a los inmigrantes como modo de hacerlos pasar, lentamente, del estado de barbarie en el que supuestamente se encontraban a los pródromos de la civilización. A la manera sarmientina, sería la Argentina la que civilizaría al inmigrante y no viceversa. Así, Ramos combina la observación con la creación de estereotipos sociales destinados a la vez a estigmatizar y sugerir por contraste los comportamientos deseables. Asimismo, esos dos capítulos, a su modo, resumen alcances y límites de las aproximaciones de Ramos, en la tensión de una jerga pseudocientífica y un lenguaje a ratos escatológico con agudas, aunque prejuiciosas, percepciones de la sociedad contemporánea.

Ramos prosiguió con sus reflexiones acerca del pasado y brindó, en 1907, su obra más acabada: *Rosas y su tiempo*. Atesorando las numerosas críticas recibidas por sus libros precedentes, decidió finalmente tratar de hacer tarea de historiador tal como entonces se la entendía. Creyó su deber ampliar sus lecturas y discutir sobre fuentes y metodología, revisar la historiografía sobre el tema y defender la objetividad científica y no partisana de su enfoque. Aunque López sigue siendo su maestro en términos de la forma de reconstrucción del pasado (aún en 1912, en ocasión de una conferencia en homenaje a Mitre quiso recordar a este como poeta, militar y político dejando en silencio su contribución como historiador) prefirió ahora apoyarse en la autoridad de Hipólito Taine (e incluso en la de Gabriel Monod, el fundador de la *Revue Historique*) para defender su propuesta historiográfica. Es que Taine es ahora para él una guía mucho más segura que Le Bon o la literatura médica. A esos modelos agregó una vasta consulta de fuentes, ante todo orales, ya que sostenía que el testigo

ocular tiene la prioridad (y aquí invocó nuevamente la autoridad de Taine, no la de López), pero también libros de contaduría, el archivo de policía y la correspondencia de Rosas con las autoridades de las campañas, entre otras. El resultado fueron felices capítulos sobre la sociedad (y en especial sobre la plebe) durante la época de Rosas en la que la explicación por la situación “hipnótica” de las multitudes pierde peso ante una exposición de su adhesión al rosismo, mucho más centrada en los incentivos materiales y simbólicos que la movilizaban y en la capacidad organizativa del régimen.

El cuadro resultante del libro de Ramos, quizás dominado por perspectivas a él contemporáneas, convierte a Rosas en un temprano líder de masas y a su régimen en una forma de democratización social y política (en esto último no estaba tan lejos de Ernesto Quesada). Sin embargo, si el juicio sobre el régimen deviene más comprensivo, el juicio sobre el personaje Rosas mantiene toda la negatividad que creía deducir de la literatura médica. Si Rosas es para Ramos el personaje más original de la historia de América, lo es en tanto las dimensiones trágicas que emergen de sus patologías. Es que el libro contiene una superposición de lecturas desde los viejos motivos de la psiquiatría y la teoría de la herencia mórbida con los de la psicología de las multitudes, que seguían dando flanco para la crítica, adosados a los nuevos más propiamente historiográficos. Interpretativamente también contiene una tensión entre, en sus palabras, el “salvaje unitario” que llevaba adentro y el científico que aspiraba a mirar el pasado con la impasibilidad de un entomólogo. Muchas veces el primero lleva la mejor parte, aunque fuese a ratos balanceado por el criollo viejo que era –y que, por ello y pese a todo, estimaba más aquellos personajes y multitudes que las a él contemporáneas– y por unas

promesas de ecuanimidad (de nuevo a la manera de Quesada) que tanto debían a los nuevos climas historiográficos.

¿Qué concluir de este rápido itinerario a través de un autor, sus lecturas y su obra? Quizás que Ramos, ante los ojos de un lector actual, aparece como insanablemente arcaico en aquellos tramos en que reposa sobre una serie de lecturas hoy también decididamente envejecidas. En cambio, conserva toda su vitalidad cuando sus afirmaciones reposan, no sobre ese mundo de libros que había acumulado en su biblioteca sino sobre sus miradas, a menudo perspicaces, de las realidades a él contemporáneas o sobre aquellos documentos originales, no porque fuesen iluminadores en sí mismos, sino porque supo valorizarlos con ingenio. Así, como observó Paul Groussac, el legado de la obra de Ramos podría resumirse en la máxima que Goethe puso en boca de Mefistófeles: “gris es la teoría, pero verde es el áureo árbol de la vida”.

Juan Álvarez, un itinerario historiográfico*

A la memoria de Oscar Terán

A partir de 1878, momento en el que José María Ramos Mejía publicó la primera parte de su *Neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, un conjunto de personas se interesó por brindar nuevas lecturas del pasado argentino que tomaban clara distancia de los relatos que iban formulando los precursores de un estudio sistemático del mismo, en especial Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Seguramente, aquella obra de Ramos era bastante precoz y habría que esperar a fines de la década de 1880 y en especial a fines de la sucesiva para que las nuevas lecturas se expandiesen. Con todo, cualquiera sea la cronología que se proponga, es indudable que, en el tránsito entre los siglos XIX y XX se impuso, aunque fuese bastante fugazmente, una nueva forma de hacer historia. Los nombres de los dos Ramos Mejía, de Ernesto Quesada, de Juan Agustín García, de Rodolfo Rivarola, de José Ingenieros y de Juan Álvarez, por citar solamente a los que brindaron obras más acabadas, están allí para mostrarlo. Desde luego existen muchas diferencias entre ellos –y aún al interior de cada uno– en una producción que, en algunos casos,

* Publicado como “Juan Álvarez, historiador” en *Anuario IEHS*, 23, 75-88, 2009.

se dilató extensamente en el tiempo. Sin embargo, a todos ellos los unía, en términos historiográficos, una vocación científica, nomológica si se quiere, que los llevaba a buscar causas profundas que explicasen el decurso histórico. Todos ellos tomaban una distancia significativa del estudio del pasado en tanto que relato de lo visible y todos ellos buscaban claves ocultas en la que los actores perdían toda capacidad explicativa, en tanto desaparecía no solo su conciencia de los fenómenos de los que eran protagonistas sino incluso su posibilidad de operar en los procesos desde su voluntad. Para ello extrajeron su arsenal teórico no solo de los historiadores que tenían ambiciones similares, de Taine a Buckle, sino más allá de las expansivas ciencias, sociales o no. Esa búsqueda de leyes o de regularidades y esa vocación de establecer un diálogo, en especial con aquellas dos vertientes que encarnaban los nombres de Comte, por un lado y de Spencer, por el otro justifica, en parte, el rótulo que tantos les asignaron, “positivistas”. Ciertamente, no todos caben cómodamente en la definición, pero, admitiendo una cierta imprecisión en el uso del término, debe consignarse que no les es impropio. “Científicos” o “positivistas” son así rótulos apropiados para designar sino sus resultados si su actitud ante el conocimiento del pasado, aunque tampoco faltase aquí quién llegase a decir, melancólicamente, que “la verdad es un feliz accidente” (García, 1955, p. 287).

La fortuna posterior le fue esquiva a la mayoría de aquellos historiadores. Fueron condenados por extravagantes o, con un rótulo más neutral pero no menos crítico, por “ensayistas”. La Nueva Escuela Histórica marcó el camino de la toma de distancia (aún reconociendo algunas excepciones y algunos matices) y nuestro historiador mayor, Tulio Halperin Donghi, un atento lector de todos ellos, puso, sin embargo, la conclusión: sus resultados habían sido poco logrados y por ello no habían podido

brindar modelos historiográficos para el porvenir de la disciplina. Se había tratado de “Treinta años en busca de un rumbo”, el que sería finalmente hallado por la Nueva Escuela. Un juicio que bien podía ser considerado no tanto ni solo un comentario sobre aquellos sedicentes historiadores sino –y aún más– un comentario que atacaba en realidad a muchos de los contemporáneos a él que buscaban en aquellos inspiraciones o linajes alternativos (y en este punto, el “revival” Álvarez ocupaba en los sesenta un lugar central). Sin embargo, más allá de las críticas, lo que los envolvió fue la indiferencia o el olvido, aunque, desde luego, pueden señalarse excepciones.

Así, el conjunto de ensayistas de principios de siglo dejó pocas secuelas en la historiografía sucesiva. Repropuestos al público de tanto en tanto, en ediciones de clásicos argentinos, generaron por muchos años escasa curiosidad entre los historiadores profesionales convencidos de que sus obras tenían poco que ver con la historia en tanto disciplina metódica y rigurosa. Ese desinterés afectaba tanto a los resultados producidos como a las aperturas conceptuales y temáticas que muchos de ellos habían sugerido. Unas pocas excepciones, el Quesada de “La época de Rosas”, recuperado por la Nueva Escuela Histórica y más tarde por el revisionismo, el García de “La ciudad indiana”, citado ocasionalmente, José María Ramos Mejía, más rememorado por su prosa que por sus obras, Rodolfo Rivarola, evocado en tanto que politólogo pero no tanto como pensador de nuestro pasado, Lucas Ayarragaray, encapsulado en ámbitos académicos a los que volcaba con el paso del tiempo una producción más clásicamente histórica y menos sociológica, signo de los cambios en las modas historiográficas (por ejemplo, su curiosa *La Iglesia en América y la dominación española* de 1920 apoyada en los archivos Vaticanos, defensa del papel del catolicismo en general y de los jesuitas en particular,

por un no católico) son excepciones parciales que no alteran el cuadro general.

Sin embargo, el péndulo ha vuelto a girar en los últimos años y aquellos autores de principios de siglo han sido revisitados con interés por muchos estudiosos. En esa recuperación, que en los últimos tiempos ha adquirido en autores noveles además un tono valorativo no desprovisto de excesos, debe señalarse que un lugar fundamental le cupo a Oscar Terán. A partir de su seminal relectura de José Ingenieros (1979), el gran estudioso argentino recientemente desaparecido se orientó también a la indagación de otros coetáneos como Carlos Octavio Bunge, José María Ramos Mejía o Ernesto Quesada (1987 y 2000). Le debemos ser gratos por su capacidad de iluminación de rasgos y figuras de lo que prefería llamar la “cultura científica” finisecular.

Entre esos estudiosos queremos detenernos aquí en uno de los que tuvo mejor fortuna posterior en los ámbitos académicos y que, en tanto tal, escapó en varias estaciones de nuestra historiografía –y por razones muy diferentes o integrado en narrativas muy diferentes– de la descripción anterior: Juan Álvarez.¹ Aunque la obra historiográfica de Álvarez fue indagada en forma fragmentaria en reiteradas ocasiones, no disponemos todavía de un estudio de conjunto (Carbia, 1940; Gianello, 1967; Halperin Donghi, 1996; Cortés Conde, 2001; Bresciano, 2005)². Este breve trabajo tampoco aspira a brindarlo sino apenas a proponer

1. El otro es desde luego, José Ingenieros, aunque no en los ámbitos académicos sino en una larga estación de la cultura de izquierda argentina.

2. Años después de la publicación original de este artículo, apareció editada la importante tesis, defendida en el 2011 y publicada en 2015, de Mario Glück, *La nación imaginada desde una ciudad: las ideas políticas de Juan Álvarez, 1898-1954*, de cuyos temas mayores que iban más allá de la perspectiva estrictamente historiográfica, no se dará cuenta aquí.

algunas sugerencias adicionales para explorar algunos de sus libros mayores.

El surgimiento de un historiador en tiempos problemáticos

Antes de detenernos en el terreno historiográfico y en Juan Álvarez, es bueno recordar en qué medida los primeros años del nuevo siglo XX, momento en el que el positivismo parecía llegar a su madurez, trajeron un clima diferente al que imperaba en las décadas precedentes en planos más generales. La percepción de una serie de problemas y amenazas, en especial la integración de los inmigrantes y el orden social supuestamente asediado (por un doble movimiento diferente aunque complementario: el de los nuevos arribados exitosos que aspiraban a incorporarse a las élites y el de aquellos que en la base de la pirámide social aspiraban a que las promesas del mito americano se hiciese realidad), dieron lugar a un fortalecimiento de los motivos nacionalistas, de políticas represivas y, paralelamente y más ambiguamente, a políticas de reforma social. Por otra parte, entre la percepción de los problemas argentinos, un lugar no menor lo ocupaba la crisis del régimen político, coincidente primero con el apogeo del roquismo y luego con su súbita desintegración. Problema en el cual muchos creyeron ver la persistencia de antiguas cuestiones irresueltas provenientes de la época precedente o incluso de épocas más pretéritas, incluida la colonial, que requerían una explicación más profunda que su atribución a la responsabilidad de los hombres que conducían el destino argentino. Es que todo ese proceso coincidía tanto con aquella evolución del orden roquista, como con el retorno al escenario político de muchos actores marginados por aquel y con ese terreno ambiguo de aperturas y

clausuras que aquellas amenazas y estas fragmentaciones hacían posible.

En ese marco, en el contexto de un presente que, aunque todavía dominado por importantes dosis de optimismo en relación con el largo plazo, no dejaba de estar poblado en la coyuntura de incertidumbres, era inevitable que surgieran, a la vez, nuevas lecturas del pasado y nuevas ideas acerca de los usos que se le podía dar a ellas. El pasado servía como revelador de los males argentinos (o como pretexto para exponerlos) y proveía un diagnóstico, aunque las obras resultantes ni eran ni aspiraban a ser una terapia. A lo sumo, eran un modo de ilustrar a las mismas élites, que eran el público conjetural de los problemas y de la necesidad de responderlos. Asimismo, la relación entre aquellas amenazas y problemas y la reflexión sobre el pasado ciertamente puede ponerse en relación con un breve pero intenso ciclo de lecturas pesimistas, en algunos casos interrelacionadas. Un punto de partida puede ser indicado en *La ciudad indiana* de García de 1900 y un punto de llegada, en *Del régimen federativo al unitario* de Rodolfo Rivarola de 1908. Entre ambos se encuentran las obras de Carlos Octavio Bunge y Lucas Ayarragaray.

Las ambigüedades iban más allá de ello e involucraban al clima intelectual todo. El positivismo parecía continuar su marcha ascendente empujado por un avance aparentemente indetenible de las ciencias en general y de las nuevas ciencias sociales en particular. Este movimiento llevó a Alejandro Korn a sugerir que ese ascenso era también un tránsito del positivismo al “cientificismo”. Sin embargo, paralelamente, emergían otros motivos que ponían en cuestión, al menos en las generaciones más jóvenes, aquella aparentemente sólida hegemonía. En el campo historiográfico debería observarse que, si por un lado ello implicaba en muchos (Quesada, Ingenieros o Carlos Octavio Bunge) una

explícita y neta subordinación de la historia y los historiadores tradicionales al papel de meros cronistas proveedores de hechos para síntesis superiores construidas por otras ciencias y en especial la sociología, por el otro, la historia seguía siendo practicada por muchos en sus marcos tradicionales, sea en tanto que historia política, sea en tanto que debate en torno a los héroes. Si miramos a los primeros, la autoridad de Mitre o de López parecía decaer y la de Groussac no parecía suficiente para contrastar las nuevas tendencias. Si miramos a los segundos, un David Peña, un Carlos María Urien, un joven Dardo Corvalán, nos parece que las discusiones en torno a Rosas, Quiroga o Francisco Solano López, nos transportan nuevamente al siglo XIX historiográfico y a lo que fuera llamado, el culto de los descendientes. Por otra parte, incluso entre los positivistas no dejaban de existir itinerarios muy disímiles y si para algunos incluso parecía comprometido el reinado de los historiadores europeos de referencia, de Taine a Renán, ellos mismos superados por nuevas propuestas, para otros, el camino era inverso. He ahí el ejemplo de José María Ramos Mejía, quién desde la antropología criminal y la psicología de las multitudes recaía en la historiografía y en especial en la obra de Taine para brindar su trabajo mayor de 1907 sobre “Rosas y su tiempo”.

En esos contextos de incertidumbres emergía un joven estudioso, Juan Álvarez, cercano a los treinta años, quien iba a aparecer en el escenario con un notable estudio que a la vez que reafirmaba los principios básicos de eso que hemos llamado positivismo historiográfico, ofrecía una contracara francamente optimista de aquellas lecturas negativas o perplejas a las que antes aludimos. En 1909 culminaba una historia aparentemente regional, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe* (publicada al año siguiente) que era mucho más que eso.

Este rosarino por adopción (había nacido en Gualeguaychú), había hecho sus estudios secundarios en la Escuela Normal de Paraná (donde parece haber recibido el interés por la historia de su profesor Ramón Lassaga) y sus universitarios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en la que se recibirá en 1898 con una tesis acerca de los derechos de las provincias a percibir nuevos tributos, ya que a ellas correspondía todo lo no delegado expresamente por la constitución en tanto eran precedentes a la nación (“El gobierno nacional no puede exonerar del pago de impuestos provinciales a las empresas industriales y comerciales”). Como casi todos sus contemporáneos, será mucho más un autodidacta dado por ello más a las combinaciones eclécticas, que cualquier otra cosa. Difícilmente podía ser de otra manera, vista la limitada profesionalización de los estudios académicos por entonces –aunque, desde luego, mayor que la de aquellos de la generación precedente– y, en su caso, es razonable especular que su formación debía mucho más a las influencias familiares (en especial su padre, el jurista y publicista español, Serafín Álvarez).³

Profesionalmente, Álvarez, como la mayoría de sus congéneres, también combinará múltiples actividades que iban del funcionario público a la actuación judicial, de la docencia al periodismo, aunque la jurídica fue su tarea principal. Así, tras comenzar como secretario del juzgado federal en Rosario en 1902 fue designado juez federal en la misma ciudad en 1913. Este será el punto de partida de una larga y exitosa carrera judicial que culminará con su designación como Procurador General de la Nación (1935), cargo en el que permanecerá hasta ser removido

3. Sobre algunas dimensiones intelectuales de los Álvarez, ver Sonzogni y Dalla Corte (2000).

–junto con cuatro de los cinco miembros de la Corte– en 1946 por el peronismo. Paralelamente, desarrolló su actividad docente en el Colegio Nacional de Rosario y en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad del Litoral, y tuvo un fugaz pero decisivo paso por la Intendencia de la ciudad de Rosario como secretario, en cuya condición fue el responsable de la realización del Tercer Censo Municipal (1910).

Su obra, una de las más acabadas de esta estación historiográfica, siempre ha sido vista como una interpretación económica de la historia argentina para la que una guía segura le proveía la obra de Thorold Rogers, acerca del que luego hablaremos. Sin embargo, quizás esa imagen sea susceptible de una relectura. Antes que nada, su convicción positivista lo llevaba a plantearse en el *Ensayo* la pregunta fundamental de ese tipo de enfoque, la lucha de las personas por la subsistencia, mirada primordialmente como la relación entre el hombre y la naturaleza. Introducía así el espacio y la población como los dos factores base de su análisis antes que la lógica económica que, aunque también esencial, aparece en un segundo nivel con respecto a la primera. Con un importante acopio de información, que incluía documentos originales que había consultado en el Archivo de Indias en Sevilla, Álvarez indagaba las dificultades de los pobladores dispersos en territorios inmensos, con ausencia de vías de comunicación, acechados por los indígenas y por los factores naturales (desde el clima a las langostas) en más de tres siglos de historia del territorio santafesino. Por encima de esa historia de penurias e inseguridades era presentada la ausencia de cualquier posibilidad de progreso, entre otras cosas por la incuria del estado colonial español.

Brindaba así Álvarez otra imagen extremadamente negativa de la época colonial y del papel de España en ella y al hacerlo se colocaba en la estela de las otras lecturas antes aludidas,

aunque con una argumentación muy diferente. Para Álvarez, esa situación debería agravarse ulteriormente con la revolución que desorganizaría los pocos instrumentos existentes y colocaría a Santa Fe en el ojo de las tormentas de las guerras civiles. Una revolución que tenía para él muchos elementos inesperados y que era solo la voluntad, acicateada por las condiciones económicas, de una estrecha minoría. El resultado, la disgregación del año veinte, era visto por Álvarez de manera original. El autonomismo resultante (Estanislao López) no era producto de tradiciones jurídicas antiguas (como en Francisco Ramos Mejía), ni de las identidades locales –que no le interesaban y no le parecían tan importantes, visto el estado cultural de las poblaciones–, ni de ambiciones de mandones (como en Rivarola), sino apenas de la sensatez impulsada por la necesidad. Azotada Santa Fe por el permanente conflicto entre Buenos Aires y las provincias litorales (incluida la Banda Oriental), solo en el aislamiento podía encontrar la posibilidad de reorganizar mínimamente su economía y poner algún coto a las crecientes invasiones indígenas alentadas por el desvío de los recursos humanos y militares hacia otros fines. En ese marco, el federalismo devenía en la única forma posible de subsistencia de las vidas y los bienes.

En su excursión en la historia de la Argentina independiente y en sus conflictos, Álvarez reposaba en una guía segura: Alberdi. Como él, veía el centro de los problemas en el puerto, la lucha por los recursos de la aduana y la navegación de los ríos interiores. Su imagen del destino de la Argentina independiente tenía también, más allá de sus múltiples diferencias, algo de la mirada de Vicente Fidel López. He ahí esa revolución inesperada gestionada por minorías cultas que se verían arruinadas por la misma revolución que habían desatado. He ahí un nuevo país que perdía con el cambio los pocos elementos civilizatorios heredados de la

dominación colonial. La historia de Álvarez no es, sin embargo, una historia ni épica ni trágica. Los héroes y los grandes personajes no le interesan, tampoco extraer del pasado fábulas morales ni la defensa de ciertas tradiciones políticas. Sin visibles juicios de valor, se adentra en el pasado desde la presunción de que los protagonistas del mismo, desde Artigas a Rosas pasando por los unitarios, apenas “hicieron lo que pudieron”, presos como estaban de férreas lógicas en las que predominaba el interés y la necesidad por sobre cualquier otra consideración.

Luego de Caseros, en Santa Fe (pero la historia de Álvarez es más, como sugerimos, una historia argentina vista y ejemplificada desde el caso santafesino) se abrieron lentamente los instrumentos del progreso. Ellos se hicieron incontenibles desde el 80. Se produjo, en sus palabras, un “cambio de sistema”. La derrota de los indios, que expandió la superficie cultivable, la inmigración que brindaba los brazos (siguiendo a García, Álvarez sostenía que solo los hombres daban valor a la tierra que sin ellos no tenía ninguno), el ferrocarril que acercaba los mercados, la construcción de los puertos, los capitales extranjeros que alentaban el crédito que expandía las actividades económicas, los cambios tecnológicos, la subdivisión de la tierra (imagen emergente del proceso de colonización santafesino que luego revería) y las condiciones del mercado internacional (los altos precios de los productos exportables), sostenían esa transformación inusitada. Remarcando dónde debía ponerse el motor de esas transiciones (en cambios que llamaríamos hoy estructurales y no en la voluntad de los hombres), Álvarez afirmaba que aún si no nos hubiésemos independizado de España esos cambios hubieran sobrevenido igual, y el ejemplo de Cuba le parecía bastante revelador. En cualquier caso, y, en suma, nuevamente una imagen bastante alberdiana del papel de las transformaciones históricas.

Ciertamente la política había dado su contribución y la principal de ellas era la paz trabajosamente alcanzada, elemento indispensable para el progreso. Aquí, es interesante comparar las miradas de Álvarez y Rivarola. El primero coincidía con el segundo en que 1853 era un pacto entre capitanejos y que el sistema legal estaba desacompasado con el país real. Ya en su tesis de doctorado Álvarez había admitido que el unitarismo de hecho (resultado de la unificación producida por el ferrocarril) no le preocupaba, solo que si se quería seguir por esa vía había que cambiar la constitución. Sin embargo, Álvarez estaba mucho más dispuesto a admitir que ello no era tan relevante. Ante todo, porque aquel pacto expresado en la constitución de 1853 había logrado finalmente garantizar la paz y ese era el bien máspreciado. Aunque fuese un mal institucional, se había revelado un mal necesario. Asimismo, lo era, porque consideraba que en el plano de las transformaciones económicas era donde se decidía el futuro argentino mucho más que en el de la política.

Del optimismo a la incertidumbre

En 1914 Álvarez publicaba *Las guerras civiles argentinas*. El libro constituía toda una novedad tanto en relación con el panorama historiográfico argentino, como con su producción precedente. La primera diferencia con el *Ensayo* concierne al clima que impera en cada una de las obras. Mientras esta aparece dominada por un inmoderado optimismo, *Las guerras civiles* brindan un cuadro mucho más problemático y preocupado del devenir argentino. Dos motivos principales signan esa mudanza. El primero, como ha sido acertadamente apuntado, debe ponerse en relación con el ciclo de protestas agrarias abierto en 1912 con el “Grito de Alcor-ta”, cuyo impacto para alguien que observaba la situación desde

Rosario era mucho más preocupante que para observadores dislocados en otros puntos del territorio. El segundo era la evolución de la política argentina a partir de la sanción de la Ley Sáenz Peña, en el mismo año. Y nuevamente aquí puede observarse que la primera derrota de los grupos conservadores bajo las nuevas reglas del juego tuvo lugar precisamente en la provincia de Santa Fe, en el mismo año de 1912.

El primero de los problemas, la crisis social, llevaba a Álvarez a redefinir el papel del historiador. Este devenía, a través del análisis del pasado, en un pronosticador de los conflictos futuros. Esos pronósticos debían alertar, no a los ciudadanos sino a sus clases dirigentes, de los nubarrones del porvenir y orientarlos a tomar aquellas medidas que permitieran evitarlos o atenuarlos. Ciertamente, ese papel no era omnipotente, ni las previsiones eran exactas, ya que indicaban posibilidades, no leyes inexorables: presuponía una imagen tendencialmente cíclica del devenir histórico y no en vano, para Álvarez, su tarea se asemejaba a la de un meteorólogo, observador del ciclo de la naturaleza, y cuyos pronósticos indicaban grados de posibilidad, no exactitudes. Asimismo, esos conflictos sugerían que el progreso argentino de las últimas décadas había sido menos lineal y exento de contrastes que lo que sugería su precedente *Historia de Santa Fe*. Dos cuestiones aparecían aquí, una interna y la otra externa. La primera era que a diferencia de la lectura precedente en la que el capitalismo venía a resolver los seculares males argentinos era ahora el exceso de capitalismo de *laissez faire* el que generaba inequidades de las que derivaban tensiones y conflictos. La ausencia del estado en la regulación de las actividades económicas rurales (pero también de las cuestiones urbanas) daba como resultado numerosos problemas. Algunos de los mayores eran la falta de arraigo de los colonos en la tierra y las condiciones de vida, sea en el campo

o la ciudad, emblematizados en la precariedad de las viviendas. Esa ausencia de regulaciones perjudicaba a los débiles y beneficiaba a los fuertes. Favorecía la expansión de grandes latifundios, cuya contraparte eran arrendatarios y asalariados desprovistos de toda protección, condenados a una situación de precariedad que evitaba el arraigo y con ello la estabilidad de sus comportamientos sociales. El segundo era externo –y aquí la perspicacia de Álvarez es notable– la economía argentina era excesivamente dependiente de las oscilaciones de la economía internacional. El no tener la capacidad de fijar los precios de sus productos de exportación y ser dependiente de los capitales externos hacía que las crisis europeas se propagaran inmediatamente en la Argentina alterando cualquier previsión. Nuevamente, las devaluaciones de la moneda (motivo seguido largamente por los socialistas) descargaban su peso sobre los asalariados.

Para resolver esas incertidumbres Álvarez, conservador iluminado, imaginaba una mayor intervención del estado –y aquí la crítica se extendía, a la manera de García, a un instrumento juzgado tan inadecuado como el código civil de Vélez Sarfield– ya que, en su lectura, los conflictos eran siempre (en el presente y en el pasado) resultado de una disfunción entre la ley y las necesidades sociales. Había que adecuar a aquellas para prevenir estas. También iba un poco más allá de una respuesta motivada por una idea de válvula de seguridad. Para Álvarez, un principio debía regir las sociedades y ese no era el puro beneficio sino la solidaridad social. Por ejemplo, el latifundio, podía ser eficaz productivamente pero no era sinónimo de democracia ni el camino para asegurar el progreso hacia formas superiores de civilización.

El segundo de los problemas era que, en ese clima incierto, la reforma política de Sáenz Peña le parecía a todas luces

problemática. Desde luego, pensaba Álvarez, la nueva ley era una válvula de escape para las tensiones sociales pero el precio a pagar era elevado: entregar el país a mayorías incultas. Es que Álvarez compartía con tantos estudiosos de su generación una acentuada desconfianza hacia el sufragio universal, en tanto el mismo fuese concedido a poblaciones con bajo nivel de instrucción como eran las de la Argentina. Ello lo llevaba, en el último capítulo de su obra, a colocar ambos problemas juntos y a formular una severa crítica hacia la educación argentina, tanto respecto de sus instrumentos como de sus contenidos. Esta alentaba en los escolares la idea de la riqueza ilimitada del país con el resultado de que los problemas argentinos no podían tener otra causa que la ineptitud de los gobiernos. Asimismo, la educación se centraba, erróneamente, en el culto de los próceres y no en el de las instituciones. Como se ve, son variaciones sobre temas en los que ya se había detenido García y, en el último punto, también Alberdi.

El diagnóstico de Álvarez de los males argentinos le servía para una completa relectura de la historia argentina. A la importancia otorgada a la geografía histórica y a la mirada alberdiana, presentes ya en el *Ensayo* y mediante la cual se buscaba explicar los conflictos desde la independencia como resultado tanto de las tensiones entre las distintas regiones –producto de la organización del espacio– como de las luchas económicas entre las regiones –por el puerto y las rentas de la aduana–, Álvarez agregaba nuevos motivos. Uno de ellos era en qué medida el librecambio inaugurado en 1810 había generado consecuencias gravosas para la sociedad rioplatense. Una era el empeoramiento de las condiciones de vida de los gauchos como resultado de la valorización de la carne, su sustento y el principal producto de exportación (cuyos precios eran fijados por los consumidores del exterior). La tríada pan barato, carne y tierras para todos, se había roto con la

independencia. Las montoneras eran, así, sinónimo de malestar social antes que político. Las guerras civiles, sus situaciones cambiantes, eran así leídas como una tensión entre esa situación y la capacidad del estado central (es decir, Buenos Aires) de reprimir-las. Capacidad medida según sus recursos fiscales: es decir los ingresos de las rentas de la aduana.

En ese contexto, el proteccionismo rosista significaba una fórmula que posibilitaba cierto equilibrio entre Buenos Aires y el interior (no así con el litoral, visto el problema del puerto y de la navegación de los ríos). Es que para Álvarez otra de las consecuencias de las nuevas reglas económicas inauguradas luego de la independencia era que acentuaban el conflicto de intereses entre las regiones que emergían de la geografía. El equilibrio político se alcanzaba finalmente con aquel pacto entre regiones que era la constitución de 1853 que permitía una redistribución regional, desde los instrumentos de la política (en especial el senado) de los beneficios que obtenía la economía del litoral. No ocurría lo mismo con el equilibrio social, sujeto a nuevas conmociones una vez más ligadas a las condiciones económicas. En este caso, dependientes de aquellas situaciones externas: la volubilidad del precio de las exportaciones. Su impacto social era medido a través de las importaciones tomadas como un modo de aproximarse a la capacidad de consumo de los habitantes. En épocas de prosperidad las conmociones sociales no tenían éxito (revolución radical de 1905), en épocas de crisis (revolución radical de 1893) conseguían enorme adhesión.

La lectura de Álvarez devenía, en este libro, en una más estrictamente económica (más allá de la introducción geográfica que lo abría) estableciendo una férrea correlación entre crisis económica y crisis social. Las últimas eran explicadas unilateralmente a partir de las primeras. Por supuesto que esta imagen

tenía muchos precedentes posibles y formaba parte de un cierto sentido común imperante en tantos pensadores europeos y americanos. Entre ellos, un lugar importante lo ocupaban muchos observadores británicos del mundo, abierto con la revolución industrial. La reflexión de Álvarez es en muchos puntos cercana a la de estos últimos, cuya preocupación era cómo regular un mundo en el que dominaban las puras reglas de mercado y el interés individual. Tomando un ejemplo, debe volverse la mirada nuevamente sobre Thorold Rogers a quién Álvarez había leído con atención. Varios de los temas propuestos aparecen presentados por aquel en su *Sentido económico de la historia*.⁴ He ahí, por caso, el tema del latifundio y el arrendamiento en la historia de Inglaterra, en donde la avidez de los propietarios hizo que la renta subiera mucho más rápidamente que los precios del grano, arruinando a los colonos, más aún cuando existía competencia entre estos para acceder a la tierra. He ahí también las reflexiones acerca de moneda y precios, ya que la adulteración sistemática de la primera por parte del estado lleva a la ruina de los trabajadores. He ahí también la necesidad de políticas de beneficencia estatales que atenuasen la miseria o la reflexión sobre los gastos públicos y la capacidad política. Más en general, lo que parece tomar Álvarez de Rogers (y seguramente de otros autores) es que la apertura del mundo en Europa con la revolución industrial y en Argentina con la revolución de la independencia y su dominio del *laissez faire*, generaba desequilibrios sociales importantes y empeoraba las condiciones de muchos grupos sociales (colonos o trabajadores)

4. Agradezco al profesor Manuel Fernández López, que me facilitó un ejemplar de la obra y, al hacerlo, quiero también recordar a ese importante erudito ya desaparecido cuyo mayor desasosiego era estar en un lugar institucional, donde la erudición brillaba por su ausencia.

ante los cuales era necesario implementar políticas que los atenuaran en beneficio de los derechos de una comunidad nacional superiores a los derechos de los individuos.

Cualquiera sea nuestra conformidad o nuestra discrepancia con la mirada de Álvarez es visiblemente mucho más acorde con sensibilidades historiográficas posteriores que las que proveían sus coetáneos, quizás porque sus influencias intelectuales serán más perdurables que las que orientaban a otros experimentos de combinación entre la historia y otras ciencias, quizás por un fondo de sensatez que era muy suyo. Con todo, la novedad mayor de la propuesta de Álvarez, con relación a sus contemporáneos tanto como con relación al *Ensayo*, se encontraba en el terreno metodológico. Lo que Álvarez ofrecía era un enfoque serial cuantitativo que permitiera indagar las fluctuaciones económicas y, desde las mismas, explicar los fenómenos políticos. Esa operación requería de un minucioso trabajo empírico para construir las series y una utilización, aunque no fuese extremadamente sofisticada, de estadística y de elementos conceptuales de economía y demografía. Acerca de la primera debe señalarse el papel de Álvarez como autor del Tercer Censo de Rosario. Persona concienzuda, había sido llevado a operar con datos agregados y formas clasificatorias y, para ello, a estudiar numerosos materiales estadísticos (y reflexiones sobre ellos) elaborados en otros contextos, sea para proponer comparaciones, sea para formular su encuesta. Así, cita allí, por ejemplo, desde el Congreso de Higiene y Demografía celebrado en París en 1900, a estudios sobre condiciones de vivienda en Berlín en 1885, a datos comparados de natalidad y mortalidad en ciudades europeas y norteamericanas de 1909. Ciertamente también, la experiencia del censo debe haber contribuido para que Álvarez se formase una idea más matizada y

plena de claroscuros del progreso argentino mirado en sus realidades urbanas.

Más allá de la experiencia del censo, las lecturas de Álvarez con relación a la problemática de las crisis y de los ciclos económicos es bastante enigmática. Ciertamente, enfoques de historia económica cuantitativa existían en dos autores conocidos por Álvarez: Rogers, cuya obra mayor (entre otras dedicadas a la historia del trabajo y a la historia de los primeros años del Banco de Inglaterra) era una monumental –aunque poco sofisticada metodológicamente– historia de la agricultura y de precios en general en Inglaterra del siglo XIII al XVIII y en Georges D’Avenel, autor de otra obra no menos colosal, ya que abarcaba precios de todo tipo (desde agrarios a de la propiedad) y salarios en Francia del 1200 al 1800.⁵ Especialmente en este último abundaban, al igual que en Álvarez, las correlaciones entre la marcha de la economía así medida y la política. Más incierta pero no muy improbable es, en cambio, la relación de Álvarez con pensadores decimonónicos precursores del análisis del ciclo económico como Juglar o Jevons. Al menos en un artículo posterior, de 1929, demostró estar muy al tanto del ciclo decenal de los negocios, en especial de los trabajos del llamado “barómetro de Harvard” y de la obra del economista ruso Kondratieff, teórico del ciclo largo. En cualquier caso, lo interesante de la aproximación de Álvarez es el tipo de operación propuesta, más allá de la eficacia técnica y aún interpretativa de su construcción o de la ausencia de preveniones que lo llevaban a un cierto unilateral mecanicismo causal: historia económica serial e historia social y política. Es decir, un

5. Acerca de los problemas metodológicos de D’Avenel, quizás excesivamente, llamaron la atención Lucien Febvre y Ernest Labrousse.

tipo de relación semejante al que en Francia sugeriría Simiand y desarrollaría luego Labrousse.

De la incertidumbre al pesimismo

Álvarez, de larga vida académica posterior, produjo otras obras que, aunque interesantes, carecían ya, en términos historiográficos del impulso innovador y del ingenio de sus dos primeros libros. Así ocurría, por ejemplo, con su libro de 1918 sobre el análisis de los males argentinos centrados en su macrocefalia –las dimensiones enormes de Buenos Aires que absorbían energías que deberían ser redistribuidas desde el poder político–, tema en el que afrontaba con distintas soluciones los mismos problemas que habían llamado antes la atención de Rivarola. Asimismo, siguió publicando artículos de historia económica, en especial sobre cuestiones monetarias y precios, varios de los cuales fueron reunidos por la Junta de Historia y Numismática en el volumen aludido de 1929. Un año antes, en una conferencia dictada en la misma entidad titulada “El factor individual en la historia”, aunque mantenía la crítica hacia aquella forma de hacer historia centrada en los grandes hombres sometida a la biografía, ahora tomaba distancia también de los excesos en los que habría incurrido la generación que integraba, sea al suprimir a los individuos del análisis histórico o al dar una interpretación demasiado centrada en los factores materiales económicos. Era un signo de los nuevos tiempos historiográficos a los que buscaba adaptarse. Es necesario, por otra parte, recordar que ya por entonces reinaba indisputada la “Nueva Escuela Histórica” y que algunos de sus ámbitos institucionales, como la Junta de Historia y Numismática, que Juan Álvarez integraba, avanzaban arrolladoramente bajo la égida de Ricardo Levene cuyas aproximaciones a la historia

económica tan ricas de materiales empíricos como pobres conceptualmente son tan diferentes de las de Álvarez.

A comienzos de la década del cuarenta Juan Álvarez publicó su última obra mayor, una *Historia de Rosario* (1943) que abarcaba un largísimo período: 1869-1939. En un tono de apasionada defensa de “su” ciudad reaparecen aquí muchas de sus virtudes como historiador: su atención a las formas de organización del espacio, su interés por los problemas económicos y demográficos, así como miradas a menudo perspicaces sobre la sociedad, la cultura y la política. Ciertamente, muchos de los problemas que explora habían sido ya indagados, o al menos planteados en sus libros precedentes, desde el *Ensayo* de 1909 a *El problema de Buenos Aires* de 1918. Por otro lado, también se mantenía firme en sus convicciones: la oposición entre un siglo y medio de estancamiento y medio siglo de progreso, la importancia de la libre navegación de los ríos y la consecuente apertura económica al exterior y la de la inmigración como factores esenciales del progreso, el papel de la ley como instrumento esencial del estado para armonizar intereses y corregir desequilibrios, la significación del trabajo y de la educación como factores que habían hecho la prosperidad de Rosario y de la Argentina en el período posterior a Caseros. Sin embargo, el libro tiene ahora un tono pesimista, envuelto en un estilo irónico, que contrasta con el de los anteriores. Así, al pasar puede observar que en Rosario no hay una estatua dedicada a Urquiza, que fue su protector, y hay una calle llamada Balcarce, que había hecho incendiar la ciudad en 1819. Sin embargo, en el centro de su reflexión, siguen estando aquellos temas mayores como la macrocefalia de Buenos Aires o el lugar del puerto (eje de la prosperidad de la ciudad) asediado por el ferrocarril y los elevadores de granos y pronto también por el transporte por carretera que haría menos necesario al río.

En Álvarez, como en otros intelectuales de su tiempo, también podemos encontrar ese tránsito del reformismo de los tiempos del Centenario a un conservadurismo con vetas decadentistas bien visible en los años treinta. El adensarse de nuevos nubarrones generan aprehensiones en Álvarez: entre ellos, la cuestión social en Argentina y en el mundo y la que considera incuria de los gobiernos argentinos (a comenzar por el de Yrigoyen) ante ella, la –a su juicio, perniciosa– reforma universitaria que degradaba la vida académica y una cierta vulgarización del gusto. A su modo, el problema de la construcción de un orden social devenía prioritario y, en la más rústica versión santafesina de Juan Pablo López (“ni *nai*des es menos nada, ni *nada*s es menos *nai*des”), reaparecía para él uno de los problemas argentinos. Más allá de ello, encontraba una clase gobernante que casi nunca estaba a la altura de las circunstancias y a la que impugnaba desde, por ejemplo, el tornasol del retrato bello y cálido que le dedicaba a Lisandro de la Torre y su fracaso.

En buena medida, la obra recuerda a la de su profesor al que apreciaba, Juan Agustín García, en especial a *Sobre nuestra incultura* en cuya estela puede colocarse, aunque dos diferencias los separen: ahí donde este había sido casi siempre incapaz (incluso en sus escritos tempranos) de ir mucho más allá de plantear inteligentemente problemas a los que luego no les dedicaba el tiempo necesario para profundizarlos, Álvarez seguía dispuesto a dedicar muchas horas de su tiempo a los efectos de reconstruir con una evidencia empírica abundante y a menudo sorprendente, los hechos que sustentaban sus lecturas. Allí donde García parecía creer que solo un retorno a una educación humanista podía ser una hipotética solución a los males argentinos, Álvarez seguía sosteniendo que el principal instrumento a través del cual la Argentina podía construir un más rico porvenir era aquella virtud

que tanto asignaba a sus coterráneos de adopción: el amor al trabajo, su divisa y, he ahí, la segunda diferencia.

Bibliografía

- Álvarez, Juan (1909-1910). *Tercer Censo Municipal del Rosario de Santa Fe*. Rosario: Talleres de la República.
- Álvarez, Juan (1910). *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*. Buenos Aires: Tip. E. Malena.
- Álvarez, Juan (1914). *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*. Buenos Aires: Juan Roldán.
- Álvarez, Juan (1928). El factor individual en la historia. *Boletín de la Junta de Historia y Numismática*, V, 137-146.
- Álvarez, Juan (1929). Series de Precios y su utilización. En *Temas de Historia Económica Argentina* (pp. 190-191). Buenos Aires: El Ateneo.
- Álvarez, Juan (1943). *Historia de Rosario (1689-1939)*, Buenos Aires, Imprenta López.
- Bresciano, Juan A. (2005). *Juan Álvarez: aspectos teórico-metodológicos de su producción historiográfica*. Mimeo.
- Carbia, Rómulo (1940). *Historia Crítica de la Historiografía Argentina*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1940.
- Cortés Conde, Roberto (2001). Estudio preliminar. En Juan Álvarez, *Las guerras civiles argentinas y el problema de Buenos Aires en la República* (pp. 9-30). Buenos Aires: Taurus.
- D'Ávenel, Georges (1894-1898). *Histoire économique de la propriété, des salaires, des denrées et de tous les prix en general depuis l'an 1200 jusqu'en l'an 1800*. 4 vols. París: Impr. Nationale.
- García, Juan A. (1955). *La ciudad indiana*. En *Obras Completas*. Buenos Aires: A. Zamora.

- Gianello, Leoncio (1967). Labor historiográfica de Juan Álvarez. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 28, 536-564.
- Glück, Mario (2015). *La nación imaginada desde una ciudad: las ideas políticas de Juan Álvarez, 1898-1954*. Tesis Doctoral. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- Halperin Donghi, Tulio (1996). Juan Álvarez, historiador. En *Ensayos de historiografía* (pp. 67-71). Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto.
- Sonzogni, Elida y Dalla Corte, Gabriela (comps.) (2000). *Intelectuales rosarinos entre dos siglos. Clemente, Serafín y Juan Álvarez. Identidad local y esfera pública*. Rosario: Prohistoria.
- Terán, Oscar (1979). *José Ingenieros: antiimperialismo y nación*. México: Siglo XXI.
- Terán, Oscar (1987). *Positivismo y nación en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- Terán, Oscar (2000). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Thorold Rogers, James (1886-1902). *History of Agriculture and Prices in England from the year after the Oxford parliament (1259) to the commencement of the continental war (1793)*. 7 vols. Oxford: Clarendon Press.
- Thorold Rogers, James (1905). *Sentido económico de la historia*. Madrid: La España Moderna.

Para un retrato de Julio Irazusta*

Julio Irazusta tituló un ensayo autobiográfico parte de un esfuerzo más vasto que no llegó a concretar: “Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)”. En el subtítulo entre paréntesis quizás pueda rastrearse alguna de las claves de su labor intelectual. Conocido, sobre todo, por su trabajo como historiador y como fundador del revisionismo histórico (si hemos de datarlo desde el libro que publicó en 1934 con su hermano Rodolfo, *La Argentina y el imperialismo británico*) bastante hubo de no buscado en su actividad principal. Una lectura rápida llevaría a asentir con la lógica del itinerario de sí mismo que propuso al asumir como miembro de número de la Academia Nacional de Historia en 1971: se trató del paso “de la literatura a la historia a través de la política”. Las cosas fueron, quizás, más complejas.

Perteneciente a una familia de medianos terratenientes de Gualaguaychú tuvo a lo largo de su vida la posibilidad de vivir sin necesidad de buscar un empleo y un salario, aunque la situación familiar no era de extraordinaria riqueza. Por ejemplo, a la muerte de su padre, la liquidación de la herencia le permitió, con los cinco mil pesos que recibió, encarar un viaje a Europa (un

* Publicado en *La Biblioteca*, 1(1) (nueva serie), 2005.

pasaje en vapor en segunda valía entonces unos quinientos pesos) y poco más. Será en cambio la muerte de su abuela, que había sobrevivido a sus dos progenitores, la que le permitiría un pasar más holgado a partir de las cuatro mil hectáreas de la herencia del campo “Las Casuarinas”, cerca de Gualeguaychú.

Los hermanos Irazusta no parecen haber sido un modelo de empresarios agrícolas, aunque más no fuese porque pasaban largas temporadas en Buenos Aires. Sin embargo, la explotación del campo con las alzas y bajas de las coyunturas internacionales y nacionales, le brindó una renta que le permitió nuevos viajes a Europa en los veinte y un apacible y no rumboso pasar en la ciudad puerto. Le permitió también proveerse de una muy buena biblioteca. Cuando los fondos comenzaron a ser insuficientes, ya que era difícil que los ingresos que obtenía de su labor periódica o de escritor sirviesen como remedo, la venta sucesiva de pedazos del campo (al final de sus días Irazusta prácticamente poseía solo el casco de la estancia) le permitieron continuar con su sencillo tren de vida, excepto en la compra de libros, sin grandes sobresaltos.

La autonomía económica le posibilitó a Irazusta ante todo independencia, y esta, una actitud de distanciamiento de las cosas concretas que podían obtenerse vía un título profesional (no culminó sus estudios de derecho) o vía los cargos públicos, electivos o administrativos, a los que podía accederse a través de las conexiones políticas. A ella puede atribuirse, al menos en parte, el periplo de un intelectual que no ocupó cargos en el estado argentino a lo largo de los ochenta años de su existencia, salvo dos fugaces empleos como docente, en sus años mozos y en su vejez.

Como en sus años juveniles se había sentido atraído por la bohemia de la Buenos Aires de fines de la década de 1910 y principios de la siguiente, hubiera sido posible que su vida transcurriese

en el medio de ella en alguna forma de *otium cum dignitate* (o *sine*). Sin embargo y pese a la ausencia en su vida de rutinas externas quiso voluntariamente imponerse algunas. Aunque frecuentaba la bohemia, al llegar la medianoche, alegando los problemas de salud que lo aquejaban de joven, solía retirarse de los cenáculos literarios que visitaba en distintos cafés de Buenos Aires. Le gustaba alzarse temprano para leer un libro durante la mañana. Un bohemio sin bohemia. Sobre todo, un metódico trabajador, como antes había sido Lugones (aunque Irazusta no tuviese sus necesidades de supervivencia) y antes todavía, Emilio Zola, por poner un ejemplo entre tantos otros posibles. Quizás ello era el resultado de su temperamento, quizás de la necesidad de justificar con el trabajo intelectual ante la sociedad una existencia que el destino le había dado holgada, quizás el haber hecho suyo el consejo que le dio en Londres Pearsall Smith, acerca de los deberes que compellan al escritor que no necesita vivir de la pluma.

La mayor afición de esos años juveniles parece haber sido leer. Como la situación no era seguramente tan holgada como para adquirir todos los libros que deseaba, constituyó parte de ese anónimo –y a menudo olvidado– universo de lectores que concurren a la Biblioteca Nacional solo para frecuentar un libro sin propósitos ulteriores. Todas las tardes, después de almorzar, las pasaba en la calle México, en el comfortable ambiente de su sala de lectores. Su permanencia en la Biblioteca era lo suficientemente prolongada como para permitirle leer cada día un cuarto o medio libro. Lecturas desordenadas, como corresponde al autodidacta que era, aunque frecuentase paralelamente los cursos que se dictaban en las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Leía un poco de todo, historia, literatura, filosofía y en varios idiomas (inglés, italiano,

francés) a los que había accedido con los conocimientos adquiridos en el colegio secundario y con la ayuda del diccionario.

Los itinerarios europeos no parecen haber cambiado los hábitos del joven Irazusta. París no le gustó, salvo la prensa política, ya que no se correspondía al que había construido por medio de la lectura en sus viajes imaginarios. Incluso le pareció, en muchas cosas, inferior a Buenos Aires. Aunque su imagen de Londres fue bastante mejor, ya que de algún modo le recordaba a Buenos Aires, con sus espacios verdes y sus suburbios extensos de casas bajas. Donde se encontró más a gusto fue en la serenidad bucólica de Oxford, que a su vez le traía reminiscencias de su Gualaguaychú natal. La rutina que practicó allí no era, además, tan diferente de la que había desarrollado en la Argentina: encuentros social-académicos en la casa donde se alojaba como pensionista o en otras, algunos cursos para mejorar sus estudios clásicos y frecuentación de las muchas bibliotecas allí existentes. También se sintió a gusto en Italia, en especial en el centro-norte y, al retratar fugazmente sus viajes en ella, sus memorias transmiten una inusual y serena alegría. Como en otros momentos que parecen haber sido felices, es llevado a establecer curiosas asociaciones con su país natal. En este caso, la primavera romana le recordaba el clima del litoral pampeano. Siempre, en el fondo, la Argentina.

Carente de imaginación literaria y de la osadía estética de las vanguardias de los veinte, sus pasos parecían orientarlo hacia la crítica literaria para la cual lo ayudaban su estilo contenido, pero no exento de elegancia, su método de trabajo concienzudo, su cultura erudita y el consejo de amigos y maestros que veían para él un porvenir allí. Una parte de sus retratos de obras y autores publicadas en muchas partes, de *Martín Fierro* a *La Nación*; de *El Hogar a Sur*, las reunió en un libro, *Actores y espectadores*, que obtuvo el Premio Municipal de Literatura en 1937.

La política argentina e internacional, acerca de la cual había comenzado a escribir ya en la segunda mitad de los años veinte, en especial desde la aparición del semanario *La Nueva República* en 1927, ocupaba, en cambio, un segundo plano en su producción. Nunca podremos saber cuánto efectivamente le interesó, más allá de lo que hoy llamaríamos la teoría política y más bien parece haber ido en ella a la rastra de su hermano mayor, Rodolfo. Al menos, para un intelectual vinculado con un grupo de ambiciosos aspirantes a políticos, es cuanto menos sorprendente que cuatro meses antes del golpe militar que preanunciaban –y a conspiración plenamente en marcha–, en mayo de 1930, haya decidido embarcarse de nuevo para Europa desde donde recibiría las noticias de la revolución de Uriburu.

Los años sucesivos al fracaso de la revolución de 1930 serán los que concentrarán lo principal de la actividad política de Irazusta, desde un retorno a la militancia en el radicalismo entrerriano hasta la fundación, de nuevo junto a su hermano, de un pequeño Partido Libertador de escasísima cosecha en las cruciales elecciones de 1946. Ya antes de ello, en ocasión del golpe del 4 de junio de 1943, se había hecho evidente la desconexión que los dos hermanos tenían con los actores políticos decisivos, en este caso los militares. Ciertamente, no dejó tampoco de intervenir en ella desde artículos en la prensa periódica durante la larga década conservadora y en especial durante los años de la guerra, aunque es difícil saber –en su caso, pero también en el de intelectuales de otras orientaciones que sostenían periódicos y revistas no destinadas al gran público– cuál era el grado de incidencia de esas acciones en la política práctica. Por otra parte, aunque tantas iniciativas sugieren un interés no irrelevante hacia la política argentina, estuvo siempre mediado por una posición de distanciamiento. Desconfiaba de involucrarse en primer plano, como si la

actitud del intelectual debiese ser guardar prudentes distancias. Como una vez me señaló, desde la altura de sus años, los intelectuales no debían dar cheques en blanco. Su amigo Raúl Scalabrini Ortiz había dado, según él, dos (Perón y Frondizi) y el segundo lo había llevado a la tumba. Por otra parte, esa política real concreta de la Argentina post 1930 no dejaba de parecerle crecientemente desagradable. La exasperación de sus tonos y la violencia que cada vez más la acompañaba le parecían deplorables. No dejaba de ver en ello una incorporación de métodos que ya había visto (y criticado), en el accionar del fascismo italiano, pero también en los Camelots du Roi de la Acción Francesa, durante su viaje a Europa de 1923. Para agravarlo, en la primera línea de esas nuevas y violentas formas de acción política en la Argentina, estaban aquellos que eran o debían ser sus compañeros de ruta: los nacionalistas. Así, por ejemplo, expresaría públicamente su disgusto desde *La Voz del Plata*, que había fundado con su hermano Rodolfo durante la segunda guerra mundial, ante el comportamiento de un desorbitado Jordán Bruno Genta, interventor en la Universidad del Litoral designado por la revolución de 1943. El gobierno militar, al que tantos de sus conmlitones se habían sumado, respondió suspendiendo por dos números la publicación del periódico.

Como escribió en sus memorias, en lo que era casi un exabrupto, había sido sobre todo la guerra europea la que había extraviado los espíritus rompiendo aquel impulso de “convivencia civilizada” que reinaba en el mundo intelectual argentino y del cual las tertulias que solía frecuentar en la casa de Victoria Ocampo eran un admirable ejemplo. La guerra europea (que convendría datar en este caso desde el inicio de la guerra civil española) había llevado, según Irazusta, a que el nacionalismo degenerase en una “internacional ideológica” maniobrada por el

régimen. La tentación del nacionalismo de cooptar a cualquier gobierno le impedía seguir el único camino para él posible: constituir un partido político. La llegada del peronismo al poder que le provocó una repulsión aún mayor no hizo sino agravar las cosas, alejando todavía más a Irazusta de la política concreta.

Ciertamente esa distancia no dejaba de reflejar no solo una creciente añoranza de tiempos idos sino también una creciente dificultad de comprensión de la política nacional e internacional a las que trataba de seguir pensando desde las categorías del siglo XIX. Es decir, desde las minorías que regían sus destinos y diseñaban sus estrategias. Dos de los fenómenos nuevos, el estado-nación y la sociedad de masas, le eran absolutamente extraños y ello da un aire de ingenuidad a su lectura de la política contemporánea. Como puede observarse en sus trabajos sobre Rosas, miraba a la política desde la racionalidad discursiva y no desde las dimensiones mitológicas y rituales –que en cambio habían interesado tanto a José María Ramos Mejía– que serían un componente esencial en el siglo XX. Por otra parte, en una característica no solo de él sino de la mayor parte de los intelectuales del nacionalismo argentino, aunque fuesen abogados como Carlos Ibaguren o Ramón Doll (y aquí el contraste con los autoritarios brasileños es muy reveladora), miraba la política mucho más desde el prisma de una formación literaria, que desde cualquier otro lado. Así, Irazusta aunque se ufana de ser un realista y un crítico de los políticos abstractos e ideológicos (como buen lector de Edmund Burke) era sustancialmente un intelectual que se negaba a reorientar sus ideas en el contraste con una realidad que se distanciaba de sus designios.

Desde luego Irazusta no era un hombre de acción (era demasiado tímido para ello) como tampoco lo había sido su admirado Charles Maurras. Empero, para ser un hombre de pluma, sus

tonos eran demasiado medidos para ser efectivos, incluso en las batallas retóricas de su tiempo. Nunca hubiera podido escribir como aquel lo hiciese en 1925, que “ce serait sans haine et sans crainte que je donnerais l’ordre de repandre votre sang de chien”,¹ en referencia al ministro del Interior del gabinete Herriot, Abraham Schrameck. No llegaba ni siquiera a las mucho menos tremebundas (y casi nunca *ad hominem*) invectivas de Leopoldo Lugones al que admiraba y solía visitar en su despacho de la Biblioteca del Maestro, donde este conservaba una pistola que nunca utilizaría. Lugones era otro violento de pluma con enormes límites para la acción directa, en especial si lo comparamos con el espejo dannunziano. Y tampoco, si se quiere agregar otro ejemplo, podría colocárselo en la estela de ese ingenioso y desinhibido provocador que era Ramiro de Maeztu –en quien tantos han querido ver esforzadamente, sin embargo, más que un periodista– y que despertaría en él, a partir de su *Defensa de la Hispanidad* una algo tardía y desconcertante admiración.

Así el estudio del pasado puede ser visto en Irazusta como un refugio en un lugar congenial: el mundo de las bibliotecas y los libros. Es posible, como él mismo afirmó, que llegase a él desde la desilusión que le produjo la revolución del treinta con su aire de restauración conservadora, su descubrimiento de Uriburu como un nuevo Lavalle (una “espada sin cabeza”) o su tardía comprobación de que el denostado yrigoyenismo había hecho más en defensa de lo que llamaba “los intereses nacionales” que sus sucesores. Con todo, si le interesaba la historia, era porque, aunque mirase la política desde una distancia que hacía a la vez inefectiva y poco atractiva su acción en ella, no dejaba de ser ahora la de

1. “Será sin odio ni miedo que yo daré la orden de derramar su sangre de perro”.

un hombre preocupado por la Argentina de sus tiempos. Es decir, un ciudadano comprometido, tal cual era en su imaginación aquel Maurras a quién llamó hiperbólicamente “el primer ciudadano de nuestro tiempo”. Sin embargo, es plausible que cualesquiera hayan sido los móviles iniciales, la historia sería ante todo ese lugar, sino confortable, al menos reparador, que no encontraba en la crecientemente inhospitalaria argentina ni tampoco en el ámbito familiar del cual, más allá de la parquedad con que se refería a él, pocas gratificaciones había obtenido.

Su tema y su personaje los encontró pronto: Juan Manuel de Rosas. Ya en 1935 le había dedicado un largo ensayo que publicó la Editorial Tor. Para la confección del mismo, Adolfo Saldías y su *Historia de la Confederación Argentina* habían sido su guía primera y le habían provisto el material inicial con el cual empezó a construir esas meticulosas carpetas organizadas cronológicamente donde encolaba todo lo que iba leyendo. Cuando detrás de un proyecto editorial lo visitamos en el verano de 1975 con mi maestra Haydée Gorostegui de Torres, que lo conocía por las colaboraciones que le había pedido para su *Polémica. Historia Argentina Integral*, no dejó de sorprendernos que en las carpetas estaba incluso desguazada y pegada una invalorable serie completa del *Archivo Americano* publicado por Pedro de Angelis (aunque creo recordar que poseía también una segunda). La acumulación de materiales lo impulsó más allá y se propuso el ambicioso objetivo de organizar una vida política de Rosas a través de sus documentos. Lo ayudó que la segunda mitad de los años treinta fue uno de los momentos difíciles para los Irazusta, que fueron obligados a levantar su departamento en Buenos Aires y residir por más tiempo en “Las Casuarinas”.

Sus esfuerzos llevaron a la aparición, en 1941, del primer tomo de la *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su*

correspondencia. Todo él está constituido por materiales secundarios y fuentes publicadas. El prudente ostracismo al que se sometió con el advenimiento del peronismo (no era ya gritar sin consecuencias “Viva la República y abajo el mal gobierno” como había hecho con su hermano y Mario Lassaga al paso del presidente Yrigoyen y su gabinete, en el Tedeum del 9 de julio de 1929) le dejó algo menos de una década con todo el tiempo disponible. Decidió emplearlo en la historia para profundizar sus estudios sobre Rosas. Por sugerencia de su editor Carballeira, para tratar de estar a tono con los tiempos historiográficos, a la vez que y quizás sobre todo, para organizar una vez más metódicamente su tiempo libre (que era mucho) comenzó a frecuentar diariamente durante diez años el Archivo General de la Nación especialmente, pero también la Biblioteca Nacional. En cualquier caso, volvía a la Biblioteca no ahora en tanto que lector desinteresado sino como un investigador que buscaba, en especial en la sala reservada de “Manuscritos”, las piezas que completaran su edificio. El resultado fue que, de los dos tomos originales, la obra pasaría a ocho en la edición definitiva de 1970.

Aunque sin seguir las reglas de los eruditos en la transcripción de los documentos, popularizadas por Emilio Ravignani, entre otros, hacia cuya labor exhibió siempre un respetuoso reconocimiento, algo parecía impulsarlo a seguir el criterio tan ilusorio de conocer todos los documentos posibles para fundar el juicio histórico. Era quizás lo mismo que le llevaba a criticar en privado a otros revisionistas notorios que, según él, estaban apegados al relativismo y a la instrumentalización política de la historia. Creía honestamente en la verdad histórica y seguramente no se hubiera visto reflejado en la definición de la historia como *magistra vitae*. Y, sin embargo, sino en sus fundamentos últimos, sí en las prácticas, el uso abundante y reiterado que hacía de la

analogía en los hechos presuponía que el pasado era un reservorio limitado de experiencias y de situaciones del que podían extraerse lecciones para la acción política presente. En cualquier caso, nunca encontró al político que le pareciese digno de servirlo como consejero, pero tampoco a alguno que quisiese invitarlo como consejero del príncipe. Más allá de todo ello, por otra parte, es difícil no ver su obra, aunque no trate de escamotear ninguna “prueba” ni recortar las fuentes para acomodarlas a su tesis, de otro modo que como una vindicación de Rosas. Es decir, como la continuación de la operación propuesta ya por Saldías en la década de 1880. Es esa defensa de Rosas, apelando a los documentos o a las comparaciones históricas, el propósito que recorre toda la monumental *Vida política de Juan Manuel de Rosas*.

Esa dualidad entre conocimiento de la verdad y defensa de los intereses de una parte (fuese una tradición política o la “nación”) al servicio de los cuales está aquella, no era desde luego solo de él. La misma historia erudita había nacido ya, desde la *Revue Historique*, sino antes, con la creencia ilusoria de que no existía incompatibilidad alguna entre los deberes de la ciencia y los deberes de la patria y, en nuestros ámbitos, es difícil no percibir que los mismos dilemas afectaban a la Nueva Escuela Histórica, cuando no se limitaban a una árida recopilación de datos bajo la forma de crónicas eruditas. De este modo, la operación documental de Irazusta no lo lleva a alterar sustancialmente la imagen tan positiva de Rosas que había formulado en la edición precedente y aún en el libro de 1935 –aunque en algunos momentos se dejaba llevar por un ligero desánimo, y recuerdo haberlo oído decir que claro que hubiera sido bueno tener a Cavour o a Bismarck, pero que Rosas era la mejor opción aquí disponible. En cualquier caso, la tan ampliada erudición más bien reforzaba la argumentación y las formas de legitimación externa que otra

cosa. Al proceder de este modo, utilizando el archivo como corroborador de hipótesis previas, tampoco estaba solo. De haberlo sabido, se hubiera sentido gratificado de conocer que por otras vías conceptualmente distintas también su admirado Benedetto Croce, como estudios recientes han mostrado en base a los registros de consultas en el Archivo de Nápoles, buscaba allí sectorialmente sobre todo materiales para verificar puntos menores de la argumentación o para avalar sus certidumbres previas.

En cambio, lo que se fue modificando en la presentación que Irazusta hacía del personaje Rosas fueron ciertos rasgos que intentaban impedir que su figura pudiese ser asociada con el líder político que tanto denostaba. Para ello, le quitaba todo ribete remanente de un caudillo popular, reforzando en su presentación el papel de hombre de orden, como exhibe la importancia que atribuía a la carta de 1831 de Rosas a Vicente González, el “carancho de Monte”, como clave de su concepción del problema del poder. Desde luego, también contribuía a ello el conservadurismo político de Irazusta que nunca lo había abandonado, como exhibía su manifiesta admiración por aquella Inglaterra de gobierno mixto, por detrás de la cual reposaban los ecos de una larga translación que la cultura europea había hecho del modelo romano, tal cual había sido afortunadamente imaginado y construido por Polibio.

Es difícil saber si una tarea, la historia, a la que dedicó tanto tiempo de su vida, fue para él mucho más que un refugio y si pudo darle no solo una gratificación cotidiana sino una razón mayor para su transcurrir en el atribulado siglo XX. El Irazusta cercano a los ochenta años con su sencillez sin afectación, sus encantadores modales ya antiguos, su conversación amena, carente de narcisismo y plena de una amplia cultura acumulada, lo presentaban, en la tormentosa Argentina de los años setenta, como una persona de otro tiempo. Ello se revelaba también en los

mismos rótulos “unitario”, “federal” o “patriota” que solía utilizar para tipificar a sus contemporáneos o en sus citas abundantes de los clásicos, entre los que descollaban tanto los historiadores latinos: Tito Livio ante todo (y al que le dedicó un libro), ya que siempre fue hostil a Tácito y al “tacitismo” aun si no resultaba totalmente claro si esa crítica era al antidespotismo del autor de la *Germania* o también a su uso en términos de cripto maquiavelismo; y por otro lado, los pensadores europeos de los siglos XVIII o XIX (del Doctor Johnson al abate Galiani o a Carlyle). Clásicos que aparecían para él, de algún modo, como parte de su mismo tiempo intelectual, como lo habían sido para los intelectuales del siglo precedente; añoranzas, como las que también conservaba hacia aquellos hombres públicos de la generación de su padre, equivocados tal vez, pero para él tan superiores a los que vendrían luego.

La caída del peronismo y la convulsionada Argentina posterior no mutó su marginalidad y no encontró nuevas opciones políticas con las que entusiasmarse. La soledad era así su destino creciente, independientemente del relativo éxito de su obra historiográfica, más aludida que efectivamente leída. Soledad apenas alterada por las apacibles sesiones de la Academia Nacional de la Historia, por los encuentros con su amigo Ernesto Palacio –con quien seguía discutiendo a propósito del peronismo– o con los acólitos nacionalistas de generaciones más jóvenes con los que, sin embargo, parecía tener tan poco que ver. Por debajo de todo ello podía entreverse, al pasar, un dejo de estoica y contenida melancolía.

Estudio preliminar a *Historia argentina* de José Luis Busaniche*

Taurus ha querido reproponer al público la *Historia argentina* de José Luis Busaniche, editada originalmente en 1965. El libro tuvo entonces un notable éxito, del que dieron cuenta las sucesivas reimpresiones, por razones que serán inmediatamente evidentes al lector que conozca mínimamente el clima de aquellos años. Se convirtió por entonces en una obra de consulta obligada para los estudiantes de historia al ser incluida en muchos de los programas de historia argentina, pero también despertó el interés de un público más general interesado en el pasado argentino.

Busaniche no creía en los manuales, a los que aplicaba el aforismo *compendia sunt dispendia*. Así, la primera observación es que la obra que el lector tiene entre manos es algo muy distinto de eso. Es una interpretación, apasionada si se quiere, de la historia argentina desde el descubrimiento hasta la guerra del Paraguay. La segunda es que el lector no encontrará aquí una síntesis apresurada hecha con tijera y engrudo como aquellas que asueñan las librerías en los últimos tiempos, hechas por aficionados para quienes la historia es un bien mostrenco que está al alcance

* Publicado en José Luis Busaniche, *Historia argentina*, Buenos Aires, Taurus, 2005.

de todos. Este libro es, en cambio, la obra de un historiador profesional que hacía suya la divisa de Fustel de Coulanges: “Un año de análisis para una hora de síntesis”. Así, muchos años de trabajo le llevó esta historia argentina que había comenzado a bosquejar ya a principios de los años cuarenta y que no había aún revisado y concluido cuando lo sorprendió la muerte en 1959.

José Luis Busaniche nació en la ciudad de Santa Fe en 1892. Es decir que fue un contemporáneo de ese grupo de historiadores (Ricardo Levene, Emilio Ravignani, Romulo Carbia, Diego Luis Molinari, entre otros) que intentó renovar la historiografía argentina y que Juan Agustín García y Ricardo Rojas denominaron “Nueva Escuela Histórica”. Compartiría además con ellos muchos rasgos: desde su formación profesional (era abogado) hasta su ubicación en ámbitos institucionales académicos, desde la crítica documental como piedra de toque de la labor del historiador hasta la erudición como requisito imprescindible de su tarea. Sin embargo, el destino, al menos de esta obra de Busaniche, difiere de aquellos contemporáneos más célebres en los años centrales del siglo XX. Justa o injustamente, las obras de aquellos otros historiadores ya no son leídas por el gran público e incluso son citadas poco por los especialistas. Con excepción de las *Lecciones de historia argentina* de Ricardo Levene publicadas originalmente en 1912 y en uso todavía en algunos colegios secundarios, esos autores ya no eran frecuentados en los años sesenta, salvo por los estudiosos de los temas que ellos habían abordado o por el mundo de historiadores locales que por entonces tenía todavía como grupo de referencia a la Academia Nacional de la Historia.

Una de las razones de ese diferente destino puede hallarse en el hecho de que José Luis Busaniche escribía realmente bien. Su libro es ameno y sostiene el interés del lector con un estilo narrativo elegante y provisto de un ritmo envidiable. El que Busaniche

fuese un hombre de una amplia cultura no solo historiográfica – era, por ejemplo, un gran interesado en literatura francesa, anglosajona y europea en general y llegó a enseñarlas como docente en el Instituto Nacional del Profesorado– quizá lo ayudó, a través de la lectura, a formarse un estilo mucho más rico y cuidado que el de tantos de sus colegas. No en vano admiraba además el estilo (aunque no el método) de los grandes historiadores europeos del siglo XIX. Su preocupación casi excluyente por la historia política –ahí donde los nombres mayores de la Nueva Escuela Histórica habían intentado otras aperturas (desde la historia jurídico-institucional hasta incluso la económica)– no dejaba de ser otra ventaja para el lector de los años sesenta, ávido de consumir ese tipo de historia. Efectivamente, de eso trata este libro, aunque sea una historia política que intenta presentarse sin acartonamientos y con una atención a la recreación del ambiente, no con propósitos explicativos, sino narrativos o, si se prefiere, estéticos.

Esta historia es, además, una obra en la cual el historiador expone sin cortapisas sus puntos de vista y sus juicios, en ocasiones lapidarios, hacia figuras y sucesos del pasado. Recuerda así más a los historiadores del siglo XIX argentinos y europeos, que a sus contemporáneos. Aunque Busaniche no era un político (o ya no lo era) y no trataba de desarrollar explícitamente una política desde la historia, su obra no aparece como la de un simple erudito que se resguarda detrás de los papeles, de un estilo opaco sin adjetivaciones y de una fraseología marmórea. Por el contrario, el autor está todo él en esta historia, lo que lo acerca a la figura de un intelectual que trataba de pensar una Argentina que lo conmovía.

El juicio severo a la tradición liberal, formulado por alguien que gustaba de seguir definiéndose como parte de ella, era, además, muy congenial al espíritu de esos años difíciles en que la

obra vio la luz.¹ El dramático período comprendido entre el golpe de Juan Carlos Onganía y el retorno del peronismo al poder en 1973, momento en el cual la disolución del imperfecto –pero, pese a todo, valioso– orden democrático existente aceleró la orientación de generaciones de jóvenes y menos jóvenes de las expandidas clases medias al cuestionamiento de la Argentina presente y de las tradiciones culturales en las que habían sido educados.

Esa temática, la crisis del liberalismo argentino, era un proceso más largo que se puede datar de fines de la década de 1930 pero que se acelera en el proceso abierto en 1955 con la caída del peronismo y la imposibilidad de encontrar sucesivamente una solución política estable, perdurable e inclusiva. Aunque el libro de Busaniche había sido comenzado antes de que esa crisis fuera tan profunda, en especial sus últimos capítulos aparecen dominados por una cierta exasperación que no deja de reflejarlo. Con todo, no es innecesario recordar que aunque no sabemos cuál era el destino que su autor pensaba darle al libro una vez terminado, este no había sido, en sus propósitos originales, una obra destinada a participar de ese debate. Por otra parte, era, como se señaló, la obra de un historiador que creía honestamente en la

1. En el prólogo a una recopilación de testimonios sobre Rosas de sus contemporáneos escribió: “A Rosas se lo discute hoy apasionadamente desde dos puntos de vista muy contrapuestos. Uno de ellos agrupa a los apolo-gistas del dictador, a los negadores sistemáticos de la libertad, a los enemigos de la democracia liberal, proclives siempre a la violencia y hasta ayer adictos entusiastas a ciertas dictaduras totalitarias vencidas definitivamente en la última guerra internacional y tenidas por invencibles durante algunos años. Jamás he comulgado con credos semejantes y sigo considerando a la democracia liberal *honradamente practicada*, se entiende, el menos malo de los sistemas de gobierno, porque nos da una explicación, siquiera aproximadamente satisfactoria, del fundamento del poder y de la autoridad y porque contempla la autonomía de la persona humana” (1973, p. 10).

posibilidad de un conocimiento verdadero del pasado y no en su uso ideológico.

Una mirada desde Santa Fe

Busaniche había nacido en Santa Fe, en el seno de una familia acomodada de raíces inmigrantes (el apellido de su abuelo paterno, procedente de la Dalmacia véneta, era Bussanich) (Chávez, 1964, p. 107).² Estudió hasta tercer año del secundario en el colegio que los jesuitas tenían en la capital provincial: la Inmaculada Concepción, colegio de enorme importancia en la molienda formativa de las élites políticas e intelectuales provinciales. Influencia aún mayor, en esa escala, que la de su homólogo, el Colegio del Salvador, destinado a competir con desventaja en ese plano con el Nacional de Buenos Aires. Piénsese que en el de la Inmaculada estudiarían figuras renombradas de las élites intelectuales católicas argentinas como Gustavo Martínez Zuviría o Manuel Gálvez y buena parte de la dirigencia política provincial entre las dos guerras.

Busaniche cursó luego la carrera de Derecho en la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas provincial y tras graduarse de abogado y realizar el clásico viaje iniciático a Europa se incorporó a la política santafesina como subsecretario de Justicia e Instrucción Pública. Ello ocurrió en el gobierno del radical anti-personalista Ricardo Aldao (egresado también del Colegio de la Inmaculada), cuando es designado en 1925 como ministro otro discípulo del mismo Colegio y de la misma Facultad, Héctor López (AA. VV., 2000). La experiencia duró hasta 1928, cuando

2. La mayor parte de los datos biográficos de Busaniche proceden de la documentada biografía que realizó Fermín Chávez (1964).

la victoria del personalismo yrigoyenista lo alejó de la función. Volvería de todos modos a ella, apenas dos años después, en el mismo cargo con la designación –por el gobierno *de facto* del general José F. Uriburu– de Diego Saavedra como interventor de la provincia, a quien acompañaba como ministro de Justicia e Instrucción Pública otro antiguo alumno de los jesuitas, en este caso de Buenos Aires, Atilio Dell’Oro Maini.

Termina aquí la experiencia política de Busaniche, aunque probablemente no los contactos con ese mundo cercano al radicalismo santafesino, ya que su hermano mayor, Julio, siguió siendo una figura relevante de ese partido (sería a fines de los treinta y en los cuarenta diputado nacional). Aquí tampoco hay originalidad en Busaniche, ya que otros hombres de la Nueva Escuela, como Diego L. Molinari y Emilio Ravignani, serían figuras destacadas en la política partidaria en vertientes diferentes del mismo radicalismo en los años de entreguerras y algunas de las nuevas imágenes que propondrían del pasado argentino, entre otras la lectura “federal” y democrática y la reivindicación de los caudillos, pueden, entre otras cosas, vincularse con ello. Finalmente, en la imagería del movimiento liderado por Hipólito Yrigoyen esa simbología había estado presente desde sus orígenes, como lo recuerda, entre otros, Ramón Cárcano (1965) en sus memorias.

Paralelamente a esas tempranas incursiones en el campo de la política, Busaniche comenzó una tarea de docente e investigador que signaría su vida profesional de allí en más. En 1924 había comenzado su carrera docente como profesor de francés en el colegio nacional de la capital santafesina. Punto inicial de un vínculo familiar con ese idioma, al igual que con el inglés, que también sería otra nota distintiva con relación a la mayoría de sus colegas de esa generación (Ricardo Levene y Ravignani, los primeros) que eran solo hispanoparlantes. Tras un fugaz paso

por la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad del Litoral, en 1932 fue designado profesor de Historia Argentina y Americana y sucesivamente también de Historia del Arte, en el Instituto Nacional del Profesorado en Paraná. Ejercerá allí una larga labor docente que dejará su huella en numerosos discípulos, hasta 1938, cuando se radica en Buenos Aires. Comenzará también a publicar artículos en las revistas emblemáticas de entonces: el *Boletín de la Junta de Historia y Numismática*, la revista *Humanidades* de la Universidad de La Plata o el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, dirigido por Ravignani. Colaborará incluso en el tomo IX de la *Historia de la Nación Argentina* que con auspicio oficial y dirección de Levene había comenzado a publicarse en la década de 1930.

Simultáneamente, Busaniche también había ido incorporándose a las instituciones y actividades académicas dirigidas u organizadas por los historiadores de la Nueva Escuela que, en sus diferentes variantes, tenían un virtual monopolio de aquellas. Así, en 1931 es designado miembro de la filial Rosario de la Junta de Historia y Numismática (futura Academia Nacional de la Historia), que a nivel nacional preside Ricardo Levene. En 1937 participa como delegado representante de la misma Junta, por la filial de Entre Ríos, en el II Congreso Internacional de Historia de América que se realiza en Buenos Aires, bajo la presidencia del mismo Levene (ANH, 1938).

La experiencia santafesina de Busaniche dejará en él un legado de temas y de puntos de vista historiográficos. Efectivamente, no es arbitrario afirmar que desde la provincia de Santa Fe surgieron perspectivas nuevas para mirar el pasado argentino. Ya antes de Busaniche, desde Rosario y siguiendo vías metodológicamente diferentes pero interpretativamente cercanas, lo había

hecho Juan Álvarez. La mirada de Álvarez (con influjos alberdianos) de la historia argentina, entendida como una contraposición entre intereses de regiones (y en especial entre el Litoral y Buenos Aires) por el tema de la libre navegación de los ríos o por la cuestión de la distribución de las rentas de la aduana porteña, o su lectura federal de la Constitución entendida como un pacto entre Estados soberanos preexistentes que conservaban todas las prerrogativas que no habían explícitamente delegado, tiene un aire de familia con las lecturas de Busaniche. La mirada de este será santafesina también, aunque con diferentes modulaciones que pueden vincularse con todas las diferencias históricas y políticas existentes entre la capital de la provincia y su ciudad económicamente más exitosa. Quizá desde ellas, al menos en parte, Busaniche aparecerá menos interesado en las dimensiones económicas de la historia y mucho más en las políticas. Busaniche orientará sus esfuerzos a la reivindicación del emblemático caudillo de la provincia, Estanislao López, al que le dedicará su primer ensayo importante, publicado en 1927. A esa tarea seguiría abocado en los años siguientes desde una lectura que buscaba colocarse equidistante de las esbozadas tanto por “los enemigos de la tradición federal argentina como los panegiristas de Rosas”, según él arbitrarias. Esa reivindicación del punto de vista de López lo llevaba, incluso, en uno de sus mejores trabajos de esa época (premiado por la Comisión Nacional de Cultura, sección Santa Fe), a sostener una interpretación que corroboraba la tensión inevitable entre los intereses de Santa Fe y Buenos Aires, ambos Estados soberanos, según Busaniche. El conflicto giraba en torno a la libre navegación de los ríos y a la voluntad del primero de organizar el país y del último en retrasarlo y justificaría la misión del ministro de López y su principal intelectual, Domingo Cullen, a tratar desde aquella plena soberanía con el gobernador de Buenos

Aires y también con los franceses bloqueadores de Buenos Aires en 1838, en busca de una mediación digna, cuyos términos, según Busaniche, no diferían de los que se firmarían en 1840 (Busaniche, 1933-1934). El trabajo será completado luego con una breve nota en el mismo *Boletín* que agregaba nueva evidencia documental y con un artículo en la revista *Humanidades*, que será publicado en forma de libro años después (1935 y 1937-1938). En ellos, si por un lado buscaba eximir a López de todo intento de alianza con la agresión externa, justificaba asimismo el accionar del mismo Cullen, sacrificado luego por orden de Rosas. Allí podía verse otra preocupación que reaparece permanentemente en la *Historia argentina*, la cuestión capital del patriotismo a la manera en que la entendía Busaniche. Esa perspectiva de Busaniche, federal, democrática y organizativa, le serviría también para analizar (y valorar positivamente) el accionar de otros caudillos del Litoral, señaladamente Artigas, a quien dedicaría varios cursos durante su docencia en el profesorado de Paraná. Artigas y López, he ahí los personajes congeniales con Busaniche (mucho menos lo será, en cambio, el caudillo entrerriano Ramírez).

Ciertamente, esa mirada favorable hacia los caudillos del Litoral tenía antecedentes en la misma Santa Fe. Por ejemplo, en la historia de Manuel Cervera, poco adjetivada pero muy favorable a Estanislao López y en general al lugar de esa provincia en la historia argentina. Tenía también otras equivalentes en varias provincias, entre ellas en la vecina Entre Ríos, en la mucho más polémica obra de Benigno T. Martínez (Chiamonte, 2001). Por lo demás, quizá no es innecesario recordar que esa valoración positiva de los caudillos del Litoral y su papel histórico, republicano y democrático, estaba bastante más extendida incluso en quienes procedían de una tradición intelectual muy diferente, como José Ingenieros en su influyente *La evolución de las ideas*

argentinas (Ingenieros, 1961, pp. 190-194).³ Por supuesto que esa revalorización del papel central de los caudillos del Litoral será seguida también por dos historiadores de Buenos Aires: Diego Luis Molinari, que en 1938 publica su *Viva Ramírez*, y Emilio Ravignani, en la importante colección de documentos sobre *La Liga del Litoral*, convirtiéndose en parte de una nueva lectura académica del pasado argentino antes que el revisionismo volviera sobre ello con el propósito de reivindicar la figura de Rosas más que la de otros.

En la tormentosa Buenos Aires

En 1938, a instancias de Ricardo Levene, el presidente Agustín P. Justo crea, en el ámbito del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos, con el propósito de regular la administración del patrimonio histórico argentino, es decir, los “lugares de memoria” de la nación; Busaniche será luego designado secretario general de la entidad, lo que implicará su radicación en Buenos Aires.

Pocos lugares como dicha Comisión expresaban la voluntad común del poder político, sectores del periodismo e historiadores académicos de regular la memoria histórica argentina con propósitos de pedagogía cívica. La presencia entre sus integrantes de otros historiadores como Emilio Ravignani, Rómulo Zabala, Héctor Quesada (a la sazón director del Archivo General de la Nación) y Luis Mitre (por entonces director del diario *La Nación*) lo revela. La voluntad explícita de la Comisión de no pedir “declaración de lugar histórico a ninguno que recordase guerra civil

3. Ingenieros dice aquí concordar con las afirmaciones de Adolfo Saldías en *La tradición republicana*.

con excepción de la batalla libertadora de Caseros...” exhibe bien el propósito en el que estaban empeñados Ricardo Levene, presidente de la neonata Academia Nacional de la Historia (por decisión del Poder Ejecutivo en ese mismo año), y el presidente que había ayudado a consagrar a una y a otra, Agustín P. Justo.⁴ Ese propósito de una memoria “ecuménica” e integracionista –con la excepción de la dictadura rosista, que había sido (y para muchos seguía siendo) el emblema del máximo momento negativo de un antiguo régimen contra el cual se construiría el imaginario de la Argentina moderna–. Por supuesto que por esa razón, pero también por otras ligadas al presente y no al pasado –a un deliberado uso político de la historia que atacaba a Levene para atacar sobre todo a Justo–, aquella operación será puesta en entredicho por los intelectuales y políticos nacionalistas que se encolumnarán en el revisionismo histórico. Estos crearán en el mismo año 1938 el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. Las polémicas sucesivas, alimentadas por el encrespado debate ideológico al que el clima de la Segunda Guerra Mundial llevaría, empobrecerán retrospectivamente los muchos aportes que otros hombres de la Nueva Escuela, señaladamente aquellos reunidos en torno de la Facultad de Filosofía y Letras (Ravignani, Molinari, el mismo Carbia), estaban produciendo para brindar una imagen menos sectaria, más distendida y desde allí más propiamente histórica del pasado argentino. Vincular estas inquietudes con las del mismo Busaniche es una pista segura para leer su obra.

En 1939, los dos artículos publicados en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* acerca de la misión Cullen, por una parte, y un libro que dedicó a este personaje, por la otra, serían

4. Acerca de la Comisión, véase M. Rodríguez (2001).

objeto de dos reseñas en el *Boletín* del Instituto Juan Manuel de Rosas. Su autor sería Ramón Doll, el ex crítico literario de la revista socialista *Claridad*, devenido ahora en crítico historiográfico de su nuevo campo de pertenencia, el nacionalismo autoritario. Los comentarios irónicos (engloba a Busaniche dentro de los señores “papeleros y curiales”) y algo condescendientes, buscaban escindir la documentación de Busaniche de su interpretación ya que, según Doll, ella probaría la tesis contraria, es decir, la culpabilidad de Cullen (y por ende, implícitamente justificaba su ejecución por cuenta y orden de Rosas). Más allá de ello, el autor concluía su segundo comentario más moderado señalando que el libro de “lectura fácil” presentaba una posición historiográfica sobre el federalismo argentino que, salvo en lo relativo al modo de leer el Pacto Federal y los derechos allí delegados o no (aunque este era un punto central de la argumentación de Busaniche), o de los motivos que llevaban a la necesidad o no de postergar la organización constitucional, “son los nuestros” (Doll, 1939, pp. 172-128 y 178-181).

Tras su instalación en Buenos Aires, Busaniche proseguirá con sus investigaciones e iniciará nuevas actividades docentes que se complementarán con una vasta tarea de traducciones de viajeros extranjeros (ya comenzada en el período precedente), traducciones que luego se encargaría de difundir a través de la editorial Solar, que él funda, y de otras y que se convertirían en una herramienta imprescindible para ampliar las perspectivas sobre la primera mitad del siglo XIX argentino. Las obras de Beck-Bernard, Beaumont, Mackinnon, MacCann, entre tantas otras, fueron accesibles al lector argentino gracias a los esfuerzos como traductor de Busaniche, que las acompañaba a veces con “estudios preliminares” que él mismo realizaba.

Es curioso, visto lo buen observador que era Busaniche, que de ese interesante material solo haya utilizado para su historia argentina aquellas partes que servían para la reconstrucción de la historia política, dejando al margen los ricos retratos que de ellas pueden extraerse para una historia social del país en esos años. Piénsese, por ejemplo, en el caso de Mac Cann, cuyos capítulos dedicados a la descripción del saladero o aquellos concernientes a la inmigración no serán incluidos en la primera edición a su cargo.⁵ Igualmente ocurre en su prólogo a la edición de la obra de Woodbine Parish, y en general, en su lectura de los restantes viajeros que eran para él mucho más una fuente para indagar sus perspectivas sobre personajes y situaciones de la política argentina que otra cosa. No es que Busaniche no percibiera otros temas de interés. Por ejemplo sus *Lecturas de historia argentina*, selección de fuentes como instrumento complementario para el estudio de la historia, contienen una buena parte de documentos útiles para el conocimiento del paisaje y de las costumbres argentinas. Era algo que podríamos denominar “vida cotidiana”, con sus apartados sobre “la fiesta”, “la vivienda”, “el vestido”, “tipos y escenas de las ciudades”, “el campo argentino: paisajes, tipos, costumbres” (1938, pp. 165-210, pp. 347-388, pp. 439-492).⁶ Solo que, necesario es remarcarlo, ello brindaba más un repertorio de ambientes o de curiosidades que un instrumento para comprender el proceso histórico.

La tarea como profesor en Buenos Aires llevó a Busaniche hacia los dos ámbitos principales de enseñanza de la historia en

5. Acerca de los capítulos incluidos en la primera y en la segunda edición, véase W. Mac Cann (1969, p. 16).

6. Hay reedición –ampliada e ilustrada– con el título de *Estampas del pasado* (1959; 1971).

esos años y reforzó seguramente sus vínculos con el grupo que rodeaba la figura de Ravignani y, en menor medida, de Molinari, polo alternativo al de la Academia, territorio donde Levene ejercía un férreo control: el Instituto Nacional del Profesorado y la Facultad de Filosofía y Letras. En 1941 se incorporó al primero como profesor de Historia del Arte y al año siguiente, a la segunda (siendo entonces decano Ravignani) como profesor adjunto de Historia Argentina.

La incorporación de Busaniche a ambas instituciones y, en general, al ámbito de la cultura porteña (colabora por entonces en el suplemento de *La Nación*) se producía en el contexto de una extrema polarización ideológica que la Segunda Guerra Mundial había alentado entre los intelectuales argentinos (incluidos sus historiadores) y que pondría fin a las dimensiones de convivencia que habían existido hasta mediados de la década anterior. Esa polarización entre aliadófilos, neutralistas y simpatizantes del Eje se superponía al debate entre liberales y nacionalistas y a un nuevo enfrentamiento en ciernes entre laicos y católicos. El golpe militar de junio de 1943 y la designación en noviembre del mismo año de Gustavo Martínez Zuviría como ministro de Justicia e Instrucción Pública abrirían un proceso, años antes impensable, de intervención en los ámbitos educativos, incluidos aquellos en los que Busaniche enseñaba. Este pasó, sin embargo, indemne por las sucesivas intervenciones e incluso, en 1944, fue designado profesor en el Colegio Nacional de Buenos Aires, que había sido rebautizado ese mismo año por el interventor de la Universidad, Carlos Obligado, como Colegio de San Carlos, en un intento algo patético de cancelar ciento treinta años de historia argentina (Halperin Donghi, 2000, pp. 311-315). Es que si Busaniche pertenecía por propia definición a esa tradición liberal, no era menos cierto que conservaba buenos vínculos forjados

años atrás con exponentes del catolicismo tradicional (por ejemplo, con otro santafesino del sur, el padre jesuita e historiador académico Guillermo Furlong) o con ese catolicismo integrista que en sus distintos matices (de Martínez Zuviría a Dell’Oro Maini) era la punta de lanza, en el campo cultural, de la restauración a la que aspiraban muchos sectores del gobierno militar.

Simultáneamente, Busaniche había llevado a cabo una intensa actividad historiográfica y editorial. En 1945 aparecían reunidos en forma de libro los distintos trabajos que había producido sobre la misión Cullen y el momento de 1838, que lleva como subtítulo: “Federalismo y rosismo” (1945). El trabajo publicado en una colección dirigida por un notorio revisionista como Vicente Sierra (en la que estaba incluida también una recopilación de los ensayos que Ravignani había dedicado a lo largo del tiempo a Rosas) mostraba una cierta voluntad de convivencia que puede enmarcarse en las incertidumbres que en 1945 podían existir acerca del desenlace de los enfrentamientos en los que estaba sumida la sociedad argentina. En cualquier caso, el libro de Busaniche reiteraba sus argumentos en favor del, para él, auténtico federalismo de López, opuesto al puramente instrumental y obstinado de Rosas al servicio de sus intereses y de “su poder personal e irresponsable”. Contraponiendo la correspondencia de Cullen y Leiva con la de Rosas, veían en los primeros medida, dignidad, principios de paz y “sanos propósitos constitucionales” y en el segundo, “imputaciones falaces y adjetivos soeces”.⁷ Todo ello seguramente eximía al autor de la posibilidad de ser por

7. El texto concluía afirmando: “Los males que se siguieron de todo ello a la sociedad argentina son incontables y lejos de fortalecer el sentimiento de la nacionalidad, provocaron a ese respecto una siniestra confusión que se mantuvo durante todo el periodo de la tiranía” (1945, pp. 90 y 96).

entonces acusado de rosista, epíteto de uso bastante común ese año para atacar a simpatizantes reales o presuntos de Perón o del gobierno militar, como por ejemplo, a Molinari.

La normalización de la vida universitaria en 1945, que retrotraería la situación al momento previo al golpe de 1943; sería apenas un breve *impasse* antes de nuevas convulsiones. La victoria de la coalición peronista en febrero de 1946 no auguraba una vida tranquila a un mundo universitario que se había alineado sin disimulo en las filas de la Unión Democrática. Así ocurriría prontamente, ya que el nuevo gobierno volvería a intervenir las universidades en abril de 1946 y los efectos serían más profundos y perdurables. Durante la gestión del interventor Enrique François en la Facultad de Filosofía y Letras, prestigiosos profesores renunciaron y otros fueron cesados por él mismo. En historia incluía los nombres de José A. Oría (profesor de Historia Moderna y Contemporánea), Emilio Ravignani, Mariano de Vedia y Mitre (profesor de Historia Argentina), Juan Canter y Ricardo Caillet Bois (Buchbinder, 1997, pp. 161-167). Busaniche, en cambio, no fue afectado y, por el contrario, sus tareas docentes en la Facultad se expandieron en la nueva situación.⁸ Ésta implicó menos la incorporación de nuevo personal que la promoción en lugar de los desplazados de otros docentes de la Facultad. Ése parece haber sido el caso de Busaniche, que pasaría a desempeñarse

8. Busaniche sobrevivió también al pedido de renuncia de la casi totalidad de los miembros de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos realizado por el peronismo en 1946; al menos en 1947 seguía desempeñándose en ella, según los datos provistos por Marta Rodríguez (2001).

como profesor titular interino de Historia Argentina en 1947 y de Historia Moderna y Contemporánea en 1948.⁹

Ciertamente, también aquel mundo de la Nueva Escuela Histórica aparecerá dividido en la nueva coyuntura entre aquellos obligados a alejarse de la Facultad y los que adherían firmemente al nuevo curso (como Diego Luis Molinari) o simplemente se adaptaban a él (como José Torre Revello). Busaniche parece haberse encontrado entre estos últimos. En cualquier caso, todavía sería designado en 1950 por el decano Federico Daus como representante de la Facultad en el Congreso Nacional de Historia del Libertador General San Martín que se realizó en Mendoza como culminación del año sanmartiniano. La participación de Busaniche en la Facultad termina prácticamente allí. Al año siguiente solicita su jubilación.

Aunque no es posible establecer si existe una relación entre el paulatino ensimismamiento de Busaniche en su labor intelectual y el clima imperante en el país con el advenimiento del peronismo y las ulteriores fracturas y enfrentamientos irreconciliables que provocó en el campo cultural y en la vida de las instituciones de enseñanza, la coincidencia entre ambas situaciones es sugestiva. Quizás ayude a explicar también esa irritación recurrente en su *Historia argentina* acerca de los usos de la historia que conllevaban, según él, deliberadas omisiones y ocultamientos por parte de muchos cultores de la profesión. En cualquier caso, Busaniche se concentró en una tarea historiográfica, en especial en esa historia, pero continuando la traducción y publicación de viajeros e incluso la recopilación de las múltiples imágenes que de ellos y de

9. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, legajos del personal, José Luis Busaniche. Agradezco a Cecilia Hidalgo haber facilitado el acceso a esa información.

otros emergían desde el pasado argentino. Esa tarea infatigable se prolongaría por muchos años en su casa de Olivos, acompañado por una inmensa biblioteca y por diálogos con sus amigos (entre ellos Rafael Alberto Arrieta), hasta su muerte en 1959.

Una historia argentina

Dentro de la *Historia argentina* de Busaniche pueden distinguirse nítidamente dos partes. La primera concierne a su tercio inicial que corresponde al descubrimiento, la conquista y el período colonial. Escrita con tono distendido y poco dado a la polémica, ella recorre esa época eludiendo las principales controversias que habían agitado en especial a los historiadores mayores del siglo XIX: las contraposiciones entre las dos Españas, entre la leyenda negra y la leyenda rosa, entre la colonización inglesa en el norte comparada con la española en el sur, entre las dos vías de la ocupación del territorio argentino, entre los Austrias o los Borbones, o acerca de la valoración de la herencia hispánica, etc. Se trata de capítulos centrados en una descripción amena y detallada del proceso sin un eje vertebrador ni una interpretación clara. Una descripción cuyo rasgo más singular es que trata de ver el proceso en paralelo en las distintas regiones de lo que luego será el virreinato sin conceder una primacía excesiva a Buenos Aires. Quizás a la búsqueda de alguna continuidad articuladora del relato, la que emerge con mayor fuerza es la tensión entre los intereses de las colonias hispanoamericanas, siempre desatendidas por la metrópoli, en pugna (en la visión de Busaniche) con una permanente ambición expansiva portuguesa. El tono de irritación emerge solo ocasionalmente, por ejemplo ante la incuria de la Corona española, en especial con relación a la cuestión de la Colonia del Sacramento, o ante la expulsión de los jesuitas por

parte de Carlos III. Pocos personajes atraen su simpatía y se trata de hombres prácticos: Domingo Martínez de Irala, el organizador, Pedro Cevallos, el militar.

La historia de Busaniche cambia de clima con el advenimiento del proceso de independencia. A partir de allí el autor será menos complaciente. Ya el mismo proceso abierto con la Revolución de Mayo le entusiasma poco. Su interpretación está lejos de dos lecturas mayores, como la de Mitre, que veía en él un proceso original y excepcional resultado de la conformación de una conciencia criolla, o la opuesta, de Alberdi, que reducía su singularidad para percibirla apenas como un tardío eco inevitable de una revolución “atlántica” signada en buena medida por las transformaciones económicas que habían tenido lugar. Está cerca, en cambio, en este tema específico, de la imagen que propone Vicente Fidel López, es decir un fenómeno con mucho de inesperado, signado en gran medida por la contingencia creada con la invasión francesa a la península ibérica, que generaba no solo ilusiones sino también aprensiones y dudas ante el incierto porvenir. Para Busaniche, se trataba también de un movimiento inesperado en el cual sus protagonistas obraban improvisadamente en el marco de una situación ambigua y compleja. Para moverse en ese terreno los revolucionarios debían apelar a duplicidades que Busaniche no dejaba de censurar, como “la máscara de Fernando VII” o la apelación a la soberanía del pueblo en el mismo momento en que se intentaba confiscarla. Encontramos ya allí uno de los criterios que guiarán el resto del relato.

En efecto, a la búsqueda de los criterios con los cuales Busaniche analiza y juzga la historia argentina desde el momento de su emancipación, el primero que emerge es un precepto ético a aplicar a personajes y situaciones. Éste prescinde de toda consideración acerca de las circunstancias y de las características

civilizatorias de la Argentina de entonces, aquellas “circunstancias atenuantes” de las que hablaba López para juzgar, por ejemplo, el terror revolucionario (1938, p. 142), o incluso aquella ausencia de educación y hábitos democráticos que señalaba Saldías (1968, p. 208), buscando ambos recordar que aquel tiempo no era el mismo que el de ellos en el momento en que escribían. Los valores son, parece decirnos en cambio Busaniche, atemporales.

Particularmente, su énfasis se plantea en torno a dos cuestiones: la concordancia o no entre las ideas proclamadas y las políticas ejecutadas y la duplicidad de comportamientos que surge del contraste entre manifestaciones públicas e intenciones privadas. Pocos hombres virtuosos se salvan así en su lectura. Entre ellos, López, desde luego; Artigas (que es quien encauza la revolución abandonando las máscaras y reafirmando los principios democráticos); Ferré y Cullen (defensores del federalismo y de la organización constitucional), pero también Mitre, a quien admiró hasta el final y en quien vio aun en un texto tardío como un “hombre ilustre a quien debe el país las inspiraciones más firmes y esenciales de su cultura” (Busaniche, 1958, p. 24). Acerca de Rosas, Busaniche brinda en esta obra una lectura más favorable que en los trabajos precedentes. Ella es, sin embargo, más exculpatoria que exaltadora. Siguiendo en este punto la argumentación de Ernesto Quesada (1950), Busaniche verá la dictadura rosista como consecuencia directa del terror unitario emblemático en el asesinato de Dorrego pero que reconocía una más larga tradición ya desde lo operado por la Primera Junta y su secretario.

A Busaniche, del mismo modo que a Quesada o a Saldías, le parecerá elogiada la defensa de la soberanía nacional por parte de Rosas, tanto como juzgará severamente condenables las sucesivas alianzas de sus enemigos con el extranjero. Con todo, a diferencia de este último, el biógrafo que se enamora de su biografiado,

el personaje nunca lo seduce, aunque Busaniche fuese llevado a ser más crítico con la tradición liberal argentina que con sus contrincantes. Finalmente, de aquel y de sus congéneres nada debía esperarse porque creían en el despotismo y negaban por principio tanto la democracia representativa como la autonomía del individuo. Era a la tradición liberal a la que había que exigirle que cumpliera con lo que defendía en su ideario, pensaba Busaniche.

En segundo lugar y subsecuente con lo precedente, el proceso es juzgado desde un ideal político, que es el de Busaniche y que, como vimos, se basa en la defensa del principio federal, democrático y republicano de gobierno. Aquí, si se permite un símil francés, la obra de Busaniche podría definirse como una versión "girondina" de la historia argentina. Desde allí, desde luego, los jacobinos argentinos le desagradaban, porque, no arbitrariamente, los veía a la vez como utopistas peligrosos y como poco interesados verdaderamente en la soberanía del pueblo. Finalmente, podría agregarse ¿no se basaba el jacobinismo desde su versión original en la sustitución de voluntad general por la razón general?

Mirada desde este ángulo, la historia de Busaniche, que debía llegar hasta la Ley Sáenz Peña, aparece como una historia muy poco edificante. La melancólica constatación era que la soberanía del pueblo, proclamada ya desde la Revolución de 1810, no había estado vigente nunca, y así todo parecía una gran impostura o un gran equívoco. Democracia y liberalismo nunca habían ido juntos y la fuerza había sido el instrumento para asegurar los sentimientos mayoritarios, es decir la democracia. Por otro lado, la perspectiva de cualquier apoyo de las masas a personas concretas que las encarnarían le parecía no menos condenable. "Pero la democracia, si no es temperada por el liberalismo político y tiene por base la libertad, engendra la injusticia y el despotismo",

afirma Busaniche (1965, p. 522). Quizá podría observarse, en concordancia con cuanto señala Gregorio Weinberg en el prólogo, que por mucho que pueda lamentarse, liberalismo y democracia estuvieron bastante escindidos en todo el siglo XIX y no solo en el caso argentino. Mucho más debía ese siglo a la idea de libertades civiles para todos y libertades políticas para pocos, que a las de una democracia moderna. Lo que quizá sí sería más preocupante es que, en el momento en que Busaniche está plenamente abocado a escribir su historia, esa cuestión seguía abierta en la Argentina en la contraposición entre libertades individuales y soberanía popular. En este sentido, la historia que él narra bien puede ser mirada como una reflexión especular sobre esa “Argentina en el callejón” abierta luego de 1955 (la expresión y la idea son de Tulio Halperin Donghi). Una Argentina en la que los que se proclamaban liberales y democráticos eran minoritarios y ello los llevaba a vulnerar esos principios que decían defender, mientras que los que eran mayoritarios no aparecían muy convencidos de las virtudes de la democracia liberal que, sin embargo, objetivamente los beneficiaba.

El tercero es la cuestión ya aludida del patriotismo. Los intereses de la nación son intangibles, parece decirnos Busaniche, y nada autoriza a atentar contra ellos y menos aún a vincularse con los enemigos de la patria. Algo nos recuerda aquí (por ejemplo, cuando describe las coaliciones contra Rosas) la indignación de un Michelet ofuscado contra aquellos que se aliaban contra Francia en el momento de *la patrie en danger*. Con todo, aunque Busaniche nunca nos aclara bien qué entiende por patriotismo, podemos colegir que se trata de su soberanía territorial tal cual quedó conformada luego de finalizada la guerra de independencia (ya que Busaniche no creía que preexistiese en el viejo virreinato unidad sustancial alguna). Es decir, la Argentina

presente proyectada hacia el pasado. Es también una cierta idea de lo argentino “su propio suelo, su propio territorio, su propia tradición nacional”, todo ello esbozado a nivel de un conjunto de sentimientos y de ningún modo como un sistema ideológico. Esa idea patriótica es seguramente muy decimonónica y está bien lejos para Busaniche de las que podía cultivar el nacionalismo argentino autoritario, en el que se filiaban, si no todos, la gran mayoría de los revisionistas. Como explicó en referencia a estos últimos en un reportaje ya aludido de 1954: el revisionismo “si quiere decir libertad para interpretar, sin imposiciones de cualquier índole, los hechos históricos, me parece bien. Pero dicen por ahí que es palabreja inventada para defender aquello de que *‘la raison du plus fort est toujours la meilleure’*, como en la fábula de La Fontaine” (Halperin Donghi, 1994). También está lejos Busaniche de los antiimperialismos de distinto y contrapuesto signo que se hacen populares desde el período de entreguerras. No hay ningún designio ineluctable externo, todo depende para él, de manera ciertamente voluntarista, de lo que hicieron o dejaron de hacer los mismos argentinos. Es un patriotismo de buen sentido (si puede decirse así) o de sentido común, de alguien que finalmente también ha pasado por la pedagogía y las liturgias patrióticas y se siente desde ellas (aunque las critique) argentino. Alguien en quien el mito de la “futura grandeza del país”, del que habló una vez Juan Agustín García, está plenamente presente y que no termina de resignarse a que las cosas hayan ocurrido de otra manera.

Las líneas de este estudio preliminar no pretenden dar la recta interpretación de esta *Historia argentina*. Más modestas, han aspirado a presentar al autor y a brindar algunas pistas posibles de lectura. Existen, desde luego, muchas otras y es bueno que si el lector ha llegado hasta aquí se adentre él mismo en una obra escrita con

gracia y que presenta muchos puntos de interés para pensar el pasado argentino sin complacencias y para meditar también acerca del hombre que la escribió y sus atribulados tiempos.

Bibliografía

- AA.VV. (2000). Extracción social del grupo dirigente santafesino (1920-1929). *Boletín del Archivo General de la Provincia de Santa Fe*, 28, 67-88.
- Academia Nacional de la Historia (ANH) (1938). *II Congreso Internacional de Historia de América*. Buenos Aires: Peuser.
- Buchbinder, Pablo (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Busaniche, José Luis (1933-1934). El bloqueo francés de 1838 y la misión Cullen. *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, 58-60, 253-321.
- Busaniche, José Luis (1935). Nuevas comprobaciones sobre la misión Cullen. *Humanidades*, XXV, 315-342.
- Busaniche, José Luis (1937-1938). La misión de Manuel Leiva en Corrientes (septiembre de 1838) un informe interceptado. *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, 73-76, 132-140.
- Busaniche, José Luis (1938). *Lecturas de historia argentina. Relatos de contemporáneos, 1527-1870*. Buenos Aires: Ferrari Hnos.
- Busaniche, José Luis (1945). *El bloqueo francés de 1838 y la misión Cullen. Federalismo y rosismo*. Buenos Aires: Huarpes.
- Busaniche, José Luis (1958). Estudio Preliminar. En Woodbine Parish, *Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- Busaniche, José Luis (1959 y 1971). *Estampas del pasado*. Buenos Aires: Hachette.
- Busaniche, José Luis (1965). *Historia argentina*. Buenos Aires: Solar.

- Busaniche, José Luis (1973). Prólogo. En *Rosas visto por sus contemporáneos*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Cárcano, Ramón (1965). *Mis primeros ochenta años*. Buenos Aires: Pampa y Cielo.
- Chávez, Fermín (1964). *José Luis Busaniche*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- Chiaromonte, José Carlos (2001). En torno a los orígenes del revisionismo histórico argentino. En Ana Frega y Ariadna Islas (coords.), *Nuevas miradas en torno al artiguismo* (pp. 29-64). Montevideo: FHCE.
- Doll, Ramón (1939). Recensiones de Busaniche. *Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas*, N° 2-3, 172-178 y 178-181.
- Halperin Donghi, Tulio (1994). *Argentina en el callejón*. Buenos Aires: Ariel.
- Halperin Donghi, Tulio (2004). *La República imposible (1930-1945)*. Buenos Aires: Ariel.
- Ingenieros, José (1961). *La evolución de las ideas argentinas*. En *Obras completas*, v. 4. Buenos Aires: Mar Océano.
- López, Vicente F. (1938). *Historia de la República Argentina*. Buenos Aires: Sopena.
- Mac Cann, William (1969). *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- Quesada, Ernesto (1950). *La época de Rosas*. Buenos Aires: Ediciones del Restaurador.
- Rodríguez, Martha (2001). *Una trayectoria individual y sus avatares: Ricardo Levene y el peronismo (1946-1955)*. Tesis de Maestría. Universidad Torcuato Di Tella.
- Saldías, Adolfo (1968). *Historia de la Confederación Argentina*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Weinberg, Gregorio (1965). "Prólogo". En Busaniche, José Luis, *Historia argentina*. Buenos Aires: Solar.

En torno a la formación historiográfica de José Luis Romero*

I.

José Luis Romero fue uno de los referentes mayores de la cultura *savant* argentina en el siglo XX. Su influencia se desplegó en muchas direcciones y desde múltiples lugares. Fue a la vez historiador, político, pedagogo, organizador cultural, ensayista, académico, docente y tantas cosas más. En suma, un intelectual que no quiso privarse de ningún instrumento en su vocación, no solo de comprender la atormentada Argentina que le tocó vivir, sino de intervenir en los debates intelectuales que surcaron el espacio público. Ello hace que el recorte de una de esas dimensiones, en este caso la del historiador, empobrezca necesariamente la mirada sobre el personaje y, a la vez, que sea casi imposible no solo abarcarlas todas sino incluso interaccionarlas. Por otra parte, aún recortando el territorio al ámbito de la historiografía, la variedad enorme de temas que abordó Romero y la diferencia de registros (desde la erudición al ensayo, de la monografía especializada hasta la alta divulgación) hace casi imposible evaluar su producción, no en relación con las dimensiones formales o argumentativas,

* Publicado en José Burucúa, Fernando Devoto, Adrián Gorelik (eds.), *José Luis Romero: vida histórica, ciudad y cultura*, Buenos Aires, UNSAM, 2013.

sino en relación con la relevancia de sus aportes en cada ámbito específico de estudios a los que dirigió su atención. Dado que es difícil hallar a alguien que conozca en profundidad los distintos campos temáticos en los que Romero desplegó su incansable actividad, desde la historia antigua hasta la contemporánea, desde la historia europea a la argentina y latinoamericana, se corre el riesgo de hacer lo que Arnaldo Momigliano llamaba “historia de la historiografía sin historiografía” (1992, p. 725). Es decir, aproximarse a ella desde la historia de la disciplina, pero sin la posibilidad de criticar la capacidad de persuadir o la congruencia entre sus interpretaciones del pasado y la evidencia empírica disponible sobre el mismo. Congruencia que, desde luego, debe relacionarse con el estado del arte y de los conocimientos en el momento histórico en el que Romero formuló sus lecturas y no con el actual.

Otro orden de problemas remite a la vastedad y heterogeneidad de lecturas de Romero, uno de los hombres más cultos en la Argentina de su tiempo. Vastedad y heterogeneidad que no solo iban mucho más allá de las de un historiador promedio sino que excedían largamente el ámbito propiamente historiográfico. ¿Cómo reconstruir su horizonte intelectual, más aún considerando el carácter tan original y autodidáctico del mismo? Por otra parte, la tarea es aún más ímproba dado el estado de las fuentes disponibles. Aunque quizás Romero hubiera ironizado sobre este punto, en la perspectiva de este artículo, la ausencia de muchas de ellas presenta problemas no menores para reconstruir los itinerarios intelectuales del historiador argentino. Es posible señalar rápidamente algunas de esas falencias. Carecemos de la correspondencia de Romero y también de sus manuscritos, en cuyos pliegues sería posible explorar los cambios y las hesitaciones de su pensamiento y rastrear con más precisión influencias

y préstamos y sobre todo colocar su reflexión historiográfica en una dinámica temporal.¹ Lo que puede quedar de ella no se encuentra en ningún repositorio de una entidad pública o privada. Es de esperar que en ocasión del próximo congreso sobre su obra se disponga ya de ellos y otros historiadores puedan ir más lejos en la comprensión de esta extraordinaria figura. Se dirá que de todos modos existen algunas entrevistas, de las cuales la más abarcadora es la de las conversaciones con Félix Luna (1976) –en las que todos los estudiosos de su figura hemos abrevado– y también algunas reflexiones de Romero sobre sí mismo. Sin embargo, las mismas presentan un problema general vinculado con aquello que Marc Bloc llamaba los “testimonios voluntarios” (1970, pp. 51-55) (es decir que contienen siempre una mayor o menor representación de sí ante los otros) y uno más específico: el momento de su realización. La gran mayoría fue realizada hacia el final de la trayectoria intelectual de Romero, cuando él podía contemplar su itinerario, sus influencias, sus preferencias, desde la cumbre de su exitosa trayectoria intelectual. Esto es de un modo tal vez más ecuménico, pero potencialmente diferente al de otras épocas precedentes.

1. Posteriormente a la redacción de este artículo, se inauguró el sitio José Luis Romero. Obras Completas. Archivo Digital (<https://jlromero.com.ar>) en el que, aunque existe una sección correspondencia, esta no tiene al momento ingresos, aunque el inicio de su publicación es inminente. Tampoco aparece un catálogo del archivo en la Biblioteca de la Universidad de San Andrés, aunque esta debería ser la beneficiaria del material. Se anota esto a beneficio de inventario ya que otros materiales éditos, ahora si disponibles, no han sido analizados aquí en consonancia con la premisa indicada en el proemio con tres pequeñas excepciones puntuales juzgadas necesarias e indicadas en el texto. Debe observarse también, como un punto importante del archivo digital, el orden cronológico en el que están colocados los textos.

Acerca de las diferentes percepciones que pueden encontrarse comparando esos testimonios tardíos con otras perspectivas esbozadas por el mismo Romero en décadas anteriores pueden bastar algunos pocos ejemplos. Uno de ellos es el encomiástico juicio hacia la Nueva Escuela Histórica que Romero formula en la entrevista con Félix Luna que es claramente contrastante con lo que Romero pensaba y expresaba, aunque fuese a veces elípticamente, en la década de 1930 y bastantes argumentos para esa distancia podían extraerse inmediatamente desde las tensiones que imponía la dura hegemonía de Levene y la NEH en La Plata y que no le hacía las cosas fáciles (y se podría agregar que es bien plausible relacionar ese juicio ahora positivo en la entrevista con Luna, con el clima historiográfico argentino de los años setenta que no podía no horrorizarlo).² Pero pueden también compararse las observaciones sobre Leopold von Ranke en la misma entrevista, también ahora más laudatorias, con aquellas sobre el historiador alemán contenidas en ese breve e iluminador artículo, “El historiador arquetípico” escrito en 1947. Mirada, la primera, que nuevamente puede relacionarse con el clima de los años setenta que podían orientar a Romero a fortalecer la defensa del perfil erudito ante la caída de tono en la Argentina de esos años. Asimismo, pueden confrontarse sus opiniones ahora mucho más distantes acerca de Dilthey, un pensador que tanto había influido en su formación y baste, a modo de ejemplo, en los artículos reunidos en *La historia y la vida* (1945).

2. Que Romero y la NEH estaban destinados a situaciones de competencia y conflicto, aunque no fuese abierto, lo mostrará también el periodo en que él y Ravnani enseñaban en paralelo en la Universidad de la República en Montevideo en los años peronistas. Sobre el tema, Zubillaga (1993).

En conclusión, esas carencias de fuentes primarias, correspondencia, manuscritos, e incluso de su biblioteca (lo que nos ayudaría con la fecha de las ediciones de los libros que consultaba o con las anotaciones que incorporaba a los mismos), obligan a buscar a Romero en los libros y artículos que escribió.³ Y aquí un problema adicional aparece y tiene que ver con que, justamente quizás, Romero no se preocupaba más de lo necesario por inundar sus textos de referencias historiográficas.

Todos estos problemas afectan en modo particular el tipo de enfoque que se propone aquí y que es no ver a Romero como un historiador que sigue inflexiblemente una línea historiográfica ya trazada definitivamente a comienzos de la década del treinta, una forma de *l'homme qui va*, sino como un historiador que buscó a través de un itinerario con muchos meandros, encontrar finalmente su propia concepción historiográfica. ¿Podría ser de otra manera?

Es curioso que algunas visiones puedan sugerir que un historiador es el mismo a lo largo de toda su trayectoria intelectual prescindiendo del hecho tan obvio de que si la materia de la historia es el tiempo, el cambio y la continuidad, no se entiende bien como se pueda sostener que la persona que la piensa está fuera de él y no es también alguien inserto en un devenir. Más curioso

3. Debe también observarse que las encomiables ediciones más recientes de sus artículos se han llevado a cabo siguiendo un criterio temático (lo que es hasta cierto punto inevitable dadas las necesidades del mercado editorial) y no cronológico, lo que dificulta percibir el desarrollo de su pensamiento historiográfico en la temporalidad. Sobre ello es fundamental el aporte brindado por Omar Acha (2005) que, además de proveer la más completa biografía disponible sobre Romero, ha realizado una exhaustiva recopilación ordenada cronológicamente de sus trabajos. Empero, también se dispone ahora (2022) de una edición cronológica online de sus trabajos como se señala en la nota 2.

aún porque es difícil encontrar un historiador en el que no puedan señalarse distintas fases, temáticas, metodológicas o interpretativas. Ciertamente, inscribir a Romero en un tema de una generalidad tal como la “civilización occidental” es siempre posible y aunque pueda razonablemente argumentarse que se trata de una construcción *ex post* que busca dar coherencia a líneas diferentes precedentes, también es cierto que, como muestra su correspondencia con José Ferrater Mora, todavía en buena parte inédita, ese horizonte ya está presente en Romero a mediados de 1940. Ciertamente también, el mismo Lucien Febvre alguna vez sugirió, como señaló Ruggiero Romano (aunque no aplicado a sí mismo ya que como es bien conocido el historiador italiano tuvo numerosísimas estaciones historiográficas) que gran historiador era aquel que tenía no una idea nueva todos los días sino dos o tres grandes ideas a lo largo de la vida. Y sin embargo, cualquier lector puede comprobar rápidamente las diferencias que median entre su juvenil libro sobre “Philippe II et le Franche-Comté” y “Le problème de l’incroyance au XVI^e siècle”. Aún en ese caso, por lo demás, un tema no es un problema historiográfico y por otro, aunque se tratase de un mismo tema y un mismo problema, nada permite presuponer un modo semejante de abordarlo, una utilización de los mismos instrumentos conceptuales o idénticas referencias intelectuales e historiográficas.

Seguramente en el caso en estudio se puede postular que si se observa el célebre ensayo de Romero escrito en 1932 y publicado en 1933 sobre “la formación histórica” (y aquí la datación es importante, como bien sabían los eruditos, ya que Romero tiene entonces 23 años) o incluso se va aún más atrás hasta su pequeño texto sobre Groussac (de 1929) y se lo une con trabajos sucesivos, pongamos por caso el fundamental artículo sobre la Historia de la cultura de 1953, y de ahí se salta a “La revolución burguesa

en el mundo feudal de 1967 y se culmina con “Latinoamérica: las ciudades y las ideas” de 1976, una línea puede trazarse legítimamente buscando en los textos tempranos las anticipaciones de los enfoques dominantes en los últimos. Sobre este proceder a la búsqueda de anticipaciones que no es el de este texto y según el cual el final está inscripto de manera necesaria e incluso fatal en los comienzos, muchos grandes historiadores dijeron ya lo suficiente en su momento. En cualquier caso, no es la opción escogida aquí. Lo que se buscará es no enfatizar tanto las continuidades (sin desde luego negarlas) como las diferencias. Cambios y continuidades, he ahí la cuestión. Así pues, el propósito de esta ponencia es tratar colocar a una parte del itinerario de Romero historiador dentro de la temporalidad historiográfica en la que se despliega su obra y explorar diferentes opciones historiográficas de la fase formativa de Romero como historiador y su paulatino encuentro con los grandes temas y formas de abordaje que iban a signar su época de madurez (que no será indagada aquí). Y llegados a este punto, parece razonable dejar esta introducción justificadora y comenzar a analizar la obra de José Luis Romero.

II.

Como se señaló, se puede partir de 1929, momento en el que un joven de veinte años, egresado del Mariano Acosta, que ha ya comenzado a trabajar como maestro de grado y que está empezando sus estudios superiores en historia en la Universidad de La Plata, publica una nota en la revista *Nosotros* acerca de la figura de Paul Groussac, en el contexto de un volumen de homenaje en el que participan muchas de las figuras ya consagradas o conocidas de la cultura argentina de la época como Alejandro Korn,

Alberto Gerchunoff, Roberto Giusti, Alfonso Reyes, Ricardo Levene o Rómulo Carbia.

Es quizás útil retener del texto de Romero dos o tres de sus argumentos principales que ciertamente perdurarán en él. En primer lugar, la crítica al “marco reducido de la historia local”, en segundo, la crítica de Groussac, que él hace suya, a “los falsos historiadores apegados a prácticas ridículas y antihistóricas” Es decir al culto del dato erudito como fin en sí mismo en el que se pierde lo humano en “colecciones de nomenclaturas sin sentido alguno” (2004, pp. 306). Finalmente, la aspiración a una historia de amplio respiro que nos brinde cuadros de época más que retratos de individuos.

Los pocos elementos presentados permiten formular un pequeño primer esbozo tanto en torno a cuestiones generales como a otras historiográficas. Entre las primeras podrían señalarse dos: Romero que carece de un patrimonio familiar es ya un joven obligado a trabajar para ganar su sustento, pero, en compensación, posee un capital relacional que le permite vincularse tempranamente con algunos de los ámbitos culturales más significativos de la Argentina de entreguerras. Y se puede conjeturablemente razonar que es la mano de su hermano mayor Francisco (que tanto influirá además en su formación intelectual), habitual colaborador de la revista, el que ha posibilitado la participación de Romero -que ya había colaborado en ella el año precedente-, en ese número de homenaje. Entre las historiográficas también podrían señalarse otras: Romero se apresta a iniciar una carrera académica en historia a contracorriente de las tendencias dominantes en la disciplina en la Argentina, lo que desde luego sugiere que ese camino inconformista con respecto a los credos académicos debía poner obstáculos adicionales a su futura carrera. Sin embargo, para esa disidencia con la historia

erudita o documentalista, Romero tiene también firmes apoyos. Uno es desde luego el mismo Groussac que en el prólogo a su *Mendoza y Garay*, reposando en los grandes historiadores decimonónicos franceses había desarrollado un rosario de críticas contra los emergentes eruditos (1916, pp. IX-XVI). Empero, más importante que el apoyo en un Groussac, cuya estela estaba ya en declinación antes de su muerte, es el apoyo que Romero puede encontrar en el mundo cultural al que está y estará crecientemente vinculado.

Si se abre esa publicación tan influyente en los nuevos tiempos y en especial en el ambiente que se mueve Romero, la *Revista de Occidente*, y se detiene la mirada en un artículo de José Ortega y Gasset del año anterior, 1928, que se titula “La filosofía de la historia de Hegel y la historiología”, puede leerse lo siguiente:

La historia al uso no llena el apetito cognoscitivo del lector. El historiador nos parece manejar toscamente, con rudos dedos de labriego la fina materia de la vida humana. Bajo un aparente rigor de método en lo que no importa, su pensamiento es caprichoso e impreciso en todo lo esencial.

Agrega, inmediatamente,

nunca ha estado la conciencia culta más lejos de las obras propiamente históricas que ahora. Y es que la calidad inferior de estas en vez de atraer la curiosidad de los hombres la embotan con su tradicional pobreza. (...) Se sospecha del tipo de hombre que fabrica esos eruditos productos; se cree, no sé si con justicia, que tienen almas retrasadas, almas de cronistas, que son burócratas adscritos a expedientar el pasado (...)

Yo creo firmemente que los historiadores no tienen perdón de dios (1966, pp. 522-524).

Esa severa requisitoria recogía una larga tradición de críticas desde la de Flaubert en su *Bouvard y Pécuchet* a la de Anatole France en esa irónica fábula que es *La isla de los pingüinos* (que Romero utilizará, por otra parte, como instrumento contra los eruditos en un texto posterior de 1943) y se prolongaría en la década del treinta. De los muchos ejemplos de estos años puede ser suficiente citar los comentarios de Ezequiel Martínez Estrada en *Radiografía de la Pampa* (1933), donde habla de los “especialistas embalsamadores”, “monederos falsos”, que producen un “simulacro intrascendente de la historia” en la “superchería de la especialidad” o los de Alejandro Korn en los apuntes filosóficos, que el mismo Romero cita en un artículo de homenaje en 1939, donde aquel indica que lo que hay que exigir a un historiador es talento y sentido histórico, búsqueda y no hallazgos ya que la mera erudición no es ni puede ser erigida en la finalidad de los estudios históricos (2004, p. 16). Finalmente, puede también recordarse, yendo un poco más allá en el tiempo, las observaciones de Alfonso Reyes: “La preocupación industrial característica de nuestra época desvirtúa la historia en cuanto esta es agencia intelectual y tiende a convertirla en agencia hacinadora de materia prima y producción de documentos indiferentes, tal es la ‘falacia apatética’ donde la historia pierde su objeto” (1944).

Lo que los ejemplos aludidos aspiran a señalar es que discrepar –y aún mirar despectivamente la labor que hacían los historiadores eruditos– no era algo nada infrecuente ni osado, aunque desde luego la corporación profesional tenía armas poderosas, más institucionales que intelectuales, para defenderse.

Corrámonos ahora ligeramente en el tiempo y detengámonos en aquel artículo de 1933 de José Luis Romero, sobre cuya importancia llamó hace años la atención Tulio Halperin, “La formación histórica”. En él Romero, que está avanzando en sus estudios de historia en la Universidad de La Plata, nos brinda una imagen de la historiografía en paralelo con una imagen de la crisis del mundo de la posguerra. Un texto que, sea dicho esto al margen, no solamente es contemporáneo sino incluso probablemente precedente al de su amigo Saúl Taborda (1934); en él, Romero brinda una imagen que, según la interpretación aquí propuesta (en este punto discrepante con otras autorizadas lecturas), tiene pocos puntos de contacto con la del estudioso cordobés. Baste señalar solo una: ahí donde Taborda encuentra las fuentes para una crítica a la crisis de la civilización burguesa (pero también de la democracia liberal) en autores como Fichte o en pre populistas (*narodnikis*) rusos como Kirievski, Romero las busca en un lugar muy diferente y su crítica a la crisis de la sociedad burguesa no va en ningún momento acompañada por una crítica paralela al sistema demoliberal.⁴

Las fuentes de la mirada de Romero en ese artículo no son nuevamente los historiadores y puede anotarse al pasar que en el texto no hay ninguna referencia concreta a un historiador y tampoco ninguna referencia a un autor argentino.

Por otra parte, Romero insiste en su pugnacidad contra los historiadores tradicionales y en la contraposición entre saber

4. Ciertamente ello no prejuzga acerca de la particular lectura que podía eventualmente hacer Taborda de esos autores o de otros como Herder, todos susceptible de diferentes interpretaciones. Véase por ejemplo Berlín (2000). Más en general sobre las relaciones entre Taborda y Romero, remito a Devoto y Pagano (2009, pp. 343-346).

histórico puro y conciencia histórica, entre mera erudición y una comprensión de una formación histórica dotada de amplio sentido filosófico.

En el texto, a partir del Ortega de *El tema de nuestro tiempo*, señala Romero “La historia es solo una labor científica en la medida que sea posible la profecía” a la vez que agregaba “hoy, yo llamaría con más justicia historiadores a muchos filósofos, novelistas, hombres de ciencia, que no a los que lo son de profesión” y, mostrando que los motivos de esa crítica iban bien más allá de las dimensiones técnicas o metodológicas, concluye: “El historiador de nuestra época se ha cerrado premeditadamente al drama que ocurría en torno suyo; pero el mundo ha seguido girando mientras ellos escribían en sus gabinetes” (1993, p. 14). La crítica de Romero se desplaza aquí de la erudición en sí, a la desconexión entre ella y el tiempo presente, orientadora y guía de la mirada dirigida al pasado y cuyo propósito no debía ser otro que el de construir una conciencia histórica que iluminase y orientase al hombre en sus inquietudes y en su hacer contemporáneos.

Ciertamente puede observarse que el juicio de Romero, bien ajustado para el contexto argentino, era algo excesivo para el europeo. He allí algunos historiadores que si habían tomado nota de la crisis y dado una respuesta intelectual a ella, por ejemplo un Henri Perenne, cuya biografía intelectual de los años de la guerra y la primera posguerra han sido reconstruidos admirablemente por Cinzio Violante en *El fin de la gran ilusión* (1977, pp. 201-296); o he ahí el “examen de conciencia” de un Lucien Febvre en la conferencia inaugural en el Collège de France en 1933 (1992, pp. 3-17). En cualquier caso, lo que allí en ese artículo de 1933 sobresale es todo un mundo intelectual que procede principalmente de Ortega y la *Revista de Occidente*. No se trata solamente de que Ortega es el autor más veces citado en el texto, sino de que la mayoría de los otros

autores que aparecen han sido puestos a disposición del público por las ediciones de la misma *Revista* en su afán de presentar lo que consideraba el mismo Ortega eran las novedades significativas de la cultura de su tiempo: Scheler, Simmel, Freyer, Werfel, Sombart. Autores que, en algunos casos, acompañarán por muchos años a Romero y que son los que soportan el mayor peso de su argumentación. Pero incluso otros autores, tan visibles en la Argentina por entonces, como el Conde Keyserling, también habían cimentado su prestigio en el espacio sudamericano desde ese ámbito español.

No todos, desde luego, son citados en las obras que la *Revista de Occidente* ha divulgado, he ahí por ejemplo el ensayo de Simmel (*El conflicto de la cultura moderna*) traducido por Carlos Astrada para la Universidad Nacional de Córdoba (1923) o el inhallable libro de Werfel citado por Romero y que es tan importante para que él pueda concluir con una mirada optimista respecto del futuro –aunque pueda argüirse que la vía de la civilización técnica como una solución para las tiranías del hombre contemporáneo que Romero argumenta a partir de Werfel sea parte de una larga tradición que puede resalir, por ejemplo, hasta el Ernest Renán de *L'avenir de la science* (1890).

En cualquier caso, en ese grupo de lecturas del que podría decirse que es “nada moderno y muy siglo XX”, pueden discriminarse algo arbitrariamente dos conjuntos: filósofos, por un lado, y sociólogos culturalistas por el otro, que vienen a sustituir a los ausentes historiadores. Desde luego a ellos hay que agregar al menos a Karl Marx, con el cual Romero comparte el diagnóstico de la crisis, pero del cual toma prudente distancia tanto respecto de la cuestión del determinismo, de la distinción estructura-superestructura, o de las soluciones propuestas por el pensador alemán. Para Romero, la capacidad creadora de la voluntad

humana desbarata cualquier determinismo y el ideal ético y no el económico eran los verdaderos instrumentos de la acción revolucionaria.

Si se deja ahora de lado este trabajo tan significativo y se observa simultáneamente la labor que Romero va desarrollando como historiador, tal cual él mismo se presenta en dos obras de concepción sino paralelas al menos bastante coincidentes en el tiempo como son: “El estado y las facciones en la Antigüedad”, curso dictado en el Colegio Libre de Estudios Superiores en 1936 y la redacción de su tesis sobre la crisis de la república romana culminada en 1938, se nota claramente que el universo de referencias propuesto por Romero es bien otro (ambos en Romero, 1980). No se trata de que en esos libros no aparezcan los autores citados en el artículo de 1933 y, en cambio, aparezca un repertorio de historiadores lejanos de aquel mundo, no se trata tampoco de que aquí Romero desarrolla una fina erudición a partir de las fuentes literarias, que por otra parte serían las que siempre le resultaron congeniales (y podría señalarse al margen que, sobre esa asunción de la erudición como requisito imprescindible del historiador –aunque no suficiente– dan buena cuenta los esfuerzos para mejorar su latín bajo la guía de Gregorio Halperin y, más tarde, su griego bajo la de Ramón Alcalde). Se trata, en verdad, de la proposición de un tipo de historia que, en la lectura aquí propuesta, está lejos de esa historia de la cultura que parecen preanunciar tanto el artículo de 1933 como la obra posterior de Romero, y ello muestra, si se quiere, todas las distancias que hay siempre entre las concepciones teóricas generales y la realización concreta de un libro de historia (o al menos las diferencias que había en el pasado).

En cualquier caso, ¿que tipo de proceso describe Romero en su tesis doctoral? La dinámica de uno político-institucional

explicado a partir de las transformaciones de la sociedad y la economía. Es decir, el proceso a través del cual la expansión romana genera profundas transformaciones económicas y sociales que llevan a la crisis a su modelo institucional y cómo, en ese contexto, un sector de la oligarquía ilustrada va esbozando lentamente, a partir de la influencia helenística, otra solución política institucional, insinuada en Escipión el mayor, desarrollada por los Gracos (en los cuales, va señalado, Romero no busca los caracteres de una política humanitaria sino los de una política de poder) y culminada en la fórmula de Augusto. Es un proceso dominado por el contraste, en el seno mismo de la oligarquía política, de una facción que Romero llama “tradicionalista” y otra que llama “moderna”. Para decirlo en los términos mismos de Romero:

En las doctrinas políticas del mediterráneo oriental el naciente imperialismo romano (...) encuentra la justificación y la técnica de una nueva política, expresada en la tendencia a una dominación universal y en la tendencia a la instauración de regímenes autocráticos, respaldados por una legislación antioligárquica y revolucionaria en materia social y por una creciente organización capitalista (1980, p. 35).

Era, agrega, el grupo moderno desgajado de la oligarquía el que “había aprendido”, en su contacto con el mundo griego, a aspirar a una autocracia sobre la base de las nuevas fuerzas económico-sociales.

Ciertamente, entre los siete capítulos de la tesis convertida en libro emerge uno que presenta elementos diferentes: es el tercero. En él, Romero, tras explicar en los dos precedentes la conformación de las fuerzas sociales y políticas romanas, introduce el tema de la recepción de la cultura helenística en Roma y ahí sí

su mirada excede el de la política para proponernos reflexiones acerca de los modos y mecanismos a través de los cuales la misma se difunde. Al hacerlo propone inteligentes perspectivas, por ejemplo, acerca del papel del teatro o de los esclavos como difusores de costumbres y valores que operarán en la disolución de la antigua moral rural y ciudadana, en las concepciones de la vida, en la misma vida familiar. Sin embargo, ese rico cuadro allí presentado no da lugar a sucesivas reflexiones en los cuatro últimos capítulos que contiene la segunda parte del libro. En ellos, Romero vuelve a retomar el eje política-instituciones-conflicto social. Es como si ese rico fermento cultural casi solo fuese funcional a su argumentación sobre las concepciones de la política y el poder.

Si se observa paralelamente el otro libro, titulado *El Estado y las facciones en la Antigüedad*, se percibe un esquema semejante. Tras presentar un rico cuadro de las distintas concepciones teóricas de la política formuladas por los mayores filósofos griegos, Romero desarrolla su hipótesis, y ella es que los modelos institucionales no son estáticos y sus transformaciones no son lineales. Es aquí también la dinámica del conflicto en la que los cambios se producen. Nuevamente en Grecia, y al menos en parte derivado de la expansión colonizadora de las ciudades estado griegas, emergen, en sus términos, los grupos “capitalistas y financieros” que transforman los cuadros sociales y hacen caducar los modelos políticos. Luchas o conflictos que, en sus palabras, son a veces entre clases sociales claramente delineadas, otras, entre partidos políticos, otras entre conglomerados sociales (de los que surgen las facciones), que no son ni clases ni partidos y que buscan apoderarse del Estado, Un Estado que es entendido, en palabras de Romero, como “un orden jurídico que se expresa en un conjunto de instituciones históricamente determinables”.

Este breve recorrido por esos dos estudios sobre el mundo antiguo (sino los más significativos al menos los más extensos) permiten formular algunas observaciones. La primera es que el módulo historiográfico de Romero, organizado en torno a la tríada conflictos políticos/luchas sociales/diseños institucionales es, por entonces, algo muy diferente al de una o dos décadas más tarde. Lo segundo es que Romero parece reposar en esa mirada de las luchas sociales y políticas en nombres como el de Robert von Pohlmann, el historiador conservador alemán que había escrito un antiguo, y en su época célebre, libro titulado *Lucha de clases y socialismo en el mundo antiguo* y, sobre todo, en un autor que años después citará muy elogiosamente como uno de los grandes historiadores (junto a Huizinga) que es Arthur Rosenberg, ese erudito discípulo de Eduard Meyer convertido al socialismo y por un tiempo incluso al comunismo y que ocupa en la historiografía alemana un lugar parecido al que Albert Mathiez ocupaba paralelamente en la historiografía francesa (Mommsen, 1991). Con todo, Romero no cita de Rosenberg su célebre *Democracia y socialismo en la antigüedad* sino otros trabajos de perfil más erudito que por otra parte son fundamentales para su tema (1942).⁵ Lo tercero es que Romero, como puede observarse en algunos de los breves fragmentos transcritos, utiliza una terminología contemporánea para el mundo antiguo, aunque ello no era a decir verdad infrecuente, ya que muchos creían ver allí un esquema ideal tipo de procesos políticos posteriores. Ciertamente esos estudios de Romero espejan, en especial en *El Estado y las*

5. En su “La Antigüedad y la Edad Media en la historiografía del Iluminismo” aparece la referencia al tan alabado libro –en especial por historiadores italianos como Momigliano y Mazzarino, pero no solo–, de Arthur Rosenberg, *Einleitung und Quellenkunde zur römischen Geschichte* (1921).

facciones, y quizás por el público al que estaba dirigido, las situaciones de esa densa década de 1930, como por ejemplo en su caracterización del cesarismo o en la del espíritu de facción. Nada sorprendente en el fondo. He ahí, por poner un ejemplo, dos historiadores: uno extraordinario y de los mayores eruditos del siglo XX y uno muy bueno; ambos discípulos del mismo maestro: Arnaldo Momigliano y Piero Treves, discutiendo sobre el mundo antiguo y a la vez sobre la Italia mussoliniana de la década del treinta; el primero con su *Filippo il macedone*, el segundo con su *Demostene* y parece innecesario aclarar en qué lugar del debate se ponía cada uno.⁶ El mismo emerge con facilidad de los títulos de las obras.

III.

Los avatares de la vida universitaria bloquean el acceso de Romero a la cátedra de Historia Antigua en la Universidad platense a la que aspiraba, y en cambio le brindan un espacio en la enseñanza de Historia de la Historiografía. Aunque ese hecho no es desde luego suficiente para explicar los cambios de intereses de Romero no parece que deba desdeñarse tan rápidamente. En cualquier caso, el pasaje de un campo a otro implica una contigüidad conceptual y bibliográfica: una parte importante de las fuentes del Romero historiador de la antigüedad eran los mismos historiadores antiguos y parecía un desplazamiento natural el ir de un territorio al otro. Por otra parte, esos años son los de más intenso contacto de Romero con Pedro Henríquez Ureña, cuya influencia decisiva sobre él, en palabras del mismo historiador argentino,

6. Sobre el tema, C. Dionisotti (1989).

resulta al autor de estas páginas difícil de evaluar en la especificidad de sus nuevos horizontes historiográficos.

En cualquier caso, van a emerger de estos nuevos intereses de Romero una amplia cantidad de artículos y libros, entre 1939 y 1945, que remiten esquemáticamente a dos conjuntos de problemas: la conceptualización de la historia, por una parte y la reconstrucción del pensamiento historiográfico de diferentes historiadores, por la otra. Al primer grupo corresponden, entre otros, los artículos incluidos en un volumen de 1945, *La historia y la vida*; al segundo, los retratos reunidos años más tarde en *De Heródoto a Polibio* (1952) y el *Maquiavelo, historiador* (1943).

Acerca del primero de los dos problemas, la concepción de la historia, Romero parece haber encontrado ahora una guía segura en esa extraordinaria figura que era a la vez filósofo e historiador: Wilhem Dilthey. Ciertamente no era un descubrimiento ya que Dilthey, tan influyente también sobre su hermano Francisco, estaba presente en Romero desde bastante antes. De lo que se trata es más bien de una mayor centralidad y visibilidad de las reflexiones del pensador alemán en los nuevos intereses del historiador argentino. Dilthey proveía a Romero, a la vez, una genealogía en la que colocar a la historiografía contemporánea y una concepción de la vida histórica. Acerca de lo primero, las huellas del Dilthey de *El mundo histórico y el siglo XVIII* (1944, pp. 345-406) pueden seguirse claramente en Romero. Ellas avallan, en contra por ejemplo de la opinión de Croce, la historicidad del pensamiento iluminista y permiten hacer partir de allí –y no de los románticos– a la moderna historiografía. Si, ciertamente, los románticos habían generado un giro hacia lo individual concreto y hacia el realismo histórico, ello completaba y continuaba, no negaba, las construcciones de los grandes pensadores iluministas. Para encontrar los ecos de esa mirada puede

ser suficiente volver a leer el sugestivo trabajo de Romero sobre *La revolución francesa y el pensamiento historiográfico* (1940) en el que la interpretación de la revolución es sustituida por un itinerario historiográfico, o puede mirarse el programa de Historia de la Historiografía que dictaba en la Universidad de La Plata (1944), en el cual los románticos no tienen una relevancia mayor que los iluministas en las lecturas que propone al estudio de sus alumnos, aunque si lo tuvieran en la versión de la filosofía crítica de la historia por ejemplo en los textos conceptuales reunidos en “La vida histórica”.⁷ En segundo lugar, Dilthey le brindaba a Romero los instrumentos para, en palabras del argentino, acercarse a “la comprensión de las concepciones del mundo” y su historicidad, concepciones que eran la estructura profunda de una realidad espiritual que se encuentra por debajo de los fenómenos de superficie. Ciertamente el nombre de Dilthey no puede ser considerado excluyente de otros (en Romero las influencias fueron múltiples y supo combinarlas de modo original) y al menos a él debe asociarse el de Heinrich Rickert (1945) que sirve a Romero para definir la especificidad de la ciencia histórica como parte de las ciencias de la cultura, en oposición al determinismo del esquema proveniente de las ciencias naturales.⁸

La segunda línea de trabajos concierne a su relectura de los historiadores antiguos y modernos. Los mismos son claramente estudios de historia de las ideas “claras y distintas” en las cuales Romero trata de reconstruir un pensamiento historiográfico haciéndolo dialogar con el contexto de su tiempo y con las concepciones

7. Agradezco a Luis Alberto Romero que me facilitó una copia del mismo, así como de otros materiales de su padre.

8. Dilthey y Rickert siguen siendo las referencias mayores en el fundamental artículo de J. L. Romero, “Reflexiones sobre historia de la cultura” (1953).

precedentes. De ese conjunto de trabajos se tomará en consideración aquí solamente uno: el sorprendente que dedicó en 1943 a *Maquiavelo, historiador*. La expresión sorprendente no remite a la interpretación propuesta, ella misma quizás discutible, sino a la estrategia que Romero utiliza para reconstruir el pensamiento de Maquiavelo.

Efectivamente aparecen aquí las dos operaciones propuestas por Romero: hacer dialogar a Maquiavelo con los historiadores y filósofos clásicos en los que abreva, y hacerlo dialogar con su tiempo. En ese cuadro, el punto interesante y quizás sorprendente es que el contexto en el que Romero coloca a Maquiavelo es el de las luchas políticas, en especial interestatales y de los conflictos sociales en el territorio italiano entre los siglos XV y XVI. En cambio, es apenas aludido brevemente el clima cultural, las creencias y valores sociales de ese mundo tan transformado que es el de las ciudades italianas del tardo *quattrocento*. Quizás sea suficiente comparar la edición original de ese libro con la nueva edición de 1970 para percibir con bastante claridad algunas de las mudanzas de la operación historiográfica que Romero propone. Esos contrastes emergen entre la introducción a esa segunda edición de ese mismo año con los restantes capítulos del libro. En el texto de 1970 Romero ofrece una nueva clave de lectura que está en los márgenes de la edición de 1943: “El cuadro en el que se integra todo (Maquiavelo) es la mentalidad burguesa... Es la mentalidad burguesa la que sustenta la *forma mentis* de Maquiavelo y es él no solo quien la expresa mejor sino quien más viva conciencia tiene de que esa es su *forma mentis*” (1970, p. 10). Pues bien, esto es lo que está ausente precisamente en el texto de 1943.

La observación precedente no quiere ignorar el hecho de que en Romero están ya apareciendo, en especial en los artículos que podemos llamar teóricos, el perfil de una historia cultural y que puede percibirse un lento pero sostenido crecimiento de esas

perspectivas, así como que también aparece un nuevo horizonte de lecturas que apoyarán la nueva forma mentis de Romero historiador. El nombre de Huizinga parece aquí evidente y, sin embargo, como revela sorprendentemente su correspondencia con Ferrater Mora, Romero no estimaba a “El otoño de la edad media” cosa que he descubierto recientemente. Con todo, solo se aspira a señalar que ello no está claramente presente en sus obras históricas de esos años y, en especial, que todavía está ausente la combinación de esos tres elementos centrales de sus obras mayores posteriores: un sujeto social (la burguesía), una dimensión privilegiada para estudiarla (las mentalidades) y un lugar (la ciudad). Y sobre este último punto, puede ser revelador recordar un texto repropuesto hace muy poco por Adrián Gorelik: la evocación de Brujas que realiza en 1936 y observar cómo todos los problemas del futuro historiador de la ciudad y de la burguesía no están allí presentes. La evocación, tan bella literariamente, sirve a Romero para pensar no la burguesía, sino la relación entre el pasado y el presente, entre la piedra y el flamenco de elegancia, esta sí metafóricamente, burguesa.⁹

IV.

Entrados los años cuarenta Romero comienza a orientar su interés temático hacia dos nuevos campos. El primero es el de los estudios medievales. Ciertamente, la importancia aquí de Sánchez Albornoz, como ya señaló Tulio Halperin (1980) es muy grande. Cualquiera sea la imagen que pueda tenerse hoy de Sánchez Albornoz, por envejecida que esté su obra, por poco aceptable que sea su idea de España (que difícilmente Romero compartiese),

9. Véase J.L. Romero (2007, pp. 113-116) y la presentación de A. Gorelik. La edición original es de 1937.

por poco innovadora que fuese la escuela que el creó, en especial en Argentina, no es menos cierto que, en esos años de la entreguerra y la guerra, era considerado uno de los más eminentes medievalistas occidentales. Valga a modo de ejemplo la opinión de Marc Bloch, tal cual la expresa más de una vez en su correspondencia con Henri Berr a propósito de la realización de su libro *La sociedad feudal* (1992, pp. 72-73).

La aproximación a la historia medieval se realiza en Romero a través de la indagación de pensadores medievales en diferentes artículos que publica en los *Cuadernos de Historia de España*. De entre ellos puede bastar detenerse en uno, el magnífico estudio sobre “San Isidoro de Sevilla, su pensamiento histórico político y sus relaciones con la historia visigoda” (1947b) y explorar dos cuestiones que emergen de él. La primera es hasta qué punto la erudición de Romero alcanza nuevas y más elevadas cotas ante el desafío que presenta un interlocutor ciertamente mucho más exigente que el respetable Clemente Ricci o que Pascual Gaglianone. La segunda es en qué medida San Isidoro es explicado, como Maquiavelo, en el marco de lo que Romero llama “una investigación histórica de las ideas” y que es, nuevamente como en el Maquiavelo, ante todo un diálogo entre un hombre y sus herencias intelectuales clásicas y, en menor medida como “historiador y estadista por su contorno inmediato” en el cual Romero, sin embargo, se detiene largamente. ¿Y cual es ese contorno (sus circunstancias)? Es principalmente el de los conflictos políticos en la España visigoda en y entre los distintos estados nacientes en el mediterráneo occidental y el Imperio Bizantino que complican y problematizan el enfrentamiento entre católicos y arrianos.

La otra línea de trabajo de Romero en esos años es la de la historia argentina. Tras dos sendos ensayos, uno enjundioso e iluminador sobre Mitre y otro más circunstancial sobre López,

Romero brinda, en 1946, un libro destinado a una gran fortuna posterior: *Las ideas políticas en la Argentina* (1956). No parece necesario detenerse sobre la influencia de Mitre en este último libro, decisiva y ya señalada con mucha claridad por Natalio Botana (1991), ni en qué medida esa obra contiene una lectura del proceso revolucionario abierto en mayo de 1810 y del conflicto entre la línea de la democracia doctrinaria y de la democracia inorgánica tributarias del historiador de Belgrano. Quizás pueda también partirse de otro lugar.

En la “Advertencia preliminar” que abre *Las ideas políticas*, Romero señala que no va a estudiar en el libro solamente “aquellas ideas puras y originales, sino también los remedos de ideas y ciertos impulsos que entrañan y presuponen una determinada predisposición, con los que se nutrirán luego las ideas claras y distintas” (1956, p. 10). Al hacerlo, Romero parece aludir simultáneamente a dos cuestiones diferentes. Por un lado, busca una justificación a su estrategia de indagación en el hecho de la escasa existencia en la Argentina de esas ideas claras y distintas, siendo la mayoría de ellas en su perspectiva una derivación de otras fuentes, en especial europeas. Empero, por el otro, parece aquí esbozarse también algo que se llamará luego historia de las mentalidades. La misma expresión “mentalidad” aparece, al menos siete veces en el libro, asociada con otros términos, como creencias, sentimientos, impulsos, actitudes espirituales, psicología social, concepciones de la vida, normas morales, etc. Todo ello sirve de sustento a las diferentes actitudes políticas, en la contraposición plurisecular entre autoritarismo y liberalismo que articula al libro. Ese término o esa concepción aparecen asimismo asociados a cuatro fenómenos, la mentalidad colonial, las masas posindependentistas, la inmigración y el conglomerado criollo-inmigratorio.

Una pregunta inevitable es acerca de la procedencia del nuevo vocabulario empleado por Romero, ya que, aunque algunos de los términos ya aparecen en obras precedentes, nunca lo hacen todos ellos juntos y con la misma insistencia. ¿Es arbitrario postular que ese vocabulario y muchas de esas miradas, que en cualquier caso no son dominantes en el libro, proceden no de la historiografía europea con la que Romero estaba tan familiarizado, sino de su lectura de algunos de los “clásicos” argentinos? Ellas están allí en muchos estudiosos, pero, abundantemente, en dos autores que por otra parte sustentan distintos planos de la argumentación de Romero, en especial en los dos primeros capítulos: Juan Agustín García y los sentimientos que organizan un sistema de creencias en el mundo colonial (1955, pp. 283-476) y sobre todo José Ingenieros, cuyo primer capítulo de su historia de *La evolución de las ideas argentinas* se llama precisamente, “La mentalidad colonial” (1961, pp. 19-33).

Romero dejó escrito que existían solo dos historias de las ideas argentinas de valor, precedentes a la suya: *Influencias filosóficas en la evolución nacional* de Alejandro Korn (1983) y el libro de Ingenieros. Desde luego que el nombre de Alejandro Korn, al cual Romero estuvo en tantos modos ligados, parece inevitable y sin embargo, al menos en el punto que aquí se presenta (y tal vez en otros) más decisiva parece ser la influencia de José Ingenieros. No se trata solamente del énfasis que en este último pueda tener algo que se puede llamar en sentido extenso “mentalidades”, sino de que, asimismo, en la obra de Ingenieros el conflicto es mucho más (al igual que en Romero) entre dos líneas históricas pluriseculares articuladas en torno a dos principios organizadores: el autoritarismo y el liberalismo y relativamente (y debe insistirse en el término “relativamente”) menos, como en Korn, entre conglomerados de contornos difusos que no dejan de entrecruzarse.

Con todo, y sea de ello lo que fuere, puede todavía recordarse que habiendo sido los tres primeros capítulos de las *Influencias filosóficas* de Korn publicados entre 1912 y 1914, el mismo Ingenieros (cuyo libro es de 1918) abrevó también en ellos.

El libro de 1946 puede ser explorado, desde luego, desde muchos otros lugares. En cuanto al hilo que ha conducido la exploración hasta aquí presentada puede verse como un punto de transición o de inflexión historiográfica en el conjunto de la obra de Romero. Un balance o si se prefiere apenas una hipótesis, como toda hipótesis provisoria y conjetural, que puede ser la siguiente: es en la segunda mitad de los años cuarenta y en especial en los primeros cincuenta, cuando se va estructurando un nuevo módulo historiográfico en Romero que será el que lo distinguirá. Bajo la divisa de la "Historia de la cultura" (tal cual es presentada en su notable estudio aparecido en *Imago Mundi*) se va articulando una tríada decisiva en la explicación de los procesos históricos con los que Romero va a enfrentarse en las décadas sucesivas: ciudad-burguesía-mentalidad.

Acerca de cuáles son las matrices del nuevo módulo de Romero que no será explorado aquí, resulta difícil brindar una respuesta convincente. Pueden, en cambio, sugerirse algunas pistas a explorar y la eventual convergencia de algunas de ellas: la tradición intelectual argentina de principios de siglo, como ya se señaló, la larga acumulación de lecturas juveniles que reverberan en esos años cuarenta, véase por ejemplo el Sombart de *Lujo y capitalismo* (pero también Simmel), un nuevo horizonte de lecturas, desde el momento de su encuentro con obras como las de Henri Perenne y Johann Huzinga, hasta la recepción de la nueva

historiografía europea medievalista,¹⁰ el clima de la Argentina peronista y el mismo fenómeno del peronismo que no podía no orientarlo a nuevas formas de pensar las relaciones entre sociedad, política y cultura.¹¹

En cualquier caso, el tránsito historiográfico aludido en Romero contiene en él otro estrato más profundo en torno a la idea de la acción humana. En sus conversaciones con Félix Luna, Romero señaló lo siguiente: “yo diría que la vida histórica es a-racional, diría que es una composición de elementos racionales y no racionales, por ejemplo, todo lo que proviene de la sensibilidad colectiva” (Luna, 1976, p. 100). En la primera parte de su obra histórica, algo en él tendió a enfatizar los primeros elementos, y en el tramo sucesivo, el de sus grandes obras históricas, algo en él tendió a enfatizar los segundos. Al hacerlo, empalmó de un modo original con algunas de las nuevas sensibilidades historiográficas renovadoras de la segunda posguerra.

10. Y acerca de ellas se podría saber mucho más a partir de la correspondencia entre José Luis Romero y Maurice Lombard, el ayudante que le puso Braudel para asesorarlo en bibliografía sobre la historiografía medieval. Ver, por ejemplo, carta de J.L. Romero a F. Braudel, 20 de enero de 1950 y 20 de diciembre de 1950, ambos en Archivo Fernand Braudel, Segundo Inventario, Correspondencia (1948-1985), Legajo José Luis Romero.

11. Sobre este último punto, una buena vía para comprender la imagen que Romero tenía del peronismo en los mismos años peronistas puede percibirse a contraluz en la tan innovadora imagen, en términos historiográficos que Romero presenta de los fascismos en *El ciclo de la revolución contemporánea, Bajo el signo del 48* (1948): regímenes de masas a la vez revolucionarios y reaccionarios. Es decir, una mirada de los fascismos leídos desde el peronismo más que el peronismo leído desde el fascismo.

Bibliografía

- Acha, Omar (2005). *La trama profunda. Historia y vida en José Luis Romero*. Buenos Aires: El Cielo por asalto.
- Berlin, Isaiah (2000). *Vico y Herder*. Madrid: Cátedra.
- Bloch, Marc (1970). *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bloch, Marc (1992). *Écrire la Société Féodale. Lettres à Henri Berr (1924-1933)*. París: IMEC.
- Botana, Natalio (1991). José Luis Romero y la historiografía argentina: Mitre y Sarmiento. En *La libertad política y su historia*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2009). *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Dilthey, Wilhelm (1944). *El mundo histórico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dionisotti, Carlo (1989). *Ricordo di Arnaldo Momigliano*. Bologna: Il Mulino.
- Febvre, Lucien (1992). *Combats pour l'histoire*. París: Armand Colin.
- García, Juan Agustín (1955). La ciudad indiana. En *Obras Completas*. Tomo 1 (pp. 283-476). Buenos Aires: Zamora.
- Groussac, Paul (1916). *Mendoza y Garay. Las dos fundaciones de Buenos Aires*. Buenos Aires: Menéndez Editor.
- Halperin Donghi, Tulio (1980). José L. Romero y su lugar en la historiografía argentina. *Desarrollo Económico*, 78 (20), 249-274.
- Ingenieros, José (1961). La evolución de las ideas argentinas. En *Obras Completas*. Tomo 4 (pp. 19-33). Buenos Aires: Mar Océano.

- Korn, Alejandro (1983). *Influencias filosóficas en la evolución nacional*. Buenos Aires: Solar.
- Luna, Félix (1976). *Conversaciones con José Luis Romero sobre una Argentina con Historia, política y democracia*. Buenos Aires: Tirmerman Editores.
- Martínez Estrada, Ezequiel (1933). *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires: Babel.
- Momigliano, Arnaldo (1992). Epilogo, ancora senza conclusione. En *Nono contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*. Roma: Edizioni di Storia e Letteratura.
- Mommsen, Wolfgang (1991). German Historiography during the Weimar Republic and the Émigre Historians. En Hartmut Lehmann y James Sheehan, *An interrupted past. German Speaking Refugee Historians in the United States after 1933* (pp. 32-66). Cambridge: Press Syndicate of the University of Cambridge.
- Ortega y Gasset, José (1966). La filosofía de la historia de Hegel y la historiología. En *Obras Completas*, t. VI (pp. 522-524). Madrid: Revista de Occidente.
- Renan, Ernest (1890). *L'avenir de la science. Pensées de 1848*. París: Calman-Levy.
- Reyes, Alfonso (1944). *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. México: El Colegio de México.
- Rickert, Heinrich (1945). *Ciencia cultural y ciencia natural*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Romero, José Luis (1933). *La formación histórica*. Santa Fe: Instituto Social de la Universidad del Litoral.
- Romero, José Luis ([1937] 2007). Brujas: meditación y despedida. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 11, 113-116.
- Romero, José Luis ([1939] 2004). Experiencia y saber histórico en Alejandro Korn. En *La experiencia argentina*. Buenos Aires: Taurus.

- Romero, José Luis (1940). *La revolución francesa y el pensamiento historiográfico*. Buenos Aires: Colegio Libre de Estudios Superiores.
- Romero, José Luis (1943). *Maquiavelo historiador*. Buenos Aires: Nova.
- Romero, José Luis (1944). Programa de Historia de la Historiografía. Facultad de Humanidades. Universidad de La Plata. Mimeo.
- Romero, José Luis (1947). Digresiones sobre el historiador arquetípico. *Realidad*, 2, 295-299 y en (1945). *La historia y la vida*. Buenos Aires: Yerba Buena.
- Romero, José Luis (1947b). San Isidoro de Sevilla, su pensamiento histórico político y sus relaciones con la historia visigoda. *Cuadernos de Historia de España*, VIII, 5-71.
- Romero, José Luis (1948). *El ciclo de la revolución contemporánea. Bajo el signo del 48*. Buenos Aires: Argos.
- Romero, José Luis (1952). *De Heródoto a Polibio. El pensamiento histórico en la cultura griega*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Romero, José Luis (1953). Reflexiones sobre historia de la cultura. *Imago Mundi*, 1, 3-14.
- Romero, José Luis (1956). *Las ideas políticas en Argentina*. Segunda edición. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, José Luis (1980). *Estado y sociedad en el mundo antiguo*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Romero, José Luis (2004). Los hombres y la historia en Groussac. En *La experiencia argentina y otros ensayos*. Buenos Aires: Taurus.
- Rosenberg, Arthur (1921). *Einleitung und Quellenkunde zur römischen Geschichte*. Berlín: Weidmannsche Buchhandlung.

Simmel, George (1923). El conflicto de la cultura moderna. Córdoba: Publicaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Córdoba.

Taborda, Saúl (1934). *La crisis espiritual y el ideario argentino*. Santa Fe: Universidad del Litoral.

Violante, Cinzio (1977). *La fine della "grande illusione". Uno storico europeo tra guerra e dopoguerra (1914-1923)*. Bologna: Il Mulino.

Zubillaga, Carlos (1993). La significación de José Luis Romero en el desarrollo de la Historiografía uruguaya. En Fernando Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: Editores de América Latina.

José Pedro Barrán, historiador*

José Pedro Barrán nació en Fray Bentos en 1934. Sus años juveniles no fueron sencillos, ya que estuvieron enmarcados en el descenso social de una familia de orígenes acomodados, lo que lo obligó a tener que trabajar desde muy joven a la par que estudiaba. No daba de ello una imagen ni dolorosa ni heroica, las cosas habían sido simplemente así.

No recuerdo que en nuestras largas conversaciones hayamos hablado acerca de qué lo orientó hacia la historia. Con el pasar de los años dijo que le interesaba el pasado, ante todo porque le interesaba conocerse a sí mismo. Respuesta que es equivalente a la que en su momento diera Benedetto Croce. Es difícil saber si era así en los años cincuenta cuando decidió inscribirse en el Instituto de Profesores Artigas. Las razones que pueden orientar a un joven al estudio de la historia pueden buscarse en muchos lugares: un buen profesor de secundario, el azar, determinadas inquietudes o la idea de que el pasado es de los muchos modos de intentar comprender el mundo, el más pertinente. Lo que es menos incierto es que desde adolescente fue una persona vinculada

* Publicado en *José Pedro Barrán. Epílogos y legados. Escritos inéditos/Testimonios*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2010.

a los libros y orientada a mirar el mundo a través de ellos, y que ese carácter de lector omnívoro y persistente ritmó sus tiempos desde el principio hasta el fin.

De las dos opciones existentes en aquel Uruguay y en este, la Facultad de Humanidades y Ciencias y el Instituto de Profesores eligió esta última: egresado en 1957 como Profesor de Historia iba a enseñar “Historia Nacional” e “Historia Americana” en ámbitos secundarios privados y públicos por mucho tiempo (entre 1957 y 1978). Es previsible que las posibilidades más inmediatas que daba el Instituto para la docencia hayan tenido su peso en la decisión, junto a otras cuestiones aparentemente menos relevantes como los horarios de cursada o la estructura curricular. En cualquier caso, esa elección no estaría desprovista de muchas implicancias y en buena medida prefiguraría al futuro historiador. No se trata tanto ni solamente de que desde aquellas dos instituciones puedan derivar dos grades tradiciones historiográficas en el Uruguay. Finalmente, ambas no dejaban de ser heterogéneas en muchos sentidos, como lo muestra que en la Facultad convivieran dos figuras tan dispares como Edmundo Narancio o Eugenio Petit Muñoz (y antes lo habían hecho dos argentinos también muy diferentes, José Luís Romero y Emilio Ravignani) y en el Instituto Artigas otras dos que no lo eran menos, como Carlos Real de Azúa, entonces allí docente de Literatura y de Estética Literaria y Juan Pivel Devoto, el más alto ejemplo de la historiografía erudita uruguaya. Se trata más bien de que en esos ámbitos formativos se construyen tanto identidades simbólicas como ámbitos de sociabilidad y solidaridades perdurables y se conforman específicas tramas de lecturas y relaciones discipulares que transmiten un modo de ejercer el oficio y pueden abrir determinadas vías profesionales.

Cualquiera que conversase con Barrán podía rápidamente descubrir en él inquietudes intelectuales que iban mucho más allá de la historiografía y en las que un lugar central lo ocupaban otros saberes humanísticos, de la filosofía al psicoanálisis y, sobre todo, de la música a la literatura. En este sentido, Barrán estaba mucho más cerca de una figura como Real que de cualquier otra. Sin embargo, el Barrán historiador había sido formado no en el “dilettantismo genial” de este último sino en la tan sólida erudición de Pivel Devoto. No se trata simplemente de que Barrán explícitamente siempre reconoció al historiador uruguayo como su maestro sino de que, efectivamente, lo que descollaba en él, en tanto que estudioso del pasado, era la cercanía de las fuentes y la escrupulosa y extensa atención a los hechos concretos de los que poseía un conocimiento asombroso. Entre el *a priori* hegeliano y el *a posteriori* humboldtiano, Barrán historiador estaba firme junto a este último.

Seguramente también encontró en Pivel muchos de los instrumentos del oficio del historiador (los que difícilmente puedan transmitirse de un modo más eficaz que en el trato interpersonal), una forma de colocarse frente a los problemas históricos y un ambicionado equilibrio entre las ideas y las pasiones del estudioso y la necesidad de contemplar los matices, eludir los anacronismos y buscar la ecuanimidad; y es muy probable que Barrán haya aquí superado a su maestro por su voluntad irénica, por ese temperamento tan suyo de contemplar y sopesar opiniones muy diversas o, tal vez, porque quiso ser sobre todo un historiador, aunque comprometido, como él mismo sostuvo, y no, como Pivel, un político activo, un organizador cultural y, a la vez, un estudioso del pasado. Desde luego, también Pivel apoyó en muchos modos a su joven discípulo, desde enviarlo en misión a Buenos Aires al Archivo General de la Nación en 1963, por cuenta

del Museo Histórico Nacional hasta incluirlo como colaborador (junto con Benjamín Nahum) sea en la realización de la importante Colección de Documentos para la historia económica y financiera del Uruguay (t. I, Tierras, 1734-1810), publicada en 1962, sea en la monumental colección de Clásicos Uruguayos en la que participó preparando varios volúmenes entre 1962 y 1980. Es posible, tal vez, que también la mano de Pivel haya estado detrás de la beca que le concedió el gobierno de los Estados Unidos en 1960 para realizar estudios sobre Enseñanza de la Historia e Historia de los Estados Unidos en 1960.

Que la larga y perdurable relación fuese entre un historiador mayor colocado en el ámbito de una cultura nacionalista y católica y un joven ubicado en el de la cultura laica de izquierda dice, asimismo, muchas cosas acerca de las distancias y mediaciones que existen entre filiaciones políticas e historiográficas (o entre momento político e historiográfico), y acerca de los cruces singulares que se podían dar más asiduamente en el mundo intelectual uruguayo que en otros a él cercanos. Por lo demás, la relación Pivel-Barrán (o mejor aún Pivel-Barrán y Nahum, otro egresado del IPA unos pocos años más joven) constituye un caso singular en el contexto rioplatense: mientras en Argentina la mayor parte de la renovación historiográfica surgió en explícita pugna con la escuela erudita, en el caso uruguayo, al menos esa parte de ella, surgió en continuidad (una continuidad que podía vertebrarse idealmente aún más atrás, hasta los mismos orígenes, incluyendo el nombre de Francisco Bauzá). No era poco si colocamos esa relación en el contexto de los tiempos culturales, políticos e historiográficos en que todo ello ocurría. Si los años sesenta traían consigo, antes aún en el mundo hispanoamericano que en el europeo, un gran fermento de ideas y una reconfiguración de las identidades políticas, era menos evidente que

ello fuese pura ganancia para la historiografía. Desde luego que los vientos de renovación historiográfica procedentes de Europa o de las Américas llegaban también al Uruguay directamente o a través de mediaciones argentinas. Si se parte de un inventario sumario que incluya, dejando aparte los marxismos, entre otras incitaciones aquellas provenientes de las *Annales* braudelianos, de los economistas cepalinos y de la sociología norteamericana, es indudable que los más visibles en el Uruguay de esos años eran las primeras. Contribuían a ello figuras que habían entrado en contacto directo con aquella (a través de la mediación de José Luís Romero) como Gustavo Beyhaut y Juan Oddone, o la misma presencia en Uruguay de Ruggiero Romano. Como veremos, tampoco las otras estaban ausentes y, en el caso de algunas vertientes de la sociología, ellas también estaban presentes a través de un itinerario tan singular como era el de Carlos Real de Azúa (como lo exhibe a contraluz su admirable *El patriciado uruguayo*). En cualquier caso, esas incitaciones a renovar los temas y las prácticas historiográficas aparecían en un contexto cultural y político que no iba en la misma dirección. La larga agonía del modelo batllista, la crisis de los partidos tradicionales, los climas que traía consigo la revolución cubana (entre ellos la posterior deriva hacia la lucha armada) y la emergencia de una nueva cultura connotada por la emergencia de la juventud como protagonista activa, eran algunas de las cuestiones que se combinaban de un modo bastante explosivo y cuyos efectos se harían sentir en todos los aspectos de la vida uruguaya. Es claro que un contexto tal ponía en discusión las bases mismas de cualquier proyecto historiográfico que, tradicional o renovador, reposase en alguna toma de distancia con relación al pasado en tanto que pasado. Se trataba mucho más del pasado como arma en las luchas del presente. Si ello generaba una gran vivacidad en los debates sobre

la historia uruguaya también iba acompañado por pronunciadas caídas de tono de las que da buena cuenta el descrédito que la palabra “ciencia” empezaba a adquirir en el mismo momento en que la divisa de una historiografía nueva parecía ser la de “historia y ciencias sociales”.

En ese clima así esquemáticamente presentado se colocaban otras actividades historiográficas de José Pedro Barrán, más allá de las que desarrollaba bajo la órbita piveliana. Su ingreso en estos terrenos se canalizó por dos vías: por un lado, en el lugar de crítico historiográfico en *Marcha* (allí aparecerían, por ejemplo, en 1962 y en 1965, sendas notas polémicas contra interpretaciones del artiguismo provenientes de estudiosos englobados en la tradición comunista, en defensa de una lectura más compleja) y, por el otro, en el de coautor con Benjamín Nahum, en 1964, de una específica interpretación de las políticas del caudillo oriental. Se trata del breve libro titulado *Bases económicas de la revolución artiguista* que sería retocado y ampliado en sucesivas ediciones. Se trató del primer contacto que el autor de esta nota tuvo con el nombre de Barrán y con su obra (en la cuarta edición de 1972) seguramente por consejo de algún buen profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El recuerdo personal del libro era que, entre las muchas versiones del ciclo artiguista por entonces en boga, esta parecía una de las más convincentes. La relectura del mismo libro casi cuarenta años después confirma aquella impresión juvenil. Se trata de una obra que ha soportado muy bien el paso del tiempo. Las prevenções que los mismos autores ponen en la introducción de que no se trata de un estudio original sino apenas de “la simple ordenación de un tema que otros han analizado más profundamente” son rápidamente desmentidas por la lectura del libro. Es efectivamente una síntesis, pero muy original en la combinación de

fuentes primarias y secundarias con un enfoque que busca eludir los anacronismos en boga y restituir la complejidad y los matices de un proceso histórico. El pensamiento de Artigas y sus propuestas económicas adquieren inteligibilidad en la tensión entre una tradición tardo colonial de la que proceden y la situación revolucionaria en la que se formulan. Pero el libro va más allá de una minuciosa discusión sobre el justamente célebre *Reglamento provisorio de la Provincia Oriental para el fomento de su campaña* y, aunque sea al pasar, no deja de discutir con equilibrio temas que por entonces tanto preocupaban a los historiadores económicos (como los de los potenciales efectos del librecambio y del proteccionismo). Y no deja de ser sorprendente el juicio, ahora tan matizado, que proponen acerca de las ventajas y los límites de cada opción, con una argumentación que balanceaba los clásicos argumentos revisionistas con un sólido buen sentido acerca de los límites que las artesanías del antiguo virreinato encontraban para su desarrollo, en la ausencia de capital y de mano de obra calificada (y aún podría agregarse de un mercado interno de dimensiones adecuadas). La ambigüedad de las respuestas brindadas por los dos historiadores uruguayos remite, en sus palabras, a la necesidad de “un estudio muchísimo más amplio y detallado”. Los mismos matices pueden encontrarse en sus consideraciones acerca del latifundio y el “hambre de tierras”, para lo cual Barrán y Nahum apelaban tanto a una localización espacial del problema como a la introducción de variables socioculturales ligadas al seminomadismo de la población de las campañas. Todos estos temas eran, a su vez, colocados en un cuadro interpretativo general en el cual el caso oriental era instalado en un marco más amplio que enriquecía su sentido y su especificidad y que era el de la revolución rioplatense toda. Para ello, Barrán y Nahum buscaban una fuente de inspiración en un autor que gozaba por entonces

justamente de una renovada popularidad como fuente de inspiración para tantos historiadores renovadores y no: Juan Álvarez. Era especialmente el libro que aquel rosarino de adopción había escrito en 1914: *Las guerras civiles argentinas* (detrás del cual se encontraban no pocas reflexiones de Alberdi), una guía considerada segura para adentrarse en los conflictos interregionales mirados a partir de las discrepancias de intereses económicos entre las regiones que la geografía y las características productivas generaban.

Un libro, en suma, que revela ya las virtudes de sus autores y ciertas características que no los iban a abandonar como una voluntad de complejizar los problemas, eludir los anacronismos y los juicios apodícticos (aunque un cierto tono antiporteñista aparezca aquí y allá, algo que nunca abandonó del todo, aunque fuese en una clave luego irónica, ¿no es verdad, Barrán?), no abusar de la teoría y mantenerse cerca de los hechos (combinación que durante tanto tiempo fue considerada sinónimo de buena historia) aunados con una fina capacidad filológica para interrogar las fuentes. Lo que no sugiere que los autores ignorasen los movimientos intelectuales que por entonces surcaban el campo historiográfico. He ahí algunas referencias ocasionales como aquella a Aníbal Pinto Santa Cruz, el economista de la CEPAL entonces más influyente entre los historiadores renovadores del otro lado del Plata; o aquella a un sociólogo que no lo sería menos: Fernando Henrique Cardoso. He ahí también el tono braudeliano de la primera parte que sugiere una más que probable atención a las reflexiones del autor de *La Méditerranée*.

Si ese temprano libro es importante porque muestra ya la maestría que esos dos jóvenes historiadores exhiben en el dominio del oficio del historiador lo es también porque puede ser visto como el proemio de la larga y enjundiosa investigación que iban

a desarrollar inmediatamente luego, en siete volúmenes publicados entre 1967 y 1979, sobre la *Historia rural del Uruguay moderno*. El pasaje del breve libro inicial a la monumental obra sucesiva revela una estrategia característica de ambos autores y de Barrán en sus posteriores libros individuales: la de desplazarse a través de contigüidades temáticas. Revela además un pasaje que sería en muchos aspectos definitivo hacia un período, el de la formación del Uruguay moderno (de la segunda mitad del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX), en el que de ahí en más concentraría sus esfuerzos. Esa opción desde luego que implicaba en sí misma una elección historiográfica fuerte: que cualquiera hubiese sido el peso de la época colonial (en otros vocabularios feudal), cualquiera hubiese sido el impacto del proceso revolucionario, el destino del Uruguay y sus límites se había jugado en ese decisivo período de integración a la economía mundial, de construcción de una sociedad nueva, de transformación de las costumbres, de surgimiento de un sistema político (opción cronológica que contemporáneamente estaban desarrollando muchos historiadores renovadores argentinos). Por entonces también, el interés por el mundo rural reflejaba no solo la continuidad de una preocupación para un periodo posterior acerca de ese mundo rural ya tan presente en la obra de 1964, por ejemplo en el interés por los debates acerca del “arreglo de los campos” (es decir el tema de la apropiación y de la propiedad de la tierra), sino también un tributo a una estación de la historiografía latinoamericana que quería encontrar las raíces de los problemas del presente en las características de las estructuras agrarias y en lo que resultaba de ello: la conformación de una clase social hegemónica y, desde allí, dar sentido a las específicas características que adquiriría el funcionamiento de la política.

Sin embargo, en ese contexto hoy tan envejecido, la obra de Barrán y Nahum se destaca y conserva su lozanía, y ello es así no solamente por la riqueza de motivos que contiene, sino por la imponente investigación empírica que la subtiende. Si la teoría suele ser gris, según el celebre dicho, y en cualquier caso envejece bastante rápido (o al menos eso parece mostrar el desarrollo de la historiografía de los últimos cincuenta años), la investigación concreta hecha con buen sentido histórico lo hace mucho menos. Aunque desde luego en la obra hay muchos climas de época y un tributo, entre otros, a los modelos cepalinos y a incitaciones al menos terminológicas del marxismo, el cuadro resultante desborda plenamente esas y otras matrices. En primer lugar, los autores no se detienen más que lo mínimo imprescindible en esos requerimientos de las modas de los tiempos. En segundo, su afán de complejizar lleva inmediatamente a la búsqueda de multicausalidades que enriquecen la interpretación. Ciertamente el modelo centro-periferia y el esquema del “desarrollo hacia fuera” (y las hipotecas que contenían) ocupan su lugar explicativo, pero pronto los autores introducen en él tantas matizaciones, periodizaciones y especificidades locales y hacen jugar, a la vez, tantos otros factores –políticos (paz y guerra), tecnológicos (alambrado), culturales (espíritu empresarial), y jurídico-institucionales– que sus rigideces se difuminan. Ciertamente también un esquema tradición-modernidad permea la obra, pero sus rasgos pronto se desdibujan en un proceso de avances siempre desigual y descompasado entre los distintos órdenes de fenómenos. Y qué decir de las clases sociales, por ejemplo, la clase alta rural, en cuyo estudio Barrán y Nahum introducen pronto variables culturales, derivadas del origen nacional o de las orientaciones ideológicas o más en general de la mentalidad (conservadora o progresista) que enriquecen el cuadro. Y aquello que podría haberseles reprochado

entonces como un punto de debilidad (la poca precisión en la definición de términos como “capitalismo” o “burguesía”) hoy se revela como un acierto. Atentos a la riqueza que brinda el enorme material que exploran, deciden tratar de encontrar desde él y no desde una teoría social dada, la inteligibilidad del proceso histórico. En este sentido, ellos estaban también más cerca de aquella historiografía rural francesa que procedía del mismo modo, que de aquella otra del mismo origen que partía de otro lugar: la teoría marxista –y de la que la célebre polémica Labrousse-Villar había dado cuenta–. Lo estaban también en esa voluntad de ir más allá de una mera historia económica e incluso de una historia económica y social incluyendo también allí desde las entonces nuevas mentalidades, hasta las muy antiguas instituciones. La obra, por lo demás, se despliega hacia muchos lugares como si los autores hubieran seguido un itinerario bastante libre que desde la investigación concreta los confrontaba incesantemente a nuevos problemas, obligándolos a seguir nuevas pistas, que a su vez se bifurcaban en otras. Todo ello sugiere una distancia muy grande entre lo que pudo haber sido el plan inicial de la obra y su resultado y todo aquello que no tiene (en la conocida dicotomía de Blas Pascal) de *esprit de géométrie* parece ganarlo en *esprit de finesse*.

Finalmente, es necesario presentar brevemente algunas reflexiones sobre las condiciones concretas de realización de la *Historia rural*. Ellas eran muy diferentes de las actuales en la profesión. Si bien Barrán fue por un período investigador en el Archivo General de la Nación, su actividad principal en esos años (al igual que en el caso de Nahum) estuvo vinculada a la enseñanza secundaria o a tareas editoriales. En ello hay que ver tanto itinerarios personales como una cierta estación de las prácticas historiográficas en la que los subsidios de investigación o las becas eran una rareza y los puestos universitarios, escasos. No se

trataba simplemente de una cuestión uruguaya o rioplatense sino de la pervivencia en estas latitudes de una forma de trabajo que podría definirse artesanal, hecha en buena medida fuera de las facilidades y de los encuadres institucionales y a veces en paralelo con fatigosas tareas que nada tenían que ver con la investigación concreta. Esas prácticas, bueno es recordarlo, habían sido características también de muchos grandes historiadores europeos de las generaciones precedentes. En este sentido baste señalar aquí la no menos monumental tesis *Les paysans du nord pendant la Révolution Française* (1924) que Georges Lefebvre publicó a los cincuenta años y que reunía una prolongada investigación hecha en los tiempos libres que le dejaba su largo periplo a través de sucesivos liceos franceses (o cómo no recordar asimismo a Braudel aprovechando las vacaciones que le dejaba la enseñanza también en el nivel medio para recorrer los archivos en los que reunía sus materiales para su futura tesis). Otros tiempos y otros temples.

La historia rural llevó inmediatamente a otro tema conexo que miraba ahora el problema desde un observatorio privilegiado que era la política y colocaba en el centro del cuadro a otros actores, de los “políticos profesionales” a los industriales y obreros y a nuevas instituciones públicas o privadas. *Battle, los estancieros y el imperio británico* (8 volúmenes publicados entre 1979 y 1987) será una nueva monumental investigación que, ampliando el abanico de fuentes con una minuciosa consulta de fuentes uruguayas y extranjeras de distinto tipo (pero entre las que sobresale una detenida atención a ese material tan laborioso que es la prensa periódica), desplaza el eje de indagación del mundo rural al mundo urbano y, al hacerlo, complementa la obra precedente brindando en conjunto uno de los cuadros más persuasivos e integrales del proceso de transformación de un país hispanoamericano entre los siglos XIX y XX. No discutiremos aquí los

alcances y los problemas de una obra comenzada en una época en la que la historia parecía todavía tener un sentido definido, un término (o mejor, muchos términos) *ad quem* que operaba como una vara de medida de los avances y límites de un proceso de transformación juzgado no en sí, sino en relación con un devenir imaginario. Nos contentaremos con decir que, si la hipótesis general puede ser discutible, la riqueza de motivos presentes en los sucesivos volúmenes y la amplitud del material empírico reunido y sistematizado la hacen un conjunto de consulta imprescindible. De la importancia de esa obra dio buena cuenta el premio otorgado por la American Historical Association y más en general el reconocimiento internacional que sus autores lograron.

Dos cuestiones novedosas deben observarse en relación con esta obra. La primera es acerca de las condiciones materiales de realización: la privación por parte de la dictadura militar uruguaya de las cátedras que Barrán tenía en la docencia secundaria fue más que compensada por los subsidios internacionales que los autores comenzaron a recibir de muchas partes, del Social Science Research Council a la Fundación Ford, de la Swedish Agency a la Fundación Guggenheim. Por otra parte, el fin de la dictadura le permitió a Barrán incorporarse a la Universidad de la República en 1985 y, aunque creo que nunca amó excesivamente las lógicas de los ámbitos universitarios, no dejaba de ser un reconocimiento tardío y merecido a su trayectoria. Barrán entraba así de lleno en la fase de profesionalización de la disciplina con sus ventajas más que con sus inconvenientes, ya que, en el fondo, siguió interesado en continuar siendo el investigador tenaz que siempre había sido, más cómodo en los archivos y bibliotecas que en cualquier otro lugar académico. La segunda novedad, que coincide con los años de la investigación sobre el batllismo, es la todavía parcial disolución de la larga sociedad intelectual con

Benjamín Nahum como lo muestra el hecho de que dos de los tomos fueran exclusivamente de su autoría.

De ahí en más, en solitario, Barrán desplegará otro conjunto impresionante de libros que muestran la persistencia de su profunda vocación de trabajo y su permanente compromiso con la escritura. Evidencian también un significativo cambio de registro temático ya que, aunque la historia social, económica y política no dejó de estar presente (baste señalar aquí el magnífico estudio que dedicó a los conservadores uruguayos) lo cierto es que se está en un nuevo clima que puede ser englobado bajo un rótulo esquemático: de lo público a lo privado. Cambio ciertamente no abrupto. En 1985, el primer curso de Historia del Uruguay del siglo XIX que dicta en la Facultad de Humanidades tras su incorporación sigue claramente dominado por las perspectivas temáticas y problemáticas de los años sesenta, con su énfasis en la historia rural, la demografía, la tecnología, el espacio, la producción combinada con la historia política. Y, en todo ello, como el programa muestra bien, no hay referencias “teóricas” sino un extensísimo elenco de fuentes primarias editas y de bibliografía uruguaya seleccionada con criterio muy ecuménico.

Las razones de ese cambio de intereses y perspectivas pueden filiarse en muchos lados. Ciertamente, una explicación aparentemente sencilla (y quizás en el fondo banal) señalaría que Barrán seguía con atención las transformaciones que se producían en la historiografía general (en lo que ha sido llamado el tránsito de la historia social a la historia cultural) y en la francesa en particular (a la que le dedicó siempre mayor atención). Otra más persuasiva, pero quizás también incompleta, debería atender a los modos en que la represión dictatorial primero, y el retorno de la democracia después (y los nuevos cambios en los climas culturales y en los debates intelectuales que trajo aparejado) influyeron

en la interpretación del mundo de Barrán. Quizás puedan aquí señalarse dos pistas diferentes en su origen, pero convergentes en sus resultados. La primera es aquella que repensaba cuestiones tan centrales como el poder y la dominación social trasladándolas de los ámbitos clásicos en que ellas habían sido exploradas (la economía o la política) a otras dimensiones “microfísicas” (y es difícil relativizar la importancia que para Barrán tuvo la obra de Foucault). La segunda es una cuestión más general y menos uruguaya o latinoamericana que parte de un proceso más amplio que afectaba a las sociedades occidentales. Se trataba del acelerado declive de la civilización “burguesa”. Efectivamente puede al menos hipotetizarse que un doble proceso revolucionario afectó a las sociedades occidentales desde los años sesenta del siglo XX. El primero, fracasado, era la revolución social; el segundo, bastante más exitoso, era la progresiva desintegración de los valores, normas, comportamientos que organizaban rígidamente a la sociedad burguesa. Un modelo construido fatigosamente en el siglo XIX y en las primeras décadas del XX (lo que Barrán llamaba el disciplinamiento) cedía el paso a un abandono progresivo de las virtudes burguesas y de las normas constrictivas a favor de una sacralización del individuo y sus derechos, incluso en esa sociedad tan conservadora que era para él la sociedad uruguaya. Era un movimiento que Barrán compartía y apoyaba plenamente (y recuerdo haber discutido con él largamente a brazo partido acerca de ello) y en cuya comprensión un lugar importante ocupaba su interés por el psicoanálisis. A su modo, Barrán pensó sobre ese proceso históricamente, en la obra que le iba a brindar un tercer gran reconocimiento –que subseguía al que ya había obtenido de la comunidad internacional de historiadores y de la comunidad académica uruguaya– el de un público enormemente amplio: la *Historia de la sensibilidad en el Uruguay* (y recuerdo que en

algún lugar escribió que había preferido la palabra “sensibilidad” a “mentalidad”, “porque es más nuestra”). Ese éxito de público no hacía más que reafirmar tanto la maestría del Barrán historiador, como su sensibilidad para sintonizar con los nuevos tiempos.

Lo que hacía Barrán en esos dos volúmenes era historiar el pasaje de una sociedad bárbara a una sociedad disciplinada en cuya consecución habían participado tanto católicos como laicos, conservadores como progresistas. En el fondo, el batllismo venía a ser, desde esa perspectiva, un ulterior reforzamiento de aquella cosmovisión organizadora de reglas y normas que regulaban el juego social. En tanto Barrán estaba vitalmente dentro de ese proceso que narraba, creo que las razones del cambio de registro temático tienen que ver, ante todo, con responderse a sí mismo un conjunto de interrogantes. Finalmente, había encontrado la libertad para ir hacia temas que le interesaban vitalmente y no solo en tanto que historiador o ciudadano comprometido. Y todavía tuvo tiempo para ir más allá y en ese libro tan entrañable que es *Amor y transgresión*, a partir de la perspectiva que le brindaban dos epistolarios, llega a proponernos una lectura de esa civilización develada no ahora desde arriba, sino “a ras del suelo” (en una mirada que quizás podríamos llamar etnográfica) y desde los márgenes. Una lectura de las convenciones sociales y las lógicas profundas de una sociedad tanto como de las dimensiones más íntimas de personas concretas. Un libro que nos recuerda cuánto la indagación de las vidas personales puede enriquecer las interpretaciones generales al proponernos múltiples puntos de vista inesperados. Un libro que asimismo nos muestra, inversamente, cómo esos comportamientos individuales pueden ser iluminados desde su relación con modelos de referencia más generales. En términos que le hubieran sido congeniales, si la literatura imita a la vida, también la vida de sus personajes imitaba a la literatura.

Si se ha afirmado que Barrán compartía todos los avances en los derechos humanos y civiles y abominaba insistentemente de aquella sociedad disciplinadora, aún subsistente en tantos planos, no es menos cierto que en muchas dimensiones de su existencia él era un miembro pleno de aquella antigua sociedad en disolución progresiva ante los reiterados golpes de la primacía del yo y de la sociedad de masas. Lo era, por ejemplo, en su profunda hostilidad hacia las expresiones de la cultura de masas, del fútbol a la música popular (bien podía entrar en la categoría de Bernard Shaw, el perfecto wagneriano) y más en profundidad, en la severa disciplina para el trabajo, en cierto ascetismo de sus costumbres (como buen viejo socialista), en su irrenunciable respeto a las reglas del juego social, en su atenta cortesía. Era, a su modo, una de las más altas expresiones de aquella civilización disciplinada (¿podríamos llamarla batllista?) que a menudo criticaba en sus opiniones. Quizás como aquellos burgueses que estaban dispuestos a resignar su mundo ante el avance ineluctable del socialismo, Barrán también parecía estar dispuesto a ceder el suyo que atesoraba en beneficio de una sociedad más abierta, más libre, más igualitaria. En cualquier caso, en esa tensión irresuelta entre lo que defendía y lo que en gran medida era, pueden colocarse esas y otras exploraciones que dedicó a las sensibilidades uruguayas.

Conocí a Barrán en la segunda mitad de los años ochenta, tal vez en una cena en la casa de Blanca París y Juan Oddone o en una reunión sobre temas de historia rioplatense en el CLAEH. No lo recuerdo con exactitud. Sí recuerdo que ya estaba enfermo y que pedía enérgicamente, debido a su salud, que no se fumase. Creo que me habitué a que su voluntad iba a poder siempre con su enfermedad y que, en cada nuevo viaje mío a la Banda Oriental, Barrán iba a estar siempre allí junto con Alicia, en Montevideo o en

Las Flores, con su amistad generosa, con su conversación cálida e inteligente, con su espíritu conciliador. Un día del año pasado me llamaron para anunciarme que había muerto. Todo me pareció y me sigue pareciendo irreal y me dio por pensar, con Macedonio Fernández, según testigos, que la muerte es una falacia.

José Pedro Barrán, apuntes para un retrato¹

José Pedro Barrán fue una persona que generosamente me honró con su amistad. Es siempre difícil tomar distancia para reflexionar acerca de alguien que además de ser un amigo compartía la misma profesión. El esbozo de retrato tratará, entonces, dificultosamente, de contener la dimensión personal y la académica.

Encontré a José Pedro Barrán y conversé con él por vez primera vez, o al menos por primera vez en un ámbito informal, en casa de esos maravillosos anfitriones que eran Blanca Paris y Juan Oddone, y a partir de allí muchas veces volvimos a encontrarnos en Montevideo, en Las Flores y ocasionalmente en Buenos Aires, ciudad que le atraía más por el teatro Colón que por los encuentros académicos a los que era esquivo. Y esa reticencia tenía en parte que ver con los diferentes estilos de ejercicio

* El presente texto es una ampliación de una conferencia leída en un acto de homenaje a José Pedro Barrán en la Universidad de la República. Conserva, sin embargo, las características de una exposición pensada para ser escuchada, no leída, y por ello, entre otras cosas, carece de aparato erudito, ese requisito necesario y a la vez esa vanidad de la profesión de los historiadores. Agradezco a los amigos Alicia Casas, Gerardo Caetano, Daniel Gil y Marcelo Viñar y los editores de Banda Oriental por la ayuda brindada de muchos modos. Publicado en *Revista de la Biblioteca Nacional. Tercera Época*, 5(8), 15-28, 2013.

de la profesión en una y otra orilla del Plata. La forma bastante agresiva y presuntuosa de los estudiosos porteños (o de los mismos porteños) era ajena a su temperamento mesurado y comedido tanto como el sentirse lejos de las seguridades contenedoras que daba ese mundo uruguayo que era el suyo. Si, pese a todo, cruzaba el río, o en otros casos ocasionales, el océano, lo hacía (imagino) por presión de Alicia, su infatigable compañera y sostén. Barrán no buscaba, por otra parte, más que el reconocimiento de sus compatriotas que eran, por decirlo en los términos de Merton, su grupo de referencia, a la vez que de pertenencia.

A esos encuentros reales, se suman en mi memoria aquellos no realizados: los viajes imaginarios que planificamos, pero nunca pudimos concretar a Francia y a Italia, lo que quería decir –desde luego, pero no solo– Palais Garnier y La Scala. La ópera y lo que convencionalmente llamamos “música clásica” ritmaba sus desplazamientos y, en ella, imagino, hallaba no solo un deleite musical (el SODRE estaba allí, siempre acompañándolo), sino también, al asistir a las representaciones, la posibilidad de coparticipar de un espectáculo en el que sobrevivía, fatigada y a su modo, otro tiempo y otra sociedad: aquella que solemos llamar burguesa, íntimamente tan suya. Su persistente defensa de los nuevos tiempos y de los avances incesantes de las costumbres sociales no se extendía al plano de las sensibilidades musicales contemporáneas ni, en general, a la música popular. Hombre de izquierdas siempre lo había sido, pero de una izquierda iluminista y en tanto tal, pedagógica. Recordaba en eso, y en otras cosas, a los viejos socialistas de las dos orillas del Plata y cómo a ellos no les interesaba ni el consumismo, ni los deportes de masas, ni el carnaval.

De los tantos encuentros que ocuparon un período de más de veinte años, mis recuerdos se desplazan en especial a aquellos

que solíamos tener bajo la sombra de un tilo en su casa de Las Flores. En las largas charlas que se prolongaban hasta entrada la noche, a veces estábamos de acuerdo y otras en desacuerdo sin que eso tuviera, en el fondo, importancia. Siempre respetaba el punto de vista del otro y reflexionaba sobre sus argumentos tendiendo a conceder que eran plausibles. A veces bromeando, cuando polemizábamos, me llamaba Pueyrredón. Nunca quiso demasiado (me parece) a los porteños y aunque detestaba nacionalismos y patriotismos estridentes, no dejaba de ser muy uruguayo, y alguna vez en el hotel Alción, aliado con Gerardo y por temas futbolísticos –que tan poco le interesaban– me pusieron persistentemente dos a uno. Puedo decir que lo conocí bastante bien (hasta donde podemos conocer a otra persona, aún la más cercana) y que lo quise mucho.

De una de las muchas personalidades de Barrán quisiera detenerme desde ahora en el historiador. Se que hay personas aquí más competentes que yo para hacerlo, personas que conocen mucho mejor la historia y la historiografía uruguaya y espero que sean generosas con mis inexactitudes.

Como aprendí alguna vez que nuestro mejor instrumento de comprensión es el conocimiento directo o mejor aún, la experiencia vivida, la vivencia (la *Erlebnis* de Dilthey), empezaré entonces por describir aquello que yo veía y escuchaba del Barrán historiador. Y sé cuánto lamento no haberle preguntado tantas otras cosas, pero es difícil tratar a los amigos como fuentes.

Ante todo, señalaría que tenía aquella virtud que siempre tienen los grandes historiadores, sabía muchas cosas. Nuestra disciplina es siempre un poco hija de Bouvard y Pécuchet, los dos patéticos personajes de Flaubert (la cita le hubiera agradado) o en otros términos menos irónicos o autoirónicos, más extensiva que intensiva. Sabía tantas cosas del pasado uruguayo y a menudo

recordaba en la conversación algo que había visto o leído en algún testimonio del pasado. Sin embargo, también sabía de tantas otras cosas, literatura y música ante todo y, en especial la primera, proveía también ejemplos apropiados para la conversación. Creía que la literatura espejaba la vida quizás porque muchos de los personajes que encontró indagando el pasado imitaban a la literatura (y a veces a la ópera). No sé si puesto a elegir no hubiese preferido una buena novela a un buen libro de historia. Era, así, lo que llamaríamos un erudito o, por qué no, empleando una palabra más antigua, un sabio. No había leído tal vez las últimas novedades producidas en el Boulevard Raspail, luego Avenue de France y luego de nuevo Raspail, pero ¿era ello importante? La “teoría”, los modelos de las ciencias sociales, la misma historia de la historiografía, le interesaban relativamente poco y solo en la medida en que le aportasen algunas ideas para sus investigaciones. Asimismo, haciendo suya aquella observación famosa de Henri Pirenne a Marc Bloch, le interesaba en igual grado el presente que el pasado, ante todo, el uruguayo y luego los otros. Era, desde luego, demasiado buen historiador como para dejar que la temporalidad del acontecimiento presente influyese más de lo inevitable (lo que no es poco) en su tarea del historiador que aspira a trabajar en y para otros tiempos.

El presente le sugería las preguntas y solo en parte las respuestas. Lo mismo sucedía con la política, era un ciudadano comprometido y, llegada la hora, asumió la carga pública (la “gabala”) de aceptar responsabilidades que le fueron ofrecidas y que no deseaba. Imagino que hubiera aceptado sin reservas la clásica distinción de Max Weber entre el “político” y el “científico”, ya que así lo hacía en la práctica.

Procediendo por contigüidad, señalaría que sabía tantas cosas porque era un omnívoro lector. Y siempre estaba con algún libro

entre manos, hábito, según me contó, adquirido ya en la adolescencia. Y si no estaba leyendo, estaba escribiendo, incluso en las mañanas de sus vacaciones allá en Las Flores. Era así un infatigable trabajador según correspondía, como escribió en un libro famoso del que hablaremos luego, a la sensibilidad “civilizada”.

Era, asimismo, alguien que sabía escuchar –virtud más infrecuente en personas exitosas– y no solamente, sino que sopesaba las opiniones diversas y, de algún modo, las hacía suyas para mejor discutir las. En suma, otra gran virtud, el espíritu crítico que es ante todo autocrítico.

Era también agudo e ingenioso, algo todavía más raro entre los cultores del gremio. Sus comentarios tenían esa originalidad que reposa en un espíritu libre y no dogmático y en una voluntad de complejizar los problemas mirando la cuestión desde distintos ángulos. Complejizar era también admitir que el presente era solamente uno de los pasados posibles.

Era, además, una persona muy generosa –algo también raro– y mi testimonio puede ser rápidamente corroborado mirando la estructura de notas de sus libros donde aparecen una y otra vez los agradecimientos y reconocimientos hacia aquellos que le habían indicado una lectura o le habían sugerido la existencia de un documento. Pero también era generoso con las opiniones diferentes y a veces callaba, sin otorgar, en parte también porque era una persona educada y, aún más, carente de divismo; era incluso capaz de ir a un congreso o a un curso y sentarse a escuchar a otros.

Finalmente era una persona apasionada. Esa pasión que emergía detrás de la timidez y que su mirada reflejaba tan bien. Sin embargo, por ello o pese a ello, lo vi algunas veces transformarse ante públicos académicos, incluso muy prestigiosos y desplegar una variedad de recursos inesperados para dominar y

seducir al auditorio. “Rigor y pasión” he ahí una frase que no por conocida deja de ser eficaz y tan pertinente en su caso. “Rigor y pasión” He ahí, una síntesis de Barrán.

Ese era, esquemáticamente, el Barrán historiador que conocí. Luego estaba el Barrán que había leído ya antes de conocerlo. He escrito sobre ello en otro lugar y no quiero repetirme. Solo recordaré que descubrí y aprecié mi primer Barrán y Nahum siendo estudiante de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en la primera mitad de los años setenta, era el libro sobre las *Bases económicas de la revolución artiguista*. En esos tiempos turbulentos y finalmente historiográficamente bastante estériles, ese libro inteligente tenía el mérito de ser sensato y razonablemente erudito. La erudición, un estilo y una práctica también muy uruguayas. Más tarde, en tiempos de las respectivas dictaduras cuyo sombrío clima ayudó paradójicamente a hacer comprender que las cosas eran más complejas, leí algunos de los tomos también en coautoría de *Batlle, los estancieros y el imperio británico*, una obra en tantos sentidos de transición entre viejos y nuevos esquemas interpretativos que reposaba sobre una asombrosa erudición.

En cualquier caso, quisiera detenerme aquí solamente en una obra: los dos volúmenes de la *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, publicados originalmente en 1989 y 1990. No sé si es el mejor libro de Barrán, si sé que es un libro emblemático de una época y a la vez un libro en el que se dan dos tránsitos, el primero es el pasaje de la coautoría con Benjamín Nahum a la labor unipersonal (anticipada episódicamente antes) y el otro, el del pasaje de una historia socio económica política a otra que quizás pudiéramos llamar cultural o socio cultural. Ese mismo tránsito se percibe muy bien comparando el tomo uno y el tomo dos, aunque mis observaciones sean en este punto diferentes a las que el mismo Barran propuso para distinguirlos. En el primero, permanece

todavía la aspiración a una historia “total” y todo comienza con la demografía y la utilización de la cuantificación (que estaba cayendo en desuso en otros contextos desde poco antes). Nótese que, en cambio, no hay cuadros en el tomo dos.

Un libro emblemático, y me gustaría atreverme a llamarlo un “clásico”. Conozco todas las dificultades que encierra el término desde que Aulo Gelio lo formuló en el siglo II d.c., en “las noches áticas”, *scriptor classicus non proletarius* (donde el *scriptor proletarius* era Cayo Julio César, lo que implicaba, claro está, una definición por el estilo). He repasado muchas de las definiciones desde la clásica de Sainte-Beuve –un especialista en definiciones–:

Un verdadero clásico, como me gustaría definirlo es un autor que ha enriquecido el espíritu humano, que ha llevado a realizar un paso más, que ha descubierto cualquier moral inequívoca o ha retomado cualquier pasión eterna dentro de este corazón donde todo parecía conocido y explorado (Sainte-Beuve, 1858).

O aquella de Borges (1952):

Clásico es aquel libro que una nación o un grupo de naciones o el largo tiempo han decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo como el cosmos y capaz de interpretaciones sin término...Clásico no es un libro que necesariamente posee tales o cuales méritos, es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad.

Definición esta que se acerca a la que yo busco aquí. Como lo es aquella entre las 14 que propone Ítalo Calvino (2015): “los clásicos

son los libros que ejercen una influencia particular ya sea cuando se imponen como inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual”.

En cualquier caso, como el mismo Calvino reconoce, no hay ninguna definición posible de que es un “clásico” que no sea una definición individual. “No queda más que inventarse cada uno una biblioteca ideal de sus clásicos” (Calvino, 2015).

Como todos ustedes saben, Juan Pivel Devoto, inventó aquí en Uruguay la suya en su célebre colección. Yo, más audaz, voy a proponer la mía, acotada a la historiografía y cuya única ventaja es su brevedad. Entre los clásicos quiero incluir la *Historia de la sensibilidad* y vuelvo a insistir en el carácter a la vez emblemático de las obras elegidas y en lo arbitrario de mi elección. No sostengo que sea la mejor obra de Barrán, apenas que es la más ejemplar. Me gusta imaginar que Barrán hubiera compartido mis gustos, excluyéndose él mismo de la selección propuesta.

Coloquemos esa obra en perspectiva con otros clásicos de mi cosecha. Creo que habrá bastante consenso historiográfico en que la *Historia de la dominación española en el Uruguay* de Francisco Bauzá es el primer clásico de la historiografía uruguaya (con perdón de Real de Azúa). No lo fue por el carácter innovador de la propuesta historiográfica, sino porque, a su modo, ocupó un lugar que debía ser ocupado en el Uruguay, como en otros contextos. Fue la de Bauzá la clásica operación historicista de matriz romántica de singularización e individualización en el devenir, articulada con el mito fundador de un estado nacional. Es decir, encontrar la especificidad uruguaya, desde el lejano momento colonial, que explicase y justificase la identidad uruguaya en sí y ante otras comunidades nacionales. No sé si el historicismo, del que Bauzá fue a su modo un emblema para el caso uruguayo, era,

como sostuvo ese gran historiador que fue Friederich Meinecke, una gran revolución del espíritu humano. Sí sé que fue una de las grandes novedades del pensamiento del siglo XIX en torno a la cual se constituyó la historiografía moderna. Por otra parte, quizás le quedaría bien a Bauzá la definición de historiador nacional, como lo fue Mitre entre nosotros, Michelet en Francia o, en su madurez, Droysen en Alemania. Fue también el historiador de un momento, de una época del Uruguay, aquella del militarismo, como señaló alguna vez Gerardo Caetano, en la que intentaba afirmarse un estado. Y fue una historia nacional además por otra razón que lo diferencia de los precedentes ilustres antes enumerados, al menos de Mitre: porque el enunciador aparecía reuniendo en su persona las grandes tradiciones contrapuestas del siglo XIX uruguayo.

Creo que habrá más discusiones en mi elección de la *Historia de los partidos políticos en el Uruguay* de Juan Pivel Devoto como otro clásico de la historiografía uruguaya, por parte de Carlos Zubillaga, desde luego. Ciertamente Pivel no era, como tampoco lo era Bauzá, un innovador en términos metodológicos, incluso comparado con el caso argentino. Era un puro ejemplo de la historia erudita y, en buena medida, su operación era, también y todavía, una operación a la manera del historicismo romántico del siglo XIX (aquí las notas a pie de página de numerosas fuentes primarias hacen una diferencia formal no sustancial) pasado por la criba del módulo erudito documentalista. Y, sin embargo, su interpretación del siglo XIX uruguayo era sumamente original. Esa capacidad de poner en el centro la política y la legislación electoral, las divisas y los partidos y a su vez brindar una interpretación (y un juicio) que atravesaba esas dicotomías y esas formas y construía otras organizadas en torno, por ejemplo, a doctores y caudillos, era bien original, en especial puesta

en relación con otras historiografías de interlocución como la Argentina. Era, además –y apelo aquí a la autoridad de Pepe Rilla– el hombre de una época del Uruguay, si se prefiere de un momento, aquellos años políticamente tan ambiguos de Alfredo Baldomir y, más en general, de la transición del terrorismo a la democracia en el contexto de la “tormenta del mundo” de halperiana definición. Que Pivel fuese un historiador faccioso como ha sido sostenido, sea. Sin embargo, me parece que su historia, como todas aquellas que en un momento se convierten en emblemáticas, va más allá de una parte y puede, a su modo, conciliar a más de una tradición política. Una historia que pusiese del lado positivo, que para él no dejaba de ser el caudillista, a Rivera y a Venancio Flores, era toda una originalidad; que complejizase consolidadas dicotomías como “civilización y barbarie” o Montevideo y el Cerrito (por muy discutible que fuese su idea del “partido de los orientales” y de un sentimiento nacional y la utilización de ese criterio para distribuir justicia histórica), he ahí otros hallazgos interpretativos y he ahí las bases de otra autobiografía de la nación. Un historiador nacional, llamó Pierre Norà a Ernest Lavisse. La frase puede aplicársele también a Pivel y, por lo que antes señalamos, también de un modo diferente, en tanto correspondiente a una época historiográfica precedente, a Bauzá. De nuevo, en cualquier caso, un tema articulador: la singularidad del Uruguay.

Mi tercer clásico es diferente de los anteriores. Es el extraordinario libro de Carlos Real de Azúa *El patriciado uruguayo*. Una obra muy diferente, ya que más que venir retrasada historiográficamente, venía adelantada. Ciertamente, el libro era parte de un clima de época en tanto espejaba la relación, entonces en alza, entre historia y ciencias sociales. Empero, lo hacía desde un lugar que no era el más popular por entonces (aunque su principal

referencia aludida fuese Wright Mills) ni en el método ni en el enfoque. Con su habitual inteligencia Tulio Halperin señaló tanto el parentesco del patriciado con la gran obra de Sir Lewis Namier (y se podría hacer lo mismo, me parece, con *Revolución y Guerra* del historiador argentino), como su aire nostálgico hacia el antiguo patriciado. José Pedro Barrán, por su parte –en otro registro, pero no tan disímil– solía decir que en Carlitos (como lo llamaba) siempre persistía por debajo un alma blanca y católica. Solamente que, por esos años y en la cultura historiográfica de la izquierda, aquella referencia y este *élan*, no eran precisamente los políticamente correctos.

Es necesario recordar que eran los tiempos en que la figura de Hobsbawm (tenaz contradictor de Namier) ascendía, y los ciclos artiguistas se multiplicaban. Que muchos no lo hayan subrayado dice bastante acerca del problema de la recepción y acerca de en qué medida unas frases adecuadas colocadas aquí o allá y unas tomas de partido ocasionales pueden distraer la atención de los lectores.

En cualquier caso, el libro era muy innovador en el método prosopográfico que utilizaba y en la interpretación que proponía. Finalmente, he aquí de nuevo disuelta, por otra vía, la dicotomía blancos y colorados, ciudad y campaña, para ser sustituida por otra tensión entre ese patriciado y los otros grupos sociales, o nuevos o populares. Un patriciado que, más allá de sus sucesivos desfallecimientos en la política, lograría, según Real, asegurar su preeminencia y su carácter de grupo de referencia hasta el arribo del mesocrático batllismo. Un libro, en cualquier caso, que me parece instructivo leer en secuencia con el de Barrán. Un libro que enfrenta y discute problemas (desde los terminológicos), que se debate entre asumidas incertidumbres y precauciones ahí donde no solo Bauzá o Pivel, sino también buena parte de sus

contemporáneos de los años sesenta, más seguros y menos cautos, había encontrado rápidas soluciones. En cualquier caso, se trató también, como los precedentes, de un libro individualizador, de nuevo el Uruguay como especificidad o, como el mismo llamó en otro artículo, el Uruguay como reflexión.

En ese conjunto quisiera poner ahora la *Historia de la sensibilidad*. Como aquellos, fue un libro que representó una época no solamente uruguaya (aquella de la transición democrática) sino occidental. Como en aquellos, su fuerza reside en haber sabido interpretar las señales de un tiempo cultural e historiográfico. A diferencia de ellos, en cambio, logró un eco de público notable. En los pocos momentos en que decía cosas a favor suyo, señaló que, al fin y al cabo, comparando la población uruguaya con la francesa, había vendido más ejemplares en relación con el universo potencial de lectores que ese gran *bestseller* de la historiografía gala que había sido el *Montaillou* de Le Roy Ladurie. Logró ese eco porque encontró un público más amplio que simplemente el de los historiadores o el de los políticos intelectualizados. Lo hizo porque fue al encuentro de problemas que le interesaban e interesaban a mucha gente, y no solamente a los practicantes de una profesión. Y no lo logró porque buscarse deliberadamente un público, sino porque lo que Dilthey llamó el motivo mayor del interés por la historia, la autognosis, coincidía aquí con el de tantos uruguayos, urbanos y mesocráticos, coetáneos.

Cuál era ese clima que interactuaba con el libro de Barrán, y aquí se me permitirá espero conjeturar, era lo que puede ser llamado en forma pesimista, el desencanto y en forma optimista –que fue la de Barrán– la voluntad de comprender de una manera más compleja un mundo que se había vuelto incomprendible para ciertas tradiciones intelectuales. Un mundo de ideas se caía a pedazos, el futuro (o si se prefiere, el horizonte de expectativas) y

las utopías ¿qué sobrevivía de ellas? ¿Qué sobrevivía en ese Uruguay afortunadamente plácido, pero demasiado cansino e igual a sí mismo, de los primeros tiempos de la transición? El papel asignado por la teoría social a los actores no era cumplido por estos, tercos en no recitar los parlamentos que los científicos sociales y los historiadores teleologistas le había asignado. Si finalmente los dominados seguían siendo dominados y había que explicar más su pasividad que su rebelión, ¿no habría que buscar en otra parte las razones? ¿No habría que mirar en profundidad?

Barrán buscó motivos de inspiración seguramente en el núcleo de sus amigos que procedían del campo del psicoanálisis y también en la historiografía francesa y encontró allí a la historia de las mentalidades, que procedía de aquella tradición Febvre-Mandrou, con sus prisiones de larga duración, por entonces historiográficamente ya declinante. Su acendrado empirismo le evitó caer en la trampa que el último enfoque proponía, aunque su punto de partida había sido el de la mentalidad común a todos los hombres de una época, de César al último de sus soldados, en la conocida expresión (o en la que Barrán usó, de Carlos V al último de sus lansquenets). Como dijo, los datos no cuajaban en la voluntad de encontrar un rasgo compartido para todas las personas de una época. También lo ayudó la voluntad de pensar, ¡una vez más!, el Uruguay como especificidad, como un caso diferente del que habían pensado aquellos autores franceses que frecuentaba.

Historiográficamente, el punto más relevante estaba, quizás, en otro lugar: en su tenacidad para conservar algunas ideas fuertes que procedían de un tiempo historiográfico precedente, aquel de la historia social. De esa época pervivía en especial el de las relaciones de clase –definidas de modo deliberadamente ambiguo y predominantemente en términos de “clases altas” y “clases

populares”–, entre dominantes y dominados. Ciertamente, de allí procedía la palabra “burguesía”, utilizada por Barrán con muchas precauciones y connotaciones específicamente aplicables al caso uruguayo, como se ocupó de aclararlo en una nota a pie de página que consideró imprescindible. Esa apelación a la historia social no era hacia aquella que, renovada por historiadores como E.P. Thompson o Maurice Agulhon, exploraba la experiencia o los mecanismos de sociabilidad o de acción concretos a través de los cuales se construyen y se hacen a sí mismos, en la historicidad, la conciencia social y política de los grupos sociales. Era mucho más la vieja idea de que en la sociedad hay clases y hay conflictos y que aquellas y estos están vinculados con las dimensiones económicas. Esa mirada estática de los grupos sociales hacía que, en la tensión, aquellas lecturas aludidas y otras en torno a grupos colectivos y mecanismos disciplinadores, que, vía Foucault, se centran mucho más en los instrumentos que operan sobre los individuos, en la dominación y en la represión, haya predominado, en términos explicativos, esta última. En cualquier caso, encontró que el proceso era más complejo, que todo podía ser mirado a ratos desde una perspectiva uniformizadora, pero en otros desde una perspectiva que veía hasta qué punto los que llamó, con cierta sana indecisión y aplicado a distintos momentos, “élites”, “clases dominantes”, “clases conservadoras”, “burguesía”, impulsaban un proceso utilizado deliberadamente para mejor consolidar su dominación política y social. Ello llevaba la cuestión, sin embargo, a una paradoja enriquecedora: los mismos disciplinadores estaban, a la vez y a su modo, dentro del proceso y fuera de él (a la manera en que Alberdi y luego Unamuno dijeron de Sarmiento que se le veía el chiripá por debajo del frac); lo promovían y lo padecían.

La obra se mueve así en una tensión conceptualmente irresuelta entre la historia uniformizadora de unas mentalidades sin actores y que se desarrolla en buena medida en el plano de lo no consciente para el actor, y una historia social de sujetos que actúan en función de intereses en el contexto de una sociedad surcada por el conflicto. En la práctica concreta, la obra se decantaba a favor de esta última.

De otro peligro lo salvó su inteligencia y su erudición, aquella de proponer una transición entre una sociedad tradicional o bárbara y otra civilizada (es decir alguna variante de las teorías lineales de la modernización). Por el contrario, y no sin hesitaciones, e idas y vueltas en su pensamiento, el proceso terminó siendo mucho más el de dos procesos, el de la sociedad civilizada y el de aquella bárbara que se mueven en contemporáneo a diferentes velocidades y en la cual la primera terminará por absorber a la segunda. En cierto sentido, esa lectura de Barrán puede ser colocada en la línea que, abierta por Herder y tematizada por Koselleck, postulaba la “simultaneidad de lo no contemporáneo”.

También, su buen sentido y su profesionalismo le evitaron caer en los juicios apodícticos o en las valoraciones anacrónicas y tomar distancia de un proceso luchando con él mismo, porque como él dijo de Real, él también tenía un alma abajo, laica y progresista, en el fondo bastante batllista. Como señaló con sinceridad, nunca podríamos entender del todo a las personas de otro tiempo, el pasado es distinto del presente y en ello reside su interés.

Como se observó, había encontrado en Foucault algunas ideas y algunos temas que quiso compulsar con ese riquísimo material que había ido acumulando en las décadas precedentes mirado ahora con ojos nuevos. Y nuevamente, por esa u otras razones, se distanció de muchas implicancias de aquellas incitaciones. Haber

sobrevivido a los peligros de los habituales traslados acríticos del Foucault de *Vigilar y castigar* y de la *Historia de la sexualidad* a realidades históricas muy diferentes es otro mérito no menor del libro. Su remanente creencia en el progreso lo ayudó en ello.

Pongamos un ejemplo: es difícil negar la hostilidad a la modernidad que, por distintas vías, culturales en un caso, ideológicas en otro, tenían Foucault o un Philippe Ariès. Nada de eso hay en Barrán. Y aunque era demasiado buen historiador para decirlo a cada paso, se vio obligado a poner en una nota al pie del segundo tomo esta aclaración:

Los términos víctima y victimario no deben entenderse como tomas de posición del investigador a favor de la sensibilidad “bárbara”, y condena de la “civilizada” por represora de las mismas. En realidad no hay posibilidad de ningún modelo cultural sin inhibir las pulsiones. En todo caso de lo que se trataba era de que ese modelo “civilizado” reprimía severamente algunas –la sexual, por ejemplo– y encauzaba otras a favor del “progreso” económico: por ejemplo, la agresividad y la violencia física transformadas en competencia y fuerte individualismo (Barrán, 1989-1990).

Por mucho que Barrán señalara, en una afirmación emparentada con una célebre de Gramsci –aunque no necesariamente por influencia de éste– que el cura, el maestro y el médico eran los grandes fautores del disciplinamiento (Gramsci había dicho el cura, el maestro y el suboficial), no dejaba de conservar la ilusión iluminista en el poder emancipatorio de la educación y de la ciencia por encima de sus tiranías y en el progreso como un horizonte. Si así fuera, Foucault lo ayudó a descubrir los precios a pagar en ello.

Así, fue hilvanando una historia de la sensibilidad que se encontraba con las sensibilidades contemporáneas, y es evidente cuánto lo ayudó aquí, en su original forma de historia de la vida privada que, si no desdeñaba las formas y los lugares de la sociabilidad, le superponía, entre otras cosas, la temática foucaultiana de la sexualidad. Lo pudo ayudar también Ariès (poco citado) en el tema del niño, la familia y la muerte (aunque sus soluciones eran otras, siempre la excepcionalidad uruguaya). No llegó de todos modos a atravesar a menudo, en sus explicaciones concretas y más allá de las reflexiones conceptuales, el umbral de lo no consciente (aquello que Ariès llamaba el secreto). Su historia fue más una historia de los discursos y las prácticas, y en muchos temas, como la muerte, parece haber estado más cerca de Delumeau que de Ariès (y ello implicaba una operación historiográfica muy diferente). Pero aún quiso ir más allá y tal vez Bajtin o los documentos le sugirieron otros temas, como el carnaval, la fiesta, el ocio.

Siempre tuve dudas, y las discutí con él y también, recuerdo, con Gerardo, acerca de cuánto en realidad había penetrado en profundidad ese proceso disciplinador en el que tantos habían contribuido, laicos y clericales, burgueses y dirigentes proletarios, de José P. Varela a Mariano Soler, de José Batlle Ordóñez al periódico *Lucha Obrera*. Siempre propuse la hipótesis de estudiar lo que alguna vez Juan Oddone tipificó con tanta gracia como la “curva de Maroñas”, qué pasaba verdaderamente allí, en el suburbio. Con los años, creo que me inclino a darles más la razón, en especial comparado con el caso argentino, donde ese proceso civilizatorio o disciplinador fracasó al menos desde el momento (por poner un ejemplo) en que la multitud enardecida arrancó los caballos del carruaje presidencial y lo llevó a pulso el 12 de octubre de 1916.

Sobre el otro proceso, aquel de la construcción de una sociedad burguesa con sus reglas, sus normas, su empaque y sus represiones, creo que estábamos bastante de acuerdo. Finalmente, los dos percibíamos que si esa revolución prometida no tenía lugar, sí lo tenía otra en la cual una sociedad cambiaba sus pautas culturales aceleradamente, aunque no estuviéramos tan de acuerdo acerca de cómo juzgar ese proceso desde el punto de vista del progreso social, al menos discursivamente (en el fondo éramos los dos buenos y pacíficos burgueses que amábamos la ópera y la buena comida y no estimábamos ni el carnaval, con perdón de Milita, ni la música popular, ni la “llamada”).

Dos cosas más quiero agregar acerca de este libro. La primera, que lo une a los anteriores, es una nueva interpretación del Uruguay desde otro plano radicalmente diferente, lejos de las dicotomías tradicionales, incluida –una vez más– la de civilización y barbarie que Barrán mira de un modo diferente (no sé si más ancho, como él sostiene) de la tradición sarmientina. Otra es la elusión de las clásicas dicotomías: laicos y católicos, blancos y colorados. Finalmente, la política y lo público estaban bastante fuera y la sociedad y lo privado, dentro. La segunda es una ruptura radical con la historiografía piveliana. Nada queda aquí de ella (más allá del afecto y el reconocimiento que siempre lo unió a su maestro), salvo la escrupulosa erudición, el sumergirse en los hechos concretos.

Menos clara y más problemática es la relación con el libro de Real de Azúa. Ciertamente los dos textos se articulaban en torno a ejes diferentes y, sin embargo, un diálogo podría establecerse entre ellos. Aquel patriciado renovado por la circulación de las élites, pero no totalmente, quizás conservó en sus valores y en sus pautas mucho más de lo que Real de Azúa estaba dispuesto a admitir cuando hablaba de esa vida declinante, en las casas de la ciudad vieja o en las quintas del Prado que una vez me hizo

conocer Cecilia Pérez. Quizás en sentido más amplio, la mesocracia uruguaya era, a su modo, la democratización del patriciado conservando muchas de aquellas buenas maneras (de las que el mismo Barrán era un ejemplo y el Teatro Solís o el Oro del Rhin, la confitería, otros) o al menos es lo que nos parece a los argentinos. Por otra parte, como me dijo una vez, en el año 1990, cuando asumió el gobierno de Lacalle, el gabinete parecía el Cabildo de Montevideo de 1810.

Ese diálogo entre Real y Barrán también existe en otro plano, y es en la operación historiográfica: aquellas incertidumbres temperadas de Real se hacen aquí plenas y es posible percibir en la obra de Barrán las permanentes oscilaciones de un historiador que trata afanosamente de poner un orden en el complejo desorden de la multiforme vida histórica. Nada de esquemático hay en esta obra. Véanse sus dudas, que como gran historiador que era, se negaba a suprimir acerca de las conexiones entre distintos ordenes de fenómenos (y subrayo su misma expresión “conexiones” no causalidades) o la posible prioridad de unos por sobre otros. A fin de cuentas, ¿que favorecía el disciplinamiento? ¿Las transformaciones del modo de producción (en sus términos)?, ¿el proceso de modernización social? o ¿la voluntad de un conjunto de actores? Una obra en suma abierta, que iba luego a decantar hacia muchos lugares en el mismo Barrán y que iba a generar una serie de libros propios y de otros inspirados en ella. ¿No es ese el destino de los clásicos?

Llegado a este punto, el que aquí escribe debe señalar que sus comentarios dejan de lado una dimensión esencial del libro: aquel que se refiere a contar una historia y la forma de hacerlo. Quizás el encanto de la obra está allí en esos personajes, reflexiones, situaciones y anécdotas que son descriptas con plena atención a su riqueza. La historia entendida, entonces, no solo como

algo que debe ser explicado, sino también, y simplemente narrado, como un caudaloso río humano del cual el autor es un gozoso testigo y un escrupuloso escribano.

Concluyo, no sé qué pensaba Barrán del después y de los póstumos homenajes que buscan combatir el olvido. Su vida era tan intensa, quizás porque sentía que se le escapaba y que se desplegaba entre sus muchas pasiones –la historia, la música, la literatura, Alicia y Pedro, Nueva York y Las Flores– y quizás no pensaba en el después y hubiese hecho suyas las estrofas célebres de Lorenzo de Médicis: “Chi vuol esser lieto, sia: di doman non c’è certezza”.¹

O quizás le hubiera gustado fabular que un día postrero estuviesen reunidos en un acto o en las páginas de una revista, amigos, colegas y discípulos y presentir en esa imagen anticipatoria la deuda de gratitud que tantos contrajimos con él.

Bibliografía

- Barrán, José Pedro y Nahum, Benjamín (1979). *Battle, los estancieros y el imperio británico* [8 tomos, de los cuales el 5 y el 7 son de autoría exclusiva de Barrán]. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Barrán, José Pedro (1989-1990). *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. 2 vols. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Barrán, José Pedro y Nahum, Benjamín (1972). *Bases económicas de la revolución artiguista*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Bauzá, Francisco (1965). *Historia de la dominación española en el Uruguay*, 6 vols. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social.

1. “El que quiera ser feliz, que lo sea: del mañana no hay certeza”.

- Borges, Jorge Luis (1952). *Otras inquisiciones*. Buenos Aires: Sur.
- Calvino, Ítalo (2015). *Por qué leer los clásicos*. Madrid: Siruela.
- Dilthey, Wilhelm (1944). *El mundo histórico*. México: FCE.
- Foucault, Michel (1998). *Historia de la sexualidad*, 3 vols. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Halperin Donghi, Tulio (1972). *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Le Roy Ladurie, Emmanuel (1975). *Montaillou, Village Occitan de 1294 à 1324*. París: Gallimard.
- Pivel Devoto, Juan (1994). *Historia de los partidos políticos en el Uruguay*, 2 vols. Montevideo: Cámara de Representantes.
- Real de Azúa, Carlos (1981). *El patriciado uruguayo*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Sainte-Beuve, Charles de (1858). *Causeries du lundi*, t. 3. París: Garnier Frères.
- Weber, Max (2012). *El político y el científico*. Madrid: Alianza.

Antiguos, modernos y posmodernos En torno a la *Revista de la Biblioteca Nacional* dedicada a José Pedro Barrán*

La *Revista de la Biblioteca Nacional* del Uruguay decidió dedicar un número a la figura de José Pedro Barrán. El volumen reúne, además de dos breves notas introductorias, diecinueve contribuciones en torno a la personalidad y la obra del gran historiador uruguayo. El conjunto es heterogéneo y está surcado por varias tensiones que pueden articularse en torno a distintos ejes. Ante todo, como puede verse en el diferente tono de las dos introducciones, la obra oscila entre el género “homenaje” (Liscano) y el género “balance” (Caetano). El primero es, inevitablemente exaltador; el segundo, necesariamente investigativo y crítico. Lo que, desde luego, no impide que haya trabajos que intenten operar, con dificultades, sobre ambos registros a la vez. La tensión es, tal vez, ineludible. En 1959, dos notables historiadores italianos, Federico Chabod y Arnaldo Momigliano (2002) se enfrascaron en una dura disputa epistolar, personal e intelectual, acerca de una necrológica bastante severa que el segundo había realizado para la *Rivista Storica Italiana* de la figura de Carlo Antoni y, a través de él, de la tradición croceana. ¿Hasta dónde se debía llegar en la

* Publicado en *Contemporánea*, V (número dedicado a José Pedro Barrán), 211-220, 2014.

perspectiva crítica en una necrológica? Y los ejemplos podrían, desde luego, multiplicarse. Ciertamente, en este caso, han pasado cuatro años desde el fallecimiento de Barrán, pero el problema subsiste. ¿Evocación o debate historiográfico? Es posible conjeturar que si se hubiese tratado de un *Festschrift* que hubiese podido leer, el mismo Barrán se habría sentido halagado por los primeros, pero también reconocido por los segundos. Siempre admitió y habilitó, en sede teórica y en sede personal, la crítica a sus obras (y él era el primero en hacerlas y reconocerlas) aunque a veces, humanamente, le dolieran.

En este libro, esas tensiones se amplifican, en primer lugar, por la diferente relación que los autores tenían con Barrán. Algunos eran amigos estrechos, otros colegas, otros antiguos y recientes alumnos. Asimismo, debería observarse un clivaje generacional entre aquellos que fueron sus coetáneos y aquellos que, con muchos años menos, crecieron y se formaron en otro tiempo muy diferente. Aunque entre los autores de los textos, debería notarse al pasar, están ausentes aquellos que fueron sus contemporáneos en los años sesenta y que participaron con él de amistades, polémicas o proyectos compartidos. Todo ello sesga un poco el libro hacia relaciones y miradas procedentes sobre todo del Uruguay post transición, con algunas pocas excepciones de aquellos que compartieron con él los pequeños espacios existentes durante la dictadura.

Por otra parte, existe también, como con cualquier figura de relevancia pública, el problema de los potenciales “usos” de Barrán, y ellos no conciernen, en este caso, solamente a su lugar como historiador. Quien fue y quiso ser durante la mayor parte de su vida un estudioso se transformó en sus últimos años en una figura pública, y luego otros vieron en él un símbolo de un modo de intervención intelectual y un referente de un espacio

cultural y político. Las distintas dimensiones asociadas a la figura de Barrán habilitan así, inevitablemente, tanto diferentes miradas como retóricas sobre su figura. Ante el historiador, los cultores de la profesión pueden colocarse en una relación de continuidad (y/o de auto legitimación) o de ruptura con sus trabajos y, desde allí, en una perspectiva de consenso o de crítica, pero siempre desde una argumentación historiográfica. Ante el símbolo Barrán, en cambio, lo que se trata de hacer es la operación de construcción en torno a su figura de un “lugar de memoria” para una tradición significativa de la cultura y la sociedad uruguaya. Finalmente, todo símbolo conserva detrás de sí algo de la sacralidad que lo precede.

Más allá de esas distinciones, la mayoría de los autores eligen profundizar en alguna de las obras de Barrán –que fueron muchas– y por ende en uno de los múltiples períodos o épocas de su producción intelectual. Ello da un cuadro multifocal al volumen, que permite enriquecer, desde esa pluralidad, los abordajes y colocar la labor de Barrán en una perspectiva histórica. Perspectiva que parece muy adecuada, al menos, para explorar las opciones historiográficas de Barrán.

Hay historiadores que retornan una y otra vez sobre sus textos, rehaciéndolos, enmendándolos, actualizándolos. Otros, en cambio, y Barrán se encuentra entre estos últimos, parecen admitir que sus textos son inevitablemente datados y en vez de retornar insistentemente sobre temas y argumentos prefieren avanzar hacia nuevos problemas. A su modo, es una de las múltiples variaciones de *l'homme qui cherche* que ve la vida como una búsqueda y una investigación incesante que no tiene fin y que asume que sus productos son inevitablemente imperfectos y vinculados a su época de formulación.

Del “primer” Barrán se ocupan en esta obra, en sede historiográfica, los artículos de Raul Jacob (“De las inquietudes del primer Barrán: empresas y empresarios rurales”), Ana María Moraes (“Más que historia, más que economía: la historiografía económica de Barrán y Nahum”) y Carlos Demasi (“Barrán en *Marcha*”). El inteligente trabajo de Raúl Jacob es un intento por recuperar de la primera obra monumental de Barrán y Nahum (*Historia rural del Uruguay moderno*), lo que es compatible con los nuevos consensos historiográficos actuales. Para ello, despliega una estrategia matizada que quita y da, en un intento de atenuar las profundas diferencias que tiene con la tesis general de la obra. Ello es el resultado de las dificultades de lidiar con una figura que concita su admiración y su respeto y una obra histórica con la que disiente. En busca de explicar en qué fundamentos reposaba la imagen negativa hacia los empresarios agropecuarios o productores rurales o ganaderos (la elección del término “empresarios” sugiere ya la interpretación del problema) que permea los volúmenes de la *Historia rural*, al menos la mirada de Barrán como uno de los autores, Jacob sugiere tres pistas. Una es la experiencia personal: Barrán era hijo de un productor “no exitoso” –pero que bien podríamos denominar totalmente incompetente, ya que había arruinado la herencia recibida condenando a la familia a la estrechez–; otra, el marco conceptual y la lectura desarrollista (o cepalina) dentro de él; la tercera, la mirada montevideana (y sus prejuicios) sobre el mundo rural. Asimismo, Jacob resalta dos aspectos del enfoque Barrán-Nahum: el peso que otorgan a las “mentalidades” de los empresarios/propietarios rurales y el restrictivo enfoque espacial que eligen. Acerca de lo primero, siempre se puede discutir si un enfoque cultural enriquece y cuánto a la historia económica. Acerca de lo segundo, no hay dudas de que el encuadre nacional nunca es suficientemente

sensible a la interpretación de los procesos económicos y o sociales y lo es aún menos para el siglo XIX.

Sobre el tema de la *Historia rural* retorna el ambicioso e imaginativo artículo de Moraes, no con un enfoque concentrado en un abordaje de un tema puntual, sino con otro más amplio que extiende el análisis hacia atrás (*Bases económicas*) y hacia adelante, hasta incluir el segundo gran ciclo Barrán-Nahum, el del *Battle, los estancieros y el imperio británico*. El artículo plantea numerosas cuestiones y desafíos que no podrán ser debidamente exploradas aquí. Ante todo, debe señalarse que hay en este trabajo una mirada generacional de ruptura. La autora afirma, con seguridad envidiable, que el “nacimiento” y la “madurez” de la postura historiográfica de Barrán y Nahum y de lo que denomina “nueva historia uruguaya” habría que colocarlo “en las postrimerías de una era metodológica en la historia de la historiografía mundial que estaba a punto de cerrarse”. Una época que se basaba en una “suerte de sentido común historiográfico” moderno destinado a sustituirse por otro “posmoderno”. De ese modo, podría colegirse, los muchos historiadores que siguen practicando la disciplina de aquel modo parecen ignorar que “existe un consenso generalizado acerca de la crisis del modelo anterior”. Cierro, cuando entre las “novedades” de esta época que “demuelen” o “arrasan” el “modelo epistemológico anterior” se incluyen al “regreso de la narrativa” –que nunca se había ido y no solamente por las observaciones de Paul Ricoeur (1995)–, la microhistoria (denodado esfuerzo por sostener un abordaje “científico” y “objetivista” –Grendi-Levi-Lepetit-Revel (1996)– ante la marea del “giro lingüístico”, este sí posmoderno) o a la hermenéutica, venerable antigua tradición que estuvo siempre allí desde Schleiermacher hasta Gadamer (1999) (que por otra parte recorre todo ese itinerario en un libro célebre), el lector puede abrigar razonables

dudas. Ciertamente, también, la “posmodernidad” habilita tantas curiosas lecturas... Entre ellas la de que el *Baile, los estancieros...* pueda ser pensado “íntegramente” desde “preguntas y categorías de Nicos Poulantzas”.

Todo lo dicho no pretende ignorar malestares e incertidumbres visibles en la historiografía actual y de las que el artículo de Moraes puede ser, a la vez, un diagnóstico y un síntoma; ni tampoco que sucesivos presentes planteen problemas diferentes al pasado. Se trata más bien de sugerir dos cosas. La primera: que una visión de la historiografía como un horizonte de progreso continuo que permitiría mirar desde una atalaya a la de los estudiosos precedentes es cuanto menos problemática y no solo por los presupuestos acumulativos, bandera de la historia tradicional, que contienen. Barrán, sensato como era, prefería, en cambio, admitir que la historiografía era un conjunto de capas superpuestas que coexistían unas juntas con otras (y junto con los modernos estaban y están todavía haciendo aspavientos los tradicionales eruditos). La segunda: que existe una visible diferencia sustancial entre las cuestiones que se plantean epistemólogos o teóricos de la historia y la práctica concreta de los historiadores. Esa brecha podría explicarse de muchos modos. Momigliano, que ya en 1974 observó esas disrupciones emergentes, sostuvo que: “el historiador trabaja sobre el presupuesto de ser capaz de reconstruir y comprender los hechos del pasado. Si un epistemólogo logra convencerlo de lo contrario, el historiador debe cambiar de trabajo” (1980, p. 14; traducción propia).

A la hora de indagar el legado “ideológico” de Barrán y Nahum a la cultura uruguaya, Moraes lo encuentra en el nacionalismo que, aclara más adelante, podría llamarse “historicista”. Dos palabras, nacionalismo (que permea bastante también a otros artículos del libro) e “historicismo” (*¿historismus* o *storicismo?*), que

implican dos frondosos árboles con muchas ramas entre las que sería necesario deslindar. Desde luego que si por historicismo se entienden no las simplificaciones popperianas, sino un proceso de individualización o singularización del caso uruguayo y/o el estudiar los problemas históricos en el marco de un cuadro nacional que se supone, *a priori*, que les da sentido, nada hay que oponer.

Finalmente, entre los puntos salientes y sugerentes del trabajo de Moraes está la indicación de en qué medida los libros de Barrán y Nahum contribuyeron a formar lo que la autora llama “un sistema mayor de representaciones sobre el destino del Uruguay” y que, de modo más tradicional, podría denominarse un cierto “sentido común” historiográfico y no solo. Desde luego que aquí, si se supone que esas creencias sean hoy muy arcaicas, historiográfica y políticamente, la responsabilidad le cabe no a Barrán y Nahum sino, en todo caso a docentes y comunicadores sociales y detrás de ellos a modelos educativos promovidos desde el Estado y a opciones políticas que se encuentran confortablemente instalados en él. Sería bueno abrir una discusión explícita sobre ello en Uruguay y en otras partes (incluida desde luego y en un primer plano, la Argentina).

En términos historiográficos modernos (es decir antiguos) la cuestión que de modo diferente plantean Jacob y Moraes debería retornar al problema no solo de las interpretaciones y su inevitable temporalidad, sino también al tan tradicional de las “pruebas” o, si no gusta esa palabra de reminiscencias jurídicas, el de las “evidencias”. La *Historia rural* puede ser una interpretación errada de la historia del Uruguay (y también el *Battle*) y estar dominada por ideas muy años sesenta en torno a la “declinación” uruguaya o al “desarrollo bloqueado” que preocupaban a Barrán y Nahum y a la “generación crítica”. Desde luego, puede ser también

que nueva evidencia empírica y análisis más matizados y complejos hayan logrado convencer a la mayoría de los historiadores posteriores acerca de que finalmente aquellos propietarios rurales eran efectivamente empresarios eficientes y que como todos los empresarios habían estado dominados por una lógica racional de maximización de beneficios y de aversión al riesgo. Puede ser también que ese modelo de la estancia ganadera con sus variaciones haya sido el único posible, dadas ciertas condiciones y relaciones entre los factores de producción; pero sería bueno no olvidar tampoco ciertas relaciones sociales y cierto orden jurídico (o ausencia de).

Si las cosas están así, resta por explicar el problema del “atraso” uruguayo que tanto interesaba a Barrán y Nahum (el “atraso”, viejo término gerchenkroniano en la historiografía europea de entonces). Salvo que se admita que el Uruguay ha eludido finalmente el “destino sudamericano” y ha superado aquellos hipotéticos bloqueos estructurales y está en el mejor de los mundos posibles.¹ Si así no fuera, el problema subsistiría y, despejada la responsabilidad del sector rural, habría que buscar en qué otro lugar está el freno o el bloqueo. Una de las ventajas de la “generación crítica” (que desde luego también tenía muchas y serias desventajas) era ser una forma de historiografía con un problema historiográfico. A veces es difícil saber, en muchos contextos, cuál es el “problema” en las nuevas generaciones profesionales.

Hace muchos años, en una conocida polémica con Eduard Meyer, Max Weber recordó que toda afirmación relevante sobre el pasado reposa sobre una comparación implícita entre lo

1. Entre el momento en que escribí estas líneas, 2014 y hoy, la autoestima uruguayo no ha dejado de crecer, lo que como siempre es el resultado de la perspectiva elegida para validar la opinión.

que efectivamente ocurrió y lo que pudo haber sucedido (2006, pp. 102-174). Es bueno, quizás, no olvidar –y Barrán a través de sus propios itinerarios intelectuales solía señalarlo–, que la historia del Uruguay ganadero o la historia del batllismo fueron una de las historias posibles (o uno de los modelos posibles) entre otros y no algo inevitable (ya en 1967 Barrán se oponía a “la necesidad absoluta de lo que acaece”). ¿Pesaron en que las cosas ocurrieran así y no de otro modo, la contingencia y el azar tanto como las relaciones de poder, siempre por lo demás inestables? Solo discutiendo en torno a otros modelos “posibles” (y se subraya la palabra) tal vez sea factible dar juicios más complejos aún en torno a la hacienda ganadera o al batllismo. La comparación, implícita o explícita, conjetural o real, sería aquí bienvenida.

El trabajo de Carlos Demasi se mueve en un registro diferente. Al explorar los artículos escritos por Barrán en *Marcha* revela una vez más la heterogeneidad de lecturas y de intereses de un lector voraz que era sustancialmente un autodidacta. De esas lecturas de sus artículos surge, por momentos, un Barrán inesperado (y ciertamente mucho menos concesivo en sus juicios), que obligaría a repensar varias cuestiones en torno a sus “etapas” y filiaciones. Por poner un ejemplo, el temprano interés por el psicoanálisis abre algunos interrogantes tanto sobre el *pivelianismo* (historiográfico no discipular) de Barrán como sobre las matrices originarias de sus estudios maduros. Es difícil imaginar (pero, claro, todo es posible) que Pivel Devoto tuviera una curiosidad como la que tenía Barrán hacia Freud, para cuya “capacidad explicativa” este reclamaba, ya entonces, un lugar en la interpretación de la historia. En otros puntos, Demasi se coloca frente a la obra de Barrán en una línea de disonancia. A diferencia de Jacob y Moraes, Demasi parece añorar más aquel primer Barrán que al último. Así señala que “si el paso del tiempo reforzó esa

mirada freudiana, en cambio hizo desaparecer una de las ideas más firmes de Barrán en los años sesenta: la manifestación de su compromiso con el presente, concebido como la continuidad del pasado”. Afirmación problemática, ya que no parece que Barrán haya cambiado en torno a su compromiso con el presente, sino que más bien moduló mejor (o si se prefiere diversamente) la relación entre este y el pasado. Por otra parte, más allá de que específicamente Barrán haya sido un historiador siempre comprometido (pero hay muchos modos de serlo), todo historiador piensa el pasado siempre desde un presente. ¿Cómo podría hacerlo de otro modo? Ya Droysen (1983) señalaba (en polémica implícita con Ranke) que el historiador siempre está en un tiempo que es el suyo; e incluso en su presente, y no en el pasado, están las fuentes y los materiales con los cuales busca comprenderlo. El archivo también está aquí, hoy, en la calle Convención. Desde luego esto no busca suprimir las diferencias entre cómo se colocaba Barrán en los sesenta y cómo lo haría luego, ni la atención mayor por entonces hacia la “acumulación de derechos”, es decir el expolio que dominaba el conflicto social agrario.

El trabajo de Ana Frega, “Los terceros en discordia. José Pedro Barrán y la independencia del Uruguay”, cierra una ideal primera sección de esta obra. Se trata de un enfoque clásico, que pondera los aportes de Barrán al problema de la independencia del Uruguay a través de tres textos separados por 27 años de distancia (1968-2005). El artículo, concienzudo y mesurado, presta atención tanto a las contribuciones documentales de Barrán, como a la relación entre su interpretación y las de su maestro Pivel y su contrapuesto, Real de Azúa (además de sus polémicas con el revisionismo argentino). La autora resalta tres aspectos del aporte de Barrán, uno conceptual en torno al tema ya aludido de la reflexión sobre los “muchos futuros posibles”; otro que

podría llamarse actitudinal, su voluntad de complejizar el problema; y un tercero, interpretativo. En este último aspecto, Frega acerca las miradas de Barrán a las que en algunos puntos propondrá el historiador argentino José Carlos Chiaramonte. En cualquier caso, Barrán, según la autora, trata de alejarse tanto de la mirada “orientalista” como de aquella “anexionista”, en busca de una tercera vía que reposa en una idea de la nacionalidad uruguayo como construcción. Nuevamente aparece aquí el tema de Barrán y su nacionalismo “de cuño piveliano”, aunque al menos la autora busca precisar un poco más qué entiende por ese “nacionalismo” de Barrán. Según ella, parecería derivarse del modelo francés (que Barrán llamaba batllista) del “plebiscito cotidiano” (y de ahí la importancia que concedía a los símbolos y las conmemoraciones).

La segunda imaginaria sección está constituida por algo que podríamos llamar testimonios. En ese registro emergen breves imágenes que tanto ayudan para enriquecer la visión de alguien que era muchas más cosas que un historiador. En él pueden colocarse los trabajos evocadores de Alicia Fernández Labeque (“Barrán profesor”), de Rodrigo Arocena (“Dos maestros”), de Ana María Rodríguez (“El jefe”), de Magdalena Broquetas (“Barrán: un testimonio del nuevo milenio”) y de Julio Osaba (“Barrán según Susan Sontag”). Testimonios que, como cualquiera de ese tipo, miran desde lugares específicos y puntuales los distintos tiempos y ámbitos en los que se relacionaron los autores con Barrán, desde los cursos privados durante la dictadura hasta su paso por la Facultad de Humanidades o la fugacidad poética de las instantáneas que brinda la fotografía.

Suceden luego tres artículos de personas que tuvieron una relación profunda de amistad con Barrán. Los de Teresa Porzecanski (“Barrán, lo de menos es lo de más”), Marcelo Viñar (“A la

búsqueda del sujeto del siglo XXI. Barrán leído por un psicoanalista uruguayo”) y de Daniel Gil (“Lo privado, lo público y lo íntimo en la obra de José Pedro Barrán”). En estos trabajos, el tono evocador queda subsumido (o tal vez encubierto) por la voluntad de mirar la obra de Barrán desde el prisma de otras ciencias sociales de las que sus autores son cultores. Ciertamente, esa mirada en algún punto debe recortar a Barrán para vincularlo con las preocupaciones mayores de esas disciplinas vecinas. Así, la mirada antropológica de Porzecanski, centrándose en la producción post dictadura (aunque recuerda otras influencias y, entre ellas en lugar destacado, las de Norbert Elias y Sigmund Freud) enfatiza lo que podría denominarse la dimensión hermenéutica en la operación historiográfica que realizaba Barrán a partir de su vocación de “comprender” (*verstehen*). Por su parte, Viñar propone una vía de ida y vuelta en la relación (personal) entre el psicoanálisis y los trabajos de Barrán, en su formación madura y aún en su práctica profesional. No en vano, señala al pasar, a Freud y al historiador uruguayo como sus dos maestros. El tema reaparece en el trabajo de Daniel Gil, en el cual se sugiere, asimismo, la existencia en Barrán de una “sensibilidad psicoanalítica” que le daba “la capacidad de atender los menores detalles de un discurso, de un documento ‘banal’, de un gesto”. Algo que en el fondo no sería tan lejano del paradigma indiciario que postulara una vez Carlo Ginzburg. Asimismo, Gil, en contraposición con otros autores del volumen, se esfuerza por encontrar en Barrán (en especial en su fase con Nahum) también una “clara impronta marxiana”.

Hasta cierto punto, podría asociarse a estos trabajos el de Álvaro Díaz Berenguer (“Barrán y el poder médico”). Aquí, quién fuera el médico personal de Barrán explora en especial las reflexiones de Barrán sobre el poder médico. El autor sostiene no creer “que las enfermedades que Barrán arrastró durante unos

cuantos años influyeran en su óptica sobre la medicina”. Alude para ello tanto a la ausencia en los textos de Barrán de referencias a su enfermedad, pero también (y antes) a su “experiencia” con él, como paciente ejemplar que era. “Su visión tan crítica de la Medicina del novecientos no a floraba en ningún momento en el trato como paciente”. Sea de ello lo que fuere, Diaz Berenguer –que señala enfáticamente la necesidad de que médicos y estudiantes de medicina estudien en profundidad la obra de Barrán– parece aquí describir admirablemente (y quizás sin proponérselo) las dos grandes avenidas del conocer histórico: aquella textual impersonal y aquella derivada de la *Erlebnis* o “experiencia vivida” o “vivencia”.

En la última parte de la revista, retoman las riendas los historiadores profesionales. Los trabajos de Isabella Cosse (“La historia de la sensibilidad: innovación historiográfica y provocación intelectual”, Vania Markarian-Jaime Yaffé (“Barrán y la ‘historia reciente’”, Nicolás Duffau (“La historia de la locura en Uruguay. Una reflexión historiográfica en torno a la obra de José Pedro Barrán”) y Diego Sempol (“Intimidad y (homo)sexualidad entre la empiria y la teoría social”) constituyen miradas historiográficas que expresan las diferentes relaciones que estudiosos formados en el Uruguay post dictadura establecen con la obra de un historiador que no dejó de ser, de todos modos, más o menos influyente en ellos. Nuevamente aquí aparecen visiones concordantes y discordantes.

El artículo de Sempol es el que expresa las mayores distancias en su indagación, en especial, del libro *Amor y transgresión en Montevideo*. El autor reconoce, desde luego, el carácter pionero de la obra de Barrán y en qué medida habilita desde “un discurso histórico (...) especulativo y provisorio” nuevos puntos de partida para investigaciones posteriores, lo que, agrega más adelante

“da larga vida y vigencia a sus textos”. Y esta parece ser casi la única ventaja que atribuye Sempol al tipo de abordaje empirista que propone Barrán. Efectivamente, para él, en una línea de argumentación crítica, menos polémica pero más previsible que otras presentes en la revista, el nudo de la cuestión parece estar en la tensión problemática que existe entre teoría social y empiria en la obra del historiador uruguayo. Problemas, quizás menores para Sempol, son las resultantes “reiteraciones”, recurrencias (en las citas) y la “sobreabundancia de información” en sus textos. Problemas tal vez mayores para el autor son la forma discutible de utilización de la “Teoría” y su “rechazo al vocabulario de las ciencias sociales”. Como resultado “En todo el texto no existe una definición teórica explícita sobre qué es la intimidad, la sexualidad, ni el género”. La crítica de Sempol recarga la dosis al afirmar que al abordar ciertos problemas, Barrán “desconoce las elaboraciones que se vienen realizando en las ciencias sociales sobre el tema”. ¿Es un retrato inexacto? Tal vez no. Sesgado, probablemente. Donde hay un problema, Sempol encuentra una solución. Por otra parte, lo que atribuye a Barrán bien podría atribuírselo a la enorme mayoría de los historiadores que tratan de dialogar con las ciencias sociales. Diálogos que, como el siglo XX mostró abundantemente, nunca fueron sencillos y que desde el punto de vista de los historiadores suelen reducirse, como fuera dicho, a robar algunas flores de los jardines del vecino. Por lo demás, mirado desde esta antigua profesión, lo que se señala como debilidad (la ambigüedad, la imprecisión) bien pueden ser vistos como su punto de fuerza ante aquellas ciencias sociales que, en la teoría y en la formalización, encuentran, a los ojos de los cultores de Clio, muchos de sus límites y de sus explicaciones rutinarias, a veces banales y también reiterativas. Sea de ello lo que fuere, siempre pueden recordarse (ah, la retórica de los historiadores)

las palabras que Goethe puso en boca de Fausto: “gris es la teoría pero verde es el árbol de la vida”. De todos modos, es de temer que ningún argumento resultará suficiente, ni siquiera aquel de Pitirim Sorokin (si mi memoria no me falla) de que con muy poca teoría se pueden escribir muchas buenas páginas en sociología y no solo en historia. En cualquier caso, acerca de la otra observación sobre lo que Barrán no había leído ¿que puede decirse? Hay tantos libros importantes que Barrán, Sempol y quien esto escribe no han leído (y Barrán al menos había leído mucho más que yo). Un ejercicio de modestia nunca es innecesario en este punto. Pero quizás se podría poner un ejemplo. En sus reflexiones finales Sempol señala algo importante que refleja las transiciones intelectuales de Barrán: “comenzó a dejar sus marcas personales en el texto, pautando cierto compromiso con la superación de la diferencia entre sujeto-objeto de investigación, que fue uno de los aportes centrales de la teoría feminista a la epistemología del conocimiento”. Sin embargo, esa era, ya un siglo antes, la idea central de la gnoseología de Dilthey, por no decir del idealismo gentiliano.

Desde luego que las cosas no son tan sencillas y, ciertamente, hay un problema en las relaciones entre empiria y teoría en la tarea de los historiadores. Parece razonable admitir que es al menos necesaria una discusión en torno a las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico (una “Histórica”). En relación con las teorías sociales, parece tratarse de cuánta, cuáles y con qué prioridad. Quién esto escribe, tras leer en su momento *Amor y transgresión* pensó que ese bello libro no había usado poca teoría social sino excesiva... Por otra parte, ¿no sería necesario para un historiador, igualmente, estudiar filología? Mucho se habla de empirismo o erudición, pero al hacerlo se olvida rápidamente que la labor erudita no es simplemente la de leer

todos los documentos para captar como en un espejo el pasado. La discusión sobre la operación documental, las técnicas, los instrumentos –que tiene una larga tradición no solo desde Boeckh, sino desde Mabillón hasta María Rosa Lida o Sebastiano Timpanaro–, puede ser más imperiosa aún admitiendo que la historia, en este plano, bien puede ser una tradición de prácticas más que un conjunto de reglas a aprender en los manuales de método. Lo que por otro lado acercaría la historia a las virtudes de la *phronesis* más que a las de la *sophia*. Pero si la historia es un oficio que se ejerce desde ciertas habilidades, incluida la sabiduría práctica ¿no se encontraba allí una de las más visibles debilidades de las historiografías sudamericanas? Una mejor historia ¿depende de un mayor conocimiento de la teoría social, o de una mayor adquisición de las “habilidades” de la profesión? (por otra parte, en declinación en casi todas partes)

El artículo de Duffau también expone desacuerdos con la visión de Barrán pero lo hace en una forma mucho más elusiva y partiendo de admitir la centralidad ineludible de su papel en la historiografía uruguaya reciente. Con o contra Barrán, pero de ningún modo sin Barrán, podría haber afirmado. Desde esa postura, Duffau sugiere hipótesis de trabajo interesantes en busca de complejizar el estudio del problema del poder médico y el del control o disciplinamiento social que incluyen “las estrategias de resistencia montadas por los sectores subalternos, los deberes punitivos de un Estado, como el uruguayo de la época, carente de recursos”. Partir de Barrán para ir más allá. Todo lo que implica alejar más las reflexiones de Barrán del influjo foucaultiano. El que esto escribe, mucho más tradicional que Barrán, considera que ese ir más allá debería recordar también el debido peso (¡y qué peso!) de los instrumentos tradicionales de nuda represión, a

comenzar por la policía... O si se prefiere, menos polémicamente, colocar aquellas cuestiones en un horizonte todavía más amplio.

Isabella Cosse, en su fino análisis del libro más influyente de Barrán en la cultura letrada uruguaya, la *Historia de la sensibilidad*, atiende a la recepción de esa obra y a las diferentes formas de impacto en la cultura escrita uruguaya. En este terreno, particularmente reveladores son los comentarios al libro de dos intelectuales marxistas (y uno de ellos, Julio Rodríguez, era quizás uno de los mejores conocedores de Marx en el Uruguay). Comentarios que revelan cómo esa tradición intelectual estaba también ella misma en algún tipo de transición (como por otra parte ocurría, *volens nolens*, en otras latitudes). Sin embargo, Cosse no olvida tampoco el problema de la producción del libro y las complejas relaciones de Barrán con sus reflexiones precedentes y señala con acierto que finalmente en esta obra llegaba a su centro. Es decir, a hacer lo que “íntimamente quise hacer siempre”. Más allá aún, Cosse rescata con acierto la perspicaz reflexión de Barrán –que podría entroncar muy bien con las de Koselleck (1993) de la simultaneidad de lo no simultáneo– acerca de que “todo presente se encuentra constituido por estratos más o menos densos de pasados residuales y otras novedades también de diverso espesor”. Finalmente, Cosse también aborda el tema, recurrente en esta revista, de la voluntad de Barrán “de pensar lo singular del Uruguay”. Da, sin embargo, más amplitud a esa idea al acotar, creo que acertadamente, “y, diría, de América Latina”.

Vania Markarian y Jaime Yaffé eligen otra estrategia. En su compleja lectura presentan, primero, por una parte, los compromisos públicos asumidos por Barrán en sus últimos años (públicos y políticos) y deslindan entre dos de ellas: la labor en el CODICEN y la tarea de supervisión académica de la investigación sobre detenidos y desaparecidos por pedido del presidente

Tabaré Vázquez. Con respecto a la primera, Markarián y Yaffé señalan tanto hasta qué punto Barrán intentaba infructuosamente introducir en aquella institución racionalidad y pluralismo, cuanto en qué medida juzgaba limitado el éxito de sus esfuerzos. Respecto de la segunda, los autores remarcan que esa era una labor que Barrán juzgaba más importante y congenial, en tanto deber cívico ineludible. Deber derivado, según ellos, de su compromiso con los “ideales de la modernidad” en la forma en que ellos habían sido formulados por la Revolución Francesa. En otra anotación, Markarián y Yaffé no dejan de sugerir, al darle la palabra a la lucidez de Barrán, que todas esas iniciativas tenían dos caras, o mejor un reverso: él era también, “una especie de figura académica ‘a usar’ que prestigia muchas cosas”. La mirada de los dos autores va sin embargo más allá y, *pro domo sua*, no solo presentan las perspectivas de Barrán sobre la historia reciente, sino que las emplean como instrumento de legitimación de ese mismo campo. Un campo que, como admiten, requiere alejarse de “una concepción conservadora del archivo y las fuentes”. Todo un tema hay allí para discutir. ¿Una utilización amplia de los testimonios no debería ir acompañada de una interpretación “prudente” de los mismos? Finalmente, no se trata de problemas de historia antigua y medieval sino de procesos recientes cuyas implicaciones de todo tipo son de gran magnitud. Es decir, prestar la debida atención a las implicancias de la evidencia, de la “evidencia en narración” y de la “filología combinatoria”.² Por otra parte, ¿hasta qué punto la historia reciente es también un síntoma de las tensiones en la historiografía actual? y de ser así, ¿hasta

2. Ver Ginzburg (2006), y en relación con las implicancias de la labor del historiador en cuestiones recientes, Y. Thomas (1998) y F. Hartog-J. Revel (2001).

qué punto ella pone en cuestión los fundamentos sobre los que se constituyó el oficio erudito del historiador, entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX? Los posmodernos no deberían, con todo, celebrar rápidamente: la “historia reciente” y la prioridad del “testigo” era el modelo corriente en la historiografía antigua y temprano moderna de Tucídides a Chladenius.

La revista se cierra con un amplio y significativo artículo de Gerardo Caetano, “El próximo Barrán. Recuerdos, ideas, hipótesis”. En él Caetano, además de dar voz a Barrán, a través de la transcripción de muchas de sus reflexiones medulares, articula tres dimensiones: su propia relación personal e intelectual con Barrán, su “operación historiográfica” y su lugar en la historiografía uruguaya. Esta última dimensión esboza una construcción ambiciosa que trata, partiendo de Barrán, de ordenar una genealogía o un linaje troncal en la historiografía uruguaya del siglo XX. Esa construcción aleja a Barrán de Real y lo acerca a Pivel. Del primero, lo separa entre otras cosas y ante todo, la mirada sobre el batllismo y su papel en diseñar una cierta moralidad “hedonista” uruguaya o incluso en modelar a la sociedad toda. Al segundo lo acercan el “nacionalismo” de uno y de otro. Un nacionalismo que, para Caetano, sería mucho más evidente (“reforzado”) en el último Barrán. Vuelve así en la conclusión del volumen un tema que ha sobrevolado, lo vimos ya, en muchos de los artículos de la revista. Sobre él, quisiera hacer unas pocas consideraciones desde una mirada exterior.

Qué Barrán fuese muy uruguayo es algo que difícilmente se pueda discutir. Con una nota borgeana de pesimismo se podría agregar: ¿qué otra cosa hubiera podido ser? En el Uruguay, nació, vivió, estudió, enseñó, publicó y construyó sus afectos. Asimismo, va de suyo que se sintió tal, como lo dijo muchas veces. Por otra parte, el Uruguay fue el tema de sus reflexiones y los

uruguayos los lectores que imaginó y que tuvo; en los términos clásicos de Robert Merton fue su grupo de pertenencia y su grupo de referencia. Empero, junto a ese mundo existía otro, ante todo el de sus lecturas, y en ello fue, si no mucho más tributario, al menos tan tributario del pensamiento occidental como de los “clásicos uruguayos”. Repásense algunos de los autores con los que dialogaba en esa imaginaria república internacional de las letras que sostiene la “circulación de las ideas”: Freud, y Foucault, Flaubert y Proust, Bajtin y Elias y tantos otros nombres que reaparecen en sus escritos y reaparecían en la conversación. Sin hablar de la música que amaba: Wagner o Mahler, no aquella rioplatense. ¿Y los ideales de la Revolución Francesa y de la tradición socialista? Por ello, ¿porqué encerrar a Barrán en el nacionalismo, incluso en aquel de “la *patrie en danger*”? Habría buenos argumentos para sostener que fue igualmente un cosmopolita y que como todo cosmopolita solo podía serlo desde su situación (uruguaya) y su temporalidad. Por lo demás, la comparación entre dos autores ¿debe hacerse a partir de comparar sus interpretaciones?, ¿o sus filiaciones discipulares?, ¿o su forma específica de colocarse en un territorio?, ¿en una actitud caracterial? Al final, bien puede ser como en la música, salvo que también aquí podríamos referirnos al ritmo, a la melodía o a la armonía. Si se admite la imagen musical, considerada en modo indiferenciado por un neófito, quisiera sugerir que, a este oyente, la obra de Barrán no le sonaba como la de Pivel.

Llegado a este punto, el que esto firma relee lo escrito y percibe que en varios momentos se ha dejado llevar por una versión más de la polémica entre “los antiguos y los modernos”. Espera que al menos sirva para generar un diálogo entre ayer, hoy y mañana. ¿No es finalmente nuestro conocimiento siempre dialógico? Pensando de antemano que la victoria será de los modernos,

puede ser un vano consuelo imaginar que ellos también serán, antes o después, “antiguos” desafiados por otros que se considerarán más modernos. Y que estos al hacerlo, tal vez, revisitarán a aquellos grandes autores ya por entonces añejos, como Barrán.

Bibliografía

- Barrán, José Pedro (1979). *Battle, los estancieros y el imperio británico*. Montevideo: Editorial de la Banda Oriental.
- Barrán, José Pedro y Nahum, Benjamín (1964). *Bases económicas de la revolución artiguista*. Montevideo: Editorial de la Banda Oriental.
- Barrán, José Pedro y Nahum, Benjamín (1967). *Historia rural del Uruguay moderno*. Montevideo: Editorial de la Banda Oriental.
- Chabod, Federico y Momigliano, Arnaldo (2002). *Un carteggio del 1959*. Nápoles: Istituto Italiano per gli Studi Filosofici.
- Droysen, Johann Gustav (1983). *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*. Barcelona: Alfa.
- Gadamer, Hans-Georg (1999). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- Ginzburg, Carlo (2006). *Il filo e le tracce. Vero, falso, finto*. Milán: Feltrinelli
- Hartog, François y Revel, Jacques (2001). Note de conjoncture historiographique. En *Les usages politiques du passé* (pp. 13-24). París: Editions de l'Ehess.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Momigliano, Arnaldo (1980). Le regole del giuoco nello studio della storia antica. En *Sesto contributo alla storia degli studi*

- classici e del mondo antico* (pp. 13-22). Roma: Edizioni di Storia e Letteratura.
- Revel, Jacques (dir.) (1996). *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. París: Gallimard/Le Seuil.
- Ricoeur, Paul (1995). *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. México: Siglo XXI.
- Thomas, Yan (1998). La vérité, le temps, le juge et l'historien. *Le Débat*, 102, 17-36.
- Weber, Max (2006). Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura. En *Ensayos sobre metodología sociológica* (pp. 102-174). Buenos Aires: Amorrortu.

Recuerdo de Juan Oddone*

Ciertamente, cualquier evocación personal de Juan Oddone remite, en primer lugar, a Blanca París. Blanca y Juan fueron para mí –y creo que para tantos otros– una unidad, pero lo fueron en tanto personas con las que uno interactuaba casi siempre en conjunto y que se presentaban (y actuaban) en el mundo profesional a la par. Es más difícil, en cambio, asegurar que pueda considerárselos unitariamente en tanto historiadores, más allá de que compartieron buena parte de su formación en Montevideo y en Buenos Aires, y de los trabajos que hicieron juntos, en especial la magnífica historia de la Universidad de la República (en relación con la cual me resulta difícil percibir qué atribuir a Blanca y qué atribuir a Juan). Por ello el homenaje a esas dos figuras entrañables puede ser uno, aquél a los historiadores debería ser dos.

Quisiera dividir este recuerdo de Juan Oddone en tres partes. Una primera, más personal, dedicada a la figura que conocí y a la relación que establecimos durante veinticinco años; una segunda, dedicada al intelectual visto como parte de una generación de intelectuales y una tercera, al historiador.

* Publicado en *Encuentros Latinoamericanos* (Montevideo, Universidad de la República), VII(2), 297-304, 2013.

Conocí a Juan Oddone en 1987 (fecha que pude recuperar gracias a su libro de memorias). Nos encontramos, lo recuerdo bien, en *La Pasiva* de 18 y Ejido, en una mesa en la vereda. Si bien yo venía regularmente al Uruguay desde 1982 (especialmente de vacaciones), no tenía ningún contacto con la academia uruguaya. Ese encuentro con Juan fue mi modo de entrar a ella y supongo que lo fue también para otros extranjeros. Dejo el tema a los especialistas en *network analysis*. No sé bien como conseguí su teléfono (tal vez por medio de José Carlos Chiaramonte) ni por qué tenía un interés especial en conocerlo, aunque aquí puedo conjeturar más firmemente. Como tantos otros había leído aquel pequeño y afortunado libro que publicó EUDEBA en 1965: *La formación del Uruguay moderno. La inmigración y el desarrollo económico-social* que convertía a Juan, ante mis ojos, en el referente uruguayo para los estudios sobre inmigración. Y el tema se vinculaba con mis actividades en el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos de Buenos Aires. Recuerdo con claridad solamente una cosa de ese encuentro: en un momento Juan me tomó la muñeca y mirando el color algo mate de mi piel me dijo ¿cuáles son tus orígenes?, y le contesté: mezcla de genovés y criolla (como él casualmente). Creo que fue la única intimidad que se permitió en 25 años de amistad.

Una amistad jalonada por cenas en Morini, masas y sándwiches de la Carrera, comida traída de “las brasas” o de la alemana de la vuelta –todo en el edificio Ciudadela– el jugo de naranja de la mañana que él exprimía cuando me quedaba a dormir en el cuarto que había sido de Gabriel, aquel que, pese a los ruidos de los trolebuses de madrugada, era mi pequeño hogar montevideano. Así era, no más llegar yo al puerto de Montevideo y comenzar a subir la cuesta para llegar a la Plaza Independencia.

Y así pasaron los años matizados por un tiempo por las visitas de Blanca y Juan a la casa que alquilábamos con María Inés en Bella Vista (hasta que Blanca se plantó y ya no quiso ir más hacia el este), años sazonados por los infaltables regalos de Blanca para “Memé” (mi hija Mercedes), por las largas charlas sobre la Argentina, el Uruguay, el mundo, la política, la historia, la familias, los amigos, un departamento en Pocitos con el que Juan fantaseaba o una casa en la costa uruguaya con la que fantaseaba yo, charlas de todo un poco, como en botica, salvo de nosotros mismos. Charlas en las que nunca logré escucharlos hablar mal de alguien; aunque tenían sus amores y sus odios como todos, eran sobrios y discretos como corresponde a la vieja buena clase media montevideana. Cuando la conversación caía sobre algún nombre o situación inconveniente, Juan dejaba correr: un silencio sugestivo, un desvío hacia otro tema o, mientras inclinaba un poco la cabeza en gesto de distancia, una consideración general algo aséptica como si se hablase de otras gentes y otros ámbitos. Charlas en las que la melancolía predominaba de a ratos al reflexionar sobre los límites que juzgábamos los dos tan evidentes de estos desvencijados países nuestros.

Señalé antes que Juan fue mi cicerone en el mundo de la historiografía montevideana y así fue efectivamente. En su casa conocí por primera vez, en una cena promovida por Juan y Blanca, a José Pedro Barrán y Alicia Casas, a Carlos Zubillaga y Diana Bianchi y a quién Juan me refirió como la joven promesa de la nueva generación de historiadores: Gerardo Caetano. Lo que no recuerdo es qué cominos ya que nunca vi cocinar a ninguno de los dos. Habrán sido, me digo, los sándwiches y las masitas. Luego, en ocasión de una iniciativa de la Fondazione Agnelli sobre la emigración italiana en Uruguay, él mismo sugirió los nombres

para realizar el libro y así llegué hasta Adela Pellegrino, Alcides Beretta, Oscar Mourat, Dante Turcatti y tantos otros.

Mucho antes que Ortega, Johann Chladenius había sugerido ya en el siglo XVIII el problema de la perspectiva y en qué medida nuestra percepción está relacionada con el lugar especial desde el que miramos. Mi Uruguay, distinto del de otros que llegaron antes o después, derivó en buena medida de ese específico punto de entrada que fue el provisto por Juan y Blanca y de la red de relaciones que desde allí se entretejieron.

La segunda dimensión que me interesa explorar en estos breves recuerdos es la de Juan Oddone intelectual, en su contexto. Dos coordenadas generales pueden servir de marco de aproximación. La primera es generacional y coloca a Juan en aquel mundo de los años sesenta en el contexto de ese grupo que retrata Carlos Real de Azúa, en su admirable, *El Uruguay como reflexión*. La segunda es institucional: la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República y no porque Juan fuese una persona de parroquias –que no lo era, su amistad con Real de Azúa lo muestra bien– sino porque éste había sido el lugar donde estudió y donde inició y desarrolló su carrera académica y porque, nuevamente, las redes que allí se construyeron y reconstruyeron a través de los años, demarcarían sus ámbitos de sociabilidad.

Aquellos rasgos compartidos por un mundo de intelectuales se balancean por otras dos coordenadas específicas de Juan Oddone en ese contexto uruguayo. Una es el mundo de la cultura, que en Buenos Aires hubiésemos llamado reformista y que aquí encontraba una vertebración en torno a un área socialista, laica, también ella más reformadora que revolucionaria. Terreno en que se encontraba entonces con José Pedro Barrán, Benjamín Nahum y tantos otros y que se distinguía de otras tradiciones que coexistían, a veces tensamente, con ella: nacional-populares,

comunistas, conservadoras. Y en ese punto, los sesenta fueron seguramente decisivos y transportaron las alineaciones, las solidaridades y las distancias que entonces se construyeron al mundo posterior, aún si en este mundo posterior las claves generales eran ya diferentes de aquellas que le habían dado sentido originalmente. Todo esto sugiere el debilitamiento de las visiones del mundo que las habían justificado y la subsistencia de las solidaridades que las habían sustentado.

La segunda dimensión diferencial de Juan Oddone (y desde luego de Blanca) es la experiencia argentina. Aquí es sencillo emblemizarla en la gran figura de José Luís Romero, pero me parece que era algo más profundo que eso, era una historia de dos ciudades (como le gustó recordar a Juan en su bella intervención en ocasión del otorgamiento del doctorado *honoris causa* en la UBA) en la cual Buenos Aires partía de ese microcosmos del Centro de Historia Social. Ese mundo legendario de la calle Viamonte en el que circulaban, desde luego Romero, pero también Tulio Halperin, Nicolás Sánchez Albornoz, Roberto Cortés Conde, Ezequiel Gallo, Haydée Gorostegui y tantos otros (y entre esos otros el misionero de *Annales* en América Latina, Ruggiero Romano). Y todavía se podía ir más allá recordando los ámbitos de esa experiencia, el mundo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (donde había tantos otros nombres, a comenzar por el de Borges) y el vecino mundo de la “manzana loca” del Instituto Di Tella y ¿por qué no? la avenida Corrientes.

Desde luego, ese contacto con Buenos Aires no era un punto cero para Oddone, ya que antes de ella existía otra etapa uruguaya en la cual, si bien estaba presente ya Romero, también lo estaban otros colegas y profesores en el Uruguay y, en especial, como ya dijimos, en la Facultad de Humanidades y Ciencias donde había estudiado y donde había hecho sus primeras incursiones

historiográficas y, en cualquier caso, donde habría de enseñar buena parte de su vida. Un lugar, por lo demás, en el que había personajes interesantes con los que estuvo siempre vinculado como un olvidado Eugenio Petit Muñoz, ese tenaz antifascista desde los tiempos de la AIAPE, que no era simplemente un erudito que combinaba operación documental con reflexiones sobre la excepcionalidad uruguaya, como en algunos de sus trabajos sobre Artigas sino que era capaz de una labor etnográfica sobre la cultura charrúa, a través del estudio de la vivienda que, si tenía como interlocutores a los miembros de la escuela histórico cultural, podía reconocer también la obra de un joven Levi Strauss o de un Paul Rivet.

En el caso de Juan, si nos detenemos en uno de sus trabajos tempranos, aquel bien interesante que publicó en 1959 en la uruguaya *Revista Histórica de la Universidad*: “La historiografía uruguaya en el siglo XIX. Apuntes para su estudio”. Un amplio trabajo que parte del *Diario* de Acuña de Figueroa y arriba hasta la *Historia* de Francisco Bauzá. El mismo revela, ya desde su mismo tema, la historia de la historiografía, la influencia de Romero que la enseñaba en la Universidad de la República en su seminario de Historia de la Cultura, pero de sus sugerencias pueden ser tributarias también muchas de las referencias –algunas conocidas en ámbito rioplatense y otras menos– que enmarcan la lectura de los autores de ambas costas en un cuadro intelectual más amplio en el cual colocarlo y desde el cual postular influencias y modelos. Así, no solo utiliza el Croce de *Teoría e Historia de la Historiografía* sino también el mucho menos frecuentado de *La storiografia italiana nel secolo XIX*; así, no solo a los más difundidos Collingwood o Fueter sino al infrecuente *A History of Historical Writing* de J.W. Thompson. Y también van notadas en la bibliografía las referencias a autores ajenos al canon estrecho de

los historiadores como Henríquez Ureña y Rodríguez Monegal. Desde luego que Romero también está en otro lugar, ya que es difícil no ver en filigrana en el retrato que Oddone propone de Bauzá como el historiador que construye la narrativa de los orígenes de la nacionalidad uruguaya, aquel que el gran estudioso argentino había dedicado a Bartolomé Mitre. Sin embargo, no todo se resume en esas incitaciones, finalmente el largo artículo es también tributario de sus profesores montevidianos, a los que agradece en la nota inicial (aunque no podamos nosotros establecerlas con precisión) y al menos lo es en el molde erudito en el que está construido. Finalmente, también, si Oddone con su cronología larga es capaz de ir más allá de esquemas convencionales e incluso sugerir con inteligencia una secuencia que empalma a Vico y sus sucesores con Pietro De Angelis y a este con la escuela erudita, no deja, sin embargo de hacer reposar su lectura en el andamio construido por Carbia en base a la dicotomía escuela filosófica-escuela erudita (si en algo de todo esto tuvo su parte también Ruggiero Romano, al que conoció en 1958, no sabría decirlo).

De este modo, aunque es bueno no olvidar al primer Oddone y a sus deudas uruguayas, sin embargo, es difícil no remarcar que aquella experiencia porteña y aquel grupo aludido fueron decisivos para la configuración intelectual más aún de Juan que de Blanca (aún si fue una experiencia compartida). Dentro de ella se destaca aquella recordada participación de ambos en el proyecto sobre “el impacto de la inmigración masiva en el Río de la Plata” que les permitió ese largo viaje a Europa para recopilar aquellas fuentes que en los archivos diplomáticos permitían estudiar precisamente a la inmigración: del Quai d’Orsay a Affari Esteri; del Foreign Office al Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid. Y aunque sé que esa no fue la primera experiencia

europea de Blanca y de Juan, sé también que para Juan fue en muchos aspectos, decisiva. Lo fue en tanto devino en el historiador emblemático de un binomio conceptual que tanto impacto tenía también del otro lado del río, en las tierras entonces germanianas: inmigración europea y modernización. Y sin embargo, en aquella dualidad ya aludida entre las grandes vistas de la historia socio-cultural y la historiografía erudita, debe recordarse que un año antes del exitoso *La inmigración y el desarrollo...*, en 1965 Juan había publicado un trabajo también muy interesante pero de corte más clásico: *Una perspectiva europea del Uruguay: los informes diplomáticos y consulares italianos 1862-1914* eslabón de una larga saga sobre el vínculo entre Italia y el Uruguay.

Sin embargo, en este punto y en este tema, la singularidad de Oddone era doble. En relación con el Uruguay lo era interpretativamente ya que, en los años de apogeo de los distintos ciclos artiguistas, Oddone estaba en otro tema y, sobre todo en otro período: aquel del proceso de transformaciones del tránsito entre los siglos XIX y XX vistos como el de la verdaderamente decisiva transformación uruguaya (y del realiano “freno”). Más en general, pero en especial con relación al ambiente argentino, la singularidad de Oddone estaba en que practicaba una operación de historia social a la manera de los sesenta que reposaba en buena parte sobre las rankeanas fuentes diplomáticas y no, por ejemplo, sobre ninguna de las distintas formas de historia serial o simplemente de historia cuantitativa, por entonces tan en boga (y basta ver los tan pocos gráficos y cuadros que pueblan sus trabajos). Y bien podía inscribirse esa tradición erudita y archivera en el haber de su formación uruguaya. En cualquier caso, no creo exagerar si señalo que Juan era el historiador que conocía mejor esas fuentes europeas (y más tarde también norteamericanas) para el estudio del Uruguay, ese era su punto de fuerza. Una historia, por

lo demás, y esto debe recordarse en el que no se enseñoreaban los modelos ni los conceptos teóricos de las ciencias sociales sino un relato o una narración viejo estilo en el que interactúan economía, sociedad, algo de política y algo de cultura. Seguramente era un género un poco a la Romero o un poco a la Hobsbawn, por poner dos ejemplos ilustres de lo que entonces se llamaba historia social, pero quizás era el resultado también, como sugerimos, de que debía a la tradición erudita pre-romeriana más de lo que le hubiera gustado admitir.

Sus conocimientos del mundo europeo no se limitaban a los archivos, como muestra su correspondencia de los años sesenta, sus vínculos se extendían y abarcaban de la EHESS al mundo de la *Rivista Storica Italiana* (Venturi) y también más allá, y luego a Oxford, donde enseñaría por invitación de Tulio Halperin en 1971 y, desde luego, también, una no menos nutrida red de corresponsales latinoamericanos. Y es difícil pensar que algún otro historiador uruguayo, antes o después, haya tenido una red tan extensa y en ese entonces tan prestigiosa, aún y más allá del fallido episodio en la EHESS de fines de 1965, cuando la renuncia de Romano a la dirección del Centre des Recherches Historiques de esa institución y su ruptura con Braudel puso en una situación de gran incertidumbre la invitación para un semestre de investigación que se le había formulado y que descubrió habiendo llegado ya a París. Que no fue solo ello sino, al menos en los términos en los que lo presenta Oddone en la correspondencia a su esposa, el haber sentido que era tratado como un menesteroso por el *Grand-Patron* lo que lo instó a dejar de esperar y volverse a Montevideo.

La imposición de la dictadura uruguaya y la consecuente intervención de la Universidad significaron un abrupto corte en esa carrera de la que es difícil saber cómo se hubiera desarrollado

en contextos de normalidad o de continuidad. El Instituto Di Tella le ofreció una primera opción que, desde luego, iba a verse pronto afectada por la situación argentina. La búsqueda de alternativas europeas se reveló más problemática que las invitaciones ocasionales o que la propuesta de escribir para la historia de América Latina de la UTET de Torino o la de Cambridge (invitaciones que ahora iba regularmente a aceptar, abandonando sus habituales reticencias, en tanto tenían una compensación económica que se revelaba imperiosa) y, por otra parte, ahora eran también cada vez más los que buscaban un lugar académico donde refugiarse en el exterior. Finalmente, recaló en México que, si añadió otros mundos intelectuales a los precedentes, no parece haber fructificado en una ampliación significativa de su sociabilidad académica y por el contrario parece haber sido especialmente traumático sobre su producción intelectual.

Al volver a levantarse el telón en los ochenta, el mundo no solo uruguayo sino rioplatense era sustancialmente otro: pensemos en la muerte de Romero o en la de Real de Azúa o en la dispersión del viejo grupo argentino de historia social y ello, me parece, colocó a Juan y a Blanca en un lugar menos central en las redes intelectuales de las restauradas democracias rioplatenses, a lo que seguramente coadyuvaba el propio temperamento de Juan y Blanca poco *salottiero* (por usar una expresión italiana) así como su deliberada voluntad de eludir polémicas y mucho más aún de estar en el centro de ellas. Ello los fue haciendo más reticentes a la hora de aceptar invitaciones para participar en congresos u otros eventos académicos (la enojosa situación en las Jornadas de Homenaje a Romero donde arbitrariamente no faltó quien, poseído por fervores revolucionarios, puso en entredicho su interpretación del historiador argentino) o incluso a participar en el dictado de cursos en el exterior, aunque ambos (y sobre

todo Juan) conservaban el entusiasmo por los viajes, una de las cosas que más disfrutaba de la profesión. Mantenían, desde luego, otro lugar privilegiado y era el de ser Juan un mediador entre la historiografía europea y norteamericana y la historiografía uruguaya. Su experiencia en Inglaterra había sido aquí muy importante y ello se reveló, a su vez, en muchas de sus publicaciones de esa época.

Si nos detuviéramos en Oddone historiador, en algo que podríamos denominar su módulo historiográfico y más allá de aquellos momentos iniciales a los que aludimos, notaríamos dos diferencias entre el momento de los sesenta y el de los ochenta-noventa. La primera es cronológica: aunque Juan siguió realizando trabajos sobre el Uruguay moderno, véase por ejemplo el ensayo sobre Uruguay en la *Historia de Latinoamérica* de Cambridge o el largo artículo en el volumen de la Fondazione Agnelli, en el que volvía a aprovechar las fuentes diplomáticas que tan bien conocía para proponer un muy inteligente contrapunto entre políticas e imágenes de la inmigración, su interés se desplazó temporalmente. Mucha mayor atención recibirían, ahora, los años treinta, la segunda guerra y la inmediata posguerra. Así ocurre, por ejemplo, en trabajos como *Uruguay entre la depresión y la guerra* o en *Vecinos en discordia*.

La segunda diferencia es específicamente historiográfica: aquella combinación de economía y sociedad de los sesenta es mucho más ahora economía y política y, aunque Juan presenta un relato siempre matizado, no deja de percibirse que es la primera (o mejor, la economía y la sociedad) la que pauta las transformaciones de la segunda. Al final, por poner un ejemplo, el giro de Baldomir es menos producto de Baldomir que de las transformaciones de una economía que impulsa el fin del terrismo. No debemos ir, sin embargo, demasiado lejos por el camino de las

diferencias ya que todo conservaba bastante el sabor de los sesenta. ¿No veía el fin del terrismo de modo parecido a como había visto el fin de Santos y del militarismo? La modernización de las sociedades produce la transformación de la política más que lo que lo hace la misma política. Y nuevamente aquí estamos en alguna variante de los años sesenta, incluido el consenso cepalino al cual Juan se mantuvo adherido (y no deberíamos reprochárselo, tal vez, ya que en el nuevo milenio el mismo parecía retomar ciertos bríos).

Empero no siempre es la economía, también la geografía o el espacio reclama su lugar preeminente, como en su *Vecinos en discordia* (que me parece los políticos uruguayos hubieran hecho muy bien de leer en el largo conflicto con Argentina y se dice aquí los uruguayos porque sería completamente ilusorio que lo hiciesen los argentinos) en el que el complejo juego regional y continental aparece surcado por tensiones de larga duración que se asemejan a configuraciones dotadas de alguna estabilidad desde mediados del siglo XIX (si no antes) hasta mediados del siglo XX ¿y porque no hasta hoy? Estructuras, con algo de sabor braudeliano si se quiere, que actúan como un bajo continuo por detrás del torneo de las personalidades y el fluir de los acontecimientos. En el libro aparecen nuevamente todas las grandes virtudes de Oddone historiador (que exceden el marco bibliográfico empleado, quizás no siempre convincente): sensatez, sentido común, equilibrio y medida interpretativa, perspicacia para individualizar los problemas y para explorar los complejos juegos de la política.

Finalmente, un legado que es el maravilloso *Mirando atrás. Historia y memoria*. Un libro que sí habla de Oddone y de sus mundos; en primer lugar aquel de sus amistades historiográficas y, por ende, es un gran documento para explorar no solo a Blanca

y Juan sino a la historiografía uruguaya, latinoamericana y latinoamericanista, con esos admirables retratos de, por ejemplo, Real de Azúa y Tulio Halperin. Pero un gran libro, sobre todo, porque contiene una historia social del Uruguay urbano mirado a través del prisma de un observador inteligente, a través de la *Erlebnis* diltheyniana, la experiencia vivida de más de ochenta años. Ese Uruguay urbano poblado de personajes extravagantes, a veces, encantadores, otras, siempre retratados con esa calidez y esa generosidad que le eran tan propias.

Démosle la palabra, mucho más eficaz que la de sus ocasionales comentaristas. Veamos primero un fragmento de su retrato de Real:

El cine, el estadio o el básquetbol formaban parte de sus esparcimientos semanales, asumidos con una dosis de extravagancia que lo distanciaba del espectador corriente. Si era el cine, lo acompañaba siempre su impertinente mini-linterna, con la que precisamente al apagarse la luz se empeñaba en repasar, para exasperación de sus vecinos de butaca, el programa o un ajado recorte de un comentario en el boletín del *Cine Club* (...). Si iba al básquetbol o al fútbol, la radio portátil *Spika* le permitía controlar la narración y los comentarios del relator, ya para corregir sus errores o bien para enriquecer la versión del partido y vociferar, más convencido que nunca, su aversión a los contrarios ocasionales, o el rencor que le inspiraban los “bolsilludos” (Oddone, 2013, p. 164).

Teníamos muchos retratos de Real, cómo no recordar los de Tulio Halperin o José Pedro Barrán, pero no este.

Contraponamos ahora ese relato al de un personaje curioso que surcaba el entrañable Piriápolis de “Marinada”.

Un párrafo aparte merece el enigmático Pacífico Passaglia, personaje solitario y deambulante que me recuerda al errabundo motociclista de *Amarcord* ya que como él, pero a pie, recorría incansablemente el asfalto y los bosques cercanos de la “Selva Negra” con un atavío insólito para el balneario: traje oscuro a rayas con solapas cruzadas, corbata negra, camisa blanca, todo demasiado gastado y grande para su talla; un rostro huesudo y de afilado perfil donde lucía la pátina del sol que escoltaba sus camisas sin rumbo (Oddone, 2013, p. 168).

¡Qué bien escrito!

Leyendo estas páginas viene la impresión que quizás solamente al final pudo encontrar aquel registro que buscaba y en el cual, nuevamente, podían resonar los ecos de las clases de Romero que tanto le gustaban. Y lo pudo encontrar porque, como señalaba Balzac en el prólogo a *La comedia humana*, él era ahora plenamente libre, más libre que un historiador para construir un relato y un retrato y quizás, además, sin tener que preocuparse ya por la opinión de los otros, los colegas, presuntuosos o no presuntuosos, pero siempre atentos en esta feria de mezquindades que es la profesión nuestra. Quizás como Balzac en ese prólogo hubiera podido afirmar también, con engañosa modestia, que la sociedad uruguaya era el historiador y él apenas su secretario. O quizás, podríamos agregar nosotros, la felicidad de esas páginas está, como dijo algún historiador eminente, en que Juan era alguien que amaba la vida y sabía mirarla.

Bibliografía

Oddone, Juan (2013). *Mirando atrás. Historia y memoria*. Montevideo: Linardi y Risso.

Para una reflexión sobre Tulio Halperin Donghi y sus mundos*

Al intentar una reflexión acerca de Tulio Halperin Donghi y su lugar en la historiografía argentina, pronto se hace evidente lo dificultoso de la empresa y varios obstáculos se hacen inmediatamente visibles: el primero es que no hay casi tema o período de la historia y la historiografía argentina acerca del que Halperin no haya escrito o dado su opinión en su extensísima obra, y a ello hay que agregar todavía sus muy abundantes estudios sobre el pasado latinoamericano y también, aunque menos frecuentes, sobre la historia europea. El segundo es que esas reflexiones se desgranaron en un dilatado lapso temporal de alrededor de sesenta y cinco años en los cuales variaron sus propias perspectivas sobre sus temas de investigación tanto como los contextos en los que fueron formuladas y con los cuales dialogaron. Estas variaciones corren paralelas a los procesos históricos y a las formas

* Publicado en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 19, 11-34, 2015. El autor desea agradecer a Maurice Aymard y Walter Barberis por las generosas gestiones para poder consultar el Archivo de la Editorial Einaudi depositado en el Archivo di Stato di Torino y a la Dra. Luisa Gentile por la orientación en los legajos. Asimismo, especialmente a Vania Markarian por haberle facilitado el acceso a las cartas entre Juan Oddone y Tulio Halperin depositadas en el Archivo General de la Universidad de la República (Montevideo).

que los historiadores prefirieron para aprehenderlos. El tercer problema es que recién está en sus comienzos la recolección de la correspondencia, a más de la disponible en su archivo personal y depositada por su voluntad en la Universidad de Berkeley, que es de imaginar extensísima y cuya compulsión ayudará en mucho a explorar las oscilaciones de su pensamiento del mismo modo que lo haría la posibilidad de compulsión de los manuscritos de sus trabajos y su biblioteca personal. En cambio, Halperin dejó numerosos testimonios voluntarios en forma de entrevistas o de unas admirables memorias, las que son de gran importancia, en especial para comprender los contextos en los que realizó su trabajo pero algo más problemáticas para indagar su propia obra, ya que reposar plenamente en ellas obliga a sustituir la propia perspectiva por la que el mismo Halperin propuso sobre sí mismo, lo que de ser asumido eliminaría toda posibilidad no solo de una reflexión crítica sino incluso de cualquier interpretación alternativa a la suya. Otras dificultades son más personales: un historiador al que conocí y leí como todos abundantemente, con el que conversé largamente tratando de descifrar su pensamiento historiográfico, siempre me ha dejado la sensación de haber logrado escapar indemne a los esquemas que sucesivamente he intentado construir sobre su obra. Es de temer que esta reflexión tampoco resuelva el problema y que nuevamente él logre eludir mi intento de interpretarlo plausiblemente.

Por todo ello, prefiero que estas palabras sean vistas apenas como unos apuntes provisionales para reflexionar sobre Halperin, y no como un intento de brindar una “justa” –si es que eso fuera posible– o integral interpretación de su figura como historiador. Apuntes que parten y asumen, desde luego, una de las múltiples perspectivas posibles y que aspiran menos a dilucidar la importancia y perdurabilidad de sus aportes o la validez de sus

interpretaciones en el estado actual de los conocimientos disponibles o de los consensos académicos en torno de ellos, que a rasotrear lo que quizá podríamos llamar “condiciones de posibilidad de su obra”, a la vez que tratar de esbozar rasgos de su módulo historiográfico. La reflexión sobre las condiciones intentará ser no solo algo centrado en las propuestas de un historiador como si operase en el vacío, sino también sobre las posibilidades que brindaron y las constricciones que pusieron los contextos, temporales y espaciales. Finalmente, quisiera hacerlo, siguiendo los consejos implícitos que el propio Halperin brindó con sus reflexiones o con el ejemplo de sus obras, dejando sus contornos algo borrosos o inciertos y tratando de eludir la tentación de unir todos los puntos en un sistema.

1.

¿Qué hace excepcional a un historiador? Cualquier indagación puede comenzar por explorar las posibilidades que en un momento histórico concreto puede brindar un contexto específico familiar, social, intelectual. Esa exploración no debe hacer olvidar que en un historiador excepcional, como lo era Halperin, los factores estrictamente personales, el talento individual e intransferible, nunca pueden ser soslayados, aunque sea difícil ir más allá de constatar que esa dimensión es tan real como difícilmente predicable. Más sencillo es explorar aquellos contextos a la búsqueda de los elementos que podían valorizarlo. En este punto, sus memorias son de una ayuda inestimable, en lo que dicen y en lo que sugieren.

Tulio Halperin nació en Buenos Aires en 1926 en el seno de una familia de clase media, por emplear un término tan impreciso como económicamente descriptivo, de origen inmigrante. Sin

embargo, muchos datos provistos por sus memorias sirven para perfilar no tanto lo que los Donghi y los Halperin pudieran compartir con otras familias de ese tipo demasiado genérico, sino sus aspectos tan claramente específicos dentro de este (Halperin Donghi, 2008).¹ Sus padres, ante todo, optaron y pudieron residir casi siempre en el eje norte de la ciudad (Santa Fe-Cabildo) y los recuerdos de Halperin muestran cuánto la sociabilidad será más amplia en esos espacios que en los que brindaban otros precedentes. Agreguemos otro dato: a la hora de buscar ámbitos educativos, sus padres, tras una primera opción por la enseñanza pública en la que ellos se habían formado, prefirieron los institutos privados y, dentro de ellos, algunos de los ámbitos escogidos eran más usuales para los sectores acomodados, a los que los ingresos familiares no habilitarían sin cierto esfuerzo. Tal el caso del jardín de infantes que el Jockey Club había instalado en los bosques de Palermo o la Escuela Argentina Modelo, en pleno corazón del barrio norte, que era frecuentado por familias de buena posición económica (y no tan diferente, aunque más matizado, iba a ser el ambiente de la primera división de la mañana, la de los “recomendados” del Colegio Nacional de Buenos Aires en el que iba a proseguir sus estudios secundarios) (Méndez, 2013, pp. 53, 91 y 238). Desde luego que en esas elecciones paternas podía y debía primar la opción por una buena propuesta educativa, pero no era menos cierto que también implicaba abrir esa sociabilidad más hacia arriba que hacia abajo (términos bastos empleados con propósito apenas descriptivos). Todo ello muestra hasta qué punto era posible el ascenso social para dos profesores en la Argentina de esas décadas, como cuánto moldeaba un estilo de vida en el cual toda la convención

1. Me he basado en estas memorias para la reconstrucción del ambiente formativo de Halperin.

de los cuidados buenos modales y estilos estaba sólidamente implantada (y basta haber conocido a Halperin u observar las fotografías que acompañan sus memorias para percibirlo con nitidez). De ese modo, esa sociabilidad de los años de la infancia y de la adolescencia era parte de un núcleo familiar socialmente bien establecido, sin holguras, pero con ciertas posibilidades no al alcance de todos los que suelen ser incluidos en esos ámbitos sociales: del viaje a Europa a la casita de veraneo en una Punta del Este desde luego bien diferente a la actual. Ámbitos que quizá no iluminen en mucho al futuro historiador, pero que sí colaboraron, como él mismo nunca negó, en construir una particular y específica mirada sobre una Argentina que bien podía haber sido otra de haber sido tamizada por experiencias diferentes y, desde luego, muy otra de haber transcurrido en otro lugar del mundo euroatlántico más sometido a las dramáticas experiencias que lo surcaron en esa época. Es que los años comparativamente apacibles que presenta la Argentina de entonces indican hasta qué punto la “tormenta del mundo”, que azotaba con tanta fuerza en otros contextos lo hacía de forma más atenuada en la Argentina, aunque desde luego rasgos de la misma estaban presentes en las acciones públicas, y omnipresentes en los debates intelectuales locales. Esa cierta idea de la Argentina que parece haber emergido en sus años juveniles y perdurado en él por un buen tiempo, quizá vista como la culminación finalmente exitosa de una complicada historia secular, podía incluir, a la vez, tanto una cierta sobrestimación de las potencialidades del país, como de que todo lo que en él ocurría podía leerse en una clave más cercana a la comedia y la sátira que a la tragedia. Y aunque, desde luego, esos contextos son siempre imprecisos y porosos y además se han alzado prestigiosas voces reclamando para las reflexiones de un historiador, como para las obras de los grandes artistas, un derecho de extraterritorialidad y extratemporalidad –de

Ranke a Kracauer (1985, pp. 54-55) con argumentos distintos-, no es la vía que hemos decidido seguir aquí. Esta tratará de estar más atenta a la idea del “compromiso con la situación y con la temporalidad” (Koselleck, 1993, pp. 173-203), con la cual el mismo Halperin, al menos en relación con la segunda, fue siempre concorde, como trataremos de argumentar.

Ciertamente a la hora de reflexionar sobre el ambiente familiar y su formación como historiador, un lugar mucho más significativo lo ocupa la dimensión intelectual. En esa familia de letrados que evocó hace poco con eficacia Roberto Cortés Conde, Halperin pudo encontrar riquísimos estímulos, ya desde la conversación cotidiana, y un humus de lecturas y reflexiones en el espacio vasto que iba de la literatura a la historia y de esta a la filosofía. Ese mundo, fuese en torno a los clásicos o a otros ámbitos, giraba –en especial, pero no solo– en torno a una tradición intelectual: la italiana, que de Giambattista Vico a Francesco De Sanctis y de este a Benedetto Croce que tanto había hecho para revalorizar a sus dos predecesores en los debates antipositivistas de comienzos del novecientos (como luego lo haría en otra clave Antonio Gramsci, para quien incluso De Sanctis representaba el modelo de crítica literaria de la filosofía de la praxis), constituía el linaje mayor del idealismo meridional peninsular y el acervo intelectual si no más significativo, sí más recurrente de su familia. Esta presencia se poblaba asimismo de otros referentes que se habían formado en esa cultura italiana: de Francesco Capello, el admirado profesor de griego de sus padres, a otro profesor exiliado con el cual el mismo Halperin tuvo una gran amistad: Giovanni Turin.² Esa presencia italiana no debe, sin embargo, hacernos olvidar que el ambiente

2. Además de las referencias sobre Turin que hay en sus memorias, véase el cálido elogio en Halperin Donghi (1964, p. 5).

en que se movía la familia de Halperin era plenamente cosmopolita en lecturas y vínculos. Basta indicar entre estos últimos los nombres de Américo Castro, Amado Alonso (y la presencia de España como tema y problema iba desde luego a crecer desde la guerra civil), Raimundo Lida o Pedro Henríquez Ureña (y más acá, otros nombres como Roberto Giusti, José Luis Romero o Eduardo Mallea).

Ese desordenado y algo arbitrario elenco, al que podrían agregarse otros nombres que desplegaban sus actividades en ámbitos como el Instituto Nacional del Profesorado o el Colegio Libre de Estudios Superiores, no dice mucho si no podemos encuadrarlos en lo que implicaban y en lo que posibilitaban. Implicaban, ante todo, una colocación bien precisa en uno de los espacios prestigiosos, si no el más prestigioso, de la cultura argentina de entreguerras. Esa cultura podría rotularse de muchos modos, todos insuficientes: laica, liberal, progresista, antifascista, aunque se delimitase mejor por sus oposiciones que por sus contenidos. Un espacio que paulatinamente iría densificándose a la par de los conflictos que dividían crecientemente ese campo desde la guerra civil española, por lo menos, y que a la contraposición fascismo/antifascismo iba a agregar luego la de peronismo/antiperonismo. Estas divisiones enconadas y perdurables iban a reforzar las solidaridades de un espacio en origen más heterogéneo, que, como todas, implicaban posibilidades, pero también bloqueos y vetos. Halperin iba a beneficiarse de las primeras más que padecer los obstáculos de los segundos y las lealtades requeridas que emergían de esa colocación y con las cuales fue siempre en lo personal muy consecuente (al igual que con otras más tardías), aunque no siempre lo fuese intelectualmente, parecen haber sido en él mucho más autoimpuestas que exigidas desde fuera. Y a esa independencia intelectual contribuía el carácter heterogéneo de sus

lecturas, la ausencia de un maestro o de una tradición excluyente y un cierto aire de irreverencia que connotó durante mucho tiempo su forma de intervención en el debate de las ideas. Baste recordar, por ejemplo, cuánto su *Echeverría* (1951) tomaba distancia de las tantas versiones canónicas y ejemplares que se publicaron en 1951 en el ámbito de la cultura antiperonista.

En cualquier caso, ese mundo intelectual venía a articular aun con más fuerza y pertinencia aquellas experiencias sociales antes aludidas en su mirada sobre la Argentina. Empero, más que detenernos de nuevo en ella, es quizá más útil observar las posibilidades o recursos que esa colocación le brindaba. Estos iban desde interlocutores cuya excelencia intelectual podía aprovechar, hasta las posibilidades para publicar sus trabajos en los lugares más prestigiosos del ámbito argentino e hispanoamericano. Va de suyo que Halperin mostró desde sus primeros trabajos históricos un talento inusual y excepcional, pero que pudiera publicarlos en las páginas de *La Nación*, en *Cuadernos Americanos* o luego en *Imago Mundi* o en *Sur* no era algo, al menos en el clima de la Buenos Aires de entonces, al alcance de todos.

Elegida la opción por la historia, los dos interlocutores serían José Luis Romero y Claudio Sánchez Albornoz. Al consejo del primero lo encaminaron sus padres apenas manifestó su inclinación por la historia. De ese extraordinario intelectual e historiador que fue José Luis Romero y de su propuesta historiográfica dejó Halperin un cálido recuerdo en sus memorias, en una operación que se asemejaba, con relación a él y a otras figuras allí retratadas, a la voluntad de construir una tradición en la cual colocarse. Sin embargo, esas relaciones probablemente estuvieron lejos de ser historiográficamente idílicas, de ambos lados, como lo muestra una simple comparación entre las obras que uno y otro produjeron. Por otra parte, la correspondencia de Halperin con

Braudel de 1952 revela tempranamente todas las distancias historiográficas entre ambos, ya desde el hecho de que ese vínculo se estableciese por la sugerencia pero sin la mediación de Romero (que un par de años antes había enviado a trabajar con el historiador francés al que por entonces consideraba el más prometededor de sus discípulos, Gustavo Beyhaut).³ La búsqueda en Braudel de una guía más segura que la que podía proveer la “fantasmagórica” historia de la cultura o el ejemplo de *La Méditerranée*, como una obra que podía hacer muchísimo bien para alejar a los mejores historiadores e intelectuales argentinos en general del influjo que había llegado “hace veinticinco años de la *Revista de Occidente*, y que servía para considerar a casi todo lo demás como ‘positivismo superado’”, señalan bien donde ubicar las diferencias.⁴ Elípticas referencias que no concernían al rol de Romero como historiador, que en buena medida sería para él arquetípico, ni a su colocación como punto de partida de una tradición, sino a su

3. Consulté la Correspondencia de Braudel en 1995, momento en que se hallaba depositada en la Maison des Sciences de l’Homme y en proceso de catalogación por parte de Mme. P. Braudel y gracias a su autorización y a la mediación de Ruggiero Romano. Actualmente la misma se encuentra en Fonds Fernand Braudel (FFB), París, Bibliothèque de l’Institut de France. Todas las referencias de la correspondencia remiten al Legajo Halperin del Archivo Fernand Braudel.

4. “No se imagina hasta qué punto están aquí los mejores atados al influjo que llegó hace veinticinco años de la *Revista de Occidente*, hasta qué punto se jura por las culturas cerradas, cuya alma se alcanza por iluminación, y todo lo que no sea eso se juzga positivismo superado. El ejemplo de cómo sin todas esas cosas, y manteniendo el debido respeto al dato natural, se pueden hacer cosas tanto más finas y penetrantes, y sin nada de lo que tienen de gratuito o arbitrario esa mortal historia de las ideas o esa fantasmagórica historia de la cultura que tanto nos gustan, ese ejemplo es de esperar que servirá de algo. Pero todo eso lo sabe usted muy bien sin duda y es presunción mía tejer el elogio de una obra que tan escasamente la necesita”. Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 11/9/1952, AFB.

propuesta historiográfica.⁵ Aquí, con todo, debe recordarse que existía un *trait d'union* entre ambos y era el provisto por el *historismus* alemán, que aunque con diversas modulaciones y combinaciones interesó a ambos.

El discurso es diferente en relación con Sánchez Albornoz, el historiador español que había sabido ser un interlocutor privilegiado de Marc Bloch en los años treinta, durante su residencia en España, y que ahora seguía cultivando una forma de hacer historia que aunque muy atenta a las instituciones, como lo había sido desde los lejanos orígenes en la escuela de Hinojosa, aparecía ahora sazónada con una vis polémica inusual en el género erudito (véase su *España: un enigma histórico*) y cuyas diferencias con lo que ya por entonces o luego escribiría Halperin son mucho más evidentes que en el caso de Romero. Con todo, Claudio Sánchez Albornoz era para él, como la misma correspondencia con Braudel revela, “el único profesor presentable que queda en la Facultad” (Filosofía y Letras) y ello lo hacía indispensable para realizar su doctorado, algo que “aquí se ha convertido en un objeto de primera necesidad académica”.⁶ Pero esa relación bastante instrumental encontraba un aun mayor obstáculo en lo que percibía

5. Véanse los notables esfuerzos que hizo Halperin para que el libro de homenaje a Romero llegase a buen puerto. El libro, que publicaría Siglo XXI en 1982, fue una idea de Halperin a la que se sumó rápidamente Juan Antonio Oddone y en la que colaboró también Blanca París. Tulio Halperin Donghi a Juan Oddone, Berkeley, 14/7/1977 y la respuesta de Juan A. Oddone a Tulio Halperin, México, 14/10/1977, ambas en Archivo Oddone (AO), Archivo General de la Universidad de la República (Montevideo) (AGU). De las muchas vicisitudes en torno al volumen que finalmente se llamará *De historia e historiadores* informan numerosas cartas sucesivas.

6. En carta de Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 18/12/1952, AFB.

como su autoritarismo intolerante hacia cualquier disidencia historiográfica de sus discípulos.⁷

Si así estaban las cosas en sus percepciones –y más allá de si las mismas eran o no excesivamente severas hacia el mundo académico argentino– parecía inevitable que para adquirir el nivel que consideraba imprescindible para ejercer el oficio de historiador debía buscar alternativas en el exterior. Que lo haya intentado, al costo de no pocas penurias y dificultades, es ciertamente un mérito personal remarcable; que haya podido hacerlo le brindaría otro elemento diferencial en relación con sus contemporáneos. Desde luego que los comentarios aludidos son de 1952 y, a falta de mejor documentación, no podemos saber si eran también los de mediados de 1950 o al menos si lo eran en igual intensidad. Entre ambos momentos está la decisión familiar de que hiciese una experiencia académica y cultural en Italia.

2.

Hacia Turín y su Universidad, a la que se dirigió Halperin hacia fines de 1950, lo orientaban, en primer lugar, las redes familiares e intelectuales de su familia quizá tanto como el recuerdo que en ellas perduraba del que había sido un gran centro de estudios históricos en la primera posguerra. Sin embargo, la situación no era la misma en esos primeros años de la segunda posguerra, los que, más allá de la presencia en ella de figuras de un destacado

7. “[P]or nada del mundo haría yo una tesis que interesara de veras a mi apadrinante, con el cual es imposible andar de acuerdo por poco que quiera uno formarse una opinión propia acerca de cualquier cosa.” De allí que eligiese un tema (Pedro Mártir de Anglería) del cual “no sabe mucho y no le interesa en absoluto” dice Halperin en la misma carta a Braudel.

relieve académico, bien pueden ser vistos como un intermedio entre dos etapas más brillantes, anterior y posterior.⁸ Al menos así parecían estar las cosas en el ámbito de los estudios históricos y en ese sentido, la elección que hizo de seguir los cursos de dos destacados historiadores, Giorgio Falco y Walter Maturi, era casi obligada, si se quería permanecer en el ámbito de las materias históricas. Ambos eran parte, según una conocida observación de Cantimori (1976) en *Società*, de ese grupo piemontés (si bien Maturi lo era por adopción) que, aunque sustancialmente disperso por entonces en otras universidades italianas o en el exterior, era para él la elite de la historiografía italiana de entonces. Reencontraba, por lo demás, en ellos la tradición croceana, con la que ya estaba tan familiarizado y que era en cierta medida por entonces la suya. Sin embargo, ese reencuentro también exhibía, en los dos historiadores antes aludidos, unas oscilaciones propias de quienes no habían sido solo formados en ella y que por distintas vías habían atravesado también otros caminos en la formación filológica y en la exégesis de textos, en las que ambos y sobre todo Falco parece haber descollado a gran altura y en las que el magisterio croceano remitía más a un modo de pensar la historia, al interés por los debates historiográficos y a un lugar ideal en el que posicionarse en el debate cultural de la posguerra (en especial en Maturi). Sin embargo, también es posible conjeturar que un observador tan inteligente como era Halperin no podía no percibir cuánto estaba siendo puesto en discusión el lugar hegemónico

8. Véase el retrato de esos años en la Facultad de Letras de Turín propuesto por Pietro Rossi (2001), que atiende también a los conflictos entre profesores católicos y laicos y entre designados por el fascismo y retornados luego de su caída (como el caso de Falco, uno de los depurados por las leyes raciales, que tras su retorno a Turín la abandonaría por Génova al año siguiente al del curso al que asistió Halperin).

que Croce había ocupado, no solo en tanto *maître à penser* de la cultura italiana, sino también en su forma de realizar la operación histórica por historiadores más o menos jóvenes. Y aunque esa distancia podía remitir más a la práctica concreta que a las premisas ideales propuestas por Croce, era bastante visible en figuras tan influyentes por entonces como Delio Cantimori, Arnaldo Momigliano y también en alguien como Federico Chabod, al que incluso el ilustre pensador había elegido como su sucesor en su Instituto en Nápoles.⁹ Y, desde luego, en términos más generales y no solo historiográficos, esa puesta en cuestión del lugar del “Papa laico” de la cultura italiana de entreguerras no debía buscársela ni tanto ni solo en los *Quaderni* de Antonio Gramsci que estaba publicando en esos años en Turín, en una edición cuidadosamente reorganizada, la editorial Einaudi, y en el que Croce era a la vez discutido y contenido en el surco común de una nueva vuelta de tuerca del *storicismo*. Un Gramsci que, por otra parte, fue otro de los descubrimientos intelectuales de Halperin en Turín, lo que no debería ser sorprendente vista su inmersión desde joven en la tradición italiana que estaba detrás de él, y cuyas intuiciones históricas parecen haberlo atraído tanto como poco lo hicieron sus reflexiones sobre la política. A la espera de estudios que profundicen ese vínculo intelectual, lo que la experiencia turinesa parece haber dejado en Halperin es el comienzo de su entrenamiento en la práctica nodal de la profesión, la crítica de los documentos, que iba ya en aquellos profesores a cuyos cursos asistió bien más allá de la que hubiera podido conocer en su lugar de origen, y sobre todo el espejo de un mundo político

9. Véase, por poner un ejemplo, el balance de Croce inmediatamente después de su muerte que realiza Federico Chabod (1952); reproducido en Chabod (1978, pp. 179-253).

e intelectual mucho más refinado, complejo y ambiguo desde el cual mirar a la Argentina y a su historiografía desde fuera. Ello es bien perceptible en el texto que publica en 1952 en la *Rivista Storica Italiana*, en el que brinda un “Panorama della storiografia argentina” que va desde Mitre y López a la Nueva Escuela Histórica en el que, además de exhibir que ya en una fecha tan temprana conocía muy bien a los “clásicos” argentinos (otro elemento bastante diferencial), mostraba un impiadoso retrato del estado de la misma en esos años.¹⁰ Afirmaciones como que “la nostra storiografia conserva oggi un non so che di rudimentale e primitivo” (a diferencia según él de la filosofía y la filología), de la cual casi podía afirmarse que, si mirada en una trayectoria secular ella se había empobrecido más que enriquecido, ya que las apelaciones al “método” no podían ocultar que “si nota nella nuova scuola una qualche deficienza di adeguata preparazione culturale senza la quale la severità dell’erudizione diventa completamente illusoria” (1952, p. 596).¹¹ Empero, y más allá de las matizaciones iniciales, cerca de concluir sugería que el problema no era solamente de la Nueva Escuela: “Ricordiamo inoltre che le sue debolezze non sono affatto proprie di questo gruppo di storici, esclusivamente. Esse sono un riflesso fin troppo chiaro di caratteristiche certo non brillanti di tutta un’epoca della nostra storia culturale e non

10. El texto debe haber sido solicitado por Falco o por Maturi (o por ambos) ya que los dos eran entonces miembros del Comité de Dirección de la revista.

11. “Nuestra historiografía conserva hoy un no sé qué de rudimentario y primitivo (...) se nota en la nueva escuela una cierta deficiencia de una adecuada preparación cultural sin la cual la severa erudición deviene totalmente ilusoria”.

culturale soltanto” (1952, p. 606).¹² La referencia mayor se aplica a la época peronista, pero el artículo deja entrever no solo a ella. En cualquier caso, la experiencia turinesa, al menos en lo que tenía de aprendizaje historiográfico, anticipa o prepara la de París, a la que se orientaría un año y medio después de su retorno de Italia. Allí encontraría a Braudel.

Los comienzos de la relación intelectual entre Tulio Halperin Donghi y Fernand Braudel son bien conocidos. Derivan de la recensión que el primero hizo de *La Méditerranée* en las páginas de *La Nación* en 1952 y que él mismo le enviaría al historiador francés. La respuesta de Braudel fue contundente: “c’est de loin la meilleure analyse parue sur mon ouvrage. Vous avez été le seul, au delà du livre, a retrouver l’auteur, ses hesitations et comme son dialogue avec la propre pensée”.¹³ Si se relea la recensión hecha por Halperin, y se trata de buscar en ella dónde está el punto de diferenciación con tantas otras recensiones contemporáneas (Romano, Saponi, Reglà, Berthe, Mattingly, Bailyn, etc.), parece encontrárselo en el problema de los tiempos históricos. Desde luego que Halperin ve el libro como una obra polémica contra la historia tradicional y contra el fetichismo del acontecimiento

12. “Recordemos por lo demás que sus debilidades no son para nada exclusivas de este grupo de historiadores. Ellas son un reflejo demasiado claro de características ciertamente no brillantes de toda una época de nuestra historia cultural y no solamente cultural”.

13. En carta de Fernand Braudel a Tulio Halperin, Buenos Aires, 10 de octubre de 1952: “Es de lejos el mejor análisis publicado sobre mi trabajo. Usted ha sido el único que ha encontrado, más allá del libro, al autor, sus hesitaciones y como su diálogo con su propio pensamiento”. Muchos años después, en 1985, un mes antes de su muerte, Braudel seguía recordando a aquel joven: Théodore Zeldin: “Qui vous a compris?” Respuesta: “Eh bien... il y a quelqu’un en Argentina” [“¿Quién os ha comprendido?”. “Pues bien... hay alguien en Argentina”] (VV.AA., 1985, p. 198).

pero, a su vez, se detiene más largamente sobre el problema de los tiempos históricos, insistiendo en las dificultades operativas de Braudel para deslindar entre esos distintos tiempos que derivaban de que esa distinción era una “elección” del historiador sobre un tiempo histórico que fluía unitariamente (29 de junio de 1952). Parece hoy curioso que ese núcleo central de la reflexión braudeliana pasase por entonces casi inadvertido (el otro que lo había detectado era Claude Lefort en el mismo año, para quien la no uniformidad del devenir social y sus distintos ritmos era una de las más ricas intuiciones de Braudel). Lo cierto es que inmediatamente Halperin volvió a escribirle a Braudel, indicándole que aspiraba a viajar a Francia para “aprender a usar el material en bruto y sacarle el jugo”, y rápidamente se puso en movimiento para el viaje.¹⁴ Serían, otra vez, los ahora más menguados recursos familiares los que le permitirían hacerlo y presentarse unos meses después en París.

La VI Sección de la EPHE, entonces de reciente creación, era una muy prometedora cantera en construcción en la que Febvre y Braudel con limitados recursos, sea del Estado francés, sea de la Fundación Rockefeller (y con el apoyo decisivo de Charles Morazé), estaban dando forma a una institución en muchos sentidos inédita en el panorama académico francés. Sus estrategias de reclutamiento si en un principio habían abrevado bastante en la antigua IV Sección se abrirían progresiva e indiscriminadamente a la búsqueda de innovación y talento y lo harían no solo entre los historiadores sino entre otros científicos sociales, en una exhibición de que la interdisciplinariedad era mucho más que un

14. Así lo escribió en una carta del 18 de febrero de 1952.

rótulo.¹⁵ Entre los puntos originales de la misma se encontraban también el alto nivel de extranjeros incorporados, una forma de funcionamiento centrada en el seminario (que en Braudel era el legendario modelo del seminario alemán, su punto de referencia) y unas relaciones mucho más abiertas y menos acartonadas que las que reinaban en las otras instituciones francesas.

Ese riquísimo panorama no desvió a Halperin de lo que ya antes de su viaje le había manifestado a Braudel: trabajar con él y seguir los seminarios de Marcel Bataillon en el Collège de France. Braudel, para aprender el oficio y Bataillon, por la importancia de sus estudios sobre el humanismo español para su tesis de doctorado sobre Pedro Mártir de Anglería. Decidió permanecer entre los historiadores, pero incluso en ese terreno, que era por entonces todavía ampliamente dominante en la EHESS, no se abrió más de lo necesario y algunos notables estudiosos entre historia demográfica y económica, como Jean Meuvret o Maurice Lombard o en la sociología histórica del arte, como Pierre

15. Para la reconstrucción de ese momento inicial de la EPHE, ver Giuliana Gemelli (1990, pp. 246-260) y Pierre Daix (1995, pp. 245-272). El mismo Daix transcribe un testimonio algo más tardío de Pierre Bourdieu en el que este describe con eficacia el clima de la EPHE: “une institution qui ignorait les oppositions entre les facultés et les disciplines, mêlant économistes des facultés et historiens des facultés des lettres, et qui faisait litière des hiérarchies entre les rangs de la noblesse universitaire, offrant ainsi un asile tout a fait unique aux chercheurs qui, du fait de leur origine étrangère ou pour tout autre raison, n’avaient pas suivi le cursus canonique” [“una institución que ignoraba las oposiciones entre las facultades y las disciplinas, mezclando economistas de facultades e historiadores de facultades de letras, y que hacía tabla rasa de las jerarquías entre los rangos de la nobleza universitaria, ofreciendo así un asilo absolutamente único a los investigadores que, en razón de su origen extranjero o por cualquier otra razón, no habían seguido el *cursus* canónico.”] (1995, p. 263). Véase también Jacques Revel y Nathan Wachtel (1996).

Francastel, parecen haber estado alejados de sus curiosidades. Una excepción fue la profundización del modelo labrousiano aunque más por imposición de Ruggiero Romano, el supervisor oficioso que le colocó Braudel, que por otra cosa. Si Braudel satisfaría plenamente sus expectativas, menos lo haría Bataillon, en quien, más allá de la jerarquía indiscutida de sus trabajos, creía percibir una forma de historia de las ideas epigonal de la más rica de Lucien Febvre, que fue la otra figura que lo impresionó, más por sus obras que por un contacto personal que parece haber sido apenas episódico, y del que claros rastros metodológicos hay en *Tradición política española* y en *José Hernández y sus mundos*.

El episodio francés puede entonces concentrarse en la relación con Braudel, que fue aquel que más cerca estuvo de ser su maestro. Que él mismo lo admitiera y lo hiciera tan explícitamente en el 2008, año de publicación de sus memorias, dice tanto de ese influjo como del lugar distante en que decidía ponerse a esa altura con relación a las nuevas generaciones de historiadores que por esta fecha ya habían ajustado las cuentas con Braudel, y ello concernía tanto a los que Ruggiero Romano llamaba irónicamente “santi senza miracolo” como a aquellos que, en cambio, habían producido obras reputadas excelsas y con relación a las cuales Halperin nunca dejó de esconder su perplejidad. Ese vínculo concierne, se lo señaló ya, ante todo a la operación documental, esa misteriosa tarea que parece ser mucho más el resultado de una acumulación intergeneracional de prácticas y habilidades que algo que pueda aprenderse en manuales. Y, en este sentido, Halperin no dejaba ocasionalmente de señalar que en Braudel percibía no solo un notable talento para hacerlo sino también la sedimentación de otras enseñanzas más antiguas. De ese modo, ello que era parte de una rica y antigua tradición, inexistente en la Argentina más allá de las formalidades algo primarias de su

ejercicio por la Nueva Escuela Histórica, entroncaba en él junto con lo que había aprendido en este campo en Italia y brindaba otro de los mayores elementos diferenciales de su ejercicio del oficio del historiador en relación con sus compatriotas. Desde luego que el influjo iba más allá, desde la importancia del espacio geográfico hasta una forma contextual de lidiar con la historia política, desde el modo de aproximarse a la historia económica hasta las ambiciones de establecer conexiones inesperadas entre los distintos planos del pasado y a veces puramente analógicas entre fenómenos distantes en el tiempo y el espacio y, desde luego, a la problemática de la *longue durée*. Va de suyo, sin embargo, que, con excepción de su tesis de doctorado, su obra más braudeliana, en las demás, esos influjos siempre se mezclaron con otros, lo que no era más que otra de las formas de esa cultura de mezcla que fue siempre tan característicamente argentina.

La relación de Braudel con Halperin puede, asimismo, explorarse desde otro ángulo que exhibe, más allá de los juicios laudatorios anotados, hasta qué punto aquel gran descubridor de talentos había encontrado uno en Halperin. Pongamos un ejemplo: cuando pocos años antes Braudel había recibido en la EPHE a Beyhaut, se había opuesto a que este se dedicase a la historia europea, remitiéndolo al campo de los estudios americanos. Luego, había recibido a un Halperin que traía el proyecto de trabajar sobre quien había sido un cronista de indias, que le manifestaba que “mi deseo es dedicarme luego a historia rioplatense, un deseo del que se burla implacablemente José Luis Romero” y que, si bien expresaba curiosidad por hacer alguna práctica en temas del siglo XVI europeo, lo hacía para aprender el oficio.¹⁶ Braudel,

16. En carta de Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 18 de diciembre de 1952.

en cambio, en este caso, lo orientaría hacia un tema español. Al hacerlo, lo colocaba en el linaje de una noble y prestigiosa tradición francesa: la del hispanismo. En alguien como Braudel, cuyas decisiones nunca eran inocentes, el haberle conseguido el subsidio para desplazarse a los archivos españoles y el haberle propuesto luego gestionarle ante Jean Sarrailh un puesto estable de Lector de español eran bien significativos de lo que esperaba del joven historiador argentino. En ese punto, Halperin toma una de esas decisiones cruciales en la carrera de cualquier historiador. Rechaza la oferta de Braudel y decide volver a la Argentina. Su argumento: “je ne crois qu’il serait loyal vis à vis des miens qui m’ont envoyé ici pour quelques mois, de prendre une position que a tout l’aspect d’être ‘définitive’”.¹⁷ Siempre se podrá conjeturar acerca de ello e incluso pensar en otra historia posible, en la que Halperin opta por quedarse en Francia, y pocas dudas puede haber acerca de que hubiese sido un destacadísimo historiador en ese terreno, que seguramente le hubiera dado una aun mayor visibilidad y prestigio en la historiografía occidental. En cuanto a las conjeturas, dos pueden hacerse. Una, vinculada con esa centralidad de la Argentina como experiencia y como problema, que fue siempre tan suya al menos historiográficamente (y basta recordar cuánto volvía a ella en sus conversaciones aun en lugares y momentos inesperados), y con la voluntad de no ser solo un *scholar* sino un intelectual, cosa desde luego improbable de alcanzar en

17. En carta de Tulio Halperin a Fernand Braudel, París, 28 de junio de 1953: “No creo que sea leal con respecto a los míos que me enviaron aquí por algunos meses, tomar un puesto que tiene todo el aspecto de ser ‘definitivo’”. En la misma carta, Halperin le pide ayuda para obtener una beca para los Estados Unidos. El episodio, curiosamente, no es recordado en sus memorias. A partir de esta carta, Halperin empieza a escribirle a Braudel en francés.

Francia; otra, que había percibido muy bien los inconvenientes de estar enclavado en la trama de una persona que no solo era un historiador excepcional o un no menos brillante organizador cultural, sino un habilísimo gestor de las relaciones interpersonales académicas en clave paternalista. En cualquier caso, no quiso estar en la órbita del que llamó años más tarde y no sin cariño, en una carta a su amigo Juan Oddone, el “demoníaco viejito”.¹⁸ Optaba así, Halperin, al tomar distancia de quien más cerca había estado de ser su maestro, por no tener ninguno. Volvió a la Argentina, le envió un artículo a Braudel resultado de su investigación, para ser publicado en *Annales* (y que este juzgó “elle n’est pas bonne, elle est vraiment excellente”),¹⁹ decidió abandonar el Pedro Mártir y cambiar de argumento, defendió su tesis de doctorado en Filosofía y Letras, “Los moriscos del reino de Valencia, 1520-1609”, bajo la dirección formal de Sánchez Albornoz (quien, según creía y decía, tal vez ni siquiera la había leído).²⁰

La correspondencia de Halperin con Braudel no cesó y un par de cartas sucesivas del primero parecen sugerir una cierta

18. “Viste que el demoníaco viejito cuando todos lo creían gagá y semimoribundo se descolgó con un super-mediterráneo en tres volúmenes interminables” dice Tulio Halperin en carta a Juan Oddone del 12 de marzo de 1980 (en AO, AGU, Uruguay).

19. En carta de Fernand Braudel a Tulio Halperin, París, 12 de febrero de 1954 [“no es solo bueno, es verdaderamente excelente”]. El artículo será publicado en el número 2 (vol. 11) de *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations* con el título “Recouvrements de civilisations: les Morisques du Royaume de Valence au XVIe siècle” (1956, pp. 154-182).

20. En carta de Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 1 de noviembre de 1953. La tesis fue publicada en dos partes en los *Cuadernos de Historia de España*, nº XXIII-XXIV (1955, pp. 5-115) y nº XXV-XXVI (1957, pp. 83-250); reunidas luego en forma de libro en España en 1980. Que Sánchez Albornoz decidiese publicar toda la tesis en su revista puede sugerir que su juicio sobre la misma era bien favorable.

nostalgia de la experiencia francesa en comparación con la situación argentina, en torno a la que volvía a tomar las distancias que ya señalamos precedentemente.²¹

3.

Hemos visto hasta ahora a Halperin entrando en contacto con tradiciones historiográficas diversas, que no lo eran solo por sus temáticas, por sus enfoques tradicionales o innovadores o por su diálogo –o ausencia de– con otras ciencias sociales. La historia de la cultura de Romero, la historia institucional-erudita de Sánchez Albornoz, el *storicismo* neo o post crociano italiano, la bastante inclasificable historia braudeliana y la historia ciencia social de la *Annales* labroussiana. ¿Es posible intentar un balance que ayude a pensar cómo se colocaba por entonces Halperin en relación con la historia como ciencia del pasado, admitiendo que, como observó Carlos Altamirano, no solo nunca fue demasiado explícito en

21. En relación con el ambiente en el ámbito del Instituto de Filosofía y Letras dirigido por Claudio Sánchez Albornoz: "Raison de plus pour regretter les belles leçons que vous nous faisiez a l'École; en train de regretter, je regrette même le fameux document sur Naples, et les efforts héroïques de M. Le Louet pour lui donner une date [Razón de más para añorar las bellas clases que usted nos daba en la École; en tren de añorar, echo de menos incluso el famoso documento sobre Nápoles, y los esfuerzos heroicos de M. Le Louet por datarlo]", Tulio Halperin en carta a Fernand Braudel, Buenos Aires, 10 de junio de 1954. Sobre el ámbito renovador, lamentaba que tal vez *Imago Mundi* desapareciese "même si elle n'est pas très bonne c'est la seule qui nous reste [aunque ella no es muy buena, es la única que nos queda]", lo que parece excesivo, para concluir nuevamente "combien on regrette ici les Annales et vos si belles leçons, dans cette atmosphère sirupeuse d'histoire de la culture [cuánto se extraña aquí a *Annales* y a sus tan bellas clases, en esta atmósfera almibarada de historia de la cultura]", Tulio Halperin en carta a Fernand Braudel, Buenos Aires, 7 de noviembre de 1954.

este terreno sino también que a menudo dejó las cosas en una deliberada imprecisión o las puso a contraluz o por contraste, quizá porque, como escribió, la historia como los árboles se conoce mejor por sus frutos que por sus raíces?

Quizá sea posible partir, nuevamente, de su correspondencia con Braudel de 1952. En el diálogo entre ambos, la propuesta del historiador francés consistía en contemplar deslumbrado la riqueza del mundo sin querer perder nada de ella (“tout ressaisir”, aunque “c’est impossible”). A través de sucesivas aproximaciones imperfectas, trata de contener la mayor riqueza posible de la vida, debiendo lamentarse de tener inevitablemente que elegir (“tout exposition est procédé et choix [toda exposición es procedimiento y elección]”), mientras “l’histoire n’est pas choix [la historia no es elección]”.²² A esta propuesta que, a falta de algún término mejor, podríamos llamar naturalista, Halperin contraponía argumentos en parte croceanos, en parte diltheynianos y, en cualquier caso, historicistas: siempre conocemos lo que queremos conocer, desde la selectividad que imponen las propias preguntas, el propio tiempo histórico e historiográfico, o en sus palabras su “horizonte”.²³

22. Las reflexiones de Braudel, en carta de Fernand Braudel a Tulio Halperin, 10 de diciembre 1952.

23. “¿Qué significa ese ideal de historia completa? ¿No significa acaso que se pide una historia que se adecue exactamente a las inquietudes, a los intereses, a las obsesiones que hacen que el historiador se incline sobre la historia? Este horizonte de la historia completa se muestra así cambiante. No solo cambia la historia que de hecho se hace, cambia también lo que el historiador cree que debe ser la historia (o como usted gusta de decir, también Ranke, con su culto de la objetividad, y todo lo demás, tenía su filosofía de la historia). Solo que en esa filosofía de la historia el historiador vive, si así puede decirse, como un pez en el agua, es su horizonte y no un límite arbitrariamente impuesto, por eso la historia adecuada a ese horizonte la llama completa”, y agregaba que siempre en el pasado se “ha seleccionado, recordado un sector de los datos que tenía ante sí y esa elección no es defectuosa

Toda historia es, en este sentido, a la vez “completa” y selectiva, la de Ranke o la de Bloch, y no hay ningún remordimiento por ello sino incluso un cierto “goce”. Esa idea, que coloca en el centro al historiador y sus preguntas, que serán satisfactoriamente contestadas cuando él mismo considere que ha dilucidado los enigmas que lo llevaron a plantearlas, fue una perspectiva a la que siempre se atuvo, y así, cuando años más tarde se le preguntaba acerca de tal o cual libro o documento que no había consultado, solía responder que no lo había hecho porque no lo consideraba necesario, ya que había ido hasta donde había considerado suficiente para resolver convincentemente el problema. También siempre se atuvo a la idea, no solo croceana desde luego, de que toda historia y por ende cualquier pregunta era inevitablemente contemporánea (o colocada en su “horizonte”) y dejó numerosos testimonios de ello y todavía, al menos por entonces, también compartía una cierta idea de sentido progresivo de la historia que no parece tan claro que fuese la de Braudel, siempre poco interesado en pensar el cambio o el devenir.

La experiencia francesa con Braudel no parece haber cambiado esa perspectiva sino más bien reforzado la importancia de la operación erudita y los modos concretos de lidiar con ella. Al hacerlo así, Halperin no se diferenciaba tanto de la experiencia de aquellos que en Italia, por otras vías (un Momigliano por ejemplo), que habiendo partido también de las premisas de Croce –que si bien incluía argumentativamente la relevancia de la operación filológica erudita, en la práctica la ejercía menos

porque sea tal elección, sino porque se realiza según curiosidades y aspiraciones que no son ya las nuestras”, Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 18 de diciembre 1952.

sistemáticamente—, habían resuelto ir más a fondo en la admisión de la importancia decisiva de la investigación empírica.²⁴

En cualquier caso, las distancias y los límites de las distancias que iba a tomar sea con la tradición croceana, sea con la *annaliste* iban a percibirse en dos textos que publicó en *Imago Mundi*, posteriores a su experiencia francesa. Las distancias, en relación con la experiencia italiana, se encuentran en una cálida y respetuosa reseña de 1954 de unas crepusculares conferencias de Benedetto Croce (1950), muy diferente por lo demás a la tan escueta que Braudel había escrito sobre el mismo libro. Observa allí Halperin que el gran erudito italiano que tanto camino había hecho desde sus trabajos juveniles para abandonar todo resabio de romanticismo y para debilitar el lugar del idealismo neohegeliano en su pensamiento, que al final, según él, bien podía denominarse humanista, lo que implicaba un cierto dejarse llevar por los detalles atento a la riqueza y variedad de la vida, pese a todo había conservado hasta el final una sola lección de Hegel que Halperin encuentra en la *forma mentis* unitaria de Croce y que bien podríamos llamar su *esprit de système*. Y quizás, aunque conservase mucho de las enseñanzas croceanas a lo largo de su vida (una no menor es la idea de que la verdad está en el proceso mismo que se narra y no en su final), será precisamente contra ese espíritu de sistema, contra esas antinomias ritmadas por la búsqueda de unidad de lo diverso que daban un aire un poco artificial a los estudios de esa tradición que iba a construir su práctica de historiador. Con relación a la tradición francesa, en especial contra aquella historia serial cuantitativa a la Labrousse (que sin embargo no dejó de practicar ocasionalmente), y más en general contra

24. Que el archivo era para Croce un lugar a visitar solo para consultas puntuales, ver en Carlo de Frede (1998).

el modelo historia ciencia social nunca desprovisto del todo de ilusiones nomológicas, tomaba distancias el artículo publicado también en *Imago Mundi*, “Crisis de la historiografía y crisis de la cultura”, de 1956. En cualquier caso, ese artículo y el poco precedente en *Sur*, “La historiografía en la hora de la libertad”, dan en conjunto una adecuada imagen de cómo percibía Halperin la disciplina histórica.

Véanse dos citas. La primera del artículo en *Sur*:

ese culto del dato, del hecho desnudo, se identifica pues con lo que la Nueva Escuela, en tren de halagarse a sí misma, llamaba su objetividad erudita. ¿Será necesario decir de nuevo hasta qué punto esa imagen de la objetividad histórica era falsa? Recordar como el hecho desnudo no es algo que el historiador encuentra en su camino, que es algo que él debe construir

(y hasta aquí bien podía ser Lucien Febvre), pero Halperin iba más allá y agregaba “que su objetividad está dada también *in interiore homine*” (1994, p. 21). La expresión, que es de San Agustín – *in interiore homine habitat veritas*– alude elegantemente a la *elerbnis* diltheyniana, a la vivencia interior, punto de partida de todo conocimiento. Un Dilthey que, por lo demás, era uno de los tantos que se había detenido en ella, en su caso para indicar un momento relevante del pasaje en la filosofía occidental del objetivismo griego al subjetivismo cristiano.

Esa alusión implícita al historicismo tardío alemán, que por comodidad llamaremos *historismus* y que constituía un núcleo juvenil importante de sus lecturas históricas preferidas en la Argentina (en especial las obras de Dilthey, de su discípulo Groethuysen y de Meinecke), aparecerá como un instrumento por

entonces para discutir con la nueva historia ciencia social, por un lado, y con el *storicismo* italiano, que algunos han llamado absoluto, por el otro. Y así, si se indaga el artículo de 1956 en *Imago Mundi*, pronto parece que las cosas están en esos mismos términos. Afirma allí Halperin que el nuevo historiador no cree ya en las “cosas como efectivamente sucedieron [...] y sabe que es preciso todavía referirlas a un sentido. Gracias a ello le es accesible una flexibilidad y una riqueza de contenidos de que carecía la vieja erudición”. Así logra “una operación enriquecedora del contenido espiritual de la historia” aunque “infinitamente problemática” y más porque “este fenomenismo niega aún validez a la aplicación de un criterio axiológico que permita ordenar el material histórico” (1956, pp. 114-115). Lo que el texto sugiere es el problema del insondable abismo relativista que plantean los dilemas del historicismo tardío. Llegado a ese punto, Halperin no parece querer seguirlos hasta el final y como conclusión de su artículo se repliega sobre una perspectiva deliberadamente más modesta: “[¿] puede construirse una obra histórica que nos parece aún válida sobre una teoría histórica que nos parece insostenible? El testimonio de toda la historia de la historiografía es que sí se puede: hay en la labor histórica algo de indiferenciado e inarticulado previo a cualquier teoría histórica en ella aplicada”; y más adelante: “Esa ambigüedad e indiferenciación de toda obra historiográfica, ese no siempre coherente someterse a los datos de una realidad compleja e inconexa (es lo que hace) que la obra de historia no sea estrictamente reductible a la teoría en la que se apoya” (1956, p. 117).

Llegados a este punto podríamos quizá sugerir que en la tradición historicista-hermenéutica Halperin encontró un punto de independencia con relación a otras perspectivas historiográficas renovadoras y un conjunto de nociones de base vinculadas a la

temporalidad ineludible de toda operación histórica que perduraría en él y que reafirmaría con claridad veinte, treinta y cuarenta años después. Por poner un solo ejemplo, nótese cuanto afirma en 1976 en referencia a las revoluciones historiográficas:

En todas ellas el surgimiento de un nuevo modo de hacer historia dependió más que de esas innovaciones metodológicas, del surgimiento de un modo de entender el pasado, no necesariamente nacido al estímulo de esa ampliación de datos y adquisición de nuevos procedimientos para reunirlos, sino al calor de otros aspectos más inmediatos de la experiencia vital del historiador (1977, pp. 209-210).²⁵

Sin embargo, quiso agregarle una perspectiva que en el fondo no era incompatible: la que reconocía en la erudición y su atención a los hechos un reaseguro contra construcciones demasiado vastas y ambiciones excesivas. En otros términos, la erudición y lo que él llamó naturalismo braudeliano venía, por su parte, a poner un freno ahora al relativismo historicista tanto como a la tentación

25. Véanse otras observaciones semejantes en el prefacio al conjunto de ensayos titulado *El espejo de la historia*: “puesto que no se pretende invocar aquí ningún estatuto privilegiado para el modo con que el historiador se aproxima a su objeto, aun menos se intentará fundar esa pretensión postulando una relación unilateral entre pasado y presente, en que las claves para entender a éste se suponen escondidas en aquél. Por lo menos en la experiencia de este historiador la relación entre ambos es mucho menos unilateral: el presente ilumina el pasado tanto como éste a aquél” (1987, p.10). Y en el mismo año en el nuevo prefacio a la *Historia contemporánea de América Latina*: “lo ocurrido en los últimos veinte años largos ilumina con una luz distinta las etapas inmediatamente anteriores en la historia latinoamericana. Este libro de 1967 está inevitablemente marcado por el *Zeitgeist*, el espíritu del tiempo, de su momento de origen” (1988). También ver Halperin (1996, pp. 9-15).

de la filosofía de la historia. Y consideraciones casi idénticas pueden hallarse en textos posteriores. Sin embargo, si retomando lo que él mismo llamaba “la metáfora evangélico-botánica” (1956, p. 114), el árbol se conoce por sus frutos, esas consideraciones generales, ellas mismas en deliberada tensión irresuelta, no le iban a impedir practicar distintas estrategias historiográficas que mostrarían que esas nociones no eran obstáculos sino balizas entre las cuales era posible moverse con cierta amplitud y eclecticismo.

4.

La caída del peronismo en 1955 colocó a Halperin en un contexto completamente nuevo. El mismo contenía tantas posibilidades como insidias. El artículo en *Sur* antes aludido es en este punto muy interesante para percibir todas las expectativas que tenía Halperin ante la nueva situación. La idea que emerge del mismo es que el peronismo había sido un paréntesis (noción que como es sabido fue también la de Croce tras la caída del fascismo y la de Meinecke tras el derrumbe del nazismo) y ello parecía implicar al menos dos cosas: que la Argentina estaba lista para retomar la senda ascendente a la que había llegado en la entreguerras (y a ello lo orientaba esa idea de progreso, que vimos estaba implícita por entonces en su concepción del proceso histórico) y que el peronismo no era un fenómeno político sólidamente arraigado en la historia argentina. Convicción esta última que es bien visible también en su artículo de 1956 en *Contorno* y aun más allá (*Sur* y *Contorno*, un binomio que marca ya la centralidad que ocupaba Halperin al comenzar la década). Con ese optimismo Halperin iba a enfrentar una década plena de iniciativas que asombran por su intensidad y variedad. Ellas no iban ya a desplegarse tan solo en esa carrera como historiador que tan cuidadosamente había

construido durante los años de la “siesta” cultural del decenio peronista sino en otros ámbitos que le iban a requerir ingentes esfuerzos y resultados a la larga decepcionantes.

Una fue su compromiso con la transformación de la Universidad, vista también como un instrumento para transformar la historiografía, como el mismo artículo de *Sur* anunciaba (y antes más elípticamente aquel de 1952). No nos detendremos *in extenso* en él; solo se anotará, por un lado, que el mismo se desarrolló en dos frentes principales: Rosario y Buenos Aires, y, por el otro, que fue parte del de un grupo, de una facción si se quiere, en la que forjó algunas de sus amistades más perdurables pero que lo obligaron a compromisos institucionales cada vez más importantes y a los que parecía acceder por solidaridad con ellas. Nuevamente su correspondencia con Braudel ayuda a revelar su perspectiva sobre esa situación tanto como los precios que tenía que pagar. En 1957 le escribe para solicitarle un nuevo subsidio para viajar a Francia y le observa que vive “un temps rempli des choses, dont quelques-unes pas mauvaises” para luego agregar: “le pays a quelque chose d’envoutant: on finit toujours par être trop mêlé a des affaires qui au fond n’intéressent que très peu”.²⁶ Siempre esa Argentina de cuyo destino no quería desentenderse. Como en anteriores oportunidades, Braudel se empeña en conseguir el subsidio para ese argentino de “très rare qualité intellectuelle”.²⁷ En una nueva carta, Halperin informa que deberá reducir su estadía a dos meses porque lo han elegido decano en

26. Tulio Halperin en carta a Fernand Braudel, Buenos Aires, 14 de marzo de 1957 [“un tiempo pleno de cosas, algunas de las cuales, no malas (...) El país tiene algo cautivante: uno termina siempre por involucrarse en asuntos que en el fondo interesan muy poco”].

27. Fernand Braudel en carta a Didier Ozanam, París, 5 de septiembre de 1957.

Rosario y comenta: “j’ ai accepté ce poste absurde parce que les alternatives étaient très mauvaises (des anciens péronistes assez peu représentatifs)”. Y culmina con una nota de cansancio, irritación y escepticismo: “A l’Université, la normalisation fait quelque fois regretter le régime d’intervention. Je n’ai jamais vue des intrigues aussi sordides que pendant les dernières élections universitaires. Cette institution devrait être gouvernée par la police. C’est très exactement ce qu’elle mérite”.²⁸ La historia, cuyo final parece preanunciado, se concreta en una carta sucesiva. Halperin ya decano debe cancelar el viaje: “je suis furieux car toute cette politique universitaire ne m’intéresse que très peu [...] en ce moment-ci je regrette que mon rival qui est vraiment abominable, n’ait pas vaincu”.²⁹ Y aunque desde luego todas esas expresiones justificativas y realizadas en un contexto particular no deberían sobredimensionarse, si se las ha incluido aquí es para sugerir hasta qué punto existía una tensión entre dos roles y cuánto el institucional interfería sobre el historiográfico. Lo cierto es que siguió muy activo en la vida universitaria hasta el final de este ciclo aunque tempranamente comenzó a sospechar que todo pendía de un delgado hilo del cual de todos modos no debían esperarse

28. Tulio Halperin en carta a Fernand Braudel, Buenos Aires, 25 de octubre de 1957 [“Yo acepté ese puesto absurdo porque las alternativas eran muy malas (antiguos peronistas muy poco representativos) (...) En la Universidad, la normalización algunas veces hace extrañar al régimen de la intervención. No he visto jamás intrigas más sórdidas que durante las últimas elecciones universitarias. Esta institución debería ser gobernada por la policía. Es exactamente lo que merece”].

29. Tulio Halperin en carta a Fernand Braudel, Buenos Aires, 23 de diciembre de 1957 [“Estoy furioso porque toda esta política universitaria me interesa muy poco (...) en este momento lamento que mi rival, que es verdaderamente abominable, no haya vencido”].

consecuencias terribles más allá de las posiciones universitarias. Todavía persistía aquella idea juvenil de la Argentina.³⁰

Otra dimensión de esos años es la participación de Halperin en el riquísimo debate cultural en el que nunca se privó de intervenir con la palabra oral (sus intervenciones en ese terreno devendrían legendarias) y con la escrita. Esta lo llevó a frecuentar otro género, el ensayo, en el que su inteligencia y su maestría rayaban a gran altura pero que no requerían un sostenido esfuerzo erudito. A ese registro pertenecen, por ejemplo, los trabajos reunidos en *Argentina en el callejón*, una mirada tan lúcida como desencantada, en la que, muchos años después, tantos seguían viendo el análisis más penetrante de aquella Argentina. Y, sin embargo, era la mirada de un observador inteligentísimo, no de un estudioso. Con todo, dos observaciones son aquí necesarias. La primera es que aquella concepción de la historia que hizo suya lo habilitaba en línea de principio tanto para el ensayo como para la erudición histórica. Era finalmente el sujeto el que decidía hasta donde quería ir para dilucidar un problema. La segunda es que en este plano el péndulo volvía a moverse en él, idealmente, del modelo de intervención académica de Braudel al modelo de influencia cultural de Croce.

Pese a clases, conferencias, cursos, gestión, debates y tantas otras cosas, no quiso renunciar a su labor de historiador. La

30. En 1960 observará: “Tant que ce gouvernement durera, rien me menacé de concret, mais si par hasard nous avons un changement politique, même petit, la vengeance sera terrible (mais limitée, comme toujours en Argentine, a la révocation)” [“Mientras este gobierno dure, nada concreto me amenaza, pero si por azar tenemos un cambio político, incluso pequeño, la venganza será terrible (aunque limitada, como siempre en la Argentina, a la destitución)”]. Tulio Halperin en carta a Fernand Braudel, 28 de marzo de 1960.

misma no siguió, sin embargo, un rumbo fijo ni en el género ni en la temática. Más que diseñar un plan de investigación articulado, Halperin parecía tanto dominado por una curiosidad inagotable como por un dejarse llevar por las dispersas oportunidades que emergían aquí y allá, como si no quisiese renunciar a ninguna. Con todo, un eje parece organizarse en torno a una historia argentina entre 1800 y 1880 que debía escribir para el Fondo de Cultura Económica y que nunca llegaría a publicar. En cualquier caso, Halperin era plenamente consciente de la situación y sus peligros. Así, le escribía a Braudel en referencia a aquella historia argentina prometida: “j’ai peur d’avoir fait une sottise en acceptant ce travail qui m’exige beaucoup d’investigations partielles”; y agregaba: “En outre j’ai malheureusement tendance à me perdre dans chaque thème, aussi je viens d’écrire, en marge a cette histoire, un bouquin d’Ideengeschichte”.³¹ El *bouquin* era *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* ([1961] 1985) y si se trataba de *Ideengeschichte* ella era ya diferente de aquella que podía representar el *Echeverría*. La dominante mirada inmanente sobre los textos del trabajo de 1951 era ahora sustituida por otra mucho más atenta a los contextos. De ese modo, si la primera parte del libro se mantiene cercana al módulo más clásico de historia de las ideas, pronto empieza a descubrirse toda la atención que despliega Halperin para mostrar cómo los diferentes contextos ideológicos o políticos alteran el significado y la función de ciertas concepciones, así como sus finísimas reconstrucciones de

31. Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 29 de marzo de 1960 [“Tengo temor de haber cometido una estupidez aceptando este trabajo que me exige muchas investigaciones parciales (...) Por otra parte tengo, desgraciadamente, una tendencia a perderme en cada tema, así acabo de escribir, al margen de esta historia, un *bouquin* de *Ideengeschichte*”].

los itinerarios de términos y sus mudables significaciones argumentan contra el peligro de trasladarlos de una época y un sistema de ideas a otros. Por otra parte, el libro intenta vincular esos movimientos de ideas con los contextos culturales y políticos e incluso con las fluctuaciones económicas. Hay en ello diez años de lecturas, prácticas, experiencias y contextos.

Tradición política..., que con todo podía inscribirse en un largo campo de intereses historiográficos de Halperin, no era el único itinerario alternativo. He ahí su embarcarse en la historia económica serial en el paciente trabajo que gracias a financiación francesa llevó a cabo con Roberto Cortés Conde y Haydée Gorostegui sobre la *Evolución del comercio exterior argentino*, cuya primera parte dedicada a las exportaciones entre 1864 y 1930 publicarían hacia 1965. Y todavía habría muchas más, desde una historia de la Universidad de Buenos Aires al bellissimo estudio de historia geoeconómica, “El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX”, de 1961, que, en cambio, confluiría como introducción del deslumbrante *Revolución y guerra* publicado once años después (como lo haría también, parcialmente, el seminal artículo sobre “La expansión ganadera en la Provincia de Buenos Aires”, de 1963). Ejemplos todos de inteligencia y erudición histórica que podían compartir el escenario con agudas reflexiones generales, como las de otro admirable y admirado artículo sobre “Historia y larga duración: examen de un problema” (1962), que en este caso Ruggiero Romano consideraba la mejor reflexión producida acerca de la *longue durée* braudeliana, que inaugura un subgénero o una fórmula que Halperin reiteraría varias veces: grandes y estilizados cuadros de conjunto sobre la historiografía occidental en los últimos dos siglos.³²

32. Romano, que promovió la traducción del artículo en la revista de Giovanni Busino (*Cahiers Vilfredo Pareto*, luego *Revue Européenne des sciences*

Empero, esas dilataciones y diversificaciones serían también espaciales, con la emergencia de un interés hacia Latinoamérica que ya está clara en el brillante cuadro historiográfico que propone “Storia e storiografia dell’America Coloniale Spagnola”, que publicó la *Rivista Storica Italiana* en 1964, como apertura a un conjunto de artículos sobre la historia del subcontinente. Quizá como consecuencia de él o contemporáneamente a él, surge el ofrecimiento de la Editorial Einaudi de publicar una historia de América Latina. Así, paralelamente a sus investigaciones sobre historia argentina, Halperin se embarca en otro programa ambicioso, en este caso destinado a culminar cuando en mayo de 1966 consigna el manuscrito a la casa Einaudi. El episodio es interesante por varias razones. La primera es que el texto exhibe con mucha claridad el módulo historiográfico que Halperin ha ido madurando en esos años sesenta: una combinación de historia económica (externa e interna) e historia política, ahora cultivada en él en forma bastante “namierista”. Combinación que parecía en esos años, en Europa y Latinoamérica, el eje central de una propuesta que se llamaba, sin embargo, historia social. La segunda es que el manuscrito, que puede considerarse todavía hoy la obra de conjunto más penetrante sobre la historia de América Latina, es recibido con cierta perplejidad por el Comité Editorial (que integraban entre otros Franco Venturi, Norberto Bobbio, Cesare Cases e Italo Calvino, por citar a nombres bien conocidos en la Argentina) y esa perplejidad derivaba de que había sido pensado por la editorial Einaudi para la prestigiosa colección “Biblioteca di Cultura

sociali) consideraba también a *Argentina en el callejón*, “un piccolo classico... un vero capolavoro” (Scheda di Lettura, en Archivio di Stato di Torino (AST), Archivio Imprese e Società (AIS), Giulio Einaudi Editore, Corrispondenza con autori e collaboratori italiani, c. 215).

Storica” (la “Storica”) diseñada por Leone Ginzburg en los años treinta.

En el Verbale del 26 de mayo del Comité Editorial, Venturi habla en primer lugar (y comienza con una amable ironía tan suya): “È tanto bello che sarebbe persino un peccato tradurlo. Scherzo! È un libro più di commento che di narrazione; cultura-to ma originale per passione politica. Un libro a metà strada fra il saggio e l’opera storica”; y sobre la colección en la que publicarlo: “nei saggi direi. È un commento della storia latinoamericana ma è comprensibile anche a chi non conosce i fatti. Fino all’ultimo capitolo non invecchia, ma l’ultimo è político e quindi soggetto a rapida obsolescenza”.³³ Seguía una discusión acerca de cuál colección era la más indicada para colocarlo, sin decisión.³⁴ Giulio

33. “Es tan bello que incluso sería un pecado traducirlo. ¡Bromeo! Es un libro más de comentario que de narración; culto pero original por su pasión política. Un libro a mitad de camino entre el ensayo y la obra de historia. (...) en los ensayos diría. Es un comentario de la historia latinoamericana pero comprensible también para los que no conocen los hechos. Hasta el último capítulo no envejece, sin embargo el último es político y por ende sujeto a una rápida obsolescencia” (AST, AIS, Giulio Einaudi Editore, Verbalii Editoriali, c. 5).

34. “(Giulio) Einaudi: -Storica o Saggi o PBE? Ho dubbi...; (Corrado) Vivanti: -A parte l’ultimo capitolo, basterebbe ampliare la bibliografia?; (Giulio) Bollati: -Può dire nella prefazione quello che dice in fondo. Potrebbe rivenderlo per la Storica; Einaudi: -No, arrivi fino ‘a domani’, perché fermarci alla seconda guerra mondiale? Venturi: -Mettetevi in contatto col traduttore. Il libro in sè, non va mutato. Si tratterà di note, conclusioni e prefazione [(Giulio) Einaudi: -Storica o Saggi o PBE? Tengo dudas. (Corrado) Vivanti: -Más allá del último capítulo, ¿bastaría con ampliar la bibliografía? (Giulio) Bollati: -Puede decir en el prefacio lo que dice al final. Lo podría revisar para la Storica; Einaudi: -No, que llegue ‘hasta mañana’, ¿por qué detenerse en la segunda guerra mundial?; Venturi: -Pónganse en contacto con el traductor. El libro en sí mismo no hay que cambiarlo. Se tratará de notas, conclusiones y prefacio]”, *ibid.* El libro será publicado en la PBE [Piccola Biblioteca Einaudi]. En el prefacio a la segunda edición Halperin parece haber

Einaudi decide escribirle a Ruggiero Romano, consultor externo del Comité. La respuesta de este, cuyas relaciones con Venturi eran oscilantes, es nuevamente significativa: “questione Halperin. Molto francamente credo che abbia ragione Venturi. Io non conosco il libro ma immagino como H. l’ha scritto e non credo che gli renderemmo un gran servizio a piazzarlo nella ‘Storica’. Penso invece che ne verrebbe fuori un bel P.B.E. Non ch’io sia per la storia togata. Ma, poiche la ‘Storica’ è togata il libro di H. stonerebbe”.³⁵

El episodio puede ayudar, creo, a pensar tanto ese decenio halperiniano como el funcionamiento del campo académico argentino (y sus climas culturales y políticos), si mirados desde otro contexto en el que imperaban otras reglas. Y no se quiere aquí, tampoco, laudarse entre ensayo y libro de historia, ni compartir el celo erudito venturiano, sino simplemente indicar cuánto las fronteras entre esos géneros son no solo borrosas, sino variables

tomado nota de las observaciones de Venturi sobre el último capítulo; por otra parte, decide reemplazarlo por uno nuevo que será el penúltimo en la nueva versión (Halperin Donghi, 1988, pp. 7 y ss).

35. Ruggiero Romano en carta a Giulio Einaudi, París, 5 de junio de 1966: “Cuestión Halperin. Muy francamente creo que tiene razón Venturi. Yo no conozco el libro pero me imagino como H. lo escribió y no creo que le haríamos un gran servicio al ponerlo en la ‘Storica’. Pienso en cambio que saldría un bello P.B.E. Piccola Biblioteca Einaudi. No es que yo esté a favor de la historia con toga pero dado que la ‘Storica’ es con toga el libro de H. desentonaría”. Romano concluía: “Se poi lo si vuole mettere assolutamente nella ‘Storica’, bene: ma è indispensabile un’introduzione (breve una decina di pagine) di cui mi incaricherei volentieri. Presenterei l’H. e soprattutto insisterei sulla storia come presente” [“Si al final se lo quiere poner sí o sí en la ‘Storica’, está bien: pero es indispensable una introducción (corta, una decena de páginas) de la cual me encargaría de buena gana. Presentaría a H. y sobre todo insistiría en la historia como presente”]. (AST, AIS, “Corrispondenza autori italiani”, 178.1).

según los contextos. Ociosidades, se dirá. Finalmente, casi simultáneamente (29 de julio), los militares intervendrían la Universidad, Halperin renunciaría inmediatamente y comenzaría su prolongada expatriación.

5.

El destino que Halperin deliberadamente había eludido en 1953 (y nuevamente en 1955, ante el ofrecimiento de Raimundo Lida de enseñar un período en Harvard) tocaba a la puerta en 1966. La contingencia lo llevaba en 1967, tras los infaltables cursos en Montevideo, a Harvard. Nuevos contextos, nuevas reglas y un rebalanceo de las relaciones entre sus distintas vías de intervención en la vida académica y cultural. También nuevas sociabilidades aunque, durante el período de Harvard, pudiese conservar una parte de su firme núcleo de amistades forjadas en el mundo académico reformista: al menos Cortés Conde estaba en Yale y Nicolás Sánchez Albornoz había recalado en la NYU y una pequeña sociabilidad argentina se reconstruía en la costa Este norteamericana. En la Universidad de Harvard (donde estaba por otra parte Gino Germani, otro nostálgico de la Argentina) las cosas no fueron fluidas. Aunque no conozcamos cuáles eran sus relaciones con Stuart Hughes (a la sazón el director del Departamento de Historia) o con Barrington Moore, Alexander Gerschenkron, Michael Postan o David Landes, algunos de las figuras relevantes del área, imaginamos que no fueron intensas (al menos Harvard tardaba en confirmarlo, quizás, según el pensaba, porque estaban esperando a Womack). En cualquier caso, implicaban un gran cambio con respecto a la turbulenta Buenos Aires.

El azar hizo que encontrase allí en 1967 a Franco Venturi, que estaba como *Visiting*. Un Venturi que, si había manifestado

dudas sobre aquel manuscrito, no las tenía sobre el talento de Halperin. Como escribió a su amigo Leo Valiani, entre los mejores de por allí estaba Halperin “molto simpatico e intelligente”.³⁶ Venturi, el antiguo exiliado, intentó ayudar al reciente expatriado y comenzó a presionar a Einaudi y colaboradores para que publicaran prontamente el libro que estaba en una *impasse*.³⁷ Entre las razones: que le habían pedido (se supone que en Harvard) la publicación de un nuevo libro o la indicación explícita de que se lo habían solicitado. Entraba así Halperin en un mundo dominado por un tipo de lógicas que, si no se las quiere denominar absurdas (y a las cuales estamos comenzando a habituarnos), se las puede denominar diferentes. De todos modos, no esperó la resolución de su situación y, en el contexto favorable de la expansión de las cátedras latinoamericanas en Inglaterra como resultado del nuevo interés por el subcontinente que había generado la Revolución Cubana, decidió aceptar el ofrecimiento de dirigir el Latin American Centre de Oxford. Allí, donde estaba ya Ezequiel Gallo, una de sus primeras iniciativas fue invitar a Juan Oddone, como otra prueba de que las relaciones rioplatenses seguían en el centro de sus preferencias. Con todo, tampoco en Oxford iba a encontrarse a su gusto y razones tanto familiares como culturales pueden haberlo alentado a abandonar el puesto rápidamente. Según Malcom Deas, que era uno de los miembros del Centro, Halperin era “a keen and often amused observer of the vagaries of the University and of many of its inhabitants”.³⁸

36. Franco Venturi en carta a Leo Valiani, Cambridge, 23 de noviembre de 1967 (Valiani y Venturi, 1999, p. 350).

37. Franco Venturi a Giulio Einaudi, Cambridge, noviembre de 1967 (AST, AIS, Giulio Einaudi, “Corrispondenza.”, c. 215).

38. Véase <<http://www.area-studies.ox.ac.uk/remembering-tulio-halperin%20-donghi-1926-2014>> [“un entusiasta y a menudo divertido

El año 1971 abriría varias opciones a Halperin: volver a la Argentina a la Facultad de Filosofía y Letras, donde se le ofreció concursar la cátedra de Historia Social, o incorporarse al Instituto Di Tella o bien dirigirse a la Universidad de Berkeley. Por mucho que lo atrajese la Argentina, y lo atraía (en casa de Romero daban por casi seguro su retorno a la UBA), era ciertamente difícil dar un salto en un contexto tan incierto como aquel.³⁹ Halperin, que no compartía, ya desde antes, las ilusiones desprevenidas de tantos por entonces, parece haber leído con admirable perspicacia las acechanzas de la situación. Optó así, aunque la decisión pudo no ser solo suya, por lo que alguna vez llamaría el “soñoliento idilio” de la Universidad de Berkeley.⁴⁰ Una elección que perduraría por más de cuarenta años.

No es posible aquí seguir esos años, manos más expertas podrán hacerlo. Baste consignar algunas observaciones demasiado obvias y generales. La primera es la centralidad que volvía a adquirir la profesión de historiador, y no porque el ensayo o la intervención cultural desapareciesen de sus inquietudes, sino porque el contexto institucional y espacial así lo imponía (y además imponía una mirada externa, no interna, sobre la Argentina). Será

observador de las extravagancias de la Universidad y de muchos de sus moradores”].

39. La propuesta procedió del entonces decano interventor, Ángel Castellán, como parte de un intento de reincorporar al grupo renunciante en 1966. Un testimonio de la propuesta y de lo cerca que estuvo Halperin de aceptarla: “en casa de Romero me enteré de la estupenda noticia de la presentación a Social y de que tu vuelta es un hecho. ¿Ya estás nombrado?”. Juan Oddone en carta a Tulio Halperin, Montevideo, 14 de junio de 1971 (AO, AGU, Uruguay).

40. “Por aquí reacostumbrándome al soñoliento idilio de Berkeley”, Tulio Halperin a Juan Oddone, Berkeley, 9 de septiembre de 1978 (AO, AGU, Uruguay).

en Berkeley donde finalmente confluirían en 1972 todos aquellos esfuerzos fragmentarios de los años sesenta, en esa obra maestra que es *Revolución y guerra*, que lleva en sí todas las marcas de los distintos períodos a lo largo de los que fue escrita, como las diferencias en la cantidad y variedad de la documentación de soporte de las distintas secciones, y que en el pesimismo que permea sus conclusiones parece mostrar el signo de los nuevos tiempos de la atribulada Argentina.⁴¹ Será también allí donde produciría la obra suya que puede considerarse más clásica en términos del canon erudito: *José Hernández y sus mundos* (1985). Obra que, en aquella Xerox humeante en la Freie Universität de Berlín, muestra también hasta qué punto las condiciones para el ejercicio del oficio del historiador habían cambiado con su estancia en los Estados Unidos, donde las posibilidades que brindaba un marco institucional estable y admirables bibliotecas encontraban su contraparte en la lejanía de los archivos y en las carencias de las hemerotecas (de las que ilustra abundantemente la correspondencia con Oddone).⁴²

Con todo, los años de Berkeley, que lo llevaron a un irresistible avance hasta la cima de los estudios académicos de historia latinoamericana en las dos Américas, no lo domeñaron más que lo mínimo necesario y no modificaron sustancialmente su burckhardtiana voluntad de conocerlo todo y aquella tendencia a dispersarse en los temas más variados; y si en 1985 aparecía el

41. Me permito remitir aquí a Fernando Devoto (2011).

42. La referencia es a los papeles que había reunido Alejandro Losada. Entre las carencias, véase, a modo de ejemplo, la larga búsqueda de una colección completa de *Marcha* para un ensayo sobre Carlos Real de Azúa. Numerosas referencias en la correspondencia entre Halperin y Oddone, por ejemplo, Juan Oddone a Tulio Halperin, México, 25 de septiembre de 1978 y Tulio Halperin a Juan Oddone, Berkeley, 25 de octubre de 1978.

Hernández, dos años después se publicaba *El espejo de la historia* (1987), miscelánea de trabajos de los diez años precedentes que incluían ponencias en simposios tan diversos –desde “Literatura y mercado” (en Washington) hasta otro sobre la novela de dictadores (en Maryland)–. Esa presencia era un modo también de encontrar allí a sus amigos exiliados, dispersos en los rincones americanos, pero que atestigua, a su vez, la pervivencia de aquellas miradas largas de conjunto surcadas por mojonos que aquí y allá sirven para organizar itinerarios intelectuales. Y, por otra parte, también persistían aquellos ensayos sobre la Argentina contemporánea, en especial sobre el enigma peronista, al que volvía una y otra vez con versiones más complejas, que trataban ahora de radicarlos en tendencias también de cada vez más largo plazo del pasado argentino (y todavía, sus anuales visitas a la Argentina con ese generoso prodigarse en cursos, conferencias, charlas, notas y entrevistas).

En esas décadas en que la historiografía cambiaba no quiso sumarse a las modas que surcaban la academia más que con pequeños guiños que indicaban que las conocía y más bien guardó hacia ellas una fina ironía. Quizá porque lo que él dijo una vez de Marc Bloch (“el papel del historiador de vanguardia ofendía sin duda, a la vez que su sobrio buen gusto, su no menos sobrio buen sentido”), bien podía aplicársele.⁴³ A lo sumo lo que podría señalarse es su acoplarse a la pérdida de centralidad de la historia económica y una creciente importancia en sus trabajos de ideas e intelectuales, lo que, desde luego, no era ninguna novedad en él, sino un retorno quizá con nuevas estrategias a su registro inicial. Así, el gran renovador de la historiografía argentina, y quien más

43. Tulio Halperin Donghi, “La cuantificación en historia.”, *op. cit.*, p. 187.

hizo para evitar que en los últimos cincuenta años esta se despegara en la barbarie o en el estólido cronicón, no lo fue desde una apelación a las incesantes novedades historiográficas que surcaron el último medio siglo sino desde un talento excepcional, con un conjunto de instrumentos que eran ya algo antiguos cuando comenzó a aplicarlos y con una obra que estaba bien alejada de las formas ortodoxas de ejercicio académico de la profesión y bien cerca del humanismo de los clásicos. Y lo logró también gracias a aquella pasión por la Argentina que fue siempre tan suya, en sus afectos, en sus desvelos y en sus problemas.

Como escribió en 1981 a su amigo Oddone: “Respondo demasiado tarde a tu carta, desde tu vieja dirección (recibirla desde allí no sé por qué me emocionó bastante; supongo que a todos nos gustaría estar de vuelta en casa”).⁴⁴

Fuentes primarias

Archivo General de la Universidad de la República (Montevideo).

Archivio di Stato di Torino (Italia).

Archives Fernand Braudel, Maison des Sciences de l'Homme, París (hoy Fonds Fernand Braudel, Institut de France, París).

Bibliografía

Braudel, Fernand (1951). Benedetto Croce et l'Histoire. *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 6 (1).

Cantimori, Delio ([1955] 1976). Epiloghi congressuali. En *Studi di storia*, vol. III (pp. 834-835). Turín: Einaudi.

44. Tulio Halperin en carta a Juan Oddone, 12 de junio de 1981 (AO, AGU, Uruguay).

- Cortés Conde, Roberto; Tulio Halperin Donghi y Haydée Gorostegui de Torres (1965). *Evolución del comercio exterior argentino*, vol. I: *Exportaciones. Parte Primera, 1864-1930*. Buenos Aires: s/d.
- Chabod, Federico (1952). *Croce Storico. Rivista Storica Italiana*, LXVI. Reproducido en (1978). *Lezioni di metodo storico*. Bari: Laterza.
- Daix, Pierre (1995). *Braudel*. París: Flammarion.
- De Frede, Carlo (1998). *Croce e l'Archivio di Stato di Napoli*. En *Per la storia del mezzogiorno medievale e moderno. Studi in Memoria di Joel Mazzoleni*. Nápoles: Pubblicazioni degli Archivi di Stato.
- Devoto, Fernando (2011). En torno de *Revolución y guerra* de Tulio Halperin. en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 15, 169, 174.
- Gemelli, Giuliana (1990). *Fernand Braudel e l'Europa Universale*. Padua: Marsilio.
- Halperin Donghi, Tulio (1951). *El pensamiento de Echeverría*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Halperin Donghi, Tulio (1952). Panorama della storiografia argentina. *Rivista Storica Italiana*, LXIV (IV), 596, 607.
- Halperin Donghi, Tulio (29 de junio de 1952). Historia y geografía en un libro sobre el Mediterráneo. *La Nación*.
- Halperin Donghi, Tulio (1954). Reseña de B. Croce, *Storiografia e idealità morale; conferenze agli alumni dell'Istituto per gli Studi Storici di Napoli e altri saggi*, Bari, Laterza, 1950. *Imago Mundi*, I (5), 101-104.
- Halperin Donghi, Tulio (1955). Un conflicto nacional: moriscos y cristianos viejos en Valencia. *Cuadernos de Historia de España*, XXIII-XXIV, 5-115.

- Halperin Donghi, Tulio (1957). Un conflicto nacional: moriscos y cristianos viejos en Valencia. *Cuadernos de Historia de España*, XXV-XXVI, 83-250.
- Halperin Donghi, Tulio (1956). Recouvrements de civilisations: les Morisques du Royaume de Valence au XVI^e siècle. *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*, 11(2), 154-182.
- Halperin Donghi, Tulio (1956). Crisis de la historiografía y crisis de la cultura. *Imago Mundi*, III (11-12), 96-116.
- Halperin Donghi, Tulio (1961). *El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX*. Buenos Aires: Cátedra de Historia Social, Serie Ensayos de Historia Social 3. FFyL-UBA.
- Halperin Donghi, Tulio ([1961] 1985). *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*. Buenos Aires: CEAL.
- Halperin Donghi, Tulio (1962). *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba.
- Halperin Donghi, Tulio (1962). Historia y larga duración: examen de un problema. *Cuestiones de Filosofía*, I (2-3), 74-96.
- Halperin Donghi, Tulio (1963). La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852). *Desarrollo económico*, 3 (1-2), 3-172.
- Halperin Donghi, Tulio (1964). Storia e storiografia dell'America Coloniale Spagnola. *Rivista Storica Italiana*, LXXVI, 1.
- Halperin Donghi, Tulio (1972). *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Halperin Donghi, Tulio (1977). La cuantificación en historia: trayectoria y problemas. En Francis Korn, *Ciencias Sociales: palabras y conjeturas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Halperin Donghi, Tulio (1985). *José Hernández y sus mundos*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Halperin Donghi, Tulio (1987). *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Halperin Donghi, Tulio (1988). *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza.
- Halperin Donghi, Tulio (1994). La historiografía en la hora de la libertad. En *Argentina en el callejón*. Buenos Aires: Ariel.
- Halperin Donghi, Tulio (1996). Presentación. En *Ensayos de historiografía* (pp. 9-15). Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Halperin Donghi, Tulio (2008). *Son memorias*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kracauer, Siegfried (1985). *Prima delle cose ultime*. Casale Monferrato; Marietti. [Trad. español: (2010). *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*. Buenos Aires: Las cuarenta].
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Lefort, Claude (1952). Histoire et Sociologie dans l'Œuvre de Fernand Braudel. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 13, 122-131.
- Méndez, Alicia (2013). *El Colegio. La formación de una elite meritocrática en el Nacional Buenos Aires*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Revel, Jacques y Nathan Wachtel (1996). Un École pour les sciences sociales. En Revel y Wachtel (eds.), *Un École pour les sciences sociales* (pp. 11-28). París: Editions de l'EHESS.
- Rossi, Pietro (2001). Dal quarantacinque al sessantotto. En Italo Lana (ed.) *Storia della Facoltà de Lettere e Filosofia dell'Università di Torino* (pp. 165-190). Città di Castello: Leo. S. Olschki.
- Valiani, Leo y Franco Venturi (1999). *Lettere, 1943-1979*. Florencia: La Nuova Italia.
- VV. AA. (1985). *Une leçon d'histoire de Fernand Braudel. Chateaufillon/octobre 1985*. París: Flammarion.

Reseña de Tulio Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional**

La editorial Siglo XXI ha repropuesto a los lectores tres textos de Tulio Halperin publicados entre 1976 y 1997. El título del libro, que reproduce el del primero de los tres artículos, no da cabal cuenta de su contenido. La obra trata, en realidad, dos temas diferentes. El primero es, efectivamente, una reflexión de conjunto sobre el revisionismo argentino. El segundo, en cambio, que integran los dos trabajos restantes, constituye un análisis acerca de estudios sobre la época de Rosas que sirven a Halperin para desarrollar ideas e hipótesis, polémicas o interlocutorias, con sus autores (Carretero, Myers, Raed, Sampay), ninguno de los cuales puede ser incluido entre los autores revisionistas.

El criterio de selección de los artículos incluidos resulta algo sorprendente si se observa que no forma parte de la compilación otro más extenso estudio de Halperin sobre el revisionismo, publicado en forma de libro, por la misma editorial, en 1970. Ciertamente, la confrontación de los dos textos específicos sobre el revisionismo hubiera presentado superposiciones

* Publicado como "Tulio Halperin Donghi. *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, 90 páginas. Reseña" en *Prismas. Revista de Historia intelectual*, 10(1), 262-265, 2006.

y continuidades (sobre todo porque reposan sobre un semejante corpus de obras y autores analizados), pero también no pocas diferencias y complementariedades. Seguramente, la operación de incluir ambos podía requerir volver sobre ellos y suprimir las más visibles de aquellas superposiciones. Nada hay que objetar aquí de todos modos; finalmente la opción de escoger unos textos y no otros corresponde al autor o al editor. Solo se puede observar que desde el punto de vista de los lectores interesados sea en el revisionismo, sea en el periplo intelectual de Halperin, la operación de fusionarlos para los primeros o de superponerlos para los segundos hubiera sido más iluminadora.

En el largo artículo que abre la presente compilación, “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional”, escrito en 1983 (y el momento es aquí significativo), Halperin repropone formalmente el esquema presentado en el libro de 1970. El nacimiento del revisionismo es establecido en 1934 con la publicación del libro de los hermanos Irazusta, “La Argentina y el imperialismo británico”. Esa elección permite a Halperin resaltar, en primer lugar, la conexión entre historia y política que es para él la operación fundante del revisionismo. Si en cambio se hubiese querido priorizar la dimensión exclusivamente historiográfica del revisionismo, visto como una simple relectura del pasado nacional, la cronología hubiera podido retrotraerse, ya que es bien claro que la mayoría de los temas históricos que el revisionismo va a plantear –en disidencia con la historia oficial– ya están presentes desde mucho antes, como el mismo Halperin señala en las páginas iniciales de su segunda contribución. Sin embargo, si en un Saldías o en un Quesada, por ejemplo, la reevaluación de Rosas está ya plenamente realizada, con argumentos que no son diferentes de la mayoría de los que emplearían los revisionistas, no es menos cierto que en ellos

no parece existir a partir de esa revisión del pasado ninguna disidencia sustantiva con el orden ideológico vigente. En este sentido, la operación del revisionismo es, en su novedad, la paralela revisión del pasado y del presente, así como la instrumentalización del primero en función del segundo. En otras palabras, la subordinación de la tarea historiográfica a la tarea política. Ciertamente, tampoco esta operación era completamente nueva en el ámbito rioplatense. Como ha mostrado la reciente tesis de Laura Reali (2016), el paralelismo entre operación histórica y operación política (con una posición más equilibrada entre ambas) y con influencias y temas no diferentes en muchos puntos a la de los revisionistas, había sido llevado a cabo por Luis Alberto de Herrera desde *La Revolución Francesa y Sud América* (1910) hasta *El drama del 65. La culpa mitrista* (1926), obras que gozaron de una aceptación significativa de corresponsales argentinos, desde Ernesto Quesada a Dardo Corvalán Mendilaharsu, y despertaron la vigilante hostilidad de *La Nación*.¹ Sin embargo, más allá de la quizás inútil búsqueda de precursores, la opción elegida por Halperin parece la más plausible.

Partir de la obra de los Irazusta le permite a Halperin, adicionalmente, filiar esa revisión con la derecha maurrasiana francesa y desde ahí postular el “decadentismo” que domina el momento fundante del revisionismo. En ambos casos, la declinación era atribuida a la incapacidad de las élites políticas de llevar adelante políticas nacionales, dadas sus perspectivas ideológicas abstractas o su enfoque antipatriótico, idea esta última que en Maurras tiene un preciso antecedente en la polémica de Fustel de Coulanges con Mommsen (Hartog, 1988).

1. La tesis fue parcialmente publicada en 2016.

La filiación propuesta por Halperin de la obra de los Irazusta y de Ernesto Palacio con la mirada de Charles Maurras es irrefutable. Una reserva opinable podría surgir, en cambio, en la filiación sugerida al pasar de la lectura decadentista maurrasiana con la obra de Hipólito Taine y, más en especial, con sus consideraciones sobre el “espíritu clásico”. Efectivamente, aunque Taine pensador es una de las mayores fuentes en las que abreva la lectura decadentista de Maurras, no es de ningún modo la única (como la monumental obra de Victor Nguyen de 1991 ha mostrado) ya que esa perspectiva estaba extensamente presente en el pensamiento francés luego de 1870 y aún antes (piénsese en Tocqueville y Quinet luego de la revolución de 1848). Asimismo, puede argumentarse que la filiación taineana de esa decadencia en el “espíritu clásico” no dejó de suscitar explícitas reservas en un Maurras necesitado de recuperar el clasicismo en contraposición al romanticismo, fuente según él de todos los males, lo que lo obligaba a buscar en otro lugar el origen de los problemas contemporáneos: Rousseau ante todo, pero aún más atrás, en el individualismo germánico, en el calvinismo y aún más allá en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Finalmente, la decadencia francesa era atribuida por Maurras al individualismo y atomismo del pensamiento moderno y no solo a la ideología antinacional de las élites, tema mucho menos presente en sus seguidores argentinos, en especial en los Irazusta. Con todo, lo que quizás más extraña en la reconstrucción que hace Halperin del tema decadentista en el revisionismo es la ausencia de cualquier referencia hacia otras lecturas de ese tenor presentes en la Argentina precedente, y más aún en la de los años treinta, que podrían sugerir un lento conformarse de un clima de reflexiones con el que los primeros autores revisionistas, si no podían ser estrictamente filiados, no por ello dejaban de interactuar.

Ciertamente, Halperin no resume su mirada del revisionismo en su relación tributaria con la derecha francesa (con respecto a la cual no deja de señalar importantes diferencias de sus seguidores argentinos) y pronto agrega otros motivos que aportan los nuevos reclutas de la corriente, desde el iberoamericanismo de Scalabrini, al fascismo de un José María Rosa. Esa heterogeneidad de motivos puede convivir gracias al nivel de generalidad de las lecturas del pasado en las que, en todos los casos, la dimensión ideológica es la dominante para juzgar los comportamientos de hombres y grupos en la historia argentina. Asimismo, de los dos núcleos básicos en torno a los que se articula el revisionismo –la crítica al ideal democrático y la crítica al imperialismo, entendido como un fenómeno político más que económico, cuya influencia en la Argentina habría derivado de la ceguera ideológica de sus grupos dirigentes– es seguramente este último el que mejor se presta a esa convivencia de figuras conformadas en torno a matrices tan diferentes. El mismo tema (y las opciones políticas) permite luego integrar a los nuevos reclutas que proceden de un marxismo más o menos digerido según los casos (Pui-ggrós, Ramos, Astesano, Ortega Peña y Duhalde), acerca de los cuales Halperin no deja de señalar las enormes distancias que los separan de los primeros, sin negarse, sin embargo, a considerarlos dentro de esa misma tradición.

La lectura de Halperin, a cuya riqueza proverbial de matices y perspectivas no hace justicia el breve resumen precedente, va asimismo más allá y no deja de establecer con precisión las distintas fases del revisionismo y los cambios que muchos de sus cultores proponen a lo largo de los años, en diálogo con las mudanzas políticas de la Argentina contemporánea. Finalmente, el ensayo, que empieza ya con un lapidario juicio de conjunto sobre el aporte historiográfico del revisionismo, culmina con otro no menos devastador en

tanto disuelve al mismo en el seno de las distintas lecturas poéticas del pasado argentino. Ciertamente esta severidad es bien comprensible, vista la casi inevitable irritación que producen tantos autores de una tradición cuya debilidad no está necesariamente en sus premisas sino en la forma en que el discurso histórico se desarrolla a partir de ellas. Es decir, en el simplismo de sus construcciones, en el tono abogadil de las mismas, en la ausencia de todo moderno criterio metodológico. Aunque aquí quizás hubiera sido posible establecer diferencias o gradaciones más marcadas, como ocurre en el libro de Halperin de 1970. Por ejemplo, la identificación de género propuesta por Halperin entre la *Historia Argentina* de Ernesto Palacio y la *Vida Política de Juan Manuel de Rosas* de Julio Irazusta hace poca justicia a esta última. Mientras la primera es desde luego un ensayo basado en fuentes secundarias, la segunda es una sólida obra que más allá de su arcaísmo metodológico (aunque aquí junto a Carlyle habría que agregar a otros historiadores decimonónicos) reúne todos los requisitos exigibles en la historia erudita (aunque no se proponga serlo) –es decir, la compulsión de un enorme corpus documental que incluía la gran mayoría de las fuentes primarias disponibles y un uso crítico de las mismas. Que ello fuese utilizado con el propósito de vindicar a Rosas es indudable, pero no era tan diferente del uso que realizaban muchos cultores de la historia académica. Que el texto abusase del empleo de la analogía es no menos verificable y ello da a la obra un tono poco actual (pero una querrela de antiguos y modernos en sede historiográfica no hace quizá entera justicia a los aportes que los primeros hicieron y de cuya riqueza de perspectivas tanto uso, antes implícito, ahora explícito, ha realizado la historiografía contemporánea). En cualquier caso, el resultado de la voluminosa historia de Irazusta no puede compararse en tanto operación historiográfica con el que brinda el inteligente ensayo de Palacio, este sí mucho más cercano del ejemplo de

la historia que Philippe Ariès (1986) llamó “capeta”, es decir la de los historiadores cercanos a la Acción Francesa.

En cualquier caso, el problema no es tanto el de una lectura más matizada sino el de observar que si las cosas están efectivamente así, ¿qué puede brindarnos una explicación convincente de tantas carencias? Es aquí cuando el retorno al libro de Halperin de 1970 brinda perspectivas iluminadoras, ausentes en el de 1983. Ellas parten de hacer dialogar a la historia revisionista con la historia académica, no solo porque como observó el gran Arnaldo Momigliano, los enemigos y los maestros casi siempre se parecen, ni tampoco porque una historia interpretativa basada en materiales secundarios reposa en demasía en su calidad, sino también porque esa subalternidad de muchos revisionistas hacia el modo de hacer historia por parte de la Nueva Escuela fue muy visible. Recuérdese simplemente que el Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas” copiaba literalmente su nombre del Instituto homónimo que dirigía Emilio Ravignani en la Facultad de Filosofía y Letras y que su publicación, *Boletín*, también. Asimismo, otros autores no analizados por Halperin en su breve ensayo, de Gabriel Puentes a Fermín Chávez, se esforzaban por dotar a sus libros del mismo ropaje formal erudito que los historiadores académicos. Que los resultados fuesen menos felices, sea, si se quiere. Que el móvil político estaba en muchos de ellos en primer lugar, también. Sin embargo, la interacción con la Nueva Escuela nos da algunas posibles pistas para pensar los límites del primer revisionismo. Como concluía el mismo Halperin en 1970, dando vuelta una afirmación de Ernesto Palacio, que el revisionismo hubiese surgido en tiempos en los que reinaba Ricardo Levene, no dejaba de ser significativo... Lo que sugería que los límites del revisionismo estaban subsumidos, al menos en parte, en los de toda una época de la historiografía

y de las ciencias sociales argentinas y en los bajos estándares que ella fijaba. Obsérvese, por ejemplo, que *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica* fue cobijado en una publicación “especializada”, la *Revista de Economía Argentina*, o compárese ese libro –simple y lineal y en el que cualquier apelación a principios de economía está ausente–, con la *Historia Económica Argentina* (1943) que un eminente profesor de la Facultad de Ciencias Económicas, con aspiraciones neoclásicas, Luis Roque Gondra, publicó contemporáneamente, y rápidamente se percibirán los límites generales de una estación historiográfica.

Desde luego, si hubiese existido una tradición profesional más consistente o incluso una tradición erudita alternativa a la manera, por ejemplo, de la escuela católica en Francia agrupada en la *Revue des Questions Historiques* opuesta a la de la *Revue Historique*, o siquiera algo aproximable al nivel de esta última, no sugiere que los resultados habrían sido necesariamente diferentes en las figuras principales de esa corriente y tal vez tampoco en esa segunda línea revisionista más atraída hacia las posibilidades que brindaba la carrera académica (como desconsoladores ejemplos actuales muestran). Sugiere apenas que, tal vez, habrían podido serlo y que algunos problemas del revisionismo podrían ser colocados también en el débito de sus contrincantes, sin que ello signifique tratar de equiparar el nivel de unos y otros. Finalmente, la inspiración maurrasiana más una sólida formación profesional podía dar lugar en Francia, por ejemplo, a una obra tan consistente como la de Raoul Girardet.

La segunda parte del libro de Halperin viene a mostrarnos en sus propias reflexiones las muchas posibilidades que pueden emerger de la interlocución con una forma mucho más refinada y compleja de hacer historia de las ideas o historia de los discursos políticos como la por él cultivada. Su admirable reflexión

acerca del pensamiento político de Rosas, en explícita confrontación con la propuesta con Sampay, brinda tantas nuevas perspectivas metodológicas para encarar el análisis de una figura que no es un teórico de la política sino un político práctico pero que, sin embargo, no deja por ello de esbozar una reflexión cuyas raíces pueden ser rastreadas. No menos iluminador que su diálogo con la obra de Myers, que complejiza el papel del discurso republicano clásico en su superposición con otros discursos, a él subordinados, pero de ningún modo desdeñables.

En suma, se trata de un libro en el cual la maestría que es doble requerir al mejor historiador argentino aparece en plenitud. Ello no invita a la aquiescencia discipular sino a intentar un diálogo. Como señaló alguna vez Delio Cantimori (1971), cuanto más nos atrae una obra más debemos esforzarnos por discutir con ella, a riesgo de revelar, al hacerlo, nuestras propias limitaciones.

Bibliografía

- Ariès, Philippe (1986). *Le temps de l'histoire*. París: Seuil.
- Cantimori, Delio (1971). *Storici e storia*. Turín: Einaudi.
- Gondra, Luis Roque (1943). *Historia económica de la República Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Halperin Donghi, Tulio (1970). *El revisionismo histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hartog, François (1988). *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*. París: Presses Universitaires de France.
- Nguyen, Victor (1991). *Aux origines de l'Action française. Intelligence et politique à l'aube du XXe siècle*. París: Fayard.
- Reali, Laura (2016). *Herrera: la revolución del orden. Discursos y prácticas políticas, 1897-1929*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

En torno a *Revolución y guerra* de Tulio Halperin Donghi*

En 1972 aparecía en Buenos Aires *Revolución y Guerra*, un libro en el que muchos verían, en Argentina y fuera de ella, la obra más madura producida por la historiografía argentina en el siglo XX. Su autor, Tulio Halperin Donghi, por entonces tenía 46 años y una destacada carrera como historiador en el marco de esa tradición historiográfica que tantos esfuerzos había hecho para renovar las lecturas del pasado argentino. Muy prestigiosos historiadores de diferentes contextos habían visto en él, desde mucho antes, un talento excepcional y sus obras precedentes avalaban esos juicios. Estas, por otra parte, habían seguido itinerarios y registros muy diferentes, que iban desde el género de la *Ideengeschichte* (Echeverría o *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*) hasta variaciones en torno al modelo braudeliano (*Moriscos y cristianos viejos en el reino de Valencia*); desde la historia serial cuantitativa (la enjundiosa investigación que llevaba a cabo, desde los años sesenta, en torno a las series de importaciones y exportaciones argentinas), a las grandes síntesis de conjunto (*Historia contemporánea de América Latina*) o al ensayo sobre la política a él contemporánea (*Argentina en el callejón*).

* Publicado en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 15, 169-175, 2011.

Esta heterogeneidad reflejaba, al menos en parte, tanto las matrices historiográficas muy diferenciadas de su formación, como una extendida curiosidad hacia temas y problemas muy diversos.

Sobre ese trasfondo, *Revolución y Guerra*, cuya larga gestación remite, al menos, al lejano 1961 (fecha de publicación del largo ensayo *El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX* que, al igual que otro algo más breve de 1966, “La revolución y la crisis de la estructura colonial en el Río de la Plata”, son incorporados, con modificaciones muy menores, en el nuevo libro) se destaca como un nuevo paso delante que se diferencia en muchos planos de sus experiencias historiográficas precedentes. Nos lo advierte el autor ya desde el prólogo al definir su obra como un libro de historia política, aunque bien podría haberlo definido como un libro de historia social de la política.

Al prepararse para emprender la difícil tarea de volver a transitar un tema que tantos en la historiografía argentina habían recorrido antes que él, Halperin cree conveniente recordar en la introducción a los dos númenes tutelares de la historiografía argentina moderna: Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Al evocarlos, Halperin no deja de señalar la tensión que existe en ambos entre las dudas acerca del presente y del futuro argentino, con relación al cual ocupan un lugar político ya bastante marginal, y el optimismo con el que, aun con matices diferenciados, miran el proceso que historian. Más aún, sugiere Halperin, la “exorbitante” idea de un “destino misterioso” inscripto desde los más remotos orígenes como caución para el futuro argentino le parece una justificación tanto más necesaria por la fragilidad que Mitre y López perciben en el mismo presente. En cambio, nos dice Halperin, los historiadores argentinos contemporáneos se encuentran en una situación diferente: el propio presente les

parece, por un lado “menos amenazado y menos admirable” y por el otro, a menudo, “insoportable”.

¿Debemos colocar a Halperin en ese cuadro de conjunto que él retrata? Quizás la respuesta sea menos importante que proponer desde allí otras dos reflexiones. La primera es que la larga elaboración de *Revolución y guerra* es contemporánea de una profunda crisis argentina de la que él mismo ha dado cuenta en su *Argentina en el callejón* y que llega, en el momento de la edición del libro, a niveles de conflictividad que están desbordando el país todo, incluida la historiografía profesional, y que el autor no podía no considerar sin preocupación. Esa misma crisis ha llevado a Halperin a seguir un largo periplo que desde la Argentina lo ha transportado primero a Inglaterra y luego a los Estados Unidos. Sin embargo, ese presente sombrío no es resuelto a través de una reconstrucción compensatoria del pasado (a la manera que, según él, han hecho Mitre y López). Por el contrario, la historia que él relata, bastante desesperante en sí misma, contiene un tono distanciado, pero no menos sombrío (en especial en la conclusión) que el que podría deducirse de los sucesivos presentes. Lo es también si prestamos atención a la cronología que propone. Mitre, como se sabe, había culminado su *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* en la crisis de 1820-1821, vista como un momento, pese a todo, positivo en las posibilidades que encerraba para el porvenir. López, por su parte, en su *Historia de la República Argentina* escrita entre 1883 y 1893, aunque parece haber diseñado originalmente un cuadro cronológico más largo, no solo hacia atrás sino también hacia delante (ya que en los volúmenes iniciales se anunciaba hasta 1852), culmina en diciembre de 1829 y muy escenográficamente: con los funerales oficiales de Dorrego organizados por Rosas. Y aunque muchas razones personales puedan aducirse para ese abrupto final no es menos cierto que presenta

un desenlace bastante lógico para la historia que narra López en la que, más allá de las grandilocuentes efusiones patrióticas dispersas aquí y allá, el proceso revolucionario es menos un éxito que un fracaso, como el mismo prefacio sugiere. Halperin, que ha comenzado en el mismo lugar que Mitre (el virreinato), concluye sin embargo, temporalmente, más ambiguamente. Efectivamente el grueso del relato se detiene en el momento 1820-1821 (como Mitre), pero a ello el historiador argentino agrega una indagación, sustancialmente sobre el caso de Buenos Aires, que se expande hasta mediados de la década de 1820 (capítulo IV, b) y todavía prolonga esa exploración en las conclusiones hasta llegar (como López) hasta ese rosismo, aludido en las líneas finales, hijo legítimo de las “brutales simplificaciones” que la independencia, la guerra y la apertura económica habían impuesto al mundo rioplatense. Más cercano a Mitre en su estrategia de investigador y en su idea de cómo hacer historia, Halperin lo estaba más de López en las conclusiones menos optimistas que se podían deducir del proceso.

La segunda reflexión posible es que si el presente influye de muchos modos en las preguntas que el historiador formula al pasado (y en los climas de sus retratos del mismo) –y el mismo Halperin no había dejado de señalar en su ocasión que el presente iluminaba más el pasado que el pasado el presente– no es menos cierto también que ese presente tan rico de complejidades bien podía proveer al autor de un conjunto de experiencias que lo orientaran a buscar (más allá de su talento y de su oficio historiográfico) esa misma complejidad en el pasado argentino y que le dieran una capacidad de comprensión (*verstehen*) del mismo. Y efectivamente la primera impresión que produce el libro es la riqueza casi ilimitada de problemas y matices que contiene (y una persuasiva “comprensión” de los mismos). Lo es tanto

por la estrategia elegida: una atención no solo a los matices, sino a lo particular, lo individual concreto (una perspectiva más cerca del *historismus* que del *storicismo*, si admitimos las diferencias entre ambos y en cualquier caso bastante idiográfica), pero también lo es porque Halperin parece, en este libro, haber querido decirlo todo.

Una obra de la complejidad y ambiciones de *Revolución y guerra* presenta enormes dificultades de realización del tipo de las que tuvieron que enfrentar, por ejemplo, autores tan disímiles como Braudel en su *Mediterranéé* o Namier en su *Structure of Politics*. La solución del primero fue contar tres historias (o la misma historia tres veces), la del segundo, menos feliz, fue un producto *abnorme* cuyas partes, más allá de la eficacia demostrativa, ensamblan mal entre sí, según los cánones de un libro de historia. Halperin eligió vías propias para lidiar con el problema, pero ello no quita que este libro extraordinario pueda ser visto como varios en uno. Pongamos dos ejemplos. Por un lado, es bien visible que la primera parte (los dos primeros capítulos propuestos como marco general, que en buena medida son asimismo los más antiguos) ensamblan limitadamente con la segunda; por la otra –como argumentaremos– hay aquí también dos historias paralelas, la de Buenos Aires y la del interior, indagadas de diferente manera.

La primera parte (“El marco del proceso”) contiene tres dimensiones entrelazadas en el relato: la geográfica, la económica y la social. Estas dos últimas, las más extensas, son tratadas a la manera de esos años sesenta en que se hablaba de ellas como un todo o, mejor aún, se pasaba de una a otra en tanto se las imaginaba estrechamente relacionadas. Empero todavía en esos capítulos hay más cosas. Nótese por ejemplo las admirables páginas dedicadas a un tema en ascenso, la “piedad”, en este caso la

“piedad barroca” (por ejemplo, poco luego Michel Vovelle escribiría en Francia, con otra estrategia metodológica, muchas páginas sobre el mismo argumento) o aquellas no menos penetrantes dedicadas al Estado y sus finanzas.

Detengámonos en aquellas dimensiones más extensamente tratadas: la económica y la social e intentemos, analíticamente, separarlas. Si observamos primero la historia social, un punto interesante es la deliberada ambigüedad del vocabulario que utiliza Halperin para colocar en el relato a los distintos actores sociales. Un breve inventario de los términos que emplea incluye, por un lado “aristocracia”, “oligarquía”, “clase alta”, “clase dominante”, “sector hegemónico”, “clase señorial”, “grupo dominante”, “gente decente” (con y sin comillas), “nobles”, “sectores socialmente dominantes”, “clases altas” y, por el otro “plebe”, “pobres”, “vaga humanidad”, “sector indigente”, “sectores bajos”, “clase baja” (en este último caso, y significativamente, Halperin sugiere que el empleo de esa expresión puede constituir un “anacronismo”). Desde luego que los términos no son homólogos ni generalmente homologados por Halperin, solamente muestran en cuán gran medida esa atención a la complejidad de una sociedad, que imaginaríamos más simple, obliga al historiador a multiplicar los modos de denominar a los actores sociales para enriquecer la perspectiva. Y, desde luego, a todo ello podríamos agregar los numerosos grupos socio-ocupacionales que aparecen aludidos: más allá de comerciantes de todo tipo, clérigos, propietarios, labriegos, peones, funcionarios, hay allí también, transportistas, “dueños de tropillas y majadas” e incluso “*squatters*”. Y todavía aún, esclavos, negros, indios, mestizos, extranjeros europeos y “castas”, y “estamentos”. Todo ello refuerza aún más la riqueza del cuadro presentado que, sin embargo, trata de ser a su vez organizado en torno a distintos ejes y de no perder cohesión interpretativa y

narrativa. De todos modos, la ambivalencia en el uso de los términos, en especial para denominar a los sectores altos, reflejaba otras tensiones en el mismo Halperin, como lo muestra la segunda parte: en ésta un nuevo término hace su irrupción con fuerza y se convierte en dominante en el texto (y termina incluso en el subtítulo del libro): “élite”. Este no implicaba, desde luego, ninguna distinción ni valoración, sino una perspectiva descriptiva, relativa y múltiple.

Puede señalarse más en general que eran esos mismos años aquellos en que un largo debate cruzaba la historiografía francesa y también europea en torno al vocabulario y en torno a las clasificaciones, desde aquel que enfrentaba a la tradición marxista orientada a definiciones teóricas (Vilar/Soboul) con la de Labrousse y sus discípulos (orientados, a partir de la empiria, a aplicar categorías socio-profesionales para organizarla) o a Mousnier y sus discípulos, hostiles a la noción de clase en cualquier definición propuesta (y favorables a la de órdenes) y más atentos a otras dimensiones que incluían las relaciones verticales y horizontales. De todos esos debates, el recordado coloquio de Saint Cloud de 1965 y sus discusiones son un buen ejemplo. En cualquier caso, Halperin (sabiamente quizás) parece no querer enrolarse claramente en ninguno de esos u otros bandos más rústicos en pugna (así como tampoco participar de la correlativa discusión entre utilizar el vocabulario de los contemporáneos del período u otro creado *ad hoc* por los historiadores, para organizar lo social). Tomando una observación de Labrousse, en relación con su polémica con Mousnier en la que señalaba que había dos tipos ideales de historiadores, los que buscaban soluciones a los problemas y los que buscan problemas a las soluciones, Halperin parece balancearse entre ambos quizás con una mayor propensión al segundo.

En relación con la economía, Halperin escoge una estrategia semejante a aquella con la que indaga lo social. La misma es cualitativa y narrativa. Ciertamente, existía otra posibilidad que el mismo Halperin había explorado: aquella serial cuantitativa que, entre otros, Ruggiero Romano defendía misionalmente en sus viajes a la Argentina. Sin embargo, Halperin se decanta por la primera y ningún cuadro o gráfico irrumpe en el texto (y quizás ello explica en parte por qué el artículo que publicó en 1966 sobre “La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires” haya sido utilizado muy fragmentariamente en el libro).

La opción escogida tenía, desde luego, una larga tradición en la historia económica y estaba todavía plenamente vigente en esos años: ella ganaba en matices y en riqueza lo que podía perder, en la mirada de entonces, en precisión. Más aún, ella era quizás la única disponible, como el mismo Halperin lo reconoce en el texto, dado lo engorroso y dificultoso que hubiera sido intentar reconstruir series confiables para una indagación que no se limitaba al puerto de Buenos Aires, sino que quería recuperar la variedad de situaciones existentes en un interior que –como él mismo señala– no era uno, sino muchos.

El resultado fue otro riquísimo cuadro atento a las diversidades que tiene en su centro algunas dimensiones de la actividad económica, como el comercio y, en menor medida, la moneda (como lo era en la historiografía “annalista”). No se trata, sin embargo, de que se ignore aquí la producción (y en especial dimensiones como la inversión) y el consumo, sino de que lo que parece organizar la dinámica de la situación es mucho más las relaciones que las distintas áreas del virreinato primero y del país independiente después establecen con sectores externos, sean ellos otras áreas del antiguo virreinato o separadas de él (como el Alto Perú), y el mercado mundial. Desde luego que esta última

dimensión, tan clave en su análisis, ya había sido señalada por otros precedentemente, pero la solución propuesta por Halperin es mucho más compleja y persuasiva que las anteriores.

La segunda parte del libro constituye el verdadero *pezzo di bravura*. En especial, la titánica tarea de dar inteligibilidad al caótico proceso abierto con la revolución, en cuyo centro de indagación está ahora la política, atendiendo al complejo juego de actores, es notable. Ella es lograda a partir de dos presupuestos conceptuales. Ante todo, que son los intereses de un grupo o de un individuo los que explican sus actitudes mucho más que sus ideas –y aún cuando estas son introducidas, por lo demás bastante marginalmente en el texto–, ellas son reconducidas a las lógicas sociales. La segunda es que las decisiones de los mismos son racionales y están orientadas por cálculos y estrategias, por aproximativas e inciertas que en tantas ocasiones fuesen, vinculadas a la preservación o al incremento del poder, de la posición o del patrimonio, según los casos. Desde allí son explicados el posicionamiento y las opciones concretas de los distintos actores políticos. Solo en muy pocos momentos el historiador se siente desfallecer en ese intento (por ejemplo cuando presenta la “devoción algo ciega” de algunos prohombres y sus hijos a la figura de Alvear o cuando admite cuán confusas eran algunas cuestiones en torno a las razones que orientaron el comportamiento de Artigas en 1816 o, en especial, cuando, al explorar ese crítico año 20 en Buenos Aires, debe admitir que ese juego se ha hecho “desesperadamente complejo” lo que “hace aún menos fácil entender el sentido de cada uno de los actos que tienen esa etapa revuelta”). Aún así, el historiador no se resigna y se niega a introducir otras dimensiones no racionales en la explicación del proceso histórico, como tampoco lo hace directamente cuando alude a las fiestas

revolucionarias, a las creencias, a los mitos impulsados o a los ritos laicos celebrados.

Todavía habría que agregar dos dimensiones más que sustentan el relato de Halperin. La primera es que ese proceso adquiere su inteligibilidad al centrar su dinámica de análisis en los conflictos en el seno de las diversas élites o dentro de cada una de ellas. Ciertamente las plebes, los sectores populares o las masas, términos que son utilizados por Halperin con amplia preferencia hacia el primero, están siempre allí. La revolución y la política les han abierto la puerta. Sin embargo, esa presencia amenazante es casi siempre pasiva y poco orientada a reclamar por sus intereses en forma clara o abierta. Esto se ve incluso en ese caso de gran movilización, que Halperin explora con equilibrio, que es el mundo rural de la Banda Oriental; he ahí por ejemplo ese pobrerío rural que parece muy poco entusiasta de aprovechar las ventajas que el célebre Reglamento artiguista les concede. Todo se trata mucho más o de plebes movilizadas bajo forma de clientelas o de autopercepciones de las clases dirigentes acerca de su peligrosidad (que de cualquier modo orientan comportamientos de esas mismas élites) que de otra cosa. Incluso las elecciones en Buenos Aires, aunque revalorizadas como espacio de acción política, no lo son en el sentido de un acrecentamiento del poder popular. Una historia, en suma, en la que el conflicto está omnipresente bajo tantas formas, pero no bajo aquellas más obvias en esa estación historiográfica: la del conflicto social entre amplios grupos antagónicos.

La otra dimensión tiene que ver con las dos historias paralelas (Buenos Aires y el interior) que Halperin nos presenta. Puede señalarse aquí que mientras la de Buenos Aires está mucho más organizada en el relato en torno a actores colectivos, ellos mismos surcados por múltiples facciones (como los políticos que han

hecho “la carrera de la revolución” o las distintas élites económicas o institucionales), en la lectura de esos conflictos en el interior rioplatense, la mirada de Halperin es parcialmente diferente. Mucho más peso relativo tienen aquí los linajes, las familias, sus clientelas (no exentas ellas mismas de conflictos en su seno) que otros actores sociales o institucionales, con excepción de los cabildantes. Ello es inevitable dada la diferente densidad de esas sociedades con respecto a una Buenos Aires que, de todos modos y sea dicho al margen, no sin dificultad podría ser considerada una sociedad estructurada (la base demográfica puede ser aquí argumento suficiente). Sin embargo, también ello puede vincularse con el tipo de fuentes que maneja Halperin en uno y otro caso. Si para Buenos Aires puede reposar en una abundante cantidad de memorias y autobiografías combinadas con las fuentes del AGN, con la *Gaceta* y con una historiografía erudita útil, en el interior eso no ocurre, en parte porque sociedades menos complejas producen tantas menos fuentes como una literatura histórica menos abundante (el contraejemplo es la Banda Oriental), en parte porque la indagación que ha hecho el autor sobre ellas es mucho más limitada. Así, esa segunda historia depende más de, por ejemplo, algunas correspondencias como las del Dean Funes, de Facundo Quiroga o de fragmentos de la de Artigas, que de otras fuentes. No necesariamente debemos lamentarnos. Esas fuentes más escasas que han sido exprimidas hasta la última gota (como le gusta señalar al mismo Halperin en referencia a su oficio de historiador) alientan una perspectiva más orientada a explorar tanto los vínculos verticales junto con los horizontales, como las solidaridades que se establecen más allá de las exclusivamente económicas, políticas o profesionales (aunque a veces las contengan). De ese modo, el texto comienza a poblarse de nuevas expresiones ausentes en la primera parte como “cliques”, “redes de relaciones”,

“lazos familiares” o “clientelas”. Finalmente, cuando todo se derrumba ¿no quedan esas redes interpersonales trabajosamente tejidas y destejidas como el tenue hilo que mantiene unidas a las provincias que emergieron en el país independiente y que posibilitará la muy lenta construcción de una élite dirigente sobre bases no solo locales? ¿Implica esa cercanía de Halperin a una terminología tan característica del *network analysis* algún conocimiento de esa corriente (bien establecida por ejemplo en Inglaterra desde los años sesenta)? Quizás es menos importante resolver el enigma que señalar en qué medida el análisis de la sociedad se ha enriquecido ulteriormente en la segunda parte.

Llegados a este punto, el comentarista debe admitir que su lectura da una imagen limitada y empobrecida de una obra tanto más rica. No ha hablado, por ejemplo, del militarismo, de la guerra ni de su resultante: esa forma criolla de la “brutalización de la política” (en la conocida expresión de Mosse) ni de tantas otras ideas fecundas que serían valiosas pistas para investigadores posteriores. Puede todavía señalar que el libro contiene además de una riqueza de motivos una línea de argumentación persuasiva que ha suprimido todos los debates personalizados (presentes en otros trabajos precedentes). Esa riqueza, esa complejidad y a veces los pliegues del texto le permitieron a Halperin brindar una imagen renovada de un período del pasado argentino que contiene una interpretación también ella novedosa y en pugna con la exitosa literatura que en esos años hacía furor en la convulsionada Argentina desde distintas vertientes, revisionistas o marxistas, aunque estas no tomasen nota siempre de ello. En la maestría del autor tanto como en la estrategia escogida (y por qué no en la distancia) están algunas de las posibles claves de un libro que hoy todavía leemos como si fuera de nuestro tiempo y no de otro.

Haydée Gorostegui de Torres

Una historiadora argentina en la nueva historiografía de los sesenta*

Se puede, acaso, ver en este ejemplo la confirmación del principio de que solo se comprende lo que se ama.

Friedrich Meinecke

Conocí a Haydée Gorostegui en 1973 momento en que, junto a otros alumnos de su curso, nos invitó a seguir un seminario con ella y con José Luis Moreno sobre la historia social y económica de Brasil que iba a dictar en el primer cuatrimestre del año siguiente, para luego lanzarnos como ayudantes de su materia en el segundo. Así lo hicimos, solo que la experiencia docente terminó tras unas pocas clases. Llegó la misión de Ottalagano y *tutti a casa*.

En mi caso particular, entre esas casas también estaba la quinta de Jorge Torres y Haydée Gorostegui en Escobar, donde pasaba tantos fines de semana, ya que un poco me habían adoptado. Cuando los Torres se trasladaron a Santa Fe en busca de horizontes laborales –porque la misión Ottalagano no solo había privado a Haydée de su trabajo como profesora concursada con dedicación exclusiva en la UBA, sino a Jorge Torres de su lugar como gerente de producción de EUDEBA– los encuentros se espaciaron y volvimos a vernos con el retorno democrático, cuando Haydée me invitó a acompañarla como adjunto en Historia Contemporánea en la UBA y a integrarme al plantel docente

* Publicado en *Estudios*, 45, 39-59, 2021.

de Luján; también me ayudó a abrirme espacio con sus relaciones académicas internacionales, entre las cuales estaba –y en lugar destacado– Ruggiero Romano.

He contado esto para indicar que Haydée me ayudó de muchos modos y en varios momentos, y para justificar esta afirmación: por mejor o peor que haya sido mi carrera académica, no hubiera sido posible sin Haydée Gorostegui, y con ella, mi maestra, tengo mi deuda principal. La tengo, en especial, con el estilo persuasivo con el cual me fue sugiriendo lecturas y perspectivas que me ayudasen a reorientarme lejos de la historiografía militante didascálica y de la fría erudición. Debo a su vocación pedagógica y a su amor por la historiografía francesa asociada con *Annales*, si un rescoldo ilustrado logró reavivar en mí en aquellos años complejos y exaltados. Hasta aquí el recuerdo personal.¹

1.

Haydée Gorostegui de Torres (1928-2019). A la hora de buscar algunas señas identificatorias, para quien no la hubiese conocido, podrían anotarse dos: chaqueña y de familias de sectores medios provincianos letrados (cualquier cosa signifique esto es ilustrativo), con vinculaciones con los ámbitos de las burocracias estatales provincianas por su rama –padre juez de Paz de un lugar tan improbable como Pampa del Infierno y madre maestra– y por la de su compañero y esposo, Jorge Torres, hijo a su vez de un

1. Agradezco a Marcela y Gustavo Torres, Mariela Ceva y Agustina Rayes por los materiales que me facilitaron para la realización de este trabajo; a Bibiana Andreucci que me incitó a pensar de nuevo sobre la obra de Haydée Gorostegui y a César Tcach que me invitó a mandarlo a esta revista.

rector del Colegio Nacional de Resistencia y de una profesora de la Escuela Normal, en la que Haydée estudiaría.

A principios de los años cincuenta, Gorostegui se desplazaría a Buenos Aires y al igual que Jorge Torres, emigrado paralelamente, ingresarían en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y se casarían en 1953. Es difícil que la Facultad peronista les hubiese generado alguna simpatía, ya que formaban parte de aquellas cohortes de alumnos activos opositores, aunque con algunos matices especiales que constituirían un itinerario específico.

Junto con Nicolás Sánchez Albornoz, el exiliado del régimen franquista de los años 50, y con otros formarían un grupo “anarquista”, muy lejos de nacionalistas y clericales pero diferentes también de aquellos que debían jurar por Juan B. Justo o creer en las potencialidades tal vez obturadas de Héctor Agosti. Y que fue algo perdurable lo muestra que veinte años después, en especial Jorge Torres, se embarcaba todavía en la tarea de publicar libros como *Checos 68* o *Fuera del juego*, de Heberto Padilla (1969). Con todo, más allá de ese activismo opositor, como alumna muy bien aplicada que era, Gorostegui absorbió todo lo útil y lo menos útil que allí se ofrecía (pero aun lo menos útil puede ser instructivo si existe cierta buena voluntad por aprender cosas que a uno pueden no interesarle).

Desde luego que el estudio era paralelo al trabajo y Haydée Gorostegui realizó los oficios más variados: desde tomar apuntes de las clases, pasarlos a máquina y luego, junto con Torres devenido imprentero, vender las copias a los alumnos, hasta ser redactora de la revista *Life* en su edición española, lo que quizás esté en la base del hecho de que, a diferencia de tantos de sus con-militones –que si proponían una historiografía nueva, carecían de las mínimas herramientas para expresarla en un lenguaje sino

nuevo, al menos atractivo— Haydée en sus trabajos “narrativos”, y en su correspondencia, mostrase una muy buena pluma.

Egresada de la carrera de Historia con medalla de oro en 1958, recibió como recompensa una beca de investigación en el Museo de la Casa de Gobierno bajo la supervisión de Ricardo Caillet Bois, quién no solo dirigía el Instituto Ravignani de la Facultad y era un miembro conspicuo de la Academia Nacional de la Historia, sino que tenía aceitadas relaciones con las élites políticas de entonces. Por el contrario podía encontrar otras opciones sea en la misma Facultad, como ayudante de una cátedra tan variopinta como Introducción a la Historia (que reunía a figuras tan disímiles como Luis Aznar, Tulio Halperin o Daisy Ripodas Ardanaz) en 1959 y en una materia especial, Historia Social Argentina (con Tulio Halperin), que era la pica en Flandes que el grupo de Historia Social General liderado por José Luis Romero había logrado colocar en una carrera de Historia bien renuente a los influjos renovadores en 1960. En ambas cátedras iba a llegar a Profesora adjunta en 1966, antes de la intervención y la renuncia. Asimismo, desde 1962, participaba de la expedición que todos los viernes iba en tren desde Buenos Aires a Rosario, en cuya Facultad de Humanidades Haydée Gorostegui iba a dictar Historia Económica y Social Argentina.

Así, entre las posibilidades que hubieran podido emerger dentro de la historiografía erudita y aquellas que emergían en la “nueva” historia, Haydée Gorostegui siguió a esta última y fue consecuente hasta el final en sus afinidades historiográficas y en sus alianzas académicas, ya que se trataba de una opción que era a la vez intelectual y política, aunque esto último debía entenderse más como la pertenencia al ámbito del reformismo universitario que otra cosa.

Con todo, modernización social y desarrollo económico podían bien emblematizar un programa que iba más allá de una mera renovación historiográfica, en sus ambiciones, no en su influencia. Ninguna imposición o peaje hubo aquí para Haydée, ese ideario era también el de ella aún desde antes. Sin embargo, algunos rasgos de la historiografía erudita –quizás de su formación como estudiante– perduraron en ella, como la atención a la evidencia empírica y a desplegarla en una forma narrativa que seguía de cerca los acontecimientos y se negaba a adornar el relato con referencias teóricas, aunque las conociese y las emplease.

La coyuntura en que comenzaba su itinerario académico Haydée Gorostegui no podía ser más propicia, si se puede prescindir de cualquier consideración sobre las lógicas académicas y las dinámicas políticas que llevarían pronto a una doble catástrofe a la Universidad reformista y al orden político liberal de la Argentina post-peronista.

En un contexto de recursos siempre escasos en el ámbito de las humanidades, la docencia era la mejor si no la única opción –pero en ella los profesores estaban obligados a acumular tareas varias, tanto en el ámbito universitario como a veces incluso en el secundario para reunir un emolumento digno– ese momento de fines de los cincuenta y principios de los sesenta fue para algunos excepcionalmente fecundo. Sin embargo, dos proyectos –y en ambos participaría Haydée Gorostegui– iban a proveer inesperados recursos monetarios y académicos para una pequeña patrulla reformista que se había logrado reclutar aquí y allá en el seno de diferentes ciencias sociales y en ambas orillas del Plata. Y en este sentido la autopercepción de constituir un grupo marginal puede parecer plausible o bizarra, según sea la perspectiva adoptada (Halperin Donghi, 1986).

El primero de los dos proyectos era el bien conocido dedicado al impacto de la inmigración masiva en el Río de la Plata, dirigido por Gino Germani y José Luis Romero y financiado por la Fundación Rockefeller, que proveyó 35.000 dólares de entonces (Germani, 2004, p. 209). El segundo, algo posterior, podía ser enmarcado en el impulso que provenía de las iniciativas y los esquemas intelectuales que reunían por entonces a distintos científicos sociales y de lo que había dado cuenta la creación de un ámbito como el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Sin embargo, lo decisivo era tanto su adscripción institucional en la Asociación Marc Bloch, creada en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires –y aquí fundamentales había sido de nuevo José Luis Romero, y ahora también Tulio Halperin, de un lado, y Fernand Braudel y Ruggiero Romano, del otro– como su financiación por parte de la *École Pratique des Hautes Études*, VI Sección.

La Asociación Marc Bloch sostuvo, con recursos no menores y en cualquier caso muy relevantes, distintas iniciativas de las cuales la largamente más ambiciosa fue el proyecto “Materiales para el estudio del progreso económico y social de la Argentina” (en los entonces últimos cien años), codirigido por Tulio Halperin, Roberto Cortés Conde y Haydée Gorostegui de Torres, y en el que el presupuesto presentado (no sabemos el acordado, ni el ejecutado) era de 55.800 dólares en tres años, es decir un poco menos de medio millón de hoy. Ello incluía los estipendios de cuatro investigadores y tres asistentes.²

2. Los datos son de una carta de Fernand Braudel a Tulio Halperin, del 29/11/1965 y del Anexo del proyecto “Materiales para el estudio del progreso económico social en la República Argentina”, localizado en el Archivo

En el primero podían verse además, claro está, de las prioridades de los financiadores norteamericanos, que por entonces tenían bastante interés en las llamadas ciencias de la conducta (Gemelli, 1990, pp. 213-245), la impronta de las ideas de Germani y Romero, que compartían tanto la convicción acerca de la importancia de la inmigración para pensar la historia argentina como discrepaban sutilmente acerca de las consecuencias sociales y culturales que creían derivar de esos procesos. La Argentina aluvial de Romero no significaba lo mismo que la idea de la integración de los inmigrantes de Germani.³

En el segundo proyecto, en cambio, las ideas parecen vinculadas más a las reflexiones latinoamericanas que a las francesas, aunque hayan sido parte de una negociación. Ciertamente en el diseño general quizás intentaban proponer a escala argentina una experiencia de colaboración entre historiadores y economistas que los mismos Braudel y Romano y Ernest Labrousse habían intentado con los economistas Jan Marczewski y François Perroux, en torno al cálculo de la renta nacional francesa entre el siglo XVIII, intento que no estaría exento de numerosos problemas de “traducción” entre disciplinas y de largas negociaciones en torno a las fuentes (Mandrou, 1960).

Hemos argumentado en otro lugar acerca de las excesivas ambiciones de ambos proyectos y sus dificultades y no volveremos acá sobre ello (Devoto, 1994; Devoto y Pagano, 2009). Anotemos solamente que, más allá de sus diferencias –y una no menor era

Braudel, Legajo Halperin, entonces (1994) en la *Maison des Sciences de l’Homme* de París.

3. Así lo expresaba con más perplejidad que convicción el mismo Gino Germani en “La inmigración masiva y su papel en la modernización del país” (1965, p. 210).

la relación sobre todo con los sociólogos, en un caso y las más conflictivas con los economistas, en el otro— en muchos sentidos ambos podían verse como complementarios para sus participantes, y lo serían en la obra de Haydée Gorostegui, que con pocas excepciones desplegaría sus trabajos mayores a partir de sus investigaciones iniciales en ellos.

En 1961 aparece el primer artículo firmado por ella, en coautoría con Gustavo Beyhaut, Roberto Cortés Conde y Susana Torrado: “Los inmigrantes en el sistema ocupacional argentino” (Di Tella, Germani y Graciarena, 1965). Un artículo, por lo demás, destinado a tener un largo eco en la historiografía posterior. Es difícil discernir en un artículo colectivo los aportes de unos y otros, aunque la figura de mayor *auctoritas* en ese momento, y que además ocupaba el lugar de coordinador del proyecto, era el uruguayo Gustavo Beyhaut, que quizás podía expresar mejor que otros lo que podrían ser vistas como perspectivas inherentes al grupo de historia social mucho más que al universo germaniano. Sin embargo, bien puede haberse tratado de una sumatoria de puntos de vista de los distintos autores, en tanto el texto asemeja narrativamente a un informe de investigación en el que aparecen, desaparecen y reaparecen diferentes argumentos en forma algo caótica que le dan una apariencia acumulativa.

Lo dicho no sugiere que el texto no tenga algunos ejes conceptuales e historiográficos fuertes, que justifican esa voluntad de desplegar distintos planos de análisis simultáneamente. Ello podía resumirse, si debe resumirse, en la vocación de problematizar los resultados del proceso de expansión de la Argentina abierto luego de Caseros y sus límites, sin por ello negar sus logros. Para tratar de construir una mirada compleja, el trabajo reposaba sobre tres tipos de argumentos conceptuales que buscaban negar la validez tanto a los análisis que fragmentaban la

“realidad” y aislaban el estudio de la dimensión económica de la social, como a aquellos modelos que postulaban la existencia de una única vía de progreso unilineal destinado a ser repetido en todos los casos en estudio. Ello implicaba, tercer argumento, el reconocimiento de un contexto conflictual en el proceso histórico que llevaba al inevitable corolario que los avances de unos bien podían provocar el atraso o el estancamiento de otros, es decir lo que simbolizaba una palabra: dependencia.

La riqueza de esta propuesta, que matizaba el progreso argentino y el papel de los inmigrantes europeos en él, que si bien según los autores habían contribuido a la modernización de la Argentina no habían podido afectar las bases de una “sociedad tradicional” firmemente asentada en las clases tradicionales y el latifundio, estaba sobre todo en otro lugar. En especial, si comparada con las visiones “angélicas” que vendrían luego y que tratarían de hacerse dominantes en los años noventa, sin conflicto ni perdedores; o con las truculentas ya presentes desde antes, pero destinadas a un éxito creciente de público entre los sesenta y los setenta; lo que enriquecía aquella mirada de los sesenta era una vocación de complejidad.

Si el artículo tenía ambiciones, tenía también límites en el muy acotado material empírico que utilizaba: los datos censales publicados, las estadísticas de inmigración publicadas y los viajeros eran casi todo su bagaje. Los últimos eran particularmente importantes, en mi opinión, para incorporar tanto la perspectiva *emic*, si es que se quiere recuperar a los sujetos, como para poder percibir que aquel proceso no era algo sin claroscuros que pudiera deducirse de datos agregados y de mercados perfectos por observadores que cien años después se empeñarán en desmentir las imágenes construidas por tantos contemporáneos que tenían la inapreciable ventaja de estar allí. Una pequeña nota sobre las

palabras finales: los inmigrantes habían introducido “con premura elementos de la civilización europea que no se han asimilado adecuadamente” (Beyhaut et. al, 1965, p. 123). José Luis Romero, claro está, no Germani (y más allá de las precauciones retóricas de este).

En cualquier caso, si nos hemos detenido en este artículo no es tanto por la contribución que pudo dar en él Haydée Gorostegui, que quizás se hubiera sentido más cómoda con un esquema menos abstracto, sino porque buena parte de esas premisas seguirá acompañando sus trabajos posteriores.

Dos años después, en 1963, aparecen dos trabajos de Gorostegui. Uno es parte del proyecto dirigido por Germani y Romero: un largo documento de trabajo editado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA por el Departamento de Sociología y el Instituto (Centro) de Historia social: “La República Argentina antes de la inmigración masiva”, que abarcaba los veinte años posteriores a Caseros, es decir la fase que coincidía con la primera parte del trabajo antes analizado (Gorostegui, 1963a). Este sería el período en que Gorostegui se especializaría, ya que una línea lo uniría con “Aspectos económicos de la Organización nacional” (1968) y el libro *La organización nacional*, en la *Historia argentina* de la editorial Paidós (1972) e incluso el bello y evocador artículo sobre “El puerto de la pampa húmeda” (1983). Secuencia que es una de las muestras de cómo los proyectos comenzados en aquellos años tendrían una concreción muy posterior.

Lo interesante del trabajo de 1963 es la capacidad de Haydée Gorostegui de reunir en modo sistemático una amplia información –a la medida de entonces, no de hoy– que abarca un registro muy variado de datos provenientes de censos y registros estadísticos, de funcionarios y otros observadores locales, pero también, una vez más, de viajeros con atención, aunque fuese

fragmentaria, a la variedad de situaciones regionales. Nuevamente, hay una voluntad de expandir las reflexiones más allá del eje de las estadísticas económicas, e incluir desde consideraciones sobre el territorio y el clima hasta otras sobre la psicología de los pobladores rurales, lo que la llevaba a incluir incluso reflexiones de Ezequiel Martínez Estrada (*Muerte y transfiguración del Martín Fierro*), para brindar una caracterización tipológica del gaucho (Gorostegui, 1963, p. 33).

El otro artículo publicado por Gorostegui en 1963 era el tan frecuentemente citado “Los precios del trigo en Buenos Aires en la época de Rosas” (Gorostegui, 1963b); aunque, una vez más, el trabajo es avaro en referencias metodológicas o “teóricas” y, a la hora de citar, Gorostegui elige centrarse en precedentes argentinos y no en la tradición francesa, que sin embargo está también (¿o sobretodo?) detrás del mismo. Una tradición francesa de historia de precios tan presente en el grupo de historia social tanto a través del texto de Ernest Labrousse (1944) sobre la crisis de la economía francesa, como por el seminario que en esa línea Ruggiero Romano había dictado en Filosofía y Letras en 1961 y que ella había cursado.

El trabajo de Haydée Gorostegui, que ya precedentemente había estudiado estadística en la carrera de sociología, se destaca por una remarcable capacidad de complejizar el problema de la historia de precios, sea desde el punto de vista de los instrumentos técnicos (precios reales o precios “teóricamente” contruidos con la conversión de viejas monedas a otros valores, que no son, claro, valores en sí, sino los del tiempo en que el historiador los construye) y más importante aún, tratar de mantener la utilidad del estudio de precios sobre tres andariveles: en tanto que indicador de fenómenos monetarios; en tanto que indicador de niveles de producción –que había sido la orientación original dada

por Gregory King en el siglo XVII, luego abandonada por sus sucesores en el siguiente, pero acerca de cuya superioridad analítica tanto insistiría Romano (1967)– y/o en tanto instrumento para estudiar los niveles de vida.

El estudio de Gorostegui se mantiene cerca de las observaciones de Romano acerca de la conveniencia de utilizar las unidades monetarias existentes en el momento estudiado y, a su vez, en tanto existían dos unidades monetarias (pesos papel y onza de oro), presentar los números índice de las dos series en la convicción de que cada una iluminaba distintas dimensiones del proceso. Con relación a la otra cuestión, los factores que motivaban las oscilaciones de los precios, Gorostegui se mantiene en un punto medio: en ocasiones son las emisiones monetarias, en ocasiones son las crisis agrícolas, internas y externas. Desde luego que en el contexto en estudio, otros factores militares y políticos, bloqueos, guerras civiles, introducían tantas distorsiones, de las que Gorostegui es consciente en el artículo, que fragilizaban el ejercicio.

Finalmente, en las conclusiones, Gorostegui elige, muy acertadamente, no ser concluyente, lo que suscitó veladas críticas de historiadores más audaces y menos avisados (Gutiérrez, 1965). Sensatamente Gorostegui percibe que la serie de precios del grano, aún si se le agregaba la serie de los precios pecuarios precedente de Julio Brodie (1951), apenas permitía esbozar una conjetura: que el nivel de vida de la mayoría de la población podía haber empeorado durante la época de Rosas (así como la distancia con el grupo de terratenientes de los cuales ella consideraba a Rosas su representante). Y no podía irse más allá porque no se disponía de una canasta de consumo de la población y si Gorostegui hubiese querido seguir las posiciones aún más extremas de Romano, hubiera agregado: porque tampoco se disponía no de una

serie única de salario sino de la masa total de salarios pagados en una época dada. La sensatez del historiador, su tratar de mantenerse cerca de las posibilidades interpretativas que brindaban los datos fue entonces y luego una característica de Gorostegui.

Los estudios de precios quedarían ahí, aunque no el interés de Gorostegui por los estudios cuantitativos de historia económica argentina. Una explicación rápida pero no necesariamente exacta podría derivar del hecho de que en el proyecto “Materiales”, en el que había de todo, bajo denominaciones tan sonoras como “Condicionamientos estructurales del proceso de cambio” (lo que incluía claro el tema “concentración de la propiedad”), “Factores del proceso de cambio”, desde “determinantes” (inmigración, comercio exterior e inversiones de capital) hasta “factores coadyuvantes” (monetarios, crediticios, impositivos, finanzas públicas), no hubiera nada de historia de precios.

2.

Antes de ir a las nuevas líneas de trabajo de Gorostegui debemos hacer un impase y recordar que entre 1963 y 1964 viajaría a Francia a la entonces llamada École Pratique des Hautes Études, VI sección, como parte de la larga secuencia de argentinos que siguieron en esos años ese camino, resultado del acuerdo con Braudel y beneficiándose de lo que fuera llamado su “diplomacia” de las ideas. Una oportunidad formativa invaluable que le llegaba en pleno ascenso en su carrera académica, aunque también en un complicado momento de su vida familiar, con dos niños pequeños.

La intensidad de la estadía parisina fue notable.⁴ Gorostegui hizo seminarios con Fernand Braudel (dos), Witold Kula, Ernest Labrousse, Pierre Vilar, Jacques Le Goff y Ruggiero Romano. ¿Es necesario recordar que esos nombres representaban uno de los momentos más brillantes de esa institución (sea con ese nombre o con otro) y que, por tanto, iba a diferenciar esa experiencia de la de tantos otros argentinos que irían luego y que estaban destinados, a menudo, aunque no siempre, a una interacción con “infanzones”?

Los seminarios fueron elegidos indudablemente a través de la sugerencia de Ruggiero Romano y abarcaban temas diferentes, sea aquellos que ponían el énfasis en problemas de fuentes y de métodos (Braudel, Labrousse, Vilar), sea otros centrados en discusiones teóricas o historiográficas, como aquellas sobre el modelo de la economía señorial (Kula) o sobre el problema de las aldeas despobladas (Le Goff y Romano).

Por otra parte, participó de un grupo de trabajo en el que parece haberse avanzado en nuevos proyectos, siempre con apoyo de la EPHE y del CNRS, y en los que iba a concentrarse luego de su regreso a la Argentina. Como eslabonamiento de esa estadía surgió su vinculación con la Asociación Internacional de Historia Económica (que como se recuerda había sido fundada por iniciativa de Braudel en 1950 y conservaba todavía la impronta de un tipo de historia económica y social todavía no colonizada, afortunadamente quizá, por los econométristas). Así, Gorostegui presentaría ponencias en los Congresos Internacionales de Historia Económica de Munich, Bloomington y Leningrado (al primero y al tercero de los cuales además asistió), entre 1965 y 1970.

4. Los datos consignados pertenecen a un actualizado CV de Haydée Gorostegui que me fuera facilitado por su hija Marcela Torres.

Y aún todavía, la estadía francesa dejó una secuela prestigiosa. Por mediación seguramente de Ruggiero Romano, en 1972 Gorostegui participaría del *Festschrift* en honor de Braudel –siendo la única latinoamericana incluida– con un trabajo sobre “Historia y dependencia en América Latina”. Un texto sobre el que volveremos.

3.

Gorostegui había estado alrededor de un año en París pero muchas cosas estaban cambiando aceleradamente en la Argentina, que se deslizaba por el “callejón” halperiniano hacia el abismo. En cuanto al tan amplio proyecto de investigación con los franceses, parecía avanzar prioritariamente en dos vías complementarias. Una era el cálculo del “producto bruto por sectores de actividad económica de origen”, en el período 1869-1914, en el que Haydée Gorostegui y Roberto Cortés Conde colaboraban con un economista de la CEPAL, Alberto Fracchia, con una vasta experiencia en el Banco Central, donde junto con Manuel Balboa fueron considerados el núcleo impulsor de los estudios de cuentas nacionales en Argentina (Heredia, 2013; De Pablo, 27 de mayo de 2013).

De esa parte del proyecto solo he podido identificar el *paper* “Método para la estimación del producto en el siglo XIX” (Fracchia, Gorostegui de Torres, Cortés Conde, 1964), presentado en la tercera reunión de las Jornadas de Historia Económica que se realizaron en Buenos Aires y Rosario en 1964, organizadas por el IDES y el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad del Litoral como parte de una sección del mismo, y que constituía un programa de investigación anclado en consideraciones metodológicas y en un relevamiento de fuentes. En la sesión participaba también el historiador y economista del

CNRS, enviado por la EHESS, José Gentil da Silva, con una ponencia sobre “Cálculo retrospectivo del producto”. Allí o en otras reuniones coincidentes surgieron serias desavenencias metodológicas entre Fracchia y Gentil da Silva (según referían Ezequiel Gallo y Haydée Gorostegui), cuyo significado último escapa a la limitada comprensión de quien esto escribe, ya que ni siquiera es claro que fuese una distinción entre economistas y sociólogos, visto el relativamente abundante uso referencial que de Marczewski y Perroux hacia el estudioso portugués.

Mejor cosecha parece haber obtenido la otra línea de investigación en torno al comercio exterior. Al menos una nueva serie de la evolución de las exportaciones argentinas (1864-1963) estaba lista en 1965. El subproyecto dirigido por Cortés Conde, Halperin y Gorostegui, realizado casi manualmente con la colaboración de siete asistentes (entre los que estaban Gerardo Andújar, María Cristina Cacopardo y Jorge Torres) y con el asesoramiento también aquí de Fracchia, no tuvo, sin embargo, destino. Como fuera indicado, quedaron unas pocas copias mecanografiadas del trabajo, casi inhallables (Rayes, 2015), aunque el enigma aparente no era tal.

En una carta tempestiva a Tulio Halperin del 29 de noviembre de 1965, Braudel, impaciente, ante la imposibilidad de comunicarse con Romero y ante la renuncia de Romano al Centre de Recherches Historiques, solicita un informe del estado de avance del proyecto, una descripción de los objetivos iniciales y un detalle del empleo del dinero recibido. De la respuesta a lo último no hay constancia en el archivo pero sí de lo primero.

Al margen de una copia del proyecto y del elenco de sus objetivos, Braudel marcaba con lápiz el ítem Exportaciones (2.1.2.1.) un solitario “hecho” y en un apartado del ítem 1.2 (“Evolución del volumen de las distintas clases sociales entre el total de la

población económicamente activa por ramas de actividad y zonas geográficas”) un “tal vez en vías de hacerse”. Con los años hubiera podido agregarse otro “hecho” gracias a la ahora solitaria y encomiable labor continuada por Haydée Gorostegui, con otros colaboradores, para el rubro “Importaciones”. Pero por entonces Braudel, el comitente, decidió cortar todo lazo con Argentina y desinteresarse de la labor realizada. Entre tanto, otras tormentas internas asediaban a la Facultad de Filosofía y Letras, y en ese mismo 1965, José Luís Romero renunciaba al Decanato y se jubilaba y Gino Germani se trasladaba a Harvard.

Todavía Gorostegui dejaba un testimonio de esa experiencia en la “Nota” (Gorostegui, 1966) que dedicaba a una discusión entre Marzczewski, Vilar y Chaunu en torno a la historia cuantitativa y la economía retrospectiva, por ponerlo en los términos en que los formulaba Pierre Vilar (1965). Un debate entonces reciente pero una cuestión más antigua, si se recuerda que ella aparece ya en un artículo de Braudel en el primer número de la *Revue Économique* (1950). En cualquier caso, una vez más las relaciones entre las perspectivas de los economistas y las de los historiadores en sus miradas sobre el pasado.

Aunque se trata sobre todo de un estado de la cuestión, pueden anotarse varias cosas. La primera es que el análisis de Gorostegui se mueve sobre dos planos paralelos pero distintos: el de las posibilidades de la cuantificación y el del método de las “cuentas nacionales”. Sobre el primero, Gorostegui indica con acierto y tempranamente que la cuantificación no es un instrumento solo de la historia económica y, a la vez, indica con claridad la tensión entre enfoques idiográficos y nomotéticos, o si se prefiere, en otro vocabulario, entre reglas y excepciones. Sobre lo segundo, Gorostegui parece más posibilista que Vilar hacia el enfoque de Marzczewski. El gran historiador de la Cataluña, aun si

simpatético hacia el enfoque de las cuentas nacionales, considera de muy dudosa validez su aplicación a épocas preestadísticas y con respecto a la época estadística, no deja de anotar la imposibilidad de la reconstrucción de ciclos económicos que no tenga en cuenta los factores no económicos aparentemente externos pero en ningún caso “exógenos” –y su ejemplo del papel de las dos grandes guerras en el siglo XX es muy eficaz (Vilar, 1965, p. 312)–. Gorostegui es bien más disponible, al precio de considerar su aplicación histórica solo en tanto se lo considerase un “modelo” cuya validez era tal únicamente dentro del “sistema de referencias adoptado” (lo que parece recordar al Max Weber de *Roscher y Knies*, aun si no lo hubiese leído). Por supuesto, Gorostegui no deja de notar dos temas clásicos. Uno era el problema de las fuentes y el uso desenvuelto y acrítico que de ella hacían los economistas (ayer, y bien se podría decir también hoy). El segundo era la cuestión de las dificultades y también, pero de modo distinto, los problemas que conllevaba aislar abstractamente a la manera de “compartimentos estancos” las dimensiones económicas de una totalidad social con la que está íntimamente relacionada. ¿Cómo recuperar las conexiones?, se preguntaba Gorostegui.

En realidad, ahí estaba bien planteado el núcleo del *methodenstreit* más que en la cuestión de las etapas, como parecía sugerir Halperin, en una intervención del año precedente en aquellas Jornadas de Historia Económica, apoyándose en la polémica de John Clapham contra la escuela de Schmoller (en AA.VV., 1964, p. 15). Estas eran ciertamente un punto importante de la escuela histórica alemana, pero no es innecesario recordar que el etapismo estaba en otros lugares: por ejemplo, Adam Smith, que el mismo Walt Rostow, por otra parte, colocaba en el origen del linaje de su enfoque (1959, p. 711).

Sin embargo, la perspectiva de Gorostegui no es pesimista acerca de los beneficios de la economía histórica y del enfoque de la contabilidad nacional, al menos en la posibilidad de brindar valiosos puntos de apoyo o de reflexión para la “verificación de las teorías económicas”. Así, dadas ciertas condiciones, el cálculo de agregados económicos sería un valioso “instrumento conceptual” aún para épocas pre-estadísticas, sin renunciar a explorar luego las conexiones con la totalidad social.

Anótese aquí que Gorostegui, si abandonó la historia de precios, no hizo lo mismo con el enfoque de la “contabilidad nacional” y la economía retrospectiva. He ahí, por ejemplo, el seminario que dictaría en 1966 en la Universidad de Chile sobre “La contabilidad nacional retrospectiva y su metodología”. Este, como tantos otros saberes que fatigosamente había construido Gorostegui, se dispersaría en las torrentosas insensateces argentinas...

4.

Si 1965 había mostrado, institucional y académicamente, la crisis de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA –y la de los proyectos que el grupo que integraba Gorostegui llevaba adelante– la intervención de la dictadura de Onganía de las Universidades públicas, al año siguiente, conllevó al colapso de aquella experiencia.

Como casi todos los miembros de su grupo de pertenencia, Gorostegui renuncia, aunque no porque estuviese convencida de las bondades de esa decisión, según diría años después, sino por solidaridad con aquellos. Debe anotarse como primer efecto que los otros estudiosos con los que Haydée trabajaba más en contacto siguieron su carrera en el exterior: Halperin inicialmente en

Harvard para culminar en Berkeley tras pasar por Oxford; Cortés Conde en la Universidad de Yale por dos años (para luego retornar al Instituto Di Tella); y Nicolás Sánchez Albornoz en la New York University.

Gorostegui, en cambio, permanecería en Argentina y seguiría inicialmente vinculada con el IDES y con el Instituto Di Tella en los que radicaría sus proyectos –uno titulado “Condicionamientos estructurales de los procesos de cambio social” en el primero, y el del Producto Bruto Interno en el segundo–, con lo que los lazos que habían posibilitado aquella experiencia se debilitaron ulteriormente, aunque no se cortaran del todo, inicialmente. Luego, con los años, las distancias no serían solo de localización académica, ya que cada uno de ellos iba a seguir caminos alternativos en la interpretación de la llamada Argentina moderna (y en la que Gorostegui iba a ser la más consecuente con aquella lectura sesentista de pensar desde los límites del proceso).

En todo caso, todavía en 1968 aparecía una recopilación de trabajos que a su modo buscaba dar continuidad y cierre a los proyectos de la primera mitad de los sesenta bajo el título de *Los fragmentos del poder* (Di Tella y Halperin, 1968). Allí aparece un artículo de Haydée que utilizó los insumos provistos por sus investigaciones precedentes en una interpretación fuerte en “Aspectos económicos de la organización nacional” (Gorostegui, 1968). El eje vertebrador del análisis es la situación de dependencia de la economía argentina, que hace que todo el proceso esté regido por los ritmos y las transformaciones del capitalismo mundial. Una interpretación que, dicho sea al pasar, no hubiera disgustado a Juan Bautista Alberdi, si se la pensase en modo optimista. Si así estaban las cosas, el papel de las élites locales o los inmigrantes europeos solo podía modular algunos aspectos sectoriales y/o regionales del proceso, pero no modificarlo. No

es que Gorostegui negara las transformaciones en el campo argentino, ni que las élites tradicionales hubiesen cooperado con iniciativas de modernización tecnológica, en un contexto de inversiones bastante especulativas orientadas al sector privado y no al público, ni que los inmigrantes hubieran sido un factor demográfico no irrelevante, o que hubiesen logrado producir una transformación decisiva del paisaje económico-social en un lugar, Santa Fe (pero solo en ese lugar). El problema es que esos aportes eran, en la mirada de Gorostegui, escasos y en cualquier caso, subalternos.

Con todo, la propuesta de Gorostegui no caía en la tentación de sugerir que otro modelo hubiese sido posible. Como se preguntaba: “¿Cuál sería el ‘hándicap’ de un país de economía rural, alejado de los centros de consumo, sin posibilidades internas de crear su propio mercado y sin capitales nacionales frente a un sistema capitalista agresivo y en pleno desarrollo?” (Gorostegui, 1968, p. 169). Que no hubiese alternativas consistentes no quería decir, según la autora (y ese es su punto) que el camino recorrido no tuviese rasgos negativos que se evidenciarían en el largo plazo. Más allá de ello, quizás los aportes más originales del artículo estuviesen en el fino análisis de la circulación económica y de los rediseños regionales combinados a su vez con una atención a vincular los procesos argentinos con los cambios que se producían a nivel de la economía europea y norteamericana. ¿Estaban aquí las lecciones de Braudel sobre el espacio, o las de Juan Álvarez? ¿O las de ambos?

Gorostegui volvería sobre la cuestión de la dependencia y sobre el período en dos trabajos publicados en 1972. La breve contribución en el homenaje a Braudel y el libro en la *Historia Argentina* dirigida por Halperin para la editorial Paidós sobre *La organización nacional*, textos que en su diversidad muestran

quizás la pervivencia en ella de dos formas paralelas de entender la profesión. El ensayo “Historia y dependencia...” no solo redobla la centralidad del problema de la dependencia, ya desde su título, en toda la historia de América latina, en un proceso de sucesivas articulaciones de los sectores altos locales con las sucesivas metrópolis, sino que reivindica tanto la posibilidad de desarrollar instrumentos conceptuales autónomos para pensar las realidades latinoamericanas, sin los anteojos provistos por la conceptualización europea, como la necesidad de que el investigador contribuya con su producción de conocimiento a superar “atraso e injusticia”.

El segundo trabajo contiene una lectura no disímil en sus grandes rasgos a la que había provisto el texto del 68, solo que ahora está colocado en un cuadro más amplio, en el cual, al introducir el proceso político en la narración, se ve compelido a recuperar el lugar de los actores en el proceso histórico. Más interesante para nuestro propósito es que el libro, aunque tributario de fuentes secundarias, contiene una narración ágil, inteligible e inteligente de las dimensiones, políticas, estatales y económicas del proceso abierto luego de Caseros. Una narración balanceada que quita y da (véase el retrato en claroscuro de Sarmiento entre Gálvez y Martínez Estrada), no adjetivada sino ponderada. Quizás aquí Gorostegui presenta una imagen más clásica de la escritura de la historia. A su modo, esa dualidad se plantea entre un compromiso con los tiempos y una noción subyacente de que el historiador aspira a escribir para más allá de él, entre una toma de posición fuerte y una admisión de que la historia es pensable desde muchas perspectivas.

En 1970 Haydée Gorostegui decide aceptar la mano tendida por Ángel Castellán, nombrado interventor de la Facultad de Filosofía y Letras por el gobierno militar y empeñado en lograr que

los renunciantes en 1966 volviesen, en especial los grupos que trabajaban con Romero y Germani, y así lo hacía porque creía que aquella de los sesenta era el modelo de universidad deseable y no la que le tocaba dirigir. Gorostegui ganará al año siguiente el concurso de Historia Social Latinoamericana y Argentina. Paralelamente, y tras la maravillosa experiencia de la dirección en el Centro Editor de América Latina de la versión argentina de la colección de la editorial Feltrinelli, *Los hombres de la historia*, se encargará de una nueva colección de enorme impacto: *Polemica. Historia argentina integral (1970-1972)*. Un análisis de los contenidos en general y de las partes redactadas por Gorostegui sería necesario, aunque no lo haremos aquí. Baste señalar que pocas obras colectivas, si acaso alguna, incluyeron una variedad tan grande de colaboradores procedentes de la academia, el revisionismo tradicional, el reformismo renovador, la izquierda nacional, el marxismo. Por proponer una pequeña enumeración: Enrique Barba, Enrique De Gandía, Julio Irazusta, Juan Pablo Oliver, Ezequiel Gallo, Darío Cantón, Norberto Galasso, Rodolfo Puiggrós, Héctor Agosti, Horacio Cifardini.

5.

¿Eclecticismo? No: irenismo. Gorostegui perteneció a una tradición y pensó desde esa tradición, y si queremos con los prejuicios correspondientes, en especial los intelectuales de esa tradición, que los tenía como cualquier otra, aunque podamos admitir que los prejuicios no son algo necesariamente negativo y son, en cualquier caso, inevitables. De cualquier modo, le daban a Haydée un lugar, una perspectiva, desde la cual pensar la Argentina y el proceso histórico, un *ubi consistam* que en los tiempos de la historiografía actual se echa tanto de menos.

Podemos llamar a eso el reformismo. Un espacio que imponía, además, solidaridades, deberes, amigos y enemigos. Sin embargo, desde ese espacio Gorostegui se esforzó por tender puentes, complicidades entre distintas tradiciones, ya que, a su modo, era una gran mediadora.

Todavía el caso de Haydée Gorostegui nos dice algo más que podría llamarse la Argentina como imposibilidad. Mucho es lo que logró Haydée, ahí están sus trabajos publicados, las personas que formó, las instituciones que apuntaló, pero mucho más es lo que pudo haber logrado en otro contexto menos inhóspito que la Argentina de sus años medianos.

Ella y su familia lograron capear bastante bien el proceso abierto en 1966, como vimos. No lograron en cambio sortear con igual fortuna la catástrofe que académica y políticamente comenzó en septiembre de 1974 y que civilizatoriamente se convirtió luego en el crudo invierno de la dictadura militar. Sin opciones, los Torres se replegaron sobre Santo Tomé, donde Jorge Torres gerenciaba una empresa que producía partes para la FIAT, empresa que luego también cerraría y dejaría el país. Haydée, sin embargo, siguió viajando una vez por semana a la Universidad de Luján, donde había recalado en 1975 hasta su cierre.⁵ Sin embargo, su actividad principal sería otra: Haydée, amante de las plantas desde siempre, puso un vivero para ayudar a la economía familiar. Nunca dudó en arremangarse. Siete años

5. Las relaciones entre Haydée Gorostegui y Ángel Castellán fueron un modelo de convivencia y colaboración, inusual en esos años. Se recordó ya que Castellán la había invitado a Gorostegui a volver a la UBA en 1970. Expulsado Castellán de Filosofía y Letras en 1973, Gorostegui colaboró en que fuese contratado inmediatamente por la Universidad Nacional de Luján. Expulsada Gorostegui de la UBA, en 1974, Castellán influyó en que fuese contratada por Luján, al año siguiente.

académicamente perdidos, y cuando empezó la expulsión de las instituciones, Gorostegui tenía 47 años...

Cuando se alzó el telón, a fines de 1983, la Facultad de Filosofía y Letras no la repuso en su materia o en una afín, sino que le encomendaron la conflictiva cátedra de Historia Contemporánea. Una vez más, solidaria, aceptó, pero ya no quiso hacer más que lo necesario en la UBA y decidió invertir en Luján.

Por lo demás, el paisaje historiográfico era ya otro y las invocaciones a los sesenta eran rituales. Desde luego, cualquier grupo construye genealogías y los historiadores de los ochenta no eran una excepción y si aquellas invocaciones podían ser vistas como parte del *pietas erga patres* eran mucho más un modo de auto legitimación de los consagrantes que otra cosa. En los hechos, ahora había otras personas, otros temas, otros enfoques y otras lógicas académicas. Pese a ello, recuerdo un día de 1992 cuando en el restaurante *Leau vive* de Luján ella presidía satisfecha una larga mesa luego del doctorado *honoris causa* que la Universidad le había concedido a Halperin (como luego se lo concedería a ella). Quizás en el perceptible gesto complacido de Haydée volvían por un momento –solo por un momento– esos años sesenta y ese mundo de la calle Viamonte, en el que ella había ocupado un lugar central con su inteligencia, su generosidad y su trabajo.

Bibliografía

Beyhaut, Gustavo; Cortés Conde, Roberto; Gorostegui, Haydée y Torrado, Susana (1965). Los inmigrantes en el sistema ocupacional argentino. En Di Tella, Torcuato; Germani, Gino y Graciarena, Jorge (comps.), *Argentina, sociedad de masas* (pp. 85-123). Buenos Aires: EUDEBA.

- Braudel, Fernand (1950). Pour une économie historique. *Revue économique*, 1 (1), 37-44.
- Broide Julio (1951). La evolución de los precios pecuarios argentinos en el período 1830-1850. *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas*, 32 (4), 113-183.
- Cortés Conde, Roberto; Halperin Donghi, Tulio y Gorostegui de Torres, Haydée (1965). *Evolución del comercio exterior argentino*, Tomo 1, Exportaciones, Primera parte (1862-1930). Buenos Aires: ITDT.
- De Pablo, Juan Carlos (27 de mayo de 2013). A memoria de Alberto Fracchia. *Contexto*, 1242. <http://www.juancarlosdepablo.com.ar/download-contexto.php?id=266>
- Devoto, Fernando (1994). Los estudios históricos en la Facultad de Filosofía y Letras entre dos crisis institucionales (1955-1966). En *La historiografía argentina en el siglo XX (II)* (pp. 50-68). Buenos Aires: CEAL.
- Devoto Fernando y Pagano, Nora (2009). *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gemelli, Giuliana (1990). *Fernand Braudel e l'Europa Universale*. Venecia: Marsilio.
- Germani, Ana (2004). *Gino Germani, del antifascismo a la sociología*. Buenos Aires: Taurus.
- Germani, Gino (1965). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.
- Gorostegui, Haydée (1963a). *La República Argentina antes de la inmigración masiva*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Departamento de Sociología e Instituto de Historia Social.
- Gorostegui, Haydée (1963b). Los precios del trigo en Buenos Aires durante la época de Rosas. *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, 7, 141-164.

- Gorostegui, Haydée (1966). Historia cuantitativa, ¿instrumento accesorio o método fundamental de investigación? *Estudios de Historia social*, 2, 126-135.
- Gorostegui, Haydée (1968). Aspectos económicos de la organización nacional. En Di Tella, Torcuato y Halperin Donghi, Tulio, *Los fragmentos del poder* (pp. 151-170). Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Gorostegui, Haydée (1970-72) (dir.). Colección *Polémica. Historia argentina integral*. Buenos Aires: CEAL.
- Gorostegui, Haydée (1972). Historia y dependencia en América Latina. En *Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel. Tome II: Méthodologie de l'histoire et des sciences humaines* (pp. 245-249). París: Privat.
- Gorostegui, Haydée (1972). *Historia Argentina. La organización nacional*. Buenos Aires: Paidós.
- Gutiérrez, Leandro (1965). Demografía retrospectiva e historia económica, Anuario del Instituto de Investigaciones históricas. *Desarrollo Económico*, 16, 514-522.
- Halperin Donghi, Tulio (1986). Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985). *Desarrollo Económico*, 100, 487-520.
- Heredia, Mariana (2013). Los desnudos y sinsabores del intervencionismo estatal en la Argentina a través de la trayectoria de Alberto Fracchia. *Jornada Recuperando Trayectorias Intelectuales en el Estado*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento. <https://www.ungs.edu.ar/wp-content/uploads/2014/07/Heredia.pdf>
- AA.VV. (1964). *Jornadas de Historia y Economía Argentina en los siglos XVIII y XIX*. Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional del Litoral-Instituto de Desarrollo Económico y Social. Buenos Aires-Rosario: mimeo.

- Labrousse, Camille-Ernest (1944). *La Crise de l'économie française a la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Mandrou, Robert (1960). Le revenu national français de 1726 à nos jours. *Annales. Economies, sociétés, civilisations*, 15, 752-758.
- Padilla, Heriberto (1969). *Fuera del juego*. Buenos Aires: Aditor.
- Rayas, Agustina (2015). Medio siglo mediante. La historiografía y la historia de las exportaciones argentinas durante la Primera Globalización. *Boletín del Instituto Ravignani*, 43, 184-207.
- Romano, Ruggiero (1967). Introduzione. En *I prezzi in Europa dal XIII secolo a oggi*. Torino: Einaudi.
- Rostow, Walt (1959). Histoire et sciences sociales: la longue durée. *Annales. Economies, sociétés, civilisations*, 14 (4), 710-718.
- Vilar, Pierre (1965). Pour une meilleure compréhension entre économistes et historiens Histoire quantitative ou économétrie rétrospective? *Revue Historique*, 233 (2), 293-312.

Homenaje a Oscar Terán*

Ante todo, agradezco y me honra que me hayan invitado hoy para evocar la figura de Oscar Terán.

Hay desde luego muchas imágenes posibles de Terán y en las intervenciones sucesivas aparecerán perspectivas seguramente mejor fundadas que las mías por parte de personas que lo conocieron y/o lo leyeron más y mejor que yo. Asimismo, la vida y la obra de Oscar Terán se desplegó en diferentes y distintas actividades de las que casi nada diremos aquí. Por ejemplo, una de ellas es la del docente ejemplar, en las imágenes transmitidas por sus alumnos que siempre valoraron su cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano en la carrera de Filosofía como una de las mejores de la Facultad de Filosofía y Letras. Ello se debía, en sus recuerdos, a las características, diríamos la calidad de sus clases y también, agrego yo, a que supo congregarse en torno a sí a algunos de los mejores y más prometedores estudiosos de generaciones más jóvenes. Y todavía podía pensarse que colocada en el *curriculum* de aquella carrera no podía no ser una bocanada de aire fresco, aunque fuese al precio, como hubiese dicho Groussac, de pasar de la arquitectura al rancho de paja.

* Publicado en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 12, 193-197, 2008.

Por mi parte propongo explorar brevemente algo mucho más acotado: Oscar Terán en tanto que historiador de las ideas, tratando de emplear la misma estrategia que él aplicaba al indagar a figuras relevantes de la inteligencia argentina. Es decir, explorar un itinerario intelectual (o mejor escenas o momentos de ese itinerario) que se despliega a lo largo de medio siglo y en el que podemos esquematizar distintas fases o etapas, tal cual él lo hiciera con José Ingenieros.

Tenemos así un primer Terán, el de los años sesenta, el estudiante de Filosofía y parcialmente de Historia, el intelectual comprometido enmarcado en esa tradición de la nueva izquierda crítica que enarbolaba la capacidad omnicomprendiva del mundo de Marx y del marxismo. Tradición que se colocaba, en el cruce de múltiples lecturas y sobre la que operaba el impacto de dos situaciones políticas decisivas para los intelectuales de la Argentina de entonces: la cuestión del peronismo y la de la revolución cubana.

Señalemos aquí una tarea a realizar: un análisis comparado de las vías de acceso al marxismo y su combinación, específica en cada itinerario intelectual, con aquellas otras lecturas consonantes o disonantes con él, en las diferentes trayectorias de estos intelectuales de la nueva izquierda que permita, más allá de ese rótulo, diseñar un mapa cultural en el interior de la misma. Recordemos apenas aquí, en relación con Terán, el papel del existencialismo en el camino de aproximación a Marx y su interés mayor hacia los *Manuscritos* de 1844, antes que hacia *El capital*, así como su (posterior) lejanía de una obra tan influyente en otras figuras de la nueva izquierda argentina como la de Althusser. Un marxismo, en suma, que era en Terán un humanismo, parafraseando el título de un ensayo célebre en esos años. Empero, en torno a este tema –y años después de esta conferencia–,

Omar Acha ha escrito palabras iluminadoras y persuasivas, así que es no solo mejor, sino necesario remitirse a ellas. Con respecto a aquellas otras lecturas disonantes con esa tradición, personas más versadas podrían señalar el impacto y la importancia de aquellas que procedían del terreno de la filosofía; yo quisiera indicar apenas con respecto a un registro que me es más familiar y a título de ejemplo, el interés de Terán hacia obras como la de Lucien Febvre y, el más curioso aún, por su completa lejanía de la cultura de izquierda, hacia la evocadora obra de Paul Hazard.

Segundo momento, la catástrofe: Terán en México y la meditación de una derrota cuya rotundidad conlleva la crisis de los modelos y las estrategias políticas, así como la de los fundamentos teóricos en los que reposaban. Una nueva tarea para realizar, en sus palabras: pasar de aspirar a “cambiar el mundo” a “cambiar a los que querían cambiar el mundo”. Itinerario compartido por muchos pero cuyos procesos no son siempre coincidentes y en los cuales la profundidad de la revisión y los nuevos instrumentos teóricos y más en concreto las nuevas lecturas para llevarla a cabo tampoco son los mismos (aunque podía tratarse también de visitar lecturas precedentes, ¿no podía finalmente descubrirse todo lo que había en el pensamiento de Gramsci, tan influyente en otros intelectuales de la nueva izquierda, de tributario de una reflexión desde una catástrofe, política y personal, tal cual lo había sido el advenimiento del fascismo?). Nuevamente territorios para explorar.

Quisiera señalar solamente algunas de las especificidades de la trayectoria de Terán en ese contexto, partiendo de la premisa que es tan importante como el punto de llegada al nuevo destino, las vías singulares que se emplean para construir o reconstruir un mundo de referencias y definir un nuevo modo de intervención en el campo intelectual. Y aquí quisiera aludir a tres

dimensiones. La primera es el aporte de la obra de Foucault como instrumento para pensar los mecanismos del poder que eran (los resultados concretos lo mostraban) mucho más extendidos, más capilares, de lo que se suponían antes de la debacle. La segunda es la voluntad de repensar las raíces de la cultura de izquierdas en la Argentina. He ahí sus estudios sobre Ponce e Ingenieros, dos figuras tan importantes de ella sobre la que había hecho tabla rasa la nueva cultura de izquierda en los años sesenta. La tercera, hasta donde estas distinciones tengan validez, es el paso de la filosofía a la historia de las ideas, a esa necesidad de lo real concreto y a la admisión, como alguna vez afirmó, de que en el pasado hay más cosas que palabras.

Quisiera detenerme brevemente en la segunda: las raíces de la cultura de izquierdas en la Argentina, en tanto sugiere dos temas complementarios. El primero, propiamente intelectual, era que esa tradición de la izquierda argentina y aún latinoamericana (y la apertura a ese espacio más amplio es también un resultado de la experiencia mejicana) había sido más rica, compleja e interesante que lo que las ejecuciones sumarias de los años sesenta habían sostenido. Desde luego era, según Terán, el caso de Ingenieros, pero, incluso en sus límites, el de Aníbal Ponce. Cierto, un Ponce mirado o confrontado en ese espejo para Terán más virtuoso de Mariátegui. El segundo, quizás más político, era la voluntad de enraizar a la izquierda argentina con una larga tradición que sirviera para exorcizar la voluntad de la dictadura militar de cancelarla de la cultura argentina. Algo así como el “veniamo da lontano” (“venimos de lejos”) que el Partido Comunista italiano utilizaba en sus épocas de dificultad con el mismo propósito. Sea de ello lo que fuere, el resultado fue la emergencia, entre otras cosas, de un Ingenieros muchos más complejo y rico en matices que la figura fosilizada por las lecturas precedentes.

En *En busca de la ideología argentina* obra publicada en 1986 creo que adquiere más plena formulación esa reconstrucción de una genealogía de la izquierda (enmarcada en una tradición progresista algo más abarcadora). He ahí nuevamente los nombres de Ingenieros y Ponce pero también los de Alejandro Korn y José Luis Romero. Bien podría haberse subtulado ese libro, “Nuestros antepasados”

A partir de aquí comienza otro viaje de Oscar Terán, no ya en sus convicciones políticas firmemente reformistas y progresivas, sino en sus marcos teóricos. El Marx, aunque fuese no como catecismo sino como gramática, se desdibuja ulteriormente y también Foucault. Ello lo orienta hacia una forma de historia de las ideas y de la cultura más autónoma, bastante más liberada de la necesidad de vincular sus desarrollos con las determinaciones procedentes de los cambios estructurales en la economía y la sociedad, tal cual había ocurrido, por ejemplo, en su indagación del pensamiento de Ponce y sus relaciones con la crisis económica de la década del treinta (y desde luego en todo ello hay que ver una perspectiva más general de los nuevos tiempos historiográficos). Baste aquí comparar los trabajos antes aludidos con aquellos reunidos en *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo*.

Más importante aún, ello va acompañado de un tránsito del intento de comprender a la cultura de izquierda a la que se le atribuía una centralidad en las ideas argentinas del siglo XX al intento de comprender a la cultura argentina toda, que, como escribió alguna vez, no tiene un centro sino voces heterogéneas. En ese tránsito, *Nuestros años sesenta* constituye un momento intermedio, ya que, si efectivamente el título anuncia el ámbito privilegiado en el enfoque, debe decirse que el libro escapa a ello y se abre a otras voces procedentes de otros ámbitos, las que se hacen oír no solo como reflejo de esa cultura de izquierda. Con

todo y deteniéndonos en el magnífico capítulo final “El bloqueo tradicionalista”, en la parte que en él corresponde a la cultura de izquierda, debe anotarse la atención privilegiada otorgada a dos revistas *Pasado y Presente* y *Cuestiones de Filosofía* y la búsqueda en ellas de la persistencia de una “voluntad de saber”, de un momento si se quiere “científico”, si se quiere “erudito”, si se quiere cosmopolita, en sus intentos de actualizar al marxismo y colocarlo “en la constelación teórica contemporánea” que largamente lo excede. Así, en cualquier definición que se le aplique, persiste, en su mirada, la atribución de una vocación de comprender el mundo de una manera más compleja, más moderna y más refinada, en tensión sí con el momento y los requerimientos de la praxis política, pero que aún apremiada por esta no quiere renunciar a la primera. Una nueva izquierda que es vista por Terán como uno de los momentos más altos de la cultura de izquierdas argentina, cuyas posibilidades teóricas –y aún prácticas– de desarrollo ulterior se verán arruinadas por el golpe de 1966, con todo lo que implicará para el campo intelectual, en especial esa disrupción sin límites de la instancia política por sobre la reflexiva.

Esa cultura de la nueva izquierda que, como señalamos, no agota de ningún modo al libro, es implícitamente colocada por Terán como un nuevo y más rico capítulo de aquella tradición explorada en sus obras precedentes. Una nueva fase indagada desde una reflexión que, me parece, tiene más de una mirada nostálgica que de una trágica en torno a lo que pudo haber sido. Mirada de historiador que no deja de atribuir el peso necesario a la coyuntura y el azar antes que a las fatalidades inexorables del destino. Pero mirada de historiador también por el deliberado esfuerzo de tomar distancia y perspectiva de ese pasado como parte de una voluntad de restituirlo en tanto tal –y por ende distinto del presente–, por la creciente atención a los contextos

temporales en la convicción de que las mismas frases pronunciadas en momentos diferentes son solamente por ello bien distintas en su significación.

Nuestros años sesentas es así, como señalamos, una obra de transición hacia una vocación intelectual más amplia: aquella de pensar la cultura argentina en su complejidad y en su heterogeneidad y, quizás, en tanto hacerlo era una vía posible para salir de la inevitable subalternidad que produce pensar o estudiar solamente la propia parte. Este es, me parece, su propósito en los últimos años.

Más allá de todo ello, existía, indisolublemente unido al intelectual Terán, la persona Terán que ayuda a componer a ese personaje singular en el seno de la cultura de izquierda argentina. Soy demasiado antiguo o tradicional para privarme de decir algo sobre ello y para no pensar que ese otro Terán dice bastante también sobre el intelectual.

Recogería ante todo un dato, hombre de Carlos Casares, es decir de tierra adentro, de esos pequeños pueblos de la pampa en la provincia de Buenos Aires. Recuerdan ustedes la dedicatoria que abre el largo estudio *José Ingenieros o la voluntad de saber* (“A Carlos Casares: mi pueblo, mi infancia”). Y cómo no recordar también la foto tan emblemática del adolescente en la vereda de lo que tal vez fuese el negocio de su padre (un bar si no recuerdo mal), con un libro en la mano. De ahí, quizás, un cierto estilo, tan singular en estos nuestros ámbitos, una forma de vestir siempre sobria, sencilla y cercana al ascetismo, un modo de hablar, pausado y firme, incisivo pero mesurado y sin excesos también en la polémica, prudente y sopesado en las intervenciones públicas, una cierta astucia en la mirada, en la sonrisa, en alguna frase dejada caer al pasar, pero también en muchas actitudes, tan de nuestros paisanos. Un hombre en suma “comedido”

(con el alma comedida). Aunque no estoy seguro que ello pueda trasladarse sin más al estilo de su escritura tan sobria y elegante, hija tal vez de las muchas y buenas lecturas, sí creo que se traslada a sus análisis de las figuras del pasado en torno a las cuales le gustaba organizar sus análisis de épocas y situaciones y a las que siempre sopesó en su juego de luces y sombras y contra las que no ejerció la sencilla, fácil y desagradable ironía de un vivo contra un muerto.

Quisiera concluir con una pequeña reflexión acerca de un poema que incluyó como epígrafe de su *Utopías, catástrofes y esperanzas*: “Ítaca” del gran poeta griego Konstantinos Kavafis (“Aunque pobre la encuentres/no hubo engaño/Rico en saber y en vida/como has vuelto/comprenderás ahora/lo que significan/las Ítacas). Quisiera hacerlo también porque el mito de la *Odisea* le era, me parece, muy congenial y ciertamente más congenial que el de un Dios en la cruz.

De las muchas reflexiones sobre la *Odisea*, emblema del tránsito y del viaje, que es también un regreso, no eligió aquellas que acentuaban los aspectos dramáticos o trágicos de la experiencia. Por ejemplo, el Ulises de Borges disociado por la duda entre el retorno y el no retorno, entre el hombre que fue Nadie y el hombre que fue Ulises, o el tan agobiante de Calvino de un Ulises que trata desesperadamente de retornar porque está olvidando que es Ulises (el problema de la identidad). Eligió, en cambio, aquel para el cual Ítaca es algo a la vez, familiar e ineluctable. El retorno es simplemente algo que está allí a lo que se vuelve, quizás insatisfecho, pero ciertamente sin incertidumbre. Lo que importa es el viaje y el viaje es aprendizaje y solo ese aprendizaje adquirido con la “voluntad de saber” nos brinda los instrumentos para comprender a Ítaca o las Ítacas. Una imagen en suma muy iluminista, en el sentido circunscripto pero esencial de *sapere aude*, de

actitud gozosa, si se quiere, de la serenidad que brinda el conocimiento, con la que no podía no identificarse. Ciertamente, amigo Terán, el viaje fue demasiado corto. “Cuando emprendas tu viaje a Ítaca pide que el camino sea largo” comenzaba el poema de Kavafis que eligió como epígrafe, una línea del verso que, quizás por *scaramanzia*, prefirió omitir. Sin embargo, fue más breve de lo que hubiera y hubiéramos anhelado. Empero, así fueron las cosas.

Más allá de los azares y circunstancias, más allá de Terán, su obra está destinada a perdurar no solo como parte de la cultura progresista argentina, sino como parte de la cultura de la Argentina del siglo XX, no solo como estudioso de las ideas argentinas sino como testigo y como protagonista de ellas.

Carlos Altamirano, historiador*

Agradezco a Adrián Gorelik y al Centro de Historia Intelectual de la Universidad de Quilmes por haberme invitado hoy aquí a esta mesa redonda para presentar un libro de Carlos Altamirano. Este bello libro es una oportunidad, quizás no para reflexionar sobre él, sino sobre su autor, ya que es innegable que no estamos aquí por el libro, cualesquiera sean sus méritos (y son tantos). Estamos aquí para brindar un homenaje a Carlos y para dar un testimonio de nuestra amistad y nuestra gratitud. Estamos aquí, también, por la deuda que tenemos con Carlos y no solo en el terreno intelectual, sino en el personal, porque además de un notable intelectual, lo que con ser mucho nunca es bastante, ha sido

* El presente texto retoma la intervención en una mesa redonda organizada por el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes para conversar en tono al libro de Carlos Altamirano, *Estaciones* (Amperand, 2019). Posteriormente, una segunda invitación del 2021, ahora del Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura “Oscar Terán” del Instituto Ravignani de la UBA para reflexionar sobre un libro posterior *Nuestra América* (Siglo XXI, 2021) me permitió pensar mejor algunas cuestiones y por ello decidí ampliar el texto inicial. He mantenido el título inalterado, más allá de pocas frases agregadas, en la creencia que estas no alteraban significativamente la versión original. Publicado en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 24, 269-273, 2020.

siempre una persona generosa. Creo que muchas de las presencias que están hoy aquí testimonian lo primero, pero también lo segundo.

Un libro de recuerdos, o como se lo quiera llamar, implica siempre recortes. Algunos inherentes al género, otros inherentes a este caso. Desde luego que lo es a las memorias de un autor que estén sometidas tanto a sus recuerdos y sus olvidos como a su voluntad de elegir lo que quiere decirnos y lo que no quiere decirnos, como ocurre con cualquier testimonio voluntario. Sin embargo, en cada testimonio hay más de lo que el autor ha querido explícitamente decir, y buscarlo es, como se sabe, el oficio de los historiadores. Otro más general es que al organizar mentalmente en una secuencia aquellos recuerdos y al trasladarlos luego a otro formato con otras reglas, como son los de una narración escrita con sus códigos específicos, se pierden también muchas cosas por el camino. Era un viejo argumento ya de Wilhelm von Humboldt.

Todavía tenemos, en relación con este caso, otros recortes. Libros, lecturas ¿Somos nuestras lecturas, o lo que nos caracteriza son nuestras lecturas? Así formulada la pregunta yo diría que la respuesta es no. Pero si la hiciéramos de otro modo: ¿lo que escribimos es hijo de nuestras lecturas? y aquí diría sí, pero no solo. Las lecturas sí pero también, al menos, las relaciones sociales e intelectuales, por un lado, y las experiencias, por el otro. Un profesor que al salir de una clase o en un bar deja caer a un estudiante destacado un nombre como sugerencia de lectura, otra persona que escribe cartas de recomendación para el mismo, ahora ya joven profesor, y al que los avatares de la política empujan a migrar a Buenos Aires y que al hacerlo prefiguran itinerarios, ¿cómo entran en esta historia? Y me refiero acá a Carlos Giordano y a Hilda Torres y desde luego a Carlos Altamirano.

Somos también hijos de contingencias, azares, fortunas; y quisiera recordar una historia que no está en el libro. Siendo adolescente, Carlos quería a toda costa poder conocer Buenos Aires. Para lograrlo, en esos años del primer peronismo, se anotó en todos los campeonatos deportivos posibles, atletismo, vóley, basquetbol, ajedrez cuyo premio mayor era disputar las finales en Buenos Aires. ¿Si hubiera descollado en alguno de ellos, las cosas habrían sido diferentes? Claro que nunca lo sabremos, pero podemos apelar a una reflexión del mismo Carlos en su bello libro sobre Frondizi. Dice ahí sobre el político: “Vale la pena consignar, sin embargo, la contingencia de que, en 1925, antes de cursar el último año del bachillerato, intentará ingresar en el Colegio Militar, sin lograrlo. El hecho indica que el proyecto vital que en definitiva fue el suyo no estaba trazado de antemano, como un destino”.

Pero vayamos al libro y a la tarea que Adrián Gorelik me encomendó. Notaría algo obvio, que el libro se llama *Estaciones* y esa palabra ya dice bastante. Nos introduce en la temporalidad y el cambio. Alude a muchos Altamiranos en Altamirano, pero ese devenir o ese pensarse históricamente no postula una ruptura radical entre los varios Altamiranos, o al menos la narración no la postula. Las estaciones son momentos en una secuencia que se propone unitaria: la unidad del yo, de la persona, de la sustancia, úsese la expresión que se quiera. Algo que es, por lo demás, una adquisición de la cultura occidental luego de un largo proceso. Por ello, colijo, estaciones y no, por ejemplo, transiciones. Pero soy consciente de que estoy tratando de conjeturar demasiado sobre un título y sé también que cada estación deja secuelas en la sucesiva, y que ello ocurre en especial con aquellas de los tiempos formativos, aunque más no fuere porque implica ciertos espacios de sociabilidad o ciertas lecturas y no otras.

De esas estaciones a mi se me asignó la última. Aquella que corresponde al cultor de la historia intelectual, que coincide, aproximadamente, con la de su inserción en el mundo académico, cuando, según nos cuenta, decidió seguir las sugerencias de Hilda Sabato y Marcelo Cavarozzi, primero en el CEDES y luego en el CONICET. Y noto al pasar que, aunque en su itinerario vital ocupa unos 35 años y concentra, creo, la mayor parte de su producción escrita, a esta última estación (como él mismo la llama) le dedica solamente trece de las 126 páginas del libro. Una ventaja, si se quiere, para el comentarista, que tiene más libertad para fabular. En cualquier caso, esa decisión de dedicar más tiempo a la formación y al trayecto ascendente de una vida o de un proceso histórico tiene otros ejemplos en la obra de Altamirano. Nótese de nuevo el Frondizi, que culmina prácticamente en 1962 y al período posterior –treinta y tres años– le dedica, bajo el rubro epílogo, dos páginas.

De todo lo que Carlos nos dice sobre sus estaciones precedentes, quisiera retener aquí tres cosas. La primera ya fue aludida: esa vocación o tentación por la ciudad como el lugar en el que se quiere desplegar el futuro y que constituye un itinerario no inusual, en etapas: desde un pequeño pueblo rural, a la ciudad de provincia (Corrientes) y de esta a la gran ciudad (Buenos Aires). Y, sin embargo, por fuerte que fuese esa tentación, lo que decidió el pasaje o al menos el momento del pasaje, en 1967, durante el onganiato, fueron los avatares de la política argentina que, en sus coacciones, más oprimientes en un lugar de sociabilidad de cercanías como Corrientes, obligaban a emigrar.

La segunda es la voluntad, el esfuerzo, de hacer las cosas bien hechas. Cito a Carlos de nuevo: “Tras la enseñanza que extraje de la revista (*Cuadernos de Cultura*) tuve que hacer después otros aprendizajes para convertirme en aquello que quería ser, un

militante bien formado... Lo que implicaba muchas más lecturas además de asimilar el 'canon'. Y buena parte del libro muestra esa voluntad. Luego, no sería solo un marxista bien formado, sino un historiador bien formado –y agregaría *muy* bien formado– lo que implicó otros muchos esfuerzos en ese contexto, que es y ha sido el de los intelectuales latinoamericanos: autodidactismo y cultura de mezcla.

El tercer rasgo es la cultura comunista, a la que tantas páginas dedica Carlos en este libro y sobre el que con más pertinencia y competencia se ha hablado ya aquí. El inventario de los límites, debilidades y aún alucinaciones de esa tradición intelectual en Argentina ya ha sido hecho demasiadas veces, y en ocasiones en exceso, y no volveré sobre ellos. Podrían también señalarse algunos de los elementos positivos y sobre todo colocar el problema en contexto.

Diría ante todo que era una cultura de o con libros, y eso en este país no era ni es poco. Empero, todavía más. Si colocada en Buenos Aires la cultura comunista difícilmente descollaba, colocada en otro contexto, una ciudad o un pueblo de provincia, su significado era muy otro. Bien podía ser que esa fuera la única opción existente. Pensé en esto cuando leí el libro de Carlos, casi en paralelo, en las crónicas de Paraná que Amaro Villanueva publicaba en el diario *El Litoral* de Santa Fe, desde comienzos de la década de 1940. Recordé también el pueblo donde vivía mi abuela en la provincia de Buenos Aires, donde el único que tenía libros y hablaba de ellos, según mi madre, era un comunista que pertenecía a una familia principal y que era quizás (o eso entendí) el único comunista del pueblo. En este punto –y en esos contextos– cultura comunista quería decir cultura letrada *tout court*. Y en el contexto de esa cultura aparece a contraluz la figura de

Agosti, quizás el que mejor encarnó, para la generación de Carlos, la figura del maestro que no quiso o no pudo ser.

Si se miran los tres aspectos en conjunto, bien podría encontrarse un rasgo persistente: la dimensión de la política, que siempre ocuparía un lugar importante en Carlos, sea en la política activa (incluso como consejero del príncipe, por así decir), sea en una forma de mirar el mundo en la que la reflexión política nunca está ausente, lo que constituye una específica forma de mirar el mundo.

Empero veamos al historiador intelectual. Carlos nos ha facilitado el trabajo, ya que escribió un artículo: “Ideas para un programa de historia intelectual”. Rescatemos la apertura, porque es finalmente una apertura muy a la Altamirano, es decir no prescriptiva sino abierta: “la historia intelectual se practica de muchos modos”, y agrega “lo que por otra parte, es semejante a lo que pasa en el conjunto de la práctica histórica. Dispersión teórica y pluralización de criterios”, en sus palabras. En ese contexto, el modo que propone Altamirano es, ante todo, explorar un territorio donde confluyen la historia política, la historia de las élites culturales y el análisis histórico de la literatura de ideas, y, al hacerlo, no olvida que se trata de ideas –pero no solo– y que los instrumentos para explorarlas se dilatan hacia la crítica literaria, por un lado, y hacia la sociología de las *élites*, por el otro. En cualquier caso y, de modo muy visible en algunos artículos, con un cuidado análisis filológico de los textos.

Una historia atenta a las conceptualizaciones, a los criterios a emplear, a los recortes y a las reflexiones formalizadas en diferentes grados de abstracción y generalización. Sin embargo, yo diría, hasta ahí. Como el mismo Altamirano nos recuerda en la presentación de un conjunto de ensayos de historia intelectual,

citando a Roger Chartier: “proponerse cuestiones de definición en el terreno de la historia intelectual es entrar en dificultades”.

Por otra parte, ciertamente no ignoro que Carlos ha escrito mucho y bien, por ejemplo, sobre la figura del intelectual, definición, recortes y tipologías, sea en el contexto europeo sea en el latinoamericano, así como ha reflexionado también sobre el empleo de palabras y categorías, y muy recientemente en Córdoba, en unas jornadas organizadas por Ana Clarisa Agüero, en una celebrada intervención sobre la noción “izquierda”. No ignoro tampoco que, en algunos trabajos, por ejemplo, el admirable “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio”, entremezcla referencias que podríamos llamar teóricas con un análisis de textos de intelectuales argentinos tratados como evidencia empírica, si se puede decir así.

Sin embargo, mirada en conjunto, su producción histórica – siempre colocada en esta fase entre ideas y política– no asedia al lector con referencias teóricas o historiográficas (y debemos, o mejor debo, agradecersele). Por el contrario, propone, en mi mirada, una narración cercana a los textos y, si se quiere, una operación que encierra algunas cosas muy viejas y casi olvidadas, en dos versiones: autor, texto y contexto, o texto y contexto.

Y esto vale, en el primer caso para los retratos de figuras individuales, más allá de Frondizi, “el hombre de ideas como político”, como los que dedicó a Sarmiento, Quesada, Romero, Halperin, Portantiero y aquel que yo prefiero (pero esto es, claro está, arbitrario) que es el que en forma de una carta a Cesar Tcach evoca la figura de Héctor Schmucler y que acaba de publicarse. Retratos “realistas” si se quiere o que crean en el lector un fuerte efecto de realidad que deriva, imagino, de colocarlos en la tensión entre su vocación de poder, de prestigio, redentoristas, lo que fuere, y sus imposibilidades personales o contextuales.

Empero, también tenemos un segundo módulo en el que el autor es recuperado desde sus textos (y desde el diálogo con otros textos) que adquiere una plena centralidad, como ocurre, por poner un solo ejemplo, con su último libro *Nuestra América*. ¿Hay aquí un deslizamiento en el tipo de operación propuesta por Carlos que pueda escandirse temporalmente?

Y si en esa breve galería de personajes, y retomando la distinción de Ortega en su *Mirabeau o el político* que el mismo Altamirano usa en algún lugar, hay un desbalance hacia los intelectuales, no es menos cierto que en aquellas obras que analizan en conjunto un período o una época, el balance es más equilibrado y los políticos adquieren tanta relevancia como los hombres de ideas.

Qué decir de trabajos como los reunidos en *Peronismo y cultura de izquierdas* (2001, pero que recopila trabajos de la década precedente), del largo ensayo preliminar a *Bajo el signo de las masas* (2001) o de *Pensar la Argentina entre dos centenarios* (2010). Lo primero que señalaría es que no han envejecido, lo que es bien significativo sobre todo considerando la fecha de edición, en especial de los dos primeros volúmenes, publicados en el carrusel tanto de la vida política, como de las ciencias sociales (aquí con los famosos “giros”). ¿Por qué? Creo que precisamente porque no abundan ni en referencias teóricas, ni en el uso de esos modelos que tan pronto se ponen de moda como quedan de lado. Y por lo demás ¿no es eso que se solía llamar aparato teórico lo que envejece más rápidamente?

La segunda razón es que, en mi mirada, las lecturas de Altamirano se esfuerzan y logran ser “ecuanímes”, entendiendo por eso la voluntad de dar a cada uno lo suyo, y en esa voluntad no intentar satisfacer los instintos inmediatos, los apetitos voraces y mudables, *au jour le jour*, de los lectores. Lo que, desde luego, no quiere decir que Altamirano no esté situado en un espacio

específico, sino que, como hubiera dicho Henri Irénée Marrou, es capaz de salir de sí mismo, único modo para dialogar con los otros.

Va de suyo que Altamirano tampoco ignora que es un intelectual situado y, aunque no lo recuerde demasiadas veces, lo hace las suficientes. Ahí está, por ejemplo, la referencia a Koselleck y la cuestión del perspectivismo, o ahí está la admisión de que “el punto de partida de nuestra ponencia. Destinada a alegar, es decir, a citar y traer a favor de un propósito, como prueba o defensa, algunos hechos, argumentos y ejemplos, no tiene otra pretensión que la de esbozar un programa posible de trabajo”. Alegar, retemos la palabra. Empero, agreguemos un tercer ejemplo que muestra otro ángulo del problema, más específicamente argentino. En un trabajo sobre “el peronismo verdadero” dice Carlos: “nadie está en condiciones de hacer ironías sobre los *corsi e ricorsi* de la experiencia argentina”. *Ego primus peccavi*, debería comenzar el credo de un intelectual argentino, o al menos, el mío.

Cierto, a veces le pedimos demasiado al historiador, como si le pidiésemos a un mago que muestre sus trucos permanentemente. Carlos lo hace en manera episódica, pero basta para un lector atento. Prefiere una narrativa neutral, distanciada, de vocación *rankeana*, en el significado descriptivo y positivo que puede atribuírsele a ese esfuerzo de lidiar consigo mismo, de esa imposible “objetividad” (pero que la objetividad no sea posible no quiere decir que la voluntad de objetividad no lo sea). Por lo demás, como se sabe, los historiadores estamos atrapados entre el hecho de que el pasado que conocemos lo creemos verdadero –y, claro está, lo es para nosotros– y el saber que hay un punto de vista, o por decirlo con Weber (que en esto seguía a Rickert), una referencia a los valores que está en el comienzo de toda investigación y en sus hipótesis, y muchas veces más allá de ese momento

y que pone en dificultad la primera certidumbre, sobre todo en su percepción más ingenua, la de la copia o fotocopia.

Y sin embargo, debe recordarse que el período sobre el que Carlos ha escrito las páginas más admirables es aquel que va del primer peronismo al advenimiento de la revolución argentina; y yo no solo las encuentro tan admirables al releerlas, sino que creo que son una lectura imprescindible para entender, o mejor, para pensar, esos intrincados años argentinos. Pues bien, en esos años, Altamirano no fue solamente un observador, sino que fue también un testigo y un testigo protagonista. Y él mismo lo ha recordado, en ese trabajo tan sentido, que se titula “Memoria del 69”: “solo podría referirme al Cordobazo de memoria, mejor dicho, solo podría referirme a la memoria del Cordobazo”, qué bien dicho... Pero claro está, ello no vale solamente para el caso del Cordobazo.

Carlos no ha decidido elegir, argumentativamente, en un plano más profundo no lo sé, la sugerencia de Dilthey que, como él mismo recuerda bien, fue la de José Luis Romero: la experiencia del mundo como primer criterio para la comprensión del mundo, la *Erlebnis* o experiencia vivida. Decide seguir otro camino, o hablarnos desde otra tradición, o mejor otra retórica: del postulado de una neutralidad axiológica. Así, la operación de Carlos para construir esa narrativa que aspira a la neutralidad es doble: tomar distancia de sus recuerdos, primero, tomar distancia de sus interpretaciones partidistas, luego. Que lo haya logrado (en mi perspectiva) obliga a que nos preguntemos si esa ecuanimidad está solo allí.

Esa voluntad irénica, de tomar distancia ¿de donde emerge? La respuesta por el temperamento nos ayuda hasta ahí, porque todos los que conocemos y hemos escuchado a Carlos sabemos que hay en él, al menos en el Altamirano oral y congresual, una

vocación no solo de problematizador, sino de cuestionador y polemista. Y, sin embargo, ante la palabra escrita, debe haber en Carlos una –muchas– pausas, prevenciones, un retorno (fabullo) sobre sus mismos textos, buscando el matiz, el equilibrio. A menudo encontramos en los textos de Carlos casi un abalanzarse sobre algunos autores o figuras para luego incorporar una frase sucesiva que matiza, que quita y da.

“*Nondimanco*” es una antigua palabra, que Ginzburg ha vuelto popular en el medio académico con su último libro sobre Maquiavelo, Pascal y la casuística. *Nondimanco*, no obstante, diríamos, sin embargo. Veamos un ejemplo más que emblemático extraído del libro que se presenta hoy. Dice Carlos: “Victorio Codovilla, un típico y experimentado *apparatchik*, sin brillo pero astuto y pragmático”; *apparatchik* sin brillo, pero...

Hay asimismo una prudencia, el historiador prudente, así como había un rey prudente. ¿Es “prudente” la palabra? Una vez le apliqué la palabra “sensato” a mi amigo Boris Fausto, en lo que yo veía un gran elogio, porque la sensatez no abunda en el mundo académico y creo que no le gustó. Afortunadamente encontré en un texto del mismo Carlos (“Pensar la Argentina entre dos Centenarios”) la expresión que buscaba. Cito a Carlos: “A la ciencia del improvisador, Martínez Estrada (referido a Sarmiento), contrapuso la ciencia del baqueano, cuyo depositario era el caudillo, más cauteloso y más próximo a la realidad argentina”. Dejemos de lado al caudillo, retengamos al baqueano. Pues eso es Carlos, un baqueano, y los baqueanos saben mejor que los historiadores –sobre todo que los teleológicos– que lo que hay más allá es inquietante, inseguro. Carlos, baqueano. ¿Será por ser correntino? ¿Hay baqueanos en Corrientes?

Creo, sin embargo, que hay algo más, o mejor, algo que se puede formular en términos más doctos. Y ese algo más es un

modo de reflexionar sobre la realidad que en Carlos, más allá de su excelente formación teórica, reposa sobre tratar de priorizar la empiria, organizar la empiria. En las líneas finales de un libro de 1908, *Filosofía de la Práctica*, Croce hizo unas reflexiones que en el fondo ponían en cuestión su primer sistema, pero también hipotecaban los sucesivos, o mejor los dejaban librados a una perpetua inestabilidad. Dice Croce (y perdón, pero yo también tengo mis linajes):

ningún sistema filosófico puede jamás incluir en si mismo todo lo filosofable, ningún sistema filosófico es definitivo, porque la vida misma no es jamás definitiva. Un sistema filosófico resuelve un grupo de problemas históricamente dados y prepara las condiciones para poner en posición otros problemas. Así la verdad está siempre circundada de misterio o sea es una ascensión a alturas siempre crecientes que no tienen jamás culminación (Croce, 1915, p. 410).

Ahora, yo digo en esta América nuestra, en esta Argentina nuestra, cómo se puede pensar de otro modo. Si, como alguna vez sostuvo Tulio Halperin entre tantos otros, el presente esclarece el pasado tanto o más que el pasado al presente, como no percibir que estamos sobre unas arenas movedizas... Y digo esto consciente de que no solo la Argentina sino la región está una vez más en un territorio quizás pronosticable, pero en el fondo impredecible.

Si la narrativa de Carlos esconde al sujeto cognoscente, elude las adjetivaciones y busca los equilibrios, ¿en dónde está la interpretación? Y claro está, hay una interpretación y una pregunta por el sentido. Carlos no es un anticuario, o una de esas personas que estudian cosas extravagantes bajo la caución de que están

preocupados por el destino común. Más aún, él ha dicho claramente que este presente, entendido como presente político, es el que le interesa. Lo dice en este libro, al afirmar que no se hizo comunista para leer libros, sino para encontrar el modo de transformar el mundo y, por muchas cosas que hayan cambiado, esa voluntad creo que sigue intacta.

Si así estuvieran las cosas, deberíamos volver a leer los textos de Carlos según las sugerencias de Leo Strauss, y mucho antes de Charles Peguy, entre líneas, para encontrar allí, o en el orden de las argumentaciones o en los comienzos y los finales de los textos, su perspectiva. Empero, quizás lo principal no esté en el texto, más aún si recordamos algo tan obvio como que al elegir contar una historia elegimos implícitamente no contar otra, o que al encadenar a una serie de autores omitimos a otros, visto que de todas maneras no podríamos hablar de todos.

En esa selección están las preferencias o las astucias interpretativas de Carlos. No sé si él estaría de acuerdo con esta observación, o al menos con la intencionalidad que yo atribuyo a lo que bien podría verse de otro modo: como imperfecciones inevitables de un conocimiento que aspira a ser verdadero en el clásico sentido de la palabra. En el prefacio a la *Historia de los intelectuales en América Latina* observa: “La historia de los intelectuales admite más de un abordaje y cada uno de ellos puede contener su parte de verdad, aunque no sea la verdad completa”.

Más allá de una u otra mirada, si se admite que siempre se hace una selección, por las razones que fuere, también se debería admitir que cuanto más usemos el telescopio, en lugar del microscopio, más perceptibles serán los criterios de inclusión y de exclusión, sea asociados a un problema de conocimiento, sea a un problema de elección funcional a la estrategia argumentativa. Un autor para lectores inteligentes (sin afirmar que yo mismo lo sea).

Un autor que, por otra parte, escribe en una prosa elegante y austera pero que contiene acechanzas debajo de un aparente registro transparente en el que no proliferan las subordinadas. Una prosa que era expresión, como me dijo una vez de Carlos, Tulio Halperin Donghi, que como todos recuerdan era reticente en los elogios: una cabeza muy bien ordenada. ¿Será el pascaliano espíritu de geometría?

Pero volvamos a abrir *Bajo el signo de las masas*. En sus primeras páginas, en el apartado que lleva como título “De la revolución nacional a la revolución peronista”, está esbozada para mí con claridad la lectura de Altamirano no en torno a un mero debate sobre las ideas, sino en torno a un debate enmarcado en un conflicto entre fuerzas sociales. Más allá de ellos, ¿cuáles son los núcleos problemáticos que organizan su relato? Sin excluir otros, quisiera señalar uno que me parece permea muchos de sus textos. Uso el título de uno de ellos: intelectuales y pueblo, pero que aparece declinado de varias maneras: intelectuales y pueblo, élites y masas, pequeña burguesía-peronismo, peronismo verdadero-peronismo empírico (porque el problema de los que Carlos llama “peronistas verdaderos” no era tan diferente que el que tenía la izquierda clásica con el peronismo empírico o positivo). Una cuestión, por lo demás, que, en su mirada, antecede largamente como problema al período peronista.

Sin embargo, quizás todavía se pueda o deba aquí periodizar. Es difícil saber si ello fue el resultado del colapso de la experiencia del Frepaso, en la que Carlos se involucró activamente, o si de la creciente internacionalización posterior de su carrera académica, lo cierto es que debe recordarse que aunque la Argentina siguió siendo el problema, ello no impedía la apertura a una problemática latinoamericana, iberoamericana o simplemente americana (nuestra), en la que adquirirían un lugar relevante las “altas

cumbres” meineckianas o, por decirlo en sus palabras, aquellos “social y culturalmente percibidos como tales”, los que “desempeñan posiciones eminentes”, los que “están en el centro”.

Cierto, aquí se está bien lejos de la historia social y de determinaciones socioculturales, y bien dentro de la historia cultural, como lo está cerca de la voluntad de Ángel Rama de percibir la potencia del intelectual (lo que finalmente legitima la tarea de estudiarlos), sus operaciones sobre la política y la sociedad y, a su vez, su espacio de autonomía. Quizás ello haya proveído a una justificación del cambio de registro, que coloca ahora a las élites intelectuales en un lugar central de la historia americana, y a su estudio en otro ángulo para pensar las relaciones entre cultura, política y poder.

Todavía una última anotación. Unas manos impensadas me hicieron llegar una entrevista a Carlos en la revista *Criterio* del mes de octubre de 2019. Hay ahí, ligeramente en pugna con los entrevistadores, una propuesta de apertura o de diálogo entre distintas tradiciones, porque el diálogo no es ni una frase oportuna ni una abstracción teórica, sino una práctica, si se prefiere algo más arcaico que apelar a las razones prácticas: un estilo. Un diálogo entre los que se llaman o son llamados populistas, y los que se llaman o son llamados republicanos, y suponiendo que esas etiquetas definan algo más allá de auto adscripciones o atribuciones. No veo qué otra cosa podría hacer un intelectual sino dialogar, aunque sea en la forma de un debate en el que se reconoce al otro como interlocutor. Ello requeriría también, como suele decir Carlos, una nueva versión de *Los conjurados* de Borges: aspirar a ser razonables.

Hace muchos años (no sé cuántos, quizás veinte) me crucé con Carlos, a quien conocía por haber participado juntos en tesis y jurados, en la calle Puan. Me parece recordar que íbamos

cada en uno por una vereda diferente y que el me hizo un gesto con la mano y yo crucé la calle. No recuerdo mucho más, salvo que me invitó como comentarista a unas jornadas que se realizaban en la Universidad de Quilmes. De allí llegamos hasta aquí, conversando.

Bibliografía

Croce, Benedetto (1915). *Filosofia della prattica. Economia ed Etica*.
Bari: Laterza.

Eduardo Hourcade, un historiador entre dos mundos*

Eduardo Hourcade (1953-2015). Para algún lector el nombre no evocará ninguna referencia precisa. Para los lectores habituales de *Estudios Sociales* sí y no solo porque fuese uno de los miembros fundadores de la revista, sino porque fue el lugar principal en el que volcó sus textos, a partir de aquel en el que problematizaba la cuestión de la objetividad de Ranke en el primer número –una objetividad que podía ser postulada por el insigne estudioso alemán, como señalaba Hourcade (2005) con argucia, porque tenía las espaldas anchas de un punto firme exterior: dios.

Para aquellos que conocieron a Hourcade su figura era inolvidable e inconfundible. La organizaban unos ojos entre pícaros y vagamente inquisitoriales –que se iluminaban intensamente y cambiaban de tonalidad cuando hablaba de su hija Ana Luisa–, una barba más “marxisante” que “facúndica” y los gestos vagamente *nonchalant* que denotaban una irónica resignación ante los avatares del mundo, sin devenir en un pesimismo sombrío. Tonos irónicos que solían hacerse más punzantes y chispeantes

* Publicado como “Introducción” al dossier “Entre historia e historiografía. Homenaje a Eduardo Hourcade”, en *Estudios Sociales*, enero-junio 2020.

cuando hablaba de la Argentina.¹ Sin embargo, en el fondo, creo que compartía con su ilustre conciudadano de adopción, Juan Álvarez, la idea de que poco se podía hacer ante el decurso de las cosas, salvo intentar lo que buenamente se pudiese.

No era un discutidor (o no lo recuerdo como tal), sino un razonador cuya arma era la acotación que buscaba relativizar o desarmar los argumentos del debate. Estaba, además, siempre en movimiento. En las muchas veces que vino a Buenos Aires porque compartíamos experiencias docentes en la cátedra de Teoría e Historia de la Historiografía en la UBA, en el posgrado en Historia en el IDAES de la Universidad de San Martín o en innumerables jornadas o congresos, rara vez lograba que se quedase a cenar una vez terminada la actividad. Alegaba que tenía que tomar un micro de vuelta a Rosario. No diferente era en París. Creo que la última vez que almorzamos juntos fue en la primavera del 2015, en la Rue Letellier y recuerdo con claridad que traje una enorme torta de chocolate que había comprado en Picard y un vino, probablemente (pero no estoy seguro) comprado en Nicolás. Terminado el almuerzo dijo: bueno me voy, algo así como lo que implica la expresión italiana *tolgo il disturbo* y la verdad que hubiera estado muy bien que se quedase a tomar un Calvados, pero no hubo caso. Solo en las cenas en su casa en Rosario, cuando él era el anfitrión, el tiempo se alargaba hasta la madrugada.

1. En uno de los últimos mails ante mis quejas desde Italia por la situación italiana y europea me contestaba desde París: “¿Europa no da para más? Entonces ¿qué hacer? ¿refugiarnos en la esperanza del futuro americano? El Río de la Plata desde Magallanes-Solís en adelante fue siempre prometedor. Piensa en eso. Después de todo es una esperanza que lleva apenas 500 años, vale decir menos que la cristiana, la islámica y simultánea con la moderna” (comunicación personal, 1/6/2015).

Dicho esto, sus dos mundos fueron Rosario y París. Buenos Aires era apenas un lugar de tránsito, iba, hacía lo requerido y volvía prontamente a Retiro para retornar a esa ciudad que era tan suya. París, por su parte, era un lugar donde había estado tantas veces primero como becario y luego como profesor. Allí estuvo por última vez en el 2015 y pudo permanecer tres meses gracias a una invitación de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* y allí esperaba volver por otros tres en el 2016, con invitación o sin ella, según me dijo. París era para él tantas cosas: las bibliotecas y las librerías, las calles que le gustaba caminar, pero también el lugar donde se encontraba con sus colegas e interlocutores preferidos, de Roger Chartier a François Hartog, de Jacques Revel a Patrice Vermeren –y el hecho de que todos ellos se aviniesen prontamente, y de muy buen grado, a colaborar en un número en homenaje que le organizó la revista *Estudios Sociales* da buena cuenta del afecto y del respeto intelectual que supo ganarse. Pero París era también el lugar con el que habían interactuado fuertemente otros historiadores que no eran franceses, pero a los que también admiraba y cultivaba, personal o intelectualmente, de Robert Darnton (al que dedicó un fino y equilibrado ensayo en torno a los debates que surcaban su obra) a Giovanni Levi. Emblemas casi todos de eso que iba a llamarse “Nueva Historia” que pugnaba por dejar atrás, no siempre con justicia, a los grandes antepasados; pero también, y aquí sí pertinentemente, a los dogmatismos que habían poblado la estación historiográfica precedente y que en Argentina y en Rosario sobrevivían pugnaces. Le tocó convivir con estos y lo hizo con humor y con esas buenas maneras de su don de gentes. No le interesaban mucho historiográficamente, como tampoco le interesaban los academicismos, con toga o sin toga, ni las *coteries*.

A su modo cultivaba un estilo *understated* tan en contraposición con los tiempos actuales en los que las vidas más anodinas pasadas en bibliotecas o archivos o los recuerdos familiares pueden ser espectacularizados y puestos, como decía Ernest Renan y recordaba Francois Hartog (2018), a la vista de todo el mundo como un retrato de familia en la vidriera de una casa de antigüedades. Eduardo hablaba poco de sí mismo y de los suyos; tenía ese recato que hubiera podido llamarse señorial, aunque la palabra le habría quizás disgustado. Si se observa el único *curriculum* suyo que he podido consultar (fechado en marzo del 2015) se nota inmediatamente que no busca alardear y que enumera con la misma relevancia un curso en un Centro Cultural en Rosario o en Casilda o una conferencia en la Universidad de Ca' Foscarri de Venecia o en la Maison de l'Amérique Latine de París. Que su tesis hubiera sido dirigida por Roger Chartier no es indicado en el texto, como tampoco lo son sus encuentros institucionales, académicos o personales con otros reconocidos historiadores. Si hubiera vivido en estos tiempos de pandemia (con licencia de Claudio Magris, que cree que esta experiencia es incomunicable y que por ende establece una frontera infranqueable en los diálogos con nuestros pasados) habría dicho algo así como que haber pasado la vida (suya, nuestra) sin alguna experiencia de este tipo hubiera sido una rara anomalía que el curso histórico debía corregir, así como una vez me dijo, en el 2013, que era muy curioso haber sobrevivido en la Universidad durante treinta años, sin interrupciones.

2.

Si del bosquejo personal se pasa al académico, la singularidad de Hourcade no era menos evidente. Ante todo, el lector debería

tener en cuenta que tanto su tiempo como sus estrategias eran las apuestas de las actuales.

Se recibió en la Universidad Nacional de Rosario de Licenciado en Historia en 1980 y de Profesor de Historia al año siguiente. Él mismo dejó un estudio sobre esa Universidad que, más allá de lo que sugería su título, se extendía hasta la primavera de los setenta (2006). Estaba ahí el eco de aquella edad de oro que habrían sido los últimos años cincuenta y la primera mitad de los sesenta, en la que, aquí contra el parecer de Tulio Halperin, tendía a creer. Que el símbolo de todo ello fuese el célebre tren de los viernes, en que numerosos profesores que emblematicaban esa experiencia viajaban desde Buenos Aires, debería indicar por sí solo su fragilidad. Lo que vendría luego, y con pocas excepciones en el breve intermedio 1973-74, no ha dejado recuerdos memorables.

La modestia de aquellos que fueron presumiblemente sus profesores y que, como el mismo Hourcade recuerda, parecían encontrar su mayor habilidad en la flexibilidad para acomodarse a cualquier situación, no deben haber dejado muchas huellas en un joven de izquierda ilustrada con inquietudes. Más debería su formación a sus lecturas por cuenta propia desde las de Marx (“como filósofo”) a las de los autores que llamaba, como tantos otros, segunda generación de *Annales*. Herencias ambas, así como las de ese conglomerado más abarcador que se denominaba historia social y de la que tomaría distancia con los años, paulatina y persistentemente (Herrero, 1996). No del todo, sin embargo: si se miran los programas de sus cursos se ven algunos nombres recurrentes como el de Eric Hobsbawm, que poblaba la bibliografía de los de “Historia social contemporánea”, y si se miran sus esfuerzos como editor, se suman otros, como el de Marc Bloch al que dedicó un libro con Cristina Godoy (1992) en el que además de una inteligente introducción incluía la traducción al castellano

de algunos de sus ensayos seminales. El título que le dio a esa compilación sugiere aquella idea de la historia que fue suya: *Marc Bloch: una historia viva* y fue suya porque de aquellos años setenta conservó una idea: su no ociosidad. Sin embargo, si le interesaba el pasado porque le interesaba el presente, también le interesaba por el pasado mismo como mostraban su amistad con librerías y editores, su bibliofilia o su coleccionismo de cosas pretéritas (como las radios a transistores). “Curiosidad por el mundo”, la célebre fórmula de Jacob Burckhardt era también la suya y esa curiosidad casi ilimitada lo llevaba a cambiar de registros y de temas con frecuencia inusual. En esta ambivalencia se disolvía en él, sin esfuerzo, la dicotomía entre historia y anticuaría.

¿Qué podía hacer Hourcade a partir de aquellos instrumentos? Le debe ser reconocido, lo que era bastante en esos tiempos, que tenía claro la necesidad de otra formación de posgrado en el exterior. Con ese horizonte, en 1982 intentó la aventura norteamericana sin éxito. Aunque no sepamos de sus redes de entonces, las mismas no lo colocaban ni en el ámbito de los locales seguidores de aquellos modestos profesores que ocupaban la Universidad (y de los que era más de temer su incompetencia que su ideología), ni en la minoría de aquellas élites académicas argentinas internacionalizadas, que habitaban en los varios centros de estudios surgidos en esos años o en años precedentes y que tenían conexiones muy anteriores con ámbitos académicos del exterior, ni tampoco con los nuevos canales para exiliados y refugiados.

Vuelto a la Argentina intentó con mucho más éxito hacer un posgrado en FLACSO que, como todos los posgrados, daba – más allá de saberes mejores o peores – una serie de vínculos que una persona de talento (y percibida como tal) podía aprovechar. De los vínculos de ese entonces recuerdo dos nombres que solía mencionar: Marcelo Cavarozzi y Jorge Dotti. Simultáneamente,

empieza sus primeras tareas de investigación no en la Facultad de Humanidades, sino como adscripto en la Cátedra de Extensión Agropecuaria en la Facultad de Agronomía de la Universidad en 1982-1983.

El retorno de la democracia le abrió varias oportunidades a Eduardo Hourcade, que comenzaría a partir de allí su labor docente como Profesor en la Facultad de Humanidades en áreas bien diferentes (“Problemática histórica”, “Teoría de la Historia” o “Historia de Europa III”) y en la Facultad de Ciencia Política (“Historia social contemporánea”) y su labor de investigación en historia económica regional argentina. Ciertamente, en esa variedad puede verse su curiosidad inagotable pero también la necesidad de acumular cargos, ya que no había otra cosa más que dedicaciones simples y las becas de investigación eran bastante escasas. En la entrevista citada dijo, sin amargura, que la actividad docente organizaba su actividad intelectual y la heterogeneidad de ella se proyectaba a la amplitud de temas que desataban su curiosidad, quizás porque disfrutaba ese ir de uno a otro, o trabajar paralelamente en varios muy diferentes (Herrero 1996, p. 236).

Sus años ochenta fueron años de búsqueda y en ellos produjo ponencias, informes, documentos de trabajo, pero publicó poco. Habrá influido la prudencia, el perfeccionismo (que incluía una atención especial hacia la escritura), el apego excesivo a la docencia bien practicada, o la atención a los propios tiempos y no a los de una academia, que no era desde luego la actual, con sus absurdas exigencias cuantificables independientemente de que se tenga o no algo para decir.

Sea de ello lo que fuere, dejó inédita su excelente tesis de maestría defendida en 1986, *Ricardo Rojas. Un pasado para la democracia argentina*. Con los años cuando se aludía al tema indicaba que publicarla era uno de sus planes para un futuro cercano...

Sin embargo, no era ausencia de osadía. El que esto escribe recuerda un concurso en 1989 de profesor titular de Historia Social Contemporánea, en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Rosario, en el que osó desafiar al jurado con reflexiones relativistas acerca del conocimiento histórico, fuese porque quería enfatizar el problema “teórico” del punto de vista, fuese, y más probablemente, porque había visto demasiado partidismo, militantismo, ideologismo, y los otros ismos que se quieran agregar, en su experiencia rosarina y argentina. Y no dejaba de ser curioso que los que defendían la posición de una “verdad” histórica a rajatabla fueran, en ese caso y en otros, aquellos que estaban más lejos, por temperamento o por opciones intelectuales, de la práctica de una historia distanciada. Por otra parte, y sin embargo, ese moderado pesimismo sobre las posibilidades de la impasibilidad en una materia como historia contemporánea iba acompañado en él, por un uso extensivo en la bibliografía de un autor como Eric Hobsbawm, que se definía “objetivista” y que quizás estaba colocado en contrapunto con la voluntad persistente de Hourcade de problematizar y relativizar (siempre los matices) los rígidos dogmas del llamado positivismo historiográfico. Dogmas de los que eran y son celosos custodios muchos fervientes creyentes en el marxismo vernáculo.

Es que, como su tesis sobre Rojas u otros trabajos posteriores mostraban, Hourcade ya había comenzado a explorar no solo las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico –o los usos memoriales del mismo–, sino también las dimensiones de opacidad inherentes a ese proceso. En este sentido, no había contradicción en él entre la admiración hacia Marc Bloch y su interés por autores como Robert Darnton (y eso quería decir, claro también, Clifford Geertz) o la *nouvelle histoire*. Y si en esta última había un interés por Bloch, no lo era tanto por sus riquísimas reflexiones

sobre el *métier d'historien* sino mucho más por el que se postulaba como antepasado de la antropología histórica. Pero agréguese, además, que Hourcade fue uno de los historiadores que más tempranamente en estas tierras prestó la debida atención a autores como Hayden White o Jacques Rancière, y de los poquísimos que podía identificar con claridad las implicancias historiográficas contenidas ya en el *Michelet* de Roland Barthes (1988).

Así, cuando en los años noventa, y más allá de la docencia, decantaran sus intereses historiográficos, los mismos irían hacia la historia de la historiografía y hacia la historia de la cultura, que estaba en pleno ascenso en esos años; y en este último terreno, nótese el comentario que realizara en *Estudios Sociales* del libro de quien luego sería su director de tesis de doctorado, Roger Chartier: *Libros, lectores y lecturas* (Godoy y Hourcade, 1993).

Años ricos los 90 para Hourcade en iniciativas grupales (recuérdese el Taller de las Mentalidades que coordinaba en Rosario), en publicaciones, como los trabajos que, solo o con Godoy, fueron reunidos bajo el título de *La muerte en la cultura* (1993). La muerte, tema sobre el que le gustaba reflexionar con ironía y escepticismo y sobre la que escribió ensayos penetrantes, desde luego porque conocía como pocos la nueva historiografía internacional que se abría camino en los ochenta, entre la historia social y la cultural, pero también porque le era un argumento muy congenial. He ahí, por ejemplo, el brillante texto que escribiría sobre la de Lisandro de la Torre, "La muerte del tribuno". En paralelo, siempre en el marco de esa pluralidad de intereses, presentaba, en conjunto con Horacio Botalla y Cristina Godoy (1995), las piezas del debate en torno a *La gran matanza de gatos*, y más en general, a la obra de Robert Darnton, que él conocía como pocos.

Quizás la crisis argentina del 2001, no lo sabemos con precisión –y aquí la cronología precisa de la producción y la edición

del texto nos ayudaría— inspiró en él, en el marco de aquel diálogo presente-pasado, una reflexión sobre la revolución del 90 en relación con la percepción de los protagonistas puesta en tensión con las miradas posteriores (2001). Ese retorno al “acontecimiento” ponía en discusión algunos nexos consolidados en la historiografía posterior, como el que se establecería entre revolución y democratización, es decir el ideario del futuro radicalismo, y aquel otro entre crisis financiera, precedente necesario de una crisis política, en ese y en casos sucesivos. Por otra parte, el trabajo se deslizaba del plano del análisis histórico al plano historiográfico y no solo en tanto revisión de lecturas sino en tanto rediscusión de categorías analíticas. Un trabajo tan sugerente, como poco dispuesto a atender los requerimientos de las reglas de la corporación académica: el artículo no tiene notas ni referencias precisas de los trabajos citados en el texto, solo una genérica bibliografía al final.

Entretanto, algunos de los hilos hasta acá elencados llevaban por debajo lenta, pero insistentemente, hacia su proyecto más ambicioso: la realización de una tesis de Doctorado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Una obra de larga gestación entre mediados de los años 90 y el 2003 y que supuso un notable salto cualitativo en su producción. Por supuesto que no era una de esas tesis que se hacen cómodamente con una de las numerosas becas que suele dar en ciertas épocas la ubérrima Argentina, ni tampoco como ellas estaba dedicada a un tema más o menos acotado. Por el contrario, fue una tesis hecha en el medio de tantas otras actividades, docentes, formativas, de investigación, editoriales, en el marco de temas, como vimos, también ellos muy amplios. Una tesis también con ambiciones y sobre un argumento de una enorme complejidad de realización que se desplegaba en un tiempo bastante largo: *La construction culturelle*

d'une société nouvelle. Le Río de la Plata et ses rapports avec la France (1800-1850). Recuérdense que ella ya implicaba para Hourcade un desplazamiento a la primera mitad del siglo XIX y una inmersión en un mundo en el que las acechanzas estaban, por una parte, del lado argentino en lo muy frecuentado que había sido su historia intelectual y, por la otra, del lado francés, en la amplísima cantidad de materiales disponibles sobre el pensamiento en el hexágono. Numerosos viajes a Francia, en los años noventa, incluidas dos invitaciones de la EHESS en 1998 y 2001, le permitieron una inmersión en las inagotables bibliotecas y otros repositorios parisinos, con los que reunió una ingente cantidad de materiales. La defendió en el 2003 ante un jurado que integraban entre otros François Hartog, Jacques Revel y Patrice Vermeren.

Una obra en la que debemos detenernos por su importancia, pero sobre todo porque para Hourcade fue el trabajo que consideraba debía dejar su marca historiográfica. Y prueba de ello eran todas las ideas y vueltas que desde 2003, año de la defensa, hasta su muerte ocupaban parte de sus trajines a la búsqueda de brindar una versión definitiva. Parecía estar lista en el 2013, cuando ya había anunciado su publicación en París por L'Harmattan y, sin embargo, todavía continúa inédita en alguna parte a la espera de un *editing* definitivo para su publicación. Esa obra, madurada en diez años y repensada en otros diez, merece que nos detengamos un poco, aún si las reflexiones que siguen se basan en el *rapport* que hice sobre la versión original de su tesis y no en las versiones sucesivas o en las presentaciones posteriores de fragmentos que hizo acá o en París.

Ante todo, uno de los mayores desafíos fue para Hourcade cómo lidiar con un tema tan complejo y vasto como el de las relaciones entre Francia y el Río de la Plata en el medio siglo comprendido entre comienzos y mediados del XIX y cómo tratar de

no resignar nada (recuerdo con gracia la parte tan extensa sobre Chateaubriand y las dificultades para encontrar la forma adecuada de encaje). Que se lo haya propuesto, como sugerimos, dice mucho de las diferencias de aquellos tiempos de la historiografía y de estos ¡y tan solo en veinte años! Lo hace, además, proponiendo un entrecruzamiento de distintos planos: la política y la cultura, los intelectuales y los lectores, los textos y la difusión de los mismos, las imágenes de los escritores y los viajeros franceses de América, e inversamente aquella de los pensadores argentinos sobre este mundo y sobre esos mundos exteriores que constituyen sus espejos, en especial, Francia y la inteligencia francesa.

Ese rico cuadro no podía ser desde luego afrontado desde un estudio exhaustivo que procediera por ocupación del territorio (a la manera de los antiguos eruditos) sino desde sucesivas aproximaciones que construían una pluralidad de perspectivas solo aparentemente independientes. Así el problema era abordado desde donde podía serlo: segmentos de un conjunto más vasto, que sin embargo proponen reunidos un retrato innovador del proceso que estudia. Ayuda a ello también que esa multiplicidad opera en dos planos: uno más estrictamente historiográfico, en el cual Hourcade revisita las abundantes lecturas producidas sobre la construcción de una esfera cultural en la Argentina independiente y nos brinda desde allí perspectivas nuevas que sobresalen por la calidad de sus observaciones y por un atributo demasiado olvidado en las últimas décadas: su sensatez. Incluso en su análisis de un tema tan transitado, como la generación del 37 y sus representantes mayores, Hourcade logra sugerir nuevos temas y problemas que enriquecen el que ya entonces era un conocimiento muy vasto. El otro plano es el histórico. Aquí existen nuevas contribuciones del autor a temas poco explorados o inexistentes en la historiografía precedente. En algunas dimensiones, como

las imágenes de tiempo y espacio, la ambigüedad en la percepción del progreso, los circuitos de difusión de los textos escritos, la diferencial situación (con relación a los modelos europeos) de los intelectuales rioplatenses, las imágenes de los viajeros franceses en la confrontación entre los estereotipos previos y las realidades sudamericanas, Hourcade brinda muchas observaciones inteligentes.

El texto encuentra su articulación en una tesis fuerte: la originalidad del proceso rioplatense, porque es hija de una contradicción entre la creación de una esfera cultural que postula unos potenciales espacios de libertad, que el proceso político inmediatamente cancela, pero también porque opera en una temporalidad y un espacio diferentes. Una mirada así bastante idiosincrática como corresponde a aquellas investigaciones que no son una pura erudición porque el investigador persona está allí involucrado. Más allá de ello, historiográficamente, quizás resuenen en ella, voluntariamente o no, los ecos de las tonalidades de Vicente Fidel López.

Si Hourcade seguía cincelando su tesis hasta el final, ello no le impedía continuar con otras líneas de trabajo de las que aquí quieren destacarse dos: la historia de la historiografía argentina (Halperin, 2004, Romero) y la indagación acerca de los usos del pasado y los procesos de patrimonialización. Dos acotaciones podrían hacerse aquí: usos del pasado no significaba para Hourcade el contraste entre alguna realidad “objetiva” y su manipulación o falsificación, sino algo más complejo: todos los procesos inherentes a las apropiaciones y resignificaciones de los discursos sobre el pasado que eran inherentes a su presencia en el espacio público.

Patrimonio, un argumento claro está, vinculado al anterior –y más en general a las construcciones de las memorias

sociales— acerca del que fue pionero en la Argentina y sobre el que dejaría inolvidables trabajos, por ejemplo sobre los usos del movimiento a la Bandera o sobre la repatriación de los restos de Rosas y aún mucho antes sobre las alegorías en/del primer Centenario (1994). Esa voluntad de escudriñar en la tarea del historiador, en su imaginería, en sus trucos, en los efectos no deseados del empleo de una palabra pública, fue algo que se adaptaba admirablemente bien a su mirada suspicaz e inquisidora, sin ingenuidades. Una mirada desacralizadora, pero sin arrogancia, en tanto iba acompañada por una recóndita benevolencia hacia las fabulaciones humanas.

A la hora de hacer un balance debería observarse que escribió mucho y publicó relativamente poco. A veces no estaba convencido, porque la crítica que aplicaba a los otros la aplicaba, ante todo y más severamente, a sí mismo. Es de esperar que parte de una mole de inéditos, cuyas dimensiones son difíciles de precisar, vean la luz más temprano que tarde.

Publicó poco, pero lo que entregó a la imprenta lo hizo con una escritura cuidada, elegante y sin afectación. Lo hizo también, a menudo, con métodos artesanales: esos textos impresos de los que no se sabía cómo conseguir la versión digital. Agréguese, también, que no entraba en sus argumentos en *medias res*, sino que gustaba vagabundear sobre los orígenes, a veces lejanos, de la cuestión que trataba e, inversamente, a veces decidía terminar abruptamente como si pensase que ya era suficiente o que ya había dicho lo necesario. Tampoco alardeaba de las notas a pie de página, bastaban aquellas que consideraba suficientes o, mejor, imprescindibles. No le preocupaba lo que dijese la comunidad académica, sea sobre los temas de sus publicaciones, que a menudo estaban lejos de aquellos que había indicado en sus proyectos en CONICET o en otras partes (pero no era el único en aquella

generación que así procedía, recuérdese solo acá a su compinche Ricardo Falcón), sea sobre el número de sus publicaciones o los lugares de edición. Una carrera académica hecha sin creer en ella, ni seguir sus reglas.

Dicho todo ello, todavía podría agregarse (pero el lector que ha llegado hasta acá lo sabe ya), que era lo contrario de un carreterista hiperespecializado. Era, en cambio, una persona de vastas lecturas cosmopolitas, de las que no alardeaba, pero que aparecían permanentemente, más en sus escritos que en su conversación. Casi podría decirse que disfrutaba de la dispersión y de tener muchas canteras abiertas que, pensaba, iba a lograr cerrar en su debido momento. Y era así porque empezaba una nueva investigación sin haber terminado la precedente, ¿Podría recordarse que Tulio Halperin Donghi describía de un modo semejante su pertinaz tendencia a la dispersión, a distraerse incesantemente con nuevos temas, en una excelente entrevista que le realizaran en los *Cuadernos del CLAEH* hace muchos años? (Da Orden y Melon, 1994).

Será esa búsqueda, esa curiosidad intelectual, y no aquella otra que es la búsqueda del tema a la moda (y si es transnacional, mejor), acotado y controlable heurísticamente, a ser publicado en revista con referato (y con cuanto mayor *ranking*, mejor), que nadie lee por lo demás, como lo muestran desde hace años los estudios bibliométricos. El que esto escribe tiene una opinión al respecto que cree coincidente con la de Hourcade. ¿Un problema de generaciones y de cambios en el modo de ejercicio de la profesión? Sea. ¿Se permitirá decir sobre ello, *mundus senescit*? En cualquier caso, la historia era para él una pasión, no una profesión; los temas, los que le interesaban, no los que deberían haberle interesado, según las mudables convenciones del gremio; los tiempos, los suyos. Y en este sentido, él no solo era un ejemplo por sus

trabajos de historiador o por su generosidad como profesor, sino que era también, en sí mismo, un notable testimonio de que había otra forma, más original, más honesta, más auténtica de colocarse en el mundo intelectual.

Bibliografía

- Barthes, Roland (1988). *Michelet*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Da Orden, Ma. Liliana y Melon, Julio (1994). De historia, itinerarios y perspectivas. Entrevista con Tulio Halperin Donghi. *Cuadernos del CLAEH*, 19 (69), 11-27.
- Godoy, Cristina y Hourcade, Eduardo (1993). *La muerte en la cultura. Ensayos históricos*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- Godoy, Cristina y Hourcade, Eduardo (eds.) (1992). *Marc Bloch una historia viva*. Buenos Aires: CEAL.
- Godoy, Cristina y Hourcade, Eduardo (1993). La Argentina de 1910. Sensibilidad, alegorías, argumentos en torno de un Centenario. *Estudios Sociales*, 4(1), 81-96.
- Hartog, François (2018). *La nación, la religión, el porvenir. Sobre las huellas de Ernest Renan*. México D.F.: Ediciones Navarra.
- Herrero, Alejandro y Herrero, Fabián (1996). Entrevista a Eduardo Hourcade. En *Las ideas y sus historiadores* (pp. 235-239). Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Hourcade, Eduardo (1994). Nota Bibliográfica a Roger Chartier *Libros, lectores y lecturas en la Edad Moderna*, Madrid. Alianza, 1993. *Estudios Sociales*, 7 (2), 205-207.
- Hourcade, Eduardo (2005). El conocimiento histórico objetivo según Ranke. *Estudios Sociales*, 1 (1), 209-214.

- Hourcade, Eduardo (2006). La historia como ciencia social en Rosario entre 1955 y 1961. En Fernando Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX* (pp. 299-324). Buenos Aires: Editores de América Latina.
- Hourcade, Eduardo (2011). Acontecimiento en primera persona. La Revolución del '90 escrita por sus protagonistas. *Estudios Sociales*, 21, 29-53.
- Hourcade, Eduardo; Godoy, Cristina y Botalla, Horacio (1995). *Luz y contraluz de una historia antropológica*. Buenos Aires: Biblos.
- Hourcade, Eduardo (2004). La construcción política de la sociedad en *Revolución y guerra*. En Fernando Devoto y Nora Paganó, *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay* (pp. 15-24). Buenos Aires: Biblos.

Sobre los autores

Fernando J. Devoto

Buenos Aires, 1949. Doctor en Historia. Fue profesor titular de Teoría e Historia de la Historiografía e investigador en el Instituto Ravignani de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires durante más de treinta años, hasta su jubilación en el 2016. También fue profesor e investigador en las universidades nacionales de Mar del Plata y de San Martín, donde continúa desempeñándose como profesor de posgrado en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES). Además, ha sido profesor e investigador invitado en numerosas ocasiones en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, en el Instituto Italiano per gli Studi Filosofici de Nápoles, en el Instituto Ortega y Gasset de Madrid y en las Universidades de París VII, Burdeos III, Santiago de Compostela, Barcelona, Valencia, Roma “La Sapienza”, Turín, Ancona, Milán, Sassari, Verona, Perugia y de la República (Uruguay). Entre otras distinciones, ha recibido el Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Santiago de Compostela (España) y ha sido designado Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia Argentina.

Sus principales líneas de investigación son la historia de las migraciones transatlánticas, la historia de la historiografía

argentina y europea y la historia de los movimientos políticos en el siglo XX.

Entre sus libros, propios o en coautoría, pueden señalarse *Le migrazioni italiane in Argentina: un saggio interpretativo* (Roma-Nápoles, 1994); *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna* (Buenos Aires, 2002); *Historia de la inmigración en la Argentina* (Buenos Aires, 2003); *Historia de los italianos en la Argentina* (Buenos Aires 2006 y Roma, 2007); *Argentina-Brasil. Un ensayo de historia comparada* (San Pablo, 2006 y Buenos Aires, 2008, coautoría); *Historia de la historiografía argentina* (Buenos Aires, 2009); *El país del primer centenario* (Buenos Aires, 2010); *Political Culture, Social Movements and Democratic Transitions in South America in The XXth Century* (Milán, 1991, coeditor); *Emigration politique. Une perspective comparative* (Paris, 2001, coeditor); *José Luís Romero: Vida histórica, ciudad y cultura* (Buenos Aires, 2013, coeditor); y *Grandes ilusiones. Miradas sobre la historia de los teatros del litoral rioplatense* (Buenos Aires, 2022). Ha escrito asimismo alrededor de doscientos cuarenta capítulos de libros, artículos, notas y comentarios en revistas especializadas de la Argentina y del exterior.

Omar Acha

Investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina), investigador asociado en el Centro de Investigaciones Filosóficas y profesor asociado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ha obtenido el Primer Premio Internacional de Historia otorgado por el Departamento de Historia de la UBA, en 2005, y el Premio Nacional de Cultura, en 2015. Entre sus últimos libros se cuentan *Crónica sentimental de la Argentina peronista. Sexo, inconsciente e ideología, 1945-1955* (2014), *Cambiar*

de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán (2017) y *La Argentina peronista. Una historia desde abajo* (2019). Sus principales líneas de estudio son la historia de las ideas, de la historiografía y del peronismo.

Diego García

Profesor de Historia por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, e historiador. Autor del libro *Un acontecimiento escurridizo. El Cordobazo: sentidos en disputa* (ISEP, 2023). Coeditor, junto con A. C. Agüero, del libro *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura* (Al Margen, 2010 y Eduvim, 2016). Profesor titular de la cátedra Historia del Libro y las Bibliotecas (FFyH, UNC) y de la cátedra Problemáticas de la Sociología Latinoamericana y Argentina (FCS, UNC). Sus intereses se concentran en la historia intelectual, en la historiografía y en la historia del libro y la edición.

Este libro es una selección de perfiles de historiadores e historiadoras que desarrollaron su labor entre el siglo XIX y el presente, escritos a lo largo de algo más de treinta años de producción intelectual por el historiador argentino Fernando J. Devoto. La compilación tiene dos secciones: la primera dedicada a historiadores europeos, la segunda destinada a recuperar perfiles de investigadores argentinos y uruguayos. Estos ensayos constituyen ejercicios de comprensión de una historia de la historiografía en los que se vislumbra a Devoto como investigador, pero también como intelectual, de forma tal que estos retratos y bosquejos, desde una lectura atenta, también podrían componer un esbozo autobiográfico.

“Es frecuente hallar en los textos de Devoto una manera de encarar una obra o un autor que tal vez diseñe un método, si este término no despertara la eventual suspicacia historicista del escritor que nos convoca. Nos referimos a la triangulación de autor, obra y contexto, en retroalimentación incesante y sin jerarquía precisa. [...] En otras palabras, el examen de Devoto suele exceder los textos para neutralizar cualquier internalismo interpretativo atrincherado como comentario o paráfrasis. Dicho todo esto, el presente libro es entonces una introducción selectiva y muy personal a algunas vidas historiográficas. Pero es también la invitación a un escenario en que, como en la dramaturgia shakespeariana, Devoto dialoga con otros historiadores e historiadoras –algunos espectrales, otros vivientes– interesados en la interrogación infinita de ‘¿qué es la historia?’. O más agudamente: ‘¿cómo podemos escribir historia quiénes somos seres históricos?’”

(Del “Estudio preliminar” de Omar Acha y Diego García).



Facultad
Latinoamericana de
Ciencias Sociales.
Sede Argentina.
Área Comunicación
y Cultura.

